

# LA GUERRA DE LAS GALAXIAS

STAR WARS

LA NUEVA REBELIÓN

Martínez 1008

Kristine Kathryn Rusch

# Uno



Estaba inmóvil en el punto más alto del planeta Almanía, el tejado de una torre construida por los antaño poderosos je'hars. La torre se hallaba en ruinas: los peldaños amenazaban con desmoronarse cuando sentían el contacto de sus botas, y el suelo estaba recubierto por los restos de batallas libradas hacía muchos años. Pero desde allí podía ver su ciudad, con un millar de luces esparcidas ante él y las calles vacías salvo por los androides y los siempre presentes centinelas.

Pero no había subido hasta allí porque quisiera mirar hacia abajo. Quería ver las estrellas.

Un viento gélido hizo ondular su capa negra. Juntó las manos enguantadas a la espalda. La máscara de la muerte que había llevado puesta desde que destruyó a los je'hars colgaba de la cadencia de plata que rodeaba su cuello.

Las estrellas parpadeaban sobre su cabeza. Resultaba difícil creer que existieran mundos allí..., y que fueran mundos que podía llegar a controlar.

Y pronto los controlaría.

Hubiese podido esperar en su sala de mando del observatorio especialmente construido para satisfacer sus necesidades, pero por una vez no quería que hubiese muros protectores a su alrededor. No quería sentir el momento, sino verlo.

El poder de la vista era tan ridículamente pequeño comparado con el poderío de la Fuerza...

Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Esta vez no habría ninguna explosión. No habría ningún brillante fogonazo de luz. Skywalker le había hablado del momento en que *Alderaan* murió.

«Siento una gran perturbación en la Fuerza», había dicho el anciano. Por lo menos, eso era lo que le había dicho Skywalker.

Aquella perturbación no sería tan grande, pero Skywalker la percibiría. Todos los jóvenes Jedi la percibirían también, y sabrían que el equilibrio del poder se había alterado de repente.

Pero no sabrían que la balanza acababa de inclinarse a favor de Kueller, señor de Almanía y, muy pronto, señor de todos sus insignificantes mundos.



Brakiss sentía el frío y la humedad de los muros de piedra a cada roce de sus manos desnudas. Sus relucientes botas negras resbalaban en los peldaños medio desmoronados, y en más de una ocasión tuvo que hacer considerables esfuerzos para no perder el equilibrio al poner los pies sobre una precaria cornisa. Su capa plateada, ideal para un paseo por la ciudad, no podía protegerle del viento invernal. Si aquel experimento salía bien, Brakiss podría volver a Telti, donde por lo menos no pasaría frío.

El metal del sistema de control remoto que sostenía en la mano estaba tan frío como un trozo de hielo. No había querido entregárselo a Kueller hasta que el experimento hubiera terminado. Hasta hacía unos momentos Brakiss no había comprendido que Kueller esperaba los resultados allí, en el lugar que había presenciado el triunfo de sus enemigos primero y sus muertes después.

Brakiss odiaba las torres. Parecía como si aún hubiera algo que crujía y rechinaba encerrado dentro de sus paredes, y en una ocasión, cuando estaba en las catacumbas inferiores, había visto un enorme fantasma blanco.

Aquella noche había subido más de veinte pisos, y había subido los primeros tramos de escalera casi corriendo hasta que enseguida quedó claro que algunos de los peldaños no aguantarían su peso. Kueller no le había llamado, pero a Brakiss le daba igual. Cuanto más pronto pudiera irse de Almanía, tanto mejor para él.

La escalera giraba y se retorecía, y Brakiss por fin llegó al tejado..., o a lo que pensó era el tejado. Alguien había construido una especie de choza de piedra para proteger los escalones, pero la estructura

carecía de ventanas o puertas. Sólo había columnas, que proporcionaban un excelente panorama de la superficie de gravilla y del cielo repleto de estrellas. Algunas piedras se habían desprendido de la choza y se habían hecho añicos al chocar con el suelo. Los restos de las bombas y los fragmentos esparcidos por las ondas expansivas de los haces desintegradores formaban pequeños montículos sobre lo que antes había sido una superficie perfectamente lisa. Kueller no había reparado la torre ni los otros edificios gubernamentales de los je'hars. Nunca lo haría.

Kueller nunca perdonaba a quienes se oponían a su voluntad.

Brakiss se estremeció e intentó protegerse los hombros con los pliegues de su delgada capa. Sus dedos helados a duras penas consiguieron sujetar la tela.

Te dije que esperaras abajo.

La voz de Kueller, grave y poderosa, parecía estar en todas partes y flotar en el viento.

Brakiss tragó saliva. Ni siquiera podía ver a Kueller.

La claridad de las estrellas caía sobre el tejado e impregnaba la oscuridad del cielo con una luminiscencia que Brakiss encontró extrañamente inquietante. Subió los últimos peldaños y salió de la choza. Una ráfaga de viento le empujó contra la piedra. Brakiss extendió la mano derecha para no caer, y la capa se le escapó de entre los dedos. El cierre de la capa tiró de su cuello cuando el viento hizo que la tela aletease detrás de él.

Tenía que saber si funcionaba -dijo.

Cuando funcione lo sabrás enseguida.

La voz de Kueller era como un ser vivo. Rodeó a Brakiss y resonó en su interior, manteniéndole a distancia. Brakiss se concentró, pero no en la voz sino en el mismo Kueller.

Y por fin vio a Kueller, inmóvil cerca del borde y con los ojos clavados en la ciudad que se extendía por debajo de él. Stonia, la capital de Almanía, parecía pequeña e insignificante desde aquella gran altura. Pero Kueller parecía una poderosa ave de presa, con su capa aleteando al viento y sus anchos hombros sugiriendo una enorme fuerza física.

Brakiss acababa de dar un paso hacia adelante cuando el viento cesó de repente. El aire pareció quedar totalmente inmóvil a su alrededor, y Brakiss se quedó inmóvil con él. En ese momento oyó..., percibió..., vio cómo un millón de voces se unían en un alarido de terror.

El terror creció y creció dentro de él, y Brakiss volvió a ver lo que había visto cuando el Maestro Skywalker guió sus pasos hasta las más ocultas profundidades del corazón de Brakiss, ese momento en el que Brakiss se vio a sí mismo con toda claridad y estuvo a punto de enloquecer.

Un grito se formó en su garganta...

... y murió cuando los otros gritos estallaron a su alrededor, llenándole, dándole calor y derritiendo el hielo que flotaba en el viento. Brakiss se sintió más fuerte, más grande y más poderoso de lo que jamás se había sentido antes. En vez de miedo, su corazón sintió una extraña y retorcida alegría.

Alzó la mirada. Kueller había levantado los brazos, y permanecía inmóvil con la cabeza echada hacia atrás y el rostro al descubierto por primera vez en años. Había cambiado, y su piel había sido invadida por un nuevo conocimiento que Brakiss no estaba muy seguro de que deseara poseer.

Y sin embargo...

Y sin embargo Kueller resplandecía, como si el dolor de aquel millón de voces hubiera alimentado algo oculto en su interior y le hubiera vuelto todavía más grande de lo que ya era antes.

El viento volvió a soplar, y sus gélidas ráfagas empujaron a Brakiss contra la piedra. Kueller no pareció sentirlo. Un instante después se echó a reír, y su atronadora carcajada hizo temblar toda la torre.

Brakiss se apoyó en la piedra y esperó hasta que los brazos de Kueller descendieron hacia sus costados antes de hablar. -Ha funcionado -dijo entonces.

Kueller se puso la máscara.

No ha ido del todo mal.

Era una forma casi frívola de definir un gran momento. Kueller tenía que recordar que Brakiss también poseía un considerable dominio de la Fuerza.

Kueller giró sobre sus talones y la capa revoloteó a su alrededor. Por un momento casi pareció volar. La máscara de la muerte que se adhería a su rostro brillaba con su propia luz interior.

Supongo que quieres volver a tu insignificante trabajo.

En Telti no hace frío.

Este lugar también podría dejar de ser frío.

Brakiss meneó la cabeza en una negativa casi involuntaria. Odiaba Almanía.

Tu gran problema es que no entiendes el poder del odio -dijo Kueller en voz baja y suave.

Creía que, según tú, mi gran problema es que sirvo a dos amos. Kueller sonrió y los delgados labios de su máscara se movieron al unísono con los suyos.

¿Sólo a dos?

Las palabras quedaron flotando entre ellos. Brakiss tuvo la sensación de que su cuerpo se había convertido en una estatua de hielo. -Ha funcionado -repitió.

Supongo que esperas ser recompensado. -Lo prometiste.

Yo nunca hago promesas -replicó Kueller-. Me limito a sugerir que quizá puedan ocurrir ciertas cosas.

Brakiss cruzó los brazos delante del pecho. No se dejaría dominar por la ira. Kueller quería que se enfureciese.

-Como por ejemplo que podría llegar a ser recompensado con grandes riquezas.

-Cierto -dijo Kueller-. ¿Mereces grandes riquezas, Brakiss?

Brakiss no dijo nada. Kueller le había mantenido con vida después de Yavin 4 y el desastroso proceso de eliminación del adiestramiento que casi le había costado lo que le quedaba de cordura. Pero ya hacía mucho tiempo que Brakiss había pagado su deuda. Seguía allí por la única razón de que no tenía ningún otro sitio adonde ir.

Se apartó de la pared y empezó a bajar por la escalera.

-Vuelvo a Telti—dijo, sintiéndose repentinamente capaz de desafiarle.

-Excelente -dijo Kueller-. Pero antes me darás el sistema de control remoto.

Brakiss se detuvo y miró a Kueller por encima del hombro. Kueller se había vuelto más alto durante la última hora..., y también se había vuelto más robusto.

O quizá sólo fuera una treta de la oscuridad.

Si se hubiera estado enfrentando a cualquier otro mortal, Brakiss le habría preguntado cómo había conseguido enterarse de la existencia del control remoto. Pero Kueller no era un mortal cualquiera.

-Es más lento que los controles que construí para ti -dijo, alargándole el aparato.

-Magnífico.

-Tienes que introducir los códigos de seguridad, y debes explicarle qué números de serie ha de emplear.

-Estoy seguro de que sabré hacerlo. -Tienes que conectarlo a tu persona.

-Soy perfectamente capaz de manejar un sistema de control remoto, Brakiss.

--Muy bien -dijo Brakiss.

Entró en la choza de piedra, y enseguida se sintió un poco mejor. El interior, protegido del viento, estaba bastante más caliente.

Aun así, Brakiss no podía creer que Kueller fuera a dejarle marchar con tanta facilidad.

-¿Qué querrás de mí cuando haya regresado a Telti? -preguntó. -A Skywalker -dijo Kueller, y su voz vibró con toda la profundidad de su odio-. Al gran Maestro Jedi, al invencible Luke Skywalker...

El frío se había infiltrado en el corazón de Brakiss. -¿Qué planeas hacer con él?

-Destruirle de la misma manera en que él intentó destruirnos -respondió Kueller.

## Dos



Luke Skywalker se sostenía en delicado equilibrio sobre una mano con los dedos hundidos en el húmedo suelo de la jungla. El sudor se deslizaba por su espalda desnuda para correr por su cara y gotear de su nariz y su mentón. Iba descalzo, pero llevaba unos viejos pantalones muy ceñidos que se adherían a su piel humedecida por el sudor. Erredós flotaba en el aire por encima de él, suspendido en el vacío junto con varias rocas y un tronco medio podrido. Algunos de los estudiantes de Luke -media docena de miembros de la clase más joven y más poderosa de cuantas formaban su Academia Jedi- permanecían inmóviles a su alrededor.

Luke había mantenido esa postura desde que la enorme esfera anaranjada del planeta gaseoso Yavin había asomado sobre el horizonte de su cuarta luna. Yavin ya se encontraba directamente encima de su cabeza, pero Luke no se sentía cansado ni sediento a pesar de que estaba sudando. La Fuerza fluía a través de él como un arroyo de agua fresca y mantenía en el aire a Erredós, las rocas y el árbol.

Los estudiantes ya estaban empezando a removerse nerviosos, y probablemente se preguntaban durante cuánto tiempo tendrían que seguir observándole. Luke quizá los levantaría del suelo uno a uno y luego se iría, dejando que cada uno volviera al suelo delicadamente o con dificultad, según se lo permitieran sus talentos.

Luke reprimió una sonrisa. Le encantaba instruir a sus estudiantes, pero no siempre permitía que ese placer fuera visible. A veces los estudiantes creían que se estaba riendo de ellos, lo cual no ayudaba demasiado a crear una buena relación maestro-alumno. Aun así, Luke también experimentaba momentos de puro placer..., especialmente en ocasiones como aquella. Erredós odiaba todo ese aspecto del adiestramiento, pero aquel tipo de ejercicios siempre hacían que Luke volviera a sentirse como un muchacho.

En vez de levantar por el aire a uno de sus estudiantes, lo que hizo fue levitar otra roca. Luke la dejó suspendida cerca de las otras, y la roca subió y bajó lentamente hasta que encontró su lugar. Los estudiantes, que habían vuelto a quedarse inmóviles, seguían observándole con gran atención. Luke examinó sus pies en busca de alguna señal de irritación. El primero que perdiera la paciencia sería el primero en subir por el aire.

Había aprendido aquel método a lo largo de los años como forma de enseñar a sus estudiantes a tener paciencia, y también para enseñarles los poderes de la Fuerza. Como ocurría con muchos de los métodos que usaba Luke, aquél daba resultado con algunos estudiantes y no servía de nada con otros. Luke solía comprender la mente de un estudiante gracias a su reacción a los distintos aspectos del adiestramiento. Los miembros de aquella clase todavía eran lo suficientemente novatos para imitar las reacciones de los demás. Luke esperaba que la imitación habría desaparecido hacia el final de la jornada.

Y entonces una oleada de emoción violenta, helada y llena de terror cayó repentinamente sobre él. Nunca había experimentado un dolor tan intenso: era peor que cuando estuvo a punto de perder la pierna a bordo del *Ojo de Palpatine*, peor que cuando sufrió la descarga eléctrica lanzada por el Emperador en la Estrella de la Muerte o cuando su rostro fue destruido en Hoth... Y mezclado con el terror y el dolor, Luke percibió la terrible sorpresa de la traición multiplicada por los millones de mentes que la estaban experimentando.

Luke se tambaleó sobre su mano e intentó seguir manteniendo en equilibrio las rocas y el árbol mientras hacía esfuerzos desesperados para tratar de evitar que cayeran sobre sus estudiantes, que no sospechaban lo que estaba ocurriendo. Erredós gritó mientras salía despedido a través del cielo, y el estridente sonido electrónico se mezcló con los gritos que resonaban dentro de la mente de Luke. El pequeño androide astromecánico cayó sobre el suelo de la jungla con un ruidoso estrépito metálico. Los estudiantes se dispersaron, y Luke acabó de perder el ya muy escaso control sobre la Fuerza que todavía era capaz de ejercer.

Su brazo se dobló debajo de él y Luke cayó al suelo con una violencia que le dejó sin aliento. Se quedó inmóvil sobre la espalda, hundiéndose poco a poco en la blanda tierra mientras los gritos seguían resonando dentro de su mente.

Y un instante después las voces se esfumaron tan repentinamente como habían aparecido.

-¿Se encuentra bien, Maestro Skywalker? -preguntó uno de los estudiantes. Un eco fantasmal de la voz de Luke pareció superponerse a la del estudiante, impregnándola con el mismo temor paralizante que Luke había experimentado hacía diecisiete años-. ¿Qué le ocurre?

Luke se tapó la cara con la mano. Estaba temblando.

Ha habido una gran perturbación en la Fuerza.

Se preguntó cómo era posible que no la hubieran percibido y cómo era posible que, tantos años antes, él no hubiera percibido algo que había sido todavía más terrible e intenso.

«Como si millones de voces hubieran lanzado un repentino alarido de terror y luego hubieran sido acalladas de repente...»

-Ben... -murmuró-. ¿Otra Estrella de la Muerte?

Pero Luke no esperaba recibir ninguna respuesta. La reconfortante presencia de Ben ya le había abandonado antes de que fundara la Academia Jedi y luchase en las terribles batallas contra el gran almirante Thrawn.

Cerró los ojos e intentó localizar el origen de la perturbación..., y encontró un inmenso vacío allí donde sólo un momento antes había vida. El residuo del dolor, la intensa profundidad de la sorpresa y la terrible herida de la perplejidad provocada por la traición todavía perduraban en el vacío como el eco de un grito suspendido sobre un desfiladero.

-¿Maestro Skywalker? -La voz pertenecía a Eelysa, una joven de Coruscant que era una de sus estudiantes más prometedoras-. ¿Maestro Skywalker?

Luke movió la mano derecha para tranquilizarla. Le dolía la espalda por la violencia del aterrizaje y el pecho por la falta de oxígeno, y la magnitud de la pérdida era una cuchillada de dolor que le atravesaba el corazón. Erredós emitió un silbido electrónico, un sonido lleno de tristeza que parecía llegar desde muy lejos.

Luke tenía que sentarse para demostrarles que todo iba bien..., aunque no fuera así.

-¿Maestro Skywalker?

La voz de la joven se mezcló y se confundió con los ecos que resonaban dentro de la cabeza de Luke. Abrió los ojos y vio el rostro de Leia, quemado y cubierto de sangre, bajo la sombra de su mano temblorosa. Luke a largó el brazo hacia ella, y Leia desapareció.

«Lo que estás viendo es el futuro...»

La destrucción no procedía de Coruscant. Si Leia -o Han, o los niños- hubiese muerto, Luke lo sabría.

Oh, sí, lo sabría.

Erredós emitió un nuevo silbido, esta vez claramente lleno de impaciencia.

-Encontrad a Erredós -dijo Luke.

Su voz sonó débil y temblorosa, tan estrangulada por la preocupación como lo había estado la de Ben después de la destrucción de *Alderaan*.

Tres pares de pies empezaron a partir ramitas a su alrededor cuando tres estudiantes fueron en busca de Erredós.

O cuando echaron a correr para huir de Luke y de su repentina e incomprensible pérdida de control.

-¿Qué ha ocurrido, Maestro Skywalker?

Eelysa estaba acucillada junto a él, con su pequeño y esbelto cuerpo tensado como para enfrentarse a un enemigo invisible. La joven había sido una auténtica sorpresa, una nativa de Coruscant nacida después de la muerte del Emperador cuyas capacidades para el uso de la Fuerza no habían sido contaminadas por los venenos que se agitaban a su alrededor. Eelysa era tan, tan joven...

Un millón de personas murieron hace un momento -dijo Luke-. Todas sufrieron un gran dolor, y su muerte fue muy repentina.

Se apoyó en los codos y trató de erguirse. Una maldad inmensa había vuelto a la galaxia. Luke no sabía prácticamente nada más, pero estaba totalmente seguro de ello.

Y aquella maldad amenazaba a Leia.

Eso también lo sabía.

Los días de enseñanza habían terminado, al menos por el momento. Luke y Erredós tendrían que partir inmediatamente hacia Coruscant.

\* \* \*

Leia Organa Solo, jefe de Estado de la Nueva República, terminó de ajustar el cinturón de su traje blanco. Después respiró hondo, y Mon Mothma le puso la mano en el brazo. Leia le dirigió una sonrisa distante, sintiéndose como cuando era una joven senadora que se enfrentaba a Palpatine y sus seguidores en el Senado Imperial.

Dejó escapar el aire que había inhalado. Ésa era la emoción que estaba sintiendo, desde luego; y no la había experimentado desde que era una adolescente: una sensación de pérdida, de derrota, de que la vida estaba cambiando sin su permiso o su control...

Mon Mothma cerró la puerta dorada recubierta de complejas tallas y activó la cerradura. Estaban en un pequeño vestidor que había sido añadido al laberinto de cámaras y salas durante los días del reinado imperial de Palpatine, una pequeña habitación que se encontraba justo al lado de la Cámara de Asambleas del Senado. Las paredes estaban recubiertas por un delicado tramado de hojas doradas. Un espejo ocupaba un panel desde el suelo hasta el techo, y reflejaba a Leia y Mon Mothma. En algunos aspectos, Mon Mothma parecía una versión mayor y más calmada de Leia, aunque su corta cabellera ya mostraba pequeñas franjas plateadas. Su piel estaba surcada por una red de minúsculas arrugas que habían estado allí desde la devastadora enfermedad que le había infligido Furgón, el embajador de Carida, hacía seis años.

-¿Qué ocurre? -preguntó.

Leia meneó la cabeza y deslizó sus húmedas palmas sobre los pliegues de su falda. Todavía se parecía mucho a la muchacha que había entrado en el Senado Imperial llena de esperanza e idealismo, la princesa Leia Organa de *Alderaan*, la senadora más joven, la que creía que la persuasión y la razón salvarían a la Antigua República..., y que había perdido su idealismo en el mismo instante en que sus ojos contemplaron por primera vez el rostro marchito y consumido del senador Palpatine.

-Ahora son miembros de la Nueva República, Leia -dijo Mon Mothma-. Fueron elegidos de manera totalmente legal.

-Esto es un error. Así es como empezó todo antes...

Leia había mantenido aquella misma conversación con Han después de las elecciones. Varios planetas habían solicitado al Senado que permitiera que los antiguos servidores del Imperio pudieran convertirse en sus representantes políticos. El argumento en que se basaban era que algunos de los mejores políticos habían logrado mantener con vida a sus pueblos trabajando para el Imperio como funcionarios menores. Se trataba de burócratas de tercera o cuarta categoría que habían salvado docenas de vidas rebeldes fingiendo no ver extraños movimientos de tropas o rostros que no hubiesen debido estar presentes entre la multitud. Leia se había opuesto a las peticiones desde el principio, pero la Cámara había presenciado discusiones muy encarnizadas. M'yett Luure, el poderoso senador de Exodeen, había acabado recordándole que incluso ella había servido al Imperio en un momento dado cuando era senadora imperial, y Leia había replicado que incluso entonces ya estaba sirviendo a la Rebelión. M'yett había sonreído, revelando seis hileras de dientes irregulares. «A su manera, esas personas también estaban sirviendo a la Rebelión», le había dicho después.

Leia no estaba de acuerdo. Aquellos políticos habían servido al Imperio y no habían luchado contra él, y se habían limitado a mirar en otra dirección. Pero los argumentos de M'yett eran muy sólidos y, gracias a ellos, el Senado acabó aprobando la petición. Leia había modificado la ley electoral con la ayuda de quienes respaldaban su postura: ningún ex soldado de las tropas de asalto, imperial de cierto rango o antiguo gobernador imperial podría ocupar un cargo público y, en resumen, ningún imperial que hubiera tenido acceso al poder en el Imperio podría servir a la Nueva República. Aun así, Leia seguía estando convencida de que aquella ley nunca hubiese debido ser promulgada.

-Van a destruir todo aquello por lo que hemos luchado -le dijo a Mon Mothma.

-No puedes estar segura de ello -replicó Mon Mothma en voz baja y suave.

Han le había dicho prácticamente lo mismo. Leia apretó los puños.

-Pues lo estoy -dijo-. Desde que formamos la Nueva República, siempre hemos sabido que nuestros líderes compartían los mismos objetivos. Todos nos guiamos por la misma filosofía de la vida y siempre hemos intentado avanzar en las mismas direcciones.

Los dedos de Mon Mothma aflojaron la presión que habían estado ejerciendo sobre el brazo de Leia.

-Siempre hemos luchado contra el Imperio -dijo-. Pero el Imperio ya no existe. Sólo quedan pequeñas bandas de imperiales. Algún día tendremos que dejar atrás la Rebelión y avanzar hacia un verdadero gobierno, Leia, y el aceptar a quienes vivieron bajo el Imperio pero no se pusieron a su servicio forma parte de ese proceso.

Leia meneó la cabeza.

-Es demasiado pronto.

-Si quieres que te sea sincera, creo que ya iba siendo hora de que lo hiciéramos -dijo Mon Mothma.

Leia tiró de los pliegues de su vestido. Incluso había vuelto a aquel estilo de peinado que llevaba tanto tiempo sin utilizar, con las trenzas rodeándole las orejas, como desafío a los nuevos miembros del Senado y como señal visible de que la jefa de Estado Leia Organa Solo había sido en un pasado cada vez más lejano Leia Organa, princesa, senadora y líder rebelde. Han le había dado un beso antes de que Leia saliera de sus aposentos y le había sonreído. «Bien, su excelentísima excelencia... -había dicho con voz burlona-. ¿Significa esto que he de volver a la delincuencia?»

Leia le había apartado de un empujón y se había echado a reír, pero las palabras de Han seguían resonando dentro de su mente mientras oía hablar a Mon Mothma. Quizá el problema estuviese en ella y no en los demás. Quizá sencillamente no estaba dispuesta a seguir avanzando con el paso del tiempo.

Quizá era ella la que no estaba dispuesta a olvidar el pasado.

-Muy bien -dijo, irguiéndose y volviendo a ser una líder-. Si hay que hacerlo, entonces hagámoslo de una vez.

Pero Mon Mothma no fue hacia la puerta.

-Una cosa más -dijo-. Recuerda que lo que digas durante las observaciones de apertura de este Senado será el foco alrededor del que girarán los debates durante los años venideros.

-Ya lo sé -dijo Leia.

Acababa de alargar la mano hacia la puerta cuando una ola terriblemente helada cayó sobre ella. Leia se quedó totalmente inmóvil. Había voces que gritaban, centenares..., no, millares de voces tan tenues que apenas si podía oírlas. Un instante después Leia vio formarse un rostro en la puerta dorada, una cara blanca de ojos negros y vacíos. El rostro era cóncavo, casi esquelético, como las máscaras de la muerte que había visto en un museo de *Alderaan* durante su juventud. Pero, a diferencia de aquellas máscaras, aquel rostro se movía. El rostro cadavérico le sonrió, y el frío se volvió todavía más intenso.

Y entonces las voces se esfumaron, y Leia se derrumbó sobre la puerta.

Mon Mothma corrió hacia ella y la rodeó con los brazos, tambaleándose mientras intentaba sostener su peso.

-¿Leia?

Leia seguía teniendo mucho frío. Nunca había tenido tanto frío, ni siquiera cuando estaba en Hoth, y se dio cuenta de que le castañeteaban los dientes. Recurrió a su limitado adiestramiento en el uso de la Fuerza, y su sonda mental encontró a los niños en las habitaciones donde debían estar.

-Luke... -murmuró.

Leia se liberó del abrazo de Mon Mothma y fue hacia el viejo control de comunicaciones. Se puso en contacto con Yavin 4, pero lo único que consiguió fue que le dijeran que Luke se había marchado de la pequeña luna a bordo de su ala-X.

-¿Qué ocurre, Leia? -pregunto Mon Mothma.

Leia no respondió, y esperó en silencio a que el sistema de comunicaciones abriera un canal directo con el ala-X de Luke. La voz de su hermano no tardó en llenar la habitación.

-¿Leia? -preguntó Luke, como si él también estuviera muy preocupado.

-Estoy bien, Luke -respondió Leia, sintiéndose invadida por un inmenso alivio.

-Voy hacia allí. Espérame.

Pero Leia no podía esperar. Tenía que saber qué había ocurrido. -Tu también lo has percibido, ¿verdad? ¿Qué ha sido eso? -*Alderaan* -murmuró Luke, y esa palabra era todo lo que Leia necesitaba saber.

La imagen de *Alderaan* llenó su mente, y Leia volvió a ver *Alderaan* tal como lo había contemplado por última vez desde la Estrella de la Muerte, hermoso y apacible, unos segundos antes de que fuese reducido a fragmentos infinitesimales.

-¡No! -exclamó-. ¿Luke?

-Pronto estaré ahí, Leia -dijo Luke, y cortó la comunicación.

Leia no estaba preparada para aquella desaparición tan brusca. Le necesitaba. Había ocurrido algo horrible, algo tan horrible como la destrucción de *Alderaan*...

Y Leia lo había percibido.

-¿Qué ha ocurrido, Leia?

Mon Mothma la rodeó con los brazos. Leia había dejado de temblar.

-Algo terrible -dijo. Estiró el brazo, rozó la fría puerta dorada con las yemas de los dedos, se irguió y se quedó inmóvil-. La muerte acecha dentro de esa sala, Mon Mothma.

-Leia...

-Luke viene hacia aquí. Él también lo percibió.

-Pues entonces confía en él -dijo Mon Mothma-. Si corriera un peligro inmediato, Luke lo sabría.

Pero Luke no sabía nada. Cuando oyó su voz, Luke se había sentido tan aliviado como Leia cuando oyó la suya. Leia tenía la boca seca. -¿Querrás enviar a alguien para que haga venir a Han? Mon Mothma asintió.

-Supongo que querrás retrasar la sesión inaugural.

Era lo que más deseaba en el mundo. Pero Leia irguió los hombros, se restregó las manos heladas en un intento de calentarlas e inspeccionó sus trenzas por última vez.

-No -dijo-. Tenías razón. He de elegir con mucho cuidado el mensaje que voy a enviar. Asistiré a la sesión. Pero esta tarde doblaremos las guardias, y reforzaremos todas las medidas de seguridad en Coruscant. Ah, y también quiero que el almirante Ackbar lleve a cabo una inspección del espacio cercano lo más concienzuda posible.

-¿Qué temas exactamente? -preguntó Mon Mothma.



*Alderaan* apareció ante los ojos de Leia y lleno todo su campo visual con el momento de la explosión y el fogonazo de horrible y brillante luz que la había acompañado.

-No lo sé -dijo-. Quizá una nueva Estrella de la Muerte, o un Triturador de Soles..., algo que podría destruirnos a todos.

## Tres



Han estaba sentado en la parte de atrás de la sala llena de humo. No había vuelto a aquel casino desde que ganó el planeta Dathomir en una partida de sabacc antes de casarse con Leia. El casino había cambiado de propietario por lo menos quince veces desde aquel entonces -en aquellos momentos era conocido como la Joya de Cristal, y Han hubiera tenido muchas dificultades para encontrar un nombre menos adecuado-, pero estaba exactamente igual que siempre. El aire olía a podredumbre y humedad mezclada con humo y alcohol. Un grupo bastante mediocre tocaba melancólicas canciones de amor de *Tatooine* con una decidida falta de interés. La marea incesante de las conversaciones subía y bajaba alrededor de Han con cada vuelco de la fortuna en las mesas de sabacc.

Han tenía en la mano una cerveza gizeriana de un delicado color azul claro que había cogido de la bandeja de un androide de servicio. Jarril, su compañero, había desaparecido hacía unos momentos para ir en busca del bar. Han no estaba demasiado seguro de si volvería a verlo.

Mientras tanto se entretenía observando la partida de sabacc que se jugaba en la mesa más cercana, donde una gotaliana estaba apostando cuanto poseía. La alienígena empujó las fichas de juego hacia el centro de la mesa, perdiendo montones de pelos grises con cada gesto que hacía. La inmensa mayoría de gotalianos habían aprendido a controlar el proceso de pérdida del pelaje, y eso quería decir que la jugadora tenía que estar extremadamente nerviosa.

Sus compañeros no parecieron darse cuenta de ello. El brubb, un corpulento reptil amarronado, se estaba rascando las protuberancias del costado y dejaba esparcidas escamas por todo el suelo mientras su cola golpeaba la base mecánica de un androide de servicio que iba y venía a su alrededor. La ssty estaba contando sus cartas, y las garras en que terminaban sus dos manos dejaban señales en cada una de ellas. El diminuto tintin enano permanecía muy quieto y erguido sobre su silla, y no apartaba sus facciones de rata del montón de fichas acumulado en el centro de la mesa.

Los androides que dirigían las partidas en las mesas de juego habían sido modernizados y mejorados desde la última visita de Han. Aquel androide estaba sujeto al techo por unos remaches, pero a diferencia de sus predecesores podía descender hasta la mesa y expulsar de ella a un jugador que estuviera haciendo trampas o creara problemas. El androide acababa de hacer precisamente eso después de que Jarril se hubiera marchado, y su rápida acción había atraído la atención de Han. Nunca había visto a un androide tan agresivo. Aun así, Han tenía que admitir que un lugar semejante necesitaba disponer de ese tipo de androides.

Había una cola increíble.

Jarril volvió a ocupar su silla. Había traído consigo dos vasos llenos de un líquido verde que no tenía un aspecto demasiado atractivo.

Han curvó las manos alrededor de su cerveza.

-Si hubiera sabido que invitabas habría esperado a que volvieras.

Jarril se encogió de hombros. Era un hombrecillo de hombros estrechos y un rostro curtido por años de peligros y dificultades. Pero Han siempre le había envidiado las manos. Jarril tenía auténticas manos de contrabandista, con dedos largos y esbeltos de puntas delicadamente ahusadas que resultaban ideales para pilotar, usar un desintegrador y practicar todas aquellas variedades de los juegos de azar que exigían destreza.

-Así habrá más para mí -dijo.

Esa frase resumía todo el credo de los contrabandistas. Han sonrió. Había transcurrido demasiado tiempo desde su última visita a un lugar como aquél. De no ser por Leia, probablemente ni siquiera habría respondido a la llamada de Jarril. Cuando salió de casa aquella mañana, su esposa había vuelto a ser

aquella princesa de lengua afilada a la que Han había rescatado cuando era un bribón de lengua igualmente afilada. A veces Han echaba de menos esa parte de sí mismo con una nostalgia bastante más intensa de lo que estaba dispuesto a confesar.

Hizo retroceder su silla hasta que el respaldo chocó con la pared. Han llevaba un desintegrador en la cintura, habiendo aprendido casi antes de que pudiera caminar que ningún hombre cuerdo entraba en un sitio semejante sin contar con un mínimo de protección. Además, realmente seguía sin saber cuál era la razón oculta detrás de la visita de Jarril.

-No creo que hayas venido a Coruscant meramente para invitarme a una copa -dijo.

No se molestó en añadir que el Jarril de los viejos tiempos jamás habría invitado a nada a nadie. Pero su antiguo colega había cambiado mucho, y los cambios incluían el precio de sus ropas. Jarril solía llevar puestas las camisas hasta que se le caían a pedazos. La que llevaba en aquellos momentos había sido confeccionada con lana de gaberio que luego había sido delicadamente teñida de verde, y como prenda resultaba singularmente horrenda a pesar de que saltaba a la vista que era nueva.

-Cierto -dijo Jarril. Vacío un vaso, tosió, se limpió los labios y sonrió. Sus dientes brillaron durante un momento antes de que se quitara el líquido verde de ellos con la lengua-. He venido a hablarte de una gran oportunidad.

Oh, aquello era demasiado. Una oportunidad. Para Han Solo, héroe de la Alianza, esposo, padre y hombre de familia.

Tengo montones de oportunidades -dijo Han, y enseguida se preguntó de qué oportunidades estaba hablando el viejo contrabandista.

-Sí, claro. -Jarril apartó un mechón de cabellos de su frente repleta de cicatrices y granos-. He de admitir que has seguido respetando la ley durante mucho más tiempo de lo que jamás me habría imaginado. Siempre pensé que bastarían seis meses viviendo con la princesa para que tú y Chewie volvierais al *Halcón* y partierais con rumbo desconocido.

En Coruscant hay trabajo de sobra para mantenerme ocupado -dijo Han.

-Ocupado, tal vez -dijo Jarril-. Pero si quieres saber mi opinión, es una manera lamentable de desperdiciar el talento. Tú y Chewie erais los mejores piratas que he conocido.

Han deslizó una mano hacia su desintegrador y apoyó los dedos en el gatillo.

-No llevo tanto tiempo fuera de circulación, Jarril. Sigue siendo bastante difícil engañarme. ¿Qué quieres?

Jarril se inclinó hacia adelante para estar más cerca de él. Su aliento olía a menta, cerveza y caramelos de crema.

-Hay mucho dinero esperando ahí fuera, Han... Hay más dinero del que jamás hemos podido llegar a soñar.

-No sé qué decirte, chico -replicó Han-. Soy muy bueno soñando.

-Y yo también. -Jarril estaba hablando en un tono de voz tan bajo que casi quedaba ahogado por la música del grupo, y flan tenía que hacer un considerable esfuerzo para oírle-. Y estoy ganando tanto dinero que nunca podré llegar a gastar todas esas montañas de créditos.

-Felicidades -dijo Han-. ¿Quieres que proponga un brindis?

-No te interesa, ¿verdad? -preguntó Jarril, observándole con una extraña fijeza.

-Hace algunos años quizá me habría interesado, Jarril, pero ahora tengo una vida.

-Y menuda vida -dijo Jarril-. Te pasas el día sentado vigilando a los bebés mientras tu mujercita dirige su imperio privado.

Han se inclinó hacia adelante y sus dedos se cerraron sobre el cuello de la camisa de Jarril en un veloz movimiento fruto de una larga práctica.

-Cuidado, amigo...

Jarril torció los labios en un vano intento de sonreír. Sus ojos fueron del rostro de Han a su mano oculta y volvieron a su rostro. Excelente. Han seguía siendo el mismo de siempre.

-No te ofendas, Solo dijo-. Hablaba... Hablaba por hablar, va sabes.

Han aumentó un poco más la va considerable Presión que estaba ejerciendo sobre el cuello de la camisa de Jarril.

-¿Qué quieres?

-Quiero un poco de ayuda, Han.

Han le soltó. Jarril cayó hacia atrás y chocó ruidosamente con el respaldo de su asiento. Después cogió su segundo vaso, apuró de un solo trago el horrible líquido verde que contenía y se limpió la boca con el

dorso de la mano. Han esperó en silencio y mantuvo el dedo sobre el gatillo del desintegrador. Un contrabandista jamás pedía ayuda a otro contrabandista. Los contrabandistas a veces engañaban a sus amigos para conseguir que les echaran una mano, pero nunca pedían ayuda.

Jarril había estado tratando de tenderle alguna clase de trampa, pero el truco no había funcionado.

Jarril se lamió los labios y cogió otro vaso de la bandeja del androide de servicio cuando éste pasó junto a él.

-No me hagas perder mucho tiempo -dijo Han-. Mi mujercita siempre espera encontrarme en casa con la cena preparada cuando vuelve del trabajo. -Eché el asiento hacia atrás, manteniéndolo en equilibrio sobre dos patas hasta que su cabeza quedó apoyada en la pared-. Hago unos pasteles de contrabandista buenísimos.

Jarril alzó las manos.

-No estoy intentando engañarte, Han -dijo-. Todo es verdad. El dinero...

-Dijiste que necesitabas ayuda.

-Creo que todos la necesitamos. -Jarril volvió a bajar la voz-. Hay que pagar cierto precio a cambio de ese dinero. Nunca había visto tanto dinero junto en toda mi vida...

-Eso ya lo he entendido, Jarril -dijo Han-. Eres rico. La riqueza también tiene sus problemas, lo sé, pero ahora no estoy de humor para aguantar quejas de nadie.

-No me estoy quejando -dijo Jarril, alzando la voz en una vehemente protesta.

-Pues a mí me parece que es exactamente lo que estás haciendo, amigo.

-No, Han, no lo entiendes... Ha habido muertes, y habrá mas en el futuro. Buena gente, personas decentes que...

-Creía que tú nunca habías conocido a una sola persona decente, Jarril.

-Te conozco a ti.

-¿Estás intentando decirme que alguien me amenaza?

-No -dijo Jarril, y miró por encima de su hombro.

-¿Se trata de Leia, entonces?

-¡No! Jarril acercó un poco más su silla y Han tuvo que modificar el ángulo en que estaba sosteniendo su desintegrador-. Oye, Han, cualquier contrabandista que tenga un poco de cerebro ha ganado una fortuna durante los últimos meses. Estoy hablando de toda la gente que conocemos, y de personas a las que nunca has conocido. Se han vuelto muy ricos, ¿entiendes? El Pasillo de los Contrabandistas ya no es el sitio que tú habías conocido. Ahora hay más créditos circulando por allí de los que los hutts podrían llegar a gastar durante toda una vida.

-¿Y?

-¿Y? -Jarril vació su último vaso-. Y al principio todo parecía maravilloso, pero después unos cuantos contrabandistas desaparecieron de repente y no volvieron jamás. Te estoy hablando de gente importante..., de gente como tú y como Calrissian.

Han reprimió una sonrisa. En los viejos tiempos él y Lando estaban considerados como un par de tipos bastante raros porque de vez en cuando ayudaban a otro contrabandista en apuros.

-¿Y adónde habían ido todos esos contrabandistas que nunca más volvieron?

Jarril se encogió de hombros.

Al principio no le di demasiada importancia, pero luego me di cuenta de que quienes estaban desapareciendo eran precisamente los tipos que se dedicaban al contrabando por amor a la aventura y para ganar dinero. Eso hizo que pensara en ti, viejo amigo.

-¿En mí?

-Bueno, pensé que... En fin, ya sabes... Pensé que quizá tú y Chewie podríais ir a echar un vistazo por el Pasillo para tratar de averiguar qué está ocurriendo. De una manera extraoficial, claro. Pensé que quizá...

-Tengo una vida -dijo Han.

Jarril se mordió el labio inferior, como si estuviera luchando consigo mismo e hiciera un esfuerzo para no hablar.

-Por eso he venido aquí -acabó diciendo-. Conoces a mucha gente. Tal vez podrías averiguar qué está pasando. De una manera extraoficial, ¿comprendes?

-¿Desde cuándo necesita el Pasillo de los Contrabandistas la ayuda de las fuerzas de la ley?

-¡Es que lo que se haga no puede tener nada que ver con la ley!

La voz llena de perplejidad de Jarril se alzó por encima de los otros ruidos del casino.

Las conversaciones se interrumpieron de repente. Han sonrió a las caras que se volvieron hacia ellos, todas fingiendo desinterés pero con la nada disimulada esperanza de ver correr un poco de sangre. Durante un momento sintió la tentación de agitar el desintegrador delante de sus narices.

-¿Ves algo que no te gusta? -le preguntó a la ssty que le estaba contemplando por encima del respaldo de su asiento.

La alienígena respondió meneando su anguloso rostro cubierto de pelaje.

Han enarcó las cejas y permitió que sus ojos recorrieran el local para formular en silencio la misma pregunta a toda la clientela. Uno a uno, todos los clientes le fueron dando la espalda.

Han esperó hasta que el nivel de las conversaciones volvió a subir antes de seguir hablando.

-Si la ley no puede tomar parte en esto, ¿por qué recurrir a mí? -preguntó.

-Porque tú y Chewie sois los únicos tipos que conozco que pueden moverse libremente por entre el Pasillo de los Contrabandistas y la República sin que nadie les haga preguntas.

-¿Qué me dices de Lando? O Talon Karrde. Mara Jade, quizá.

-Karrde no quiere tener nada que ver con todo esto. Jade ha estado trabajando con Calrissian durante algún tiempo, y ya sabes que él y Nandreeson no se llevan nada bien.

-Pues no lo sabía.

-Han mentía. Estaba al corriente de aquello, pero pensaba que el problema ya había quedado resuelto hacía años.

-Vamos, Solo... No me lo pongas tan difícil. Nandreeson ofreció una considerable recompensa a quien le trajese la cabeza de Calrissian poco después de que Palpatine subiera al trono imperial.

La recompensa no podía ser muy grande. Todo el mundo sabe dónde está Lando.

-Calrissian sabe cómo hacer amigos -dijo Jarril-, pero no se atreve a entrar en el Pasillo.

-¿Y crees que el problema está en el Pasillo de los Contrabandistas?

-Creo que quien vaya allí tal vez podría encontrar algunas respuestas.

Han suspiró y permitió que sus dedos se relajaran sobre el gatillo del desintegrador.

-¿Y por qué no te ocupas personalmente de ello, Jarril?

Jarril se encogió de hombros.

-No hay ningún beneficio a ganar.

-Jarril.. -dijo Han en un murmullo lleno de amenaza.

Jarril respiró hondo y se inclinó sobre la mesa hasta quedar lo más cerca posible de Han.

-Porque estoy excesivamente involucrado en todo este asunto, Han -dijo en un susurro casi inaudible-.

---Estoy metido en esto hasta las cejas..., y puede que hasta un poco más arriba.

\* \* \*

Cetrespeó se estaba recuperando del equivalente a un ataque de agotamiento androide delante de la entrada del cuarto de juegos. Había pasado toda la mañana con los gemelos, Jacen y Jaina, y con su hermano Anakin.

Aquella mañana había resultado particularmente difícil para Cetrespeó. Los niños habían planeado su ofensiva durante la noche anterior. No habían hecho las redacciones sobre el origen de la Nueva República que se les habían asignado como deberes, y habían organizado una pequeña discusión de origen alimentario para distraer a Cetrespeó.

La maniobra de distracción había funcionado a la perfección. Cetrespeó, cubierto de bayas de salthia y suero de leche, intentó descubrir cómo se había iniciado la discusión. Preguntó una y otra vez cómo había llegado aquella comida al cuarto de juegos, aunque también se dedicó a deplorar la falta de disciplina de los niños a medida que la pelea iba progresando.

La falta de disciplina se volvió altamente evidente cuando el ama Leia y el amo Solo se fueron. Los dos eran unos padres muy indulgentes. Invierno, que había ayudado a criar a los tres niños desde la más temprana infancia, por lo menos comprendía el valor de la disciplina.

Afortunadamente, Invierno había llegado antes de que Anakin consiguiera acordarse de dónde había metido su tirachinas.

Invierno acompañó a Cetrespeó hasta la puerta del cuarto de juegos y le dijo que descansara un rato. Cetrespeó había intentado informarle de que los androides no necesitaban descansar, pero Invierno se había limitado a sonreír comprensivamente sin decir nada. Cetrespeó seguía inmóvil delante de la puerta

del cuarto de juegos a pesar de que Invierno la había cerrado ya hacía un buen rato, quizá perplejo ante la orden de descansar que había recibido o, quizá, sencillamente porque no quería abandonar el escenario del último en una larga serie de desastres.

La entrada al cuarto de juegos no presagiaba el caos que reinaba en su interior. La habitación tenía forma octagonal, con sillas colocadas junto a cada pared. En el pasado había servido como cámara de escucha para una sala de reuniones de gran importancia, pero actualmente rara vez era utilizada salvo como vestíbulo. Nadie se sentaba en las sillas, y los niños se limitaban a patinar sobre el mármol. El androide de limpieza asignado a aquella ala se había quejado en más de una ocasión de las señales que sus pies envueltos en calcetines dejaban sobre el suelo.

Un repentino ruido en el vestíbulo hizo que Cetrespeó alzara la cabeza. El ruido se convirtió en unos curiosos pasos zumbantes. El panel de la puerta se hizo a un lado, y un androide niñera entró en el vestíbulo. Sus cuatro manos estaban inmóviles sobre el delantal que le cubría el estómago. Sus ojos plateados relucían, y las comisuras de su boca estaban vueltas hacia arriba en una permanente expresión de buen humor.

-¿Cetrespeó? -La voz del androide había sido cuidadosamente modulada para que sonara lo más cálida y afable posible-. Soy Té-Dé-Ele-Tres-Cero-Cinco y he venido aquí para sustituirte como niñera de los pequeños.

-Oh, cielos. -Cetrespeó volvió la cabeza para lanzar una rápida mirada al cuarto de juegos-. No he sido informado de esto.

Después de todo, es una situación muy poco usual -dijo el androide niñera-. ¿Un androide de protocolo cuidando niños? No tienes carne sintética ni circuito de abrazos, querido, y si me permites que te hable con franqueza... Bueno, la verdad es que estás anticuadísimo. Unos cuantos androides de protocolo mejorados cuentan con la programación necesaria para desempeñar un trabajo tan difícil como el de cuidar niños, pero...

-Te aseguro que he cuidado muy bien a estos niños -dijo Cetrespeó.

No lo dudo. -Estaba claro que el androide niñera se limitaba a seguirle la corriente-. Tampoco me cabe ninguna duda de que tus servicios serán debidamente recompensados, pero he venido aquí para sustituirte.

-No sabía nada sobre esta sustitución -dijo Cetrespeó.

-Los androides nunca son informados...

-Tengo un lugar especial en esta familia. No puedo ser despedido como si fuera un..., un...

-¿Un androide sanitario oxidado? -le interrumpió el androide niñera con una risita-. Veo que exageramos un tanto nuestra importancia, ¿no?

-¡No exagero mi importancia! -exclamó Cetrespeó-. Me atrevería a decir que soy el androide más humilde que conozco.

-Tal como me has repetido frecuentemente.

Invierno estaba apoyada en el quicio de la puerta, llenando el hueco con su alta y esbelta silueta.

Jaina asomó la cabeza por entre los pliegues de las faldas de invierno.

-¿Cómo puede ser humilde si sólo sabe hablar de lo muy humilde que es? -preguntó.

-Calla, niña -dijo Invierno.

-Ama Invierno, creo que el protocolo exige que si piensan sustituirme yo debo ser el primero en saberlo -dijo Cetrespeó.

-Te vas a librar de Cetrespeó? -preguntó Jacen. El pequeño acababa de aparecer en la puerta, su rostro de siete años de edad una réplica perfecta del de Han Solo-. Realmente, Invierno... Creía que nos conocías mejor. A veces nos metemos con él, pero lo hacemos únicamente porque le apreciamos.

-No planeaba librarme de él -dijo Invierno, apartando un mechón de cabellos blancos como la nieve de su cara-. Y que yo sepa, vuestros padres tampoco quieren sustituir a Cetrespeó.

-He sido encargado específicamente para esta casa -dijo el androide niñera-. Soy Té-Dé-Ele-Tres-Cero-Cinco, y he venido aquí para sustituir a Cetrespeó según el código de instrucciones Bantha Cuatro Cinco Seis.

-¿Bantha? -preguntó Invierno- Eso no es un código de la familia.

-¡Yo no tengo la culpa! -chilló Anakin desde la otra habitación.

-Creo que no le gustó nada que decidieras que ya era demasiado mayor para volver a escuchar El cachorrito de bantha perdido -le murmuró Jacen a Cetrespeó.

-¿De veras? -exclamó Cetrespeó-. Ese cuento ya hace años que dejó de ser útil. Vaya, pero si la semana pasada el amo Solo expresó con toda claridad el gran alivio que le producía el que ninguno de vosotros quisiera volver a escucharlo.

-Cetrespeó... -dijo Invierno en un tono de advertencia bastante cautelosa mientras se detenía junto a él-. --Discúlpalos, Té-Dé-Ele-Tres-CeroCinco. Al parecer alguien de esta casa ha estado explorando algunas zonas de la red de compras que no se suponía debiera visitar.

Lo cual es otra razón que justifica la introducción de una supervisión adecuada -dijo el androide niñera-. Los niños que están a mi cuidado siempre se comportan con el máximo decoro. Resulta obvio que un modelo tan anticuado como el que han estado utilizando para que vigile a los niños no puede controlarlos. Necesitan experiencia...

-Sí, desde luego. -Invierno se cruzó de brazos-. ¿Has cuidado niños sensibles a la Fuerza anteriormente?

-Sean cuales sean sus talentos especiales, los niños son niños y punto -dijo el androide niñera-. A juzgar por mis experiencias anteriores, el exceso de sensibilidad puede estar relacionado con una falta de disciplina que...

Creía haberte oído decir que carecías de experiencia con ese tipo de niños -dijo Invierno-. Cetrespeó ha sabido salir bastante airoso de los singulares desafíos que le han planteado estos niños. De hecho, creo que un androide niñera sería un desastre tanto para los niños como los adultos.

-¿Me está despidiendo? -preguntó el androide niñera.

-Estás aquí porque un niño pidió a la tienda que te enviaran -dijo Invierno.

-¡Yo no he sido! -chilló Anakin desde la habitación.

Jaina se tapó la boca con las manos. Jacen entró en el cuarto de juegos. -Mentir no servirá de nada, Anakin. El código te ha delatado, y ahora ya no podremos volver a utilizarlo.

-Oh, desde luego que no -dijo Cetrespeó-. Niños con acceso a las redes de compra... Es realmente inimaginable. ¿Qué se les ocurrirá a continuación?

-Cualquier otra barbaridad, supongo -dijo Invierno sin apartar la mirada del androide niñera, que no se había movido-. Aquí no hay sitio para ti, Té-Dé-Ele-Tres-Cero-Cinco. No necesitamos tus servicios, así que considérate despedido.

-Discúlpeme, señora, pero creo que está cometiendo un error -dijo el androide niñera.

-Oh, pero qué grosería tan excepcionalmente elevada... -dijo Cetrespeó-. El ama Invierno ha cuidado a estos niños desde...

-Yo me ocuparé de esto, Cetrespeó. -Invierno estaba sonriendo-. Tomo nota de tu queja -le dijo al androide niñera-, y te aseguro que quedará registrada en el archivo.

El androide niñera emitió un suave sonido de disgusto. Después su cuerpo giró ágilmente, y el androide niñera salió rodando de la antesala y la puerta se cerró detrás de él.

-¿El archivo? -preguntó Cetrespeó-. No sabía que tuviera un archivo.

-Y no lo tengo -dijo Invierno.

-¿Cómo se te ha podido ocurrir hacer algo semejante? -preguntó Jacen, y su voz llegó hasta ellos por el hueco de la puerta.

-El holograma era muy bonito -dijo Anakin.

Invierno sonrió a Cetrespeó, y después fue hacia el cuarto de juegos para poner fin a lo que amenazaba con convertirse en una grave pelea entre hermanos.

Un androide niñera le salvó la vida a Anakin hace tiempo -dijo-. Quizá sencillamente deseaba la seguridad de que disfrutaba cuando era un bebé.

-No soy un... -empezó a decir Anakin, y después se interrumpió de repente como si se hubiera quedado sin voz.

Cetrespeó fue corriendo al cuarto de juegos. El rostro de Anakin estaba muy blanco.

-¿Qué ocurre? -preguntó Invierno.

Jacen y Jaina se habían quedado totalmente inmóviles. Tenían los ojos muy abiertos..., y un instante después los tres niños empezaron a gritar al unísono.

## Cuatro



Kueller, sus botas repiqueteando sobre el metal, atravesó el hangar. Los técnicos se prosternaron ante él y sus manos enguantadas se extendieron sobre las protuberancias metálicas del suelo. Kueller pasó tan cerca del grupo de la izquierda que el borde de su capa les rozó los cráneos. La máscara de la muerte se adhería a su piel, reconfortándole y dándole poder.

-Necesito una nave -dijo.

Su voz aumentada por la Fuerza creó ecos que resonaron por toda la gran sala. El hangar estaba vacío salvo por tres cazas TIE en distintas fases de reparación.

-Está preparada, mi señor.

Femon, su fiel ayudante, se incorporó. Su larga cabellera negra ocultaba la palidez antinatural de su rostro. Femon echó los cabellos a un lado con una rápida sacudida de la cabeza, y el gesto reveló ojos ennegrecidos por el kohl y labios rojos como la sangre. Femon había convertido su cara en una máscara de la muerte creada mediante los cosméticos cuyo aspecto resultaba bastante menos convincente que la que llevaba su amo y señor.

Kueller asintió. Nadie más se movió.

-¿Y Brakiss?

-Se ha ido, mi señor.

-No ha perdido el tiempo.

-Dijo que contaba con vuestro permiso. -¿Y no comprobaste si decía la verdad? Femon sonrió.

-Siempre lo compruebo todo.

-Excelente.

Kueller acarició la palabra. Femon se irguió bajo su elogio, tal como hacía siempre. Si no fuese tan capaz, Kueller ya habría...

Pero Kueller permitió que el pensamiento se desvaneciera. No quería perder el tiempo con distracciones, ni siquiera si eran de la variedad más agradable.

-¿Ha llegado algún informe de Pydyr?

-Mil personas están prisioneras en sus casas, tal como habíais ordenado. -¿Destrucción?

-Ninguna.

La palabra quedó flotando entre ellos.

Kueller se permitió una sonrisa, sabiendo que la expresión llenaría de terror incluso a los más endurecidos de sus seguidores.

-Excelente. ¿Cuál ha sido la pérdida de vidas?

Femon juntó las manos a la espalda, dominando el ondular de su capa plateada y subrayando la esbeltez de sus formas femeninas mediante aquel gesto.

-Un millón seiscientos cincuenta y una mil trescientas cinco, mi señor.

-Exactamente tal como se había planeado -dijo Kueller.

-Hasta la última persona. ¿Haréis alguna investigación al respecto?

-Siempre lo compruebo todo -dijo Kueller, devolviéndole sus palabras.

Femon sonrió. La sonrisa suavizó sus rasgos a pesar de sus intentos para evitarlo.

-¿Me dais permiso para acompañaros?

Kueller titubeó durante un momento. Femon había estado con él desde el comienzo. Aquella parte del plan era tan suya como de Kueller. -Todavía no -dijo por fin-. Te necesito aquí.

-Creía que esperaríamos hasta la Fase 2.

-Oh, no -dijo Kueller, empleando deliberadamente un tono lo más afable posible-. Los engranajes ya han empezado a girar. Hay que conservar la inercia para no perder la ventaja. ¿Lo recuerdas?

-Con toda claridad.

Kueller percibió el temblor de su voz, y oyó en ella el residuo de cada una de las pesadillas que le había enviado. Había noches en que llegó a enviarle cinco, una detrás de otra.

-Excelente -dijo, y le acarició la cara con sus dedos enguantados de cuero-. Excelente, excelente...



El chambelán abrió la puerta de la Sala del Senado mientras los heraldos anunciaban la presencia de Leia. Toda aquella pompa y circunstancia había parecido innecesaria hasta la discusión que Leia acababa de mantener con Mon Mothma. Pero después del extraño acontecimiento que había tenido lugar en el vestidor, Leia acogió con alegría la pérdida de tiempo que exigía el ceremonial porque le daba un momento para recuperar el control de sí misma y expulsar de su mente el terror que había llegado a través del espacio cabalgando sobre una ola de frío helado.

Entró con la cabeza bien alta y dos guardias a cada lado. El reforzamiento de las medidas de seguridad resultaba obvio: había centinelas en todas las puertas del anfiteatro, y un considerable número de androides de defensa esparcidos por entre los androides de protocolo situados junto a los senadores que no hablaban básico. Representantes de todas las especies y planetas de la Nueva República estaban sentados en los sillones que les habían sido asignados y la observaban con expresiones expectantes. Mon Mothma tenía razón, desde luego: lo que Leia hiciera aquel día determinaría el curso seguido por el Senado en el futuro.

Reporteros llegados de docenas de mundos llenaban la balconada de visitantes que se extendía junto a los segmentos de cristal fragmentados del techo. Los segmentos capturaban y reflejaban la luz del sol en un efecto de arco iris que iluminaba el centro de la gran sala. El Emperador había concebido aquel pequeño truco para impresionar a quienes le observaran. Leia agradeció que hiciera sol y que hubiera tantas ondulaciones de luz porque servirían para distraer a los nuevos representantes, que nunca habían tenido ocasión de contemplar aquel esplendoroso espectáculo. Empezó a bajar por la escalera. El olor de cuerpos, tanto humanos como alienígenas, llenaba la Cámara, en la que ya reinaba un calor excesivo debido a la proximidad de tantos seres. Leia mantuvo la mirada cuidadosamente dirigida hacia adelante, pero aun así al pasar junto a M'yet Luure se dio cuenta de que el veterano senador estaba sentado junto a su nuevo colega de Exodeen. Los dos exodeenianos tenían seis brazos y seis piernas, y apenas si conseguían acomodarse dentro de los sillones homogeneizados que Palpatine había ordenado instalar en los días en que los no humanoides estaban considerados como especies de mínima importancia. No había nada en su apariencia que permitiera distinguir al antiguo imperial exodeeniano de su congénere el senador rebelde. De hecho, Leia no podía reconocer a ningún ex imperial meramente a través de la vista, y tenía que dejarse guiar por la reputación.

Como en el caso de Meido, el primer y único senador del planeta Adin... Aquel mundo había sido una fortaleza imperial, y Leia seguía sin estar demasiado segura de que Meido hubiera sido elegido de una manera totalmente legal. Leia había ordenado a algunos de sus ayudantes de confianza que llevaran a cabo discretas investigaciones al respecto. Recordaba haber visto aquel rostro alienígena lleno de protuberancias en sus días de rebelde, pero no conseguía situarlo con exactitud.

Y por fin llegó al otro extremo de la Cámara. El chambelán volvió a anunciar su presencia mientras Leia ocupaba su sitio detrás del estrado brillantemente iluminado. Los senadores aplaudieron, o emplearon el equivalente más cercano al aplauso permitido por su fisiología. Los luyals golpearon los tableros con sus tentáculos. Los uteens, aquellas criaturas que parecían anguilas, hicieron que sus androides aplaudieran por ellos.

Leia apoyó las manos sobre la madera del estrado, asegurándose de que no rozaban la pantalla del ordenador. No había preparado ningún discurso, y se alegraba de no haberlo hecho.

Las puertas de la Sala del Senado se cerraron y los guardias se desplegaron delante de ellas. Los aplausos eran tan ruidosos como claramente favorables. Leia sonrió y saludo con inclinaciones de cabeza a los viejos amigos mientras ignoraba los nuevos rostros. No tardaría mucho en tener que prestarles atención.

Senadores y senadoras... -dijo, intentando hacerse oír por encima del estruendo. Los aplausos fueron muriendo lentamente, y Leia esperó hasta que se hubieron desvanecido del todo antes de seguir hablando-. Vamos a iniciar un nuevo capítulo en la historia de la República. La guerra con el Imperio terminó hace ya mucho tiempo, y por fin hemos extendido la mano de la amistad...

Una explosión hizo temblar la Cámara y lanzó a Leia por los aires. Salió despedida hacia atrás y chocó con un escritorio, y todo su cuerpo tembló bajo la poderosa violencia del impacto. La sangre y los restos llovieron a su alrededor. Chorros de humo y polvo se alzaron por los aires, llenando la gran sala con una oscuridad granulosa. Leia no podía oír nada. Se llevó una mano temblorosa a la sien y notó el calor que manchaba sus mejillas y los lóbulos de sus orejas. El zumbido no tardaría en llegar. La explosión había sido lo suficientemente potente para afectar a sus tímpanos.



La áspera claridad de los paneles de emergencia inundó la sala. Leia sintió más que oyó la lluvia de trozos de cristal desprendidos del techo que se precipitó sobre el suelo. Un centinela había caído junto a ella, y su cabeza estaba ladeada en un ángulo que no tenía nada de natural. Leia cogió el desintegrador del centinela. Tenía que salir de allí. No estaba segura de si el ataque se había originado en el interior o en el exterior. Fuera cual fuese el lugar del que había llegado, tenía que asegurarse de que no estallarían más bombas.

La fuerza de la explosión había afectado a su sentido del equilibrio. Se arrastró sobre los cuerpos, algunos de los cuales todavía se movían, y fue avanzando hacia la escalera. El más leve movimiento le causaba mareos y oleadas de náuseas, pero Leia ignoró aquellas desagradables sensaciones. Tenía que hacerlo.

Un rostro se alzó ante ella. Estaba manchado de sangre y polvo y terminaba en un casco torcido, pero aun así Leia logró reconocer a uno de los guardias que habían estado con ella desde *Alderaan*.

-Alteza... -logró susurrar la boca del guardia, y Leia no pudo entender el resto de lo que dijo.

Meneó la cabeza, ahogando un jadeo al sentir una nueva oleada de mareos, y siguió adelante.

Por fin llegó a la escalera. Leia utilizó los restos de un escritorio para incorporarse. Su traje estaba empapado de sangre pegajosa, y la tela se le adhería a las piernas. Leia alzó el desintegrador delante de ella, deseando poder oír algo. Si pudiera oír, sería capaz de defenderse.

Una mano surgió de entre los cascotes y se estiró hacia ella. Leia giró sobre sus talones hasta quedar de cara a la mano y vio cómo Meido iba saliendo de entre los restos. Sus esbeltos rasgos estaban cubiertos de polvo, pero parecía ileso. Meido vio su desintegrador y se encogió temerosamente. Leia le dirigió un asentimiento de cabeza para indicarle que le había reconocido, y siguió adelante. El guardia no se apartaba de su lado.

Más cascotes cayeron del techo. Leia se agazapó y se tapó la cabeza con las manos para protegerse. Una llovizna de pequeños guijarros cayó sobre ella, y el suelo tembló bajo el impacto de los trozos de baldosas ornamentales. Una nube de polvo se alzó por el aire, amenazando con asfixiarla. Leia tosió, sintiendo la presencia del polvo pero sin poder oír nada. Un solo instante había bastado para que la Sala del Senado dejara de ser un lugar de ceremoniosas comodidades y se convirtiera en el reino de la muerte.

La imagen de la máscara cadavérica volvió a flotar delante de ella, pero esta vez surgía de la memoria. Leia había sabido que aquello iba a ocurrir. Lo había visto en algún lugar misterioso bajo la forma de imágenes enviadas por su cerebro sensible a la Fuerza. Luke decía que a veces los Jedi eran capaces de ver el futuro. Pero Leia nunca había llegado a completar su adiestramiento. No era una Jedi.

Pero no le faltaba mucho para serlo.

Un torrente de ira cuya intensidad la volvía casi bella invadió todo su ser. Leia dejó que sus manos descendieran hasta quedar inmóviles junto a sus costados. Las baldosas habían dejado de caer, al menos por el momento. Leia agitó los brazos, llamando a Meido y a cualquier otro que pudiera verla. Si ella no podía oír, los senadores y guardias también habrían perdido la audición..., y tenían que salir de allí lo más pronto posible.

Lanzó una rápida mirada al techo. La detonación había abierto varios agujeros en él, y había dejado enormes orificios de afilados contornos irregulares en el recubrimiento de cristal. Todas las baldosas que había ordenado instalar el Emperador se habían desprendido y estaban cayendo como granizo por toda la Sala. Otros senadores se estaban levantando. Unos cuantos androides de protocolo de modelos bastante antiguos estaban levantando los escombros más grandes y los dejaban a un lado, aparentemente en un intento de liberar a alguien que estaba atrapado debajo de ellos. El congénere de M'yet Luure ya había logrado subir media escalera, y sus seis piernas y su larga cola estaban obstruyendo el paso a media docena de senadores. En cuanto a Luure, Leia no vio ni rastro de él.

El guardia la cogió del brazo y señaló hacia adelante. Leia asintió, se liberó del brazo de un tirón y siguió avanzando. Esperaba más explosiones, y se iba poniendo cada vez más nerviosa al ver que no se producían. Aquel ataque no se parecía a ninguno de los que había sufrido anteriormente. ¿Por qué iban a querer golpear a la Sala del Senado con tanta ferocidad sin terminar el trabajo después?

Leia resbaló sobre un trozo de baldosa, estuvo a punto de caer, extendió la mano izquierda en busca de algún apoyo y encontró algo blando y viscoso que cedió bajo sus dedos. Leia se volvió y vio que su mano había quedado encima de una de las seis piernas de M'yet Luure. La onda expansiva la había separado de su cuerpo. Leia fue hacia él, impulsada por la esperanza de que aún estuviera vivo, y empezó a apartar rocas, baldosas y trozos de mármol en una frenética búsqueda...

... y un instante después se quedó inmóvil cuando encontró la cara de M'yet Luure. Sus ojos estaban abiertos y vacíos de toda expresión, y su boca se hallaba medio cerrada sobre sus seis hileras de dientes. Leia deslizó una mano ensangrentada sobre sus mejillas desgarradas.

-M'yet... -dijo, y la palabra fue como un gorgoteo ahogado que resonó dentro de su garganta.

Luure no se merecía morir de aquella manera. Sus convicciones no podían estar más alejadas de las de Leia, pero había sido un buen amigo, una persona íntegra y decente y uno de los mejores políticos que había conocido. Leia siempre había albergado la esperanza de que acabaría consiguiendo atraerle a su bando. Esperaba que algún día Luure podría ayudar a la República desde una posición de liderazgo fuera del Senado, donde sería una potente voz a favor del cambio.

Las puertas se abrieron. Una luz cegadora inundó la Sala del Senado. Leia logró erguirse y apoyó el desintegrador en una roca cercana. Un instante después vio a su personal de seguridad, que venía a la carrera. Leia acabó de incorporarse y corrió hacia los recién llegados, luchando con los obstáculos de los escombros y los escalones e intentando no tropezar con ellos.

-¡Daos prisa! -gritó cuando llegó al final de la escalera-. ¡Tenemos muchos heridos ahí abajo!

Un guardia le dijo algo, pero Leia no pudo oírle. En vez de preguntarle qué había dicho, se dedicó a inspeccionar los daños desde arriba. Todos los asientos estaban cubiertos de restos. La mayoría de los senadores se movían, pero había muchos que permanecían inmóviles.

La nueva legislatura senatorial quedaría indeleblemente marcada por aquel terrible comienzo.

Y el Imperio tendría que pagar por ello.

## Cinco



El trueno surgido de la nada hizo que la claridad emitida por los paneles luminosos de la Joya de Cristal se debilitara de repente. Después el suelo tembló. Los androides esparcidos por todo el casino que dirigían las partidas en las mesas de juego gimieron mientras vibraban como si fueran a desprenderse de sus sujeciones. La silla de Han, que estaba precariamente inclinada, cavó al suelo. Han se levantó de un ágil salto y la cogió con una mano. Jarril se desplomó sobre la mesa y derramó los restos de las bebidas.

-¿Qué...?

-¿Es un terremoto? -preguntó alguien. -Se va a caer...

-¡Cuidado!

Los gritos y alaridos ahogaron cualquier intento de mantener una conversación. Han no estaba intentando hablar, desde luego: ya había vivido los años suficientes para saber que no se estaba produciendo ningún terremoto. Aquello había sido una explosión.

Salgamos de aquí -dijo, atrayendo la atención de Jarril con una palmada en el hombro.

-¿Qué está pasando? -chilló Jarril.

Han no le respondió, o por lo menos no lo hizo directamente.

Estamos por debajo del nivel del suelo, amigo. Si no salimos de aquí ahora mismo, tal vez nunca lleguemos a hacerlo.

Jarril probablemente ni siquiera había pensado en ese aspecto de su situación. Aquellos tugurios nunca parecían estar a dos metros de profundidad, aunque así era en realidad. Su grito se unió a los de los demás mientras se levantaba. Han ya estaba abriéndose paso a empujones hacia la puerta, agitando su desintegrador delante de las narices de cualquiera que intentase detenerle. Durante el trayecto ayudó a levantarse a un cemasiano, esquivó los dientes de un perro de combate nek que había sido liberado de su cadena por la explosión y extrajo a un agee alado de entre los restos de tuna sección de techo medio desmoronada.

La multitud que se había acumulado delante de la puerta era enorme. Todos intentaban trepar por encima de los demás, y todos intentaban salir. Un instante después Han vio que algún idiota había cerrado la puerta.

-¡Dejadnos salir de aquí! -grito.

-¡No sabes qué hay ahí fuera!

-Sé que sea lo que sea lo prefiero a morir aquí dentro.

Varias voces se alzaron junto a la suya, y todas secundaron su protesta. Han logró llegar hasta la primera fila de la multitud. Un oodoc, una especie famosa por su tamaño y su fuerza pero no por su inteligencia, estaba inmóvil delante de la puerta con sus brazos erizados de pinchos cruzados delante de su gigantesco pecho.

-Aquí dentro corremos menos peligro -dijo.

Escúchame con atención, cerebro de palillo -replicó Han-. El techo está a punto de derrumbarse. Prefiero correr el riesgo de enfrentarme a lo que haya ahí fuera que morir contigo aquí dentro.

-Yo no -dijo el oodoc.

Pues entonces habrá que quitarte de enmedio.

Han apartó al alienígena de un empujón y destruyó la cerradura de la puerta con un disparo de su desintegrador. El rebote acertó al oodoc en su espalda erizada de pinchos. La criatura gruñó y se lanzó sobre Han mientras la puerta empezaba a abrirse.

Una marea de criaturas se esparció por los pasillos que se extendían al otro lado de la puerta, envolviendo a Han y arrastrándolo lejos del oodoc. Han logró liberarse, llegó al turboascensor sin que nadie le siguiera, buscó a Jarril con la mirada y no pudo verle. El ascensor se detuvo a un nivel por debajo de la superficie y Han subió los peldaños de dos en dos, el cuerpo tenso en una reacción instintiva de preparación ante la próxima explosión, que parecía estar tardando una eternidad en producirse.

La multitud llegó a las puertas y salió por ellas bajo la forma de un impetuoso torrente de cuerpos. Los gritos y los alaridos cesaron de repente cuando quienes los lanzaban llegaron a la superficie.

Han llegó a la salida y se detuvo tan bruscamente que el gotaliano que iba detrás de él chocó con su espalda. El gotaliano le dio un empujón mientras retrocedía para pasar junto a Han, y después él también se quedó inmóvil y miró hacia arriba, dirigiendo el doble cono de su cabeza hacia el cielo.

Flan se apartó de la entrada, sintiendo la boca repentinamente tan seca como un desierto.

Coruscant tenía el aspecto de siempre. La ciudad estaba intacta, y no le había ocurrido absolutamente nada.

La luz del sol era potente, cegadora y cálida. La tarde seguía siendo tan hermosa como cuando Han había bajado al subsuelo.

No puede haber sido algo que ha ocurrido debajo de la superficie, ¿verdad? -preguntó uno de los jugadores de la joya de Cristal, un hombre que tenía un aspecto vagamente familiar. Han meneó la cabeza.

Algo ha ocurrido en algún sitio.

-No puede haber venido de arriba—dijo el gotaliano-. Si hubiera venido de arriba, podríamos ver los efectos.

Y ahora todos estaríamos corriendo de un lado a otro mientras pedíamos al cielo que la ciudad no recibiera otro impacto -dijo el jugador. Han alzó una mano para hacerse sombra en los ojos mientras buscaba alguna clase de movimiento. Por fin lo vio: un contingente de guardias y personal médico iba hacia el Palacio Imperial. El palacio.

Los niños.

Leia.

Han echó a correr detrás de los guardias tan deprisa como podían llevarle las piernas y estuvo a punto de derribar al perro de combate nek, que parecía estar tratando de huir de su dueño. Han jugó al escondite con las columnas de los edificios y las calles, consiguiendo no perder de vista en ningún instante a los guardias y el personal médico.

Era el personal médico lo que le preocupaba.

Alguien había salido muy malparado.

El contingente pasó de largo por delante de la entrada principal del palacio y siguió corriendo a lo largo del muro. Han experimentó un fugaz momento de alivio hasta que comprendió adónde iban.

Iban a la Sala del Senado.

Han estaba respirando con jadeos entrecortados. Una dolorosa punzada había empezado a formarse en su costado. Estaba en buena forma física, pero había transcurrido mucho tiempo desde la última vez en que tuvo que ir corriendo a algún sitio como si su vida dependiera de ello..., y Han ya llevaba un buen rato corriendo de esa manera.

Seguía sin haber más explosiones.

Extraño. Muy extraño.

Dobló la esquina y lo que vio hizo que intentara correr todavía más deprisa. Había senadores esparcidos por encima del césped, cubiertos de tierra, polvo y sangre de varios colores distintos. Un líquido negro brotaba de las heridas del senador de Nyny, y sus tres cabezas estaban inclinadas hacia atrás. Si no estaba muerto, le faltaba muy poco para estarlo.

Mon Mothma estaba inclinada sobre otro senador y le hablaba muy despacio. Han se detuvo el tiempo suficiente para tocarle el hombro y hacer que volviera la mirada hacia él.

-¿Y Leia? -preguntó.

Mon Mothma meneó la cabeza. Parecía diez veces más vieja que a primera hora de la mañana.

-No la he visto, Han.

Han dio un rodeo para esquivar a los heridos, aunque Mon Mothma le llamó a gritos. Ya sabía qué le diría si se paraba a escucharla: Mon Mothma le diría que no entrara ahí y que dejara que el personal adiestrado para esas eventualidades se ocupara de todo, que era exactamente lo que le habría dicho Leia en las mismas circunstancias. Pero su esposa había desaparecido. Han la encontraría sin ayuda de nadie.

La enorme entrada de mármol estaba llena de polvo, sangre y más cuerpos. Algunos habían sido colocados a lo largo de la pared como si fueran contenedores de carga. Mientras pasaba junto a ellos Han vio que se trataba de androides. Ni siquiera eran androides enteros, sino únicamente trozos: brazos en un rincón, piernas en otro. Han vio docenas de miembros dorados, y no quiso ni pensar en la posibilidad de que Cetrespeó estuviera entre los androides que habían quedado hechos añicos.

La sangre y el polvo habían hecho que el suelo se volviera muy resbaladizo. Han se deslizó sobre un par de losas y no consiguió detenerse hasta que hubo llegado a la entrada de la Sala del Senado propiamente dicha.

Todas las puertas se hallaban abiertas y los paneles luminosos de emergencia estaban encendidos, y el polvo flotaba en el aire como una tempestad de arena sobre Tatooine. Han oyó gemidos, quejidos y voces que gritaban pidiendo socorro y que venían del interior de la sala. Otras voces que impartían órdenes o solicitaban ayuda se mezclaban con el estrépito. El personal médico al que había seguido ya estaba dentro, así como docenas de guardias y miembros del servicio de seguridad.

Esa clase de daños sólo podían haber sido causados por una bomba enorme. Tenía que haber sido más grande que la más potente de cuantas había llegado a ver fuera de una batalla espacial..., y aquella bomba no podía haber llegado del espacio. Toda la parte exterior del edificio se encontraba intacta, y eso quería decir que la explosión tenía que haberse producido dentro de él.

Y entonces vio a Leia, cubierta de sangre y con su vestido blanco, que había dejado de ser blanco, medio desgarrado y pegado a su cuerpo. Una trenza se había soltado y colgaba a lo largo de su cuello. La otra estaba a medio deshacer, y la hermosa cabellera castaña de Leia flotaba sobre su rostro en una masa de mechones enmarañados. Leia tenía las manos debajo de las protuberancias secundarias de un llewebum inconsciente cuyos pies eran sostenidos por dos guardias. Leia cojeaba mientras caminaba hacia atrás, intentando no dejar caer el peso del cuerpo sobre su pierna derecha.

Han fue corriendo hasta ella y puso sus manos junto a las de Leia, que se habían tensado sobre la piel recubierta de surcos y arrugas del llewebum.

-Ya lo tengo, cariño -dijo.

Pero Leia no pareció oírle. Han la empujó suavemente con la cadera, y Leia soltó al alienígena. El peso del llewebum hizo que Han se tambaleara. No entendía cómo Leia podía haberlo sostenido. Dejó al llewebum junto a uno de sus camaradas, cerca de un androide médico que estaba clasificando todos los casos según el grado de emergencia, y volvió a reunirse con Leia.

Leia se disponía a volver a entrar en la Sala del Senado, pero Han le rodeó la cintura con el brazo y la detuvo con toda la delicadeza de que fue capaz.

-Traeré un médico para que te atienda, cariño. -Suéltame, Han.

-Ya has ayudado lo suficiente. Vamos a ir al centro médico.

Leia no meneó la cabeza, y ni siquiera le miró mientras hablaba. Todo un lado de su cara estaba amoratado, y tenía la piel cubierta de marcas negras que no habían llegado a ser quemaduras por muy poco. Le sangraba la nariz, y Leia ni siquiera parecía darse cuenta de ello.

-He de entrar ahí -dijo.

-Yo entraré. Tú quédate aquí.

-Suéltame, Han -repitió Leia.

No puede oírle -dijo uno de los androides médicos mientras pasaba junto a ellos-. Una detonación de esas dimensiones en un espacio cerrado tiene que haber causado considerables lesiones auditivas en todos los seres dotados de tímpanos.

¿No podía oírle? Han la hizo girar delicadamente hacia él, intentando impedir que el miedo que sentía se hiciera visible en su cara.

La ayuda ya está en camino, Leia -dijo, hablando muy despacio y articulando cuidadosamente cada palabra-. Deja que te lleve al centro médico.

La piel de Leia estaba muy pálida bajo la capa de polvo que la cubría. -Yo tengo la culpa de todo.

-No, cariño. No digas eso.

-Permití que los imperiales entraran en el Senado. No me resistí lo suficiente.

-Sus palabras le dejaron helado.

-No sabemos qué ha causado esto. Vamos, Leia... Deja que te lleve a algún sitio en el que puedan atenderte.

-No -dijo Leia-. Mis amigos están muriendo ahí dentro. -Has hecho todo lo que podías hacer. -No seas tozudo -dijo Leia.

-¡Oye, no soy yo quien está siendo...! -Han no llegó a completar la frase. No podía quedarse plantado allí para discutir con ella. Leia no podía oírle y acabaría ganando la discusión. Han la cogió en brazos, sintiendo su calor y lo poco que pesaba-. Vas a venir conmigo—dijo.

-No puedo, Han -dijo Leia, pero no intentó resistirse-. Estoy bien, de veras...

-No quiero que te mueras sólo porque eres incapaz de saber cuándo hay que descansar un rato -dijo Han mientras pasaba junto a los heridos. O Leia estaba recuperando la audición, o era capaz de leer los labios.

-No me voy a morir -dijo.

El corazón de Han retumbaba locamente contra sus costillas.

Me gustaría estar tan seguro de eso como parece estarlo usted, princesa -dijo, estrechándola entre sus brazos.

\* \* \*

Jarril dejó de correr en cuanto llegó a los hangares. Había visto mucha actividad alrededor de todas las bases de vuelo, pero suponía que ésta aún no habría llegado a su nave.

Tenía razón.

Aunque probablemente no disponía de mucho tiempo.

Había dejado su nave, el *Dama Apasionada*, en el otro extremo del hangar, detrás de dos naves de mayores dimensiones. El *Dama Apasionada* era una nave pequeña, pero inconfundible y un tanto llamativa. Marrón y con una estructura general que constituía un cruce entre el *Halcón Milenario* y un ala-A, había sido diseñada personalmente por Jarril. Había sido construida para el transporte de carga, pero si las cosas se ponían realmente feas Jarril podía desprender la unidad de almacenamiento y dejar que la sección de la nave que tenía forma de caza siguiera adelante por su cuenta. El caza podía ser manejado mediante un sistema de control remoto, y Jarril podía hacer que un perseguidor perdiera su tiempo lanzándose detrás del caza mientras que en realidad él se encontraba a bordo del navío de almacenamiento con toda la carga. Sólo había tenido que utilizar aquel truco en una ocasión, y afortunadamente había podido recuperar la sección-caza de la nave más tarde.

Nunca se había sentido más aliviado al ver algo en toda su vida.

Tenía que salir de Coruscant antes de que decretaran un estricto control sobre los viajes espaciales..., y eso era precisamente lo que harían en cuanto hubieran localizado el origen de la explosión, por supuesto. Jarril tenía que volver al Pasillo antes de que alguien se diera cuenta de que había desaparecido. De hecho, Jarril temía que alguien ya se hubiera dado cuenta de su ausencia.

Aquella parte del hangar parecía estar vacía. Qué extraño... Si Jarril mandara en Coruscant, habría bloqueado inmediatamente todas las entradas y salidas del planeta. Pero la Nueva República hacía las cosas democráticamente, y no lógicamente.

Jarril esperaba que lo que le había dicho hubiera bastado para despertar el interés de Han, porque no tendrían otra oportunidad de mantener una conversación.

Cruzó a toda prisa la plataforma hasta llegar a su nave. Después bajó la rampa y subió por ella. Entrar en una nave vacía siempre le producía una sensación bastante extraña. Normalmente Jarril viajaba con

Seluss, un sullustano. Los dos habían empezado en el negocio juntos, y se suponía que Seluss tenía que ocultar su ausencia mientras Jarril estaba fuera.

El *Dama Apasionada* olía a aire frío procesado. Jarril había dejado el interior en condiciones de presurización, un error que no solía cometer en circunstancias normales. Pero aquella vez no importaba. Eso haría que le resultara más fácil irse.

Pilotaría la nave desde la sección de almacenamiento. Era una forma de evitar correr riesgos. Si el control de vuelo de Coruscant le creaba algún problema, Jarril separaría las secciones y dejaría que sus perseguidores perdieran el tiempo yendo detrás del caza mientras la unidad de almacenamiento escapaba. Acababa de instalarse en el sillón de pilotaje cuando oyó un ruido detrás de él.

Jarril se envaró, pero no se volvió. Quizá se había equivocado.

No. El sonido acababa de repetirse. Jarril había oído la inhalación peculiarmente hueca de alguien que respiraba a través de una máscara.

Tragó saliva y se llevó la mano al desintegrador mientras giraba sobre sus talones.

Jarril se encontró con dos soldados de las tropas de asalto cuyos desintegradores ya le estaban apuntando.

-¿Adónde crees que vas? -preguntó uno de ellos.

La rejilla bucal del casco hacía que resultara imposible reconocer su voz.

Y un instante después Jarril se dio cuenta de que sus dos visitantes no eran soldados de las tropas de asalto. Reconoció la quemadura en el casco del de la derecha, y comprendió que aquellos hombres llevaban puesta una parte de su carga.

Debían de haber venido a bordo llevando otras ropas. ¿Se habrían puesto los uniformes de soldados de las tropas de asalto para asustarle? Jarril no temía a los soldados de las tropas de asalto..., o por lo menos no a los que llevaban uniformes sacados de sus bodegas de carga.

Creo que ya va siendo hora de largarse de Coruscant. ¿No os parece que tengo razón? -preguntó, pensando que le gustaría saber a quién se dirigía.

Pensamos irnos después de que nos hayas explicado qué has venido a hacer aquí -dijo el otro soldado.

-He ido a visitar a un viejo amigo -dijo Jarril.

Es un momento bastante extraño para visitar a los viejos amigos -dijo el primer soldado.

Y también es un momento bastante extraño para que vosotros hayáis decidido que podéis echar mano de mi equipo -replicó secamente Jarril. -En realidad nos pertenece, ¿no? -dijo el segundo soldado. -Debo informaros de que Coruscant es el peor sitio posible para que os vean llevando esos uniformes—dijo Jarril.

-Nadie nos verá -dijo el primer soldado, y su casco se inclinó en un gesto dirigido a Jarril-. Suelta el desintegrador.

Jarril se encogió de hombros y dejó caer el arma. -De todas maneras no iba a utilizarlo.

-Y ahora vuelve a explicarnos qué has venido a hacer a Coruscant.

-¿Y qué habéis venido a hacer vosotros? -preguntó Jarril-. ¿Habéis tenido algo que ver con esa bomba?

-Nosotros haremos las preguntas -dijo el segundo soldado.

Jarril tragó saliva. El efecto combinado de la violenta actividad física y el exceso de bebida estaba haciendo que le diera vueltas la cabeza. Estaba en su nave, ¿no? Debería ser capaz de encontrar una forma de salir de aquel lío.

-Seguía una pista.

-Una pista, ¿eh? -dijo el primer soldado-. Creía que habías ido a visitar a un viejo amigo.

-¿Y de dónde piensas que pensaba sacar la información que estoy intentando obtener?

-¿De Han Solo, esposo de la líder de la Nueva República?

Le habían seguido. Jarril no conseguiría salir de allí sólo con palabras. Sus manos se tensaron sobre la consola de control, pero ya era demasiado tarde. Un haz desintegrador impecablemente dirigido se las quemó. Jarril gritó desesperado mientras sentía cómo la quemadura del dolor recorría todo su cuerpo.

Se llevó las manos al estómago y alzó la mirada hacia los soldados de las tropas de asalto.

¿Qué queréis de mí? -preguntó con voz temblorosa.

Queremos estar seguros de que nunca volverás a abrir la boca -dijo el primer soldado. Y un instante después se aseguraron de ello.



Luke sólo había visto el centro médico de los anexos del Palacio Imperial tan lleno en una ocasión, y eso había sido en los días siguientes a un terrible ataque imperial que obligó a los líderes de la Nueva República a actuar con firmeza y decisión. Ya había pasado mucho tiempo desde aquel entonces, pero el gran número de heridos que había a su alrededor hacían que ese momento pareciese estar muy cercano. Los heridos esperaban en las zonas de recepción igual que si fueran invitados mientras el personal médico les encontraba camas o los trasladaba a otras alas más especializadas del centro médico.

Luke caminó por entre ellos, sintiéndose todavía más afectado que cuando se había enterado del ataque.

Rostros familiares, algunos de ellos vueltos de un gris ceniciento por el dolor y otros tan llenos de cicatrices que apenas si podía reconocerlos, se volvieron para que sus ojos no se encontraran con los de Luke. El ataque tenía que haber sido horrible. Cuando se acercó a Coruscant y vio que todas las defensas se hallaban activadas, Luke se sintió bastante preocupado. Había tenido que obtener una autorización especial del almirante Ackbar -nadie conseguía ponerse en contacto con Leia-, y no supo por qué hasta que hubo hablado con Mon Mothma.

Luke estaba avanzando por el pasillo que llevaba a las zonas de recuperación cuando algo se cerró alrededor de su bota. Luke bajó la mirada para ver a Anakin aferrado a su muslo.

-Tío Luke -dijo Anakin, con el rostro vuelto hacia arriba, los ojos azules llenos de lágrimas y las pestañas pegadas unas a otras de tanto llorar.

Luke se agachó y cogió en brazos al niño, aunque a sus seis años Anakin ya estaba empezando a hacerse demasiado mayor para que lo cogieran de esa manera. Anakin le envolvió en un abrazo tan apretado que Luke apenas si podía respirar.

-¿Se encuentra bien tu madre? -preguntó, no muy seguro de querer escuchar la respuesta a su pregunta.

Anakin asintió.

-Entonces ¿qué es lo que ocurre, mi pequeño Jedi?

Luke procuró emplear un tono de voz lo más suave y tranquilizador posible..., y de repente supo qué le pasaba al pequeño. Sus propias palabras acababan de hacérselo ver con toda claridad. Pero antes de que pudiera decir nada oyó que alguien le llamaba. Jacen y Jaina venían corriendo hacia él, y parecían tan tristes y llorosos como Anakin.

-Eh, chicos—dijo Luke, reuniéndolos a su alrededor.

-Papá dijo que podías hablar con nosotros, tío Luke -dijo Jaina.

Luke no sabía si los niños habían percibido el frío y habían oído los gritos. Muchos de sus estudiantes no se habían enterado de nada, pero sus estudiantes no tenían el talento para usar la Fuerza que poseían aquellos niños. Luke pensó que quizá habían captado alguna clase de impacto emitido por la explosión. Pero fuera lo que fuese lo que les había ocurrido, estaba claro que habían quedado tan profundamente traumatizados por ello que los otros adultos aún no habían conseguido ayudarles a volver a la normalidad.

-Venid conmigo -dijo.

Llevó a los niños a un banco colocado junto a la pared metálica. Un androide médico pasó junto a ellos sin prestarles ninguna atención.

-¿Lo hicimos nosotros? -preguntó Anakin.

-¿El qué?

Luke no estaba muy seguro de qué había esperado oír, pero desde luego no se trataba de aquello.

-Quiero saber si le hicimos daño a mamá.

Luke depositó a Anakin encima de su regazo, y Jacen y Jaina se sentaron en el banco y se pegaron a él. Resultaba obvio que ya habían hablado de aquello entre ellos. Luke reprimió un suspiro. Criar niños sensibles a la Fuerza estaba siendo mucho más difícil de lo que se habían imaginado. Cada vez que surgía algún nuevo problema, Luke se encontraba deseando poder hablar con su tía Beru. Después de todo, su tía había conseguido educarle razonablemente bien a pesar de la hostilidad de su tío Owen y de que vivían en un planeta tan lejano que nadie conocía su existencia. Salvo Ben.

Beru probablemente había hablado con Ben.

-¿Queréis explicarme cómo podéis haberle hecho daño a vuestra madre? -preguntó.

Los tres niños empezaron a hablar a la vez, agitando las manos y moviendo los brazos mientras sus voces se elevaban en un crescendo de preocupación.

-Esperad, esperad... De uno en uno dijo Luke-. Explícamelo tú, Jaina, y luego los chicos podrán añadir lo que quieran.

Jaina miró a Jacen, como si estuviera pidiéndole ayuda y apoyo con los ojos. Aquella reacción siempre hacía que una dolorosa punzada de ternura atravesara el corazón de Luke. Se preguntó si Leia y él habrían llegado a ser así si hubieran crecido juntos, y se dijo que nunca lo sabrían.

Algo entró en nuestro cuarto, tío Luke -dijo Jaina. Su pequeño rostro era una réplica del de Leia, redondo y hermoso, con sus ojos castaños iluminados por la sinceridad y su boquita llena de decisión-. Era muy frío y chillaba con un millar de voces..., y nos golpeó a todos a la vez.

Tal como Luke había sospechado. Los niños habían percibido las muertes, de la misma manera en que él y Leia las habían percibido. Luke resistió el impulso de cerrar los ojos. Cuando Leia estuviera mejor, tendría que hablar con ella. Sus padres tenían que comprender que los niños, aun siendo muy pequeños, lo percibían todo con tanta intensidad como quienes habían sido adiestrados en el uso de la Fuerza.

-Así que nos cogimos... -empezó a decir Jacen.

-Soy yo quien lo está contando -le interrumpió Jaina-. Nos cogimos de las manos y lo rechazamos.

Luke quedó muy sorprendido.

-¿Que hicisteis qué?

-Hicimos que la habitación se calentara -dijo Anakin. Jaina le lanzó una mirada asesina, pero el pequeño la ignoró-. Calentamos la habitación, ¿sabes? Fue idea mía.

-No lo fue -dijo Jacen.

-Sí que lo fue.

-Bueno, da igual -intervino Jaina alzando la voz-. Lo echamos de la habitación y luego, un rato más tarde, todo el..., todo el... -La niña respiró hondo-. Todo el...

-Todo el edificio tembló -dijo Jacen, terminando la frase por ella-, y mamá estuvo a punto de morir.

-Y si no tengo cuidado -murmuró Anakin en voz baja-, a veces algunas de las cosas que hago le hacen daño a alguien.

Luke asintió. Muchas de las cosas que había hecho a lo largo de su vida habían acabado teniendo consecuencias terribles para otras personas que él no había previsto. Si no hubiera comprado a Erredós y Cetrespeó, su tía y su tío aún estarían vivos. Pero si no hubiera comprado a los androides, no estaría sentado allí en ese momento con aquellas criaturas a las que tanto quería a su alrededor. Aun así, Luke no podía usar esa explicación. Los niños pensarían que se estaba limitando a tratarles como niños. Ben no había tratado de consolarle con ese tipo de explicaciones cuando Luke volvió de la granja destruida, y Luke tampoco debía tratar de hacerlo. Los niños acabarían encontrando sus propias explicaciones.

Lo que sentisteis fue algo realmente terrible -les dijo-. Miles de personas, quizá millones, murieron al mismo tiempo en algún lugar de la galaxia. Yo sentí lo mismo. Percibí todo su dolor y ese frío tan intenso.

-¿Y mamá lo sintió? -preguntó Jaina, con la voz todavía un poco temblorosa.

Luke asintió.

Y algunos de mis estudiantes de Yavin 4 también lo sintieron -siguió diciendo- Eso es una parte más de lo que significa ser un Jedi. Cuando algo destruye la vida a una gran escala, siempre lo percibimos como si nos hubiera ocurrido a nosotros. ¿Por qué? Pues porque, en cierto sentido, también nos ha ocurrido a nosotros... Esas muertes desgarraron la textura de la Fuerza, aunque sólo durante un momento.

Los niños estaban muy serios. La boca de Jacen se había fruncido en una delgada línea que recordaba la expresión de Han cuando estaba furioso.

Enviar calor a ese sitio tan frío fue una idea excelente -siguió diciendo Luke-. Ojalá se me hubiera ocurrido hacerlo, porque es como enviar amor a un sitio que sólo ha conocido el odio. No podemos retroceder en el tiempo y devolver esas vidas al universo, pero sí podemos ayudar a las personas que han sentido la pérdida para conseguir que se curen más deprisa.

-O hacer que quienes mataron a toda esa gente lo paguen muy caro -dijo Anakin.

Una vez más, Anakin estaba dispuesto a ser un vengador sediento de sangre. Luke puso la mano sobre la de su sobrino, sabiendo que siempre tendría que dedicar una atención especial a aquel muchacho. Comprendía muy bien qué había estado haciendo Leia en realidad al ponerle el nombre de su padre -su hermana había estado intentando recuperar una parte buena de su pasado-, pero el nombre hacía que Luke fuera especialmente consciente de la enorme capacidad para la imprudencia que se ocultaba detrás del apasionamiento de Anakin..., y que su tío compartía en algunos momentos.



-Si no tenemos mucho cuidado, esa clase de venganza hará que acabemos volviéndonos hacia el lado oscuro -le dijo-. Y si eso llega a ocurrir, Anakin... Bueno, entonces no seremos mejores que aquellos que no saben reconocer el inmenso valor de la vida.

Anakin desvió la mirada, y un leve rubor tiñó sus mejillas.

-Miradme, niños. -dijo Luke, empleando el tono más firme de que fue capaz. Quería contar con toda su atención para asegurarse de que escucharían lo que iba a decir a continuación-. Crear calor fue justo lo que teníais que hacer, y vuestras acciones no han tenido absolutamente nada que ver con la explosión que hirió a vuestra madre.

-¿Lo prometes, tío Luke? -preguntó Jacen.

También le temblaba la voz. El niño intentaba ser tan duro e impasible como su padre, pero debajo de aquella fachada se ocultaba uno de los corazones más delicados y sensibles con los que Luke se había encontrado en toda su vida.

Y, en realidad, ése era otro aspecto en el que Jacen era una réplica perfecta de Han.

-Lo prometo -dijo.

Atrajo a los niños hacia él y los rodeó con sus brazos, y ellos le devolvieron el abrazo. Luke siguió abrazándolos, permitiendo que su calor le reconfortara mientras pensaba en la conversación.

Los niños habían descubierto algo, pero lo entendieron al revés. Las muertes ocurrieron de repente y, poco tiempo después, una explosión había devastado la Sala del Senado el día de inauguración de la nueva legislatura. Si aquellos dos acontecimientos no estaban relacionados, entonces no cabía duda de que se trataba de una coincidencia realmente asombrosa.

Y cuanto más mayor se hacía Luke, más le costaba creer en las coincidencias.

-Venga, vamos a ver a vuestra madre -dijo cuando los niños empezaron a removerse entre sus brazos.

Los niños bajaron del banco y Luke permitió que le guiaran hasta una espaciosa sala. Como era de esperar, Leia había insistido en que no debía recibir ninguna clase de tratamiento especial. Cinco senadores ocupaban las otras camas de la sala, con cortinas corridas entre ellas. La cama de Leia se encontraba al fondo de todo, y su cortina estaba descorrida. Han estaba sentado junto a ella y Chewbacca permanecía inmóvil a los pies de la cama con sus peludas manazas tensamente juntas, igual que si aquello fuera una gran gala ceremonial y no supiera cómo debía ir vestido. Un androide médico estaba colocando la medicación sobre la mesilla de noche de Leia, y enseguida desapareció a través de la cortina que había a su lado.

Invierno estaba sentada en una silla junto a la pared y sonrió en cuanto vio a Luke. A veces Luke se preguntaba si Invierno poseía algún poder especial aparte de su fantástica memoria. Rara vez permitía que los niños se separaran de ella, y aun así éstos le habían encontrado justo en el momento adecuado.

-Luke... -dijo Han, poniéndose en pie-. Leia ha estado preguntando por ti.

La cabeza de Leia giró hacia él sobre la almohada. Su rostro era una masa de morados y cortes. Resultaba obvio que había estado dentro de un tanque bacta, pero los vendajes que todavía cubrían sus manos indicaban la existencia de heridas bastante serias que necesitarían varias sesiones curativas más.

-Oh, Luke... -dijo Leia, hablando en un tono de voz desusadamente alto para lo que era habitual en ella-.

-Me alegro mucho de que estés aquí. Luke se sentó junto a la cama.

-Yo también me alegro de estar aquí -dijo.

Un leve fruncimiento de ceño arrugó la frente de Leia. -Creo que no te ha entendido -dijo Han-. No puede oír. Luke miró a Han, y vio que parecía estar bastante tranquilo.

-Me han dicho que recuperará la audición dentro de unos cuantos días. Fue debido a la potencia de la explosión.

Han sonrió, aunque le costó un visible esfuerzo hacerlo-. De hecho, ver cómo el personal médico intenta meter en cintura a cien pacientes sordos resulta bastante divertido... Nadie está siguiendo las instrucciones.

Su tono daba a entender que la situación no tenía nada de graciosa en ninguno de sus aspectos..., y así era, desde luego. Luke había echado un vistazo a las estadísticas en cuanto salió de la nave. Veinticinco senadores habían muerto, cien estaban heridos de gravedad y otros cien habían sufrido contusiones y heridas leves, y a eso había que añadir las bajas entre el personal de apoyo y todos los androides destruidos.

-¿Tienes alguna idea de qué ha ocurrido? preguntó.

Invierno se levantó.

-Niños, creo que por hoy ya hemos estado aquí el tiempo suficiente -dijo.

-Oh, papá -gimoteó Jaina-. Siempre se nos llevan justo cuando la conversación empieza a ponerse interesante.

-Yo no me voy -dijo Anakin.

Chewie le soltó un gruñido. Anakin se apresuró a buscar refugio junto a su hermana.

-Así me gusta, Chewie -dijo Han, pero su expresión indicaba más bien una respuesta refleja que auténtica diversión-. Id con Invierno, chicos. Volveré a casa a tiempo de arroparos.

Los niños se despidieron de su madre con un último abrazo y se fueron sin emitir más protestas, lo cual hizo que Luke se preguntara si en realidad habían deseado quedarse tanto como afirmaban. Los últimos dos días habían sido muy duros para ellos. Tendría que hablar de sus temores con Han antes de irse.

-Leia cree que los nuevos imperiales que han entrado en el Senado fueron los causantes de lo ocurrido -dijo Han-. Yo no estoy tan seguro.

-Pues yo sí -dijo Leia.

Estaba claro que había adquirido una considerable práctica en el arte de leer los labios desde la explosión. Algunas de sus capacidades probablemente eran intensificadas por la Fuerza. Luke tendría que verificar esa teoría más tarde.

-¿Qué crees que ocurrió? -preguntó.

-Un viejo amigo mío reapareció en un momento muy adecuado -dijo Han-. Cuando se produjo la explosión, yo estaba con Jarril en la Joya de Cristal.

-¿Y piensas que esa visita inesperada tenía como objetivo mantenerte alejado del Senado?

-Quizá -dijo Han-. O quizá estaba intentando advertirme y llegó demasiado tarde. Intenté encontrarle más tarde, pero había desaparecido.

-¿Tienes alguna idea de adónde ha ido? -preguntó Luke.

Han meneó la cabeza.

-Su nave también había desaparecido y nadie la vio partir, lo cual me parece un tanto extraño. La nave de Jarril es de las que realmente llaman la atención, ¿sabes? Tomó el diseño del *Halcón* y lo cruzó con un ala-A.

-Vi esa nave -dijo Luke-. Cuando llegué aquí las defensas estaban activadas. Tuve que ponerme muy convincente para que me dejaran pasar, pero una nave idéntica a la que acabas de describir se alejó de Coruscant a toda velocidad justo cuando levantaron los escudos..., igual que si hubiera estado esperando precisamente ese tipo de situación. Informé al Control de Tráfico Espacial, pero ni siquiera la habían registrado como un contacto en su equipo. Últimamente ya casi nadie me dice que lo que había creído ver era un mero invento de mi imaginación.

-Y menudo invento -dijo Han.

-Eso no significa nada -dijo Leia, volviendo a hablar en un tono excesivamente alto. Luke no estaba muy seguro de hasta qué punto había conseguido seguir su conversación-. Fueron los imperiales.

-Tienes bastantes menos pruebas que yo, Leia—dijo Han-. Tu gente ni siquiera sabe qué clase de bomba causó toda esa destrucción en la Sala del Senado.

-¿Qué quieres decir exactamente con eso de «mi» gente? Luke le puso la mano en el brazo.

-¿Qué te hace pensar que esto ha sido obra del Imperio?

-Tienen nuevos miembros en el Senado. Destruir algo de lo que por fin habían conseguido adueñarse sería muy típico de ellos, ¿no? -Leia había vuelto la cabeza hacia él para que Luke pudiera verle la cara-. Primera regla de las investigaciones, Luke... Busca los cambios. La respuesta está en los cambios.

-Tú tampoco tienes ninguna prueba -dijo Luke, y reprimió un suspiro-. Esperemos hasta ver qué descubren los expertos, ¿de acuerdo? Cuando sepamos qué causó todos esos destrozos en la Sala del Senado quizá veamos las cosas con más claridad.

-La otra cosa que debes buscar es el dinero -dijo Han-. Jarril me contó que un montón de contrabandistas se estaban haciendo muy ricos y que luego morían de repente.

Chewie dejó escapar un gruñido. Resultaba obvio que estaba totalmente de acuerdo con Han.

-Te aseguro que me tomo muy en serio todo lo que está diciendo Han, Chewie -replicó Luke-. Lo único que pasa es que no quiero que empecemos a hacer suposiciones antes de disponer de alguna información sólida.

No había esperado llegar allí para tener que convertirse en la voz de la razón. La tensión estaba empezando a afectar a toda la familia. Luke ya había visto sus efectos en los niños, y también los estaba viendo en Han y Leia.

--Me dijo que si iba al Pasillo de los Contrabandistas quizá encontraría algunas respuestas -dijo Han.

-Podría tratarse de otra maniobra de distracción -dijo Leia. -O quizá no tenga ninguna relación con este asunto -dijo Luke. -O podría ser algo que necesitamos saber -dijo Han.

Chewie volvió a gruñir para indicar que seguía estando de acuerdo con él.

-Ahora no puedes irte, Han -dijo Leia, que estaba claro conocía muy bien a su esposo-. Los niños te necesitan.

Han sonrió, pero parecía bastante preocupado.

-También te necesitan a ti, cariño -dijo- Toda la República te necesita..., y hemos estado a punto de perderte.

Luke carraspeó para aclararse la garganta.

-Dejad que haga algunas investigaciones por mi cuenta -dijo después-. Quizá acabe descubriendo algo que pueda sorprendernos a todos.

\* \* \*

Cetrespeó seguía a la redonda silueta de Erredós por los corredores de permacreto. Viejas manchas de aceite se confundían con las señales dejadas por los patines de descenso y con otras manchas de orígenes desconocidos esparcidas por toda la superficie de los suelos y paredes. Los paneles luminosos parpadeaban, como si no dispusieran del mismo acceso a las fuentes de energía que el resto de Coruscant. Erredós avanzaba con decidida rapidez, el cuerpo plateado inclinado hacia atrás y las ruedas extendidas.

-No sé cómo te las arreglas para conseguir involucrarme en estos asuntos, Erredós -dijo Cetrespeó mientras intentaba seguirle lo más deprisa posible y mantenía las manos dirigidas hacia el techo para no perder el equilibrio-. Sólo llevas unas cuantas horas aquí y ya tengo la sensación de que estamos metidos en un buen lío.

Erredós emitió un silbido seguido por un bocinazo electrónico.

-Te recuerdo que me invitaste a ir contigo -dijo Cetrespeó-. Dijiste que creías que le estaban haciendo algo al ala-X del amo Luke y que debíamos venir a investigar.

Erredós respondió con un pitido.

-Oh, muy bien. Sabías que le estaban haciendo algo al ala-X del amo Luke, y dijiste que ibas a investigarlo. Pero me lo contaste, ¿no? Eso equivale a una invitación.

Erredós aumentó la velocidad, y siguió emitiendo trinos y canturreos electrónicos mientras se deslizaba sobre el sucio suelo.

-No creas que voy a quedarme aquí -dijo Cetrespeó-. Ya nos has metido en demasiados problemas a lo largo de los años con estas escapadas tuyas. Además, y como ya te dije arriba, el ala-X del amo Luke tenía que haber pasado la revisión de mantenimiento hace más de un año.

Erredós soltó otro timbrado electrónico y su cúpula giró de un lado a otro mientras investigaba un acceso del muro. Al parecer no era el que andaba buscando.

Cetrespeó ni siquiera volvió la cabeza hacia el acceso mientras pasaban por delante de él.

-Me parece que es un tanto arrogante por tu parte creer que el amo Luke te va a mantener informado de todo lo que hace.

Erredós dejó escapar un ruidoso pitido.

-Bueno, pues entonces sigo sin ver por qué ha de mantenerte informado de lo que quiere hacer o dejar de hacer con su ala-X. Después de todo, ese aparato no es de tu propiedad. Eres un androide.

Erredós replicó con otro gemido electrónico.

-Realmente, Erredós... El ala-X podría ser monitorizado por cualquier otro androide astromecánico -dijo Cetrespeó-. No eres tan especial.

Erredós discrepó de su comentario con una seca serie de trinos.

-Quizá deberían haberte borrado la memoria. Esas supuestas hazañas tuyas se te subieron ala cabeza después de la batalla de Endor. No sé por qué sigo aguantándote. -El incesante parloteo de Cetrespeó se interrumpió de repente cuando llegaron a las puertas cerradas del hangar de mantenimiento-. Qué extraño... Se supone que las puertas del área de mantenimiento siempre deben estar abiertas.

Erredós no dijo nada y se limitó a abrir un compartimiento en su flanco y extender un delgado brazo metálico de manipulaciones. Después introdujo el extremo en el panel de la puerta y dejó escapar unos suaves pitidos, como si estuviera hablando consigo mismo.

Cetrespeó echó un vistazo por los pequeños cuadrados de transpariacero. El hangar estaba lleno de naves, y había montones de piezas sueltas esparcidas por todo el suelo. Numerosas cuadrillas de androides supervisadas por kloperianos trabajaban diligentemente con toda su atención concentrada en las distintas labores de mantenimiento. Los kloperianos eran unas criaturas grises y achaparradas que poseían una serie de tentáculos parecidos a filamentos situados a ambos lados de su cuerpo. Tenían manos al final de muchos de los miembros, y podían extender sus cuellos. La combinación de su gran talento para todo lo mecánico y su peculiar constitución física hacía que figurasen entre los mejores mecánicos e ingenieros de la Nueva República.

Erredós soltó otro pitido.

Cetrespeó giró sobre sus talones hasta quedar de espaldas a los cuadrados de transpariacero.

-Por supuesto que es una orden de mantenimiento de rutina -dijo-. No entiendo por qué estás tan sorprendido. Todos los alas-X han sido verificados y mejorados durante los últimos meses.

Erredós soltó unos cuantos pitidos más.

-Estoy seguro de que el amo Luke ha sido debidamente informado de ello -dijo Cetrespeó-. Sí, estoy seguro de que se lo comunicaron. Realmente, Erredós... Siempre te preocupas por nimiedades.

Erredós dejó escapar una larga serie de silbidos y empezó a mecerse sobre sus ruedas.

-No pienso pedirle al amo Luke que baje aquí -dijo Cetrespeó-. Ni siquiera sabemos qué le están haciendo al ala-X.

Erredós emitió un silbido mucho más potente, y el penetrante chillido electrónico llenó de ecos aquel espacio cerrado.

-¡Erredós!

El estrépito que Erredós estaba produciendo con sus orugas hizo que el silbido pareciese todavía más estridente.

-Sí, ya he entendido que todo esto te huele un poco mal-dijo Cetrespeó-. Pero el amo Luke opina que todo va como es debido, y te recuerdo que él es el experto en presentimientos.

Las puertas de mantenimiento se abrieron en ese instante. Un kloperiano que mantenía seis de sus tentáculos cruzados sobre su viscoso pecho apareció detrás de ellos.

-¿Queréis explicarme por qué habéis establecido una conexión ilegal con nuestro sistema de ordenadores? -preguntó.

Erredós sacó el brazo de conexiones del panel y lo hizo desaparecer dentro de su cuerpo.

-No pretendíamos causarles ningún problema -dijo Cetrespeó-. Nuestro amo nos ha enviado aquí para que inspeccionemos su nave. No podíamos entrar, y mi congénere estaba intentando abrir la puerta.

El panel de la puerta está ahí -dijo el kloperiano, usando un séptimo tentáculo para señalar un pequeño panel situado al otro lado de las puertas de mantenimiento.

-¡Oh, cielos! -exclamó Cetrespeó-. ¿Qué has hecho, Erredós? Ya te dije que no tocaras nada.

Los bulbosos ojos del kloperiano se entrecerraron.

-De acuerdo, pareja: entrad aquí ahora mismo. Vamos a echar un vistazo a vuestros sistemas.

El alienígena envolvió a Cetrespeó y Erredós con cuatro de sus tentáculos y obligó a los androides a entrar en el hangar de mantenimiento.

Las puertas de metal se cerraron con un golpe seco detrás de ellos. Cincuenta kloperianos les miraron fijamente. Docenas de androides dejaron de trabajar y se volvieron hacia ellos.

Esto me huele terriblemente mal, Erredós -murmuró Cetrespeó.

## Siete



Kueller estaba inmóvil en una de las calles construidas con bloques de arenisca de Pydyr, con las piernas separadas y las manos unidas a la espalda. El aire estaba caliente y muy seco, y contenía una sombra casi imperceptible de olor a sal que le recordaba que el océano se extendía detrás de las colinas creadas artificialmente. Bajo aquel calor árido, la calavera por fin parecía haberse convertido en una simple máscara. Kueller sudaba debajo de ella, y estaba destruyendo su delicada calibración con su piel.

No podría permanecer en Pydyr durante mucho tiempo. La máscara de la muerte, aquel instrumento tan delicado y minuciosamente ajustado, sólo funcionaba correctamente en ciertos entornos.

Aquél no era uno de ellos.

Kueller no quería ni pensar en lo que le estaría haciendo a sus facciones.

Pero si él no se sentía muy cómodo, los soldados tampoco lo estaban pasando nada bien. Los uniformes de las tropas de asalto, limpiados y reparados, tenían un aspecto magnífico y muy amenazador. Los recuerdos del Imperio seguían viviendo en aquellos trajes blancos y en los complejos cascos, y Kueller esperaba poder invocar esos recuerdos del poder.

La imagen lo era todo, como había sabido muy bien Pydyr en el pasado.

Las calles vacías hablaban de riqueza. Los bloques de arenisca se desgastaban y empezaban a desprender polvillo en cuestión de días. Los pydyrianos disponían de un modelo de androide especial diseñado para el cuidado de las calles, y contaban con otro modelo que sólo servía para lavar edificios. La riqueza de Pydyr era legendaria, y su aristocracia había inspirado historias que corrían de boca en boca por toda aquella parte de la galaxia.

Almania llevaba generaciones envidiando a Pydyr.

Pero eso había terminado.

Pydyr le pertenecía.

El silencio era casi fantasmagórico. El único sonido que podía oír era el suave roce de pies calzados con botas moviéndose sobre los bloques de arenisca. Los soldados estaban investigando cada edificio, y se aseguraban de que no hubiera quedado nadie con vida.

Al principio había esperado encontrarse con la pestilencia de cadáveres pudriéndose bajo el sol implacable de Pydyr, pero Hartzig, el oficial al mando, había sido muy concienzudo. La aristocracia de Pydyr estaba muerta y sus cadáveres habían sido sacados de allí en cuestión de horas, pero la riqueza de la luna perduraba.

Y Kueller la necesitaba. No podía haber elegido mejor el momento. Intentó sonreír, pero su piel resbaló debajo de la máscara. Aun así, los labios todavía conservaban su adherencia.

Kueller giró sobre el tacón de una bota y entró en uno de los edificios de la calle que los soldados ya habían acabado de investigar.

La arquitectura pydyriana era exótica y atrevida, con gruesas columnas marrones y grandes estancias cuadradas. Cada superficie estaba recubierta de adornos, algunos pintados a mano por famosos artistas que llevaban mucho tiempo muertos mientras que otros tableros estaban incrustados de diminutas gemas seafah. Además de la riqueza acumulada a lo largo de los siglos, Pydyr disponía de una fuente de opulencia propia. Las gemas seafah se formaban dentro de los caparazones de criaturas microscópicas que vivían en el océano. Kueller había dejado bien claro que los joyeros seafah no debían morir, ya que la inmensa mayoría de las gemas eran tan pequeñas que se necesitaba tener un ojo muy bien entrenado para encontrarlas en el lecho marino..., y esos ojos bien entrenados sólo podían encontrarse entre los pydyrianos. Los aristócratas de la luna llevaban siglos tratando de construir androides capaces de localizar las gemas, pero por muy sofisticado que fuese el androide, nunca conseguía distinguir una gema seafah de siglos de excrementos de pescado endurecidos.

Kueller fue hasta una columna y deslizó un dedo enguantado sobre las gemas incrustadas en la superficie de barro cocido. Las gemas eran brillantes puntitos de colores arremolinados, algunas azules y verdes, otras rojas y negras, blancas y anaranjadas o de un sorprendente amarillo casi mate. Cada gema, no más grande que la costura de la yema del dedo de su guante, se había ido formando a lo largo de los siglos a partir de los diminutos cuerpos seafah que quedaban abandonados sobre el suelo del océano.

Por sí sola aquella columna contenía dos años de coste de materiales al ritmo al que Kueller los había estado gastando. Probablemente podría incrementar sus gastos en el futuro. Kueller disponía de unas cuantas naves de gran tamaño que necesitaban ser reconstruidas con urgencia. A diferencia de los pydyrianos, Kueller no era el tipo de hombre que se dedica a atesorar sus riquezas y se niega a gastarlas..., quizá porque sabía que dentro de rulos meses dispondría de muchas más.

Parece como si alguien acabara de irse.

La delicada voz de Femon retumbó como un trueno en aquel recinto desierto. Al parecer su ayudante ya había hecho todo lo que debía hacer en Almania y había decidido reunirse con él.

-Y alguien se ha ido. -Kueller no se volvió hacia ella. Su máscara estaba empezando a tener serios fallos de funcionamiento, y su boca ya no se movía al unísono con la suya-. No llevan mucho tiempo muertos, Femon.

-Parece tan extraño... He estado en el ala de los comedores, y todavía había platos en las mesas.

-Pero la comida había desaparecido -dijo Kueller.

Los androides se habían ocupado de limpiar los platos, de la misma manera en que habían hecho desaparecer todas las sustancias orgánicas que podían descomponerse.

-Por supuesto.

Femon avanzó un par de pasos y se detuvo detrás de él. Kueller podía sentir el calor de su cuerpo en la espalda. No se movió, aunque deseaba hacerlo. Femon estaba empezando a sentirse demasiado orgullosa de su poder. Kueller tendría que recordarle quién controlaba a quién..., y pronto.

No entiendo por qué el Emperador no obró de esta manera. Palpatine era tan terriblemente destructivo...

Kueller recordó las deliciosas sensaciones que había experimentado mientras se dejaba llenar por todos aquellos gritos, todas esas vidas y todo aquel miedo.

Todavía no había encontrado una forma realmente limpia de conseguir lo que quería. Quizá ni siquiera la buscó. A veces pienso que Palpatine estaba más interesado en la destrucción pura y simple que en el poder.

Pero vos sí que estáis interesado en el poder.

Femon parecía estar haciendo una afirmación, pero Kueller creyó percibir una pregunta oculta detrás de sus palabras.

-¿Tienes alguna opinión al respecto? -preguntó, dando a entender con su tono que Femon no tenía ningún derecho a formarse sus propias opiniones.

-Me parece que si vamos a hacernos con el poder deberíamos actuar ahora -dijo Femon, hablando muy despacio y con mucha cautela-. Todo está preparado.

-Sólo en Coruscant -dijo Kueller.

-Pero Coruscant es el único sitio donde hay que actuar.

Kueller hendió el aire con un brusco manotazo. Las preguntas de Femon estaban empezando a ponerle de mal humor.

-Hay que actuar en todos los planetas designados. La meticulosidad es la clave del control.

-Bien, pues entonces empezaremos con Coruscant -replicó Femon-. Unos cuantos días más bastarán para que todo lo demás esté preparado.

-El éxito depende de que sepamos escoger el momento adecuado -dijo Kueller-. Esperaré.

-Si os libráis de los líderes...

Entonces otros líderes surgirán de la nada para ocupar el vacío que hayan dejado.

Kueller resistió el impulso de girar sobre sus talones y fulminarla con la mirada a través de la máscara. La máscara no estaba funcionando, y Kueller no quería ver la cara de Femon. El sudor goteó de su mentón para caer sobre su camisa de lino.

-¿Es ésa la razón por la que estáis intentando libraros de Skywalker? Kueller titubeó antes de responder, no estando muy seguro de qué parte de sus verdaderos planes quería revelar.

-La hermana de Skywalker es la líder de la Nueva República -dijo por fin.

-¿Cómo sabéis que ha sobrevivido al ataque contra la Sala del Senado?

-Sobrevivió -dijo Kueller en voz baja y suave. -Pues entonces acabad con ella.

-Es lo que pretendo hacer. -Kueller tensó los puños, firmemente decidido a no perder el control en un día tan maravilloso y tan lleno de éxitos-. Te aseguro que es exactamente lo que pretendo hacer...

\* \* \*

La nave flotaba en el espacio. Lando Calrissian echó un vistazo por la mirilla de la carlinga del Dan« Suerte. Estaba haciendo aquel viaje en solitario después de haber dejado a Mara jade en el Cúmulo de Minos para que llevara a cabo alguna misión encargada por Talon Karrde. A Lando no le gustaba demasiado que Mara siguiera relacionándose con el viejo contrabandista, pero en realidad no tenía ningún derecho a quejarse..., y tampoco estaba muy seguro de querer llegar a tenerlo.

Aun así, las semanas que acababa de pasar en las ciudades flotantes de Mon Calamari con Mara habían sido deliciosas. Hacía mucho tiempo que no la veía. Su compañía le había resultado muy agradable, y sólo hubo algunos momentos en los que deseara estar solo.

Y por fin tenía soledad, pero ya no la quería. En aquel momento Lando hubiera dado cualquier cosa por tener a alguien con quien poder hablar acerca de la nave que giraba lentamente ante él.

Le parecía curiosamente familiar. Al principio había pensado que era el *Halcón Milenario*, pero enseguida se dio cuenta de que los tubos lanzadores de cohetes de demolición Arakyd habían desaparecido. Después comprendió que los tubos nunca habían estado allí. Algo había sido instalado para llenar aquella zona, y ese algo se había esfumado hacía ya bastante tiempo. Lando sólo había visto otro carguero ligero que se pareciese tanto al *Halcón*, y su nombre era *Dama Apasionada*. Aun así, el *Dama Apasionada* tenía un ala-A modificado en el sitio donde habían estado los tubos lanzacohetes.

Un ala-A que podía volar por su cuenta, naturalmente. Una pequeña nave suplementaria que podía separarse y ser pilotada de manera independiente para las fugas y las escapadas...

Lando abrió un canal con el *Dama Apasionada*. El corazón había empezado a latirle muy deprisa.

-*Dama Apasionada*, aquí el *Dama Suerte*. ¿Tenéis problemas? Cambio.

No hubo respuesta. La nave parecía abandonada..., pero Lando sabía que Jarril nunca se separaba mucho tiempo del *Dama Apasionada*. Jarril había invertido toda su fortuna personal en aquella nave, y la utilizaba para ganar más dinero. Nunca permitía que flotara a la deriva por el espacio. Incluso cuando estaba a bordo del ala-A, Jarril siempre se aseguraba de que los sistemas del *Dama Apasionada* estuvieran activados para que nadie pudiera abordarla a menos que se tomara considerables molestias.

-*Dama Apasionada*, aquí el *Dama Suerte*. Cambio.

Lando masculló una maldición. Se suponía que no iba a encontrarse con ninguna clase de problemas durante aquel viaje. No le gustaba volar en solitario. Disponía de un nuevo androide astromecánico que Mara había comprado con los beneficios del último negocio que habían hecho a medias, pero a pesar de todas las modificaciones especiales introducidas en su diseño el androide no le sería de mucha ayuda en una situación semejante.

Empezó a examinar el *Dama Apasionada* en busca de signos de vida. No había ninguno. La nave estaba a oscuras, y los sistemas de apoyo vital no funcionaban.

Lando dejó escapar un suspiro. No podía subir a bordo. No quería salir del *Dama Suerte* sin tener una buena razón para ello, así que lo que hizo fue averiguar si el *Dama Apasionada* poseía un circuito de control remoto. Lando dudaba de que lo tuviera. La inmensa mayoría de vehículos de los contrabandistas prescindían de esa clase de circuitos porque permitían controlar a distancia la nave desde otras naves. Pero el pequeño mundo del contrabando había cambiado mucho desde que Lando entró en él, y Jarril seguía estando profundamente metido en él. Quizá estuviera haciendo ciertos negocios con alguno de esos suministradores.

El ordenador del *Dama Suerte* atrajo su atención mediante un zumbido. El *Dama Apasionada* no sólo disponía de circuitos de control remoto, sino que además contaba con un sistema completo de control a distancia listo para ser activado en cualquier momento.

Es el primer golpe de suerte que he tenido en todo el día –murmuró Lando.

Después conectó las holocámaras internas del *Dama Apasionada* a las del *Dama Suerte* y empezó a examinar el interior de la nave.

Parecía como si una tormenta de viento imeriana hubiera azotado las secciones públicas. Los suministros flotaban en el entorno de gravedad cero. Las literas de la zona de descanso mostraban las señales negruzcas de los haces desintegradores. Las máscaras de oxígeno estaban rotas, y el equipo de emergencia se hallaba total o parcialmente destruido.

Lando fue examinando las zonas públicas. Sabía que Jarril no permitía que hubiera holocámaras en los compartimentos de almacenamiento. Lando tenía la boca seca. La extraña inquietud que había sentido cuando vio la nave por primera vez se estaba intensificando.

Salvo por las cicatrices de disparos desintegradores de la sala de descanso, no vio ninguna señal de que hubiera habido lucha. No había ninguna auténtica destrucción, salvo la que se producía cuando alguien -o varios «alguien»- registraban una nave. Aun así, la tensión que se había ido acumulando en los hombros de Lando seguía creciendo.

Finalmente hizo aparecer la carlinga del *Dama Apasionada* en su pantalla..., y entonces dejó escapar el aliento que había estado conteniendo.

Jarril flotaba en el aire y su cuerpo iba chocando lentamente con los controles, el visor, el techo y el suelo. A juzgar por el agujero que había en su pecho, le habían disparado desde muy cerca.

Lando cerró los ojos y se frotó el puente de la nariz con el pulgar y el índice. Un viejo amigo no debería morir de esa manera..., y especialmente no en el centro de la nada y sin tener a nadie que le cubriera las espaldas.

Y un instante después Lando frunció el ceño. Normalmente Jarril viajaba acompañado por un sullustano llamado Seluss. ¿Se habría ido Seluss a bordo del ala-A? ¿Por qué? ¿Para pedir ayuda? Eso no tenía ningún sentido. En ese caso, Seluss ya hubiese vuelto.

A menos que estuviera siendo seguido.

Pero Lando no había visto ninguna otra nave en aquel área del espacio. Se encontraba en una zona donde había muy poco tráfico de naves, y allí no había absolutamente nada con lo que hacer contrabando. De hecho, el mismo Lando no estaría allí si Mara no hubiera ido a reunirse con Karrde. La Antigua República había sentido muy poco interés por los planetas primitivos cercanos, y el Imperio había acabado abandonando toda esperanza de poder unir a pueblos tan diversos.

El Imperio había abandonado todas sus esperanzas hacía ya mucho tiempo.

Algo se agitó en las profundidades de la mente de Lando. Había visto algo en aquellos restos a la deriva, algo que no hubiese debido estar allí...

Abrió los ojos mientras alejaba el encuadre sensor de la carlinga y siguió buscando y buscando, examinando los restos desde muy cerca hasta que encontró lo que andaba buscando.

En la cocina, rebotando en una pared y saliendo disparado hacia otra como el disco en un partido de hockey a gravedad cero, flotaba un casco de las tropas de asalto.

Y aquel casco estaba tan limpio que reflejaba la claridad de los paneles de emergencia.

Soldados de las tropas de asalto a tanta distancia de Coruscant... Quizá Lando había estado equivocado acerca del Imperio.

Activó el resto del circuito de control remoto con una vertiginosa sucesión de movimientos. Remolcaría el *Dama Apasionada* hasta su explotación minera de Kessel y luego inspeccionaría el interior personalmente. Quizá podría averiguar en qué había estado metido Jarril.

Lando ya tenía la corazonada de que lo que iba a encontrar no le gustaría en lo más mínimo.

## Ocho



Los senadores supervivientes llenaban la Sala de Audiencias del Emperador en el Palacio Imperial. Los senadores más veteranos, aquellos que apoyaban con toda claridad a la Nueva República, habían formado pequeños grupos y hablaban de los temas realmente importantes. Leia estaba inmóvil junto a la mesa del buffet que ocupaba toda una pared. No estaba interesada en sus colegas. Estaba viendo discutir a los nuevos senadores, muchos de los cuales habían servido al Imperio. Las manos todavía le dolían un poco debido a las quemaduras que había sufrido durante la explosión, pero por lo demás se encontraba perfectamente.

Salvo por su audición.

Leia estaba deseando no haberla recuperado.

Las discusiones se alzaban a su alrededor, tan apasionadas que una voz no tardaba en tapar a otra.

-...decidir quién manda ahora que...

-... nunca hubiera permitido un caos semejante...

-...alegro de que estemos aquí. La Nueva República no puede permitirse tales descuidos...

Leia sólo necesitó oír unos cuantos fragmentos de conversación para saber qué estaba ocurriendo. Allí, por lo menos entre los senadores recién incorporados a la legislatura, el gobierno de Leia iba a ser considerado culpable de la destrucción de la Sala del Senado. No tendría que haberse dejado convencer por Han. Tendría que haber pasado el día de la explosión en pie y yendo de un lado a otro. Dos días de alejamiento de la actividad política habían permitido que aquella situación se volviera totalmente incontrolable.

Leia cogió un canapé vagneriano y se lo comió rápidamente, esperando que su dulzor le proporcionara las energías de las que todavía carecía.

Los médicos le habían dicho que necesitaba algún tiempo para recuperarse del todo y que había estado a punto de morir, pero Leia va había superado heridas muy graves con anterioridad. Sospechaba que aquella vez una parte del problema estribaba en su forma de enfrentarse a la situación.



Se limpió las manos en los pantalones -llevaba unos pantalones muy holgados que casi parecían una falda, con una blusa encima de ellos, porque había decidido acudir a la reunión vestida de una manera elegante pero cómoda- y se adentró en la multitud de los nuevos senadores.

Su conversación cesó de repente. Leia les sonrió como si no hubiera oído nada, y dio un par de palmadas para atraer su atención.

-Quiero agradecerles a todos que hayan venido a pesar de la escasa antelación con que fueron avisados -dijo-. Ya hemos empezado a acondicionar el salón de baile para utilizarlo como hogar temporal del Senado, pero los trabajos no estarán terminados hasta mañana. Mientras tanto, he pensado que debíamos celebrar esta reunión informal. Quiero ponerles al corriente de los últimos resultados obtenidos por la investigación y...

-¿De qué investigación está hablando? -preguntó R'yet Coome, el senador recién elegido por Exodeen.

Su voz, filtrada a través de sus seis hileras de dientes, sonaba tan parecida a la de su colega M'yet Luure que Leia estuvo a punto de dar un respingo. Incluso la pregunta era justo el tipo de pregunta que se hubiera podido esperar de M'yet.

Leia miró a R'yet, que se estaba acariciando el costado con sus seis brazos. Si no hubiera sabido que M'yet estaba muerto, habría pensado que le estaba hablando.

-Hemos estado llevando a cabo una investigación de manera simultánea con los trabajos de rescate -dijo Leia-. El esfuerzo de rescate gozó de máxima prioridad durante un día. Teníamos que asegurarnos de que...

Leia tuvo que callarse porque se le había quebrado la voz.

-Teníamos que asegurarnos de que no había nadie más atrapado debajo de los escombros -dijo ChoFi.

Era uno de los senadores que habían estado con ella desde los comienzos de la Nueva República y en aquel momento se encontraba justo detrás de Leia, con sus más de dos metros de altura protegiéndola en vez de empequeñecerla.

Leia asintió, agradeciéndole su apoyo. No le había visto cuando entró en la sala. ChoFi debía de haber estado dedicándose a escuchar las conversaciones, tal como había hecho Leia.

-Tendrían que haber empezado adoptando precauciones -dijo R'yet-. No sé cómo le voy a explicar a la población de Exodeen que una de sus figuras públicas más amadas ha muerto.

-Contamos con el mejor sistema de seguridad existente en toda la República -dijo Leia-. Obviamente, no fue suficiente.

-Obviamente, no -dijo R'yet.

Meido, tan delgado como la hoja de un cuchillo vibratorio y con su rostro carmesí cubierto por diminutas líneas blancas, puso una mano de dos dedos sobre el primer brazo de R'yet. A Leia le asombró que Meido conociera la etiqueta exodeeniana. Un roce en el primer brazo era una señal para dejar de hablar. Un roce en el segundo brazo habría significado un desafío a luchar.

-La jefe de Estado ha tenido una semana muy dura -dijo Meido.

--Igual que todos nosotros -dijo un senador desde el fondo de la sala.

Meido le ignoró.

-No debemos negarle el beneficio de la duda -siguió diciendo-. Teníamos que averiguar si todavía quedaba alguien entre las ruinas de la Sala, naturalmente. Ahora la investigación podrá llevarse a cabo con la máxima rapidez y eficiencia.

Su apoyo despertó algunas sospechas en Leia. Meido se había opuesto encarnizadamente a todas sus decisiones políticas desde el día en que fue elegido.

-Gracias, senador -dijo, y respiró hondo-. La Sala del Senado sufrió grandes daños. La bomba, si es que podemos llamarla así, fue detonada dentro de la Sala. No hubo ninguna clase de daños exteriores. Actualmente estamos investigando a todo el personal que se encontraba dentro de la Sala en el momento de la explosión, así como a personas que hubieran tenido acceso a ella en los días anteriores a la reunión del Senado.

-¿Incluye eso a los senadores? -preguntó el senador Wwebyls, un diminuto humanoide de Yn.

-Incluye a todo el mundo -respondió Leia.

-¿Hasta a los muertos? -preguntó R'yet, con sus manos inferiores apoyadas en sus caderas secundarias.

-Hasta a los muertos -respondió Leia en voz muy baja-. No pudimos pasar por alto nada ni a nadie.

-Eso quiere decir que usted también está siendo investigada, ¿no? -preguntó el senador Meido.

Leia se sorprendió considerablemente. Ella no estaba siendo investigada, naturalmente. Leia sabía que no había tenido nada que ver con la explosión.

-Ha dicho «todo el mundo» -intervino ChoFi en un tono cuidadosamente neutral mientras les recordaba que debían escuchar y, de paso, sacaba a Leia de su apuro.

Kerritharr, el más anciano de los senadores wookies, emitió un gruñido desde el fondo de la sala.

-Mi colega wookie acaba de hacer una observación muy pertinente -dijo ChoFi-. La mejor manera de sobrevivir a una crisis es trabajar juntos.

-No podemos trabajar juntos si estamos siendo investigados -dijo otro de los senadores más jóvenes.

-Todos estamos siendo investigados -dijo Nyxy, un senador de Rudrig.

-Tenemos que colaborar los unos con los otros—dijo el senador Gno. Había sido senador en la Antigua República, y después había sido miembro del círculo rebelde en el Senado Imperial. Era uno de los pocos miembros de la Antigua República que continuaban en activo-. ¿Se les ha ocurrido pensar que quienquiera que hizo estallar esa bomba obró precisamente por esta razón? Si empezamos a luchar entre nosotros, dejaremos de prestar atención a las amenazas procedentes del exterior. No podemos cometer el terrible error de hacer pedazos este gobierno desde el interior.

Leia tampoco había pensado en eso. Se había estado concentrando en] encontrara los perpetradores, y en descubrir si eran el origen de la visión de la Fuerza que había compartido con Luke. No había olvidado aquella horrible sensación de catástrofe inminente que amenazaba no sólo al Senado, sino al mismo gobierno.

Pero no podía hablarles de la nueva arma..., no a menos que contara con una prueba más sólida que sus percepciones y las de Luke.

-Me parece que este gobierno ya está siendo hecho pedazos -dijo R'yet-. Necesitamos un liderazgo sólido. Un buen liderazgo habría evitado este ataque.

-No podemos estar seguros de ello -dijo ChoFi-. No podremos estar seguros de ese tipo de cosas hasta que hayamos descubierto qué causó la destrucción.

Los equipos de investigación están trabajando en ello -dijo Leia-. Varios expertos están examinando material sacado del edificio, y todavía tenemos investigadores en la Sala del Senado. A última hora de hoy ya sabremos algo más.

-¿Sabremos entonces si el ataque iba dirigido contra el Senado o si iba dirigido contra usted? -preguntó R'yet.

Tenía derecho a formular esa pregunta, y Leia lo sabía. Pero eso no evitó que se sintiera invadida por una oleada de ira. Ya estaba harta. R'yet se estaba comportando como si la pérdida de M'yet Luure le hubiera elevado hasta una elevada cima de moralidad.

-Escúcheme con atención, senador Coome -dijo Leia, irguiéndose cuan alta era-. Si el ataque iba dirigido contra usted, contra mí o contra cualquiera de nuestros colegas, entonces iba dirigido contra todos nosotros. Tanto si le gusta como si no, somos un grupo, un organismo político... El ataque tuvo lugar en la sede del gobierno, y nos afectó a todos por un igual...

-No nos afectó a todos por un igual -la interrumpió R'yet-. Algunos senadores están muertos.

-Nos afectó a todos por un igual -insistió Leia-, por lo menos en el caso de los supervivientes. Ahora puede trabajar con nosotros y ayudar a la Nueva República, o...

-¿O? -R'yet se había inclinado hacia adelante a pesar de que Meido intentaba retenerle con una mano-. ---¿Me esta amenazando, Leia Organa Solo?

-Eso no resultaría muy beneficioso para la unidad que pretendemos alcanzar, ¿verdad? -replicó Leia.

-Desde luego que no -dijo Meido sin perder la calma-. Mi colega quizá se tranquilizará un poco sabiendo que aparte de la investigación oficial hemos puesto en marcha una investigación independiente. Tener dos equipos trabajando a la vez quizá nos permita obtener mejores resultados.

-O quizá lo único que consigamos sea crear más confusión -dijo Leia.

-¿Quiere decir eso que se opone a la existencia de una investigación independiente? -preguntó Meido, empleando un tono de voz que daba a entender que Leia tenía algo que ocultar.

-Por supuesto que no -dijo Leia-. Lo único que ocurre es que no me gusta gastar recursos de manera innecesaria. La Nueva República no es rica ni en créditos ni en capacidad de trabajo.

-Pues yo pienso que cualquier gasto de recursos que nos permita volver a confiar los unos en los otros estará plenamente justificado -dijo Meido.

«¿Volver a confiar...», pensó Leia. Pero no expresó sus pensamientos en voz alta.

-Resulta obvio que no le gusta la idea -dijo R'yet, mirando fijamente a Leia.

La habían obligado a meterse en aquel callejón sin salida. Leia tendría que habérselo esperado.

-Somos un cuerpo gubernamental -dijo después de haber hecho una profunda aspiración de aire-. Vamos a votar.

-Creía que esto era una reunión informal -dijo ChoFi.

Como forma de retrasar la votación, la estratagema era realmente admirable.

Leia reprimió un suspiro. Habían sido más hábiles que ella. Celebrar una votación sin sus consolas, el contador electrónico o un ordenador de apoyo resultaría realmente bastante difícil. Pero una votación oral podía permitirle salir del apuro si alguien contaba los votos y los iba adjudicando a los senadores correspondientes. Ese tipo de votación también tenía la ventaja adicional de que obligaría a cada senador a dejar clara su posición delante de los demás.

Leia envió a uno de los secretarios en busca de una hoja de recuento oficial. Cuando el secretario volvió, Leia examinó la hoja y fue deteniendo su mirada en la línea correspondiente cada vez que se encontraba con el nombre de un senador muerto o gravemente herido. Recordaría aquel día en la Sala del Senado durante el resto de su vida. A su peculiar y menos devastadora manera, lo ocurrido allí la había afectado tanto como la destrucción de *Alderaan*. Leia siempre había pensado que la Sala del Senado era el sitio más protegido del universo, y quizá ésa fuera la razón por la que se había opuesto con tanta decisión a que los antiguos imperiales entraran en ella. Quizá había querido proteger uno de los pocos refugios seguros que quedaban en la galaxia.

Unos momentos bastaron para organizar el sistema de votación, y esos momentos dieron tiempo más que suficiente a cada senador para que pensara cuál iba a ser su respuesta.

-El asunto que vamos a someter a votación es el siguiente: ¿deberíamos contar con un equipo de investigación independiente? Su respuesta vocal será «sí», «no» o «me abstengo».

Leia respiró hondo y después pronunció el nombre del primer senador.

Leia y el secretario fueron anotando los resultados de la votación de manera simultánea a medida que se iban produciendo. Un androide de protocolo también se mantuvo a la escucha y fue comprobando las listas. Leia había esperado que el resultado de la votación se decantaría a su favor o, por lo menos, que conseguiría salir vencedora por una escasa mayoría. Pero a medida que iba avanzando por la lista, saltándose a los ausentes y los muertos, se fue dando cuenta de que su bloque de votantes, que anteriormente había constituido la mayoría, había pasado a estar en minoría. La mayoría de senadores ilesos pertenecían al grupo de los que acababan de ser elegidos. De alguna manera inexplicable los senadores más veteranos, aquellos que tenían lazos de larga duración con la República, habían sido los más castigados por la explosión.

Cuando llegó al final de la lista, Leia tenía la garganta reseca y le ardían los ojos. Sus hombros estaban rígidos a causa de la tensión. Quince senadores -sólo quince- habían votado en contra de la investigación independiente. El resto se había abstenido o votado a favor de ella. La medida había vencido por una abrumadora mayoría.

Los ojos de Leia fueron hacia el otro extremo de la sala y se encontraron con la mirada de Kerrithrarr. El senador wookie creía, al igual que Leia, que los antiguos imperiales destruirían al Senado. Kerrithrarr tenía el pelaje erizado, y cuando vio que Leia le estaba mirando meneó la cabeza en una lenta negativa llena de desesperación.

Leia cotejó sus resultados con los del secretario, y después el androide de protocolo confirmó sus cifras.

-Por una clara mayoría -dijo Leia-, queda aprobada la medida para que se ponga en marcha una investigación independiente.

Los senadores recién elegidos prorrumpieron en vítores mientras el resto de la sala reaccionaba con visible perplejidad. Leia cogió un tazón de madera y golpeó la mesa del buffet con él mientras pedía silencio.

-Soy consciente de que no nos estamos reuniendo en la Sala -dijo mientras el silencio iba volviendo a adueñarse del recinto-. Dado que no estamos observando los formalismos habituales, pasaré por alto esta infracción de las normas parlamentarias. Pero en el futuro cualquier miembro del Senado que muestre un comportamiento indebidamente partidista será expulsado de la sala y su voto no será tomado en consideración. Esta regla figura en las estipulaciones senatoriales, y les sugiero que las lean.

Su voz volvió a ella bajo la forma de un eco, y Leia pudo oír con toda claridad la hebra de ira que corría por debajo de las palabras. Normalmente se enorgullecía de su autocontrol, pero estaba empezando a perder la paciencia. Leia se preguntó si aquellos senadores que se autocalificaban de líderes comprendían

cuáles iban a ser los efectos de sus acciones. ¿Acaso no sabían que esa clase de partidismos terminarían dividiendo a la Nueva República?

Decenas de rostros llenos de expectación se habían vuelto hacia ella, y Leia les dirigió una inclinación de cabeza.

-Dado que la idea de llevar a cabo una investigación independiente ha venido de usted, senador Meido, me gustaría que se encargara de formar el equipo. Necesitaremos los nombres de los investigadores para nuestros archivos.

Meido sonrió. Sus dientes brillaron con pálidos destellos rosados que contrastaban con su piel carmesí.

-Será un placer, presidenta.

A Leia no le gustó nada su expresión, y pensó que hacía que se sintiese tan vulnerable como si acabara de meterse en una trampa.

-Mañana nos reuniremos en el salón de baile a la hora normal -dijo-. Hasta entonces, se levanta la sesión.

Leia golpeó la mesa una vez más con el tazón y las conversaciones enseguida volvieron a zumbir a su alrededor. Los senadores recién elegidos se daban palmadas en la espalda los unos a los otros y reían.

ChoFi estaba contemplando la lista.

-Supongo que va a saber que los dos informes no coincidirán entre sí -dijo-, hablando en un tono de voz tan bajo que sólo Leia y el senador Gno pudieron oírle.

-Ya lo sé -dijo Leia-. Pero no tenía otra elección. No podía nombrar a uno de los nuestros para que seleccionase al equipo de investigación. Han sabido ser más astutos que yo. Si hubiera sido capaz de pensar con un poco más de claridad cuando entré aquí...

-No es culpa suya, Leia -dijo ChoFi-. Si no se hubieran enfrentado con usted en ese tema, lo habrían hecho en otro. Usted ha estado dirigiendo el Senado como si fuera el mismo de antes, y no ha tomado en consideración su realidad actual. El Senado v\_ a no es un cuerpo uniforme. Ahora tenemos facciones.

-Cosa que no me gusta nada -dijo Gno.

Tanto si le gusta como si no, las facciones existen y debemos vivir con ellas -dijo ChoFi.

-No viviré con ellas -replicó Gno-. Así es como el Imperio se hizo con el poder la última vez. Las pequeñas discrepancias se fueron convirtiendo en grandes desacuerdos, y los grandes desacuerdos fueron ignorados hasta que el gobierno quedó tan faccionalizado que ya no era capaz de hacer absolutamente nada.

-Eso no ocurrirá aquí -dijo ChoFi. Gno sonrió.

-Eso es justo lo que yo creía por aquel entonces, hace tantos años... Leia cogió el registro de votos, torciendo el gesto al sentir la punzada de dolor que recorrió sus manos.

-No podemos dejarnos paralizar por el temor a los cambios, senador -le dijo a Gno-. Debemos recordar que hay una gran diferencia entre aquellos días y la actualidad. Ahora no cuentan con un líder como Palpatine.

-Por lo menos todavía no -dijo Gno.

\* \* \*

Los rayos del sol entraban por un agujero en el techo medio derrumbado de la Sala del Senado. La negra mano-garra de un androide de construcción se recortaba contra el cielo mientras esperaba recibir la orden de quitar los escombros e iniciar la reconstrucción.

Luke se detuvo en el hueco de la puerta de dos hojas y contempló la Sala. La claridad del sol sólo iluminaba una esquina del recinto, \_v los paneles luminosos de emergencia revelaban más destrucción.

La mayor parte de las mesas de votación estaban cubiertas de rocas y trozos de cristal. El suelo era una masa de cascotes. Androides de carga, de mantenimiento y de reparaciones esperaban al fondo de la sala. Por el momento ninguno de ellos había iniciado las tareas de limpieza. Leia quería que esos trabajos esperaran hasta que la investigación estuviese lo más avanzada posible.

Luke había decidido llevar a cabo algunas investigaciones por su cuenta.

Había varias cosas que le preocupaban: la insistencia con que Leia afirmaba que los antiguos imperiales estaban involucrados en lo ocurrido, la extraña conversación que Han había mantenido con el contrabandista desaparecido y, por encima de todo, la perturbación en la Fuerza que Luke, Leia y sus hijos habían percibido con distintos grados de intensidad eran otros tantos motivos de inquietud. Luke estaba de

acuerdo con Han y dudaba de que los antiguos imperiales se hallaran directamente involucrados en lo ocurrido. Si hubieran estado al corriente de lo que iba a suceder, habrían encontrado alguna excusa para estar lejos de la Sala del Senado en el momento de la explosión. Aun así, Leia también tenía algunos argumentos que exhibir en favor de su hipótesis. La mayoría de los senadores recién elegidos no habían sufrido ningún daño. Si Leia tenía razón, y un antiguo imperial o un grupo de ellos estaba involucrado, ¿acaso había alguna forma más efectiva de desviar las sospechas que estar presentes en la Sala del Senado durante la explosión y escapar «milagrosamente» ilesos?

Luke entro en la gran sala. Motas de polvo flotaban en el círculo de luz solar. Luke había estado en muchos lugares asolados por la destrucción y había visto mucha devastación, y sin embargo nada de todo aquello le había preparado para lo que estaba viendo. Aquella sala siempre había sido la sede del poder legislativo. Había acogido al Senado de la Antigua República, y ni siquiera la remodelación de Palpatine había logrado afectar a esa peculiar atmósfera de leyes antiguas e irrevocables. Siempre había sido la sala favorita de Leia.

Cuando se produjo la explosión Leia estaba abajo, en el estrado.

El estrado había quedado hecho pedazos. El círculo sobre el que se había alzado estaba repleto de fragmentos del techo. Las cuadrillas de reparaciones del exterior habían advertido a Luke de que la estabilidad del edificio había quedado seriamente afectada. Al principio no querían dejarle entrar sin una escolta, pero Luke había insistido. Tenía que ver aquello, y tenía que verlo a solas.

Una extraña frialdad impregnaba el aire. Era el mismo frío helado que había percibido en Yavin 4, el frío de la muerte veloz y repentina. Se habían perdido tantas vidas, y todas habían sido interrumpidas de una manera tan insensata...

Luke se adentró en la sala. Aquella extraña sensación de traición volvía a estar presente por debajo del frío. El sentirse traicionado probablemente fuese una respuesta bastante común a una muerte inesperada y repentina, pero la sensación que estaba experimentando era distinta. Parecía... vagamente personal, como la sensación de traición que Luke había experimentado cuando Kyp se unió a Exar Kun. Era como si todos los que perecieron en aquella sala hubieran muerto a manos de una persona en la que antes habían confiado.

Muerte personal. Una bomba significaba una muerte impersonal.

Luke cerró los ojos, permitió que la Fuerza fluyera a través de él y buscó las acumulaciones de frialdad. Un tumulto de voces se arremolinó a su alrededor. Las voces surgían del recuerdo y pedían auxilio, gritaban instrucciones, llamaban a sus amigos o se convertían en los gemidos de los agonizantes.

Bolsas de un frío helado...

Luke abrió los ojos.

En vez de una sola explosión de gran potencia, aquella sala había sido devastada por varias pequeñas explosiones simultáneas..., y los senadores que se encontraban más cerca de las detonaciones habían muerto.

¿Varias ejecuciones planeadas?

¿Una advertencia?

¿O un intento de destruir la Sala del Senado que había fracasado?

Luke no podía saber cuál de aquellas hipótesis era la acertada, pero por fin tenía algo que decir a los investigadores de Leia. Los investigadores debían dejar de buscar una gran causa y empezar a buscar varias causas pequeñas.

Unos cuantos cascotes se desprendieron del techo y cayeron ruidosamente sobre el suelo lleno de agujeros. Luke giró sobre sus talones y, sin quererlo, entró en una de las zonas de frío. La luz del sol se debilitó de repente, y Luke percibió la sombra contaminadora de una presencia.

Un antiguo estudiante.

Un hombre.

Brakiss...

## Nueve



El armario en el que el kloperiano había metido a los androides estaba formado por un suelo de permacreto bastante sucio, paredes metálicas y un techo de metal. Las paredes estaban totalmente desnudas, y ni siquiera había un picaporte en la parte interior de la puerta. En cuanto la puerta se hubo cerrado, el armario quedó sumido en la oscuridad más absoluta.

Erredós dejó escapar un suave silbido.

-Tienes razón, Erredós -murmuró Cetrespeó-. Yo también estoy oyendo pasos..., y vienen hacia aquí.

La cerradura de ordenador instalada en el picaporte que había en la parte exterior de la puerta emitió un chasquido seguido por un pitido. La puerta se abrió, y el armario quedó inundado de luz. Un kloperiano que no era el que había capturado a los androides estaba inmóvil delante del armario, sosteniendo unas órdenes de trabajo en un tentáculo y una llave de código especial en otro.

-Oh, alabado sea el fabricante -dijo Cetrespeó-. Soy Cetrespeó y éste es mi congénere Erredós. Pertenece a la presidenta Leia Organa Solo, la jefe de Estado, y a su hermano, el Caballero Jedi Luke Skywalker. Hemos sido encerrados bajo falsas acusaciones...

-Carecáis de permiso para entrar aquí -dijo el kloperiano.

-Al contrario -replicó Cetrespeó-. Teníamos que...

-Me da igual -dijo el kloperiano-. Si de mí dependiera, os haría reciclar junto con todos los otros androides que se han quedado anticuados. Pero hemos comprobado vuestros números de serie, y sois quienes decís ser. La próxima vez que bajéis aquí, vuestros propietarios tendrán que enviarnos un aviso oficial. No podemos permitir que cualquier androide construido hace siglos vaya husmeando por estos niveles a su antojo. Esta zona es peligrosa, y algunos de mis ayudantes tienden a tomarse demasiado en serio su trabajo. Podrían pensar que sois chatarra y utilizaros como repuestos.

-¡Repuestos! -exclamó Cetrespeó-. Señor, le aseguro que se nos puede considerar cualquier cosa salvo repuestos. Vaya, pero si mi congénere y yo incluso podríamos ser considerados como...

-Sois un androide de protocolo con un mínimo de tres modelos por encima de ti y un androide astromecánico que se ha quedado dieciséis modelos anticuado. Si formarais parte de nuestro equipo, podéis estar seguros de que os reciclaríamos.

Erredós soltó un estridente pitido.

-Bien, vamos a permitir que veáis el ala-X y luego tendréis que iros. -El kloperiano cruzó dos tentáculos delante de su pecho-. Seguidme.

Cetrespeó se apresuró a salir del armario con Erredós junto a él. El kloperiano empezó a avanzar rápidamente. Cetrespeó se quedó rezagado unos cuantos pasos, justo lo suficientemente atrás para permanecer fuera del campo auditivo del kloperiano.

-¿Ves, Erredós? Ya te dije que nos dejarían en libertad en cuanto supieran quiénes éramos.

Erredós respondió con otro pitido.

-Bueno, pues yo no veo que haya nada de raro en todo esto -dijo Cetrespeó.

Erredós emitió un burbujeo electrónico.

-De acuerdo, de acuerdo -dijo Cetrespeó-. Admito que se han tomado su tiempo para comprobar nuestros números de serie. Pero lo importante es que finalmente lo han hecho, Erredós. Aunque también debo admitir que las cosas podrían haberse complicado muchísimo. ¡Reciclaje! Y yo que pensaba que ese basurero gigante al que van a parar todos los androides que se han quedado anticuados sólo era una leyenda...

La cúpula de Erredós iba girando de un lado a otro mientras avanzaban, y su diminuta holocámara no paraba de parpadear. El pequeño androide astromecánico estaba filmando cuanto les rodeaba.

-No creo que se te haya dado permiso para...

El pitido de Erredós fue tan estridente que el kloperiano se volvió hacia ellos.

-¿Hay algún problema? -preguntó. Cetrespeó miró a Erredós.

-Ninguno -dijo Cetrespeó- No hay absolutamente ningún problema -añadió y, por si acaso, dejó caer la mano sobre la cúpula de Erredós con tanto ímpetu que los ecos del tintineo metálico resonaron por todo el hangar.

Pasaron por delante de docenas de alas-X en distintos estados de avería. Las puertas abiertas del hangar permitían ver alas-Y y alas-A que habían sido desmantelados y en un último hangar había varios

resplandecientes aparatos nuevos, con unos cuantos androides de limpieza sacando brillo al metal luminiscente.

Cuando por fin se detuvieron, el kloperiano señaló un viejo y maltrecho ala-X que había sido totalmente desmontado y estaba esparcido sobre el suelo del hangar.

Erredós gimió.

Cetrespeó fue hacia las secciones del caza.

-Oh, cielos -dijo-. El amo Luke siempre le ha tenido mucho cariño a este aparato.

-Dentro de dos días lo tendremos montado y listo para que lo utilice -dijo el kloperiano.

Erredós emitió una serie de silbidos y pitidos.

-Mi congénere desea saber por qué ha tenido que ser desmantelado -tradujo Cetrespeó.

-Órdenes -dijo el kloperiano-. Estos viejos alas-X tienen tantos problemas que no pueden volar por la galaxia sin ser sometidos a una revisión a fondo de vez en cuando.

Erredós volvió a soltar unos cuantos pitidos.

-Mi congénere dice que la nave funcionaba a la perfección -explicó Cetrespeó.

-Bueno, pues se equivoca -dijo el kloperiano-. El mantenimiento a cargo de aficionados nunca puede sustituir a una verdadera revisión a fondo.

Erredós emitió un pitido ensordecedoramente estridente.

-¡Erredós! -exclamó Cetrespeó-. Lo siento muchísimo, señor. Se podría decir que mi congénere había llegado a establecer un vínculo bastante íntimo con el ala-X, y por eso teme que usted lo haya dañado de manera permanente.

-No lo he tocado -dijo el kloperiano-. Y ahora que lo habéis visto, ya podéis informar sobre su estado actual a vuestro amo. Se sale por aquella puerta.

Cetrespeó asintió.

-Vamos, Erredós. Debemos hablar con el amo Luke.

Erredós dejó escapar un tembloroso suspiro. Después se detuvo junto al ala-X desmontado y se inclinó precariamente sobre él.

-¡Erredós! -dijo Cetrespeó-. Ya hemos visto más que suficiente.

Quizá debería decirle a tu amo que sería conveniente que purgara la memoria de esa unidad astromecánica. La unidad R2 ya estaba francamente anticuada, y dados los nuevos cambios introducidos en el diseño de la nave puede estar seguro de que quedará totalmente obsoleta en cuestión de meses.

Un brazo cilíndrico surgió del costado izquierdo de Erredós, que era el que quedaba oculto al kloperiano.

-No le quepa duda de que informaré de ello al amo Luke -dijo Cetrespeó- Esta pequeña unidad R2 no ha parado de darnos problemas desde el día en que la compró.

-Todas lo hacen -dijo el kloperiano-. Y ahora, salid de aquí antes de que me encargue personalmente de sacaros.

-¡Sí, señor! Vamos, Erredós.

El brazo de Erredós volvió a desaparecer dentro de su compartimiento. El pequeño androide astromecánico bajó su tercera rueda hasta el suelo y empezó a avanzar hacia la salida.

-Le agradezco que nos haya enseñado el ala-X, señor -dijo Cetrespeó mientras se apresuraba a seguir a Erredós-. Puede tener la seguridad de que hablaré de usted a nuestro amo y...

Y Cetrespeó se interrumpió de repente cuando las puertas del hangar se cerraron detrás de ellos. Erredós dejó escapar un largo y quejumbroso gimoteo.

-Me parece que tu reacción es francamente excesiva, Erredós. El ala-X no está muerto. Sólo lo han desmontado -dijo Cetrespeó, y empezó a avanzar por el pasillo.

Erredós continuó emitiendo pitidos mientras le seguía.

-¿Borrar su memoria? Pero el amo Luke dio instrucciones específicas de que la memoria del ala-X no debía ser tocada. Erredós soltó un trino afirmativo.

-Pero eso no quiere decir que exista una conspiración, Erredós -protestó Cetrespeó-. Los seres orgánicos no pueden evitar cometer errores de vez en cuando.

Erredós respondió con más pitidos y silbidos.

-Bien, de acuerdo -dijo Cetrespeó-. Puedes creer lo que quieras, pero serás tú quien se lo diga al amo Luke. No pienso tomar parte en semejantes fantasías.

Erredós lanzó un gruñido.

-Aun así, informaré al ama Leia del incalificable comportamiento de esa criatura -dijo Cetrespeó mientras salían del hangar y entraban en el nivel superior de la zona de ataque-. Si fuimos encerrados en un armario debido a un motivo tan trivial, imagínate qué les puede llegar a ocurrir a los androides que tengan propietarios menos importantes. Es realmente lamentable. Ese tipo de cosas no deberían estar permitidas en Coruscant.

Erredós emitió una especie de burbujeo.

-No estaba pensando en mí -dijo Cetrespeó-. Si estuviera pensando en mí, no habría hablado de otros androides.

\* \* \*

La larga cabellera de Leia caía a lo largo de su espalda. Leia se la estaba cepillando con tranquila regularidad, y sus manos recién curadas mostraban la perfección de siempre bajo la suave luz. La última inmersión en el tanque bacta había obrado el milagro. Leia estaba totalmente recuperada.

Han estaba sentado en el borde de su cama, deseando que su esposa se volviera hacia él. Leia había cogido el cepillo del pelo en el mismo instante en que la conversación había empezado a internarse por terrenos peligrosos.

-Oye, cariño, solo te estoy pidiendo una semana.

-Estamos pasando por una crisis, Han. -Leia no había alterado en lo más mínimo el ritmo de su cepillado-. Y ahora resulta que quieres irte de juerga con tus viejos amigos...

-No quiero irme de juerga, Leia. Creo que Jarril vino a verme por una razón.

-Estoy segura de ello. A juzgar por lo que me has contado sobre la conversación, Jarril no podía entender qué había sido de Han Solo, el temerario y jovial aventurero.

Han se levantó de la cama.

-Creo que la visita de Jarril guarda relación con todo esto.

-Y yo no lo creo.

Han se acuclilló junto a ella. Leia dejó de cepillarse el pelo y puso las manos sobre su regazo. Los arañazos habían desaparecido de su rostro, pero seguía estando pálida y parecía bastante cansada.

Han le tapó las manos con las suyas. La piel de Leia estaba muy fría, y estaba temblando. El momento de la honestidad había llegado por fin..., y para ambos.

-Aquí no sirvo de nada, Leia.

-Eso no es verdad -dijo Leia, bajando la mirada hacia las manos que protegían las suyas- Tu presencia siempre sirve de algo, Han.

Han apoyó la cabeza en el hombro de Leia y sintió la sedosa suavidad de su cabello en la frente mientras percibía su tenue perfume. No sabía cómo podía explicarle algo que Leia normalmente siempre era capaz de entender sin que hiciera falta darle explicaciones. Han era un hombre de acción, y necesitaba actuar.

Leia suspiró.

-Quieres contribuir en algo.

-Han asintió.

-Y no hay nada que puedas hacer en Coruscant.

Han se apoyó sobre los talones. Sus dedos estaban apretando las manos de Leia, y las cerdas de su cepillo para el pelo se le hundieron en las yemas.

-Ya he hecho todo lo que puedo hacer, Leia. He seguido el rastro de Jarril. Se fue con la última oleada de naves que partió entre toda la confusión, y después escapó cuando bajaron los escudos para que Luke pudiera pasar. Al parecer, Jarril no habló con nadie más a parte de conmigo. Ni siquiera tenía otros amigos aquí.

-Puede que Jarril no haya tenido nada que ver con el ataque.

Han asintió.

-Lo sé. En ese caso, los investigadores que has nombrado ya están siguiendo todas las pistas posibles.

-¿Y si se produce otro ataque, Han?

-Todavía no ha llegado. Llevo días esperando, pero no ha habido otro ataque.

-Eso es bastante extraño, ¿verdad? -murmuró Leia-. Ya hace tiempo que vengo pensando que es muy extraño.

-Yo también.



Leia le sonrió con la misma sonrisa medio burlona que aparecía en sus labios cuando sabía que hubiese debido llevarle la contraria, pero no le apetecía hacerlo.

-Si me necesitas... Bueno, en ese caso me quedaré -dijo Han. Leia meneó la cabeza.

-No necesito a nadie, bobo.

-Ya lo sé, excelencia excelentísima -dijo Han, sonriendo. Después permitió que la sonrisa se fuera esfumando-. Pero hablo en serio. Si me necesitas...

-Siempre obtenemos mejores resultados cuando trabajamos en equipo, Han.

Han también lo sabía. Había estado intentando decirlo desde el comienzo de aquella conversación.

-Lo único que me preocupa son los niños. -Leia sacó una mano de debajo de las de Han y dejó el cepillo encima del tocador-. ¿Y si el próximo ataque va dirigido contra ellos? ¿Y si R'yet tiene razón? ¿Y si el ataque iba dirigido contra mí o contra mi familia?

-Si iba dirigido contra ti, entonces se trataba de una advertencia -dijo Han.

-Como la visita de Jarril.

Han volvió a asentir.

-Invierno me ha dicho que la base de Anoth ha sido reconstruida. Quizá deberíamos enviarlos allí con ella.

-¿Una visita al hogar de sus infancias? -Han se incorporó-. ¿Puedes prescindir de su presencia, Leia? Yo no estaré aquí y ellos tampoco estarán aquí, y entonces tendrás que enfrentarte a la crisis política.

Leia respiró hondo. Han pudo ver el conflicto de emociones en su rostro. Sabía hasta qué punto dependía Leia de su familia, y lo importante que era para ella.

-Trabajaré con más eficiencia si todas las personas a las que conozco están a salvo -acabó diciendo.

-Y por eso quieres que me quede en Coruscant, ¿verdad?

Leia no le miró. Han le apartó los cabellos de la nuca y se la besó. -Soy capaz de cuidar de mí mismo, princesa.

-Lo sé -dijo Leia, que seguía sin mirarle.

-Eres tú quien corre el mayor peligro. Quizá deberías ir a Anoth con Invierno y los niños.

Leia alzó la cabeza, mirándole por fin.

-No puedo hacer eso. Tengo obligaciones que atender aquí. He de correr los mismos riesgos que el resto del gobierno.

Han ya lo sabía. Él también tenía que correr riesgos. Protegerle y obligarle a permanecer en Coruscant sería tan perjudicial como obligar a Leia a que fuese a Anoth.

Esperó en silencio y vio cómo la luz de la comprensión iba apareciendo en los ojos de Leia cuando entendió lo que Han acababa de hacer.

-Me has manipulado -dijo por fin.

Han asintió.

Leia se levantó, le rodeó con los brazos y le atrajo hacia ella. Durante los últimos días había perdido peso, y se sentía delgada y frágil. Han la envolvió en un estrecho abrazo, sabiendo que el esbelto cuerpo de Leia contenía más reservas de fortaleza de las que él nunca llegaría a poseer. Tenía que confiar en sus capacidades, de la misma forma en que Leia tenía que confiar en las de él.

-¿No te gustaría que, sólo por una vez, pudiéramos vivir tranquila y cómodamente, como las personas normales?

Leia habló en un tono de voz tan bajo que casi era un susurro.

-No -dijo Han, retrocediendo justo lo suficiente para que Leia pudiera verle la cara-. ¿Y sabes por qué? Pues porque si hubiéramos sido personas normales nunca nos habríamos conocido..., su altecísima.

Leia se rió y le besó profunda y apasionadamente.

Tan profunda y tan apasionadamente como si supiese que nunca más podría volver a besarle...

## Diez



La nave de Jarril era una auténtica cueva del tesoro de la chatarra extraña. Lando había remolcado el *Dama Apasionada* hasta Kessel, y había pasado la mitad de un día explorando el cargamento de su antiguo colega. El cuerpo seguía en la cabina de control. Lando todavía no tenía muy claro qué debía hacer con Jarril. Suponía que tendría que examinar los registros en busca del pariente más cercano.

Pero quería dejar eso para el final.

Jarril no transportaba ninguna carga cuando fue asesinado, o eso parecía. Pero alguien podía haber vaciado los hangares de carga mientras la nave flotaba a la deriva en el espacio.

Aun así, Lando encontró numerosos objetos abandonados. Tomados por separado, resultaban explicables. Pero tomados en conjunto, se volvían totalmente inexplicables.

Encontró la culata de un desintegrador, un guante del uniforme de los soldados de las tropas de asalto, un cañón láser y algunas piezas de un sensor-interferidor carbantiano provisto de un sistema de aumento de señal. También encontró células de energía y los planos de cañones diseñados para ser instalados en los transportes blindados todoterreno. Encontró los tornillos y las tuercas de sujeción de un turboascensor y, lo más inquietante de todo, un estuche de agujas fabricadas especialmente para un androide de interrogatorio imperial.

Pero no había créditos, joyas o especia.

Lo cual quería decir que o Jarril había estado metido en alguna conspiración altamente siniestra, o que se había tropezado con algo realmente importante.

Lando prefería creer que Jarril había estado en el Sitio equivocado en el momento equivocado.

Pero lo que Lando quería creer y la realidad probablemente eran dos cosas muy distintas.

Eso hizo que estuviera a punto de decidir que lo mejor que podía hacer era devolver el *Dama Apasionada* al espacio y dejarlo a la deriva. Lando ya había iniciado el trayecto de vuelta a su nave cuando se acordó de la risa de Jarril.

Jarril había tenido una risa vigorosa y ronca que casi le cortaba la respiración. Lando había creído que Jarril se iba a morir de tanto reírse el día en que había salido del Pasillo de los Contrabandistas llevando a Lando escondido en su nave..., justo delante de las narices de Nandreeson.

«Te debo un favor», le había dicho Lando.

Jarril había sonreído. «Lo sé, amigo. Y te aseguro que me lo cobraré..., y que no te saldrá nada barato.»

Pero nunca lo había hecho, y ya era demasiado tarde. Desde que había visto cómo Han Solo era introducido en el bloque de carbonita en la Ciudad de las Nubes, Lando había asignado una prioridad más elevada a la amistad y las viejas deudas.

El viejo Lando se habría marchado de allí sin perder ni un instante después de haber enviado al *Dama Apasionada* de vuelta al sitio donde la había encontrado, y se habría olvidado de todo el asunto.

El nuevo Lando suspiró, entró por la escotilla principal y fue hasta la cabina de control.

La cabina del *Dama Apasionada* era una réplica exacta de la del *Halcón Milenario*. Podía acoger cómodamente a cuatro humanoides, y era lo bastante alta para acomodar a un wookiee sin problemas. Los haces desintegradores habían dejado surcos en los asientos y habían ennegrecido uno de los visores. Cuando Lando conectó los sistemas de apoyo vital, el cuerpo de Jarril cayó entre el asiento del piloto y la pared y quedó tan flácidamente inmóvil en el suelo como si fuera un montón de ropa sucia.

Lando se inclinó sobre el cuerpo. Le habían disparado desde muy cerca con un desintegrador, tal como había pensado. Los ojos de Jarril estaban abiertos y llenos de terror. Lando los cerró con una delicada presión de los dedos. El mismo Lando había sentido en muchas ocasiones -demasiadas, de hecho-el temor a morir de esa manera, solo, atacado en el espacio por alguien a quien había conseguido convertir en su enemigo..., o por alguien a quien no le había hecho absolutamente nada.

-Vamos a ver qué podemos hacer por ti, Jarril -dijo.

Se sentó en el sillón del copiloto, lo más lejos que podía del cadáver de Jarril. Después encendió el ordenador del *Dama Apasionada*. Aquella parte del sistema no estaba conectada a los circuitos de control remoto.

Cuando Lando activó el sistema, un manifiesto de carga surgió de la nada para quedar flotando en la pantalla. Había sido dejado allí por la última persona que había utilizado el ordenador, fuera quien fuese. El manifiesto llevaba fecha de hacía una semana..., y el impreso estaba vacío.

Resultaba obvio que había sido borrado.

Lando examinó los archivos de las copias de seguridad, pero la persona que había borrado el manifiesto había Sido muy concienzuda. No había copia de ninguno de los manifiestos. De hecho, lo único que consiguió encontrar fue los fantasmas de los ficheros, los nombres y las fechas en que habían sido creados.

La carga había sido tan secreta que Jarril ni siquiera había conservado un registro personal de en qué consistía.

Lando salió de los manifiestos de carga y entró en los ficheros de direcciones. Los códigos de comunicación para todos los contactos de Jarril tenían que estar allí. Lando abrió los ficheros con unas cuantas pulsaciones de teclas.

Reconoció todos los nombres como contactos de contrabando salvo tres. Uno correspondía a Fwatna y no había sido usado desde hacía más de tres años. Otro estaba en Dathomir, y el tercero estaba en Alemania. Lando empezó su investigación buscando la dirección de Fwatna. Correspondía a un contacto llamado Dolph, y Jarril había incluido la anotación [NOMBRE RETIRADO] en la sección de palabras ocultas. A juzgar por el rápido examen del sistema de Jarril que había llevado a cabo Lando, parecía que Jarril tenía por costumbre borrar la información que había perdido su utilidad. Lando anotó el nombre y la vieja dirección y siguió buscando.

La dirección de Dathomir no iba acompañada de ningún nombre. En vez de nombre, había unas cuantas anotaciones que parecían ser instrucciones para llegar hasta allí, junto con varias estrellas que la clasificaban como un Gran Hallazgo. La dirección era lo bastante reciente para que Lando sospechara que Jarril no había tenido ocasión de explotar su Gran Hallazgo, y ésa era la razón por la que seguía figurando en los archivos.

Abrió el fichero de Alemania para descubrir que Jarril había enviado un mensaje allí el día en que fue borrado el manifiesto. El mensaje también había sido borrado, pero Jarril había basado el diseño del *Dama Apasionada* en el del *Halcón*. El viejo contrabandista había seguido al pie de la letra todos los diagramas de la cabina de control -diagramas a los que Lando podía acceder sin ninguna dificultad-, y había alardeado de ello. Eso significaba que habría incluido todas las puertas traseras de Lando.

Lo que había sido borrado no tenía por qué permanecer borrado eternamente.

Jarril nunca había sido un hombre demasiado brillante. No sólo había incluido las puertas traseras de Lando en el diseño, sino que había utilizado los mismos códigos. Aunque, pensándolo bien, Lando se dijo que quizá eso fuera una idea realmente brillante después de todo. ¿Quién iba a pensar que dos naves tan distintas utilizaban el mismo sistema de codificación?

Nadie... salvo Lando, por supuesto.

Sólo necesitó un momento para encontrar el mensaje. Lando lo introdujo en el sistema vocal, pero con ello sólo consiguió que el ordenador le dijera que el mensaje estaba en código.

Y que se trataba de un mensaje escrito.

Aquello se iba volviendo cada vez más extraño.

Lando descodificó el mensaje y lo hizo aparecer en la pantalla. El mensaje no tenía encabezamiento, y no estaba firmado. Eso era muy típico de los contrabandistas, naturalmente, va que de esa manera nadie que lo interceptara podría saber a quién iba dirigido.

LA CARGA ACABA DE SER ENTREGADA LOS FUEGOS ARTIFICIALES HAN SIDO ESPECTACULARES.

Casi a continuación había otro mensaje.

HAN SOLO LO SABE. PODEMOS ESTAR SEGUROS DE QUE COLABORARÁ. Después ya no había nada más. Aquéllos eran los últimos mensajes que Jarril había enviado.

Lando los copio en su ordenador. Después se volvió hacia Jarril. Jarril había sabido algo y se lo había dicho a Han, y había muerto poco después..., lo cual quería decir que alguien andaba detrás de Han.

Alguien que se había llevado el ala-A y había dejado el *Dama Apasionada* flotando a la deriva en el espacio.

Lando se levantó del sillón del copiloto. Tenía que hacer una llamada a Coruscant, y no podía hacerla desde allí.

\* \* \*

Brakiss... Luke se sentó sobre la escalera cubierta de cascotes. Quería seguir un rato más en la Sala. No saldría de allí hasta que hubiera recogido todos los restos de emoción y conocimiento que pudiera encontrar.

Brakiss... Uno de los fracasos, uno de los estudiantes que se habían vuelto hacia el lado oscuro. Luke se acordaba de todos los estudiantes que se habían marchado de Yavin 4 antes de completar el

adiestramiento. Algunos se habían marchado debido a crisis familiares (Debes decidir cuál es mejor manera de ayudar a tu familia), y esas crisis siempre surgían en el peor instante posible del adiestramiento. (Estás pasando por unos momentos muy peligrosos en los que serás tentado por el lado oscuro de la Fuerza.) Luke se acordó de Ben y de Yoda. Siempre permitía que aquellos estudiantes se fueran, pero siempre les dirigía la misma admonición que había oído de labios de Yoda: No olvides lo que has aprendido. Y dentro de su mente Luke siempre añadía la frase siguiente: F intenta conservarlo.

Algunos lo hacían y volvían para continuar el adiestramiento. Otros desaparecían. Luke se consolaba con la esperanza de que también acabarían volviendo algún día.

Pero ninguno de ellos se había marchado de la forma espectacular en que lo hizo Brakiss. Brakiss había sido uno más del puñado de imperiales que habían intentado infiltrarse en la Academia Jedi, pero a diferencia de los otros, Brakiss poseía un verdadero talento para el uso de la Fuerza. Luke había decidido averiguar si sería capaz de mantenerle alejado del lado oscuro.

El adiestramiento había ido bastante bien. Brakiss se fue abriendo poco a poco, y Luke pensó que había llegado el momento de proporcionarle el equivalente a la caverna oscura de Dagobah. Luke envió a Brakiss a un viaje en el que Brakiss tendría que enfrentarse consigo mismo. Brakiss había emergido de esa experiencia aterrorizado y lleno de una terrible ira. Se fue de Yavin 4 volvió con el Imperio.

Luke sabía que algún día volvería a ver a Brakiss.

Y siempre había temido que sería en circunstancias no excesivamente agradables.

-¡Amo Luke! ¡Amo Luke! ¡Oh, gracias al cielo que le hemos encontrado!

La voz de Cetrespeó interrumpió el discurrir de sus pensamientos. Luke miró por encima de su hombro. Cetrespeó estaba inmóvil en la puerta con Erredós junto a él. Los dos androides se dispusieron a entrar en la Sala del Senado.

-¡No! -gritó Luke-. Este sitio es demasiado inestable. Esperadme fuera.

-Pero amo Luke...

-No me pasará nada, Cetrespeó.

-Eso espero -dijo Cetrespeó.

El androide de protocolo se alejó de la puerta. Erredós dirigió un estridente pitido electrónico a Luke y después siguió a Cetrespeó. Eso quería decir que se trataba de algo serio. Erredós parecía muy preocupado.

Luke se incorporó. Lo único que había captado de Brakiss era esa impresión sensorial inicial..., y eso le inquietaba un poco. Luke no estaba acostumbrado a experimentar sensaciones de una naturaleza tan superficial. Pero todo lo que envolvía a aquella explosión era muy extraño.

Salió de la sala. Uno de los trabajadores del pasillo exterior le miró.

-¿Esos androides son suyos, Maestro Skywalker?

Luke asintió.

-Parecían estar bastante nerviosos.

Luke sonrió.

-Cetrespeó siempre parece estar nervioso. Estoy seguro de que no se trata de nada importante.

Fue por el pasillo hasta salir del edificio. Cetrespeó y Erredós le estaban esperando sobre el césped cubierto de polvo. Los dos estaban vueltos hacia la puerta. Cetrespeó giró sobre sus talones y le dijo algo a Erredós en cuanto vio aparecer a Luke.

-¿Qué es eso tan importante? -preguntó Luke

-Amo Luke, Erredós y yo hemos pasado por una experiencia terrible en los hangares de mantenimiento. Erredós insistió en que bajáramos hasta ahí, y entonces fuimos hechos prisioneros por ese horrible kloperiano que no parecía tener ni idea de quiénes éramos. Yo no era partidario de venir a molestarle por esta insignificancia, pero Erredós insistió. Dijo que usted debía saber...

-¿Qué estabais haciendo en los hangares de mantenimiento? Solo los androides especializados pueden entrar en esas áreas.

Erredós insistió en que fuéramos allí -dijo Cetrespeó-. Se ha estado portando francamente mal. De hecho, el lenguaje que empleó delante del kloperiano... Bueno, amo Luke, hizo que se me helaran los engranajes, y no sé si me entiende. Y además...

-¿Erredós? -preguntó Luke.

Erredós emitió un burbujeo electrónico, y un compartimiento se abrió cerca de su base y un pequeño brazo tubular emergió de él. Luke extendió la mano, y Erredós dejó caer varios chips diminutos en su palma.

Luke se puso en cuclillas y los examinó.  
-Son los chips de memoria del ala-X -dijo después.  
Erredós dejó escapar un gemido quejumbroso.  
-El ala-X ha sido desmontado, amo Luke. Si hubiera sabido que Erredós iba a robar unas cuantas piezas...  
-¿Que ha sido desmontado? -exclamó Luke, cerrando el puño alrededor de los chips. El ala-X y Erredós llevaban tanto tiempo volando juntos que sus memorias habían quedado unidas. El caza y el pequeño androide astromecánico poseían su propio lenguaje especial. El ala-X tenía tanta personalidad como podía llegar a poseer una nave-. ¿Quién dio la autorización para ello?  
-Eh... Creía que había sido usted.  
-Yo sólo autorice que llevaran a cabo un mantenimiento de rutina -dijo Luke-. Y naturalmente, esto ha tenido que ocurrir justo en el momento en que necesito el ala-X... ¿Cuál es la gravedad de los daños?  
-En realidad no se ha producido ningún daño -dijo Cetrespeó.  
Erredós soltó una serie de pitidos y graznidos.  
-Dejando aparte que el ala-X está totalmente desmontado, por supuesto -añadió Cetrespeó.  
Los dedos de Luke seguían apretando los chips.  
-Más bien parece como si estuvieran reconstruyendo el ala-X -murmuró-. ¿Qué otra razón podían tener para extraer los chips de memoria?  
Erredós emitió un silbido afirmativo.  
-No sé nada sobre cuestiones técnicas, amo Luke -dijo Cetrespeó-. Aun así, tengo la impresión de que el mantenimiento rutinario sólo es el mantenimiento rutinario, al menos en Coruscant.  
-¿Y por eso os encerraron dentro de ese armario? -Luke meneó la cabeza-. Esto no me gusta nada.  
-A nosotros tampoco se puede decir que nos gustara excesivamente, amo Luke. Si no hubiera llegado a decirles que usted y la princesa Leia eran nuestros propietarios, todavía seguiríamos dentro de ese armario.  
-0... -y el cuerpo dorado de Cetrespeó vibró en una muy convincente imitación del estremecimiento humano- nos habrían borrado las memorias a los dos y después habrían vendido nuestros cuerpos como chatarra.  
Erredós gimió.  
-Te has portado muy bien, Cetrespeó..., y tú también, Erredós -Luke devolvió los chips de memoria al pequeño androide astromecánico-. Guárdalos en un lugar seguro, ¿de acuerdo? Voy a ocuparme del ala-X. Nos reuniremos enseguida.  
Pero Luke no estaba tan seguro de que así fuera como quería hacer creer. El mantenimiento de rutina no requería llegar a desmontar todo el ala-X. Tendría que haber prestado más atención a las instrucciones que daba cuando llegó. Pero no se le había ocurrido pensar que en Coruscant hubiese algo que pudiera suponer una amenaza para él, su androide o su ala-X..., ni siquiera después de la explosión en la Sala del Senado y las extrañas sensaciones que había estado experimentando.  
Alguien les observaba. Luke miró por encima de su hombro. Estaban solos en la calle.  
Pero alguien le estaba observando. Luke no había dejado de tener esa sensación desde que salió de Yavin 4. Alguien le observaba y hacía sus planes..., y este alguien siempre sabía estar un paso por delante de él en todo momento.  
Ya iba siendo hora de que hiciese algo para recobrar el control de la situación.  
-Vamos, Erredós -dijo-. Iremos a ese hangar y recuperaremos nuestro ala-X.  
-Con todo el debido respeto, amo Luke, debo decirle que preferiría no volver a ese cubil de iniquidad -dijo Cetrespeó-. Creo que será mejor que vuelva a ocuparme de mis obligaciones.  
Luke asintió.  
-Cuenta vuestra aventura a Leia y explícale lo del ala-X, Cetrespeó. Dile que... -Luke se interrumpió antes de llegar a completar la frase. Sería mejor que se lo dijera en persona, porque así podría comunicarle toda la profundidad de su preocupación-. Dile que hablaré con ella antes de irme.  
-Muy bien, amo Luke -dijo Cetrespeó, y echó a andar hacia el Palacio Imperial.  
Luke no estaba de acuerdo con él. No era una solución muy conveniente, pero era lo mejor que podía hacer.  
Por el momento...



El Consejo Interior se reunió en el Área de Banquetes de las Embajadas. La estancia era otra gran sala recubierta por láminas doradas, y estaba repleta de adornos que databan del reinado del Emperador. Leia ardía en deseos de que las investigaciones terminaran de una vez para poder reconstruir la Sala del Senado. Aquellas sedes temporales sólo servían para recordarle lo mucho que la echaba de menos.

La sala se hallaba impregnada por un olor a antiséptico, probablemente debido a una reciente limpieza. Leia se había decidido por aquella estancia como lugar de reunión en el último instante, y planeaba seguir eligiendo salas al azar hasta que los asesinos fueran capturados y el Senado pudiera volver a su actividad normal. No quería que nadie dispusiera de días para planear otro ataque.

Leia estaba sentada a la cabecera de la mesa, y los otros miembros del Consejo Interior estaban sentados a su alrededor. Tres de sus amigos más queridos habían muerto en el ataque, y otro había muerto en el centro médico. Leia los echaba de menos. Han tenía mucha razón cuando habló de los huecos que se abrirían en su vida. Aquella mañana Leia había enviado a Invierno y a los niños a Anoth. Han se había ido, y Leia sabía que el que Luke se fuera también sólo era una cuestión de tiempo. Podía trabajar eficientemente y salir adelante por sí sola, pero el que su familia se hubiera desperdigado por los cuatro confines de la galaxia y la pérdida de tantos amigos heridos o muertos hacía que sintiera lo mismo que había sentido durante los primeros días después de la destrucción de *Alderaan*, como si se hubiera quedado totalmente sola y no tuviera a nadie en quien confiar.

Las noticias han llegado al Borde Exterior -dijo Borsk Fey'lya. Su melodiosa voz ocultaba la preocupación que sentía. El pelaje que rodeaba su cara estaba un poco más corto de lo habitual allí donde el personal médico había recortado las zonas chamuscadas-. Los Mundos del Borde empiezan a clamar venganza.

La venganza no es el problema más importante-dijo Leia-. Nuestro verdadero problema es evitar que se produzca otro ataque. Espero que todos habrán hecho saber a sus pueblos que las investigaciones están en marcha.

Las investigaciones no les importan en lo más mínimo -dijo C-Gosf. La alienígena era muy bajita incluso para lo habitual en Gosfambling, un mundo habitado por una raza de delicadas y educadísimas criaturas peludas poseedoras de una gran inteligencia. Los bigotes de C-Gosf se curvaron alrededor de su cara mientras hablaba, y Leia tuvo que inclinarse hacia adelante para poder oírla-. Lo que les preocupa es la pérdida de su representación política. Con tantos heridos graves y tantas vidas perdidas, el Senado es incapaz de votar sobre cualquier asunto que no pueda ser decidido mediante la mayoría simple. Apenas si tenemos un quórum.

Leia se recostó en su asiento. Era justo lo que se había estado temiendo.

-La legislatura acaba de empezar, Leia—dijo Gno Si estuviera aproximándose a su final, sugeriría cerrar la sesión con los representantes que tenemos. Pero estamos hablando de más de tres años durante los que ciertos planetas no contarán con toda la representación a la cual tienen derecho.

-Exodeen perdió su senador más antiguo y su senador secundario -dijo ChoFi-, y ahora sólo está representado por R'yet Coome. Eso no es bueno para ninguno de nosotros.

-No se deje influir por sus prejuicios políticos, ChoFi -dijo Garm Bel Iblis. Su nudoso rostro salpicado de arrugas y surcos estaba lleno de cansancio-. Tenemos que acostumbrarnos a la presencia de los antiguos imperiales.

-Lo que me preocupa es que aumentemos todavía más su número celebrando unas elecciones de emergencia -dijo Leia.

-O que demos más poder a los que ya están presentes en el Senado -dijo Fey'lya-. Leia, el Senado se basa en la voluntad de las repúblicas con derecho a voto..., y esas repúblicas han elegido a antiguos imperiales como sus representantes. Tenemos que aceptar esa realidad.

Los labios de Leia se curvaron en una sonrisa llena de melancolía.

-Sí, supongo que debemos hacerlo.

-Y tenemos que confiar en que adoptarán las decisiones correctas en el futuro -dijo Fey'lya.

El bothano no confiaba en nadie, e incluso Leia lo sabía.

-¿Y qué dicen sus excelentes tuestes de información que ocurrirá si celebramos unas elecciones ahora?

El pelaje de Fey'lya fue recorrido por una suave ondulación, pero ésa fue la única señal de preocupación que se permitió mostrar.

-A los bothanos no les ocurriría nada. En ese aspecto se puede decir que hemos tenido una suerte realmente sorprendente.

-Si celebramos las elecciones lo más pronto posible -dijo ChoFi-, ningún recién llegado ala política tendrá tiempo de organizar una campana. Lo más probable es que los perdedores de la última elección se hagan con los cargos.

-No puede emitir ese tipo de predicciones -dijo C-Gosf-. Mi pueblo jamás elegiría a alguien que ha perdido tinas elecciones. Esa persona nunca podría volver a presentarse para tul cargo público, y nunca podría llegar a ocupar una posición de poder. En Gosfambling los perdedores nunca dejan de serlo.

Leia miró a C-Gosf. No había sido consciente del riesgo corrido por su colega al presentarse al Senado.

-¿Y qué ocurriría en Gosfambling? -preguntó.

-Alguien que ya ocupa una posición de poder sería ascendido -dijo C-Gosf.

-Es un problema con el que siempre hemos tenido que luchar -dijo Gno-.Imponer el mismo sistema electoral a culturas distintas puede insultar bastante difícil.

-Tenemos reglas dijo Fey'lya.

-Sí-dijo ChoFi-, y usted quizá debería saber mejor que el resto de nosotros cómo las distintas culturas pueden llegar a manipular esas reglas.

-Los bothanos no han hecho absolutamente nada que no debieran o pudieran hacer.

-Lo que quiere decir realmente es que no han cometido ninguna ilegalidad -dijo ChoFi.

-Discutir entre nosotros no sirve de nada -dijo Leia, y dejó escapar un suspiro-. Gno tiene razón. No quiero hacerlo, pero tendremos que celebrar elecciones de emergencia en aquellos lugares cuyo representante murió o está demasiado gravemente herido para poder seguir desempeñando sus deberes oficiales. Y tenemos que hacerlo pronto, porque de 10 contrario cualquier legislación que promulguemos tendrá que cargar con la manda de haber sido decidida por un organismo legal debilitado. Ya tenemos problemas más que suficientes para unir a los distintos miembros de la República, y no necesitamos agravarlos.

-Supongo que es consciente de que al celebrar estas elecciones rápidas podríamos crear nuevos problemas-dijo Bel Iblis.

¿Se refiere a que podemos acabar encontrándonos con más imperiales de lo que deseamos? -preguntó Gno-. Tenemos que correr ese riesgo. Leia tiene razón. El Senado ya ha quedado debilitado por el ataque.

-Seguir actuando sin el número de representantes necesario supondría enviar un mensaje muy claro a los planetas que han perdido su representación..., y lo que les diría ese mensaje es que carecen de importancia.

-No podemos pasarnos toda la vida teniendo miedo de nuestros colegas-dijo C-Gosf-. Votamos permitir que hubiera antiguos imperiales en el Senado, y ahora tenemos que aceptarlos.

Leia asintió. Estaba de acuerdo con C-Gosf, aunque no quería estarlo.

-Celebraremos las elecciones dentro de una semana a partir de hoy -dijo-, y después de eso haremos que los nuevos senadores vengan a Coruscant lo mas pronto posible. El plazo máximo para su incorporación debería ser de un mes a partir de ahora. ¿Estamos de acuerdo?

Los miembros del Consejo Interior asintieron. Leia convoco una Votación oficial, y después pasó a ocuparse de otros asuntos. Pero mientras lo hacía, no pudo evitar que un escalofrío helado subiera por su columna vertebral.

-Quizá eso era lo que su enemigo invisible había querido: un cambio rápido en el Senado, la desorientación, la destrucción y un repentino incremento de caras nuevas que causaría su fragmentación...

La misma fragmentación que había existido cuando el senador Palpatine se hizo con el control del Senado de la Antigua República...

Leia tenía la responsabilidad de impedir que eso volviera a ocurrir.

\* \* \*

Femon estaba sentada en su despacho de Almanía. Máscaras de la muerte procedentes de una docena de culturas distintas cubrían sus paredes. Rojas, doradas, azules, algunas con la boca abierta en una mueca de agonía y otras con una expresión de infinita serenidad, todas compartían una aureola fantasmagórica que a Femon siempre le había parecido muy reconfortante en el pasado.

Ya no se lo parecía.

Había estado a punto de quitarse el maquillaje de la cara cuando volvió de Pvdyr, pero eso habría sido una clara señal de que va no creía en Kueller. Sus vacilaciones a la hora de proseguir la lucha acabarían siendo la perdición de todos. Kueller había dicho que quería sustituir la Nueva República por su propio gobierno, y Femon le había creído desde el momento en que le conoció.

Kueller le había dicho que la Nueva República era débil. Sus líderes permitían que sus pueblos estuvieran expuestos a demasiadas amenazas. Dedicaban demasiado tiempo a legislar sobre problemas que no podían ser resueltos mediante la legislación y demasiado poco a provocar los cambios necesarios.

La familia de Femon había muerto hacía seis años cuando el Ojo tic Palpatine devastó su planeta. La nave estelar imperial estaba dirigida por un viejo programa de ordenador cuya misión había sido establecida por el mismísimo Emperador. La familia de Femon había sido aniquilada por el fuego cruzado mientras intentaba salvar a otras criaturas que estaban siendo atraídas hacia la nave. La Nueva República acabó deteniendo al *Ojo de Palpatine*, desde luego..., pero por aquel entonces va era demasiado tarde para salvar a los seres queridos de Femon.

La Nueva República permitía que los planetas conquistados conservaran cantidades excesivas de equipo imperial. En varias ocasiones había permitido que antiguos imperiales que intentaban restablecer su gobierno amenazaran a mundos pacíficos. Eso había ocurrido demasiadas veces. La Nueva República nunca había actuado de manera realmente expeditiva: jamás había ejecutado a las personas directamente involucradas, y nunca había hecho todo lo que era preciso hacer para crear unas bases firmes y sólidas sobre las que asentar su gobierno.

Kueller había dicho que la incapacidad para destruir a sus enemigos de que daba muestras a cada momento la Nueva República indicaba la existencia de una debilidad oculta que acabaría siendo fatal para ella. También había dicho que daba igual quien gobernara la galaxia mientras que ésta fuera gobernada con puño de hierro.

Y de repente Kueller estaba mostrando la misma debilidad que había atribuido a la Nueva República.

Femon ya no podía seguir apoyándole.

Tanto durante la conquista de Pvdyr como antes, Femon siempre había insistido en que Kueller debía golpear de una manera veloz y decisiva. Kueller disponía del poder necesario para hacerlo, pero quería jugar con Skywalker y Organa Solo.

Se comportaba como un hombre que anhelaba Vengarse, pero al parecer quería vengarse de algo que Femon no acababa de entender.

Daba igual. Kueller iba a pasar dos días más en Pvdyr, catalogando sus riquezas y reuniéndose con sus espías. Dos días era tiempo más que suficiente para que Femon llevara a cabo la acción decisiva que no había emprendido hasta aquel momento.

Contaba con los conocimientos, el equipo y los códigos necesarios para ello, e incluso contaba con la capacidad de librarse de Kueller.

Ir a Pvdyr significaba que Kueller se había puesto al descubierto.

Un día más, y la máscara cadavérica que cubría el rostro de Kueller se habría vuelto real.

## Doce



El aceitoso olor metálico del hangar de mantenimiento hizo que Luke se acordara de los muchos días que había dedicado a reparar el deslizador de su tío en Tatooine. Por aquel entonces le encantaba encorvarse encima del equipo y tratar de encontrar las pequeñas variaciones que mejorarían la velocidad o la precisión.

Otro mundo. Otra época.

Erredós avanzaba en silencio detrás de él, acercándose cada vez un poquito más a medida que se internaban en el hangar. El área de órdenes y Pedidos le había dicho que bajara allí, y lo único que habían podido confirmarle era que su ala-X estaba siendo objeto de la revisión de mantenimiento rutinaria que había solicitado.



El hangar principal estaba vacío salvo por varios alas-X a medio desmontar. Erredós fue hacia la puerta de doble hoja del hangar y emitió un silbido.

Bien, Erredós, iré allí si no consigo encontrara nadie -dijo Luke-. Pero antes esperaremos un rato.

Su paciencia fue recompensada un instante después cuando un joven rubio -un muchacho, en realidad- vestido de mecánico surgió del fondo del hangar. El muchacho se estaba limpiando las manos en un trapo que había sido blanco hacía mucho tiempo cuando vio a Luke.

-Está en una zona de acceso restringido -dijo.

No tendría muchos más años de los que había tenido Luke cuando murieron sus tíos.

-Lo sé -dijo Luke-. Los de órdenes y Pedidos me han enviado aquí. Al parecer tenéis mi ala-X aquí abajo. El muchacho se encogió de hombros.

-Pues en ese caso y si está aquí abajo, estamos trabajando en él. Las reparaciones estarán terminadas lo más pronto posible.

-Se supone que el ala-X no debería estar aquí.

-Tendrá que hablar de eso con los de órdenes...

-Oye, no puedo perder el tiempo con esta clase de jueguecitos burocráticos-dijo Luke, entrando en la luz mientras su capa Jedi ondulaba a su alrededor-. Necesito el ala-X esta tarde. Me han dicho que había sido desmontado...

Pues entonces no podrá disponer de él hasta que hayan vuelto a montarlo. Lo siento. Los de órdenes nunca tendrían que haberle enviado aquí abajo.

-Quizá no -dijo Luke-, pero lo hicieron. Vamos a ver si podemos resolver este pequeño problema, ¿de acuerdo? El muchacho alzó la mirada hacia él. Al parecer no había esperado que Luke estuviera dispuesto a encontrar alguna clase de solución razonable. Erredós se acercó un poco más.

Su unidad astromecánica tampoco debería estar aquí.

-Lo sé -dijo Luke-, pero necesito mi ala-X hoy mismo. Erredós trabaja conmigo.

El muchacho frunció los labios como si la idea le disgustara. -Entonces es verdad que no quería que su ala-X acabara aquí, ¿eh?

-Desde luego -dijo Luke-. Sólo quería una revisión de mantenimiento regular, como hago siempre que vengo a Coruscant.

-¿No ha leído la última nota de régimen interior del general Antilles? ¿Wedge? ¿Qué tenía que ver Wedge con el ala-X de Luke?

-Al parecer no -dijo.

El mantenimiento de rutina debe incluir la alteración y mejora de todos los alas-X hasta conseguir que puedan funcionar al nivel de eficiencia actual de los cazas medios.

Eso debe de salir bastante caro -dijo Luke.

El muchacho frunció el ceño.

¿De dónde me ha dicho que venía?

No te lo he dicho -respondió Luke-. ¿Dónde puedo encontrar a Wedge?

¿Al general Antilles? -Que Luke se refiriese al general con tanta familiaridad le había arrancado un jadeo de sorpresa-. Pues no sé... Nunca he hablado con él. ¿Le conoce?

Luke sonrió.

-Un poco. Estuvimos en el mismo escuadrón durante la batalla de Yavin.

El muchacho dejó caer su trapo al suelo.

-Disculpe, señor. No tenía ni idea. Yo... Eh... Puedo dejarle un mensaje en el sistema.

-Si me llevas hasta mi nave yo mismo puedo ponerme en contacto con él.

-Nos encontramos en una zona de acceso restringido por razones de seguridad, señor.

-Ya liemos pasado por esto antes -dijo Luke-. Me llamo Luke Skywalker. Lo único que quiero es echar un vistazo a mi ala-X y...

-¿Luke Skywalker? -La voz del muchacho se convirtió en un graznido-. ¿El Caballero Jedi? ¿Por qué no ha empezado por ahí, señor? Habría tirado de algunos hilos.

-Los Jedi nunca se aprovechan- injustamente de su posición -dijo Luke, aunque eso no era exactamente cierto-. Vamos a echar un vistazo al ala-X, ¿de acuerdo?

El muchacho introdujo algunos códigos en el ordenador y después se limpió las manos en sus pantalones marrones de mecánico.

-Si tiene la bondad de seguirme, señor...

Luke atravesó el hangar principal. Erredós le siguió.

-Quizá desee dejar aquí a su unidad astromecánica, señor. La dotación del nuevo hangar de alas-X es un poquito hostil a los androides, por lo menos en lo que respecta a las unidades R2. -¿Podría correr algún peligro?

-No, señor, pero... Bueno, la verdad es que a los kloperianos no les gustan nada las unidades R2.

Erredós ya se dio cuenta de eso la primera vez que bajó aquí. Al parecer estuvo prisionero durante un rato.

-¿Prisionero? -El muchacho le miró por encima de su hombro-. Discúlpeme, señor, pero no creo que la palabra «prisionero» resulte muy adecuada cuando se está hablando de un androide.

El muchacho pensaba que Luke estaba siendo melodramático. Luke juntó las manos sobre su túnica, de una manera muy parecida a como solía hacerlo Ben.

El olor del disolvente limpiador de alas-X era claramente perceptible dentro del nuevo hangar. Más piezas de ala-X estaban esparcidas alrededor de algunas naves que ya habían sido mejoradas y montadas. Las nuevas naves tenían unos contornos más esbeltos y aerodinámicos. El largo cono instalado en el morro no había cambiado, pero el área de la sección trasera que alojaba al androide astromecánico había desaparecido.

Luke sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

-Háblame de la orden del general Antilles.

-La recibimos el año pasado, señor, después de que nos enviaran el prototipo del nuevo ala-X. El nuevo diseño es más eficiente en las situaciones de combate. Combina el sistema de ordenadores y la unidad astromecánica en un solo sistema.

-Pero eso ya se probó hace mucho tiempo, y descubrieron que el piloto podía correr un serio peligro si la unidad se averiaba. El muchacho se encogió de hombros.

Han conseguido solucionar ese problema, señor. Los cambios introducidos en la tecnología de los androides y los ordenadores durante los últimos seis meses han sido realmente asombrosos. Podemos hacer cosas que nunca habíamos sido capaces de hacer antes. Tiene que haber estado viviendo en el mismísimo centro de la nada para no saberlo... ¿De dónde ha venido?

-De Yavin 4 -dijo Luke, sintiéndose repentinamente viejo y anticuado-. Doy clases allí.

-Hmmm -dijo el muchacho, y fue hacia otro ala-X desmontado que ocupaba el fondo del hangar.

-¿Estáis introduciendo esas modificaciones en todos los alas-X? -preguntó Luke.

-Sí, señor. También hemos combinado algunos sistemas similares en otros cazas estelares.

Su entusiasmo resultaba encantador. Luke se acordó de que hubo un tiempo en el que la nueva tecnología le inspiraba sentimientos similares. -¿Y cómo puede permitírselo la Nueva República?

El muchacho volvió a encogerse de hombros. Estaba claro que no sentía el más mínimo interés por los asuntos financieros.

-No lo sé, señor, pero ya llevamos más de un mes haciéndolo. Puedo asegurarle que eso nos mantiene muy ocupados a todos... No he tenido más de un día libre desde que empezaron todos estos cambios.

Se detuvo delante de una plataforma de mantenimiento. El ala-X estacionado sobre ella apenas si podía ser reconocido como un caza estelar.

Erredós dejó escapar un gemido tan quejumbroso como si estuviera contemplando la agonía de un amigo muy querido.

Luke intentó reprimir su irritación.

-¿Cuánto tiempo hará falta para volver a dejarlo tal como estaba antes?

-Eh... ¿Cómo ha dicho, señor? El muchacho parecía perplejo.

-Necesito el ala-X para esta tarde -dijo Luke-. ¿Podré disponer de él?

Acaban de empezar a trabajar en el sistema de ordenadores, señor. No podremos tenerlo listo hasta mañana, o quizá incluso un poco más tarde.

-No quiero que hagan ningún cambio -dijo Luke-. ¿Cuánto tiempo tardarían en volver a montarlo y dejarlo como estaba?

-Me temo que no podemos hacer eso, señor. Son órdenes del general Antilles, ya sabe... El general dice que los viejos alas-X no son lo bastante estables para ser utilizados en el espacio.

-El mío funciona perfectamente -dijo Luke-. Me gustaría poder volver a disponer de él lo más pronto posible.

-Lo siento, señor, pero...

-He de llevar a cabo una misión diplomática que me ha encomendado mi hermana Leia Organa Solo, la jefa de Estado -dijo Luke, sintiendo la inevitable oleada de frustración que experimentaba cada vez que tenía que utilizar su rango-. Me gustaría poder usar mi ala-X, y lo necesito esta tarde.

El muchacho echó un rápido vistazo a los sistemas de la nave.

-Le aseguro que lo lamento muchísimo, señor, pero ya han extraído la memoria y las conexiones de la unidad astromecánica. El agujero de la toma sigue estando ahí, pero no hay nada a lo que conectarlo. Si están siguiendo el procedimiento habitual, las piezas ya habrán sido recicladas.

-Tengo los chips de memoria. Mi unidad R2 los cogió antes.

El muchacho se retorció nerviosamente las manos.

-Señor, si tiene la bondad de echar un vistazo al interior...

-Eso era exactamente lo que Luke no había querido hacer, porque temía ver a un viejo amigo destripado y prácticamente destruido. Se subió al borde de la plataforma y contempló el interior. Toda la zona de la unidad astromecánica había sido extraída y desmontada. Luke no había tenido ocasión de trabajar realmente a fondo sobre un ala-X desde la batalla de Endor, pero aun así era capaz de reconocer un desmantelamiento hecho a conciencia cuando lo tenía delante de los ojos. Aquel ala-X ya estaba a medio reconvertir.

Dio unas palmaditas sobre el flanco de la nave, y Erredós volvió a gemir.

-Quiero que lo dejéis tal como estaba antes -dijo Luke después, volviéndose hacia el muchacho.

-Pero señor...

-Yo me ocuparé del general Antilles. Tú límitate a dejar mi ala-X tal como estaba antes.

-No podremos tenerlo listo para cuando ha dicho que lo necesitaba, señor.

Luke asintió.

-Ya lo he comprendido. Consígueme un ala-X viejo, uno que no hayáis mejorado, y yo introduciré los chips de memoria en ese aparato. Tendrá que bastarme para esta misión.

El muchacho parecía muy apenado.

-Lo siento, señor. Desmontamos todos los alas-X en cuanto llegan. Es un proceso muy rápido y sencillo y..., y no disponemos de ningún ala-X antiguo que pueda utilizar.

-Pero estoy seguro de que en Coruscant tiene que haber algún ala-X que...

Luke se calló al ver la expresión del muchacho. En la Nueva República nunca había nada que funcionara a la perfección, y cuando algo funcionaba a la perfección siempre acababa resultando ser un serio problema.

-Puedo entregarle un ala-X para sustituir al suyo -dijo el muchacho-, pero tendrá que ser uno de los nuevos. Sus chips no le servirán de nada, y su unidad astromecánica tampoco.

-¿Y Erredós? ¿Cabría en ese ala-X nuevo? El muchacho meneó la cabeza.

El nuevo ala-X es un vehículo estrictamente unipersonal.

Luke suspiró. Ninguna de las opciones de que disponía le gustaba demasiado. Quería viajar en un caza estelar para poder contar con su velocidad y tener la capacidad de atravesar las defensas planetarias sin ser detectado. Podía usar una nave más grande -Leia probablemente le dejaría utilizar el *Alderaan*-, pero eso significaba que tendría que ir acompañado por un personal de apoyo mucho más numeroso que Erredós. También significaba que atraería la atención mientras viajaba por la galaxia, y eso significaba que tendría que explicar por qué Leia no estaba con él. Han ya se había marchado a bordo del *Halcón*, y todas las otras naves llevaban las insignias de identificación de la Nueva República.

-Trabajarás con mi unidad astromecánica -dijo por fin-. Erredós conoce ese ala-X mejor que nadie. Quiero que mi caza esté en condiciones de volar para cuando vuelva.

Erredós dejó escapar una rápida serie de pitidos y quejidos.

-Lo siento, viejo amigo -dijo Luke, poniendo la mano sobre la cúpula de Erredós-. Creo que esto no puede esperar. Confío en que te asegurarás de que el ala-X sea reparado.

Erredós respondió con un suave gemido.

-Y además informaré a Leia, Cetrespeó y Wedge de que estás aquí. No te ocurrirá nada. -Después Luke se volvió hacia el muchacho-. Porque no le ocurrirá nada, ¿verdad?

-Es una unidad R2 muy anticuada, señor. Los kloperianos...

-No -le interrumpió Luke con firmeza-. Erredós es un héroe de la Rebelión. De no ser por este pequeño androide ni Leia ni yo estaríamos vivos, así que tratarás a Erredós de la misma manera en que me tratarías a mí.

-Señor...

-¿Cómo te llamas, hijo?

El muchacho respiró hondo.

-Cole Fardreamer.\*

Luke dio un respingo de sorpresa al oír aquel nombre.

-¿Eres de Tatooine?

El muchacho asintió.

-Crecí oyendo historias sobre usted, señor. Lo maravilloso que era, y cómo hubo un tiempo en el que sólo era un granjero de humedad... Usted ha sido la causa de que viniera aquí.

Luke nunca había tenido la sensación de ser una fuente de inspiración para nadie, y logró resistir el impulso de retroceder un par de pasos.

-Y ahora eres mecánico de alas-X.

-Es una forma de empezar.

Luke asintió.

-Desde luego. -Respiró hondo-. Cuida de mi ala-X y de mi unidad R2, Cole. Asegúrate de que no les ocurra nada. Cuando vuelva quiero que los dos estén intactos y listos para ser utilizados.

\* (Como es habitual en Tatooine, los apellidos (Skywalker, Darklighter, etc..) tienen un significado además del meramente identificador. En este caso, el que alguien se llame «Fardreamer» significa que es capaz de tener grandes sueños o que puede llegar muy lejos con su imaginación. (N. del T)

-Si lo desea, señor, puedo tener preparado un ala-X para usted a esta hora del día de mañana.

Luke estudio el rostro del muchacho. No le cabía ninguna duda de que Cole iba a invertir toda su energía y todo su entusiasmo en la tarea de reparar su ala-X..., pero eso no sería suficiente.

-Si pudiese esperarías -dijo en voz baja y suave-, pero tengo la sensación de que se me esta acabando el tiempo.

\* \* \*

El Pasillo de los Contrabandistas no había cambiado. El Pasillo era un cinturón de asteroides que, a lo largo de los siglos, se había convertido en el escondite de centenares de contrabandistas. Entrar en el pasillo resultaba bastante complicado, y Han se sorprendió al ver que todavía se acordaba de cómo hacerlo a pesar de todos los años que habían transcurrido desde que se fue de allí.

Pero lo había hecho. Posó el *Halcón* en Salto 1, el trigésimo quinto asteroide del sistema, y el primero en haber sido colonizado. Salto 1 siempre había sido el asteroide más capaz de acoger vida humana, y estaba extremadamente bien protegido.

Los escondites se encontraban en las profundidades del Pasillo, y habían sido tallados hacía siglos por criaturas en las que Han no quería ni pensar. Mientras él y Chewie iban descendiendo por los viejos y familiares pasadizos, Han recordó con toda claridad la sensación de claustrofobia que le producía el Pasillo. Siempre la había asociado con la sensación de estar siendo perseguido. Pero últimamente va no estaba siendo perseguido por nadie, y sin embargo la sensación perduraba.

Chewie soltó un gruñido.

-Sí, tienes razón -dijo Han-. Yo también me imaginaba que a estas alturas va habrían logrado eliminar esa peste.

Los corredores olían a azufre, carne rancia y carne medio podrida. La pestilencia siempre había formado parte del Pasillo, y Chewie se había quejado de ella todas y cada una de las veces que habían ido allí.

La fuente del hedor era un líquido verde amarillento de aspecto bastante viscoso que corría por el centro de los pasillos y llegaba hasta las zonas de comercio principales. Durante su primera estancia en el Pasillo, Han había presenciado el primer y único intento de detener su fluir. A algún bothano se le había metido en la cabeza la idea de que bastaría con obstruir la fuente de la que brotaba el líquido. En cuanto lo hizo, Salto 1 fue sacudido al instante por el terremoto más grande de toda su historia.

Aquí hay gas había explicado el bothano posteriormente-. O dejamos que el hedor siga esparciéndose por todas partes, o Salto 1 estallará.

Los contrabandistas eligieron convivir con el hedor. No habían encontrado un escondite mejor en toda la galaxia.

Tampoco habían conseguido encontrar Un sitio mejor defendido. Han sabía que el *Halcón* había estado siendo observado desde el momento en que apareció. Lo que no se esperaba era ver a los guardias armados que había al final del pasillo.

Eran cinco, y todos eran viejos amigos.

Chewie soltó un rugido de indignación, y Han puso una mano sobre el peludo brazo de su amigo para contenerle. Sus ojos examinaron el grupo. El Chico DXo'In, que se había quedado calvo, había llevado a bordo de su nave a Han en su primer viaje a Kessel. Zeen Afít, con su arrugado rostro todavía más lleno de surcos y líneas de como lo recordaba Han, les había servido de guía a él y a Chewie cuando fueron al Pasillo por primera vez. Esbelta Ana Azul, que estaba mas hermosa que nunca, había dirigido las partidas de sabacc en las que Han ganó un montón de créditos. Wynni, la wookiee que había intentado seducir a Chewbacca durante su primera visita a Salto 1, tenía el mismo aspecto de siempre. Y Seluss, el sullustano que solía viajar con Jarril, aferraba su desintegrador como si tuviera muchísimas ganas de utilizarlo.

Han extendió las manos hacia ellos.

-¿Os parece que ésta es forma de saludar a un viejo amigo?

-Tú no eres amigo mío, Solo -dijo Esbelta Ana Azul.

-¿De cuánto tiempo disponemos antes de que tus amigos de la Nueva República aparezcan para arrestarnos a todos? -preguntó Zeen Afít.

-¿Habéis hecho algo ilegal? -pregunto Han.

Wynni soltó un gruñido.

-¿Es que ya ni siquiera se puede hacer una preguntita inocente? -replicó secamente Han.

-No cuando quien la hace ya conoce la respuesta -dijo el Chico DXo'In.

El brazo de Chewie se tensó, pero Han siguió apretando el mechón de pelos que había agarrado entre sus dedos.

-Si la República quisiera acabar con el Pasillo de los Contrabandistas, eso ya habría ocurrido hace mucho tiempo.

Seluss dejó escapar un vertiginoso torrente de chillidos, y sus orejas se movieron hacia atrás y hacia adelante mientras hablaba.

-Oh, sí, claro -dijo Han-. Como si realmente hubiera una jerarquía preparada y esperando a que por fin lleguéis a la cumbre, ¿verdad? ¿No crees que estás sobrestimando tu importancia, Seluss?

Wynni rugió, y Chewbacca le devolvió el rugido.

-Basta, Chewie -siseó Han-. Esta situación va parece lo bastante complicada sin necesidad de que tú la compliques todavía más con unos cuantos choques de personalidades incompatibles.

Chewie gruñó. Han comprendía su frustración: Wynni nunca había actuado según el código de los wookies-había abandonado a su familia y dos deudas de vida para hacer carrera como contrabandista-, pero Han no quería que una vieja herida se infectara hasta acabar convirtiéndose en algo realmente feo..., y especialmente no cuando él y Chewie se enfrentaban a una potencia de fuego bastante superior a la suya.

El choque de personalidades incompatibles acaba de producirse, Han -dijo el Chico-. Ya hace mucho tiempo que dejaste de ser un contrabandista. No tienes derecho a volver aquí.

-Tengo tanto derecho a estar aquí como vosotros -replicó Han-. ¿Y desde cuándo estar en el Pasillo es un privilegio? Creo que todavía recuerdo una época en la que la mayoría de los presentes estábamos haciendo cuanto podíamos para salir de aquí.

-El Pasillo ha cambiado -dijo Azul.

-Pues sigue oliendo exactamente igual -murmuró Han.

Se le acercaron un poco más. Zeen hundió el cañón de su desintegrador en las costillas de Han, y Chewie volvió a gruñir. Wynni le amenazó con su arco de energía.

-Bueno, ¿qué vais a hacer? ¿Vais a obligarme a volver al *Halcón* empujándome durante todo el trayecto, o me vais a matar aquí mismo? -Han agarró el desintegrador de Seluss y tiró de él, atrayendo al minúsculo humanoide hacia su pecho-. He venido aquí porque tu socio me invitó a venir, amigo. ¿Quieres que traiga a Jarril aquí para que lo discutáis?

Seluss soltó el desintegrador y soltó una ráfaga de chillidos llenos de irritación. Han levantó la mano izquierda -la que no sujetaba el desintegrador- en un gesto de autodefensa.

-Eh, eh... ¿Cómo iba a saber que Jarril no está aquí? Pensé que había vuelto inmediatamente después de verme.

Seluss, que seguía parlotando, empujó a Han. El empujón fue sorprendentemente potente, sobre todo teniendo en consideración que el sullustano sólo le llegaba a la cintura.

Chewbacca gruñó, agarró a Seluss por el cuello y lo alzó en vilo. -Bájale, Chewie -dijo Han-. Está muy nervioso.

-Y tiene motivos para estarlo -dijo Zeen-. Jarril fue a verte y nunca regresó, y ahora apareces de repente.

Seluss seguía parlotando a toda velocidad y había empezado a agitar frenéticamente sus brazos y sus piernas. Chewie lo mantenía en el aire a un brazo de distancia de él..., y al tratarse del brazo de Chewie, la distancia era considerable. Seluss parecía un ratón enfurecido que estuviera dando volteretas por los aires.

-Vosotros me conocéis bien, chicos. No soy de los que van por ahí engañando a la gente, y no asesino a las personas a sangre fría. -Han estaba empezando a irritarse-. He venido aquí porque Jarril dijo que había problemas.

-Has venido aquí porque Jarril te habló del dinero -dijo el Chico DXo'In.

Wynni emitió un gemido de advertencia.

Han enarcó una ceja.

-¿Primero soy un enemigo del Pasillo, y después resulta que ando detrás de vuestro dinero? Tendréis que decidiros por una cosa o por otra. Chewie dejó escapar un ladrido ahogado. -Creo que «paranoia» es una palabra demasiado suave dijo Han

-¿Qué estáis ocultando, chicos?

-¿Veis? -exclamó Zeen-. Os dije que había venido en nombre de la Nueva República. Esbelta Ana Azul apartó a Zeen de un codazo.

-Tiene derecho a hacer esa pregunta -dijo-. Deja a Seluss en el suelo y hablaremos.

Chewie meneó la cabeza. Seluss intentó golpearle, pero sólo consiguió que los peludos dedos de Chewie estrujaran con más fuerza el cuello de su camisa.

-Bájale, Chewie -dijo Han

Chewie respondió con un aullido de protesta.

-He dicho que lo bajes.

Han no quería tener que pelearse con todo el mundo.

Chewie sostuvo a Seluss encima del líquido viscoso..., y lo dejó caer.

Seluss gritó, emitiendo un silbido tan estridente y ensordecedor que hizo que los wookies se taparan los oídos. Después cayó dentro del líquido, esparciendo aquella sustancia viscosa por todas partes y duplicando la pestilencia general. Han retrocedió mientras los otros contrabandistas intentaban quitarse las manchas de líquido verde amarillento con visible irritación.

Seluss se levantó de un salto y arrancó su desintegrador de entre los dedos de Han.

-¡Eh! -gritó Han.

Chewie intentó desenfundar su desintegrador, pero ya era demasiado tarde.

Seluss disparó.

## Trece



Lando esperó durante la mayor parte de la noche, y la espera le pareció larguísima. Intentó dormir, pero su mente seguía suministrándole un sueño detrás de otro..., y se trataba de sueños que no le gustaban nada. La mayoría eran sueños surgidos de los abismos de la memoria que le mostraban a Han en la cámara congeladora de carbonita. «¿Qué está pasando..., amigo?», había preguntado Han una y otra vez. Lando intentó decirle que Vader los había traicionado a todos. Pero Lando no podía hablar. Y después los sueños cambiaban para mostrarle las peludas manazas de Chewbacca tensándose alrededor de su garganta mientras repetía una y otra vez en wookiee que Lando podría haber evitado lo que acababa de ocurrir.

Lando podría haber...

... evitado...

Se irguió en su litera con la delgada manta térmica de color oro enredada alrededor de sus muslos. La temperatura estaba ajustada a la perfección, pero aun así tenía frío. Lando llevaba mucho tiempo sin padecer aquella pesadilla, pero recordaba muy vívidamente sus efectos.

Siempre le dejaba helado y temblando con el frío más intenso que había sentido en toda su vida. Y el frío procedía del interior. Lando se sentía como si...

... como si le hubieran metido en un bloque de carbonita \_V le hubieran dejado allí dentro para que muriese.

Echó un vistazo a su pantalla. No había respuestas de Coruscant. Había dejado mensajes para Han, Skywalker, Leia y, finalmente, para Invierno. Lando había dejado repetidos mensajes cada vez más apremiantes, y no había recibido absolutamente ninguna respuesta. Normalmente siempre obtenía alguna clase de contestación.

También había establecido contacto con Yavin 4, pensando que Luke sabría dónde estaba todo el mundo, pero sólo consiguió hablar con Streen, quien le aseguró que la Academia Jedi estaba funcionando perfectamente durante la ausencia de Luke. Streen le dijo que Luke había partido para Coruscant de una manera bastante repentina, pero no sabía por qué Lando había dejado varios mensajes dirigidos a Luke después de hablar con Streen. Había enviado un mensaje a su ala-X -la transmisión volvió a Lando después de haber sido rechazada por los caprichos de las comunicaciones interestelares-, otro a Coruscant y otro al Palacio Imperial.

Después probó suerte con Mon Mothma, el almirante Ackbar y Wedge Antilles. Incluso había llegado al extremo de dejar un mensaje general para cualquier miembro del Consejo Interior de Coruscant.

Ninguna de aquellas personas había respondido.

Y a esas alturas, alguien tendría que haber respondido ya.

El vello de la nuca se le había erizado y le castañeteaban los dientes. Lando se levantó de la cama, se puso su albornoz más grueso y de más abrigo, y se sirvió un tazón de condensado de proteínas aithano bien caliente. Después rodeó el tazón con los dedos para obtener un poco de calor adicional, se sentó delante de su ordenador, intentó expulsar de su mente aquel pánico tenue e indefinido que parecía haberle dejado como recuerdo su sueño y llamó a Mara Jade.

La respuesta llegó tan deprisa que Lando dio un respingo. No le habría extrañado en lo más mínimo que Mara también hubiera desaparecido. Mara Jade estaba en la cabina de control de la nave de Talon Karrde, la *Karrde Salvaje*, y los vornskrs del dueño de la nave eran parcialmente visibles detrás de ella.

Mara sonrió mientras contestaba a su llamada.

-No puedes soportar estar lejos de mí ni siquiera unos cuantos días, ¿eh, Lando?

-Me parece que cada momento dura años, Mara -dijo Lando, sabiendo que tenía que interpretar su parte de la comedia a pesar de que su estado de ánimo no podía ser menos adecuado para ello.

-El Lando que yo conozco resulta más convincente incluso cuando está dormido dijo Mara, poniéndose seria de repente-. ¿Qué ocurre?

-Llevo casi un día entero intentando ponerme en contacto con Han y Leia y no lo consigo -dijo Lando. Ya no estaba intentando evitar que la preocupación que sentía resultara perceptible en su voz, pero apoyó las muñecas sobre el escritorio para que Mara no pudiese ver cómo le temblaban las manos-. De hecho, no consigo establecer contacto con nadie de Coruscant.

-Eso no tiene nada de sorprendente -dijo Mara.

Lando sintió que su columna vertebral se ponía rígida de repente. Mara no estaba sonriendo.

-Has estado muy ocupado últimamente, ¿verdad? -le preguntó.

Así que se trataba de una gran noticia..., y de una gran noticia de la que Lando hubiese debido enterarse.

-No juegues conmigo, Mara.

-No estoy jugando contigo, Lando. La gente no habla de otra cosa, por lo menos en este sector.

-¿Y de qué está hablando todo el mundo?

-De la bomba que estalló en la Sala del Senado. -Los labios de Mara se fruncieron hasta formar una delgada línea de tensión. Karrde entró en la cabina y se detuvo cuando vio a Lando en la pantalla-. No te preocupes. Por lo que sé, Organa Solo únicamente sufrió contusiones leves, y Han ni siquiera estaba cerca de allí.

-¿Y Luke?

-No se encontraba en Coruscant cuando estalló la bomba. Pero hubo muchos muertos, y todavía más heridos. El sistema de comunicaciones ha quedado bastante afectado.

Mara lanzó una rápida mirada por encima de su hombro. Karrde se sentó junto a ella.

Lando tenía la boca seca. Tal como había esperado se trataba de una mala noticia, pero todavía no estaba seguro de hasta qué punto era mala.

-Creí haberte oído decir que la bomba estalló en la Sala del Senado. Mara asintió.

-Pero todo el mundo ha estado tratando de hablar con Coruscant por razones muy diversas, desde los problemas políticos hasta el tratar de obtener información sobre algún pariente. El volumen de llamadas fue tan grande que una parte del sistema se colapsó.

-Lo cual me ha creado muchas dificultades -dijo Karrde.

-Sí, va me lo imagino -dijo Lando-. Pero lo que me interesa saber es si se puede ir a Coruscant.

Karrde asintió.

-Aunque de todas maneras Coruscant es el último sitio al que yo iría en estos momentos, Calrissian -dijo después-. Por lo que he oído comentar, todos están esperando otro ataque.

... podría haberlo evitado...

FUEGOS ARTIFICIALES.

HAN SOLO LO SABE.

FUEGOS ARTIFICIALES.

-¿Te encuentras bien, Lando?

Mara le estaba observando con evidente preocupación desde lo que casi era el otro extremo de la galaxia.

-Dijiste que Han estaba bien, ¿verdad? Mara asintió.

-¿Quién puso la bomba?

-Si lo supieran, Coruscant no estaría tan cerca de convertirse en un manicomio como lo está -dijo Karrde.

-¿Lando? -preguntó Mara.

Lando frunció el ceño.

-¿Qué ha estado haciendo Jarril últimamente, Talon?

Karrde se recostó en su sillón. Después miró a Mara, y Mara se encogió de hombros.

-Hace dos años o quizá más que no trabajo con Jarril. -No me estás respondiendo -dijo Lando. -Creo que deberías ir al Pasillo -dijo Karrde.

-No puedo ir allí -replicó secamente Lando-. Creía que ya lo sabías.

-¿Qué tiene que ver Jarril con todo esto? -preguntó Mara. -Pregúntaselo a tu amigo -dijo Lando. -¿Talon?

-El Pasillo ha cambiado mucho últimamente -dijo Karrde-. No es un sitio del que me guste hablar, Calrissian.

-Y todavía menos en un canal no protegido. El mensaje de Karrde no podía estar más claro.

FUEGOS ARTIFICIALES. Jarril acababa de estar en Coruscant.

HAN SOLO LO SABE.

Y había muerto muy poco tiempo después.

-Gracias -dijo Lando-. Volveremos a hablar muy pronto.

Cortó la comunicación antes de que Mara o Talon pudieran decir nada más. Sus sueños tenían razón.

No podía correr el riesgo de enviar un mensaje que quizá no lograría llegar hasta su destino.

Tenía que ir a Coruscant.

Y tenía que advertir a Han de lo que estaba ocurriendo antes de que fuese demasiado tarde.

\* \* \*

Kueller abrió de un empujón la puerta del despacho de Femon. Sus guardias se disponían a flanquearle, pero Kueller los apartó con un gesto de la mano. Quería que observaran, no que actuaran.

Femon había descolgado sus máscaras de la muerte de la pared. La habitación parecía extrañamente distinta sin ellas. Pero ése no era el único cambio. Femon también parecía distinta..., porque se había lavado la cara. Kueller ya casi había olvidado cómo era sin el maquillaje. Se le notaban los años, pero aun así su piel de alabastro y sus ojos azul oscuro seguían haciendo de ella una mujer impresionantemente bella.

Femon no pareció sorprenderse al verle.



Pero los quince guardias que habían acompañado a Kueller sí parecieron sorprenderse al verla. Incluso con los rostros ocultos por sus cascos de las tropas de asalto, Kueller pudo percibir la perplejidad que les causaba la apariencia de Femon.

-No he ordenado que nadie se preparase para entrar en acción -dijo.

Femon se levantó de la silla.

-Yo, sí. Estás demasiado obsesionado por la venganza, Dolph.

Oír su nombre en labios de Femon le sorprendió, pero no permitió que se le notara. Su máscara volvía a funcionar desde que había regresado al entorno artificial de Almanía, y eso le proporcionaba un control de sus movimientos faciales mucho mayor que el que poseía una persona normal. -

-No estarnos preparados -dijo- Hacer esto a tu manera sería tanto como buscar deliberadamente el desastre.

-Y hacerlo a la tuya significa perder nuestra ventaja.

Femon era casi tan alta como él. Sus ojos ardían de furia. Kueller nunca había esperado que le desafiaría, pero tendría que haberlo previsto. Para Femon la misión estaba por encima de cualquier otra cosa que pudiera haber en su vida., e incluso por encima de él. Femon necesitaba aquello para triunfar. Necesitaba controlar cuanto la rodeaba para que no pudiera volver a ocurrir nada malo.

Comprenderla no hizo que se compadeciera de ella, aunque durante un momento lamentó que sus necesidades la hubieran impulsado a oponérsele.

Kueller se volvió hacia uno de sus guardias.

-Las órdenes quedan rescindidas. Dile a todo el mundo que vuelva a sus actividades habituales.

-Yo no haría eso -le dijo Femon al guardia.

El guardia, y eso decía mucho en su favor, se volvió hacia Kueller y asintió.

-Se hará vuestra voluntad, mi señor. -¡No! -gritó Femon.

-Gracias -dijo Kueller sin mirar al guardia.

Después fue hacia Femon con su capa negra ondulando a su alrededor a cada paso que daba. El olor corporal de la mujer era claramente perceptible en aquella pequeña habitación. Por mucho que intentara disimularlo, Femon estaba bastante nerviosa.

Kueller inclinó la cabeza y la observó por el rabillo del ojo. Femon alzó la barbilla, desafiante hasta el fin.

-Piensas que estoy obsesionado por la venganza -dijo Kueller.

-No lo pienso, lo sé. -Femon mantenía los brazos separados del cuerpo, pero Kueller no vio ningún arma. Femon debía de tener algún plan. Una mujer como ella nunca dejaría nada al azar-. Tú y Brakiss hablabais a menudo de cómo le haríais pagar a Skywalker lo que había hecho.

-Y tengo intención de hacérselo pagar.

-Hazlo después de que nos hayamos adueñado de la República dijo Femon-. Ahora ya lo tenemos todo preparado para actuar. -No todo.

-Sí lo suficiente.

Kueller meneó la cabeza.

-La impaciencia acaba siendo la perdición de muchos megalómanos, Femon.

-No soy una megalómana.

Kueller sonrió.

-Yo tampoco.

Los guardias les estaban observando en silencio, claramente incapaces de comprender el conflicto. Kueller vio que se acercaban un poco más a él.

-He estudiado la historia de esta galaxia, Femon siguió diciendo en voz baja y suave- ¿La has estudiado tú?

-La historia es vieja y polvorienta, y carece de importancia -replicó Femon.

-Interpretaré esa respuesta como un no. -La sonrisa de Kueller se fue volviendo más ancha-. La historia nos proporciona lecciones, Femon -prosiguió, manteniendo la voz baja e impregnándola con todo el encanto que era capaz de acumular-. Lecciones sobre el vivir, lecciones sobre el morir, lecciones sobre cómo funciona esta galaxia...

-Sé cómo funciona esta galaxia -dijo Femon.

-¿De veras?

Kueller introdujo una leve amenaza en su tono, y faltó muy poco para que Femon se encogiera sobre sí misma.

-Pero no llegó a hacerlo.

Después asintió.

-Sí.

Kueller alargó la mano y colocó un mechón de sus largos cabellos negros detrás de su oreja.

-Pues entonces ya sabes por qué considero que Skywalker es mi enemigo -murmuró.

-Por el deseo de venganza -dijo Femon-. Hace mucho tiempo Skywalker os hizo algo, a ti y a Brakiss... No necesito conocer la historia de la galaxia para saber eso.

-Ah, pero es que en realidad sí que necesitas conocerla. -Kueller permitió que su mano se apartara del rostro de Femon-. Ya me he vengado. Conquistar Alemania fue mi venganza. Conozco formas de matar limpiamente, Femon. ¿Por qué crees que pasé una semana entera torturando a los líderes de los je'hars?

-Para obtener información -dijo Femon con voz enronquecida.

Kueller meneó la cabeza.

-Por venganza, querida. Era mi manera de vengar la muerte de mi familia y la destrucción del lugar que amaba. Pensé que los je'hars merecían sufrir una pequeña parte del dolor que habían causado. Me parece que deberías haberte dado cuenta de que no he torturado a nadie mas desde entonces.

-Has encontrado métodos mejores -dijo Femon.

Kueller se miró las manos -sus manos, robustas y fuertes- y tiró suavemente de sus guantes negros.

-Por aquel entonces ya conocía métodos mejores. Pero... Bueno, sencillamente no creía que los je'hars mereciesen que utilizara esos métodos con ellos. Soy un hombre lógico y racional, Femon. Deberías haberlo recordado.

-¿Has estado intentando ser justo? -preguntó Femon. Kueller reprimió una sonrisa. En aquel instante, su certidumbre se había tambaleado. Femon había sido derrotada, y ni siquiera se había dado cuenta de ello-.

-¿Le has estado tendiendo una trampa a Skywalker para darle una posibilidad de defenderse?

-Skywalker no necesita que nadie le haga favores. -Kueller ya no estaba hablando solamente para ella, sino también para sus guardias. Los había traído hasta allí en calidad de testigos, para que las historias de la traición cometida por Femon fueran acalladas por las historias de cómo Kueller había respondido a ella-. Skywalker es el hombre más poderoso de la galaxia.

Femon se echó a reír.

-Creía que tú eras el hombre más poderoso de la galaxia, Dolph.

-Lo seré. -Su voz seguía sonando firme y tranquila. Se sentía notablemente tranquilo, a pesar de que normalmente la traición siempre le enfurecía. Su adiestramiento había surtido efecto. Kueller dirigió una inclinación de cabeza mental al Maestro Skywalker-. Cuando haya derrotado a Skywalker...

-Así que se trata de un enfrentamiento entre dos grandes poderes. Kueller también se rió.

-Eres tan simplista, Femon... Careces de estudios, y por eso careces de complejidad intelectual.

Miró a los guardias. Todos les estaban observando con gran atención. Uno de ellos había relajado inconscientemente los dedos que sostenían su desintegrador. Kueller alargó el brazo, rodeó la mano del guardia con sus dedos y le obligó a sostener su arma con más fuerza.

Y ése fue el momento que Femon eligió para actuar. Alargó la mano hacia el panel de control, el botón de último recurso, el sistema de seguridad que había instalado, el que impulsaría el inicializador a lo largo de un pasadizo mientras todos los demás se asfixiaban...

Y Kueller detuvo su mano con un veloz movimiento de su mano izquierda, recurriendo de manera casi imperceptible a toda la Fuerza acumulada en su interior. Después fue intensificando su presa, manteniendo inmóvil todo el cuerpo de Femon y someténdolo a su voluntad..., todo salvo su cuello y su cabeza.

-Lo que no sabes -dijo tan tranquilamente como si no estuviera ejerciendo el más mínimo control sobre ella- es que la historia de esta galaxia es una historia de la Fuerza. La Antigua República estaba protegida por los Caballeros Jedi, que creían en la decencia y el honor. Pero se fueron dejando ablandar por la paz y permitieron que Palpatine, quien había descubierto un poder oscuro oculto dentro de la Fuerza, aplastara a su orden.

-Palpatine gobernó como Emperador y, con el paso del tiempo, olvido la lección que se desprendía de su propia vida. En consecuencia, cuando se enfrentó al joven poder de Luke Skywalker, Palpatine creyó que podría derrotarlo. Y lo que ocurrió fue que Skywalker, que poseía un talento inusual para el uso de la Fuerza, mató al Emperador.

-¿Y tú matarás a Skywalker para hacer honor a alguna noble idea de la historia?

Femon escupió las palabras. Kueller admiró su coraje, aunque lamentaba que la hubiera impulsado por el camino equivocado.

-Mataré a Skywalker en primer lugar porque es mi destino -dijo-, y en segundo lugar porque no puedo gobernar la galaxia mientras él siga con vida. Ésa es la lección de la historia. 1-le de llegar a ser el único poder existente dentro de la Fuerza. He de llegar a ser el único rey de la Fuerza..., y para conseguirlo debo derrotar a los Jedi y debo derrotar a Skywalker.

-Eres un estúpido, Kueller -dijo Femon.

-No. Soy un hombre paciente. -Kueller sonrió- Y también...

Extendió su mano derecha, la mantuvo inmóvil a la altura de su cuello y tensó el puño.

... controló...

Femon tosió y jadeó, incapaz de encontrar el aire que necesitaba para seguir respirando, y sus ojos se desorbitaron como si quisieran salir despedidos de las cuencas. Ni siquiera podía llevarse las manos a la garganta. Su cuerpo tembló mientras intentaba librarse de la presión implacable que Kueller ejercía sobre él.

... la Fuerza...

Kueller tensó la mano derecha, forzándola hasta el límite de su resistencia. El chasquido del cuello de Femon creó ecos que resonaron en la pequeña habitación. Después Kueller la soltó y Femon, que ya había dejado de ser una persona, cayó al suelo. Lo único que quedaba de ella era carne, huesos y su recuerdo.

Kueller la contempló en silencio durante unos momentos.

-Gobernaré esta galaxia -dijo después, y se volvió hacia los perplejos guardias-. Os aconsejo que no lo olvidéis.

## Catorce



El disparo rebotó en las duras paredes, que eran capaces de resistir el impacto de cualquier haz desintegrador. Han se apartó de su trayectoria con un veloz salto, pero no fue lo suficientemente rápido. El disparo le pasó rozando una nalga y después rebotó en la pared por delante de él. Todos los contrabandistas gritaron, y todos se apresuraron a agacharse en busca de algún refugio. El rojo haz de peligrosa luz pasó junto a Chewie, casi rozó a Wynn y arañó a Zeen para acabar hundiéndose en la viscosa corriente, donde murió entre una explosión de vapores malolientes.

Han sintió que le ardía la piel. Su nariz y sus ojos ya estaban respondiendo al hedor con un abundante derramamiento de líquido. Fue el primero en incorporarse, y un instante después ya había obligado a levantarse a Seluss de un tirón y lo había acorralado contra la pared ennegrecida por el disparo.

-¿Dónde has aprendido a disparar? -rugió-. ¿Es que nadie te ha dicho que estas paredes son invulnerables a los haces desintegradores? ¿Todavía no te has enterado de que disparar en un espacio cerrado es muy peligroso? Podrías habernos matado a todos.

Seluss alzó sus diminutas manos enguantadas y dejó escapar un gemido quejumbroso.

-Han... -dijo Zeen.

-No me gusta que me disparen -dijo Han. -Han... -dijo Azul.

-De hecho, odio que me disparen -dijo Han.

Los chillidos de Seluss volvieron a superar el umbral del dolor. El sullustano se agazapó y se tapó su redondo rostro con los brazos.

-Sí, más vale que te escondas -dijo Han-, porque te aseguro que cuando haya acabado contigo desearás no haber visto nunca un desintegrador. -Han... -dijo el Chico DXo'n.

-Desearás no haber llegado a saber nunca qué es un desintegrador, ¿entiendes? -siguió diciendo Han sin hacer ningún caso al Chico. Chewie le agarró del brazo y lo apartó de Seluss.

Han se quitó de encima la peluda manaza del wookiee con una brusca acudida.

-No te metas en esto, Chewie. ¿No ves que estoy muy ocupado vengándome?

Azul se rió.

-Aunque no de una manera muy efectiva -dijo- Pero nos has convencido a todos de que sigues siendo el Han de siempre. Perdónanos. Las cosas han cambiado tanto por aquí que pensábamos que tú también habías cambiado.

Han ya estaba yendo hacia Seluss, pero se quedó inmóvil cuando las palabras de Azul lograron abrirse paso a través de su ira.

-Ha disparado contra mí—dijo.

Y después cualquiera de nosotros habría disparado contra él sin hacer ninguna pregunta. -Azul sonrió, revelando los dientes de cristal azulado que le habían proporcionado una parte de su nombre-. Pero los amigos de Han Solo siguen siendo sus amigos hagan lo que hagan, y Han Solo nunca dispara contra sus amigos.

Azul metió un dedo dentro del largo desgarrón que el haz desintegrador había dejado en los pantalones de Han.

-Claro que he de admitir que esta nueva moda te sienta bastante bien... -añadió.

Han le apartó la mano.

-Olvídate de mis pantalones, Azul.

-Oooh. -La sonrisa de la contrabandista se hizo un poco más ancha-. Estamos muy casados, ¿verdad? Veo que algunas cosas sí han cambiado después de todo.

-Lo único que ha cambiado es mi gusto en cuestión de mujeres -replicó secamente Han, que parecía haber perdido todo su sentido del humor.

-De las contrabandistas a las princesas -dijo Zeen-. Sí, tienes toda la razón.

Azul se irguió cuan alta era, adoptando una postura que exhibió toda la delgada magnificencia de su cuerpo de la manera más halagadora posible.

-Algunos de nosotros no necesitamos tener un árbol genealógico para demostrar lo que valemos -dijo-. Yo siempre he sido material de alta calidad desde el primer momento.

-Desde luego que sí, Azul -dijo el Chico DXo'n.

Seluss gimoteó y empezó a resbalar pared abajo, con la cabeza completamente oculta por sus brazos.

-Me parece que Seluss se ha dejado llevar por la excitación del momento—dijo Azul, volviéndose hacia él-. No creo que quisiera hacerte daño, Han.

-Espero que no -dijo Han, decidido a hacerle pasar un mal rato para compensar el molesto escozor que notaba en la piel.

Chewie soltó una risita mientras Han se retorció para tratar de echar un vistazo a los daños.

-No tiene ninguna gracia, bola de pelos. Y además duele.

-Ven conmigo-dijo Azul-. Tengo un ungüento que hará auténticos milagros.

Zeen paso el brazo por encima de los hombros de Han y le empujó suavemente.

-Después podremos sentarnos y charlar. Seluss emitió un suave silbido.

-Tú también puedes venir -dijo el Chico DXo'n -, pero será mejor que te mantengas lo más alejado posible de Han.

-Y haced el favor de quitarle el desintegrador, ¿de acuerdo? -dijo Han-. Hoy me he levantado de bastante mal humor.

Han guardó su desintegrador en la funda que colgaba de su cadera. Estirar la piel al caminar resultaba doloroso, pero prefería pasar un día helado en Hoth antes que permitir que nadie -y especialmente Chewie se diera cuenta de lo mucho que le dolía.

Fueron siguiendo el rezumar del líquido viscoso hasta llegar a la cámara de acceso a Salto 1. Han entró en ella y tres docenas de contrabandistas enfundaron sus desintegradores de una manera bastante aparatosa. Han resistió la tentación de mirar a Chewie. Las cosas habían cambiado en el Pasillo, desde luego..., y parecía que muy drásticamente.

Normalmente las peleas personales seguían siendo personales hasta el final, pero esa regla parecía haber sido derogada.

Algunos renegados nunca llegaban más lejos de la cámara de acceso a Salto 1. Un rincón de la cámara contenía un montoncito de huesos, la mayoría de los cuales eran trofeos. Todos los huesos pertenecían a bestias y criaturas varias, pero a algunos de los recién llegados se les decía que eso era lo que le ocurría a cualquier contrabandista que revelara la situación de la entrada secreta al Pasillo.

Más allá de los huesos había mesas de sabacc, media docena de las cuales eran dirigidas por genios del juego como Azul, que rara vez perdían. También habían sido concebidas para engañar al recién llegado, y servían para dejarlo limpio y hacer que se fuera con el ceño fruncido para no volver jamás. Al otro lado de las mesas de sabacc había un bar de cristal construido directamente junto a la roca. Bómlas, el camarero, creía que la clientela necesitaba ver su vasto almacén de licores procedentes de todos los confines de la galaxia. Bómlas era un ictitoniano de tres brazos -había apostado y perdido su cuarto brazo en una partida

de sabacc particularmente salvaje-, pero aun así seguía siendo el camarero más rápido que Han hubiera visto jamás.

Al final de la caverna estaba el centro de servicios hookum, que atendía a aquellos contrabandistas cuyos gustos se decantaban por los estimulantes no líquidos. Han había visto a sus primeros consumidores de especia allí, así como a sus primeros adictos al brillestim. El centro de servicios hookum siempre le había parecido un lugar odioso a pesar de que el Pasillo estaba muy orgulloso de él. Quienes utilizaban sus estimulantes solían empezar a matarse entre sí a los tres días.

El comedor ocupaba el centro de la caverna para estar lo más lejos posible del líquido viscoso. Cuando Han comió allí por primera vez, la cocinera era conocida en toda la galaxia. Por desgracia había muerto algún tiempo después en un duelo de grasa caliente con otro cocinero, y el paladar de Han todavía la echaba de menos.

-¿Quién se encarga de cocinar actualmente? -pregunto. Azul arrugó la nariz.

-El ex genio de la cocina que daba de comer a la corte de Hapes. -Y la comida siempre debe tener un sabor delicado y exquisiiiiito, ¿verdad? -añadió el Chico.

-En Hapes no hablan así -dijo Han.

-Pues él sí que habla así -dijo Zeen-, y además afirma haber sido el chef favorito de la reina madre.

Han sonrió.

-¿Trajo consigo alguna carta de recomendación escrita por Isolder?

-¿Qué?

Han meneó la cabeza. Su viejo rival, que había competido con él por la mano de Leia, había vuelto a demostrar que era un hombre de acción y que tenía muy buen gusto. Isolder había vuelto a salir triunfante de otro enfrentamiento con la reina madre.

-Espero que tendréis algún encargado de probar los platos por si están envenenados.

Azul se encogió de hombros.

-Ese tipo trabaja con muchos venenos, pero nos da igual. De todas maneras, sólo los recién llegados comen lo que prepara.

Chewie soltó un rugido. Zeen se rió.

-No, Chewbacca, no hemos decidido prescindir de la comida de verdad. Está dos cavernas más atrás.

Han miró a su viejo amigo. Chewie parecía estar lo bastante hambriento para empezar a mordisquear los muebles.

-Creo que será mejor que vayamos allí antes.

Y yo creo que será mejor que curemos tu herida antes de comer—dijo Azul con una sonrisita bastante sugerente.

-No te me acerques, Azul -dijo Han.

-Qué hombre tan tozudo. -Azul pasó por delante de ellos y guió al grupo hasta un angosto pasadizo que serpenteaba alrededor de la Caverna 2 y llevaba directamente a la Caverna 3. Eras mucho más divertido cuando eras más joven, Han.

-Cuando era más joven nunca te interesé en lo más mínimo, Azul.

-Eras tan ingenuo, tan buen chico, tan falto de experiencia... Me gustan los hombres con un poquito más de experiencia, Han. -Y con una esposa -dijo Zeen.

-Eso no es verdad -dijo Azul.

-De acuerdo, de acuerdo -dijo Zeen-. Prefieres a los hombres que tienen alguna clase de vínculos.

-Azul es una contrabandista de pies a cabeza -dijo el Chico.

-Os amo, muchachos -dijo Azul mientras se agachaba para cruzar el acceso a la Caverna 3.

Han la siguió. La caverna olía a carne asada, ajo y cebollas combinadas con los aromas de los won-wons calientes que tanto gustaban a los wookies y el estofado sullustano. Era un lugar muy húmedo. Las paredes estaban recubiertas por una película de líquido y un par de capas extra de protector antidisparos.

-No me acuerdo de este sitio -dijo Han.

-Pertenece a Boba Fett y otros cinco cazadores de recompensas. La mayoría de los amigos de Boba Fett murieron hace seis años, y decidimos convertirlo en una zona de exquisiteces gastronómicas para Los que frecuentamos este sitio -le explicó el Chico.

Han se estremeció al oír hablar de Boba Fett. Aquel pequeño cazador de recompensas casi le había costado la vida, y le alegró enterarse de que los socios de Fett habían muerto.

La caverna no mostraba ninguna señal de que hubiera sido un cubil de cazadores de recompensas en el pasado. Han contó dieciocho centros de cocina, con varios más desapareciendo en la lejanía al fondo de la

caverna. Cada centro estaba acompañado por una pequeña cabina que sugería el planeta de origen de sus especialidades. La cabina wookie, que se encontraba justo al lado de la puerta, estaba instalada en lo alto de un falso (por lo menos Han esperaba que fuera falso) árbol wroshyr. Chewie dejó escapar un rugido de deleite y fue corriendo hacia allí. Han buscó y encontró la cabina corelliana. La tienda de llamativos tonos rojos, verdes y púrpuras con una corelliana igualmente llamativa asando carne en un espetón delante de ella parecían haber surgido directamente de la calle de la Nave del Tesoro. Han no la reconoció, pero la mujer sí reconoció a Han. Eso no tenía nada de sorprendente, desde luego. Al parecer la mayoría de corellianos habían oído hablar de él, y eso no le gustaba demasiado. Han siempre prefería saber con quién estaba hablando.

¿Estás haciendo turismo por los bajos fondos, Solo? -preguntó mientras le cortaba varias tajadas de carne.

-He venido a cenar -dijo Han, alargando la mano hacia el plato.

La comida olía maravillosamente. Han no había disfrutado de una comida corelliana desde... Bueno, por lo menos desde antes de que nacieran los gemelos.

La mujer añadió unas cuantas verduras corellianas mezcladas con raíz de carboto y un montón de patata-arroz.

-Dieciséis créditos dijo después.

-¿Dieciséis créditos?! -Han estuvo a punto de atragantarse con su saliva-. En Corellia esto solo costaría medio crédito.

La mujer sonrió.

-Llevas mucho tiempo sin ir a ver a la familia, ¿verdad, Solo? Han ignoró su observación.

-Medio crédito -repitió.

-Quince—dijo ella.

-Dos -dijo Han.

-Diez -dijo ella.

-Cinco -dijo Han.

-Trato hecho.

Han pagó mientras intentaba no sonreír. Había transcurrido mucho tiempo desde la última vez en que pudo regatear por una comida. Llevó su plato a una de las mesas del centro, donde Chewie ya estaba haciendo considerables progresos con un plato de won-wons. El wookie tenía cinco won-wons redondos e impregnados de grasa pinchados en cada garra, y los estaba haciendo bajar por su garganta como si fueran el más exquisito manjar imaginable.

Han había comido won-wons. Sabían igual que las ortigas del granito, con la única diferencia de que tenían una textura un poco más viscosa.

Han se consoló pensando que por lo menos olían bien y se sentó junto a Chewie...

...y un instante después se levantó de un salto con una exclamación de dolor. Su herida le dolía todavía más cuando ponía algo de peso encima de ella.

Azul, que había traído consigo un plato lleno de pasta exodeeniana, se echó a reír.

-¿Te diviertes, Azul?

-Hay un centro médico de emergencia justo ahí. -Azul inclinó la cabeza hacia la izquierda-. Quizá quieras comprarles un poco de ungüento.

-Me lo pondré yo mismo-dijo Han.

Azul le obsequió con una encantadora sonrisa.

-Jamás se me ocurriría sugerir otra forma de aplicación.

El Chico fue hacia ellos con un tazón de vayerbok humeante en las manos.

-Vaya, Azul... ¿Has decidido dejar de dedicarte al contrabando de corazones?

Azul meneó la cabeza.

-Ya no me divierte. Veo que la experiencia no ha cambiado a este hombre. Sigue teniendo demasiado buen corazón para mí.

-Pues yo siempre había pensado que un buen corazón es un corazón valioso, Azul -dijo el Chico.

-Probablemente -dijo Azul-, pero también es la clase de corazón que acaba reblandeciéndose y poniéndose romántico. ¿Sigues sorprendiendo a tu esposa con cenas íntimas a la luz de las velas, Solo?

-Por supuesto que sí -dijo Han-. La recompensa posterior se lo merece.

Les guiño un ojo y fue hacia el centro médico con paso firme, decidido.

Un androide médico bastante viejo y lleno de abolladuras atendía el centro. Examinó la herida de Han rápidamente y sin parecer prestarle mucha atención, y después se volvió hacia el hombretón que permanecía inmóvil detrás del mostrador.

-Quemadura producida por desintegrador -anunció.

-Eso podría habérselo dicho yo -murmuró Han.

-No, no hubiera podido -dijo el androide-. Usted es un contrabandista, y emitir una opinión médica siempre requiere la posesión de un conocimiento especializado.

-Estoy seguro de ello -dijo Han-. Supongo que no habrás sido androide de protocolo en una vida anterior, ¿verdad?

-Desde luego que no -dijo el androide-. Soy un androide médico, y nunca he sido un androide de protocolo y no quiero serlo. Eso va contra mi programación.

-Obviamente -dijo Han, apartándose del androide médico apoyándose en el mostrador.

El hombretón depositó una jarra de ungüento encima de él. -Cincuenta créditos.

Han sonrió.

-Veo que la demanda de ungüento para las quemaduras de desintegrador está por las nubes. Cinco créditos.

El hombretón sacó un desintegrador de debajo del mostrador y lo dirigió hacia el pecho de Han.

-¿Quieres que me asegure de que realmente vas a necesitar ese ungüento?

-Han, muy sorprendido, dio un paso hacia atrás.

-Pagaré, pagaré... ¿Cuánto has dicho que costaba?

-Son cincuenta créditos por el medicamento -dijo el hombretón. -Y cincuenta más por el diagnóstico -dijo el androide.

-Ah, no, ni lo sueñes -replicó Han-. Todavía recuerdo que me dispararon con un desintegrador, y no necesitaba tu opinión de experto para que me lo confirmaras.

El androide volvió su rostro plateado hacia el hombretón.

-Nunca da resultado -dijo en un murmullo de conspirador desilusionado.

-Eso es porque nunca sabes elegir el momento adecuado -dijo el hombretón.

Han frunció el ceño y cogió su ungüento del mostrador. Después se metió en la pequeña cabina que había al lado del mostrador y se aplicó el ungüento, estando a punto de dejar escapar un gemido de alivio cuando la sustancia gelatinosa empezó a aliviar la sensación de ardor.

Salió de la cabina medio temiendo que el tipo del mostrador quisiera cobrarle más créditos por haberla utilizado, pero el hombretón le dejó marchar sin decir nada.

Han volvió a su asiento. Chewie había acabado con sus won-wons, y los otros contrabandistas ya habían vuelto. Alguien había estado comiendo del montón de patata-arroz de Han. No le importaba. Siempre había odiado el puré de patata-arroz.

Se sentó -con mucha cautela- y empezó a comer. La comida estaba deliciosa, y hacía muchísimo tiempo que no comía nada tan bueno.

Quizá fuese meramente la atmósfera, la caverna húmeda y las voces que intercambiaban insultos y maldiciones en cien lenguajes distintos.

-Antes dijiste que habías venido aquí porque Jarril te invitó a visitar el Pasillo -dijo el Chico.

Han se encogió de hombros.

-Dijo que había mucho dinero a ganar.

-El esposo de una princesa no necesita dinero -dijo Azul.

-Salvo cuando alguien quiere hacer volar su reino por los aires.

-De eso ya hace diecisiete años, Solo -dijo Zeen.

-¿De veras? -replicó Han-. Veo que no estáis muy al corriente de las últimas noticias.

Wynni gruñó.

-De acuerdo, de acuerdo -dijo Han-. Os habéis enterado de lo de la bomba del Senado, ¿no?

-La Sala del Senado no es todo un reino -dijo el Chico.

-¿Vas a comprarle una Sala del Senado nueva? -preguntó Zeen.

-¿Igual que le compraste Dathomir? -preguntó Azul, que estaba sonriendo.

Dio resultado, Azul.

-Sí, Solo... Ya me enteré de lo bien que salieron las cosas -dijo Azul.

Han apartó su plato a un lado. La comida era deliciosa, pero ya estaba lleno.

-¿Qué has venido a hacer aquí, Solo? -preguntó Zeen.

Han miró a Chewie. Chewie estaba chupando los restos de won-won adheridos a una garra con tanto interés como si aquella conversación no tuviera absolutamente nada que ver con él.

Jarril desapareció justo después de la explosión. De hecho, atravesó el escudo de Coruscant en el último momento. Eso, más las cosas que me dijo sobre lo fácil que resultaba ganar dinero aquí, han hecho que me preguntara si Jarril sabía algo más sobre el ataque de lo que estaba dispuesto a revelar.

Seluss se subió a una silla al otro extremo de la mesa y dirigió un torrente de enfurecido parloteo a Han. El sullustano estaba agitando su desintegrador de una manera claramente enfática.

Han puso la mano sobre la culata de su desintegrador. -Te dije que le quitaras esa arma -dijo, mirando a Azul.

-Seluss ya sabe que no debe...

-Quítasela.

-Han, está muy afectado por lo de Jarril y... -Quítasela.

Los parloteos de Seluss se volvieron todavía más ruidosos. Chewbacca le arrancó el desintegrador de entre los dedos con la manaza que tenía libre. El desintegrador resbaló por el suelo y acabó chocando con el androide médico, que soltó un alarido.

Seluss bajó de un salto de la silla como si se dispusiera a recuperar el arma. Han alzó su desintegrador por encima de la mesa.

-Yo no haría eso, mejillas regordetas -dijo-. Y ahora siéntate..., muy despacito y sin hacer ningún movimiento brusco.

-Sólo está un poco nervioso, Han -dijo Azul.

-Y a mí me duele el trasero -dijo Han, que no había apartado la mirada de Seluss-. Siéntate.

Seluss obedeció, pareciendo un niño enfurruñado.

-Bien, sigamos... -dijo Han-. Es posible que durante el curso de esta conversación diga algunas cosas que no te gustarán. Las escucharás como un adulto, y refutarás aquello con lo que no estés de acuerdo tal como lo haría un adulto. -Mientras hablaba, Han se dio cuenta de que estaba empleando el mismo tono que usaba con sus hijos cuando se habían estado portando de una manera especialmente insoportable-. Si no te gustan mis condiciones y si estás planeando defender el honor de Jarril únicamente mediante la potencia de fuego, dímelo ahora para que pueda pegarte un tiro y no tener nuevos problemas en el futuro.

-Es un viejo amigo, Han -dijo Azul.

-Quizá sea amigo tuyo, pero no es amigo mío -replicó Han.

Seluss le estaba mirando fijamente con los labios fruncidos.

-No he vuelto a confiar en este desgraciado desde que me robó los planos del *Halcón*.

Seluss emitió un trino lleno de indignación.

-Acepto la corrección -dijo Han-. No he vuelto a confiar en este desgraciado desde el día en que Lando me dijo que este desgraciado había robado los planos del *Halcón*. Los detalles carecen de importancia, chico: lo que importa es el hecho de que no eres honrado. -Ninguno de nosotros lo es -dijo Azul. Chewie soltó un rugido.

-Oh, por favor -dijo Azul-. Reserva esa indignación para alguien que se la pueda creer, Chewie.

-No te metas con él -dijo Han, inclinándose hacia adelante-. No quiero que Seluss vuelva a disparar contra mí. Si no consigues entender eso y aceptarlo, cerebro de especia, entonces te sugiero que salgas de esta conversación ahora mismo.

Seluss se levantó y echó a andar hacia el centro médico.

-Sin el desintegrador -dijo Han.

Seluss respondió con otro parloteo enfurecido, pero salió de la caverna.

-Has conseguido hacerle enfadar de verdad -dijo Zeen-. Seluss podía decirte más cosas sobre Jarril que cualquiera de nosotros.

-No sabría explicarte por qué, pero lo dudo -murmuró Han.

\* \* \*

La última dirección conocida de Brakiss correspondía a Msst. Msst era un pequeño planeta cercano a los Mundos del Borde que en tiempos había albergado una gran fortaleza imperial. Teóricamente el Imperio había abandonado Msst después de la tregua de Bakura, pero Luke sabía que muchos imperiales habían seguido utilizando Msst como punto de cita para sus encuentros.



Aunque no recientemente.

Luke descendió sin ninguna clase de ayuda hasta posarse entre la neblina de un blanco lechoso que había dado su nombre al planeta.\* El nuevo ala-X poseía unas capacidades de guía realmente soberbias, pero no compensaban la pérdida de Erredós.

La neblina era pálida y muy húmeda, y le llegaba a la altura de la cintura. La humedad desprendía un frío impalpable que se fue infiltrando en Luke. Erredós habría quedado prácticamente oculto por la masa de vapores. Ése era el aspecto en el que los nuevos alas-X resultaban menos satisfactorios. Luke podía volar por sí solo sin dificultad, pero descender allí, en un planeta que nunca había visto antes, sin ninguna clase de compañía, hacía que tuviera la sensación de estar infringiendo alguna regla ignorada. No tener a nadie que vigilara su espalda hacía que se sintiese extrañamente a la defensiva. Luke no había sido consciente de hasta qué punto dependía de Erredós para pequeñas cosas como las observaciones ingeniosas, las reparaciones rápidas y la compañía.

Si sabía lo que le convenía, más valdría que Cole Fardreamer hubiera dejado el viejo ala-X en perfecto estado para cuando Luke volviese.

Un grupo de edificios altos, grises y de aspecto acerado surgió de la neblina. Todos lucían el sello imperial, pero el paso del tiempo lo había desgastado y el suavizamiento de sus marcadas protuberancias hacía que pareciese menos amenazador. Los edificios tenían aspecto de estar abandonados, pero Luke no podía estar seguro de ello.

\* («Msst» suena prácticamente igual que <mist> (niebla, neblina). (N. del T.)

Había albergado una tenue esperanza de encontrar a Brakiss allí, pero no estaba percibiendo ninguna sombra de su presencia..., y a esas alturas ya tendría que haberlo hecho. Luke tendría que haber percibido, a través de la Fuerza, la proximidad de otra persona dotada de semejante talento natural.

Luke solía pensar en Brakiss -aunque en realidad sólo durante unos instantes-, y, sorprendentemente, siempre lo hacía en aquellos momentos en los que pensaba en Ben. Cuando le hablaba de Darth Vader la voz de Ben siempre había estado impregnada por una tenue sombra de melancolía y remordimiento, como si Ben hubiera tenido una cierta responsabilidad en la cadena de acontecimientos que acabaron dando como resultado el que Anakin Skywalker le fuera arrebatado por el lado oscuro de la Fuerza.

«No quiero perderte de la misma manera en que perdí a Vader...»

Aquellas palabras habían resonado una y otra vez dentro de la mente de Luke mientras Brakiss corría hacia su nave y mientras huía de Yavin 4 e intentaba huir de sí mismo.

«Me asombró la potencia con que la Fuerza brillaba dentro de él... Decidí adiestrarle y convertirle en un Jedi. Pensé que podría instruirle tan bien como Yoda.

»Estaba equivocado.»

El escalofrío que sintió fue como un eco del frío helado que había sentido en Yavin 4 cuando todas aquellas voces fueron reducidas al silencio, y pareció reflejar el frío que había sentido en la Sala del Senado medio destruida cuando percibió la mancha de la presencia de Brakiss.

Luke había intentado atraer a Brakiss hacia el camino de los Jedi. Había intentado alejar a su alumno del lado oscuro, pensando que en cuanto Brakiss viera el bien que había dentro de él, comprendería que ser un Jedi era infinitamente preferible.

«Estaba equivocado...»

En vez de ver la luz Brakiss había huido, y los primeros informes indicaron que había huido para volver con los oficiales que le habían enviado a infiltrarse en la Academia Jedi. Luke esperaba encontrar algún rastro de Brakiss en Msst. En realidad incluso había albergado la esperanza de que Brakiss hubiera huido para llevar una existencia secreta y tranquila, más o menos como había hecho Obi-Wan durante los años que había pasado en Tatooine mientras protegía a Luke Skywalker.

Pero Luke no estaba obteniendo ni la más mínima percepción de la presencia de Brakiss.

Aunque también era posible que en Msst hubiera algo que pudiera estar obstruyendo las capacidades para el uso de la Fuerza de Luke, de una manera muy parecida a como habían hecho los ysalamiris en Mrykr. Pero en aquella ocasión Luke había notado un efecto físico procedente de los ysalamiris, y no estaba notando ninguno allí.

De hecho, no estaba percibiendo absolutamente nada.

Salvo el frío y la humedad que emanaban de la neblina.

Y, en sí mismo, eso ya resultaba bastante extraño. Los archivos sobre Msst que había consultado le revelaron que el Imperio había cometido sus habituales tropelías ecológicas en el planeta. Los imperiales habían arrancado plantas esenciales, habían obligado a los nativos a trabajar en los pantanos de cristales y habían mantenido en continua actividad a una gran colonia de trabajadores esclavizados para que construyeran edificios totalmente innecesarios. Pero sus bancos de datos no contenían ninguna información que invitara a pensar que los imperiales habían destruido la fauna local.

Lo cual significaba que alguna otra cosa estaba manteniendo alejada a la fauna local.

Y esa alguna otra cosa tenía que ser él.

Luke se llevó la mano a la espada de luz y después volvió la mirada hacia el ala-X. Las alas superiores eran visibles por encima de la neblina. El caza estaba exactamente igual que cuando había salido de él.

Lo que necesitaba era el equipo de emergencia. El equipo incluía una linterna especial para la niebla y algunas raciones. Luke sabía que bastarían para permitirle llegar hasta los edificios.

Luke giró sobre sus talones...

...en el mismo instante en que unas enormes burbujas rosadas surgían de la neblina delante del ala. Las burbujas no tenían rostro. Largas hebras de un pálido rosa flotante descendían de sus bases. Las burbujas no parecieron notar su presencia y empezaron a chocar con el ala-X en una serie de suaves encontronazos, como manos que buscaran a tientas entre la oscuridad.

Luke permaneció totalmente inmóvil. Si las burbujas eran criaturas inteligentes, tendrían alguna forma de reaccionar ante los estímulos. Las hebras rosadas le dieron una pista, así como el torpe comportamiento de las burbujas. Probablemente respondían al movimiento. Si respondieran al calor le habrían localizado primero a él, en vez de al ala-X.

Pero el ala-X ya llevaba algún tiempo inmóvil. O las burbujas se habían estado dirigiendo hacia él desde que Luke se había posado en Msst, o había alguna otra cosa en el caza que las atraía.

¿Sus depósitos de energía, tal vez?

Luke no podía saberlo. Pero no podía permitir que siguieran embistiendo el caza. El ala-X era su única forma de salir del planeta.

Empuñó su espada de luz en la mano derecha y fue hacia las burbujas.

La neblina desapareció a su alrededor con un repentino y potente ruido de succión. Una burbuja que tenía tres veces el tamaño del ala-X surgió del suelo para quedar suspendida sobre Luke y sus hebras rosadas empezaron a golpearle, produciendo riachuelos de dolor que se extendieron por todo su ser. El cuerpo de Luke reaccionó instintivamente, y le obligó a caer de rodillas con los brazos curvados alrededor de la cabeza.

El ataque era increíble y ominosamente silencioso. Salvo por la desaparición de la neblina, Luke no había oído ningún sonido. Incluso las embestidas de las pequeñas burbujas contra el ala-X habían sido totalmente silenciosas.

Cada roce de las hebras rosadas le dejaba la piel entumecida e insensible. Aquello no era una solución. Luke mantuvo protegida su cabeza, pero cambió de posición para poder mirar por entre los brazos. La burbuja gigante flotaba encima de él, y parecía estar hueca por dentro.

Las hebras seguían acuchillándole, llevando a cabo una serie constante de movimientos coordinados que tenían como objetivo ir entumeciendo dolorosamente todo su cuerpo centímetro tras centímetro.

El perímetro de la burbuja tenía un aspecto curiosamente aserrado y las hebras surgían del interior, como cuerdecillas que colgaran del interior de una tienda. Aquellos rebordes de formas irregulares eran...

¡Dientes! ¡Eran dientes!

La burbuja aguijoneaba a su presa hasta que ésta ya no podía moverse, y después la elevaba hasta la parte hueca de su cuerpo y empezaba a masticar.

La espada de luz de Luke zumbó con una repentina oleada de energía. Luke movió el brazo en un veloz arco dirigido hacia arriba y cortó media docena de hebras. Los delgados tentáculos cayeron a su alrededor en una lluvia tan peligrosa como si fueran cables eléctricos pelados, hiriéndole en cada lugar que tocaban.

Sus músculos se estaban comportando de una manera muy extraña, como si nunca hubieran sido utilizados antes. Pero Luke siguió lanzando mandobles, moviéndose tan deprisa como se lo permitía su cuerpo herido.

La única reacción de la burbuja consistió en intensificar sus aguijonazos. Cada roce de Lino de aquellos hilos vivientes le transmitía una nueva oleada de dolor. Luke empezó a sufrir espasmos. Su cuerpo ardía y estaba helado al mismo tiempo. Apenas podía respirar.

Pero concentró todas sus reservas de energía en su brazo y en seguir moviendo la espada de luz. Más hebras cayeron a su alrededor, golpeando el suelo con un suave chasquido entre aquel silencio fantasmagórico.

La boca bostezante se estaba acercando poco a poco. El aliento de la burbuja era blanco y helado, y Luke comprendió que aquella era la fuente de la neblina. La respiración de la burbuja acentuaba todavía más el frío que ya estaba sintiendo, y difundía el entumecimiento por todo su cuerpo. Luke tuvo que hacer un inmenso esfuerzo de voluntad para seguir moviendo y continuar luchando. Le dolía el hombro, su mano apenas era capaz de cerrarse y tenía el cuello y la cara totalmente insensibles. Podía ver cómo las hebras le infligían nuevos agujonazos, pero ya no podía sentirlos.

Qué forma tan extraña de morir. Allí, solo, sin Erredós junto a él. Sin que nadie supiera...

«Siento la presencia del frío y de la muerte.» Su voz resonó dentro de su mente, junto con el recuerdo de Yoda.

«Ese lugar... El lado oscuro de la Fuerza es muy fuerte allí. Tus armas... No las necesitarás.»

Y después oyó la voz del pequeño Anakin. «Calentamos la habitación...»

Luke imaginó que todo el calor que había dentro de él fluía hacia arriba y hacia el exterior para desparramarse por el centro de la criatura en forma de burbuja. La criatura empezó a alejarse, pero Luke envió más calor, y luego todavía más.

Y de repente la criatura estalló con un tremendo chasquido ensordecedor que fue seguido por otra docena de chasquidos cuando las pequeñas burbujas estallaron también.

Un diluvio de goterones rosados cayó alrededor de Luke y siseó cuando los fragmentos de la criatura entraron en contacto con el suelo. Algunos cayeron sobre él, y su roce hizo que el entumecimiento se volviera total y absoluto. Luke intentó construir un escudo con la Fuerza, pero ya era demasiado tarde.

Su cuerpo se derrumbó sobre un montón de la sustancia rosada. Luke, horrorizado, contempló cómo aquella gelatina rosada empezaba a devorar su traje de vuelo y se disponía a consumir su preciosa piel aterida por el frío.

## Quince



Leia estaba acostada en el centro de su cama con un montón de informes esparcidos ante ella. Se había puesto un viejo par de pantalones de vuelo y una de las camisas de Han. Llevaba el cabello suelto salvo por un par de trenzas que se había anudado delante de la cabeza para evitar que le cayera encima de los ojos.

La cama, que tenía un colchón enorme y muy blando y estaba repleta de almohadas y mantas, era el lugar más reconfortante y seguro de todos sus aposentos. Leia y Han pasaban mucho tiempo en aquella estancia, y Leia podía percibir con gran intensidad la presencia de su esposo cuando estaba allí. Nadie más entraba en aquella habitación sin invitación, ni siquiera los niños.

A veces Leia tenía la sensación de que era el único lugar en el que podía ser ella misma.

Aquella tarde se encontraba allí porque aquél era el único sitio en el que podía estar totalmente sola sin que nadie la molestara. También tenía la impresión de que necesitaba poder contar con la presencia de Han, por muy superficial que ésta fuese, mientras estudiaba los listados esparcidos delante de ella. Los listados que contenían los resultados de las elecciones...

La expresión de Gno cuando la llamó aquella mañana para hacerle saber que ya habían llegado bastó para indicarle que las noticias no eran nada buenas. Leia pidió que le imprimieran los listados y después se retiró a sus habitaciones. Si hubiera permanecido en su despacho, habría sido bombardeada por las llamadas de los preocupados, los que querían darle ánimos y los que querían disfrutar viendo cómo palidecía ante aquel revés. Leia necesitaba tiempo para procesar la información por sí sola.

Las elecciones se habían celebrado lo más deprisa posible, tal como había planeado. Algunos sitios se quejaron de que ni siquiera habían dispuesto del tiempo suficiente para movilizar al electorado. («Eso es justo lo que queremos», había dicho Gno), y otros solicitaron permiso para llorar a los senadores perdidos antes de sustituirlos. Esa petición fue denegada. Cuanto más rápidamente avanzaran los asuntos

gubernamentales, tanto mejor. A veces incluso los funerales se convertían en sitios propicios a la clase de politikeos que Leia y sus seguidores esperaban poder evitar. Las manos de Leia temblaban mientras iba examinando la información esparcida ante ella. Empezó con los planetas representados por senadores que habían sufrido heridas muy graves. La mayoría habían decidido seguir los deseos de los senadores y permitirles votar a través del electorado. Los sitios que no lo habían hecho, aquellos donde no estaba muy claro si los senadores podrían volver a ejercer sus funciones públicas, votaron a políticos cuyos historiales parecían, por lo menos a primera vista, reflejar los de aquellos senadores a los que estaban sustituyendo.

El problema estaba en los cien planetas restantes cuyos senadores habían muerto. A pesar de la prisa y de las precauciones, sólo el quince por ciento habían elegido a un representante de la misma orientación política. En todos los demás, antiguos imperiales habían sido votados para el cargo.

Gracias a la explosión, los antiguos imperiales habían obtenido una mayoría simple en el Senado.

Esa mayoría bastaría para derrotar cualquier propuesta que exigiera una votación vocal, pero no sería suficiente para vencer en todas las ocasiones.

Y el mero hecho de que aquellas personas hubieran vivido dentro del Imperio no quería decir que todas fueran a votar igual.

O por lo menos Leia esperaba que no lo hicieran.

Pero si lo hacían, entonces tendría que luchar por cada voto porque cada voto se volvería terriblemente importante. El Senado se había convertido en un organismo político, y había dejado de ser una especie de club de colegas.

Leia tendría que mostrar su reacción ante los resultados esa misma noche, y debería hacerlo de la manera más diplomática de que fuese capaz. No podía enemistarse de entrada con los nuevos representantes dando por sentado que se opondrían a ella, y al mismo tiempo tenía que tranquilizar a quienes la apoyaban.

Apoyó la cabeza en una de las almohadas, aplastando la mitad de los informes bajo su peso. Cada vez añoraba más y más los días de la Rebelión, aquellos tiempos en que la inmensa mayoría de las crisis hallaban su respuesta en el uso no planeado de un desintegrador, el ingenio con que se combatía, la fortaleza de la flota y la convicción de estar luchando por la verdad, el bien y la justicia.

Luke siempre le había dicho que dominaba a la perfección el arte de la sutileza. Han también se lo había dicho, y Leia sabía que tenían razón. Lo había demostrado en un centenar de ocasiones.

Pero siempre había sido una mujer muy directa. Prefería esa cualidad tanto en ella misma como en sus amistades. Tener que prescindir de ese ir directamente al grano para sustituirlo por decir lo correcto en cada circunstancia la dejaba exhausta.

Y especialmente en aquel momento, por supuesto. Leia podía ver con toda claridad el futuro del gobierno, y los métodos directos no formaban parte de él. A medida que los antiguos imperiales fueran adquiriendo poder, los rebeldes tendrían que dulcificar su lenguaje por miedo a insultar a sus colegas. La historia de la Rebelión sería ligeramente alterada para demostrar que sólo los líderes del Imperio habían estado corrompidos, y cada sutileza vendría acompañada por una pequeña mentira. Después las mentiras se irían acumulando hasta que la verdad acabaría perdiéndose debajo de ellas.

Leia se irguió y apartó los listados. No lo consentiría. Su discurso de aquella noche constituiría una advertencia dirigida a dejar muy claro que la manera de hacer política del Imperio nunca debía llegar a sustituir a la manera de hacer política de la Nueva República. Les recordaría a todos a quién estaban sirviendo, y lo importantes que eran los ideales por los que habían luchado tan encarnizadamente y en tantas ocasiones.

«Cariño, ¿se te ha ocurrido pensar alguna vez que eres tú quien está siendo injusta?»

Leia frunció el ceño ante la voz imaginaria de Han, de la misma manera en que había fruncido el ceño ante su rostro cuando le había dicho aquello. El Imperio había sido su enemigo, y siempre lo sería.

Pero el Imperio estaba muerto.

Así pues, ¿quién había puesto la bomba?

Las investigaciones estaban yendo mucho más despacio de lo que había ido el proceso electoral, y eso la irritaba. Leia había esperado que a esas alturas el criminal o los criminales ya habrían tenido que comparecer ante la justicia. Pero al parecer cuanto más reflexionaba sobre aquellos problemas, menor era el grado de control de la situación que podía aspirar a ejercer.

«Si quieres usar tus poderes el secreto está en desprenderte de todo lo que sabes, Leia. Deja que la Fuerza te guíe.» La voz de Luke llegó hasta ella con tanta claridad como si su hermano se encontrara en la habitación. Durante sus ejercicios hubo muchos momentos de frenético aturdimiento en los que Leia había

detenido todos los ataques del localizador controlado a distancia mientras tenía los ojos vendados. Leia había tomado parte en muchas batallas, y había sentido cómo la Fuerza fluía a través de ella y la guiaba. Luke afirmaba que había hecho exactamente lo mismo en más de una complicada situación diplomática, aunque a Leia nunca se lo había parecido.

Quizá tendría que volver a hacerlo.

Se levantó de la cama. Desprenderse de aquellas emociones resultaba más difícil que ninguna de las otras cosas difíciles que había tenido que hacer a lo largo de su vida. Leia había luchado contra el Imperio desde que tenía dieciocho años. El Imperio había destruido su hogar, había asesinado a su amado padre y la había obligado a cargar con la herencia oscura y retorcida de un hombre malvado, una herencia que Leia había intentado limpiar poniendo el nombre del lado bueno de aquel hombre al más pequeño de sus hijos. Leia había sido torturada y herida en explosiones, y había esquivado muchos disparos. Había perdido un amigo detrás de otro a manos del Imperio.

Y de repente se esperaba que coexistiera con los imperiales.

¿Qué le había dicho Mon Mothma? «Algún día tendremos que dejar atrás la Rebelión y avanzar hacia el verdadero gobierno...» Quizá Mon Mothma fuera la persona adecuada para guiarlos hacia la meta del verdadero gobierno. Había puesto los cimientos, y nadie podía igualarla en cuanto a dotes de persuasión y capacidad para ver las cosas a largo plazo.

Leia se pasó las manos por sus viejos y desgastados pantalones militares. No quería renunciar a ningún símbolo de su Rebelión. La Rebelión había sustituido a cuanto había existido antes. El Imperio había destruido su hogar y a sus amigos. La Rebelión le había dado un nuevo hogar y nuevos amigos. El Imperio había asesinado a su familia. La Rebelión le había dado una nueva familia.

Leia no podía abandonar todo eso. No podía renunciar a ello..., porque si dejaba de aferrarse a su odio al Imperio, tal vez perdería el amor que había encontrado en la Rebelión.

Mon Mothma poseía la capacidad de actuar sin dejarse influir por esas pasiones.

Pero ésa había sido una parte de la razón por la que había renunciado al cargo.

«Nuestro liderazgo debe ser fuerte y dinámico. Necesitamos a alguien como tú, Leia.»

Fuerte y dinámico. Lleno de pasión.

Lleno de ira.

El miedo, la ira y el odio surgían del lado oscuro. ¿Cuántas veces se lo había repetido Luke?

¿Y dónde estaba Luke? Persiguiendo a algún fantasma, exactamente igual que Han. Sus hijos estaban en Anoth, e Invierno estaba con ellos. Las personas que estaban más cerca de ella siempre desaparecían justo cuando Leia necesitaba una mano amiga que la guiara.

El ordenador doméstico emitió un tintineo musical.

La irritación que estaba sintiendo Leia se convirtió en un estallido de ira.

-Ya te dije que no quería que me molestaran.

-Cierto, señora -dijo el ordenador doméstico, utilizando la voz de Han pero no su sintaxis. La irritación de Leia pereció bajo una repentina oleada de diversión. Anakin había vuelto a jugar con los controles-. Pero tiene una visita muy insistente que afirma haber venido aquí debido a una terrible emergencia. Amenazó con desmontar mis circuitos si no la avisaba.

-¿De veras? -preguntó Leia, incapaz de reconciliar las palabras con la voz-. ¿Tiene algún nombre nuestro misterioso visitante?

Afirma ser un tal Lando Calrissian,

Anakin no sólo había estado manipulando la voz del ordenador, sino que también había manipulado su memoria. Por lo menos el ordenador tendría que haber reconocido el nombre de Lando. Era una suerte que el pequeño genio de la mecánica no estuviera en casa, porque de lo contrario habría tenido que soportar una buena reprimenda de Leia. Naturalmente Anakin se limitaría a culpar de todo a Jaina, quien era frecuente no fuese totalmente inocente en aquel tipo de situaciones. La diferencia estribaba en que Jaina siempre borraba meticulosamente todas sus huellas.

-Pásame la transmisión visual -dijo Leia.

Una proyección holográfica de un hombre quedó suspendida delante de su cara. Lando llevaba su típica capa, sus botas oscuras de contrabandista y una llamativa camisa de satén. Su negra cabellera había sido cortada hasta que apenas sobresalía del cráneo, pero ése fue el único cambio que pudo ver Leia..., aparte del fruncimiento de labios que el bigote meticulosamente cuidado no conseguía llegar a ocultar.

-Déjale entrar -dijo.

Salió del dormitorio y fue a la sala de estar. Básicamente se podía decir que los elaborados galanteos de Lando ya pertenecían al pasado, pero aun así Leia rehuía escrupulosamente cualquier situación que pudiera proporcionarle una excusa para flirtear con ella.

El área principal de la sala había sido redecorada de acuerdo con los caprichos de Jacen. El pequeño se había quejado de que ninguno de los asientos era lo suficientemente cómodo -algo en lo que Han se había mostrado de acuerdo-, y padre e hijo se dedicaron a recorrer el Palacio Imperial en busca de asientos más adecuados. El resultado era que ya no había dos sillones o sillas iguales («La comodidad es más importante que el aspecto, mamá»), y que todos los asientos mostraban señales evidentes de haber sido ampliamente utilizados. Mientras esperaba a Lando, Leia se detuvo delante del sofá que Invierno había cubierto misericordiosamente con una colcha blanca.

Lando entró prácticamente corriendo y miró a su alrededor, casi dando la impresión de que no veía a Leia.

-¿Dónde está Han?

-¿Nada de «Hola, Leia, qué tal está la princesa con más talento de toda la galaxia»? ¿Nada de «Hoy estás preciosa»?

-Si no hubiera visto esa expresión antes, habría pensado que aquel Lando era un impostor.

-No está en Coruscant -se apresuró a añadir-. ¿Puedo ayudarte en algo, Lando?

Lando meneó la cabeza.

-Tenemos que encontrarle, Leia. Es vital que demos con él.

Un escalofrío de miedo recorrió la columna vertebral de Leia.

-Explicame de qué se trata, Lando.

-Llevo días intentando hablar contigo.

-El sistema de comunicaciones ha estado muy sobrecargado desde la explosión.

-Lo sé.

Lando juntó las manos detrás de la espalda y empezó a ir y venir por la sala. Su rostro estaba tan sombrío como lo había estado aquel día tan horrible, tan horrible en la cámara de la carbonita cuando Han había estado a punto de morir y Lando descubrió que Vader le había traicionado.

-¿Dónde está Han? -volvió a preguntar pasados unos momentos.

-Antes tienes que decirme cuál es el problema.

Lando se detuvo y clavó la mirada en un dibujo que Jaina había hecho cuando tenía dos años. Lo estaba mirando fijamente, pero aun así no parecía verlo.

-Encontré una nave de contrabandista que pertenecía a un viejo colega nuestro. Estaba abandonada, y resultaba obvio que la habían saboteado. El contrabandista estaba a bordo. Lo habían asesinado.

El escalofrío de miedo que había estado deslizándose a lo largo de la espalda de Leia se trasladó a su estómago.

-Acababa de llegar de Coruscant. Cuando eché un vistazo a sus archivos, encontré estos mensajes. • Lando le alargó un pequeño ordenador manual, y Leia lo sostuvo debajo de la luz.

LA CARGA ACABA DE SER ENTREGADA. LOS FUEGOS ARTIFICIALES HAN SIDO ESPECTACULARES.

HAN SOLO LO SABE. PODEMOS ESTAR SEGUROS DE QUE COLABORARA.

Leia le devolvió el ordenador

-¿Quién era el propietario de la nave en la que encontraste estos mensajes?

-Pertenecía a un contrabandista llamado Jarril. ¿Le conocías? -Han se fue hace algunos días para tratar de localizarle. -Leia se dejó caer sobre el sofá y permitió que su blandura envolviera su cuerpo-. ¿Por qué crees que esto es una emergencia, Lando? -Jarril fue asesinado a causa de este mensaje, y el mensaje menciona a Han.

-¿Piensas que Han podría ser el siguiente?

-¿Qué opinas tú, Leia?

-Eso de los «fuegos artificiales» me preocupa bastante. -Han nunca tomaría parte en algo semejante.

Leia alzó la mirada hasta que sus ojos se encontraron con los de Lando.

Estaba claro que él también pensaba que los «fuegos artificiales» guardaban alguna clase de relación con la bomba.

-Ya lo sé -dijo-, pero quizá Jarril sí tuvo algo que ver con eso.

Jarril conocía a Han. Todo el mundo conocía a Han, claro... Su código ético siempre estaba provocando amargas quejas entre los contrabandistas. Su condenada conciencia metió en líos a muchos más de nosotros de lo que nadie quiere admitir.

Y su conciencia también salvó a muchos de vosotros. -Leia se mordió el labio inferior mientras reflexionaba-. Han creía que Jarril tenía alguna clase de relación con lo de la bomba, y al parecer estaba en lo cierto.

-Las corazonadas de Han suelen ser bastante fiables.

Leia asintió. Y ella no le había creído... Pero Jarril estaba muerto. Jarril sólo era un peón. ¿Igual que Han?

-Ese segundo mensaje es bastante oscuro -dijo. De hecho, incluso podía calificárselo de sutil-. ¿Qué pasará si indica la apertura de una trampa?

-Eso es lo que pienso yo también. Jarril no fue abandonado a la deriva en una zona muy concurrida del espacio, desde luego... Se suponía que nadie debía ver ese mensaje. De hecho, había sido borrado. Si yo no hubiera conocido los códigos de la nave, su existencia seguiría siendo totalmente desconocida para nosotros.

-¿Adónde fue enviado?

-A un lugar llamado Alemania. ¿Conoces ese sitio? Leia meneó la cabeza.

-Se encuentra en los confines más lejanos de la galaxia -siguió diciendo Lando-. Está tan lejos que por comparación podrías decir que Tatooine queda aquí al lado. De hecho, está tan lejos de todo que ni el Imperio ni la Rebelión lo reclamaron durante el último conflicto...

-¿Y piensas que ahora hay una base imperial allí? -preguntó Leia.

-Encontré un casco de las tropas de asalto a bordo de esa nave. También encontré algún equipo imperial, pero esto no parece encajar con el estilo del Emperador. Los imperiales siempre destruían primero y hacían las preguntas después.

Un estilo más sutil, un estilo que se adaptaba mucho mejor a la política actual. Destruye la fe en la Nueva República. Introduce a algunos de los tuyos en el Senado..., y hazte con el poder tal como había hecho Palpatine hacía ya tantos años.

Leia se estremeció.

-Debemos contactar con Han. Tenemos que advertirle. Lando asintió.

-Envíale un mensaje, si es que puedes hacerlo. Yo le seguiré el rastro. ¿Adónde ha ido?

-Al Pasillo de los Contrabandistas.

Lando se dejó caer en el sofá junto a ella.

-¿Qué te pasa, Lando?

Lando respiró hondo antes de responder.

-No puedo ir al Pasillo -dijo por fin-. Un tipo bastante desagradable llamado Nandreeson ha puesto precio a mi cabeza.

Leia sintió que sus pulmones quedaban bruscamente vacíos de aire. Si Lando no podía ir, entonces tendría que enviar a otra persona. Pero ¿a quién? A juzgar por la descripción del Pasillo que había hecho Han, sólo unas cuantas personas muy selectas sabían cómo llegar hasta allí.

Lando se levantó del sofá y su capa aleteó detrás de él. Se había movido con tanta rapidez que casi parecía estar volando.

-Pero eso no debería detenerme, ¿verdad? -dijo mientras llegaba a la puerta-. ¿Qué son unos cuantos créditos entre amigos?

-No es necesario que vayas allí, Lando -dijo Leia en voz baja y suave-. Podemos encontrar a otra persona.

-No lo bastante deprisa -replicó Lando-, y no a alguien en quien yo pudiera confiar para que diera con Han. No, he de ir allí.

-Lando...

Lando alzó la mano para evitar que dijera una sola palabra más.

-No podrás hacerme cambiar de parecer, Leia—dijo-. En Bespin mi codicia y mi temeridad estuvieron a punto de hacer que mataran a Han, y nunca olvidaré eso.

-Ayudaste a rescatar a Han y has prestado grandes servicios a la Nueva República. Creo que has hecho más que suficiente para que se te pueda perdonar ese momento del pasado.

-Lo que hice entonces es algo que nunca podrá ser borrado, Leia—dijo Lando, y Leia nunca había visto una expresión tan seria en su rostro. Pero después sonrió con la aparatosa sonrisa llena de malicia que

alguien debía de haber enseñado a todos los personajes de reputación un tanto dudosa que habían visitado el Pasillo de los Contrabandistas en un momento u otro de su historia-. Pero nadie puede impedirme que intente borrar el pasado, ¿verdad?

\* \* \*

Cole Fardreamer nunca había tenido que reconstruir un ala-X, y desde luego nunca había llevado a cabo esa tarea bajo la supervisión de una unidad R2 considerablemente anticuada. Aquella pequeña unidad parecía tener voluntad propia y un notable mal genio, y empezaba a soltarle zumbidos cada vez que Cole se apartaba del ala-X. Si la unidad hubiera tenido brazos, hubieran estado cruzados delante de su pecho plateado y azul en forma de barril.

El muchacho había intentado traer a un kloperiano para que le ayudase, pero la pequeña unidad R2 había empezado a bambolearse sobre sus ruedas y a lanzar unos chillidos electrónicos tan estridentes que Cole enseguida cambió de parecer respecto a lo de buscar ayuda. Skywalker había dicho que los kloperianos habían «hecho prisionera» a la unidad R2. Era una forma bastante extraña de describir lo ocurrido, pero la muy humana reacción de la unidad R2 parecía indicar que Skywalker había empleado las palabras más adecuadas.

Aquella parte del hangar estaba vacía. Cada vez que otro mecánico aparecía por allí, la unidad R2 silbaba. Cole saludaba a sus compañeros de trabajo, y si mostraban curiosidad acerca de lo que estaba haciendo les informaba de que estaba trabajando en un proyecto especial. Todos se conformaron con esa explicación..., salvo su supervisor, quien no volvió a molestar a Cole en cuanto se hubo enterado de que tanto el proyecto como el ala-X pertenecían a Luke Skywalker.

Cole se alegraba de que Skywalker no hubiera querido esperar. Aquel trabajo ya le había exigido más tiempo de lo que esperaba. La unidad R2 había hecho algunos comentarios al respecto..., o por lo menos Cole había interpretado como tales la retahíla de potentes pitidos, silbidos y trinos que la unidad R2 había emitido cuando Cole le explicó las dificultades que estaba teniendo para reconstruir el ala-X. En realidad, Cole no podía entender a la unidad R2, pero la unidad era tan expresiva que había momentos en los que el Muchacho tenía la sensación de que no necesitaba comprender su lenguaje.

¿Cómo la había llamado Skywalker? Erredós, como si la designación de su modelo fuera un apodo. Pensar en el androide como la unidad R2 resultaba curiosamente divertido, y la mera idea hizo sonreír a Cole.

-Ahora tenemos que ocuparnos de la toma de conexión para la unidad astromecánica, Erredós.

El androide emitió un par de silbidos y se meció sobre sus ruedas, pero Cole no sabía si eso constituía una respuesta al apodo que usaba Skywalker o a la acción que Cole acababa de describir. Cole acabó pensando que podía tratarse de ambas cosas.

Se colocó detrás de la pequeña cabina y empezó a desenroscar las tuercas que sujetaban los nuevos ordenadores mejorados de astrogación y del control de hiperimpulsión. Los técnicos habían instalado cinco conexiones de ordenador nuevas en el ala-X, y Cole sólo había extraído tres. En cuanto hubiera sacado las otras dos y las hubiese dejado a un lado, tendría que volver a colocar la toma de conexión de la unidad astromecánica y su asiento eyector. Después tendría que reinsertar los chips que el androide seguía guardando y reprogramar los ordenadores de vuelo y de control de sensores. Cole ya había hecho esa clase de cosas en Tatooine cuando intentaba construir alas-X a partir del equipo estropeado que había conseguido encontrar antes de que fuera descubierto por los jawas, pero nunca había obtenido unos resultados que pudieran calificarse de totalmente exitosos.

Cole estaba acostado sobre el estómago y se apoyaba en el pequeño compartimento que había contenido la toma de conexión astromecánica. La posición hacía que le doliera la espalda, y el reborde metálico de la toma se hundía en su estómago. El muchacho tenía que mantener el brazo en un ángulo bastante forzado para manejar la llave retadora.

Mientras canturreaba, Cole contemplaba cómo las tuercas se iban aflojando. Todavía le costaba creer que estuviera trabajando en el ala-X de Cole Skywalker. Había visto a Skywalker unas cuantas veces en Coruscant, pero en Tatooine sólo había oído hablar de él. Skywalker era una figura bastante conocida en Cabeza de Ancla..., y si se podía creer en las historias que contaban, todo el mundo había sido amigo suyo.

Cole había reunido una gran colección mental de historias sobre Skywalker, en parte impulsado por la esperanza de poder seguir sus pasos. Aun así, nunca había llegado a ser consciente de que las heroicidades



de Skywalker estaban relacionadas con sus talentos Jedi. Cuando alguien se lo hizo ver, eso puso punto final al sueño de Cole.

Sacudió el imán de la llave rotadora para desprender las tuercas y éstas cayeron al suelo con un tintineo metálico. La unidad R2 las observó, igual que hacía con todo lo que era extraído de la nave, como si temiera que Cole pudiera volver a extraer algo importante.

Después de aquello Cole se había dedicado a vagabundear por Cabeza de Ancla y se había ganado la vida con empleos ocasionales aquí y allá. Hasta que alguien que le conocía desde hacía tiempo -y que encontraba muy graciosa la pérdida de sus sueños- se había burlado de él («¿Qué pasa, Fardreamer? ¿Te has dado cuenta de que nunca conseguirás llegar a ser un héroe reparando las máquinas de otros?»), Cole no había comprendido que sus talentos eran tan valiosos como los de Skywalker, sólo que de una manera distinta. En la galaxia había montones de personas y de criaturas, todas ellas muy importantes, que no poseían la más mínima capacidad para el uso de la Fuerza, y sin embargo todas ellas aportaban cosas distintas a la Nueva República.

Cole se había ido de Tatooine en el siguiente transporte que partió hacia Coruscant, y una vez allí ofreció sus servicios como mecánico al gobierno. Al principio le habían utilizado para trabajos tan mecánicos y repetitivos que incluso un androide podría haberlos hecho mejor -incluido el de clasificar tuercas según su tamaño-, con la esperanza de librarse de él. Pero Cole estaba decidido a quedarse, y no pudieron librarse de él. Cuando demostró que el montaje a mano se le daba mejor que al más experto de sus kloperianos, por fin se le permitió hacer la clase de trabajo que realmente amaba.

La clase de trabajo que, irónicamente, le había permitido conocer a Luke Skywalker...

La tuerca que faltaba por quitar quedó suelta con un último giro. Cole deslizó los dedos por debajo del panel y tiró. No era lo suficientemente fuerte para desprenderlo, y además carecía de un punto de apoyo adecuado que le ofreciera la posibilidad de hacer palanca.

La unidad R2 gimoteó.

Cole volvió a intentarlo. El panel tendría que haberse desprendido, pero se negaba a hacerlo. Cole salió del ala-X y se quitó el polvo del mono de mecánico.

La unidad R2 soltó otro silbido y se bamboleó de un lado a otro.

-No quiere soltarse, pero conseguiré sacar ese panel de una manera o de otra -dijo Cole.

Su respuesta no pareció tranquilizar al pequeño androide, que siguió produciendo ruidos. Cole lo contempló con una expresión de perplejidad en la cara. Quizá sus sistemas estaban funcionando mal. Quizá...

Y entonces la unidad R2 apartó a Cole con bastante brusquedad y fue hacia el ala-X. Un pequeño brazo metálico emergió de su cuerpo cilíndrico. Al final del brazo había una garra metálica. La garra se adhirió al panel, y la unidad R2 empezó a tirar.

-¡Eh! -exclamó Cole.

El androide podía romper el panel, y eso era precisamente lo que Cole no quería que ocurriese porque entonces tendría que pagar otro panel nuevo de su salario.

Pero el androide no se detuvo. El panel se desprendió del marco, dejando una brecha de cinco centímetros. Después el androide hizo girar ciento ochenta grados su cúpula hasta dejarla vuelta hacia Cole.

La unidad R2 soltó una veloz retahíla de sonidos en un claro intento de comunicarse con Cole.

Cole se preguntó si Skywalker podía entender todo lo que decía el androide, y acabó decidiendo que probablemente pudiera entenderlo. Después de todo, Skywalker contaba con la Fuerza para que le ayudara.

-De acuerdo, de acuerdo -dijo-. Deja que le eche un vistazo.

Se subió a la plataforma colocada junto al ala-X -apenas había espacio suficiente para él y la unidad R2-, se movió hasta que hubo conseguido encontrar un precario equilibrio y echó un vistazo por detrás del panel.

Una insignia imperial azul y verde pareció devolverle la mirada.

Cole dejó escapar un silbido y miró al androide. El androide le estaba contemplando tan impasiblemente como si fuera un diminuto sabio metálico. Cole pensó que no tenía nada de extraño que Skywalker diera tanto valor a aquella pequeña unidad astromecánica.

Desprendió algunos cables y chips de la insignia..., y lo que vio le dejó helado. La insignia formaba parte del nuevo sistema del ordenador. Estaba enterrada dentro de los mecanismos internos, y nunca sería vista salvo por quienes montaran el sistema.

Cole no podía saber si la presencia de aquel artefacto era una peculiaridad única del ala-X de Skywalker o si se repetía en todos los cazas. Averiguarlo requeriría algunas investigaciones, y Cole tendría que llevarlas a cabo.

Y Cole tendría que hacer esas investigaciones porque había reconocido el artefacto oculto en el sistema del ordenador. Lo había visto en algunos de los restos de Tatooine, y había visto morir a uno de sus amigos por haberlo activado.

El símbolo imperial ocultaba un artefacto detonador de capacidades únicas. El sistema permanecía inactivo hasta que cierta orden en código era pronunciada o introducida en el activador anexo. Entonces, y en un abrir y cerrar de ojos, la polaridad de energía del sistema se invertiría y se sobrecargaría y el detonador estallaría, creando la explosión más grande posible a partir del equipo que tuviera disponible.

Cole se dio cuenta de que le temblaban las manos. Skywalker había hecho muy bien al no querer utilizar aquel ala-X. Si lo hubiese hecho, habría muerto.

## Dieciséis



La piel... pronto...

Luke creyó oír la voz de Yoda. Escuchó con gran atención, pero las palabras se desvanecían cada vez que intentaba oírlas.

... tenido... suerte...

Al igual que las palabras, su consciencia también se desvanecía entre la negrura para volver a emerger un segundo después. Luke sentía calor por primera vez en lo que parecía una eternidad, pero su piel había perdido toda la sensibilidad. Era como estar flotando en gravedad cero, sólo que sin el movimiento. Estaba inmóvil y no tocaba nada. Qué extraño, qué extraño... Luke nunca había pasado por la experiencia de perder el sentido del tacto.

... te conozco...

Tenía los párpados cerrados, pero la textura de la oscuridad había cambiado. En vez de no ver nada salvo la negrura, Luke estaba viendo aquel color marrón claro que estaba acostumbrado a encontrar cuando cerraba los ojos bajo la brillante claridad del gigantesco sol de Yavin 4.

... sintiendo...

Los olores también iban y venían. Luke creyó percibir el olor del estofado de carne que su tía Beru solía preparar cuando las naves traían carne a Cabeza de Ancla. La carne no era excesivamente fresca, por lo que su tía la cocía en adobo durante dos días y luego la servía, con mucha ceremonia e igual que si fuera tan preciosa como la humedad que recolectaban en la granja.

... a su debido tiempo...

La voz poseía las mismas cualidades que la voz de Yoda, pero no era la suya. Compartía su misma cualidad de ronquera andrógina, pero la sintaxis retorcida tan típica de Yoda estaba totalmente ausente. Aquella persona conocía muy bien el lenguaje que hablaba, y lo que ocurría era sencilla

mente que las orejas de Luke se negaban a funcionar correctamente. Sus oídos se saltaban palabras de vez en cuando como si se hubiera convertido en un androide averiado.

Se concentró, buscó la Fuerza, la encontró y la usó para aumentar sus capacidades sensoriales.

Burbujas.

Crujidos, silbidos, chasquidos.

Gelatina rosada sobre su piel.

Luke, el corazón latiéndole a toda velocidad, se obligó a abrir los ojos.

Una mujer que tendría más de setenta años bajó la mirada hacia él y una sonrisa iluminó sus rasgos llenos de arrugas. Había tenido que ser muy hermosa y, a decir verdad, todavía lo era. Sus cabellos eran de color plateado y sus ojos tenían el azul más brillante que Luke había visto desde...

Desde...

El recuerdo se negó a acudir a su mente.

-No te preocupes -dijo la mujer-. Te pondrás bien.

En realidad Luke sólo le oyó decir «no», «te» y «bien», y adivinó el resto leyéndole los labios.

-Son pocos los que consiguen sobrevivir al ataque de los creadores de neblina, y nunca he visto vivir a una víctima que estuviera tan recubierta de sus viscosidades como lo estabas tú. Debo confesarte que hubo algunos momentos en los que temí perderte. -Su sonrisa se suavizó un poco-. Has tenido la gran suerte de ser encontrado por alguien que dispone de un tanque bacta.

Luke despertó del todo. El tanque bacta estaba al otro extremo de la habitación, y sus aguas todavía contenían restos de la gelatina rosada. Aquella sustancia tenía que ser realmente muy potente para poder perdurar de esa manera dentro de un tanque bacta.

La habitación también contenía otros equipos médicos procedentes de distintas culturas. Una puerta abierta le permitió ver una sala a la que había anexa una cocina. Otra puerta llevaba a otra habitación que Luke no podía ver.

Luke percibió todo aquello sin volver la cabeza. Seguía sin ser capaz de sentir nada a su alrededor. Con un esfuerzo increíble, giró el cuello unos centímetros y vio que estaba flotando a medio metro por encima de la cama. Colchones de aire... Los había visto en los centros médicos imperiales, pero nunca había estado encima de uno. Los médicos los reservaban para los pacientes que habían perdido la mayor parte de su piel.

Luke se estremeció. Intentó levantar la mano para ver si le quedaba algo de piel, pero la mujer meneó la cabeza.

-Cuanto más intentes moverte, más tiempo tardarás en recuperarte. No puedes sentir nada porque los creadores de neblina insensibilizan a sus víctimas antes de devorarlas. El entumecimiento pronto desaparecerá. Una hora, quizá menos... Entonces podremos comer. No me he atrevido a alimentarte mientras te hallabas en ese estado, porque no sabía si te ahogarías con la comida o si serías capaz de tragarla.

Era una forma bastante extraña de escuchar, ya que Luke oía la mitad de las palabras y tenía que descifrar el resto.

-Sé que tienes muchas preguntas que hacerme, pero es mejor que no hables. -La mujer cogió una silla, manipuló los controles de su base hasta que el asiento quedó a la altura de Luke y se instaló en él-. Te daré todas las respuestas que estén a mi alcance.

Luke parpadeó, esperando poder transmitir la gratitud que sentía mediante ese gesto casi imperceptible.

-Fue una suerte que te oyera llegar. Tenía la esperanza de que... -La mujer se calló, y después meneó la cabeza como si estuviera censurándose a sí misma antes de seguir hablando-. Bueno, eso da igual. Fui a investigar y vi a los creadores de neblina flotando alrededor de la nave. Me disponía a irme cuando aquel creador de neblina estalló.

El recuerdo hizo que abriera mucho los ojos. Luke oyó cómo el sonido reverberaba dentro de su cabeza, y volvió a escuchar con toda claridad aquel *jpop!* asombroso que le había salvado la vida.

-Fue un buen trabajo, desde luego -dijo la mujer-. Tendrás que contarme cómo lo hiciste. Esas cosas son capaces de resistir incluso un disparo de desintegrador.

Luke estaba empezando a recuperar la audición, y ya podía oír más palabras. También creía poder sentir las corrientes de aire que se deslizaban sobre su espalda.

-Me agaché. La gelatina rosada se esparció por todas partes. Por suerte yo estaba lejos, o también podría haber acabado recubierta de viscosidades. Cuando volví a levantarme, te vi.

-Gracias -murmuró Luke..., o intentó hacerlo, porque sus labios se negaron a funcionar.

-No hables -dijo la mujer-. Por suerte llevaba puesto mi equipo protector, ya que de lo contrario te habría dejado allí. No podría haber hecho absolutamente nada. Cuando hubiese cogido mi equipo y hubiera vuelto, ya habrías estado muerto. Suerte... Sí, todo fue una pura cuestión de suerte.

Y la mujer estaba haciendo grandes esfuerzos para no atribuirse ningún mérito por su salvación. Luke decidió que ya le preguntaría por qué más tarde.

-Veamos, veamos... ¿Qué más puedes querer saber? -La mujer frunció el ceño y tiró del anillo plateado que llevaba en la mano derecha-. Llevas casi todo un día aquí, y tu ala-X está intacto. Sólo tiene algunas manchas en el casco allí donde cayeron algunas partículas de gelatina, pero nada más.

Luke carraspeó. Ya no cabía duda de que estaba recuperando la sensibilidad. No sólo había podido oír el sonido, sino que también lo había sentido.

La mujer se encogió de hombros.

-Y yo, supongo. Querrás saber algo sobre mí, ¿verdad? -Alzó la mano izquierda y la movió en un gesto que abarcó toda la habitación-. Robé la mayor parte de este equipo cuando se fueron los imperiales.

Tendría que haberme ido hace mucho tiempo, pero... -Su pausa fue demasiado larga. Estaba volviendo a ejercer aquella extraña especie de autocensura-. Este sitio es mi hogar. Y por muy horrible que sea no hay ningún sitio como el hogar, ¿verdad?

Luke no estaba muy seguro de ello, y se alegró de no tener que responder a aquella pregunta. Tatooine había sido su hogar, pero nunca volvería a vivir allí. Aun así, tampoco estaba demasiado seguro de que su respuesta hubiera sido la misma en el caso de que tía Beru y tío Owen todavía vivieran.

Todo este equipo me ha resultado muy útil -siguió diciendo la mujer-. Normalmente puedo cuidar de mí misma, aunque nunca he tenido el tipo de encuentro con los creadores de neblina que tú padeciste. Nunca había visto hacer eso a nadie y sobrevivir.

Las corrientes de aire estaban agradablemente calientes. Eso era lo que Luke había sentido cuando despertó por primera vez, y había sentido el calor porque no llevaba ropa: ni pantalones, ni una manta... No llevaba nada. Intentó taparse, pero sus manos se limitaron a caer flácidamente junto a sus costados.

La mujer se rió.

-No te preocupes, hijo. Ya he visto todo lo que estoy viendo ahora y bastante más. Tuve que desnudarte para meterte en el tanque, y pensé que sería mejor que no nos preocupáramos por el pudor hasta que estuviéramos seguros de que te ibas a recuperar.

Luke tenía la boca tan seca como si hubiera estado en el desierto en vez de entre la neblina. Se lamió los labios.

-¿Agua? -susurró.

Esta vez la palabra sí llegó a salir de sus labios, y Luke se dio cuenta de que, de entre todos los lugares posibles, la boca era el primero que había recuperado toda su sensibilidad.

-No. -La mujer le negó el sustento líquido en un tono claramente jovial-. Beber agua es lo peor que podrías hacer hasta que hayas recuperado toda la sensibilidad.

Luke se lamió los labios para volver a pedir agua, y la mujer agitó una mano ante él.

-Sé de qué hablo, así que créeme -dijo-. El agua interactuaría con el veneno que los creadores de neblina han introducido en tu organismo, así que te aconsejo que te olvides de ella durante un rato. No quieres agua, ¿de acuerdo?

Pero Luke quería beber agua..., y el haber recuperado la sensibilidad en la boca estaba haciendo que lo deseara desesperadamente. Obligó a su mente a establecer contacto con la Fuerza y recurrió a ella, forzándose hasta el límite de sus capacidades.

Un torrente de dolor nació en los dedos de sus pies, subió por sus piernas y llegó hasta sus caderas. «Sensibilidad», se recordó. Estaba experimentando sensaciones.

Y sus labios podían moverse.

-Vine... aquí... -empezó a decir, hablando muy despacio.

-Oh, va lo sé -le interrumpió la mujer-. Y no fue exactamente la decisión más inteligente de tu vida, ¿verdad? Cuando recuperes la sensibilidad, más valdrá que vuelvas a tu ala-X y regreses a casa con tu familia. Cuanto antes te vayas de aquí, mejor para ti.

-Estoy buscando a alguien.

La voz salió de la boca de Luke con un jadear tan entrecortado como el la voz de un anciano.

-Bueno, pues has encontrado a alguien. -La mujer hizo descender la silla, se levantó y fue a desconectar el tanque bacta-. A veces echo de menos a los androides -añadió, como si estuviera hablando únicamente para que Luke no pudiera hacerlo-. Ahora no consiento que haya ningún androide cerca de mí.

Había dicho aquello para provocarle, porque en aquella galaxia rehuir a los androides no sólo era un comportamiento muy extraño, sino que también resultaba francamente difícil. Tenías que vivir en un planeta tan alejado de todo como Msst para que te fuese posible meramente intentarlo.

-Estoy buscando a un hombre que vivió aquí durante los tiempos del Imperio -dijo Luke.

La gelatina rosada ya había desaparecido dentro del tanque. La mujer desconectó parte del equipo médico restante y se fue a la sala como si Luke no hubiera hablado.

Luke suspiró y se concentró. Había recobrado la sensibilidad en su espalda, sus piernas y su cara. Empezó a ocuparse de su pecho y sus brazos. Si cerraba los ojos, podía conseguir que las manos empezaran a picarle como si hubieran quedado entumecidas por dormir en una mala postura. El cosquilleo se fue extendiendo a lo largo de su piel y llegó hasta sus hombros.

Alzó su brazo derecho, moviéndolo despacio y con mucha cautela. Salvo por los pequeños regueros de viscosidad que relucían bajo los paneles luminosos, su piel tenía un aspecto totalmente normal. Luke

conocía lo suficientemente bien los colchones de aire para saber que no debía tratar de sentarse encima de uno de ellos. Tendría que deslizarse hasta el suelo o encontrar el interruptor.

El interruptor se encontraba debajo de él. Luke usó la Fuerza para hacer girar el dial hasta que el colchón de aire fue muriendo gradualmente. Su cuerpo cayó sobre el verdadero colchón, y Luke reprimió un grito cuando un dolor tan agudo como el pinchazo de una aguja hirvió por toda su espalda.

Podía soportarlo. Tenía que soportarlo.

Se incorporó. El dolor cambió de sitio al variar los puntos de presión. Luke sacó las piernas de la cama y vio sus ropas, pulcramente amontonadas sobre una silla cercana.

Su espada de luz estaba encima de ellas.

Se vistió. Incluso el leve roce de la tela sobre su piel le hacía sentir una auténtica agonía. Pero podía soportarla. La mujer le había dicho que sólo sería temporal.

Después entro cojeando en la sala principal.

La mujer estaba sentada sobre un montón de cojines con la espalda vuelta hacia la puerta. Un tazón lleno de líquido humeaba junto a ella. La sala estaba llena de luz, pero toda aquella claridad era artificial. Gruesas cortinas negras cubrían todas las ventanas de una manera tan concienzuda como si la mujer no quisiera ver nada de cuanto había en el exterior.

-Puedo caminar -dijo Luke, y la voz se le quebró como si volviera a ser un adolescente-. ¿Significa eso que puedo beber?

Había esperado escuchar una carcajada, pero la mujer se volvió hacia él y le contempló con una mezcla de perplejidad y temor.

-No deberías estar levantado -dijo.

Luke consiguió sonreír.

-El dolor es una experiencia asombrosa, pero me imagino que no tardará en desaparecer -dijo-. Supongo que no estoy obstaculizando mi recuperación, ¿verdad?

La mujer titubeó un momento antes de responder, y después meneó la cabeza, suspiró y se levantó.

-Siéntate, Luke Skywalker -murmuró finalmente-. Deja que te prepare algo de comer.

Descubrir que la mujer sabía cómo se llamaba le sorprendió bastante. Un millar de racionalizaciones acudieron a su mente: podía haber inspeccionado el ala-X; podía haberle reconocido gracias a viejos noticiarios holográficos de hacía mucho tiempo..., pero Luke sospechaba que en realidad ninguna de esas explicaciones era la correcta.

-Sabes por qué estoy aquí.

La mujer asintió. Parecía sentirse terriblemente desgraciada.

-Mi hijo me dijo que vendrías.

Esta vez Luke se sentó sin prestar atención a la oleada de dolor que subió desde sus muslos hasta su pecho. Aquella mujer era la madre de Brakiss.

Y acababa de salvarle la vida.

Hubo un tiempo en el que no era un mal chico, Luke Skywalker... De veras, no lo era. Hace mucho tiempo mi Brakiss fue un bebé maravilloso y guapísimo que irradiaba vida. -Entró en la cocina y sus manos empezaron a moverse en una diligente actividad mientras hablaba. Era como si hablar de su hijo la pusiera nerviosa-. Y entonces llegaron ellos...

-El Imperio.

La mujer asintió.

-Entraron en mi casa y vieron a mi hijo, y decidieron que podía serles útil. Mi hijo... Un bebé. Y me lo arrebatron.

Luke se levantó para consolarla, pero la mujer ya estaba yendo nuevamente de un lado a otro.

-Permitieron que volviera de vez en cuando para hacerme breves visitas. Pero después de que se lo llevaran Brakiss ya nunca volvió a sonreír. Sus labios sonreían, sí, pero la verdadera sonrisa, esa que llegaba hasta sus ojos y los iluminaba... Esa sonrisa desapareció para siempre. -Conectó el hidroprocesador, y el aparato empezó a emitir un suave zumbido-. Le robaron algo. -La mujer se volvió, se apoyó en el tablero de la cocina y miró a Luke-. Tú intentaste devolvérselo, ¿verdad? En esa academia... Intentaste hacer volver a mi bebé de ese lugar oscuro en el que lo habían encerrado.

Luke sintió un escalofrío helado. El Imperio se había llevado a Brakiss cuando sólo era un bebé porque sabían que podía percibir la existencia de la Fuerza. Después de esa experiencia, no tenía nada de extraño que Brakiss fuera incapaz de encararse consigo mismo: la pérdida de la personalidad, del calor y de todo lo bueno había sido mucho más profunda de lo que Luke pudiera haber llegado a imaginar jamás.

-Lo intenté, pero no lo conseguí -murmuró.

-Después de aquello vino aquí, pero no se quedó mucho tiempo. -Las arrugas del rostro de la anciana parecían haberse vuelto más profundas-. Les contó todo lo que habías hecho a los imperiales, y eso empezó a roerle por dentro. Nunca le había visto comportarse como si tuviera una conciencia. No podía aguantarlo, y eso le enfureció...

La mujer pronunció las últimas palabras en un susurro casi inaudible. Irritar a un hombre como Brakiss podía resultar letal.

-Y después decidieron que su presencia aquí ya no les servía de nada, así que se fue. Dijo que poseía capacidades que podía vender. Después de eso transcurrió mucho tiempo sin que supiera nada de él..., hasta hace poco, cuando me dijo que vendrías aquí, que vendrías a buscarle...

El dolor se estaba calmando, al igual que la sed. Luke se levantó.

-Quiere que le encuentres, Luke Skywalker. -La mujer se retorció las manos delante de ella-. Creo que deberías volver a casa. Olvídate de él. Nada bueno puede salir de esto, créeme... Lo que pudiera haber de bueno en mi muchacho murió hace mucho, mucho tiempo.

-No -dijo Luke-. No murió. Está enterrado a una gran profundidad, pero no murió..., aunque llegar hasta esa parte buena resultará más difícil de lo que resultaría con cualquier otra persona, porque en el caso de Brakiss los cimientos del lado oscuro no son el resultado de una elección voluntaria, como sí lo eran en el caso de Anakin Skywalker. Otros eligieron por él antes de que tuviera uso de razón. Sabes dónde está, ¿verdad?

La mujer asintió.

-Me lo dijo -murmuró después-. Quiere que vayas allí. Pero tú eres un buen hombre, Luke Skywalker. No puedo enviarte a ese lugar. Mi hijo quiere matarte.

-Lo sé -dijo Luke-. No es la primera vez que me enfrento al peligro.

-Pero no de esta manera -dijo la mujer-. Oh, no, Luke Skywalker... Nunca te has tenido que enfrentar a un peligro semejante.

\* \* \*

Siempre había cubículos para dormir vacíos disponibles en Salto 1. Pero habían sido abandonados por alguna razón, y la razón nunca era buena.

Han abrió de un empujón la puerta del cubículo que compartiría con Chewie. Chewie rugió.

Deja de quejarte, bola de pelos. No puedo hacer nada para eliminar este hedor, así que habrá que aguantarse.

Han dejó su bolsa de viaje sobre el catre que no sólo olía a moho sino que además estaba lleno de moho. El líquido verde amarillento resbalaba por las paredes del cubículo y desaparecía por un pequeño desagüe instalado en un rincón. La mayor parte del suelo estaba razonablemente liso, y no había sido tocado por el líquido.

Azul le había asegurado que era el mejor cubículo disponible.

Si aquél era el mejor, Han pensó que no quería ver el peor.

Chewbacca gruñó y gimoteó, y después emitió un gemido claramente quejumbroso.

Pues si eso va a hacer que te sientas mejor puedes dormir en el *Halcón*. Ya sabes que ésa es la mejor manera de conseguir que alguien intente darte una paliza y trate de robar la nave, ¿no?

Han levantó la manta. El moho se había extendido hasta el colchón. Pensándolo bien, Chewie quizá había tenido una buena idea con lo de dormir a bordo del *Halcón*...

Chewie soltó un chillido.

-Sí, ya sé que has dormido a bordo del *Halcón* en otras ocasiones. Pero eso fue en Salto 8, y supongo que no has olvidado en qué estado te encontré.

Chewie meneó su peluda cabeza y respondió con un suave gorgoteo ahogado.

-Si pudieras haber salido de ese lío tú solito, ya lo hubieras hecho mucho antes de que te encontrara. No es necesario que intentes hacerte el valiente conmigo, ¿de acuerdo? -Han suspiró-. ¿Has traído tu saco de dormir? Te aconsejo que no te acuestes en esa cama a menos que sea dentro de un saco de dormir.

Chewie asintió y extrajo el saco de dormir de su mochila. Lo colocó sobre el colchón y el saco, que era bastante más grande, cayó por los dos lados. Chewie dejó escapar un suave gruñido, pero no dirigió sus

observaciones a Han que, de todas maneras, no le prestó ninguna atención. Era una cuestión de principios. Una noche, tal vez dos, en aquel sitio y después podrían irse.

Pero no quería dormir a bordo de la nave, en parte porque otros contrabandistas creían que una nave vigilada era una nave donde había algo de valor, y en parte porque si dormía a bordo del *Halcón* nadie intentaría acercarse a él. Ya llevaban el tiempo suficiente en Salto 1 para que todos pudieran haberse enterado de su presencia, y eso quizá haría que Han recibiera alguna visita interesante.

-Bien, Chewie, vamos a instalarnos -dijo.

Extrajo el saco de dormir de su bolsa de viaje mientras Chewie echaba un vistazo debajo de los catres en busca de sistemas de vigilancia. El wookiee encontró y recogió tres antes de volver la mirada hacia las paredes...

... para contemplarlas con una expresión consternada.

Su pelaje acabaría recubierto de líquido viscoso. Han tendría que ayudarlo a quitárselo. De una manera o de otra, Han acabaría teniendo que tocar aquella sustancia repugnante.

-De acuerdo, bebé hiperdesarrollado -dijo Han.

Le arrojó su saco de dormir a Chewie, quien lo dobló y lo desdobló con la energía suficiente para hacer que el plástico crujiera ruidosamente.

Han se subió al catre más cercano, entrecerró los ojos y metió los dedos en el líquido viscoso que rezumaba de la pared. La sensación era tan repugnante como la que había experimentado cuando tocó la piel del maléfico Waru en la Estación Crseih. El líquido estaba caliente y viscoso. Han sabía que tardaría días en poder quitarse aquel hedor de los dedos. Inspeccionó meticulosamente las paredes y el techo y encontró cuatro sistemas de vigilancia más, algunos de ellos bastante oxidados.

Han los retiró todos, incluso los oxidados. Después hizo que Chewie le entregara los tres que había localizado durante su búsqueda. Chewie llevó a cabo una enérgica pantomima de saltar sobre ellos, pero Han meneó la cabeza.

Llevó los sistemas de vigilancia al pasillo y los arrojó al cubículo contiguo. De esa manera los sistemas captarían un cierto ruido ambiental, y Han no tendría que volver a rebuscar entre el líquido viscoso antes de que se fueran.

Después se lavó las manos en el pozo que había al final del pasillo, dedicando una atención especial a las uñas.

Cuando volvía al cubículo, se sorprendió al ver que la puerta seguía estando abierta. Han decidió desenfundar su desintegrador antes de entrar.

Una vez dentro vio que Chewie estaba apuntando a Seluss con su arco de energía. El diminuto sullustano mantenía las manos enguantadas alzadas hacia el techo, y permanecía en silencio. Sus enormes ojos relucían con los destellos del miedo, y sus grandes orejas estaban inclinadas hacia adelante en una postura defensiva.

-Buen trabajo -le dijo a Chewie mientras acababa de entrar y cerraba la puerta-. No sé si lo sabes, Seluss, pero siempre resulta más fácil asesinar a alguien después de que se haya quedado dormido.

Seluss respondió con una patética serie de chillidos ratoniles.

-Sí, claro. Crearé que has venido aquí en una misión de paz cuando me deje de doler el trasero. -Han mantuvo los ojos clavados en el sullustano y se apoyó en la puerta-. ¿Quieres explicarnos por qué estás aquí?

Seluss asintió. Su parloteo era muy veloz, y Han no había tenido muchas ocasiones de utilizar el sullustano desde la batalla de Endor. Miró a Chewie, y vio que Chewie tampoco estaba entendiendo muy bien lo que decía Seluss.

-No voy a matarte hasta que hayas acabado -le dijo al sullustano-, así que creo que te conviene tomártelo con más calma.

Los pliegues de carne situados sobre la boca de Seluss se retorcieron. Su labio inferior se extendió hacia afuera. El sullustano siguió hablando, pero mucho más despacio.

Mucho, mucho más despacio...

Esta vez Han entendió lo que le estaba diciendo, o por lo menos creyó entenderlo.

-Vamos a ver si lo he comprendido -dijo después-. ¿Jarril te dijo que dispararas contra mí en cuanto llegara para que todo el mundo pensara que somos enemigos? De esa manera nadie te seguiría y nadie se daría cuenta de que me estabas hablando, ¿eh? ¿Crees que nos está diciendo la verdad, Chewie?

Chewie estuvo gruñendo durante unos momentos.

El lenguaje es un poco tosco, pero me parece que el significado está muy claro. -Han asintió-. Ha sido una idea realmente muy estúpida. Haz otro intento, Seluss.

Seluss dio un paso hacia adelante, hablando a toda velocidad mientras se movía. El desintegrador de Han surgió de su funda, y el dedo apoyado en el gatillo intentó resistir la poderosa tentación de empezar a apretarlo.

-No te muevas, amigo -dijo Han-. Hoy tengo un día bastante irritable.

Seluss se quedó inmóvil y después levantó las manos. Volvió a emitir un chorro de estridente parloteo -aunque esta vez más despacio-, y Han empezó a escucharle.

«Estoy metido en esto hasta las cejas..., y puede que hasta un poco más arriba», había dicho Jarril.

A su manera llena de pánico, Seluss se lo estaba confirmando.

-¿Qué has dicho que transportaban? ¿Equipo imperial? ¿Esa chatarra inservible que los jawas recogían en Tatooine? -Han frunció el ceño. Aquello no tenía ningún sentido, y desde luego no a los precios que estaba recitando Seluss-. No entiendo por qué tú y Jarril os quejáis tanto cuando este negocio os está haciendo tan ricos.

Seluss miró a Chewie.

Chewie se encogió de hombros.

-Vale, vale... Estoy de acuerdo contigo -dijo Han-. Ni siquiera esa clase de suma se merece que uno muera por ella. Pero ¿cómo sabes que todas esas muertes están relacionadas entre sí?

Seluss soltó una veloz retahíla de sonidos. Después hendió el aire con el brazo por tres veces y dejó escapar un gemido.

-¿Los tres tipos que han muerto habían hablado de esto? ¿No tenían ninguna otra cosa en común?

Seluss soltó un gruñido que resultaba realmente ridículo cuando se lo comparaba con los que era capaz de emitir Chewie, pero que no dejaba de ser una amenaza a pesar de ello. Chewie dio un paso hacia adelante, pero Han le detuvo con un gesto de la mano.

-Bueno, Chewie... Si algún día desaparezco para llevar a cabo esa clase de misión y no vuelvo, espero que te preocuparás por mí tanto como Seluss se está preocupando por Jarril. -Han empuñó con más fuerza su desintegrador y se aseguró de que el cañón seguía apuntando a Seluss-. He de pensar un poco en todo esto.

Básicamente Seluss había confirmado la historia de Jarril, pero también le había añadido ciertos detalles. La mayoría de contrabandistas del Pasillo estaban vendiendo equipo imperial que no era más que chatarra a unos precios realmente escandalosos y, o eso afirmaban tanto Jarril como Seluss, algunos estaban muriendo a causa de ello. Han seguía sin saber qué relación había entre todo eso y la explosión de Coruscant, pero sabía que tenía que haber alguna clase de relación.

El hecho de que Jarril no hubiera vuelto también añadía cierta veracidad a la historia, y el altamente estúpido plan de Seluss le añadía un poquito más. Jarril siempre estaba haciendo ese tipo de cosas para confundir a los demás. Seluss había atacado a Han para que todo el mundo pensara que eran enemigos y no se dieran cuenta de que en realidad querían hablar. De una manera tan curiosa como retorcida, todo tenía una cierta lógica.

Han bajó su desintegrador.

Chewie soltó un gemido.

-Tranquilo, Chewie -dijo Han-. Creo que podemos confiar en este tipejo..., por el momento.

Chewie bajó su arco de energía, pero siguió manteniéndolo firmemente sujeto en su manaza peluda.

-¿Qué crees que puedo hacer? -preguntó Han.

Seluss respondió con un suave chirrido.

-Pues yo pienso que tú tienes más probabilidades de llegar a descubrir quién está comprando el equipo que yo.

Seluss meneó la cabeza sin dejar de hablar ni un solo instante.

-¿Recursos? Tenéis todos los recursos necesarios aquí mismo. Vosotros sois los tipos que están tratando con los compradores, ¿no? Bueno, pues basta con saltarse una etapa.

Seluss respondió con una sacudida de cabeza realmente enfática, y empezó a hablar a tal velocidad que Han casi perdió el hilo de lo que estaba diciendo..., pero aun así logró entenderlo.

-¿Esos tres tipos habían intentado saltarse a los compradores? ¿Y los tres fueron encontrados muertos poco tiempo después? -Han dejó escapar un suave silbido por entre los dientes-. ¿Y Jarril también intentó llegar hasta el origen de todo esto?

Seluss inclino la cabeza. Su parloteo se había vuelto casi titubeante.



-Jarril recurrió a mí. -Han suspiró y acabó de bajar el desintegrador. Jarril había desaparecido, y Han estaba empezando a pensar que todo aquello no le gustaba nada. Si Jarril había muerto por haber ido a verle, eso quería decir que quienquiera que hubiese matado a Jarril podía elegir a Han como próxima víctima-. Maravilloso.

Seluss le pidió disculpas con un par de chirridos.

Chewie parecía bastante preocupado. La situación era peor de lo que se habían imaginado..., bastante peor.

-Muy bien -dijo Han, mirando a Seluss-. ¿Cuál es el plan?

Seluss miró primero a Chewie y después a Han, y acabó soltando unos cuantos chasquidos y gañidos.

-¿Me estás diciendo que no tienes ningún plan?! -Han estaba tan disgustado que empezó a agitar el desintegrador delante de su cara. Seluss se encogió. Han no tenía el dedo en el gatillo, por lo que no entendió la exagerada reacción del sullustano-. No tienes ningún plan. Cada vez que lo pregunto, siempre resulta que nadie tiene ningún plan. ¿Cómo es posible que nadie tenga ningún plan?

Chewie rugió.

Seluss, que se había acurrucado junto a los catres llenos de moho, dejó escapar otro torrente de ruiditos.

-¿Pensabas que yo tendría un plan? Pero si acabo de enterarme de todo esto, amigo. Encárgate de trazar el plan, Chewie.

Chewie meneó la cabeza.

-Estupendo -dijo Han-. Sencillamente estupendo... Vengo aquí para hacerle un favor a un hombre que ha desaparecido, y me encuentro con que ni siquiera ha tenido el detalle de dejarme preparado un plan.

Seluss soltó unos cuantos siseos y chasquidos.

-Muchísimas gracias -dijo Han-. Pero, y conste que no sabría explicarte por qué, tengo la sensación de que esto tiene bastante más que ver con el hecho de que Jarril siempre fue un pésimo organizador que con su fe en mi brillantez intelectual.

O quizá estaba relacionado con el miedo de que había dado muestra Jarril el día en que estalló la bomba, que había sido indudablemente real y muy intenso. Quizá Jarril había sido sencillamente incapaz de hacer ningún plan para el futuro.

Seluss estaba observando a Han a través de sus manos enguantadas. Chewie fingía inspeccionar su arco de energía.

-Por supuesto que se me ocurrirá un plan -dijo Han-. Siempre se me acaba ocurriendo algún plan, ¿no? Chewie gruñó.

-No garantizo que sea un plan de gran calidad, bola peluda. Ni siquiera garantizo que vaya a dar resultado, naturalmente... -Han les fulminó con la mirada-. Y de momento me parece que tendremos que conformarnos con eso.

## Diecisiete



Cole fue retrocediendo lentamente sin apartar la mirada del ala-X de Skywalker y después giró sobre sus talones y fue corriendo hacia el caza modernizado más próximo. La unidad R2 le estaba lanzando un torrente de pitidos, como si estuviera riñéndole por abandonar su puesto.

-Escucha, Erredós: si vamos a trabajar juntos, tendrás que confiar en mí -dijo Cole.

¿Acababa de decirle eso a un androide? Cole meneó la cabeza con incredulidad y subió a la plataforma de trabajo sobre la que estaba colocado el ala-X reacondicionado. Su ordenador estaba sujeto con tuercas, y Cole no se había acordado de coger la llave rotadora.

Erredós apareció detrás de él con la llave rotadora en su garra extendida. Unas cuantas herramientas más del equipo de Cole colgaban de Erredós, y su abigarrada disposición recordaba los montajes espaciales del planeta Artesia.

-Gracias -dijo Cole, y le sonrió-. Supongo que yo también tendré que confiar en ti.

Erredós emitió un zumbido para indicar que estaba totalmente de acuerdo con él.

Cole sacó parte del panel del ala-X reacondicionado y después se echó hacia atrás hasta quedar apoyado en los talones mientras dejaba escapar un suave silbido. Aquel ala-X también contenía un detonador.

Al igual que el ala-X reacondicionado que examinó a continuación, y que el siguiente...

Erredós soltó un apremiante trino electrónico y Cole asintió. Los dos estaban pensando lo mismo. Si los alas-X reacondicionados habían sido saboteados, ¿habrían sido saboteados también los nuevos cazas?

Eso resultaría un poco más difícil de descubrir. Cole no estaba autorizado a trabajar en los nuevos alas-X, pero... Bueno, daba igual. Si le pillaban, informaría a sus superiores de lo que había descubierto.

Pero ¿a quién debía informar? ¿Y si alguien del hangar de mantenimiento había autorizado la instalación de aquellos sistemas? Skywalker quizá no andaba tan desencaminado cuando afirmó que los kloperianos habían hecho prisionero a su pequeño androide.

Cole miró a Erredós, y Erredós dejó escapar un suave gemido quejumbroso.

-Sí, estamos metidos en un buen lío -dijo Cole.

Pero después decidió que examinaría los nuevos alas-X antes de dejarse llevar por el pánico. Quizá el problema sólo estaba presente en los modelos reacondicionados.

Se irguió sobre la plataforma y recorrió el hangar con la mirada, esperando ver un ala-X nuevo. Sólo encontró el modelo estacionado en su impecable plaza de aparcamiento. Y dado que se había quedado a trabajar hasta muy tarde, Cole era el único mecánico presente en el hangar. Los androides de mantenimiento estaban en el área de montaje principal de los alas-X. Cole no había visto a ningún kloperiano, y todos los humanos habían terminado su turno hacía rato.

Salvo él.

O eso esperaba.

-¿Puedes montar guardia para que no me sorprendan, Erredós?

El pequeño androide emitió dos zumbidos en un tono bastante ofendido, aunque Cole no tenía ningún deseo de examinar el enigma que constituía el cómo había llegado a saber que la unidad R2 se sentía ofendida. El código de pitidos era algo que habían ido desarrollando de una manera casi inconsciente a lo largo de aquella tarde. Resultaba obvio que el pequeño androide estaba acostumbrado a trabajar con seres humanos.

-De acuerdo. Bien, vamos allá...

Cole saltó de la plataforma, bajó a Erredós al suelo y fue hacia el prototipo del ala-X. Antes de llegar a él se volvió para averiguar qué estaba haciendo Erredós y vio que había empezado a recoger unas cuantas herramientas más que Cole había olvidado que iba a necesitar. Cole por fin entendía el porqué Skywalker se había mostrado tan preocupado cuando se dio cuenta de que tendría que prescindir de aquel pequeño androide. Erredós realmente era muy valioso.

-¡Date prisa! -siseó.

Fue a la zona de sensores e introdujo el código que abriría la puerta. El ordenador le preguntó cuál era su razón para entrar allí. Cole tecleó unas cuantas mentiras sobre una avería curiosamente uniforme que parecía estar presente en todos los alas-X nuevos y el ordenador permitió que la puerta se abriera ante él. Cole se dio cuenta de que le estaban temblando las manos. No sabía de cuánto tiempo dispondría antes de que los guardias o alguno de los supervisores aparecieran por el hangar.

Si lo hacían, se limitaría a explicarles la naturaleza del problema, enseñarles los artefactos y esperar, aunque eso fuera en contra de todas las reglas de la lógica, que en Coruscant no hubiera nadie que estuviera colaborando con los restos del Imperio.

Porque había muchas probabilidades de que esa persona o personas fueran las primeras en reaccionar a las mentiras que había introducido en el ordenador.

Cole subió por la escalerilla y se instaló en la carlinga del ala-X nuevo. La configuración de aquellos alas-X era un poco distinta de la del modelo antiguo, el T-65C-A2. En el nuevo modelo, el T-65D-A1, se podía acceder al nuevo sistema de ordenador desde la misma carlinga, lo cual proporcionaba más maniobrabilidad -y más opciones- al piloto mientras se encontraba en el espacio.

Aun así, el nuevo modelo de ala-X no había sido construido pensando en los trabajos de mantenimiento. De hecho, el ordenador resultaba difícil de manipular fuera cual fuese la posición que se adoptara. Cole consiguió incrustarse en un rincón de la carlinga y fue sacando las sujeciones. Le seguían temblando las manos. Nunca había hecho nada que estuviera prohibido.

O por lo menos no en Coruscant, desde luego. Cuando vivía en Tatooine, Cole había trabajado ocasionalmente en cazas que se suponía no debía tocar porque quería averiguar cómo funcionaban. Pero

en Tatooine había estado aprendiendo, y sus supervisores lo sabían. Lo que estaba haciendo en aquel hangar de Coruscant era investigar a las mismas personas que le habían dado trabajo.

El panel del ordenador se desprendió y cayó sobre sus manos. Cole se inclinó sobre el hueco y se encontró contemplando unos circuitos más sofisticados que cualquiera de los que hubiese visto jamás en un ala-X. Erredós también echó un vistazo, inclinando su cuerpo cilíndrico sobre el panel hasta donde se lo permitía su forma. Cole alzó la mirada. Erredós encendió una pequeña luz instalada en su cúpula y proyectó el haz luminoso sobre el hueco oculto detrás del ordenador.

-Gracias -dijo Cole.

Entrecerró los ojos y empezó a examinar los circuitos, asegurándose de que sus dedos no entraban en contacto con ninguno de ellos. Durante un momento pensó que no encontraría nada.

Pero entonces la insignia imperial brilló bajo la luz con un destello plateado. Cole apoyó la cabeza en el reborde metálico del ordenador. Aquellos alas-X -todos y cada uno de ellos- habían sido diseñados para estallar. Cole no quería ni pensar en todas las naves que había reacondicionado, y en todos los alas-X que ya estaban volando por el espacio, bombas flotantes que aguardaban el momento en que el piloto movería la palanca equivocada o pulsaría el botón erróneo.

Alzó la mirada hacia el pequeño androide. Erredós apagó su luz.

-¿Puedes averiguar rápidamente cuántos alas-X han sufrido accidentes después de salir de Coruscant? -preguntó.

Erredós respondió con un pitido de afirmación.

-Pues entonces hazlo -dijo Cole, agarrando el borde del ordenador y disponiéndose a volver a dejarlo en su sitio..., y quedándose totalmente inmóvil en cuanto oyó un crujido.

Erredós se hundió unos centímetros sobre sus ruedas. El androide emitió un suave zumbido, y Cole pensó que el sonido parecía una advertencia.

Un instante después sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

-Así que la notificación era correcta después de todo -dijo una grave voz masculina-. Tenemos a un saboteador, ¿eh? Sal de ahí.

Erredós gimió. Cole volvió a dejar el panel del ordenador en su sitio con mucho cuidado, y después se apoyó en el asiento del piloto y se aseguró de que ninguno de los mecanismos internos estaba en contacto con algún otro sistema.

-¡He dicho que salgas!

Cole se fue incorporando lentamente con las manos en alto. Estaba rodeado por media docena de guardias de seguridad cuyos desintegradores le apuntaban a la cabeza.

\* \* \*

Nandreeson se recostó en su sillón recubierto de piel de baquor. La mitad superior no estaba lo suficientemente viscosa, y Nandreeson experimentó una molesta sensación de frío y humedad en la piel. Pero sus piernas estaban agradablemente calientes. Se encontraban debajo del agua y toda esa sección del sillón estaba recubierta de algas, lo cual indicaba que por lo menos esa parte sí había sido objeto de la atención necesaria.

Había estado ausente de Salto 6 durante tres días para investigar la pérdida de uno de sus hombres en el Borde Exterior. Cuando volvió al Pasillo de los Contrabandistas, se encontró con que alguien había sustituido su viejo sillón por uno nuevo y enseguida descubrió que no habían conseguido acondicionarlo adecuadamente. Cuando hubiera descansado, Nandreeson inspeccionaría el resto de sus aposentos para averiguar qué otros errores se habían cometido en su ausencia.

Hasta el momento todo parecía estar impecable. El aire se hallaba tan saturado de humedad que casi era visible. Enjambres de mosquitos diminutos se reunían para formar una gran nube, y los moscones de miel de Eilnian revoloteaban sobre la pared del fondo. Los moscones de miel ya casi estaban lo suficientemente maduros para ser comidos. Nandreeson sintió que le ardía la boca sólo de pensar en ello.

Los nenúfares habían florecido sobre la superficie del estanque, y alguien había raspado las paredes hasta dejar amontonadas todas las algas en un lado, probablemente con vistas a su acondicionamiento posterior. Las burbujas subían lentamente por el centro del estanque, estallando en el aire entre un hedor de azufre.

Pero antes tenía que ocuparse de algunos asuntos pendientes. Había enviado a toda su gente a sus lechos modulares, y se había quedado a solas con Isner. Al igual que Nandreeson, Isner era un glottalfib, pero su hocico era unos quince centímetros más corto y sus dientes se habían desgastado hasta quedar convertidos en una especie de pepitas casi invisibles. Sus ojos reposaban encima de su hocico como pequeños escarabajos. Sus manecitas flotaban sobre la superficie del agua, y su cola estaba enroscada alrededor de la base del sillón. Una tira de algas -un resto del viaje submarino que Isner había emprendido a través del estanque para asegurarse de que nadie había introducido venenos, sistemas de vigilancia o cualquier tipo de artefacto nocivo en las espesas aguas- colgaba de su fosa nasal derecha. Sus agallas seguían abriéndose y cerrándose, como si Isner no pudiera obtener suficiente aire.

Nandreeson pronto tendría que sustituirle. Isner estaba envejeciendo. Sus escamas ya empezaban a desprenderse después de dos o tres días sin agua. Isner había construido un estanque de viscosidad en sus aposentos del Huevo de Plata para evitar perder demasiadas escamas durante un viaje espacial prolongado.

-Corren rumores de que Han Solo está en Salto 1 -dijo Nandreeson.

Una diminuta llama emergió del lado izquierdo de su hocico. Estaba más hambriento de lo que había creído.

-Sí -dijo Isner-. Se está alojando allí. Ha sido cosa de Jarril.

-Jarril... -Nandreeson sumergió el hocico en el agua caliente y aceitosa. Aquello enfrió una parte de su ardor. No tenía ganas de ir a la pared de los moscones de miel para empezar a buscar los que ya estuvieran maduros. Cuando fuera a nadar, quizá se llevaría consigo un huevo de sigilero y se lo comería crudo-. La semana pasada Jarril me pagó la deuda que había contraído conmigo. Treinta mil créditos... No me sentí muy complacido.

-Eso quiere decir que ha conseguido ganar mucho dinero.

Nandreeson se sacudió para hacer caer las gotas de agua de su hocico.

-Todo el mundo está ganando mucho dinero. Llevo meses sin firmar un préstamo mínimamente sustancioso. Jarril es uno de los muchos que me han pagado lo que me debían. Si las cosas siguen igual, tendré que dedicarme a otro negocio.

-Tal vez deberíamos marcharnos del Pasillo -dijo Isner-. Este sitio ha cambiado demasiado para que pueda seguir sintiéndome cómodo en él. No me gustan los contrabandistas ricos. No son divertidos.

Nandreeson sonrió.

-Debo admitir que el desafío se ha esfumado -dijo después-. Y si conociera un sitio más conveniente para los negocios que el Pasillo, me iría allí. Pero de momento este lugar todavía puede ofrecernos bastantes oportunidades de hacer negocios.

-¿Qué me dices de Glottal? -preguntó Isner.

Nandreeson frunció el ceño. Su planeta natal, con sus estanques y sus zonas cenagosas, sus helechos y sus deliciosos insectos, sus oscuros bosques y su atmósfera pegajosa y húmeda, le atraía con la potencia casi irresistible de un imán ancestral. Pero en Glottal sólo sería uno más entre un millar de 'fibs ricos. Allí era el único 'fib rico, y uno de los señores del crimen mas poderosos de toda la galaxia. El segundo título no significaría absolutamente nada en Glottal.

-Todavía no estoy preparado para ir a Glottal -dijo. Iría allí cuando estuviera a punto de morir. Se reproduciría, y dejaría su fortuna a aquellos descendientes suyos que consiguieran sobrevivir-. No, no... Necesito un nuevo negocio, y una nueva diversión.

-Podrías empezar a traficar con equipo imperial.

Nandreeson hizo girar un ojo en su cuenca y lo utilizó para mirar fijamente a Isner.

-Prefiero los créditos y los tesoros relucientes. El equipo tiene un mercado muy limitado. En cuanto el comprador haya encontrado todo lo que andaba buscando o haya conseguido poner en marcha sus propias fábricas, esta riqueza repentina cesará de llegar..., y todo un grupo de contrabandistas que se han acostumbrado a vivir a lo grande volverá a necesitar dinero. -Sonrió-. Quizá nos estamos dejando asustar demasiado pronto por los caprichos del mercado. Paciencia, mi querido muchacho... La paciencia es el lema de los sabios.

Isner se introdujo un poco más en el agua y nadó hasta el otro lado del estanque. La curva de su espina dorsal se alzó por encima de la superficie, y unas cuantas escamas se desprendieron bajo el roce de las algas.

Nunca me has dado la impresión de ser particularmente paciente -dijo después desde la seguridad de su nueva posición.

La lengua de Nandreeson surgió velozmente de su boca y capturó un puñado de mosquitos. Nandreeson los asó con su aliento y los engulló, disfrutando de aquel pequeño aperitivo. Iba a necesitar una cena muy copiosa.

-Soy paciente -dijo-. Soy muy paciente, y la paciencia suele ser recompensada. Piensa en Calrissian, por ejemplo.

-Calrissian lleva diecisiete años sin acercarse al Pasillo.

Nandreeson engulló el último mosquito. Su estómago emitió un gorgoteo ahogado.

-Pero pronto estará aquí.

-No puedes estar seguro de ello -dijo Iisner.

Nandreeson hizo girar su otro ojo hacia él. Iisner se sumergió en el agua hasta que sólo sus ojos y la parte superior de su cabeza siguieron siendo visibles.

-Estoy seguro de ello, y aunque aprecio tus consejos, no me gustan nada tus dudas -le dijo Nandreeson-. Calrissian estará aquí porque Solo está aquí.

Iisner expulsó dos chorritos de agua por sus fosas nasales. Los fragmentos de algas salieron disparados por los aires y cayeron sobre las rocas cubiertas de musgo que circundaban el estanque. Después Iisner se irguió lo suficiente para poder hablar.

-Solo y Calrissian no son socios -dijo-. Nunca han viajado juntos. Antes de que se casara, Solo sólo viajaba con el wookiee.

-No prestas la suficiente atención a lo que ocurre a tu alrededor. -Nandreeson se sumergió un poco más en el agua caliente. La falta de viscosidad del respaldo del sillón hizo que sintiera un escalofrío-. Desde que Calrissian perdió la Ciudad de las Nubes, él y Solo han unido sus fuerzas durante cada amenaza imperial.

¿Y?

¿Y? -Nandreeson hizo estallar una burbuja de azufre debajo del agua. El estallido creó varias burbujas más pequeñas que subieron a la superficie-. ¿Qué es lo que ha cambiado en el Pasillo, mi querido Iisner?

La boca de Iisner se abrió hasta alcanzar un diámetro lo suficientemente grande para engullir toda una orilla de nenúfares.

-El equipo imperial.

-Exactamente -dijo Nandreeson-. Y aparte de Han Solo y su wookiee, ¿quién hay en la Nueva República que sepa cómo llegar hasta el Pasillo?

-Calrissian... -Iisner pronunció el nombre en un tono tan entrecortado y jadeante como si fuese una palabra sagrada-. Tienes algún plan, ¿verdad?

-Por supuesto que sí -dijo Nandreeson. Sonrió, y pequeñas lenguas de llamas lamieron las comisuras de su boca-. Aunque en este caso tal vez no me haga falta...

## Dieciocho



Lando redujo la velocidad cuando el *Dama Suerte* estaba a punto de cruzar el inicio del cinturón de asteroides que ocultaba al Pasillo de los Contrabandistas. Si seguía adelante, entraría en el radio de detección de los sensores y entonces todos sabrían que se encontraba cerca. De repente su estallido de heroísmo le pareció un auténtico ejercicio académico en el arte de la estupidez. Llevaba más de una década manteniéndose alejado del Pasillo. ¿Qué le hacía pensar que podía entrar allí y pasearse por sus cavernas?

Han, naturalmente.

Ni todas las buenas intenciones de la galaxia bastarían para salvarle de Nandreeson, y las disculpas o la promesa de devolver al glottalfib lo que le había robado tampoco servirían de nada. Lo que años antes había parecido una cuestión de honor empezaba a parecerle una mera fanfarronada inútil. Lando había conseguido robar unos cuantos tesoros del almacén privado de Nandreeson. Había sido capaz de enfrentarse a 1,1 atmósfera húmeda y pestilente, el agua viscosa y los traicioneros nenúfares. Había contenido la respiración durante casi cuatro minutos, y había salido de allí con el bolsillo de su traje de

buzo conteniendo las riquezas suficientes para llenar su propio cuarto de los tesoros durante varios años. Había hecho todo eso..., ¿y qué había conseguido con ello?

Los últimos créditos habían desaparecido cuando Vader le obligó a huir de la Ciudad de las Nubes. La definición personal de lo que podía considerarse como una hazaña por la que se guiaba Lando también había cambiado bastante desde entonces. Contribuir a que la Alianza saliese vencedora de la batalla de Endor había llegado a significar mucho más para Lando que el demostrar su superioridad intelectual sobre Nandreezon.

Después de haber creado un hogar entre los rebeldes, Lando había descubierto que sus actos de piratería no significaban nada cuando se los comparaba con las heroicidades de Leia, que había perdido su hogar y su familia y había seguido siendo capaz de luchar en defensa de sus convicciones sin detenerse a recuperar el aliento; o con las de Luke, que se había enfrentado una y otra vez al mal que se ocultaba dentro de él.

O con las de Han, que se había metido una y otra vez en situaciones aparentemente desesperadas y que siempre había emergido victorioso de ellas.

Aunque esta vez el final podía ser muy distinto...

Lando se levantó y empezó a ir y venir por la cabina de control. Había traído consigo media docena de androides para distintos usos. Leia también le había obligado a aceptar una considerable cantidad de créditos para que pudiera comprar información en el Pasillo.

Y además se había traído consigo un pequeño arsenal que estaba escondido en los compartimentos secretos para el contrabando del *Dama Suerte*. Los contrabandistas podían encontrar sus armas, y podían no encontrarlas. Lando no había llegado a su situación actual sin correr algún riesgo de vez en cuando.

Se detuvo, se inclinó hacia adelante y contempló el Pasillo a través del transpariacero de la cabina. Visto desde aquella distancia, parecía como si un artista hubiera deslizado un pincel impregnado de polvo de plata sobre la negrura del espacio. Los asteroides centelleaban bajo la luz de una estrella cercana. Los restos estelares formaban una franja lechosa que iba desplegando de un asteroide a otro.

El Pasillo existía desde hacía mucho, mucho tiempo. La entrada podía dar muchos problemas a quien no conociera el camino. La mayoría de las muchas naves que habían quedado atrapadas en los campos de restos estelares pertenecían al Imperio. El Emperador había hecho varios intentos de dar con el Pasillo, pensando que podría reclutar a sus moradores. Las naves que no se estrellaron contra las rocas fueron desintegradas a cañonazos.

Los contrabandistas sólo trabajaban para ellos mismos.

El Emperador nunca había sido capaz de entender esa sencilla verdad.

Pero Lando siempre la tenía presente.

El extraño frío que le había seguido desde que se encontró con el Dama Apasionada flotando a la deriva en el espacio parecía ser más intenso allí. Lando comprobó los controles ambientales por decimoquinta vez. Estaban funcionando a la perfección.

Si se echaba atrás y algo le ocurría a Han, aquel incidente quedaría grabado en su memoria de una forma todavía más indeleble que el momento en que la carbonita le había arrebatado a Han. Un hombre no podía traicionar a un amigo dos veces. A pesar de las discusiones y peleas que habían tenido, Han sabría encontrar una forma de sacar a Lando de una situación peligrosa.

Lando tenía que hacer lo mismo.

Los recuerdos del Pasillo surgieron de las profundidades de su memoria: las cámaras malolientes y oscuras de Salto 1, las mesas de juego, los continuos intentos de estafar a los demás, los duelos que le habían obligado a vigilar su espalda, y las amistades de aquellos tiempos que todavía conservaba...

O que creía conservar. Nandreezon podía comprar a cualquiera si estaba dispuesto a pagar el dinero suficiente. A cualquiera salvo a Han.

Lando sólo tenía que encontrar a Han, advertirle y salir del Pasillo. Las primeras dos cosas tal vez no resultaran demasiado difíciles. La tercera sí lo sería. Pero Lando habría cumplido su misión, y eso era lo único que importaba.

Aun así, sólo un estúpido sería lo suficientemente temerario para no tratar de procurarse una salida de emergencia.

Tecleó un mensaje en código, lo envió a Mara y después envió un duplicado del mensaje a Leia, acompañándolo con instrucciones de que se lo transmitiese a Mara. Era la mejor forma de asegurarse una salida de emergencia.

Después volvió a sentarse en el sillón del piloto, se puso el arnés de seguridad y dirigió el morro del *Dama Suerte* hacia el Pasillo de los Contrabandistas. Lando puso los motores al máximo, con lo que la

nave adquirió una velocidad tremenda. Mientras avanzaba hacia el Pasillo, Lando se inclinó por debajo de la consola, cogió su llave láser multiusos y sacó el panel. Extrajo tres chips, se los metió en el bolsillo y contempló cómo todas las zonas vitales de la nave iban dejando de recibir energía.

El *Dama Suerte* había quedado paralizado, y se precipitaba hacia el Pasillo.

Lando se volvió hacia la consola de comunicaciones y envió al Pasillo una copia del manifiesto de carga legal del *Dama Suerte*..., lo cual era el equivalente al SOS entre los contrabandistas.

\* \* \*

Luke posó el ala-X sobre una espaciosa pista metálica en la cara norte de Telti. Grandes cúpulas se alzaban alrededor de la pista, cúpulas metálicas que brotaban de un paisaje desnudo y azotado por la arena. Cuando leyó los informes sobre Telti, Luke había pensado que se parecería a Tatooine y que se encontraría con un planeta desértico, pero nada más salir del ala-X comprendió que se había equivocado.

Tatooine estaba lleno de vida. Había muchas criaturas viviendo en la arena, e incluso los soles emanaban una impalpable presencia.

Pero Telti era una luna. Carecía de atmósfera, y no tenía vida propia. La tierra que cubría la bola que flotaba a través del espacio era sólo eso..., tierra. Y sin embargo la luna estaba llena de edificios en forma de cúpula y de pistas metálicas. Mientras descendía, el ordenador de Luke le había mostrado que los edificios estaban conectados entre sí por una red de túneles.

Luke estaba alargando la mano hacia su máscara respiratoria cuando la pista empezó a moverse. Un viejo reflejo hizo que mirase por encima de su hombro para ver cómo estaba reaccionando Erredós.

Pero Erredós no estaba allí.

Luke nunca se había sentido más solo. No había hablado con un solo ser vivo desde que se despidió de la madre de Brakiss. La anciana le había explicado cómo podía llegar hasta Telti y le había descrito el camino, todo ello sin dejar de advertirle en ningún momento de que debía mantenerse alejado de su hijo.

Todas sus comunicaciones con Telti se habían llevado a cabo entre un ordenador y otro ordenador. La luna metálica había llegado al extremo de enviar sus coordenadas de descenso directamente a la unidad de navegación. Luke había intentado ponerse en contacto con Brakiss, y en cada uno de sus intentos se le dijo que la comunicación vocal con la luna estaba bloqueada... deliberadamente.

Telti rara vez recibía visitas, y los visitantes no eran bienvenidos.

Pero aunque ese mensaje había sido enviado con toda claridad, Luke no tuvo problemas para llegar a Telti. En realidad no había esperado tener ninguna clase de problemas. Brakiss le estaba esperando.

Y Luke quería saber por qué.

Lo que estaba ocurriendo, fuera lo que fuese, era mucho más grande que una mera relación maestro-discípulo que había terminado mal. Brakiss estaba trabajando para alguien -probablemente para el Imperio-, y debía atraer a Luke hacia una trampa.

Luke se dejaría atraer.

Pero no caería en la trampa.

La pista siguió avanzando, moviéndose de una manera muy parecida a una cinta transportadora en una fábrica, y fue llevándole lentamente hacia un edificio cercano. Luke podía despegar en cualquier momento. Aquel movimiento no formaba parte de la trampa, y sólo era un aspecto más del funcionamiento cotidiano de las instalaciones de Telti.

Un lado de la cúpula que se alzaba ante él empezó a subir y se fue aplastando sobre sí mismo igual que si fuera un abanico. No había luces dentro, de la misma manera en que no las había habido en la pista de descenso.

Pero Luke pudo percibir una presencia.

Brakiss.

No estaba dentro de la cúpula, sino en Telti...

... y le estaba esperando.

Si Luke podía percibir la presencia de Brakiss, bastarían unos momentos para que Brakiss pudiera percibir la presencia de Luke..., y eso suponiendo que todavía no estuviera al corriente de la llegada de Luke.

Y entonces Luke quizá por fin obtendría algunas de las respuestas que andaba buscando.

Su solicitud de información sobre Telti no le había proporcionado ningún dato interesante, desde luego. Las fuentes de la Nueva República afirmaban que Telti era una colonia minera abandonada cuya riqueza había sido totalmente destruida por la explotación imperial. De todas sus antiguas fábricas sólo una continuaba en activo, y al parecer hacía algunos negocios con la Nueva República.

La única información que había logrado obtener sobre la luna había procedido de la madre de Brakiss. La anciana le había dicho que Brakiss por fin tenía un verdadero trabajo que hacer, y que temía que la presencia de Luke destruyera cualquier posibilidad de que su hijo llegara a tener un futuro.

Luke había pensado que la anciana se refería a que podía matar a Brakiss.

Pero de repente ya no estaba tan seguro de que se tratara de eso.

Encendió los focos delanteros de maniobra del ala-X. Los haces actuaron como un potente reflector e iluminaron el interior de la cúpula. El edificio estaba vacío, pero parecía ser un hangar lo suficientemente grande para acoger a docenas de naves. Había varias plataformas de descenso retráctiles incrustadas en el suelo. Más allá de ellas se divisaba una puerta abierta.

Y no había absolutamente ningún movimiento de ninguna clase.

La sensación de esterilidad seguía siendo muy intensa. Aparte de Brakiss, Luke no captaba la presencia de ninguna otra forma de vida. No había vida animal ni vegetal. No había nada que percibir, ni tan siquiera insectos.

Respiró hondo y llevó a cabo algunos de los ejercicios de relajación mental que enseñaba en la academia. Luke había esperado encontrarse con otra clase de mundo, y también había esperado ver otras criaturas vivas aparte de Brakiss.

Eso debería haberle tranquilizado, pero en realidad estaba empezando a preocuparle.

La pista metálica introdujo el ala-X en el edificio, y la puerta se cerró con un ruidoso rechinar. Luke no miró hacia atrás. Ya había hecho su elección, y se mantendría fiel a ella.

Varias luces esparcidas por el hangar se encendieron en el mismo instante en que se cerraba la puerta. Algunas iluminaron la plataforma desde abajo, y otras la iluminaron desde arriba. Una hilera de paneles luminosos se encendió en el techo, y un suave siseo le indicó que la atmósfera había cambiado. La atmósfera se había vuelto respirable.

Abrió la carlinga del ala-X. El aire estaba más caliente de lo que había esperado, y se hallaba impregnado por un tenue olor a metal, grasa y óxido. El olor a óxido le sorprendió. Luke no se lo esperaba.

Mientras salía de la carlinga, tuvo la vaga impresión de que ya había estado en aquel lugar anteriormente. Un instante después se dio cuenta de que había estado en un hangar semejante de Cabeza de Ancla cuando era un muchacho y Jabba el Hutt había intentado hacer unos cuantos negocios legales. Jabba había estado vendiendo deslizadores de superficie, y Luke y su tío Owen fueron hasta allí para comprar uno.

Los lacayos de Jabba habían colocado los deslizadores en una gran sala y habían instalado focos de exhibición que sólo iluminaban las zonas limpias y ocultaban la suciedad, las taras y las abolladuras. El tío Owen no hizo ninguna compra aquel día, y se quejó de que los números de identificación de todos los deslizadores habían sido borrados con lijadoras de chorro de arena. Luke tardó varios años en comprender que se trataba de vehículos robados.

Luke y su tío volvieron allí varias semanas después. Jabba y su negocio habían desaparecido. Lo único que quedaba de él eran las luces y las plataformas.

Luke pensó que era bastante extraño que nadie se le hubiera acercado. A esas alturas un androide de fábrica normal ya le habría enviado a un representante de ventas.

Brakiss de nuevo.

Tanto él como Luke sabían que aquélla no iba a ser una visita normal.

Cerró la carlinga del ala-X y activó los sellos de seguridad antes de saltar al suelo metálico. No servirían de mucho contra un saboteador realmente decidido, pero detendrían a un androide.

Brakiss disponía de otras formas de manipular a Luke.

Luke acarició su espada de luz, sintiéndose reconfortado por aquel peso casi imperceptible que colgaba de su cadera. Llevaba una camisa holgada y unos pantalones militares ceñidos a las piernas. Su capa se había quedado en el ala-X. No quería tener que cargar con nada que pudiera distraerle, y habiendo tanto equipo alrededor los ondulantes pliegues de una capa podían engancharse con gran facilidad en algún reborde metálico.



Tenía la boca seca. Había esperado una confrontación, pero no había esperado aquella ausencia total de cualquier clase de recibimiento.

Aun así, no había que olvidar que Brakiss seguía siendo un imperial. Le encantaban los juegos. Siempre le habían gustado.

Luke respiró hondo y fue hacia la puerta abierta. Probablemente estaba siendo observado. Brakiss tomaría nota de cada uno de los movimientos de Luke, desde el gesto con el que había acariciado la empuñadura de su espada de luz hasta el que había sellado el ala-X. Tenía que saber que Luke se sentiría inquieto en un lugar semejante.

Luke se detuvo delante de la puerta. El marco debería bastar para esconderle de cualquier holocámara oculta. Luke empezó a explorar el hangar a través de la Fuerza, desplegando zarcillos investigadores en busca de Brakiss.

La presencia de Brakiss era intensa, pero difusa. Luke no pudo localizar su punto de origen. Eso no le sorprendió. La madre de Brakiss le había dicho que su hijo estaba esperando a Luke..., lo cual significaba que Brakiss había tenido tiempo de sobras para prepararse.

Brakiss conocía muchos trucos, algunos de ellos enseñados por Luke y otros que podía haber aprendido del Imperio. Cualquier criatura sensible a la Fuerza era capaz de dispersar su presencia por un área limitada. El hecho de que Luke pudiera percibir la presencia de Brakiss no significaba que su antiguo discípulo se encontrara cerca de él.

Luke cruzó el umbral y entró en la sala contigua..., y se detuvo sin dar ni un solo paso más.

Miles de manos doradas colgaban del techo. Las manos derechas tenían la palma vuelta hacia afuera, y las manos izquierdas mostraban los nudillos. Todos los pulgares apuntaban en la misma dirección. Las manos relucían bajo la luz. Había más manos esparcidas sobre varias cintas transportadoras. Todas aquellas manos se hallaban en distintas fases de montaje. Algunas estaban unidas a antebrazos abiertos que revelaban un equipo bastante parecido al que contenía la muñeca derecha de Luke. Dedos sueltos estaban dispersos junto a las cintas transportadoras, y articulaciones de brazo de un delicado color oro esperaban ser unidas a hombros del mismo color.

Cetrespeó quizá hubiera empezado su vida en un lugar como aquél. Las cabezas cilíndricas de las unidades R2 también eran montadas en uno de aquellos edificios en forma de cúpula. Resultaba difícil creer que unos comienzos tan innobles pudieran haber acabado creando unas personalidades que habían llegado a ser tan importantes en la vida de Luke.

La sala se hallaba extrañamente silenciosa. Las cintas transportadoras estaban desconectadas, los controles no hacían ruido y no había ningún movimiento. Las manos colgaban de las alturas como estalactitas animadas por una leve sugerencia de vida.

Luke alzó la mirada hacia el techo. Los brazos reposaban sobre transportadores metálicos, y no estaban unidos a nada.

Luke sintió un alivio tan grande que casi rozaba lo palpable.

¿Hola? -gritó.

Su voz rebotó en el metal que le rodeaba, se convirtió en un sinfín de ecos y volvió a él bajo la forma de diminutos sonidos tintineantes.

-¿Hola?

Luke no tenía ni idea de qué debía hacer. No seguiría a los fantasmas del falso Brakiss en busca del verdadero. Brakiss probablemente quería conducirlo por una larga sucesión de salas como aquella, una llena de piernas y otra llena de torsos, debido a algún propósito misterioso e inexplicable.

-¿Hola? -volvió a gritar.

Permanecería allí, junto a la puerta abierta que conducía a su nave, hasta que obtuviera una respuesta.

A pesar de que empezaba a parecer que ésta no llegaría nunca.

## Diecinueve



Brakiss estaba siguiendo el avance de Luke de cuatro maneras distintas: mediante el equipo de vigilancia que había instalado por todo Telti; mediante el sistema de ordenadores; mediante un grupo de androides gladiadores especialmente diseñados que flanqueaban a Luke sin producir ningún ruido; y mediante la Fuerza. Sus sentidos de la Fuerza eran los más fiables. La presencia de Luke era tan aparatosamente detestable como si alguien hubiera arrojado un peñasco dentro del tranquilo estanque del mundo de Brakiss. Ya sabía que Luke iba a venir, pero aun así Brakiss no estaba preparado para la magnitud de la perturbación creada por su presencia.

Brakiss estaba en su centro de comunicaciones, en la cúpula del edificio donde se construían los androides de protocolo. Partes de androides experimentales colgaban de la curvatura del techo: ojos que escuchaban, manos que veían, bocas capaces de agarrar objetos... Sus favoritos eran los ojos, que no necesitaban estar instalados en un androide. Aquellos ojos podían captar todo lo que ocurría en una habitación y transmitir todas las imágenes que hubieran registrado. También tenían la ventaja añadida de que la mayoría de seres que veían mediante ojos los encontraban bastante aterradores. Brakiss todavía no estaba muy seguro de para qué podía utilizar los ojos, pero ya se le ocurriría algo.

Ésa era una de sus grandes habilidades. Telti había sacado a la luz sus poderes creativos. Ah, si Kueller hubiera permitido que Brakiss dirigiese la fábrica sin emplear sus capacidades para usar la Fuerza... Kueller le había prometido que no tendría que volver a mantener ningún tipo de relación con Alemania. Pero las promesas de Kueller nunca se cumplían, y eso era especialmente si además tenían algo que ver con Brakiss. Kueller estaba convencido de que había muy pocos guerreros con experiencia en el uso de la Fuerza, y también estaba firmemente decidido a utilizar a todos aquellos de los que disponía. El hombre con mayores talentos de que disponía en aquellos momentos era Brakiss.

En consecuencia, Brakiss tendría que atraer a Skywalker hacia la trampa de Kueller.

Brakiss se sentó. El asiento se adaptó a su cuerpo y lo sostuvo delicadamente. Alzó la mirada hacia las pantallas que había delante de él y vio cómo diez Luke Skywalker gritaban en una sala vacía..., vacía salvo por aquella multitud de manos de androides, claro. Incluso el poderoso Skywalker había parecido un poco sorprendido al encontrarse con ellas.

Skywalker no había cambiado. Y hubiera tenido que hacerlo, porque habían transcurrido bastantes años. Brakiss había oído decir que Skywalker había estado a punto de morir a bordo del *Ojo de Palpatine*, y sin embargo tenía el mismo aspecto de siempre. Su rostro curtido por la intemperie conservaba una indefinible cualidad juvenil, su cuerpo era esbelto y fuerte, y seguía estando envuelto por la aureola de confianza en sí mismo que siempre le había distinguido.

Esa confianza en sí mismo que había mostrado cuando obligó a Brakiss a enfrentarse a la oscuridad...

Brakiss tragó saliva. Le bastaba con pensar en ese momento de soledad absoluta habitada únicamente por Brakiss y los terribles males que Skywalker había lanzado contra él para que todo su cuerpo fuera recorrido por una oleada de violentos temblores. Si intentaba obligar a su memoria a que recordara todo lo ocurrido, sentía como si le fuera a estallar el cerebro. Brakiss había huido de aquella prueba tan deprisa como fue capaz de hacerlo, y cuando volvió con su madre la encontró viviendo bajo la sombra del Imperio. Había tenido que informar y lo había hecho, con la condición de que le dejarían marchar después.

Su información había sido lo suficientemente valiosa y su mente había quedado lo suficientemente dañada para que le dejaran marchar. Brakiss siguió huyendo hasta que Kueller le encontró, y Kueller había reconstruido su personalidad destrozada.

A cambio de un precio, naturalmente...

... y el precio había sido Skywalker.

Brakiss se inclinó hacia adelante y conectó el comunicador. Kueller respondió de inmediato, formando una pequeña imagen holográfica en el holocuaderno de Brakiss. Aquel Kueller parecía lo bastante diminuto para que Brakiss pudiera aplastarlo con su puño, pero aun así el poder que irradiaba la pequeña imagen hizo que Brakiss se encogiera en su asiento.

-Está aquí -dijo.

La máscara de Kueller sonrió.

-Excelente. Envíamelo.

Brakiss se lamió los labios.

-Estaba pensando... Había pensado que.. Quizá debería matarle. Por todo lo que me hizo, ya sabes... Skywalker me...

Kueller movió una mano y su sonrisa de esqueleto se hizo un poco mas ancha.

-Oh, por supuesto. Mátales.

Un escalofrío helado recorrió la espalda de Brakiss. Su victoria había resultado demasiado fácil.

-Pero pensaba que habías dicho que eras tú quien debía matar a Skywalker.

Kueller se encogió de hombros.

-Dudo que puedas matar a Skywalker, pero si lo haces... Bueno, en ese caso mi respuesta es muy sencilla: si matas a Skywalker, entonces tendré que matarte.

Kueller había hablado con una calma y una seguridad tan absolutas que Brakiss retrocedió unos centímetros más en su asiento.

-Creía que trabajábamos juntos -dijo.

-Y lo hacemos -dijo Kueller-. Pero la persona que mate al gran Jedi Luke Skywalker se convertirá en el ser más poderoso de la galaxia. Si le matas, entonces te apoderas de ese honor y no me dejas más elección que arrebatártelo.

-Pero el Emperador quería que Vader matara a Skywalker.

-El Emperador lleva mucho tiempo muerto, Brakiss. -La sonrisa de Kueller se había desvanecido-. Me parece que te convendría no olvidarlo.

Brakiss asintió.

-Y recuerda que si Skywalker muere yo lo sabré al instante -dijo Kueller.

La imagen de Kueller desapareció con un parpadeo luminoso. El aire brilló durante unos momentos alrededor del cuaderno holográfico y después el poder de la presencia de Kueller también se desvaneció. Brakiss puso el puño sobre el sitio en el que había estado la imagen y lo dejó caer sobre el cuaderno. Una punzada de dolor le atravesó la palma. Todavía no podía enfrentarse a Kueller..., pero algún día sería capaz de hacerlo.

Sólo era cuestión de tiempo.

Se llevó el puño al pecho y clavó la mirada en las pantallas. Skywalker había dejado de gritar. Tenía la cabeza vuelta hacia la cúpula y estaba frunciendo el ceño, con los labios ligeramente separados y los ojos ausentes y un poco vidriosos típicos del hombre que estaba percibiendo lo que le rodeaba únicamente a través de la Fuerza.

¿Había percibido la presencia de Kueller?

Tonterías. Nadie podía percibir una presencia a tanta distancia.

Ni siquiera Skywalker.

No, ni siquiera Skywalker podía ser capaz de algo semejante...

Brakiss se levantó y giró sobre sus talones. Chasqueó los dedos y un androide de protocolo entró en la sala. Aquel androide, C-9P0, era un modelo más nuevo que Brakiss había modificado para adaptarlo a sus necesidades. El borrado de memoria final llevado a cabo hacía dos meses, combinado con el aumento de la capacidad lingüística, permitían que aquel androide pudiera utilizarse para cosas que no tenían nada que ver con el lenguaje.

Skywalker tal vez nunca llegara a descubrirlo.

Aunque, una vez más, también cabía la posibilidad de que sí lo hiciera.

-Tenemos un invitado, Nuevepeó -dijo Brakiss.

-Lo sé, señor.

El androide había detenido sus dos metros de altura delante de él, y sus ojos dorados brillaban con los destellos de su luz interior.

-Llévalo a la sala de montaje y dile que me espere allí.

-Pero los invitados nunca entran en la sala de montaje, señor.

Brakiss le fulminó con la mirada. Nuevepeó, impasible e inmutable, siguió inmóvil delante de él sin que la reacción de Brakiss pareciera afectarle en lo más mínimo. Por muchos borrados de memoria a que fueran sometidos, había cosas en los androides de protocolo que nunca cambiaban.

-Este invitado no es un comprador.

-¿Qué es entonces, señor? Lo pregunto únicamente para saber cuál es la razón por la que ha de ir a la sala de montaje.

¿Qué era Skywalker en realidad? Brakiss sonrió, pero la sonrisa no contenía ni la más pequeña sombra de diversión. Skywalker no podía ser encajado en una categoría que el androide de protocolo entendiera.

-Es un maestro Jedi, Nuevepeó. No ha venido a hacer negocios con la fábrica.

-Ah -dijo Nuevepeó-. Entonces se trata de un asunto personal. Comprendo.

El androide giró sobre sus talones y salió de la sala con un curioso caminar tambaleante. Resultaba obvio que los pies diminutos del C-9 eran mucho menos prácticos que los pies de tamaño normal de la gama de modelos C-1 a G8.

Brakiss tendría que recordarlo.

Pero ni siquiera el pensar en los androides le estaba ayudando. Normalmente el hacerlo vaciaba su mente de miedos y preocupaciones, pero ya no era así. La presencia de Skywalker estaba por todas partes.

Cuanto más pronto sacara a Skywalker de Telti, tanto mejor.

\* \* \*

Fueron a Salto 5 en el *Halcón Milenario*. Seluss quería ir en uno de los saltadores, pero Han le recordó que era él quien hacía los planes.

Y Han no pensaba alejarse más de diez metros sin el *Halcón*.

Había decidido que necesitaba ver toda aquella extraña operación comercial con sus propios ojos. Había algo que no encajaba en todo aquello. Los contrabandistas siempre transportaban productos valiosos, y de repente les estaban pagando diez veces más de lo habitual a cambio de chatarra que cualquier señor del crimen provisto de un mínimo de recursos hubiera podido encontrar en docenas de mundos.

El Imperio, o lo que quedaba de él, ya no fabricaba nuevos equipos. La Nueva República se había asegurado de que no pudiera hacerlo cerrando todas las fábricas que consiguió localizar. Los prototipos y diseños fueron confiscados y destruidos. Si todavía había alguna fábrica en condiciones de operar, entonces aquel señor del crimen también tendría que pagar para obtener equipo imperial moderno de ella.

¿O sería quizá que había algo peculiar en el equipo antiguo, algo distinto?

Han tenía el presentimiento de que tal vez podría descubrirlo si conseguía echar un vistazo a los artículos que estaban vendiendo los contrabandistas. Por primera vez en mucho tiempo, echaba de menos a Cetrespeó. El Profesor hubiera podido informarle sobre las diferencias existentes en el equipo imperial, y si Cetrespeó no era capaz de hacerlo siempre se podía confiar en que Erredós les sacaría del apuro.

Viajar sin sus recursos habituales hacía que Han se sintiera un poco extraño.

Durante la época en que Han visitaba con regularidad el Pasillo, Salto 5 se hallaba abandonado. Las cavernas de Salto 5, aunque enormes, estaban recubiertas de piedra solar, y la temperatura ambiental en el interior era de unos cuarenta grados centígrados, con lo que resultaba insoportable para los humanos durante la mayor parte del tiempo y era francamente mortífera para muchas de las especies de gran tamaño que habitaban el Pasillo. Una década antes de la llegada de Han, una banda de contrabandistas humanos había vivido en las cavernas durante meses. Aquellos contrabandistas acabaron matándose unos a otros en una pelea que algunos afirmaron había sido provocada por el calor.

Han nunca había estado en Salto 5, y sólo había oído hablar de aquel lugar.

No estaba preparado para sus dimensiones, ni para su nivel de desarrollo.

La pista de descenso de las cavernas que ocupaban la periferia de Salto 5 era lo suficientemente grande para poder acoger sin problemas a seis paquebotes de pasajeros. Han llevaba años sin ver una pista de descenso tan grande fuera de Coruscant. El *Halcón* parecía muy pequeño al lado de las docenas de cargueros que esperaban, con las puertas de los compartimentos de carga abiertas, a que los elevadores de carga binarios terminaran de colocar las cajas y contenedores en su interior. Algunas de las cajas eran tan grandes como la cabina de control del *Halcón*.

Han miró a Chewie, quien soltó un gemido de asombro. Seluss, que había estado sentado en silencio detrás de ellos, empezó a parlotear a toda velocidad.

-Esas cajas podrían contener cualquier cosa, Seluss -dijo Han-. Quiero ver qué hay dentro de ellas.

Seluss emitió un nuevo torrente de crujidos y chasquidos.

Han no le hizo ningún caso. Sabía que nadie estaría dispuesto a abrir una caja para que pudiera echar un vistazo a su contenido..., y especialmente después de que hubiera abandonado el contrabando y se hubiese convertido en un ciudadano modelo. Pero quería ver las salas de empaquetamiento y los centros de trabajo. Seguía sintiéndose incapaz de creer que los contrabandistas hubieran podido unir voluntariamente sus recursos y sus esfuerzos para abastecer a aquel cliente misterioso. Han tenía la corazonada de que sólo unos cuantos contrabandistas estaban trabajando juntos. El resto fingían colaborar, y entregaban las mercancías personalmente. Han descubriría quién estaba utilizando Salto 5 como base de operaciones y quién no. Después él y Chewie podrían seguir a los contrabandistas que más llamaran la atención por sus prolongadas ausencias. Han albergaba la esperanza de que uno de aquellos contrabandistas tendría alguna

vieja deuda pendiente con él. Eso le permitiría resolver el misterio de la identidad del cliente sin necesidad de recurrir a un encuentro personal.

-No os mováis de aquí -dijo, volviéndose hacia Chewie-. No tardaré mucho. Chewie gruñó.

-Ya lo hemos discutido varias veces -dijo Han-. No voy a dejar el *Halcón* sin protección en un sitio como éste, y no voy a ir ahí abajo con Seluss como única compañía.

Seluss emitió un trino estridente.

-El mero hecho de que tu explicación resulte plausible no significa que deba confiar en ti -dijo Han, levantándose del asiento del piloto-. Si tardo mucho en volver, Chewie... Bueno, en ese caso quiero que salgas de aquí a toda velocidad.

Chewie respondió con un rugido.

-Hablo en serio, Chewie.

Chewie meneó su peluda cabeza y soltó mi gemido quejumbroso.

-Sí, ya lo sé: una deuda de vida -dijo Han-. Y siempre me pregunto por qué el que hayas contraído una deuda de vida conmigo te obliga a llevarme la contraria cada vez que tomo una decisión... -Cogió su desintegrador-. Protege el *Halcón*, Chewie. Prefiero confiar en mis propios recursos que quedar atrapado en Salto 5 para toda la eternidad.

Chewie murmuró algo ininteligible, pero se volvió hacia el panel de control. Seluss agarró a Han de la camisa y empezó a parlotear.

-Sí, ya sé que tu sabes qué es lo que estás buscando, cerebro de ratón -replicó Han-. Pero eso no quiere decir que yo esté buscando lo mismo que tú.

Se quitó de encima la mano de Seluss y salió de la cabina de control. Chewie ya había bajado la rampa, y Han desembarcó.

El calor era tan intenso que Han tuvo la sensación de haber chocado con un muro. El sudor empezó a brotar por todos sus poros, y le pegó las ropas al cuerpo. Deseó haberse traído consigo algunas raciones de agua, pero no quería volver a la nave para cogerlas.

No estaría fuera del *Halcón* durante demasiado tiempo. Podría aguantar sin agua.

Además, ya había tenido que soportar aquella clase de calor antes y en peores circunstancias, cuando se encontraba mucho más débil y no disponía de ninguna protección. El peor momento había tenido lugar en Tatooine cuando padeció la enfermedad de la hibernación. Cegado, bajo el sol abrasador, con una feroz batalla librándose a su alrededor... Han aún no entendía cómo había logrado sobrevivir a aquello, y empezaba a pensar que nunca lo entendería.

La bocanada de aire que aspiró pareció quedar atascada en sus pulmones. Han hizo un nuevo intento de respirar y se apresuró a bajar por la rampa.

Varios contrabandistas le estaban observando desde sus compartimientos de carga. Los cañones de unos cuantos desintegradores siguieron su avance. Dos elevadores de carga binarios dejaron de funcionar de repente cuando Han pasó junto a ellos. El calor era todavía más intenso allí donde había androides o naves espaciales cuyos motores estaban conectados. El hecho de que hiciera tanto calor en un espacio relativamente abierto invitaba a pensar que el interior sería todavía más insoportable.

Cruzó el umbral y entró en un angosto pasillo. Los muros de piedra solar de aquella zona habían sido sellados con una cubierta refrigerante, y eso hacía que la temperatura descendiera varios grados de golpe. Han aprovechó aquel relativo frescor para secarse el sudor de la cara y respirar hondo. También inspeccionó su desintegrador, no estando muy seguro de si funcionaría con todo aquel calor.

El arma parecía hallarse en perfecto estado.

-¿Planeas utilizarlo?

Han alzó la mirada. Un humano alto, esbelto y de larga cabellera rubia cuyos rizos le caían sobre los hombros estaba sentado encima de un escritorio adosado a la pared. Llevaba unos pantalones de rejilla y el torso al aire. Su pecho estaba cubierto de tatuajes. Su mano reposaba sobre el escritorio. Han no podía ver sus dedos. Probablemente ocultaban un desintegrador.

-Sólo estaba asegurándome de que funcionaría en el caso de que lo necesitara -dijo Han.

-¿Esa nave de ahí fuera es tuya?

-Sí.

Han estaba procurando emplear un tono lo más neutral posible. Todavía no estaba seguro de si aquel tipo era un amigo o un enemigo.

-Es muy pequeña para ser una nave de carga.

-Es un carguero estupendo -dijo Han.

-Claro, claro -dijo el hombre, y su voz estaba llena de incredulidad.  
Han se obligó a respirar despacio antes de seguir hablando.

-Oye, ¿hay algo que no te guste de mi nave?

-No, no -dijo el hombre-. Es sólo que normalmente este hangar se utiliza para naves más grandes. El equipo antiguo siempre va al otro lado de Cinco.

-Bueno, pues eres el primero que se molesta en explicarme las reglas dijo Han-. La próxima vez iré al otro lado.

El hombre alzó su desintegrador y lo apoyó en su pierna.

-Si no me cuentas qué has venido a hacer aquí, me temo que no habrá una próxima vez.

-Un amigo me ha enviado aquí para que inspeccionara la carga. Contrató mi nave para sacar sus mercancías del Pasillo.

-¿Y ese amigo tuyo tiene nombre?

Han también bajó su desintegrador hasta dejarlo en la posición de disparar.

-Se llama Seluss. Es un sullustano cuyo socio le dejó plantado y se llevó su nave.

-He oído algunos rumores al respecto -dijo el hombre. Seguía sin haber movido su desintegrador, pero tampoco había acercado los dedos al gatillo-. Es algo que ha estado ocurriendo con mucha frecuencia últimamente.

-Te refieres a las desapariciones de contrabandistas?

-Me refiero a que la gente desaparece y no vuelve a ser vista. -Se encogió de hombros-. Supongo que ganan todo el dinero que pueden y abandonan el negocio.

-Creía que el contrabando era un negocio para toda la vida -dijo Han.

El hombre meneó la cabeza, y el movimiento hizo que sus rizos dorados oscilaran sobre sus hombros.

-Ah, no. Nada de eso. La gente lo deja. Se retiran, se van... Es normal. A los contrabandistas les encanta el romanticismo, y no les gusta tener que admitir que se van haciendo viejos. Las cosas ya no son tan divertidas como cuando eran jóvenes. Y ahora que por fin hay una cierta animación y el dinero pasa de una mano a otra... Bueno, ¿quién puede culparles?

-No pareces tan viejo -dijo Han.

-No pienso retirarme.

-¿Y qué estás haciendo en este sitio? Nunca había visto guardias en Salto 5.

Han nunca había estado en Salto 5 anteriormente, por supuesto, pero aquel tipo no tenía por qué enterarse de ello.

-Yo nunca he dicho que fuese un guardia. -El hombre se levantó del escritorio-. Pero puede que tu nave estuviera un poco demasiado cerca de la mía, ¿no? Quería averiguar qué eras antes de iniciar la operación de carga.

-¿Cual es tu nave? -preguntó Han.

-Has aparcado debajo de ella.

Han miró por encima de su hombro. Había estacionado el *Halcón* al lado del único carguero de gran tamaño que había en toda la pista. La poderosa estructura blindada en forma de cuadrado del carguero hacía que las otras naves pareciesen realmente minúsculas en comparación. El *Halcón* se había posado justo debajo del compartimiento de popa del carguero.

-¿Cómo te las has arreglado para meter ese trasto en el Pasillo?

-No lo hice -dijo el hombre.

Su tono no invitaba a seguir haciendo preguntas, y Han no tenía necesidad de hacerlas. Jarril tenía razón: el Pasillo había cambiado mucho últimamente. En el pasado ningún contrabandista hubiese robado la nave de otro contrabandista, pero de repente parecía como si eso fuera algo de lo que incluso pudieras alardear.

Han se alegró de haber dejado a Chewie a bordo del *Halcón*.

-Vaya, vaya... -dijo-. ¿Vas a dejarme pasar o no?

El hombre se encogió de hombros.

-Nunca he intentado detenerte.

-Pues lo que he visto ha sido una imitación bastante convincente de cómo un tipo intentaba detenerme -gruñó Han.

Siguió avanzando por el pasillo. Sus reflejos parecían hallarse bastante oxidados. Han estaba tan acostumbrado a Coruscant que no había dudado ni por un solo instante de que aquel hombre tuviera derecho a interpretar el papel de centinela. Los contrabandistas nunca empleaban centinelas, a menos que

ellos mismos decidieran montar guardia. Han tenía que recuperar las viejas costumbres y las viejas formas de actuar. Mientras estuviera en el Pasillo, las nuevas costumbres que había adquirido podían matarle.

El corredor serpenteaba entre una negrura casi total. La cubierta refrigerante también eliminaba la potente claridad de la piedra solar. Aun así, la atmósfera estaba desagradablemente reseca. Han echaba de menos el gotear del agua, y casi estaba empezando a añorar la pestilencia de Salto 1.

Casi, pero no del todo.

Sus botas avanzaban sobre la cubierta refrigerante produciendo débiles crujidos. La mano de Han resbalaba sobre la culata de su desintegrador, y el sudor que cubría las palmas de sus manos hacía que le resultara bastante difícil sostener algo en ellas. Sus ojos se fueron adaptando poco a poco a la oscuridad. La arena de la suave pendiente que iba formando el suelo del pasillo mostraba pisadas de varios tamaños. Han oyó ruido de equipo en funcionamiento por debajo de él, y también oyó voces que hablaban un lenguaje que llevaba mucho tiempo sin oír. El hedor llegó hasta él un instante después: grasa, aceites, disolvente limpiador, una vaharada imposible de identificar y tan repugnante como si se estuviera aproximando al cubil de un gongar...

Jawas.

Pero eso era imposible. Los jawas nunca salían de Tatooine. Que él supiera, los únicos jawas que habían abandonado su planeta fueron aquellos con los que Luke se encontró a bordo del *Ojo de Palpatine*, y no lo habían hecho por voluntad propia.

Quizá a aquellos jawas les había ocurrido algo parecido.

Han pegó la espalda a la pared del corredor y siguió bajando lentamente por la pendiente. Una intensa claridad iluminaba la pared del fondo, y el repentino aumento del calor hizo que la pestilencia resultara todavía más insoportable.

La piedra solar de aquella zona no estaba tapada.

Han tragó saliva y se lamió los labios para mantenerlos humedecidos. Se prometió a sí mismo que echaría un rápido vistazo y que luego volvería al *Halcón*. Sus dedos se tensaron sobre la culata del desintegrador. Los jawas no figuraban entre sus alienígenas favoritos ni siquiera en el mejor de los momentos.

La claridad de la piedra solar le cegó cuando dobló la esquina, y el calor le envolvió como el abrazo de una amante. Han permaneció inmóvil hasta que sus ojos tuvieron una ocasión de reaccionar a la luz. Después siguió avanzando, moviéndose muy despacio y procurando hacer el mínimo ruido posible.

El corredor terminaba en una gran caverna. Su techo quedaba a varios pisos de altura -lo suficientemente arriba para que la piedra solar pudiera imitar al sol-, y todas las paredes estaban recubiertas de sustancia refrigerante desde el segundo piso hasta abajo. El efecto resultante hacía que aquella caverna situada en el centro de Salto 5 recordara bastante a Tatooine.

Y en el centro de la caverna había un tractor de las arenas. Sus puertas en forma de cuña estaban abiertas, y los jawas entraban y salían del vehículo. Sus ojos brillaban con destellos rojizos debajo de sus capuchones. Sus viejas y harapientas túnicas estaban sucias y deshilachadas, y los jawas no paraban de hablar entre ellos mientras iban metiendo uniformes de soldados de las tropas de asalto desmontados en el vehículo. Los jawas del interior estaban limpiando los uniformes, y algunos reparaban andróides y los dejaban en condiciones de ser utilizados. Enterradas en la arena había más partes de uniformes imperiales, unos cuantos desintegradores y algunas secciones de una lanzadera imperial.

Han olvidó su incomodidad y se inclinó tan hacia adelante como pudo. Vio sombras de otras cavernas a través de las aberturas, y huellas de orugas que se alejaban hacia ellas. Pasados unos momentos un jawa levantó una manecita y dio una orden, y los jawas metieron los uniformes restantes en el vehículo. Al parecer no habían visto las piezas de la lanzadera. El tractor de las arenas empezó a avanzar sobre sus gigantescas orugas, dejando todavía más huellas. Cuando pasó junto al escondite de Han con un sordo rugir de motores, Han se apoyó en la pared para que nadie pudiera verle a pesar de que los jawas estaban demasiado ocupados para poder percatarse de su presencia.

Han siguió inmóvil hasta que los jawas se hubieron ido y después dio un par de pasos hacia adelante y se puso en cuclillas. La arena estaba caliente, tal como había esperado que estuviera. Han cogió un puñado de arena y dejó que se filtrara por entre sus dedos, contemplando la caída de los diminutos gránulos hasta que vio un tornillo en el puñado de arena. Lo sacudió para quitarle la arena y lo examinó. Había sido fabricado por el Imperio y tendría unos veinticinco años de antigüedad. Normalmente era utilizado en las naves de carga.

Arrojó el tornillo a un lado y empezó a hurgar entre la arena, poniendo al descubierto más y más piezas de equipo, hasta que acabó encontrando nuevas láminas de sustancia refrigerante ocultas por la arena.

Aquella arena había sido esparcida allí deliberadamente.

Y, al parecer, el equipo imperial también.

Aquello no tenía ningún sentido.

Han siguió en cuclillas durante unos momentos más, reflexionando y pensando en lo que acababa de ver. Allí había una pista, y antes había encontrado otra..., y se trataba de una pista importante.

El calor le estaba asando la espalda. El rugido de otro tractor de las arenas hizo que levantara la mirada. Otro vehículo estaba cerrando sus puertas en la caverna contigua.

Si Salto 5 era tan grande como Salto 1, entonces los jawas podían viajar por las cavernas durante días sin verse los unos a los otros. Casi podían imaginarse que se encontraban en una pequeña sección aislada de Tatooine, y mientras tuvieran equipo que encontrar y reparar serían felices y se sentirían muy satisfechos de la vida.

Mientras tuvieran un sitio, donde cambiar el equipo por otras cosas, claro...

O alguna forma de encontrar un comprador que se lo pagara.

Los jawas eran unos auténticos fanáticos del trueque, pero nunca aceptaban demasiados créditos. Los créditos significaban muy poco para ellos. Lo que hacía que sus vidas fueran dignas de ser vividas era precisamente el acto de encontrar equipo abandonado y volver a venderlo. Toda aquella operación era una forma soberbia de conseguir que el equipo fuera limpiado y reparado prácticamente sin ningún coste. La persona que había organizado aquella parte del plan, fuera quien fuese, tenía que ser muy lista.

Una vaharada de hedor a pescado surgida de la nada le envolvió de repente, y Han sacó la mano de la arena. Entre los jawas y el líquido viscoso, su experiencia del Pasillo parecía estar reduciéndose a la de un compendio de olores desagradables. ¿Quién podía adivinar qué había en aquella arena? Han no estaba muy seguro de querer saberlo.

Se limpió las manos en los pantalones y se dio la vuelta. Chewbacca estaba inmóvil detrás de él, con su espalda pegada a la de Han y su arco de energía dirigido hacia el pasillo.

-Creía haberte dicho que te quedaras en el *Halcón*.

Chewie le pidió silencio con un gesto de la mano. Han empuñó su desintegrador con más fuerza. Seluss no era visible por parte alguna. Si Chewie había dejado a ese ratoncillo a bordo del *Halcón*, Han se lo haría pagar muy caro.

Chewie acabó bajando la mano. Después empezó a hablar en wookiee, emitiendo una serie de suaves gemidos y gruñidos ahogados y moviendo las manos de una manera muy elocuente mientras hablaba. Chewie mantenía la mirada clavada en el pasillo, como si esperara ver aparecer a alguien por él.

Han escuchó en silencio y su fruncimiento de ceño se fue volviendo más y más profundo. Chewie había visto desaparecer a Han, y después había visto cómo tres hombres le seguían por el pasillo. Cuando Chewie entró en el pasillo, Han estaba solo.

Y eso no era todo. La mayoría de naves estacionadas en el hangar de carga no estaban llenando sus bodegas. Lo que estaban haciendo era vaciarlas.

Nadie iba al Pasillo a vaciar sus bodegas de carga. Era una de las reglas no escritas del lugar..., y además sólo a un loco se le habría ocurrido intentarlo.

-Hay algo que se me está pasando por alto, Chewie -dijo Han-. ¿Dónde está Seluss?

Chewie señaló el pasillo con una inclinación de la cabeza.

-¿Está ahí arriba? ¿Le has dado un desintegrador?

Chewie se encogió de hombros y después dejó escapar un suave gruñido.

-Sí, tienes razón -replicó Han-. No me habría hecho ninguna gracia enterarme de que habías dejado a ese tipejo solo a bordo del *Halcón*.

Chewie soltó un gimoteo y se pasó una manaza peluda por encima de la nariz.

-Me parece que tendrás que dejar de quejarte del olor, bola de pelos -dijo Han-. Entre el calor y los jawas...

-¿Entre el calor y los jawas qué, general Solo? La voz procedía de detrás de él.

Han giró sobre sus talones con el desintegrador preparado para hacer fuego. Había seis glottalfibs inmóviles detrás de él. Sus enormes pies estaban enterrados en la arena, y todos los alienígenas eran más altos que Chewie. Cinco de ellos le estaban apuntando con aturdidores de los pantanos, y los pequeños cañones achatados de las armas estaban recubiertos de barro y algas secas. Han había recibido la descarga



de un aturdidor de los pantanos en una ocasión y el dolor había sido tan intenso que no quería volver a pasar por aquella desagradable experiencia.

-Debería bajar su desintegrador, general Solo -dijo el glottalfib que iba desarmado. Hilillos de humo brotaron de sus fosas nasales mientras hablaba. Era tan alto como los otros, pero sus escamas eran de un color gris verdoso en vez del amarillo verdoso normal en su especie. Sus diminutas manos verdes estaban cruzadas sobre su largo pecho ahusado-. De lo contrario alguien podría pensar que nos está amenazando, y eso me parece impensable. Usted nunca nos amenazaría, ¿verdad, general Solo?

Han no miró por encima de su hombro, pero sabía por experiencias anteriores que Chewie había bajado su arco de energía y se había vuelto hacia los recién llegados. Han nunca había tenido que enfrentarse a seis glottalfibs con anterioridad. Incluso teniendo a un wookiee junto a él, había muy pocas probabilidades de que consiguiera salir vencedor del combate en el caso de que éste llegara a producirse.

-Me encuentro en desventaja -dijo-. Usted parece saber quién soy, y yo no tengo ni idea de quién es usted.

-Tonterías, general Solo. ¿Con cuántos glottalfibs se ha encontrado a lo largo de su carrera?

-Con los suficientes para saber que todos ustedes me parecen distintos, amigo. Y en cuanto a usted y yo, nunca nos habíamos encontrado anteriormente.

Han estaba intentando ganar tiempo, y los dos lo sabían. El único glottalfib poseedor de una auténtica reputación criminal era Nandreeson, que controlaba Salto 6.

-Rara vez cometo tales descuidos, general Solo. -El glottalfib sonrió, y cuando lo hizo una diminuta llama emergió de su hocico-. Me llamo Iisner, y trabajo para Nandreeson. Mi jefe se ha enterado de que el concubino de la gran princesa Leia se encuentra en el Pasillo, y le gustaría conocerle.

El dedo de Han avanzó unos milímetros hacia el gatillo. Se suponía que aquel comentario tenía que enfurecerle, y Han lo sabía..., y lo que más le enfurecía era que hubiese conseguido ponerle bastante furioso.

-No soy el concubino de nadie -dijo sin poder contenerse.

Chewie gruñó una advertencia.

-Soy su esposo -añadió Han.

-Ah, sí—dijo el glottalfib-. Las costumbres humanas son tan perversas... Nunca he conseguido entender las necesidades de satisfacer el deseo de propiedad que impulsan a su especie. Dejar huevos allí donde cualquier macho que pase por ese lugar pueda fertilizarlos es una solución mucho más satisfactoria desde el punto de vista de la selección genética.

-No creo que usted y sus amigos me estén apuntando con aturdidores de los pantanos sólo porque quiere mantener una discusión sobre las distintas costumbres de apareamiento, ¿verdad?

Han echó un vistazo a la caverna contigua por el rabillo del ojo. Las puertas del vehículo de los jawas se habían cerrado. El tractor de las arenas empezaría a acercarse en cualquier momento.

-No -dijo Iisner-. He venido para invitarle a visitar Salto 6.

Una invitación que llega a través de cinco aturdidores de los pantanos no es una invitación -dijo Han-. Es una orden.

La sonrisa del glottalfib se hizo un poco más ancha. Otra llamita, esta vez un poco más larga, surgió de su fosa nasal derecha.

-Sí, supongo que usted quizá lo verá de esa forma. Nuestras costumbres son tan distintas de las suyas... Pero en realidad es una invitación, y tiene su origen en la afabilidad y el interés educado. Estamos tan poco informados de lo que ocurre en la Nueva República que sería muy agradable recibir algunas noticias directamente del esposo de una de sus grandes líderes.

El segundo gruñido de advertencia de Chewie fue un poco más fuerte que el primero. Esta vez Han consiguió reprimir la respuesta que le dictaba su irritación. ¿Con qué otro gran líder contaba la Nueva República aparte de Leia?

-Ordene a sus matones que bajen esas armas, dígales que se vayan y tal vez iré con usted.

-Ah, general Solo... Me temo que no puedo introducir cambios tan drásticos en nuestra situación actual basándome únicamente en un tal vez.

Un chorro de llamas surgió de la fosa nasal izquierda del glottalfib. Cada explosión de fuego intensificaba un poco más el ya asfixiante calor que reinaba en la caverna.

El vehículo de los jawas casi había llegado a la puerta. El suelo estaba temblando. Los glottalfibs no parecían darse cuenta de ello.

-De acuerdo -dijo Han-. Ordene a sus matones que bajen esas armas, dígales que se vayan y Chewie y yo le seguiremos hasta Salto 6.

-No disponemos de pistas de descenso para naves convencionales, general Solo.

-Pues entonces quizá Nandreeson debería venir a verme. Tengo habitaciones en Salto 1. -Han empezó a retroceder lentamente-. Y ahora espero que me disculpe, porque tengo asuntos importantes que atender.

-No tan deprisa, general Solo -dijo el glottalfib-. Ningún asunto es tan importante como el que nos ha traído hasta aquí.

El vehículo de los jawas entró en la caverna. El glottalfib se volvió hacia él, pareciendo bastante sorprendido por su aparición.

Han empujó a Chewie.

-¡Corre! -gritó.

Los dos empezaron a subir por la pendiente. La luz azulada que surgió de los aturdidores de los pantanos chocó con los muros de piedra solar e irradió oleadas de calor. Chewie rugió. Han asestó otro empujón a la peluda espalda del wookie, y de repente los dos se encontraron envueltos por una oscuridad casi absoluta. Las llamas acababan de consumir la piedra solar en el sitio donde habían estado hacía tan sólo unos momentos.

Han devolvió el fuego. Los haces desintegradores se esparcieron por toda la entrada del pasillo, pero Han no había tenido tiempo de apuntar y ninguno de sus disparos dio en un blanco. Tenía que seguir huyendo. Los glottalfibs se estaban aproximando demasiado. Otro rugido de llamas abrasó la pared junto a él, consumiendo las láminas de sustancia refrigerante. El aire estaba tan caliente que parecía quemar.

-¡Por aquí!

Han miró hacia arriba. Una de las láminas de sustancia refrigerante había sido retirada. La cabeza del hombre de los largos cabellos rubios con el que se había encontrado en la entrada asomaba por el hueco.

-¡Deprisa! -dijo el hombre-. Sólo disponemos de un momento.

Chewie soltó un rugido de protesta.

Más llamas cayeron sobre la pared detrás de ellos. Esta vez las láminas refrigerantes aguantaron el impacto, pero el intenso calor hizo que empezaran a irradiar fulgores rojizos. Nunca conseguirían llegar al pasillo, porque nunca podrían moverse lo suficientemente deprisa para mantenerse por delante de las llamas y los aturdidores de los pantanos. Han no sabía quién era realmente aquel tipo, pero cualquier cosa era mejor que acabar convertido en un fricandó al estilo glottalfib.

¡Corre, Chewie, corre!

Chewie volvió a protestar, y Han tuvo que darle otro empujón para que se metiera en el hueco que había dejado la repentina retirada de la lámina refrigerante. El hombre tiró de Chewie hacia el interior del agujero, y Han se arrastró por detrás de su amigo para aterrizar sobre un montón de fragante pelaje wookie. Estaban en una especie de angosto pasadizo recubierto de piedra solar y saturado de luz. El hombre deslizó el brazo alrededor de Han y volvió a colocar la lámina refrigerante en su sitio.

-Salgamos de aquí antes de que nos frían -dijo.

-Estamos totalmente de acuerdo con usted, amigo -dijo Han.

Ayudaron a Chewie a incorporarse. El techo del pasadizo era tan bajo que Chewie no podía erguirse del todo. El hombre se metió por una abertura cercana, y Han le siguió. Chewie se agazapó y empezó a arrastrarse por el nuevo pasadizo.

Y rugió.

Se había quedado atascado.

Las láminas refrigerantes brillaron con un súbito resplandor rojizo. Un chorro de llamas debía de haber caído sobre ellas. El calor se volvió todavía más intenso. Han tenía la garganta en carne viva, y su camisa estaba empapada de sudor. Tendría que haber vuelto al *Halcón* para coger esas raciones de agua.

Pero por lo menos las láminas refrigerantes habían resistido el impacto, y eso ya era algo.

Han alargó una mano y tiró del peludo brazo de Chewie.

-Olvídense de él -dijo el hombre-. Tenemos que salir de aquí.

-O salimos los tres, o no sale nadie -replicó Han, aunque no estaba muy seguro de qué medios podía emplear para respaldar su amenaza-. Intenta agacharte un poco más, Chewie.

Chewie volvió a rugir.

-Pues entonces dígame que se calle -masculló su salvador.

-Cállese usted -dijo Han, fulminando al hombre rubio con la mirada.

Chewie intentó hacer lo que le decía Han, pero sus rodillas chocaron con el muro del pasadizo.

-Ya sé qué has de hacer -dijo Han-. Desliza una pierna hacia cada lado, pégate al suelo y procura hacer palanca.

Chewie masculló unas cuantas maldiciones wookie de la variedad más selecta -las que pertenecían a aquel tipo de maldiciones tan explícitas que Han siempre fingía no entenderlas-, y después hizo lo que le había dicho Han. Su arco de energía chocó con la pared, y el sonido del pelaje arrancado de raíz llenó el pasadizo. Pero Chewie se agazapó y empezó a reptar hacia Han, y un instante después quedó libre de repente.

Un gran mechón de pelos se había quedado pegado a los muros de piedra solar del pasadizo. Chewie volvió a gemir. La maniobra le había costado una calva en la espalda.

-Parece que a su amigo le encanta quejarse, ¿eh? -dijo el hombre, que había estado observando sus esfuerzos sin moverse. Chewie gruñó.

-Es un wookie, amigo -dijo Han-, y si estuviera en su lugar yo procuraría no enfurecerle.

-Sé manejar a los wookies.

Han sonrió.

-Sólo quien no se ha encontrado nunca con un wookie es capaz de decir semejante estupidez.

-¿Quiere mi ayuda o no? -preguntó el hombre.

-Pues no lo sé -dijo Han-. ¿Qué beneficio piensa sacar de ayudarme?

-La satisfacción de haberle ayudado, general. Y ahora vamos.

El hombre se metió por otra angosta abertura y después cruzó a la carrera un pasillo más ancho antes de que Han tuviera ocasión de responder. El hombre rubio de los cabellos largos sabía quién era Han...

... y lo había sabido desde el principio.

Eso hizo que Han empezara a sentirse realmente preocupado.

Han miró hacia adelante. La nueva caverna parecía creada por la naturaleza, al igual que el pasadizo. La piedra solar lo iluminaba todo con su potente claridad.

Y también desprendía un calor terrible.

-¿Crees que podrás conseguirlo, Chewie? Chewbacca asintió.

¿Crees que deberíamos confiar en él?

Chewie meneó la cabeza y dejó escapar un gemido gutural.

-Tienes razón -murmuró Han-. Esas láminas refrigerantes pueden tardar toda una eternidad en enfriarse, y además estamos justo en el sitio donde hace más calor. Nada puede ser peor que eso, ¿verdad?

Chewie meneó la cabeza, como si no pudiera creer que Han hubiera dicho lo que acababa de oír. Han tampoco podía creerlo.

-Tú primero, bola de pelos. De esa manera podré empujarte si te quedas atascado.

Y así también podría tratar de detener a quien intentara entrar en el pasadizo a través de las láminas refrigerantes. Han no sabía qué razones podía tener Nandreeson para querer capturarlo, pero no se iba a quedar allí para averiguarlo.

Chewie logró avanzar por el segundo pasadizo sin dejarse una cantidad excesiva de pelos en las paredes. Han le siguió. El pasillo por el que había echado a correr el hombre rubio era bastante ancho, y el techo quedaba lo suficientemente alejado del suelo para que Chewie pudiera mantenerse erguido.

El que hubiera más espacio había hecho que el calor disminuyera un poco. Han se pasó la mano por la cara. Estaba hecho un desastre. El hombre había desaparecido, pero los ecos de sus pisadas parecían indicar que debían seguir avanzando por el pasillo.

Como si tuvieran otra elección. No había ningún otro orificio.

Fueron siguiendo las pisadas con las armas preparadas para hacer fuego. Ráfagas de aire fresco llegaban hasta ellos desde otro pasadizo. El hombre estaba esperándoles. Se había sentado sobre un montón de láminas refrigerantes y tenía el desintegrador encima de las rodillas.

-Pensaba que no iban a conseguirlo -dijo.

-A veces el enemigo que conocemos es menos peligroso que el enemigo que no conocemos -dijo Han.

-Así que cree que me conoce -dijo el hombre, y sonrió.

Han meneó la cabeza.

-Estuvimos a punto de quedarnos esperando hasta que las láminas de sustancia refrigerante se enfriaran.

-¿Sería capaz de enfrentarse a los chicos de Nandreeson por mí?

-No sé qué quiere -dijo Han-, y tampoco sé quién es usted.

El hombre le ofreció la mano.

-Me llamo Davis.

-Los nombres no significan absolutamente nada -replicó Han-. No le conozco.

-Yo tampoco le conozco, general. No nos conocemos, desde luego..., pero sé bastantes cosas sobre usted.

-Eso le proporciona una clara ventaja.

-No confía en la gente, ¿verdad? Estoy intentando ayudarle.

-Eso todavía está por ver. ¿Adónde vamos?

-Estos pasadizos acabarán llevándonos hasta una entrada lateral por la que se puede acceder a la pista de descenso en la que se encuentra su nave.

-Y donde están esperando los matones de Nandreeson -dijo Han-. Saben que iré al *Halcón*.

¿Se propone dejarlo allí?

No quiero ser predecible. -Han permitió que la mano que empuñaba el desintegrador bajara hacia el suelo-. Explíqueme qué están haciendo aquí esos jawas.

-¿Ahora? -preguntó Davis.

-Ahora -dijo Han.

Davis suspiró, y después enfundó su desintegrador.

-Unos contrabandistas trajeron a los jawas para que limpiaran y repararan el equipo.

-¿Gratis?

El hombre meneó la cabeza.

Los jawas nunca trabajan gratis, pero no cobran demasiado. A los contrabandistas les resulta mucho más fácil hacerlo de esta manera que limpiar y reparar el equipo ellos mismos. Contratar trabajadores especializados también sería mucho más caro.

-Así que los contrabandistas dejan su equipo enterrado en la arena y luego permiten que los jawas lo encuentren, lo reparen y se lo vuelvan a vender.

-Funciona -dijo Davis.

-Eso depende de cuál sea su definición del término -dijo Han-. Los jawas nunca han sido capaces de reparar demasiado bien la chatarra con la que trafican.

-Pero separan el equipo que puede volver a funcionar del que ha quedado totalmente inservible, y sólo con eso ya le están haciendo un gran favor a los tipos que han organizado toda esta operación.

-¿Y quién está comprando toda esta chatarra? -preguntó Han.

-No lo sé -dijo Davis-, y me temo que hacer preguntas sobre ese tema puede resultar altamente peligroso para la salud. -Miró por encima de su hombro-. Oiga, creo que no deberíamos seguir aquí durante mucho tiempo. A estas alturas probablemente ya habrán matado a su amigo el sullustano y estarán registrando los corredores para dar con ustedes.

-Seluss sabe cuidar de sí mismo -dijo Han-, y además pensé que me estarían esperando en la nave.

-Son muchos. Puede que hayan decidido desplegarse. -¿Cómo sabe que son muchos?

-Vi cómo entraban, Solo. Sabía que no habían venido a hacer turismo.

-Pero no fueron por el pasillo.

-No, no lo hicieron.

-Eso quiere decir que conocen los túneles.

-Hay otras formas de llegar a las arenas aparte de un pasillo y un laberinto de túneles, Solo.

Chewie gruñó para indicar que estaba de acuerdo con Davis.

Han respiró hondo. Odiaba Salto 5. El calor resultaba insoportable incluso dentro de los túneles.

-Ellos sólo son seis, y nosotros somos tres -dijo después-. Creo que podríamos plantarles cara y llegar hasta el *Halcón*. Davis meneó la cabeza.

-Recuerde que está hablando de los chicos de Nandreeson -protestó-. Si empieza a disparar contra ellos en la zona de carga, la mayoría de los contrabandistas de los alrededores empezarán a disparar contra usted antes de que tenga tiempo de darse cuenta de lo que está ocurriendo.

Chewie emitió un gemido ahogado.

-¿Tienes alguna idea mejor, bola de pelos? Chewie gruñó y gesticuló durante unos momentos.

-Podría funcionar -murmuro Han en cuanto Chewie hubo acabado de hablar-. Sí, creo que podría funcionar...

-¿De qué está hablando? -preguntó Davis.

Estaba claro que no entendía el wookiee, y por alguna razón inexplicable eso hizo que Han sintiera un gran alivio.

-Estos túneles dan a la arena, ¿no? Davis asintió. Tenía el ceño fruncido. Han sonrió.

-Estupendo -dijo- Llevo mucho tiempo sin hacer negocios con un jawa.

## Veinte



Al principio Luke no vio al androide que venía hacia él. La silueta dorada del androide desaparecía entre todos los tonos dorados que había en la sala: las manos que parecían estirarse hacia abajo, los dedos sueltos, los brazos doblados dispersos por todas partes... Oyó al androide antes de verlo, y el primer indicio de su presencia que tuvo se lo proporcionó el repiqueteo de sus pies moviéndose sobre el suelo metálico.

Y entonces apareció, con sus ojos reluciendo en su rostro anguloso. Parecía un dios androide emergiendo del mar dorado, y daba la impresión de avanzar con todo el poder de un líder cuando en realidad lo único con lo que contaba era su sencilla normalidad. Aquel androide había sido ensamblado, y los demás sólo eran piezas sueltas.

-¿Jedi Skywalker? -preguntó como si \_va supiera cuál era la respuesta que iba a obtener.

La voz del androide estaba modulada en la misma frecuencia que la de Cetrespeó, pero carecía de aquel matiz entre ligeramente frenético y levemente nervioso que siempre parecía impregnar la voz de Cetrespeó. Tampoco era del mismo modelo, y Luke pudo verlo enseguida. Su rostro era más estrecho y su nariz más pronunciada, y tenía el mentón bastante puntiagudo.

-Soy Luke Skywalker -respondió Luke. -Debe venir conmigo.

Luke asintió, juntó las manos detrás de la espalda y siguió al androide. La sensación de moverse le resultó inesperadamente agradable. Durante un momento había percibido otra presencia que era familiar y desconocida al mismo tiempo, casi como si un amigo se hubiera convertido repentinamente en otra persona. Todavía quedaban algunos rastros del amigo, pero la persona era distinta. Si estuviera en Yavin 4, Luke habría dedicado algún tiempo a examinar sus emociones y pensamientos y habría tratado de descubrir las hebras de la persona que había conocido. Pero no disponía de ese tiempo ni de un entorno apacible que permitiera ese tipo de reflexión. La parte consciente de su mente estaba muy ocupada, por lo que tendría que permitir que su subconsciente se encargara de trabajar en ello.

Brakiss estaba cerca.

Y estaba asustado.

El androide guió a Luke por el pasillo que corría a lo largo de las cintas transportadoras. La presencia de todos aquellos miembros sueltos esparcidos a su alrededor no parecía afectarle en lo más mínimo.

-¿Qué hacen en este sitio? -preguntó Luke.

Es la instalación de prueba de la sección mano-y-brazo de los androides de protocolo. Estamos trabajando en nuevas manos que proporcionarán sensibilidad a las puntas de los dedos y una mayor flexibilidad a los nudillos. Durante el último año hemos introducido varias innovaciones realmente asombrosas en la tecnología de los androides, y esas innovaciones podrán ser utilizadas en cualquiera de las funciones para las que se puede emplear a un androide.

La respuesta del androide sonaba a discurso meticulosamente ensayado y concebido para vender androides a un posible comprador.

-¿Siempre te encargas de las ventas? -preguntó Luke.

-Oh, no. Sólo soy un androide de protocolo, Jedi Skywalker. Acompaño a los invitados por las instalaciones de vez en cuando, y he sido programado para responder preguntas.

-¿Cuánto tiempo lleva aquí Brakiss?

La cabeza dorada del androide se volvió hacia Luke.

-No lo sé, señor. Mi memoria ha sido borrada en muchas ocasiones.

Luke reprimió un estremecimiento. Los borrados de memoria siempre le habían parecido una costumbre propia de bárbaros. Si permitiera que Cetrespeó y Erredós fueran sometidos al borrado de memoria, Luke perdería dos buenos amigos. Aquel androide quizá hubiera tenido algo parecido a una verdadera personalidad en el pasado.

Por lo menos eso confirmaba que Brakiss estaba allí.

El androide llevó a Luke hasta una puerta y una sala llena de piernas doradas. Ninguna de ellas terminaba en un pie. Los pies habían sido colocados en el suelo como si fueran zapatos no utilizados, y de ellos surgían pequeñas varillas que servirían para unirlos a los tobillos. Las piernas colgaban del techo, de la misma manera en que lo habían hecho los brazos, y parecían poseer una inexplicable y aterradora capacidad móvil. Daba la sensación de que podrían irse en cualquier momento por decisión propia sólo con que alguien les colocara los pies.

-Ésta es la instalación de prueba de la sección pierna-y-pie de los androides de protocolo -dijo el androide.

-Sí, ya lo veo -replicó Luke-. No hace falta que me sueltes el discurso habitual. Me conformo con que respondas a unas cuantas preguntas mientras caminamos.

-Como desee, Jedi Skywalker.

Luke se agachó para pasar por debajo de una serie de piernas que colgaban del techo.

-¿Qué dimensiones tiene esta instalación?

-La unidad de protocolo ocupa todo este edificio, Jedi Skywalker. -No, no -dijo Luke, rozando una pierna con un dedo. La pierna estaba fría, dura y totalmente desprovista de vida-. Me refiero a la planta de fabricación de androides.

-La planta abarca toda la luna, Jedi Skywalker. Fabricamos todos los tipos de androides existentes. ¿Hay algún tipo que desee ver en particular? Luke meneó la cabeza.

-Pues esta parte de la fábrica parece estar vacía.

Acabamos de recibir la confirmación de un pedido de AM-10 muy importante. La mayoría de unidades están ocupadas en los centros de androides médicos.

-¿Dieces? -preguntó Luke-. Sólo he visto los modelos cinco.

-Los cinco son un modelo más antiguo y menos eficiente. Los AM-6 fueron usados por el Imperio durante un breve período de tiempo. Los modelos 7 a 19 eran prototipos, y sólo fueron utilizados en pequeños sectores. Cuando aparecieron los AM-10, revolucionaron todas las áreas en las que se utilizan androides médicos. Ahora sólo fabricamos ese modelo.

Otra parte del discurso. El androide condujo a Luke hasta otra puerta que daba a una sala llena de cabezas. Las cabezas, doradas y con los ojos apagados, estaban amontonadas unas encima de otras como si fueran rocas. Sus bocas estaban entreabiertas, como si intentaran hablar.

O gritar.

Algunas cabezas estaban huecas y se les había quitado la parte de atrás. Aglomeraciones de chips, interruptores de activación-desconexión y cerebros de androide colgaban del techo.

-Este sitio... ¿No te da escalofríos?

La cabeza del androide se volvió hacia Luke.

-Hemos introducido innovaciones en los androides, Jedi Skywalker, pero ninguna de ellas es capaz de proporcionar emociones humanas a un androide. Usted sabe tan bien como yo que un androide con emociones humanas no tendría ninguna utilidad.

Luke recordó los arcos de sonidos que podían llegar a abarcar el altamente expresivo grito de Cetrespeó y el nervioso parloteo electrónico de Erredós. Sus dos androides siempre le habían parecido extremadamente útiles.

-Y además todos debemos aceptar nuestros orígenes -siguió diciendo el androide.

Era verdad, desde luego. La lucha interior por la que Luke había debido pasar para aceptar a Darth Vader como su padre lo demostraba.

Pero aquel tema le resultaba bastante desagradable..., y además cada vez se encontraba más lejos de su ala-X, cosa que tampoco le gustaba nada.

-¿Adónde me llevas?

-Vamos a la sala de montaje. La mayoría de nuestros invitados nunca llegan a verla, por lo que puede considerarlo como un gran honor para usted.

Luke no estaba muy seguro de si se sentía honrado o no. Pero aún podía percibir la presencia de Brakiss. Estaba un poco más cerca que antes, y parecía estar consiguiendo controlar su miedo. Luke no sabía si tenía miedo de él o de alguna otra persona. En el pasado Brakiss nunca le había temido.

-¿Falta mucho para llegar a la sala de montaje?

-Ya estamos cerca, Jedi Skywalker, pero antes tendremos que salir de las áreas públicas. A partir de ahora no debe tocar nada.

Luke asintió. No le resultaría difícil. Se sentía como si estuviera andando por un cementerio de androides y contemplara los restos esqueléticos de amigos desaparecidos hacía mucho tiempo.

El androide dejó atrás una puerta de gran tamaño y abrió una puerta más pequeña que había a su lado. Luke ni siquiera se había fijado en ella hasta que el androide puso la mano sobre la cerradura. La puerta se confundía con las paredes metálicas y junto a ella había amontonadas unas cuantas cabezas, que se encontraban lo bastante cerca del panel para ocultar el picaporte.

Cruzaron el umbral. La iluminación de aquella zona no era tan potente, y el aire olía a fluido hidráulico. Las paredes tenían aspecto de no haber sido acabadas de pulir y contenían hileras de estantes que iban desde el suelo hasta el techo y en las que había partes de androides más pequeñas, todas ellas pintadas del color dorado habitual en los androides de protocolo. Había nudillos, puntas de dedos y chips, y todas las piezas estaban clasificadas según el número y el modelo. Luke estaba pasando por delante de un estante lleno de ojos cuando todos los ojos se iluminaron de repente. El pasillo quedó súbitamente saturado de claridad dorada.

-Son para los modelos de androide de protocolo más recientes. También actúan como detectores de movimientos, y son sensibles al calor corporal de la vida inteligente.

El androide parecía haber sabido conservar su orgullo a pesar de que le hubieran borrado la memoria.

-¿Qué me dices de las formas de vida carentes de calor corporal, como los glottalfibs o los habitantes de Verpine?

-Esos nuevos modelos les resultarán muy útiles para detectar la presencia de intrusos -dijo el androide.

Luke estaba contemplando un estante lleno de ojos. Los ojos parecían estar devolviéndole la mirada. Su forma ya no era redonda, sino ovalada.

-¿Los ojos se fabrican aquí? -preguntó.

Las partes posteriores de los ojos se movieron mientras hablaba. U, pequeño filamento empezó a emitir destellos acompañando a cada pa labra. Aquellos ojos no sólo detectaban los movimientos, sino que también podían percibir los sonidos. Era una propiedad muy extraña, y Luke no la entendía del todo. ¿Qué razón podía justificar el que unos ojos fueran capaces de oír? Los androides de protocolo ya poseían sistemas de audición.

-Por supuesto -dijo el androide-. Todas las partes se fabrican aquí. -Se dio cuenta de que Luke estaba mirando los ojos-. Vamos, Jedi Skywalker. No debemos retrasarnos.

Hasta aquel momento Luke no había sabido que estuvieran siguiendo alguna clase de horario.

Los ojos podían detectar tanto los movimientos como los sonidos, por lo que Luke no podía alargar la mano y guardarse uno en el bolsillo. Tendría que limitarse a grabar en su memoria todo lo que estaba viendo y pensar en ello más tarde.

Los potentes paneles luminosos se apagaron mientras Luke y el androide pasaban por delante de los ojos, y la sala pasó a estar iluminada únicamente por la tenue claridad de las luces del techo. El contenido de los estantes se fue volviendo más y más misterioso a medida que Luke iba avanzando por la sala -chips numerados, cables identificados mediante un código de colores, diminutas secciones de filamento metálico-, pero no volvió a ver nada tan interesante o inquietante como los ojos.

Las paredes recubiertas de estantes se fueron volviendo más grandes. El pasillo se convirtió en una sala larga y estrecha. Los estantes se alzaron por encima de una hilera de ordenadores. No había ni una sola silla delante de los ordenadores, y los teclados de contacto quedaban bastante por encima del nivel de la cintura. Aquellos ordenadores habían sido diseñados para que quien los manejara permaneciese de pie delante de ellos, lo cual quería decir que habían sido diseñados pensando en androides.

Luke todavía no había visto un solo ser vivo en todo el lugar, y la única presencia que estaba percibiendo era la de Brakiss.

Brakiss estaba más cerca. Había recuperado el control de sí mismo.

El androide se movía con un caminar curiosamente delicado, y avanzaba a pasos muy pequeños y cautelosos. A Luke no le resultaba nada difícil mantenerse a su altura. No hizo más preguntas, y el androide no le ofreció más información. El androide abrió la puerta cuando llegaron al final de la sala.

-No se me permite entrar en la sala de montaje. Sólo los androides especializados pueden acercarse a ese equipo. El amo Brakiss le espera.

Estaré aquí para llevarle hasta su nave cuando hayan terminado de hablar.

Luke le dio las gracias, lo que hizo que la cabeza del androide se inclinara en una clara reacción de asombro. Después Luke cruzó el umbral.

La sala de montaje disponía de una cúpula opaca de tres pisos para ella sola. Los paneles luminosos se extendían a lo largo de las columnas de sustentación de la cúpula y su claridad se reflejaba en las láminas opacas que la cubrían, con lo que la sala se hallaba tan bien iluminada como si estuviera bañada por el sol. Cintas transportadoras emergían de la pared, desviándose en ángulos muy pronunciados desde todas las direcciones, y se encontraban en un tubo transparente situado en el centro de la sala. El tubo era lo bastante grande para poder contener a un androide de análisis. Sólo los androides de mayores dimensiones, como por ejemplo los elevadores de carga binarios, serían demasiado grandes para no caber en el tubo.

El tubo desaparecía en las profundidades del edificio. El suelo tenía algunas zonas transparentes y Luke pudo ver a los androides que había debajo de él: la mayoría estaban desconectados, pero todos estaban enteros y terminados y probablemente sólo esperaban ser sometidos a las últimas comprobaciones antes de que fueran enviados a cumplir sus respectivas funciones.

Las cintas transportadoras estaban desconectadas. La sala se hallaba sumida en un silencio absoluto en el que sólo podía oírse la respiración de Brakiss.

Y la de Luke.

Brakiss estaba inmóvil entre dos cintas transportadoras. La sala era tan grande que empequeñecía su silueta. Llevaba un uniforme plateado y botas plateadas. Una espada de luz de color plateado colgaba de su cintura.

Luke había olvidado lo impresionante que era Brakiss. Sus ojos azules parecían atravesar todo aquello sobre lo que se posaban. Su nariz era perfectamente recta, su piel impecable y sus labios delgados. En una ocasión Leia dijo que era uno de los hombres más guapos que había visto jamás.

Su hermana no había exagerado.

-Maestro Skywalker...

Su tono no contenía la más pequeña sombra de respeto. Brakiss permaneció inmóvil. Si Luke quería reducir la distancia que se interponía entre ellos, tendría que hacerlo por sí solo.

-Brakiss... -Luke permitió que la calma de la Fuerza fluyera por todo su ser-. Nunca llegaste a terminar tu adiestramiento.

-No has recorrido tanta distancia para hablar de eso -dijo Brakiss.

-¿No? -Luke juntó las manos detrás de la espalda, sintiendo el peso reconfortante de su espada de luz sobre su cadera-. ¿Para qué he venido entonces?

-No intentes utilizar tus pequeños juegos del maestro y el estudiante conmigo, Skywalker -dijo Brakiss-, y límitate a decirme qué quieres de mí.

-Tu madre me dijo que me estabas esperando.

-No le habrás hecho ningún daño, ¿verdad?

Aquel deseo de proteger no había estado presente en Brakiss antes, y la velocidad con que se había manifestado dejó bastante sorprendido a Luke.

-Por supuesto que no -dijo Luke-. Tu madre es una buena mujer, Brakiss. Está muy preocupada por ti.

-Mi madre nunca se ha preocupado por mí -dijo Brakiss.

Luke percibió el dolor, el viejo dolor que había impedido que Brakiss fuera capaz de enfrentarse a sí mismo en Yavin 4. Brakiss culpaba a su madre de la forma en que el Imperio le había utilizado cuando sólo era un niño. No culpaba de lo ocurrido al Imperio sino a su madre, que no había podido evitar que le arrebataran a su hijo.

Pero Luke no podía perder el tiempo con viejas discusiones de familia.

-¿Me esperabas, Brakiss?

-Sabía que acabarías viniendo, Skywalker. Nunca has sido capaz de renunciar a tus estudiantes.

-Han pasado años -dijo Luke-. Los estudiantes toman sus propias decisiones. No eres el único estudiante que he perdido.

-Pero sí fui el único miembro del Imperio que logró vencerte -dijo Brakiss, irguiéndose cuan alto era.

Luke miró a su alrededor. La claridad hacía que aquella sala poseyera una atmósfera acogedora y libre de secretos que había estado totalmente ausente en la sección de androides de protocolo.

-¿Debo entender que esta fábrica pertenece al Imperio?

-No -replicó secamente Brakiss-. Es mía.

-Así que ya no trabajas para el Imperio... -Luke sonrió-. ¿Ves, Brakiss? Tu estancia en Yavin 4 ha servido para algo después de todo.

-Ya no trabajo para el Imperio porque el Imperio ya no existe -dijo Brakiss.



-Todavía quedan algunos enclaves -dijo Luke

Brakiss movió la mano en un gesto despectivo.

-Sólo son grupos patéticamente carentes de poder que no consiguen olvidar el pasado -dijo-. Ahora tengo una nueva vida aquí, Skywalker.No te necesito.

-Nunca he dicho que me necesitaras, Brakiss -replicó Luke-. Pero posees un gran talento para el uso de la Fuerza y ese talento no necesita el odio surgido del lado oscuro, sino ser alimentado y desarrollado.

-Ya no utilizo la Fuerza, Skywalker.

-¿No? ¿Y por qué sigues llevando una espada de luz colgada de tu cintura?

La mano de Brakiss fue hacia su costado y empuñó la espada de luz..., y después la soltó tan bruscamente como si acabara de darse cuenta de lo que estaba haciendo.

-¿Qué quieres, Skywalker?

Luke dio un paso hacia adelante. Estaba aprisionado por la red de cintas transportadoras, y sólo podía ir hacia Brakiss o darle la espalda.

-Recientemente han ocurrido dos tragedias. En la primera, millones de seres inteligentes murieron en el mismo instante. En la segunda, una bomba estalló en Coruscant y mató a muchos senadores. Percibí tu presencia en ambos casos. Existe algún tipo de relación entre tu persona y esas dos tragedias, Brakiss, y necesito saber en qué consiste.

Brakiss meneó la cabeza.

-Ahora vivo aquí. Tengo un trabajo perfectamente legal y gano bastante dinero dirigiendo esta instalación. Ya no trabajo para el Imperio.

-Yo nunca he dicho que el Imperio estuviera involucrado en esos acontecimientos, y en realidad ni siquiera estoy muy seguro de qué ha ocurrido exactamente. Pensé que quizá podrías ayudarme.

Brakiss entrecerró los ojos.

-¿Por qué debería ayudarte?

-Porque sigue habiendo una chispa de bondad enterrada debajo de todo lo que te enseñó el Imperio que continúa ardiendo dentro de ti, Brakiss. Darth Vader volvió a la luz. Tú también podrías hacerlo.

El mentón de Brakiss tembló. Sus labios se entreabrieron, y dio un paso hacia atrás sin darse cuenta de lo que hacía. Por un momento Luke pudo ver al Brakiss joven, al Brakiss niño que había quedado enterrado bajo años de adiestramiento en los misterios del lado oscuro..., aquel Brakiss con el que casi había logrado establecer contacto en Yavin 4.

Y después el fugaz atisbo se desvaneció. El rostro de Brakiss se convirtió en una máscara. Era como si unas puertas se hubieran cerrado de repente sobre aquella parte lejana de él, como si no sólo estuviera ocultándola a Luke sino también a sí mismo.

Brakiss empuñó la espada de luz con un gruñido gutural. Una cegadora llamarada roja surgió de ella. Brakiss echó a correr hacia Luke, y su mano se movió en un veloz mandoble mientras corría.

La espada de luz ya estaba en la mano de Luke. Detuvo el golpe de Brakiss, y su parada empujó la hoja de energía de Brakiss hacia una cinta transportadora cercana. Chorros de chispas volaron por los aires. Brakiss se recuperó y lanzó otro mandoble, y Luke volvió a detenerlo.

Las espadas de luz zumbaron y crujieron con cada nuevo encuentro. Mandoble, parada, mandoble, parada. Luke respondía a cada movimiento de Brakiss con otro movimiento reflejo. Brakiss se había vuelto más fuerte durante algún momento de los últimos años.

Brakiss inició una serie de pequeños mandobles, pequeños movimientos que habían sido concebidos para ser frenados, y después hizo que la espada de luz describiera un gran movimiento circular. Luke no reaccionó lo bastante deprisa. La espada de luz se abrió paso a través de la camisa de Luke, y estuvo a punto de desgarrarle la piel. Luke se concentró y volvió a frenar cada uno de los ataques de Brakiss.

Las chispas que brotaban de las hojas de las espadas de luz ya habían empezado a recalentar la atmósfera de la sala de montaje. Los bordes de las cintas transportadoras relucían a causa del calor. Luke siguió concentrándose en los movimientos de Brakiss, firmemente decidido a defenderse sin atacar.

Brakiss hizo que su espada de luz describiera un veloz arco desde la izquierda hasta la derecha, buscando los flancos carentes de protección de su oponente. Luke bloqueó cada ataque. Los mandobles se fueron volviendo más feroces, y los movimientos perdieron precisión. Brakiss n, podía vencer a Luke, pero era fuerte y sabía luchar, y los dos quedaría,) exhaustos antes de que aquel combate terminara.

Y entonces Luke percibió un repentino estallido de miedo. Alzó la ni\_ rada, muy sorprendido. El miedo surgía de Brakiss, y no era Luke quien lo inspiraba.

Brakiss dejó de atacar y alzó su hoja de energía, de una manera muy parecida a como lo había hecho Ben en las entrañas de la Estrella de la Muerte.

Pero a diferencia de Vader, Luke apagó su espada de luz. El zumbido cesó de repente, y el sonido de dos respiraciones entrecortadas llenó de ecos la sala casi vacía.

-Mátame -jadeó Brakiss.

-No deseo matarte -dijo Luke-. Preferiría que volvieras a Yavin 4 conmigo.

-Mátame, Maestro Skywalker. -Todo el sarcasmo había desaparecido de la voz de Brakiss-. Mátame. Pon fin a todo esto..., ahora.

-Todos tenemos que enfrentarnos a nosotros mismos -dijo Luke, y extendió la mano izquierda hacia él-. Ven conmigo a Yavin 4. Te ayudaré.

Y entonces Brakiss meneó la cabeza tan lentamente como si estuviera saliendo de un profundo sueño.

-Ya es demasiado tarde para mí -dijo.

-Nunca es demasiado tarde.

Los labios de Brakiss se curvaron en una sonrisa llena de tristeza.

-Para mí sí lo es. -Tragó saliva-. No hay sitio para mí en Yavin 4. No, he de seguir aquí... Estoy mejor solo, sin contactos de ninguna clase.

-Ven conmigo, Brakiss -dijo Luke-. No puedes ser feliz aquí.

-¿Feliz? -murmuró Brakiss-. No, no puedo ser feliz. Pero me conformo con lo que tengo. Aquí puedo crear cosas, y me basta con eso. -Se colgó la espada de luz del cinturón-. Me pagaron para que te transmitiera un mensaje, y ésa es la razón por la que has estado siguiendo mis huellas. Se supone que has de ir a Almania. Las respuestas que quieres encontrar están allí.

-¿Quién quiere que vaya a Almania?

Brakiss se estremeció. El movimiento fue tan leve como para resultar casi invisible, pero Luke no sólo lo vio sino que también lo percibió. Brakiss no temía a Luke, sino a la persona que le había enviado aquel mensaje..., la persona que quería que Luke fuese a Almania.

-Si estuviera en tu lugar, Maestro Skywalker -dijo Brakiss-, volvería a Yavin 4 y me olvidaría de todo lo demás. Conviértete en un nuevo Obi-Wan y abandónalo todo. Deja la lucha a aquellos que son capaces de ser implacables, porque acabarán venciendo de todas maneras.

Después giró sobre sus talones y salió de la sala.

Luke se colgó la espada de luz de la cintura y aguardó, esperando que Brakiss volviera. Pero Brakiss no volvió. Luke se dispuso a seguirle, pero no llegó a hacerlo. No podía ayudarle..., o por lo menos todavía no. Brakiss había vuelto a rechazar su oferta de regresar a Yavin 4.

Pero Brakiss cada vez estaba más cerca de aceptarla, y acabaría volviendo. El Brakiss que había dejado de luchar y que había pronunciado aquellas últimas palabras era el Brakiss al que Luke estaba intentando salvar.

Luke nunca había percibido una derrota tan inmensa en hombre alguno. Aunque, pensándolo bien, quizá no fuera la derrota la que había hablado..., porque Brakiss podía haberle transmitido un mensaje escondido.

O quizá no.

Almania. Luke nunca había oído hablar de aquel sitio.

Pero sabía que tenía que ir allí.

O morir en el intento.

\* \* \*

Brakiss oyó cómo la puerta se cerraba detrás de él. Después se apoyó en el muro metálico del túnel de mantenimiento y permitió que su cuerpo empezara a temblar. No quería volver a encontrarse atrapado entre Skywalker y Kueller.

Nunca más, nunca más...

El cable sobre el que tenía que hacer equilibrios era demasiado delgado, y Skywalker conocía demasiado bien a Brakiss. Skywalker casi había logrado convencerle de que volviera a Yavin 4. Una sola conversación había bastado para que Brakiss estuviera a punto de abandonarlo todo.

Por Skywalker.

No, nunca más...

Si Kueller se lo permitía, Brakiss renunciaría a la Fuerza. Seguiría fabricando androides, viviendo la clase de vida que su madre deseaba para él, y se conformaría con aquella existencia callada y tranquila vivida en la oscuridad.

Era lo máximo a lo que podía aspirar mientras Kueller y Skywalker siguieran presentes en el universo. Brakiss no era tan poderoso como ellos, y lo sabía.

Se pasó la mano por la cara. Kueller había querido que actuara con la máxima sutileza posible y que hiciese que Skywalker deseara ir a Alemania. En vez de hacer lo que se le pedía, Brakiss le había advertido de que no debía ir allí. La presencia de Skywalker siempre sembraba el caos en sus emociones y sus pensamientos. Casi parecía como si Skywalker fuese capaz de hacerle cambiar de parecer con unas cuantas palabras, una mirada, una idea.

«Darth Vader volvió a la luz. Tú también podrías hacerlo...

» Tú también podrías hacerlo.»

Pero algo había obligado a Vader a alejarse del lado oscuro, y corrían rumores de que ese algo había sido Skywalker.

En ese caso, entonces Skywalker era más poderoso de lo que creían Kueller y Brakiss. Brakiss había acudido a aquella cita deseando matar , Skywalker. Unos minutos después había estado suplicando a Skywalker que le matara.

Qué gran invitación a la humildad..., y qué humillante.

El Maestro Skywalker todavía era capaz de controlarle, y Brakiss le había advertido de que Alemania era un lugar muy peligroso. Si Skywalker no iba allí... ¿Qué diría Kueller entonces? ¿Y qué haría?

Brakiss no estaba demasiado seguro de querer averiguarlo.

## Veintiuno



Cole permitió que la llave láser cayera de sus dedos. La herramienta chocó con el ala-X y produjo un ruidoso estrépito metálico. Cole se volvió hacia los guardias de seguridad, ninguno de los cuales le era familiar.

-Me llamo Fardreamer y trabajo aquí -dijo.

Erredós se había acercado un poco más al ala-X. El pequeño androide astromecánico dejó escapar un gemido.

-Sólo los kloperianos están autorizados a trabajar en los nuevos alas-X -dijo el guardia kloperiano, cuyos tentáculos sostenían tres desintegradores.

-Eso no es totalmente cierto -dijo Cole-. Muchos ingenieros trabajan en los alas-X, y se suponía que debía comprobar el sistema de ordenadores de este caza.

-¿Quién dio esa orden? -preguntó el kloperiano.

-Luke Skywalker, el hermano de la presidenta Organa Solo -respondió Cole.

El kloperiano soltó una risita. Uno de los guardias humanos bajó su desintegrador.

-Sigue apuntando al sospechoso -dijo el guardia de Mon Calamari-. No tenemos ninguna prueba de que esté diciendo la verdad.

-Y además, ¿quién puede imaginarse a un héroe de la Rebelión perdiendo el tiempo con ese tipo de órdenes tan insignificantes? -preguntó el kloperiano.

-Si cree que alguien está manipulando el equipo, entonces Skywalker tiene todo el derecho del mundo a dar ese tipo de órdenes -dijo Cole.

Sabía que se había metido en un callejón sin salida, pero tenía que seguir adelante. Las palabras eran su única arma, y su única esperanza de salir de aquel lío. Los desintegradores que le apuntaban hacían que quienes los empuñaban parecieran dispuestos a acabar con él. Cole casi tenía la sensación de haber vuelto a Tatooine y a los peores momentos del reinado criminal de Jabba el Hutt. Era como si Coruscant hubiera dejado de ser Coruscant.

-Nadie ha estado manipulando el equipo -dijo el kloperiano.

-Alguien lo ha estado haciendo -dijo Cole-. Véalo con sus propios ojos -añadió, señalando el ala-X con la cabeza.

El kloperiano fue hacia el caza y se inclinó sobre los sistemas internos.

-No veo nada.

-Pues abra bien los ojos -dijo Cole-. Hay un detonador con una insignia imperial escondido dentro del ordenador de guía.

El guardia de Mon Calamari también se acercó para echar un vistazo al caza. Los enormes ojos del alienígena se deslizaron sobre el ordenador.

-El Imperio nunca anunciaba su presencia de una forma tan descarada -dijo-. No había ninguna necesidad de indicar la procedencia de ese artefacto mediante una insignia imperial, por lo que sólo puede tratarse de una pista falsa introducida deliberadamente.

-Corren rumores de que los nuevos miembros del Senado, algunos de los cuales habían trabajado para el Imperio, tuvieron algo que ver con ese atentado -dijo otro guardia-. ¿Y si no hubieran tenido nada que ver con ello? ¿Y si alguien quisiera crear esa impresión?

El kloperiano empujó a Cole con el cañón de uno de sus desintegradores.

-¿Quién te ha pagado para que sabotearas este ala-X, humano?

-Nadie -dijo Cole.

-¿Te pagó Skywalker para que lo sabotearas?

-Luke Skywalker es un héroe de la Nueva República -dijo Cole, sintiendo cómo el escalofrío de sorpresa y temor recorría su cuerpo desde la cabeza hasta las puntas de los pies.

-Skywalker se encuentra por encima de toda sospecha, pero no cabe duda de que su nombre constituye una excelente tapadera para este muchacho -dijo el mon calamariano.

-No necesito ninguna tapadera -dijo Cole.

-Silencio, muchacho. Cuanto más hables, más agravarás el lío en el que te has metido. Te sorprendimos cuando estabas saboteando esta nave.

-Yo no he hecho nada -dijo Cole, empezando a subir la voz mientras veía por el rabillo del ojo cómo Erredós se alejaba lentamente de él. Tenía que seguir hablando para que los guardias no se fijaran en Erredós-. Acabo de descubrir que había un serio problema en un ala-X reacondicionado, y quería averiguar si un ala-X nuevo presentaría el mismo problema. Decidí inspeccionar el prototipo. Si hubiera decidido sabotear una nave, ¿no creen que sabotearía una nave que fuera a ser utilizada por alguien?

-No tengo ni idea de lo que podrías llegar a hacer, muchacho -dijo el guardia de Mon Calamari.

-Pues yo me inclino a creerle -dijo la mujer que permanecía inmóvil detrás del kloperiano, y que no había dicho nada hasta aquel instante-. No sabemos si estaba cometiendo un acto de sabotaje o si llevaba a cabo alguna clase de experimento.

Erredós se había deslizado por debajo de un ala-X. Cole tuvo que hacer un considerable esfuerzo de voluntad para evitar que sus ojos se volvieran hacia el pequeño androide.

-No nos corresponde a nosotros descubrirlo -dijo el mon calamariano-. Que alguien con la autoridad suficiente se encargue de decidirlo.

Desde luego -dijo Cole-. Pónganse en contacto con el general Antilles. Estoy seguro de que todo esto le parecerá muy interesante.

-¿Conoces al general Antilles?

-No, pero trabajo para él.

-Iremos a ver a tu supervisor -dijo el kloperiano-. Él nos informará de si realmente estabas autorizado a hacer todos esos cambios.

Erredós había llegado a la pared. Su pequeño brazo extensible surgió del compartimiento, y conectó el androide astromecánico al ordenador.

-Luke Skywalker dijo que si alguien me preguntaba qué estaba haciendo debía decirles que se pusieran en contacto con el general Antilles -insistió Cole, esperando que no resultara demasiado obvio que no les estaba diciendo toda la verdad.

El mon calamariano suspiró.

-No podemos pasar por alto esa petición.

-Pues deberíamos hacerlo—dijo el kloperiano-. Está claro que miente.

-¡Eh! -gritó uno de los otros guardias-. ¿Qué está haciendo ese androide?

Cole ni siquiera tuvo ocasión de responder. El kloperiano volvió sus tres desintegradores hacia Erredós y disparó al instante. Los haces de energía cayeron sobre el pequeño androide. Erredós gritó mientras su

cuerpo quedaba envuelto por una cegadora aureola rojiza. El panel del ordenador empezó a brillar, y después se ennegreció y salió disparado de la pared cuando el interior se recalentó. El brazo de conexión de Erredós se separó de la toma, y el pequeño androide se bamboleó. Después empezó a inclinarse hacia el lado derecho mientras la luz rojiza se iba desvaneciendo. Zarcillos de humo surgieron de su cúpula.

-¡Erredós! -gritó Cole- ¡Erredós!

El androide no respondió.

Cole miró a los guardias, experimentando una absurda sensación de pérdida mezclada con el temor a que Skywalker nunca volviera a confiar en él.

-Ése es el mayor error que podía llegar a cometer -dijo-. Acaba de destruir el androide favorito de Luke Skywalker.

\* \* \*

Los jawas les dieron tres desintegradores y una moto aérea que había recorrido muchísimos kilómetros a cambio de un puñado de créditos. Nadie pensaba regatear hasta que Davis abrió la boca, pero en cuanto lo hizo los jawas se enzarzaron en una apasionada discusión. Resultaba obvio que estaban acostumbrados a tratar con Davis.

Pero Han no lo estaba. Seguía sin estar muy seguro de si podía confiar en aquel tipo, pero no le quedaba otra elección. Por lo menos de momento...

La moto aérea no tenía problemas para elevarse, pero resultaba bastante difícil de maniobrar a baja velocidad. No tardaron en descubrir que a duras penas podía pasar por el pasillo que llevaba al *Halcón*. Chewie mantuvo una manaza peluda en la parte inferior del vehículo y lo fue guiando a lo largo del pasillo. Ninguno de ellos planeaba subirse a la moto hasta que hubieran llegado a la diminuta habitación en la que Han tuvo su primer encuentro con Davis.

Entonces Han utilizaría la moto aérea como diversión para que Chewie pudiera abrirse paso hasta el *Halcón*. Han dudaba de que Davis fuera a seguir ayudándoles en cuanto hubieran llegado al hangar de carga.

En consecuencia, decidió entregarle el desintegrador que parecía estar en peores condiciones. Cada uno disponía de dos desintegradores, y Chewie tenía un desintegrador y su arco de energía. Eso les proporcionaría una potencia de fuego superior a la de los glottalfibs, y la moto aérea les proporcionaría la ventaja de la sorpresa.

O al menos eso esperaba Han.

Han abrió la marcha por el pasillo. El suelo del pasillo estaba lleno de escamas secas, y sus paredes mostraban las cicatrices negras dejadas por las armas de los glottalfibs. Han se alegró de haberse puesto las botas, porque las escamas se incrustaban en sus suelas igual que si fueran espinos. No quería ni imaginarse lo que ocurriría si conseguían hundirse en sus pies.

Por fortuna para Chewbacca, su pelaje y las duras almohadillas que recubrían las plantas de sus pies evitaron que el wookiee sufriera cualquier daño excesivamente grave.

El corredor estaba demasiado caliente y olía a azufre y pescado muerto. Han esperaba ver aparecer a un glottalfib en cualquier momento, y casi estaba convencido de que aquel encuentro supondría el final para todos. Chewie tenía el desintegrador preparado para hacer fuego, por lo que resultaba obvio que compartía sus temores.

Hasta el momento no había visto ni rastro de Seluss. El sullustano debía de haber encontrado una forma de dar esquinazo a los glottalfibs.

-Probablemente se han ido -murmuró Davis.

-Lo dudo -dijo Han.

Los glottalfibs eran famosos por su tenacidad..., y por su obsesivo amor al dinero. Su visita a las arenas del nivel inferior no tenía como objeto encontrar equipo abandonado.

Habían ido allí porque querían capturar a Han.

Y Han quería saber por qué.

Cuando llegaron al pasillo principal vieron que la puerta del hangar se hallaba cerrada. Todo estaba muy oscuro.

El olor a pescado fuerte era más intenso en aquella zona.

Chewie soltó un gemido ahogado.

Han tomó nota mental de la queja que el olor a pescado muerto acababa de arrancar a Chewie, y esta vez no tuvo ninguna respuesta que darle.

Chewie tenía motivos para estar preocupado. Si había un glottalfib escondido por allí, nunca lo verían a tiempo. Tampoco podrían pillarle por sorpresa..., no con todo el ruido que habían estado haciendo mientras avanzaban por el pasillo.

Una luz surgió de la nada. Davis acababa de encender una delgada varilla luminosa cuya claridad iluminó el recinto con la potencia de una hoguera. Las paredes estaban llenas de marcas negras y el escritorio de piedra había quedado hecho añicos, pero estaban solos en la sala.

Los glottalfibs tenían que estar esperando al otro lado de la puerta cerrada.

Han miró a Chewie. El wookiee estaba pensando lo mismo que él.

Chewie metió la moto aérea en el pasillo. Han montó en el vehículo. El motor chasqueaba suavemente debajo del sillín. Los controles no parecían estar muy bien ajustados. Los jawas eran capaces de reparar prácticamente cualquier clase de equipo, pero no se les podía pedir que hicieran maravillas. Han esperaba que aquel trasto fuera capaz de moverse con rapidez..., porque de lo contrario todos estarían muertos en cuestión de segundos.

-Bueno, Chewie... Dame un momento para dispersarlos y luego sal y empieza a disparar.

Chewie asintió. Davis no dijo nada. Chewie puso una mano sobre la puerta. Han aferró el manillar de la moto aérea y abrió la entrada de energía.

-¡Ahora, Chewie! -gritó.

Chewie abrió la puerta y Han dio plena potencia a la moto. El motor rugió entre sus piernas. Un instante después la moto aérea salió disparada a través del umbral, moviéndose el doble de rápido de lo que había esperado Han.

Enseguida tuvo que esquivar un elevador de carga binario. Han dirigió el morro de la moto hacia arriba y estuvo a punto de chocar con el ala de un viejo carguero. Un muro enorme se alzó delante de él, y Han comprendió que estaba yendo en línea recta hacia la nave de Davis. Volvió a ascender y trazó un círculo a la máxima altura que consiguió obtener del vehículo.

Un instante después oyó voces que gritaban y aullaban por encima del rugido del motor. Los glottalfibs habían rodeado el *Halcón*. Fian lanzó la moto aérea en un veloz picado hacia ellos, empuñando el desintegrador con una mano y manejando los controles con la otra, y empezó a disparar mientras descendía.

Un glottalfib respondió a su ataque con un chorro de llamas, y Han describió un vertiginoso viraje. Suelo, nave, suelo, nave, cielo..., y de repente estaba yendo nuevamente hacia el glottalfib. El 'fib tuvo que apartarse de un salto para no ser arrollado. Otro 'fib disparó un desintegrador y Han devolvió el ataque. Su haz de energía hirió al 'fib en la boca, y el alienígena se derrumbó sobre el *Halcón* y Han ya no pudo seguir viéndole.

La moto aérea seguía avanzando a toda velocidad. Han pasó por debajo de varios brazos robóticos y describió una sinuosa trayectoria entre las naves. El morro de la moto aérea golpeó una caja que reventó mientras Han pasaba por debajo de ella, rociándole con un diluvio de tornillos para desintegradores imperiales.

Cuando consiguió girar, Han ya había atravesado medio hangar y estaba demasiado lejos para poder ayudar a Chewie. Ni siquiera podía ver al wookiee o al *Halcón*.

Tensó los dedos sobre el manillar y dirigió el morro de la moto aérea hacia el *Halcón*, volando por debajo de flancos de carguero en forma de cuña y puertas de carga abiertas. Los montones de cajas junto a los que pasaba a toda velocidad alcanzaban alturas impresionantes. Muchas cajas estaban abiertas y revelaban cascos de las tropas de asalto, desintegradores imperiales y equipo vario.

Los contrabandistas habían empezado a disparar contra él, y muchos le gritaban que estaba loco. El motor zumbaba y tosía debajo de Han, pero los controles seguían funcionando. Todavía podía esquivar los obstáculos, aunque no sería capaz de continuar haciéndolo durante mucho rato.

Los glottalfibs seguían desplegados alrededor del *Halcón*, pero todos se habían vuelto hacia Han y estaban usando tanto sus desintegradores como sus alientos de fuego. Han subió, bajó y se desvió hacia un lado para esquivar todos aquellos disparos. Él también estaba disparando, fallando a menudo debido a sus maniobras de evasión pero acertando algún que otro blanco de vez en cuando. Los haces desintegradores rebotaban en la dura piel escamosa de los glottalfibs, y Han pensó que había tenido mucha suerte al conseguir que su primer disparo diera en la boca de aquel 'fib. Eliminar a ese tipo de enemigos era una tarea que iba a requerir mucha puntería.

Y entonces un glottalfib se desplomó hacia adelante después haber recibido el impacto de uno de los dardos explosivos del arco de energía de Chewie en la espalda. Otro cayó también, derribado por un segundo dardo. Davis se deslizó cautelosamente por detrás del glottalfib que estaba disparando junto a la escotilla del *Halcón*, atrajo su atención con un suave golpecito en el hombro y le disparó en la boca cuando el 'fib se volvió hacia él.

Un disparo llegado desde atrás hizo que la moto aérea empezara a girar por el aire. El vehículo describió una loca curva alrededor del *Halcón* mientras Han intentaba recuperar el control. Si no lo conseguía, la moto aérea chocaría con el *Halcón*. Han dejó caer su desintegrador y empuñó los controles con las dos manos. Consiguió enderezar la moto aérea, y dirigió el morro, hacia arriba como si pretendiera ir hacia las puertas de las cavernas.

Intentó obtener un poco más de velocidad del motor, y la moto aérea tosió bajo sus piernas.

-Vamos, maldito cubo de tuercas-masculló Han, golpeando el motor con la palma de la mano.

El motor volvió a toser y la moto aérea pasó por encima de las puertas, faltando muy poco para que chocara con las paredes rocosas.

Han describió un brusco viraje y vio a un quinto 'fib muerto a los pies de Davis.

Algunos contrabandistas seguían disparando contra él. Chewie estaba gritando y les decía que debían subir al *Halcón*. Han dirigió el morro de la moto aérea hacia la nave en el mismo instante en que el motor tosió por tercera vez. Después el motor emitió un último petardeo y dejó de funcionar.

Han salió despedido del sillín, incapaz de resistir su propia inercia. Subió las piernas hasta el pecho y se rodeó la cabeza con los brazos. Si no conseguía caer de la manera adecuada... Bueno, entonces sencillamente moriría.

El suelo de metal se estaba acercando a toda velocidad. Han se encogió sobre sí mismo y chocó con las planchas, despegándose los codos, la parte de atrás de los brazos, las rodillas y las pantorrillas mientras se deslizaba sobre el metal. Han estaba gritando y Chewie estaba rugiendo, y los haces desintegradores silbaban a su alrededor.

Una mano se deslizó bajo su sobaco y tiró de él hasta incorporarle. Han descubrió que apenas podía moverse.

-¿Está bien, amigo? -preguntó Davis.

Han asintió.

La moto aérea flotaba sobre su cabeza, y casi parecía estar riéndose de él. Un instante después un haz desintegrador dio de lleno en el motor y la moto aérea estalló. Piezas envueltas en llamas salieron disparadas en todas direcciones. Han y Davis se agacharon debajo del *Halcón* para esquivar aquel diluvio de metralla.

Cada movimiento que hacía Han traía consigo un auténtico infierno de dolor.

Chewie bajó la rampa. El wookiee apareció en la escotilla y empezó a hacerles señas. Davis y Han subieron corriendo por la rampa. Hilos de sangre brotaban de los desgarrones abiertos en los pantalones de Han.

-¿Qué me dice de su nave? -preguntó Han, volviéndose hacia Davis.

Davis sonrió.

-Técnicamente hablando todavía no es mi nave.

-Estupendo -dijo Han.

Entraron corriendo en la escotilla. Chewie ya estaba subiendo la rampa. Han fue hacia la cabina con Chewie pisándole los talones.

-¿Y Seluss? -preguntó Han.

Chewie respondió con un rugido.

-Me da igual lo que pienses -dijo Han-. Tenemos que encontrar a Seluss antes de irnos.

-No hay tiempo -dijo Davis.

-No voy a dejarlo abandonado aquí -dijo Han.

-Siga jugando a ser un héroe lleno de nobleza y conseguirá que le maten.

-Todavía sigo vivo, ¿no? -replicó Han-. Busca a ese enano, Chewie. Pero Chewie no respondió a su petición.

-¿Dónde demonios te has metido, Chewie? Vaya a buscar a Chewie, Davis.

No hubo respuesta. Han tenía las manos sobre los controles. Sus codos llenos de arañazos parecían arder, y sentía como si tuviera la piel en llamas. Alzó la mirada hacia los paneles de transpariacero y pudo ver a varios contrabandistas que avanzaban hacia la nave.

-Esto no me gusta nada, chicos -dijo-. Chicos...

Han se volvió. No había nadie detrás de él. Dejó que el *Halcón* siguiera adelante con la rutina automática del despegue y fue al pasillo..., para ver cómo el glottalfib de escamas grises mantenía inmovilizados a Chewie y Davis con la amenaza de su desintegrador. Chewie tenía el pelaje chamuscado y humeante.

Seluss estaba acostado sobre el suelo junto a ellos. Sus manecitas estaban atadas con una cuerda que pasaba alrededor de su cuerpo para terminar en sus pies. Alguien que no parecía ser muy experto en ese tipo de trabajos había aplicado un trozo de cinta adhesiva a su hocico. El sullustano estaba intentando hablar por debajo de ella. Sus palabras quedaban ahogadas por la cinta, pero aun así resultaban audibles.

Seluss estaba repitiendo una y otra vez el equivalente sullustano de «No ha sido culpa mía».

## Veintidós



Leia avanzó rápidamente por el pasillo que llevaba al salón de baile. Se había peinado a toda prisa y se había puesto uno de los trajes que reservaba para acudir al Senado. La llamada había interrumpido su sesión de prácticas con la espada de luz y una unidad remota para comunicarle que el Consejo Interior iba a celebrar una reunión de urgencia inmediatamente. Leia se había cambiado y había echado a correr por el pasillo.

Aun así llegaría tarde..., y Leia Organa Solo nunca llegaba tarde.

La reunión había sido convocada por Meido, que había sido elegido miembro del Consejo Interior hacía unos días por una abrumadora mayoría de senadores. Dos antiguos imperiales también habían sido elegidos para llenar las vacantes dejadas por la explosión de la bomba.

Meido se había limitado a usar sus derechos, desde luego, ya que todos los miembros del Consejo Interior podían convocar una reunión. Aun así, los miembros recién incorporados nunca se arrogaban tal autoridad. Era algo que sencillamente No Se Hacía. La tradición tendría que ceder paso al nuevo orden, a menos que Leia consiguiera que la tradición fuera consignada por escrito en las normas de procedimiento del Consejo Interior.

Una cosa más que hacer. Otra cosa para la que no disponía de tiempo.

Leia se deslizó alrededor de una esquina y llegó al salón de baile. Las puertas estaban cerradas. Llegaba tarde. Leia se obligó a respirar hondo. Meido había esperado hasta el último momento para avisarla, y eso -unido al hecho de que Meido se atreviera a convocar aquella reunión- había hecho que le resultara imposible llegar a tiempo. También le había impedido prepararse adecuadamente, que era justo lo que se pretendía conseguir con ello. Pero Leia estaba decidida a ocultar sus emociones. Meido tendría que recurrir a algo más que aquellas mezquinas maniobras políticas para poder salirse con la suya.

Leia se alisó los cabellos y se pasó la mano por la chaqueta. Después esperó hasta que su respiración se hubo normalizado, abrió de un empujón la puerta de doble hoja y entró en el salón de baile.

El salón era demasiado grande para una reunión del Consejo Interior, aunque resultaría muy adecuado para acoger a todo el Senado. El Consejo se había reunido en la plataforma normalmente reservada a los músicos. Alguien había colocado una mesa encima de ella, aunque -y una vez más- no por orden de Leia.

Meido estaba sentado en el asiento de la cabecera de la mesa que le correspondía ocupar a Leia. No se había llevado a cabo ninguna asignación formal de asientos, y Meido nunca habría podido hacer eso en la antigua cámara. Pero estar en el salón de baile le permitiría alegar que todo había sido culpa de un malentendido. Si Leia se sentaba en otro asiento, estaría inclinándose ante su repentina ascensión a la cima del poder.

Pero no lo haría. Por mucho que odiara aquellos jueguecitos, Leia tendría que tomar parte en ellos.

La conversación cesó de repente apenas entró en el salón. Gno ocupaba su posición habitual junto al asiento de Leia, y C-Gosf también estaba sentada en su sitio de costumbre. Los dos parecían un poco inquietos. Leia les dirigió una inclinación de cabeza y después permitió que su mirada se encontrara con la de Meido. Los ojos del nuevo miembro del Consejo Interior relucían en su rostro carmesí. Las arruguitas blancas que cubrían su piel parecían más luminosas que nunca.



-Ya sé que las costumbres políticas de su gente difieren bastante de las mías, senador Meido -dijo Leia-. Pero nosotros dirigimos el Senado, el Consejo Interior y el gobierno de la Nueva República según los preceptos de la Antigua República. Creo que le convendría aprender esos preceptos.

-Me temo que no entiendo a qué se refiere, presidenta.

Meido había respondido en un tono firme y tranquilo, y su expresión no podía ser más inocente.

Leia subió por el tramo de escalones que llevaban a los asientos y la mesa. Después puso una mano sobre el respaldo de su asiento, bajó la mirada hacia Meido y le sonrió.

-Pensaba que quizá hubiera sido su ignorancia la que ha causado este pequeño error -dijo a continuación-. La jefatura del Estado siempre es la primera en ser informada de cualquier clase de reunión que vaya a celebrarse. De hecho, es costumbre que las sugerencias de celebrar una reunión lleguen hasta ella y que sea la jefatura del Estado la que las convoque. Estoy segura de que nuestros colegas se encuentran aquí porque saben que usted todavía no entiende demasiado bien nuestras tradiciones.

-Me he limitado a seguir las normas de orden interno -dijo Meido.

Leia asintió.

-Comprendo. Bien, pues ahora ya sabe qué ha de hacer en reuniones futuras.. -Se volvió hacia el resto del Consejo Interior-. Disculpen mi retraso, amigos míos. No fui informada de esta reunión hasta hace unos momentos.

Leia esperó en silencio con la mano sobre el respaldo del asiento. Gno se inclinó hacia Meido.

-Siempre resulta más fácil dirigir la reunión desde la cabecera de la mesa, senador.

Las arruguitas blancas que cubrían el rostro de Meido se volvieron un poco más blancas. Después se levantó del asiento y fue a sentarse en otro lugar de la mesa. Wwebyls y R'yet Coome, los otros dos nuevos miembros del Consejo, le observaron con el ceño fruncido.

Leia se sentó majestuosamente, dirigiendo una inclinación de cabeza a Gno para agradecerle el que hubiera resuelto aquel pequeño momento de tensión.

-Y ahora que ha convocado esta reunión, senador, creo que podemos prescindir de los preliminares y averiguar qué es lo que considera tan urgente.

Meido juntó sus manos de dos dedos y las puso sobre la mesa. Parecía sentirse tan humillado y contrito que Leia sintió un repentino vacío en el estómago. Meido seguía decidido a engañarles con sus pequeños juegos.

-Acabamos de recibir los primeros resultados de nuestra investigación independiente -dijo.

-¿Tan pronto? -preguntó C-Gosf-. Nuestra gente todavía está examinando los escombros. Nuestros investigadores nos han dicho que se trata de una investigación muy complicada y de grandes dimensiones, y no quieren emitir ninguna clase de juicio hasta que dispongan de todos los hechos.

-Su cautela es muy encomiable -dijo Meido-, pero hay un dato del que no disponen. -Se inclinó hacia adelante y clavó la mirada en Leia-. ¿Dónde está su esposo, presidenta?

La molesta tensión que se había adueñado del estómago de Leia se intensificó un poco más. Tenía las manos frías.

-Mi esposo y Chewbacca están siguiendo una pista que quizá les permita descubrir quién puso esa bomba.

Sí, pero... ¿Dónde están, presidenta?

Por mucho que lo deseara, Leia no podía seguir respondiendo con evasivas.

-Han ido al Pasillo de los Contrabandistas.

-¿Al Pasillo de los Contrabandistas? -Las comisuras de la boca de

Meido se elevaron en un movimiento prácticamente imperceptible

Hubo un tiempo en el que su esposo solía hacer muchos negocios allí, ¿verdad?

-No hemos venido aquí a hablar de Han -dijo Leia.

-Me temo que sí, presidenta. Tenga la bondad de contestarme. ¿Hacía negocios su esposo en el Pasillo de los Contrabandistas, sí o no?

Leia pensó que los acontecimientos estaban siguiendo un rumbo que no le gustaba nada. Meido se había hecho con el control de la reunión, y le llevaba varios pasos de ventaja.

-Por supuesto que sí, senador..., más o menos durante la misma época en que usted trabajaba para el Imperio.

Sus palabras parecieron quedar suspendidas en el aire. Parecían tan curiosamente mezquinas como si tuvieran su origen en una rabieta infantil, y quizá lo fueran. Pero la Nueva República nunca había juzgado

a Luke y Leia por su parentesco con Vader..., y si había alguien que debiera desear evitar cualquier clase de referencias al pasado, esa persona tenía que ser precisamente Meido.

-Me limité a vivir bajo el poder del Imperio -dijo Meido-. Nunca fui importante. Nunca fui famoso..., como sí lo fue su esposo. Han Solo tuvo un gran éxito como contrabandista, y al parecer nunca ha abandonado su profesión.

El escalofrío que se había extendido por las manos de Leia empezó a subir a lo largo de sus antebrazos. No quería seguir por esa dirección, pero sabía que tenía que hacerlo.

-Espero que cuente con buenas razones para decir lo que está diciendo -intervino C-Gosf-. El general Solo es un héroe de la República.

-Tengo una razón muy sólida, desde luego, y voy a resumirla en muy pocas palabras -dijo Meido-. El general Solo está detrás de la explosión ocurrida en la Sala del Senado.

Leia dejó caer las palmas de sus manos sobre la mesa mientras se ponía en pie.

-¡Yo estaba ahí! -exclamó-. ¿Está sugiriendo que mi esposo intentaba matarme?

Gno le tiró de la manga, pero Leia le apartó los dedos de un manotazo. La sala había quedado sumida en un silencio absoluto.

-Usted no sufrió ninguna lesión excesivamente grave, presidenta.

-Y usted tampoco, Meido. ¿Desde cuándo se considera que eso es un crimen?

La explosión se produjo de tal manera que la mayor parte de su potencia destructiva fue dirigida hacia los asientos, y no hacia el estrado. Si su esposo hubiera sabido que usted estaría allí...

-Creo que debería callarse, Meido -dijo Gno-. El general Solo es un hombre respetado por todos. El gran afecto que siente hacia su familia es sobradamente conocido. Ha arriesgado su vida por la Nueva República más veces que cualquier otra persona, salvo quizá la presidenta Leia Organa Solo y su hermano. Este tipo de juegos tal vez gozaran de gran popularidad en el Imperio, pero no son nada populares aquí. Este Consejo se basa en el respeto mutuo. Nos guiamos por el respeto, Meido, y no por las recriminaciones caprichosas que...

El habitual color carmesí casi se había esfumado del rostro de Meido. Las líneas blancas se estaban confundiendo unas con otras.

-No estoy lanzando acusaciones sin fundamento. Lamento verme obligado a ello y no crean que hablo meramente por hablar, porque... Oh, casi deseo que fuera así, pero tengo pruebas.

La suave sinceridad de su respuesta les había sorprendido a todos, y Leia enseguida pudo verlo. Todos los miembros del Consejo que, la apoyaban se habían recostado en sus asientos.

-Ha dicho que se trataba de un informe preliminar -dijo Gno-. No puede disponer de pruebas.

-Pero es que tengo pruebas -dijo Meido. Alzó la mirada hacia Leia, con sus ojos repentinamente oscurecidos y faltos de brillo-. Lo siento, presidenta. De veras, lo lamento muchísimo, pero...

Y el problema era que Leia le creía. Creía que Meido lo lamentaba de verdad. Quizá estuviera percibiendo su pena a través de la Fuerza, o quizá se la estuviera transmitiendo a través de su lenguaje corporal. Leia no podía saber de cuál de las dos cosas se trataba, pero volvió a sentarse.

Meido fue repartiendo varias copias de una hoja de papel.

-Mis investigadores interceptaron este mensaje. Lo he enviado a sus ordenadores personales, y pueden verificar su autenticidad mediante sus propios sistemas de confirmación.

Leia aceptó la hoja de papel que le estaba alargando Meido, y vio que le temblaba la mano.

**LA CARGA ACABA DE SER ENTREGADA. LOS FUEGOS ARTIFICIALES HAN SIDO ESPECTACULARES.**

**HAN SOLO LO SABE. PODEMOS 'ESTAR SEGUROS DE QUE COLABORARÁ.**

Lando... Lando había vuelto a traicionarles. Leia había aprendido a confiar en él con el paso de los años, pero esa confianza siempre le había parecido ligeramente dudosa y fuera de lugar, como si estuviera cometiendo un grave error al confiar en él.

Aun así... No, no podía ser. Lando nunca traicionaría a Han. ¿Qué había dicho antes de irse? ¿Que nunca, nunca conseguiría olvidar que Han había estado a punto de morir por su culpa? Sí, eso era lo que le había dicho.

La información tenía que haber llegado a Meido por algún otro camino.

-Aquí no hay nada que diga que Han tuvo algo que ver con la explosión -dijo Leia.

-Este mensaje fue enviado por una nave registrada con el nombre de Dama Apasionada justo cuando abandonaba nuestra sección del espacio el día de la explosión -dijo Meido-. El Dama Apasionada pertenece a un contrabandista llamado Jarril, quien fue visto hablando con Solo poco antes de que estallara

la bomba. Solo se marchó de Coruscant poco después de que Jarril se hubiera ido, aparentemente con el propósito de encontrar a ese contrabandista.

Era un indicio altamente incriminatorio, y Leia lo había comprendido apenas Lando le mostró el mensaje. Tendría que haber hecho algo al respecto en ese mismo instante, pero Lando le había asegurado que lo tenía todo controlado.

-Este mensaje no prueba nada -dijo Gno.

-Todo esto me parece altamente sospechoso -dijo R'yet Coome-. Sugiero que emitamos una notificación para solicitar el arresto de Han Solo.

-No podemos hacer eso -dijo C-Gost -. Han Solo es un héroe.

-Es un traidor -dijo Meido.

-Es mi esposo -dijo Leia-. Nunca haría nada que pudiera causarme daño. Alguien está intentando tenderle una trampa. -Puso las manos encima de su regazo para tratar de ocultar su temblor-. ¿Qué más dice su informe?

-Sólo disponemos de los resultados preliminares, presidenta -dijo Meido.

El nuevo senador seguía empleando un tono de voz delicadamente afable que parecía estar pidiendo disculpas con cada palabra. Meido estaba acusando al esposo de Leia de haber tratado de asesinarla y destruir todo aquello por lo que habían luchado, y fingía sentir pena por ella.

-¿Y cuáles son esos resultados, senador? -preguntó Leia con voz gélida.

-Que la detonación tuvo más de un punto de origen.

-Eso ya lo sabíamos -replicó Leia-. Los resultados de nuestra investigación dicen exactamente lo mismo. Aparte de ese mensaje, ¿cuenta con algo más que pueda vincular a mi esposo con lo ocurrido? -Fue visto con...

-¿Cuenta con alguna otra prueba?

Gno colocó su mano sobre las de Leia, pero Leia se la apartó bruscamente.

-¿Tiene pruebas de que mi esposo puso esa bomba? ¿Tiene pruebas de que Jarril tuvo algo que ver con la explosión? ¿Sabe si Jarril envió ese mensaje o si fue enviado por otra persona? ¿Puede probar que esto no es alguna clase de conspiración para dividirnos o inculpar a mi esposo?

-Leia... -murmuró Gno.

-Las pruebas de que dispongo me parecen concluyentes -dijo Meido.

-Pues a mí no me parece que lo sean -dijo Leia-. No son más que meras especulaciones. Yo podría redactar un mensaje esta misma noche y enviarlo a través de ciertos canales para que pareciese que fue usted quien colocó la bomba. Ese tipo de cosas resultan muy fáciles de hacer. Mi esposo y yo solemos ser blanco de conductas bastante extrañas. No creo que debamos tomar ninguna clase de decisión respecto a este asunto hasta que conozcamos toda la verdad.

-Leia... -repitió Gno.

Leia se volvió hacia él con tanta rapidez que los cabellos recogidos en su nuca quedaron sueltos y oscilaron alrededor de su rostro.

-¿Qué ocurre? -preguntó.

-Dada la naturaleza de este asunto, me temo que no puede ser objetiva acerca de...

-¿Objetiva? -Leia estaba haciendo un esfuerzo tan grande para contener la ira que todo su cuerpo había empezado a temblar-. Este antiguo imperial acaba de acusar a mi esposo de alta traición, ¿y usted piensa que debería ser objetiva?

-Sí, es exactamente lo que pienso -dijo Gno-. Es la jefe de Estado. No puede perder la calma.

-¿La calma? ¿La calma? Esta situación no requiere calma, Gno. Es justo lo que nos temíamos que ocurriría cuando introducimos a los imperiales en este organismo político. Nos están dividiendo. ¿Es que no puede ver que nos encontramos ante una sucia conspiración?

-Leia... -dijo Gno.

El rostro de Meido se había vuelto totalmente blanco salvo por líneas carmesíes alrededor de sus ojos y su boca.

-Lo siento, presidenta.

-No aceptaré sus disculpas. ¿Cómo se atreve a...?

-Se atreve porque está haciendo lo correcto. -C-Gosf acababa de aparecer junto a Leia y deslizó un delicado brazo sobre sus hombros-. Es mejor que discuta este asunto aquí, en el Consejo Interior, que entre los otros senadores. Es mejor que hagamos cuanto podamos para acallar esos rumores antes que

permitir que se vayan extendiendo por todo Coruscant. Porque si no hacemos nada, entonces el general Solo siempre se hallará bajo sospecha incluso si luego, descubrimos que es inocente.

Todos los senadores que la habían apoyado hasta aquel momento se estaban poniendo de parte de Meido.

-Lo siento, presidenta -repitió Meido.

Han no ha tenido absolutamente nada que ver con esto -dijo secamente Leia.

-Creo que no debe seguir tomando parte en esta reunión, Leia -dijo Gno-. Por mucho que lo intentemos, ninguno de nosotros puede ser objetivo acerca de los seres a los que amamos.

El corazón de Leia estaba latiendo a toda velocidad.

-Creen que Meido tiene razón. Creen en él...

-Creo que debemos investigar este asunto, Leia. -Gno apartó los ojos de su rostro y miró hacia otro lado-. -Lo siento, pero la acusación es demasiado seria para que podamos permitirnos el lujo de no tomarla en consideración.

Leia recorrió la sala con la mirada y sus ojos se fueron posando en los rostros de los aliados más íntimos que le quedaban en el gobierno. Todos los rostros le eran familiares salvo los de los tres nuevos senadores que habían sido elegidos después de la explosión. Meido, R'yet y Wwebyls la estaban observando con expresiones entre recelosas y aprensivas. Sus amigos la contemplaban con simpatía. Incluso aquellos que solían oponerse a ella la estaban mirando con visible compasión.

-¿Es esto todo lo que se necesita? -preguntó Leia-. ¿Basta con una acusación, y un hombre bueno es considerado culpable de un crimen que no ha cometido? Esto no es una prueba, y aunque lo fuera todos ustedes conocen a Han. Saben que no es capaz de hacer algo semejante.

-Por favor, Leia... No nos lo ponga todavía más difícil -dijo Gno,

-¿Qué quiere que haga, senador? -preguntó Leia, utilizando su título formal-. ¿Quiere que dimita?

-No -dijo Gno-. Quiero que no tome parte en ninguna de las discusiones o deliberaciones concernientes a Han.

-¿Y si no quiero hacerlo?

Gno seguía negándose a mirarla. C-Gosf la atrajo hacia ella y después la soltó.

-Piense en ello, Leia -dijo después-. Nos reuniremos por la mañana, y para entonces esto ya no le parecerá tan horrendo e incomprensible.

-Lo que me parece horrendo e incomprensible no es lo que acaba de decir el senador Meido, sino el que todos estén tan dispuestos a creerlo -dijo Leia mientras empezaba a levantarse.

-Discúlpeme, presidenta, pero quienquiera que haya colocado esa bomba debía tener acceso a la Cámara -dijo Meido-. Muy pocas personas disponían de esa clase de acceso. La persona que colocó la bomba tiene que ser alguien en quien todos confiamos. Puedo garantizárselo meramente basándome en las circunstancias..., y creo que cuando se haya calmado, usted también se dará cuenta de que tuvo que hacerse así.

Leia se levantó lentamente, recurriendo a toda su educación de princesa para poder mirar a Meido sin inmutarse.

-Cuando tenía dieciocho años, tuve que permanecer inmóvil junto al Gran Moff Tarkin mientras daba una orden desde las profundidades del espacio y destruía el planeta *Alderaan*, que siempre había sido mi hogar, con un solo disparo de la Estrella de la Muerte. Hasta ese momento había creído que destruir un planeta en un instante era algo totalmente imposible, Meido, así que no me diga qué tiene que ser verdad y qué no puede serlo. Poseo el don de la Fuerza. Si mi esposo quisiera traicionarme o traicionar a la Nueva República, yo lo sabría enseguida..., y mi hermano, que es un Maestro Jedi, también lo sabría. Seguimos sin saber qué ocurrió en la Sala del Senado aquel día. Y hasta que lo sepamos, no podremos estar seguros de si fuimos traicionados por un amigo o de si alguien probó una nueva arma. Pero si estuviera en su lugar, yo dejaría de lanzar acusaciones infundadas ahora mismo. Esas acusaciones sólo servirán para dividirnos..., y ahora tenemos que estar más unidos que nunca.

Leia fue sosteniendo la mirada de cada miembro del Consejo por separado. Borsk Fey'lya estaba recostado en su asiento, y le brillaban los ojos. Bel Iblis se negó a permitir que sus ojos se encontraran con los de Leia. ChoFi estaba estudiando sus manos. Los bigotes de C-Gosf estaban temblando, y tampoco quiso permitir que su mirada se encontrara con la de Leia. Gno fue la única de sus amistades que le sonrió, en un claro intento de tranquilizarla.

No harían nada más de lo que ya habían hecho. Leia sólo podía contar con ellos para que escucharan las pruebas, y absolutamente para nada más.

-Esta reunión queda suspendida hasta mañana por la mañana -dijo con una seca inclinación de cabeza-, y para ese entonces espero respuestas. No quiero acusaciones, sino información concreta. ¿Me he explicado con claridad?

No les dio una ocasión de responder. Leia giró sobre sus talones y salió de la estancia, manteniéndose todo lo orgullosamente erguida de que fue capaz. Pero en cuanto estuvo a solas, permitió que los temblores se adueñaran de su cuerpo.

Ya había empezado. La unidad que Leia valoraba más que cualquier otra cosa aparte de su familia se estaba haciendo añicos.

Tal como había sabido que ocurriría.

\* \* \*

Lando llevó a cabo un rápido examen visual del hangar de atraque en busca del *Halcón Milenario* mientras el *Dama Suerte* descendía hacia Salto 1. El *Halcón* poseía ciertos rasgos distintivos que resultaban obvios incluso cuando estaba atracado junto al mismo modelo de carguero ligero corelliano. Lando no vio ninguno de ellos.

Maldito Solo... Haberse ido justo un rato antes de que Lando decidiera comportarse como un héroe resultaría muy típico de él, desde luego. Aun así, Lando no podía localizarle de ninguna otra manera.

Esperaba que Han estuviera bien.

El *Dama Suerte* se posó sobre la superficie con un último y un tanto brusco rebote. Llevar a cabo el descenso sin circuitos de control remoto y confiando únicamente en un equipo tractor bastante anticuado había resultado más arriesgado de lo que se había imaginado en un principio. Lando masculló una maldición y resistió el impulso de hacer una comprobación general de los sistemas.

Cuando la nave se hubo estabilizado, Lando fue a la puerta de carga y la abrió desde el interior.

Esbelta Ana Azul estaba inmóvil delante de la puerta con una mano apoyada en una delgada cadera, y se la veía muy guapa con sus pantalones cortos y su ceñida camisa azul anudada a la cintura. Su aspecto ya no era tan juvenil como la última vez en que se vieron, pero seguía pareciendo la misma contrabandista temeraria y llena de recursos de siempre. Lando sonrió. Nunca había sido capaz de resistirse al innegable atractivo de Azul.

-Llevaba años sin ver una lista de carga tan patéticamente vergonzosa -dijo Azul-. Basta con echarle un vistazo para comprender que te has mantenido prácticamente inactivo desde que te fuiste.

-No tengo tiempo para charlas, Azul -dijo Lando-. He de poner en condiciones a mi pequeña y salir de esta bola de fango antes de que Nandreeson descubra que estoy aquí.

-Probablemente ya sea demasiado tarde -dijo Azul-. Nandreeson siempre se mantiene al corriente de todo el tráfico que se mueve por el Pasillo, así que tendrás que conformarte con la esperanza de que haya otros asuntos urgentes que lo mantengan ocupado.

-Ya... Bueno, no tenía mucho donde elegir -dijo Lando-. La mayoría de los circuitos se dieron por vencidos de repente, y necesito hacer unas cuantas reparaciones.

Azul meneó la cabeza.

-Con esa lista de carga no conseguirás que nadie repare tu nave, Lando -dijo después-. No contenía nada que valiera la pena. ¿Qué hay dentro de tu bodega de carga?

-Nada. Llevo mucho tiempo alejado del contrabando. Azul sonrió.

-Oh, claro. Te reformaste. Igual que Solo, ¿verdad? Vamos, Lando... Sé sincero conmigo. ¿Has venido aquí para echarle una mano a tu viejo amigo?

-Estoy aquí porque el *Dama Suerte* me ha dejado tirado de repente. -Lando no podía contarle la verdad-. ¿A qué viene tanto preguntar por Han?

-Viene a que él y esa bola de pelos que tiene por socio se dejaron caer por aquí hace unos días. Pensé que no tardarías mucho en seguir sus pasos.

-Y dado que Solo la rechazó, ahora Azul quiere chuparte la sangre. -La cabezota calva del Chico DXo'In asomó por el hueco de la puerta-. ¿Qué tal te han ido las cosas, Calrissian?

-He tenido momentos buenos y momentos malos.

-Sí, ya he oído hablar de esas operaciones de minería de gases en Bepin... Convertirse en un honrado ciudadano respetuoso de la ley trae consigo ciertas recompensas, ¿eh?

-El Imperio me arrebató esa pequeña propiedad -dijo Lando. Se agachó para pasar por debajo de la puerta parcialmente abierta, pero no llegó a completar el gesto. Dos docenas de contrabandistas estaban inmóviles debajo del compartimiento de carga del *Dama Suerte* y le apuntaban con sus desintegradores. Lando enarcó una ceja-. Vaya, vaya... Veo que todavía os acordáis de cómo hay que dar la bienvenida a un viejo amigo, chicos.

-Tú no eres amigo nuestro, Calrissian -dijo Zeen Afit, que había aparecido junto al Chico en la base de la rampa-. Has venido a espiarnos.

-¿En beneficio de quién?

-De quien esté dispuesto a pagar más dinero por ello -dijo el Chico. -No le acuses sin pruebas -dijo Azul. -Sólo quiero reparar mi nave -dijo Lando, aunque incluso él estaba empezando a pensar que su excusa resultaba menos creíble a cada momento que transcurría.

-¿De veras? -replicó Zeen-. Ya sabes cómo funcionan las cosas por aquí. No has traído carga suficiente ni para llevarte un barril de estiércol de bantha, así que ya no hablemos de unas reparaciones.

-Lo sé, lo sé -dijo Lando-. Pero puedo ofreceros un montón de créditos.

-¿Y por qué no has empezado por ahí? -gritó alguien desde el fondo de la pequeña multitud de contrabandistas.

-Porque en mis tiempos ofrecer dinero en el Pasillo era la forma más clara de demostrar que no tenías derecho a moverte por el Pasillo -replicó Lando.

Azul subió por la rampa y deslizó su brazo alrededor del de Lando.

-Y esa regla sigue siendo válida, Lando -dijo-. No permitas que te asusten.

-No me asustan -dijo Lando-. Pero quiero saber si podré conseguir que alguien repare mi nave.

-Te va a salir muy caro -dijo Zeen-. Tendrás que soltar diez mil créditos.

-¿Diez mil créditos? -Lando atrajo a Azul hacia él-. Pero si todavía no sabes ni qué le ocurre.

-No me hace falta saberlo -replicó Zeen-. Supongo que quieres mantener tu preciosa nave lo más lejos posible de los chicos de Nandreeson, ¿verdad? Bueno, pues los, diez mil créditos sólo cubren los gastos de protección.

Lando soltó un resoplido.

-¿Como si tú fueras capaz de protegerme de Nandreeson! -exclamó-. ¿Cuántos de sus matones me están apuntando con un desintegrador en este momento?

-Ni uno solo -dijo el Chico-. Nandreeson tiene que conformarse con controlar Salto 6, y no permitimos que se acerque a Salto 1.

-Claro -dijo Lando-. Y ahora todos vosotros trabajáis gratis, ¿verdad?

-Las cosas han cambiado mucho, Lando -dijo el Chico.

-No tanto. No pienses que me he vuelto imbécil meramente porque llevo mucho tiempo sin venir por aquí, y yo te haré el mismo favor. Tengo problemas realmente serios con mi nave, o de lo contrario no estaría en el Pasillo. En consecuencia, te agradeceré que me traigas al mejor mecánico de los alrededores y yo me encargaré de vigilar el Drama Suerte por mi cuenta.

-¿Cuánto estás dispuesto a pagar?

-Lo que sea necesario para poder largarme lo más pronto posible -dijo Lando. Después miró a Azul y frunció el ceño. Aunque nadie más pareciese creerle, Azul parecía convencida de que decía la verdad-. ¿Qué estabas diciendo acerca de Solo?

-Ya sabes que está aquí, Lando.

-No veo el *Halcón*.

-No sabía que estuvieras buscando el *Halcón*.

-¿Y de qué otra manera podía haber llegado Han hasta aquí? -No te hagas el tonto, Lando.

-No me estoy haciendo el tonto -dijo Lando-. ¿Quieres echar un vistazo a mi nave? Llevo mucho tiempo sin hablar con Han. He estado intentando poner en marcha una explotación minera totalmente legal en Kessel. -Lando se apartó de ella y se alisó la capa-. Pero si Han está aquí, me encantaría verle. Chewie conoce tan bien los sistemas del *Dama Suerte* como los del *Halcón*. Podría ayudarme a reparar las averías y así no tendría que molestar a nadie.

Azul le observó en silencio durante unos momentos y sus magníficos ojos recorrieron la silueta de Lando desde la cabeza hasta los pies. Después sus labios se fueron curvando lentamente en una sonrisa muy seductora.

-Siempre has sido un auténtico misterio para mí, Lando, y eso es algo que me gusta mucho en un hombre.

-A ti te gusta lo que sea con tal de que vaya unido a un hombre -dijo Zeen desde abajo-. No me creo nada de lo que ha dicho sobre Han. Lando está aquí por él. No sé qué demonios es, pero alguien está tramando algo.

Lando meneó la cabeza.

-Ya sé que no voy a convencerte, Zeen, pero por lo menos Azul me cree. Llévame hasta Han y no os crearé ningún problema.

Zeen avanzó hasta el final de la rampa y el cañón de su desintegrador subió para apuntar al corazón de Lando.

-No irás a ningún sitio, Calrissian. Nandreeson quiere echarte el guante, y llevas casi veinte años sin poner los pies en el Pasillo. Eso te convierte en un intruso..., y no nos gustan los intrusos.

Lando sintió que se le secaba la boca de repente.

-Y a mí no me gusta que me apunten con un desintegrador, Zeen. ¿Quieres hacer el favor de apartar ese trasto?

-Ni quiero ni puedo hacerlo, Calrissian.

-Baja el desintegrador, Zeen -dijo Azul-. Me hago responsable de él.

-Estupendo -dijo Zeen-. Bien, pues entonces quédate con él a bordo de su adorada nave..., y nosotros esperaremos a Solo. Entonces Calrissian podrá dejarnos en paz de una vez.

-Veo que mi presencia te pone muy nervioso, Zeen. ¿A qué le tienes tanto miedo? -preguntó Lando.

-No queremos que la gente de Nandreeson venga a meter las narices en nuestros asuntos -dijo Zeen.

-Demasiado tarde.

La voz que había hablado antes, y cuyo origen Lando no había conseguido localizar, volvió a hablar. Un rek salió del grupo de contrabandistas. Su cuerpo, tan delgado y flexible como un látigo, apenas resultaba visible entre la multitud, pero sus ojos anaranjados ardían con un resplandor tan intenso como el de las luces de posición de un carguero. Sus manos delgadas como cuerdas empuñaban un desintegrador que apuntaba a Lando.

-Vas a venir con nosotros, Calrissian -dijo el rek-. Nandreeson se alegrará mucho de verte.

Otro rek pareció surgir de la pared en la que había estado apoyado..., y después apareció otro, y otro, y otro más, hasta que el grupo de contrabandistas quedó rodeado por treinta reks.

-Oh, sí, se alegrará muchísimo -dijo uno de los reks-. Se pondrá tan contento que no le importará tener que pagar dos millones de créditos por el placer de verte.

-¡Uf! -exclamó Azul-. Si hubiera sabido que valías tanto dinero, yo misma te habría entregado.

La suma también había sorprendido a Lando.

-La última vez que oí hablar de esa recompensa sólo ascendía a cincuenta mil créditos.

-Acompáñanos sin ofrecer resistencia -dijo el rek-, y no le haremos nada a tu nave.

-¿De qué me sirve eso? -preguntó Lando-. No puedo usarla si estoy muerto.

Su mano avanzó hacia su desintegrador, pero un apéndice gomoso se enroscó alrededor de su muñeca. Lando bajó la mirada hacia él. Otro rek acababa de curvar su brazo alrededor de su piel. La rendija que tenía por boca se abrió en la versión rek de una sonrisa. Los ojos de color púrpura indicaban que estaba siendo sujetado por una hembra.

-Yo no lo intentaría, hombretón -dijo la rek-. Nandreeson seguiría estando dispuesto a pagar un millón de créditos por tu cadáver.

-De acuerdo -dijo Lando. Azul se había convertido en su única esperanza-. Se acabó el fingir: he de encontrar a Han, Azul. Han está metido en un lío muy serio.

-Y que lo digas, Lando -intervino la rek-. Va a reunirse con nosotros en Salto 6. Estoy segura de que los dos disfrutaréis de un encuentro inolvidable y lleno de felicidad.

Azul retrocedió y alzó las manos.

-Lo siento, Lando -dijo-. Nunca he tenido nada que ver con los negocios de Nandreeson.

-Menuda amiga estás hecha -dijo Lando.

-Nunca he dicho que fuera amiga tuya -replicó Azul-. Es sólo que... Bueno, digamos que soy parte interesada en todo este asunto. Nunca tendrías que haber venido aquí, Lando.

-Dime algo que no sepa -murmuró Lando.

## Veintitrés



Cuatro nuevos lenguajes durante el último día. Cetrespeó estaba sentado en la sala de ordenadores de los aposentos de la familia Solo. La marcha de los niños le había liberado de todas sus obligaciones, y Cetrespeó estaba utilizando ese tiempo libre para ponerse al día acerca de los nuevos lenguajes. Dos procedían de planetas recientemente descubiertos, y los otros dos eran lenguajes androides. Eso elevaba el total a dieciocho nuevos lenguajes androides durante la última semana, o 2,571 lenguajes por día.

La sala de ordenadores se encontraba bastante cerca de las habitaciones de los niños. Cetrespeó estaba sentado porque en una ocasión Jaina había insistido en ello. Anakin había llenado las paredes con pegatinas de los héroes de la Antigua República. Cetrespeó le pidió que las quitara, pero Anakin se había «olvidado» de quitarlas. El pequeño solía usar esa palabra cuando quería dejar bien claro que se negaba a hacer lo que le pedían.

Un icono diminuto que representaba a una pequeña unidad R2 empezó a parpadear en una esquina de la pantalla. Cetrespeó presionó una tecla con un dedo dorado y el icono creció hasta ocupar toda la pantalla. Después presionó otra tecla y el icono se convirtió en un mensaje parpadeante:

EMERGENCIA

EMERGENCIA

EMERGENCIA

Había un código minúsculo encima de la 1. Cetrespeó abrió el código, y una larga secuencia de lenguaje binario se desplegó por la pantalla. El mensaje procedía de Erredós. Se encontraba en el hangar de carga con alguien llamado Cole Fardreamer, y los dos estaban siendo acusados de sabotaje. El mensaje acababa de ser enviado, y se repetía una y otra vez.



Kueller siempre se asombraba ante la rapidez con que desaparecían los créditos. Estaba sentado detrás de su escritorio en Almanía. Las cortinas se hallaban descorridas, revelando las luces de la ciudad que se extendía debajo de ellas. Las torres de los je'hars eran manchones negros que se recortaban sobre el horizonte nocturno. El vacío, las ruinas... Todo aquello era una señal más del tremendo poder de Kueller.

Pero el poder se basaba en la riqueza. Kueller tendría que despojar a Pydyr de todos sus tesoros y venderlos en el mercado abierto. Sus agentes ya habían empezado a establecer discretos contactos con los mayores coleccionistas de la galaxia. Si podía vender los hogares de Pydyr bajo la forma de un solo lote, las gemas de Pydyr en otro y las ropas de Pydyr como un tercero, dispondría de los créditos suficientes para completar la Fase 3 de la Operación.

La Fase 1 ya había terminado, y la Fase 2 estaba considerablemente avanzada.

Kueller se recostó en su sillón. Sus guantes estaban encima de la mesa, al lado de las cinco pequeñas pantallas de ordenador. La luz artificial hacía que sus manos parecieran curiosamente pálidas. Parecían las manos de un joven, y no las del hombre más poderoso de la galaxia.

Aunque en realidad Kueller todavía no era el hombre más poderoso de la galaxia, naturalmente.

Pero ya no faltaba mucho tiempo para que lo fuese.

Un suave campanilleo musical le indicó que tenía una llamada en su línea privada. Kueller respondió a él rozando la pantalla con la punta de un dedo. El rostro de Brakiss apareció en ella. Sus rubios cabellos estaban despeinados, y había una expresión atormentada en sus ojos. Kueller sabía reconocer aquellas señales, y enseguida comprendió que indicaban que Brakiss se había enfrentado con Skywalker.

Bien, bien... -dijo sin esperar a que Brakiss hablara-. Veo que Skywalker ha hecho surgir nuevas preguntas en tu triste y torturado corazón.

Brakiss se encogió visiblemente. Si Skywalker podía tentar a Brakiss, un hombre que había amado al Imperio con todo su retorcido corazón, entonces podía tentar a cualquiera. Kueller había sabido elegir: el paso siguiente tenía que consistir en destruir a Skywalker y a todos los que creían en él. Kueller nunca conseguiría triunfar a menos que lo hiciera.

-¿Se ha convertido Skywalker en tu nuevo amo, Brakiss? -preguntó.



-¡No!

Cetrespeó presionó dos teclas más. Erredós no había cortado la conexión. Cetrespeó se disponía a enviar un mensaje de contestación cuando la pantalla se oscureció de repente. Cetrespeó esperó durante unos momentos, pero la pantalla siguió apagada.

La señal de Erredós acababa de interrumpirse.

Brakiss estaba tan nervioso que llegó a retroceder ante la pantalla. Su imagen se empequeñeció..., y Brakiss también parecía haberse empequeñecido.

-Bien, en ese caso... ¿Quién es tu amo, Brakiss?

-Nadie -dijo Brakiss. Su boca se había convertido en una delgada línea de carne pálida, y sus ojos estaban llenos de terror y tristeza-. No quiero tener nada más que ver con todo esto, Kueller. He terminado.

Kueller permitió que su máscara sonriera, a pesar de que se sentía profundamente irritado.

-¿Qué te ha hecho Skywalker?

-Nada -respondió Brakiss.

-¿Y a qué viene entonces esta repentina pérdida de fe?

-No tiene nada de repentina, Kueller. No quisiste permitir que matara a Skywalker.

-Pero lo intentaste.

Brakiss volvió a encogerse ante la pantalla.

Kueller se inclinó hacia adelante, sabiendo que el movimiento haría que su máscara de la muerte llenara todo el campo visual del receptor de Brakiss.

-Lo intentaste y fracasaste, y Skywalker, gracias a la gran bondad de su corazón Jedi, permitió que siguieras viviendo. Y ahora te sientes muy agradecido a tu antiguo maestro, y dudas de que nadie pueda vencerle..., y en realidad ni siquiera estás demasiado seguro de que nadie deba tratar de vencerle. ¿He acertado, Brakiss?

-Odio a Skywalker -dijo Brakiss.

Kueller meneó la cabeza.

-No odias a Skywalker. Odias las emociones y los sentimientos que Skywalker despierta en ti. Te odias a ti mismo, Brakiss. Odias aquello en lo que te has convertido.

Brakiss alzó el mentón.

-Skywalker dice que podría volver a la Academia Jedi. Dice que podría abandonar el lado oscuro. Dice que Vader lo hizo.

-Por supuesto que Vader lo hizo -replicó Kueller con voz tranquila e impasible, aunque ardía en deseos de hacer pedazos a Brakiss para castigar el que se hubiera atrevido a escuchar a Skywalker-. Vader se estaba muriendo, y Skywalker se hallaba junto a él. El Emperador ya no estaba allí y a Vader no le quedaba nada, ni poder ni esperanzas. Aceptó lo que Skywalker le ofrecía porque no tenía ninguna otra elección.

-Skywalker dice que hubiera podido hacer muchas otras cosas.

-Skywalker estaba intentando adueñarse de tu voluntad. ¿Lo consiguió, Brakiss?

Brakiss se cruzó de brazos.

-¿Es que no puedes saberlo sin necesidad de que yo te lo diga? -preguntó.

Kueller sonrió y se alegró de no haber utilizado el holoprojector. La pantalla le hacía parecer más grande y poderoso, y en aquel momento necesitaba todo ese poder.

-Creo que Skywalker podría haberte convencido de que volvieras con él si realmente lo deseara..., pero no lo desea. No le interesas. No significas nada para él. Ni siquiera eres digno de que te mate.

Brakiss volvió a encogerse ante la pantalla. Kueller no tuvo ninguna dificultad para interpretar su reacción: Brakiss había bajado sus defensas y había hecho cuanto estaba en sus manos para que Skywalker pudiera matarle sin ninguna dificultad..., y el virtuoso Luke Skywalker le había perdonado la vida.

-Skywalker quiere acabar conmigo -dijo Kueller-. Sabe que debe derrotarme si quiere preservar su poder.

-Skywalker ni siquiera sabe que existes -dijo Brakiss.

Su tono contenía un cierto desafío. Brakiss todavía era capaz de mostrarse lo suficientemente desafiante para seguir resultando útil.

-Oh, sí que lo sabe -dijo Kueller-. Te aseguraste de que acabará viniendo a mí, ¿verdad?

-Le advertí de que no debía acercarse a Alemania.

Los ojos de Brakiss se desorbitaron en el mismo instante en que las palabras salían de su boca. Al parecer no había planeado decirle lo que había hecho.

-Excelente -dijo Kueller-. Ahora hay muchas más probabilidades de que Skywalker venga a Mí. Te has portado muy bien, Brakiss.

-¿Me he portado muy bien?

Brakiss parecía perplejo.

-Sí -dijo Kueller-. Llevaste a cabo tu misión mucho mejor de lo que me había atrevido a esperar.

-Entonces puedo... ¿Puedo quedarme aquí?

Brakiss estaba tartamudeando como un niño pequeño. Adoraba aquella fábrica de androides. Le proporcionaba una sensación de paz que Kueller encontraba muy útil.

-¿Es eso lo que quieres? -preguntó Kueller.

Brakiss asintió muy despacio, como si temiera que con ello iba a revelar sus más profundos secretos a Kueller.

-Pues entonces naturalmente que puedes quedarte en la fábrica, Brakiss. Me has servido muy bien.

-¿Y no enviarás a nadie más aquí?

Kueller sonrió.

-No hay ninguna necesidad de que nadie más vaya allí. Telti es tuya, Brakiss. Seguiré aportando los fondos necesarios para que nada cambie, y tú seguirás trabajando para mí tal como has hecho siempre... Y nunca más volveremos a hablar de Skywalker, la academia o Yavin 4. ¿Es eso lo que quieres?

-Quiero que Skywalker no se acerque a este lugar.

-Siempre, estarás solo allí, Brakiss. Tu gran talento para el uso de la Fuerza se desperdiciará inútilmente en esa luna, pero tú serás el único perjudicado por esa pérdida. Tu utilidad ha terminado.

-¿Y Skywalker?

-Ahora Skywalker es mío -dijo Kueller-. Y pronto dejará de ser un estorbo, Brakiss..., y Skywalker nunca más volverá a crearle problemas a nadie.

## Veinticuatro



El glottalfib sonrió a Han. Hilillos de humo escapaban por entre sus largos dientes amarillos y se enroscaban sobre las paredes del *Halcón*.

-Bien, general Solo... Volvemos a encontrarnos.

Han tuvo que rebuscar en su memoria durante unos momentos para recordar su nombre. •

-Pero con la diferencia de que ahora la superioridad numérica está de nuestra parte, Isner.

Chewie seguía gruñendo. Su pelaje había dejado de humear, pero había adquirido algunas calvas allí donde el aliento de llamas lanzado por el glottalfib lo había consumido. Las manazas del wookiee estaban levantadas hacia el techo, al igual que las manos de Davis. Seluss se había arrastrado por el suelo hasta quedar tan cerca de las paredes metálicas como se lo permitían sus ataduras.

No lo creo -dijo Isner-. Un buen chorro de llamas y tus amigos no te serán de ninguna utilidad..., y mientras los frío, siempre puedo volver mi desintegrador hacia ti. ¿Quién podía imaginarse que todo un héroe de la Rebelión se olvidaría de coger su desintegrador?

Han soltó un juramento. Su desintegrador estaba en la cabina de control.

-Qué lenguaje tan grosero, general Solo -dijo Isner-. Y yo que había venido a hacerles una visita de cortesía...

Han no apartaba los ojos de Isner. Tenía que ganar un poco de tiempo. El *Halcón* era su nave, y le bastaría con disponer de unos momentos en los que trazar un plan para sacarlos a todos de aquel lío.

-Bien, parece que al final siempre he de acabar dandote lecciones de buenos modales-dijo-. Amenazar con matar a mis amigos no es un acto demasiado cortés.

-Oh, lo hago únicamente para protegerme -dijo Isner- Mi jefe jamás entendería que rechazaran su invitación.

Chewbacca fue extendiendo lentamente sus garras. Las afiladas puntas rozaron el techo. Han mantuvo el rostro impassible para evitar que Isner se diera cuenta de lo que estaba tratando de hacer Chewie.

-¿Y qué quiere Nandreeson de mí?

Isner dejó escapar un suave resoplido y pequeñas lenguas de llamas acariciaron las escamas grises de los alrededores de sus fosas nasales.

-No se trata tanto de usted como de su posición, general Solo. Mi jefe cree que puede ayudar a la Nueva República.

-Oh. Ya veo. Conque eso es lo que cree, ¿eh? Isner asintió.

-Posee cierta información que podría resultar de gran valor para su gente.

Chewie introdujo una garra en una escotilla de carga secreta disimulada entre la pared y la puerta.

-¿De qué clase de información se trata? -preguntó Han.

-Vamos, general Solo... Si lo supiera podría decírselo, pero sólo soy un secretario, un mero subordinado que no posee ningún auténtico poder. He recibido instrucciones de llevarle a Salto 6...

-Y yo ya te he dicho que estoy dispuesto a hablar con Nandreeson en Salto].

Chewie había introducido otra garra. El proceso era terriblemente lento. Seluss se había acercado un poquito más a las piernas de Chewie. Davis mantenía los ojos clavados en el desintegrador de Isner. Si Chewie no actuaba deprisa, Davis probablemente entraría en acción..., y entonces sí que tendrían un auténtico desastre entre manos.

-Debo decirle la verdad, general Solo. -Un chorro de vapor brotó de la boca de Isner junto con la última palabra-. A Nandreeson no le gusta viajar a los otros Saltos. Podríamos decir que..., que echa en falta ciertas comodidades a las que está acostumbrado.

-No le estoy pidiendo que se quede a pasar la noche aquí -replicó Isner- Si quiere podemos reunirnos a bordo del *Halcón*, pero ir a Salto 6 no entra en mis planes. Hace mucho tiempo aprendí que meterse en el territorio personal de Nandreeson puede resultar muy perjudicial para la salud. No te lo tomes como una ofensa, Isner.

-Oh, no me he ofendido. Su amigo Calrissian debería haber seguido su ejemplo y haber sido un poquito más precavido.

Chewie había introducido dos garras más en el área.

-¿Nandreeson sigue estando enfadado con Lando? -preguntó Han.

-«Enfadado» quizá no sea la palabra más adecuada -dijo Isner-. Creo que se trata más bien de una vieja deuda, ¿comprende? Mi jefe y Calrissian tienen una vieja cuenta pendiente que saldar.

-Estoy seguro de ello -dijo Han-. Pero dile a tu jefe que eso no tiene nada que ver conmigo.

Después dirigió un asentimiento de cabeza casi imperceptible a Chewie, quien tiró de la escotilla con todas sus fuerzas de wookiee. Isner miró hacia arriba..., y la puerta del compartimiento de carga cayó sobre él. Chorros de llamas surgieron de su boca. Chewie saltó hacia la derecha y Davis saltó hacia la izquierda, y Seluss se encogió en el suelo. Las llamas chamuscaron la pared y la parte superior de la cabeza de Seluss. Davis se lanzó sobre Han, y los dos rodaron pasillo abajo.

Un estallido de llamas surgió de debajo de la puerta, calentando el metal y quemando la ya bastante maltrecha piel de Han.

Han masculló una maldición y se agarró a los peldaños de la pared para apartarse del metal. Davis echó a correr hacia la cabina sin dejar de soltar juramentos durante todo el trayecto. Chewie se puso encima de la puerta de carga, aplastando a Isner. Seluss estaba parlotando a toda velocidad mientras estrellaba su cabeza humeante contra la pared.

Chewie alargó el brazo y agarró a Seluss, aplastando las quemaduras del sullustano contra su peludo pecho. El metal del suelo estaba empezando a ponerse rojo, y el aire olía a carne quemada y glottalfib asado.

Las llamas empezaron a debilitarse y se extinguieron. Han trepó por la pared, usando los peldaños y moviéndose con la máxima cautela para que sus botas no entraran en contacto con el suelo. Se detuvo cuando estuvo encima de Chewie, y después se inclinó hacia abajo y arrancó el desintegrador de la mano inmóvil de Isner. La culata estaba muy caliente.

-¿Solo? -graznó la voz de Isner desde debajo de la puerta-. Haga que su amigo deje de pisotearme.

Más llamas brotaron de debajo de la puerta.

-Ya puedes apartarte, Chewie.

Chewie meneó la cabeza y rugió. Han apuntó a Isner con el desintegrador.

-Lo tengo todo controlado -dijo Han-. Lleva a Seluss a los armarios de almacenamiento y busca el equipo médico. Debemos ponerle algo en esas quemaduras.

Chewie soltó un nuevo rugido de protesta.

-¡Vete de una vez!

Chewie rodeó a Seluss con un robusto brazo peludo y alargó el otro hacia los peldaños de la pared. Después empezó a avanzar a lo largo de la pared, tal como estaba haciendo Han.

Lisner salió de debajo de la puerta de carga. Una red de quemaduras que reproducía el dibujo del suelo metálico cubría su pecho y sus brazos. Las escamas grisáceas de la espalda estaban empezando a desprenderse. El glottalfib parecía mareado, y daba la impresión de estar bastante débil.

-Y ahora explícame qué quiere Nandreeson de mí -dijo Han-. Quiero la verdad, ¿entendido?

Isner acabó de salir de debajo de la puerta y se apoyó en la pared. Hilillos de humo surgían de sus fosas nasales. El viejo glottalfib parecía haber perdido todo deseo de seguir luchando.

-Quiere utilizarle para llegar hasta Calrissian.

-¿Lando?

Lisner asintió.

-Piensa que si usted está aquí, Calrissian no tardará en aparecer también.

-A veces Nandreeson vive en el pasado -murmuró Han-. Lando y yo rara vez estamos en el mismo sitio en el mismo momento. Más escamas se desprendieron de la piel de Isner. -Necesito un baño de agua.

-Una pregunta más y después podrás volver con los tuyos -dijo Han-. ¿Quién está detrás de todos los créditos que han estado entrando en el Pasillo?

-Nandreeson no tiene nada que ver con eso -dijo Isner con un hilo de voz. Pequeñas llamas se escapaban por entre sus dientes, como si ya no pudiera controlarlas-. Todos estos cambios no le gustan nada.

-¿Y por qué no pone fin a todo esto?

-Porque se trata de algo tan grande que nadie puede detenerlo. -Isner alzó una manecita escamosa-. Necesito atención médica, Solo.

-De acuerdo -dijo Han, señalando el suelo con su desintegrador-. Sal de mi nave.

Lisner atravesó el suelo recalentado, moviéndose con mucha cautela a pesar de que el metal ya estaba empezando a enfriarse. El glottalfib acababa de llegar a la puerta cuando Han le incrustó el cañón del desintegrador en la espalda.

-Te has olvidado de decirme quién está pagando todos esos créditos.

-No me creería, Solo.

-Ponme a prueba.

Lisner volvió su enorme cabeza hacia él y abrió su larga boca. Las llamas empezaron a acumularse detrás de sus dientes..., y un instante después un haz desintegrador le perforó la garganta. Lisner cayó hacia atrás, con los ojos abiertos y muy claramente muerto.

Han giró sobre sus talones.

Davis estaba inmóvil en el pasillo, con el desintegrador todavía empuñado en la mano y los pies protegidos por dos gruesas botas de minero.

-¿Qué infiernos has hecho? -preguntó Han. -Iba a matarte.

-Iba a decirme algo que necesito saber.

Davis meneó la cabeza.

-Los glottalfibs son increíblemente resistentes y cuesta mucho matarlos, Solo. Iba a freírte primero y a hacer preguntas después, y a continuación se habría llevado el *Halcón* a Salto 6 para que Calrissian creyera que estabas allí.

-¿Cómo lo sabes? -preguntó Han.

-Lo sé porque se lo he visto hacer antes -replicó Davis-. Dejan que su presa crea que se están muriendo y luego se lanzan sobre su cuello. Si no hubiera intervenido, ese glottalfib te habría dejado convertido en un plato de consorte frito.

O tal vez ahora sabría algo que antes ignoraba -dijo Han-. Has sido muy oportuno matando a Isner precisamente en ese momento... ¿Para quién trabajas, Davis?

-Soy mi propio jefe, Solo.

-¿Estás seguro de que no tienes algún otro jefe escondido por ahí?

Han se había vuelto de tal manera que su desintegrador apuntaba a Davis.

Davis enseguida se dio cuenta de ello y dejó su arma en el suelo..., moviéndose muy despacio. Después se incorporó con idéntica lentitud y manteniendo la palma de la mano vuelta hacia Han para mostrarle que estaba desarmado.

-No trabajo para nadie.

-De acuerdo, de acuerdo -dijo Han-. ¿Y qué demonios estás haciendo aquí?

Davis tragó saliva antes de responder. Sus manos estaban levantadas hacia el techo, tal como habían estado cuando Isner le apuntaba con su desintegrador.

-Hace poco asesinaron a un amigo mío en Salto 5. Estoy intentando averiguar por qué lo mataron.

-Buen intento.

-El suelo ya parecía haberse enfriado. Han puso una bota sobre él. Estaba frío-. Realmente excelente, de hecho... Sabías que ése es justo el tipo de respuesta que despierta mis simpatías, ¿eh? Pero ha resultado un poquito demasiado obvio. Vuelve a intentarlo.

Davis meneó la cabeza.

-Estoy siendo totalmente sincero contigo, Solo. Mi amigo murió en una explosión en el hangar pocos días antes de que llegaras aquí.

-Y tú eres un buen chico que está intentando resolver el misterio, y estás dispuesto a hacer lo que sea para conseguirlo.

Han bajó el otro pie. La sensación de volver a sostenerse sobre las dos piernas resultaba muy agradable.

-Igual que tú, Solo.

-Pareces saber muchas cosas sobre mí.

Davis asintió.

-Sabía que vendrías..., de la misma manera en que lo sabían los chicos de Nandreeson. Todo el mundo te está vigilando, Solo. Esperan que acabes traicionando al Pasillo de una manera u otra.

Han aferró con más fuerza el desintegrador.

-No estamos hablando de mí, sino de ti..., y de lo que estás haciendo aquí.

-Yo... Eh... Bueno, en realidad he venido a hablar contigo.

-¿Has venido a Salto 5 para hablar conmigo?

-Sí.

-Pensaba que tu amigo había sido asesinado aquí.

-Y así fue -dijo Davis-. Pero ya he investigado ese asunto. Parecía un accidente, aunque ha habido un montón de accidentes similares últimamente. Creo que demasiados, de hecho... Y cuando me enteré de que habías venido a investigar la muerte de tu amigo, entonces pensé que quizá...

-No estoy investigando la muerte de nadie -le interrumpió Han-. He venido aquí porque Jarril me pidió que lo hiciera.

-¿Y dónde está Jarril? -preguntó Davis.

Seluss había vuelto y empezó a parlotear a toda velocidad. Han le lanzó una rápida mirada por encima del hombro. La redonda cabeza de Seluss estaba envuelta por unas cuantas vendas colocadas a toda prisa. Chewie estaba detrás de él, con restos de crema para las quemaduras esparcidos sobre algunas zonas de su pelaje.

-¿Ves? -dijo Davis-. Incluso tu amigo sullustano dice que Jarril está muerto, y supongo que él es la persona más indicada para saberlo.

-No lo sabe con certeza -dijo Han-. Se está basando en suposiciones, igual que el resto de nosotros. Lo cual me recuerda una cosa, Seluss... ¿Cómo entraste en el *Halcón*? Mejor aún, ¿cómo consiguió entrar Isner en el *Halcón*?

Seluss soltó un nuevo torrente de crujidos y chirridos y fue retrocediendo poco a poco mientras hablaba, con las patas levantadas ante él en una postura defensiva como si creyera que Han iba a golpearle de un momento a otro. Chewie se colocó detrás de él e interrumpió su retirada.

-¿Volviste aquí desobedeciendo mis órdenes y utilizaste los códigos de la nave de Jarril? -preguntó Han.

-Eso quería decir que Jarril seguía usando el Dama Apasionada. Han podía utilizar sus sistemas de seguimiento para tratar de localizar la nave y averiguar si Jarril se encontraba por los alrededores.

Seluss se apresuró a repetir que él no había tenido la culpa de nada. -Ah, claro -dijo Han-. Dio la casualidad de que un glottalfib te siguió, ¿verdad? -Suspiró-. Esta sociedad no está funcionando, Seluss. Seluss emitió unos cuantos chirridos más.

-Cuando lleguemos a Salto 1 tú irás a la enfermería y yo me largaré de aquí.

-No creo que debas tomar ese tipo de decisiones tan deprisa -dijo Davis-. Me gustaría poder contar con tu ayuda.

-Oh, por supuesto -replicó Han-. Tienes un asesinato que resolver. -Necesito una nave -dijo Davis-. Quiero alquilar la tuya. Han sonrió.

-Llevo años sin alquilar mi nave, chico, y no voy a empezar a hacerlo ahora..., y además me parece que no te costaría mucho encontrar una nave que pasara un poco más desapercibida.

-Quiero el *Halcón* -dijo Davis-. Necesito el respaldo de la Nueva República. Si he de llevarte hasta el suministrador, necesito contar con ese apoyo.

Han le contempló en silencio durante unos momentos. Davis era joven, pero no demasiado joven. Resultaba obvio que había acumulado una cierta experiencia. Y estaba mintiendo. Han sólo necesitaba oírle hablar para saberlo.

-No -dijo por fin-. Y ahora coge a tu glottalfib y sal de mi nave.

-No es mi glottalfib -dijo Davis.

-Ahora sí lo es. Considéralo como un trofeo de caza y úsalo de alfombra. Coge a ese glottalfib y lárgate, ¿de acuerdo?

-Solo, escucha... Me necesitas. Conozco muy bien el Pasillo de los Contrabandistas.

-Yo también he estado por aquí un par de veces -dijo Han-. Chewie y yo sabremos arreglárnoslas sin tu ayuda. Y ahora sal de mi nave antes de que Chewie tenga que echarte una mano.

Davis abrió la boca en el mismo instante en que Chewie rugía.

-Muy bien, muy bien -dijo Davis, yendo hacia Han-. Me iré. Pero si cambias de parecer...

-No cambiaré de parecer -dijo Han. Dejó caer la mano sobre el panel de control y la puerta se abrió. Davis se dispuso a irse-. No te olvides de tu amigo.

Davis le lanzó una mirada llena de irritación y después agarró a Isner por un flácido brazo y sacó a rastras al glottalfib muerto del *Halcón*. Han esperó hasta que los enormes pies del glottalfib hubieron salido del marco de la puerta y la cerró.

Seluss le estaba mirando como si Han acabara de regalar todos los créditos que había conseguido ganar a lo largo de su vida.

-Sé lo que me hago -dijo Han.

Seluss dejó escapar un suave gemido y fue a la cabina de control. Chewie le siguió. Han enfundó su desintegrador e intentó calmarse. No necesitaba que nadie le recordara cuál era su situación. Nandreeson no le perdonaría que hubiera matado a Isner y a los demás, y seguía estando tan lejos como antes de saber quién se encontraba detrás de todos aquellos créditos.

Pero no podía confiar en Davis. Su aparición se había producido en un momento demasiado conveniente..., y Han odiaba ese tipo de casualidades.

Alguien estaba tramando algo. Y con Nandreeson pisándole los talones, el tiempo de que disponía había pasado repentinamente de la escasez a la inexistencia.

De acuerdo -dijo mientras iba hacia la cabina de control-. Volvemos a Salto 1.

Y quizá, sólo quizá, así tal vez conseguiría encontrar algunas respuestas

\* \* \*

Lo primero que notó fue la pestilencia. Fétida y rancia, combinaba el hedor del agua estancada con el de la vegetación putrefacta y los huevos podridos. Lando estaba caminando entre varios reks. En vez de atarle, los reks habían deslizado sus brazos delgados como látigos alrededor de los suyos para mantenerlos inmovilizados. Su piel parecía goma tibia, pero aun así Lando podía sentir el palpar de la vida a través de ellos. Hasta aquel viaje, nunca había estado tan cerca de un rek. Lando y sus captores habían viajado en una pequeña nave en forma de burbuja que se había movido por entre los asteroides con tanta facilidad como si avanzara por una autopista en Coruscant. Los reks habían desembarcado en aquella cámara, que mas parecía una pesadilla tropical que una caverna.

El aire estaba tan saturado de humedad que se condensaba sobre su piel y hacía que la ropa se le pegara al cuerpo. Hilillos de agua goteaban por las paredes de la caverna, y había insectos revoloteando por toda la zona. Enjambres de moscas pasaban zumbando junto a él, y nubecillas de mosquitos creaban puntos negros en el aire. Los reks llevaron a Lando por una angosta cornisa que se extendía sobre un estanque de aguas estancadas. Lando pudo ver escalones tallados y muebles recubiertos de musgo medio ocultos debajo de la superficie del agua. Aquella parte de la caverna se hallaba sorprendentemente vacía, pero Lando sabía que Nandreeson le estaba esperando en algún lugar más allá de ella.

Cuando llegaran allí los reks cobrarían su recompensa y Lando quedaría en manos del señor del crimen más poderoso del Pasillo..., un señor del crimen que llevaba más de veinte años odiándole.

La cornisa estaba muy resbaladiza. Las botas de Lando habían sido diseñadas pensando en suelos de metal, no en roca recubierta de agua y sustancias viscosas. Los reks le ayudaban a mantener el equilibrio,

pero si le soltaban podía caer dentro de las aguas inmóviles que acechaban bajo la capa de putrefacción verdosa. La mera idea bastó para que Lando se estremeciera.

Doblaron una esquina y de repente se encontraron en una cámara cerrada. Los muros estaban llenos de asientos tallados en la roca. Moscas tan grandes como el pulgar de Lando reposaban sobre las gruesas hebras de musgo que cubrían la pared más cercana a él. Más mosquitos flotaban en el aire, y un grupo de insectos acuáticos se deslizaba sobre la superficie del estanque. El olor a azufre era más intenso en aquella zona, y se mezclaba con el tenue cosquilleo del ozono.

Nandreeson estaba sentado al otro extremo del estanque. Las algas crecían hasta varios centímetros de profundidad por debajo de él, y nenúfares gigantes cubrían su cuerpo escamoso. Las rocas de la pared que se alzaba detrás de él estaban llenas de marcas negruzcas.

Nandreeson no había cambiado. Su largo hocico verde se hallaba recubierto por escamas tan grandes como una uña humana, y sus ojos estaban demasiado juntos. Las protuberancias de su frente le daban una expresión entre interrogativa y perpleja. Sus diminutas manos flotaban sobre la superficie del agua junto a los nenúfares. Las escamas de su pecho habían adquirido un color dorado gracias al agua. Nandreeson parecía estar sentado en un sillón sumergido.

-Calrissssssian -dijo Nandreeson con una gran sonrisa, dejando que hilillos de vapor brotaran de su boca mientras prolongaba el sonido sibilante-. Tienes aspecto de haber prosperado.

-Tengo aspecto de estar envuelto en un montón de lianas de goma -dijo Lando.

Debía mantener su fachada de orgulloso fanfarroneo a cualquier precio. Nandreeson no tenía por qué saber que el corazón de Lando estaba haciendo horas extras.

-Ah, sí, mis fieles reks... -Nandreeson les dirigió una inclinación de cabeza, y Lando pudo sentir como los reks se apartaban de él. Al parecer temían las llamas que podían surgir de la boca de Nandreeson-. Arrojad a Calrissian a la bebida y volved a vuestra nave. Vuestros créditos os estarán esperando.

-¡No...! -empezó a gritar Lando.

Pero la palabra aún no había acabado de salir de su boca cuando ya se encontró volando por los aires. Los reks habían lanzado su cuerpo a una gran altura. Lando atravesó un enjambre de mosquitos y la mitad de los diminutos insectos que lo formaban se le metieron en la boca, dejándole medio asfixiado y haciéndole toser. Todavía estaba tratando de escupirlos cuando chocó con el agua.

El agua estaba caliente y viscosa, y sabía a masa para pasteles. Lando se hundió muy deprisa, arañándose con las rocas cubiertas de musgo y sintiendo cómo el calor aumentaba rápidamente a medida que iba descendiendo por las profundidades del estanque. Una burbuja que iba de camino a la superficie pasó junto a él y Lando comprendió, con una súbita punzada de miedo, que aquel estanque estaba alimentado por una fuente de calor subacuática..., y que se estaba deslizando hacia ella.

Empezó a agitar los brazos y consiguió que se le enredaran con la capa. «Pánico. Pánico. El pánico te matará», se dijo frenéticamente. El pecho le ardía con una dolorosa necesidad de respirar. Podía aguantar. Lando sabía que podía aguantar el tiempo suficiente. Subió los brazos y abrió el cierre de su capa. La capa se deslizó dentro del agujero del que había surgido la burbuja, pero Lando por fin podía moverse. Miró hacia arriba. La luz de las lámparas instaladas en el techo de la caverna se filtraba a través del agua. Lando nadó hacia ella. Sus pulmones necesitaban aire, le dolían los brazos y puntos negros bailoteaban delante de sus ojos. Aquel momento de pánico le había costado una gran cantidad de aire. Lando ya estaba empezando a creer que no lo conseguiría cuando de repente su cabeza atravesó la superficie del estanque, y un instante después se encontró escupiendo bocanadas de agua repugnante y haciendo profundas inspiraciones de aire.

Lando había logrado describir un giro de ciento ochenta grados mientras se encontraba debajo del agua. Nandreeson estaba detrás de él, y había seis glottalfibs más sentados al otro lado de la caverna con sus enormes pies remojándose en el estanque. Todos tenían la boca abierta y estaban sonriendo.

De hecho, los glottalfibs se estaban riendo de él.

-¿Qué estáis mirando? -preguntó, sintiéndose demasiado aturdido para que se le pudiera ocurrir un insulto mejor.

-Te miran a ti, humano -dijo Nandreeson desde detrás de él-. Nunca me había imaginado que vuestra tolerancia al agua fuera tan lastimosamente baja.

-Mentiroso. -Lando giró lentamente, chapoteando en el agua hasta quedar de cara a Nandreeson-. Y esto no es agua, sino basura líquida.

Los diminutos ojos de Nandreeson estaban siguiendo cada movimiento de Lando.

-Esto es el producto de años de experimentación -dijo con gran orgullo-. Espero que tu química corporal no haya destruido el delicado equilibrio de mi estanque.

-Tendrías que haber pensado en eso antes de ordenar a los hombres de goma que me arrojaran a él -dijo Lando.

Echó un rápido vistazo a los lados del estanque. Las rocas terminaban bastante por encima de su cabeza y estaban recubiertas de un musgo verdoso que parecía extremadamente resbaladizo. Los únicos peldaños se encontraban cerca de la puerta del otro extremo del estanque, y había que pasar por delante de los guardias para llegar hasta ellas. Bueno, daba igual. Lando quería conservar las fuerzas, y no estaba dispuesto a seguir nadando hasta que se le agotaran las energías.

Giró sobre sí mismo y se impulsó con un par de patadas, iniciando el elegante estilo de braza que había aprendido de muchacho. Una llama gigantesca se deslizó sobre el agua por delante de él. Masas de vapor brotaron del estanque y le cegaron, y el repentino calor le abrasó. Lando se quedó inmóvil.

-Ah, Calrissian... ¿Ves cuál es el precio que hay que pagar por desobedecerme?

-Nunca dijiste que tuviera que quedarme dentro de esta poza de barro.

Lando se apresuró a apartarse de las masas de vapor que brotaban del agua y se acercó un poco más a Nandreeson.

Nandreeson abrió su hocico, y su lengua emergió de él y atrapó un puñado de mosquitos. El señor del crimen los engulló y dejó escapar un suave gemido de deleite.

Pero tampoco he dicho que puedas salir de ella. Ahora eres mío, Calrissian..., y más valdrá que te vayas acostumbrando a esa idea.

-De acuerdo -dijo Lando-. Sácame de este estanque y discutiremos el precio de mi libertad.

Hilillos de llamas brotaron de las fosas nasales de Nandreeson. Lando había descubierto hacía ya mucho tiempo que esos pequeños incendios indicaban que el glottalfib estaba de mal humor.

-El precio de tu libertad es tu muerte, Calrissian.

Lando ya casi no sentía los brazos, por lo que dejó de moverlos y se mantuvo a flote agitando las piernas. La viscosidad del agua también ayudaba a evitar que se hundiera. Pero si iba a seguir mucho más tiempo allí dentro, tendría que librarse de algunas de sus prendas más pesadas.

Estás siendo un poquito melodramático, Nandreeson -dijo después-. Yo sólo era un joven contrabandista que intentaba demostrar su valía, y no tenía ni idea de a quién estaba robando. He intentado devolverte lo que te robé a lo largo de los años, pero tus matones ni siquiera quisieron transmitirme el mensaje. Ahora estoy aquí, ¿verdad? Bien, pues entonces hablemos como dos personas razonables... Te devolveré todo lo que te robé más intereses. Un diez por ciento de interés a lo largo de veinte años debería proporcionarte unos beneficios bastante elevados.

-No estoy interesado en los beneficios -dijo Nandreeson.

Las llamas que se deslizaban a lo largo de su hocico se habían vuelto todavía más largas.

-¿A quién crees que vas a engañar diciendo esas cosas? -replicó Lando. Se había hundido hasta el mentón, y tenía que estirar el cuello para mantener la boca fuera del agua-. Siempre estás buscando alguna manera de obtener beneficios.

-Muy bien. -Nandreeson sacó su largo cuerpo escamoso del agua-. Voy a ser sincero contigo, Calrissian, dado que no te queda mucho tiempo de vida. Los beneficios me interesan mucho, y voy a extraer ciertos beneficios de ti: después de que mueras, todo lo que posees pasará a ser mío. No tienes herederos, compañera o familia. Nadie discutirá conmigo. Nadie se atreverá a hacerlo.

-No creo que a la Nueva República vaya a gustarle mucho eso.

-Y yo no creo que tus amigos de la Nueva República vayan a interferir con mis planes. -Nandreeson se sentó sobre la resbaladiza cornisa rocosa y dejó que sus enormes pies quedaran sumergidos mientras cogía una mosca de la pared con una de sus manecitas-. Estarán demasiado ocupados enfrentándose a una nueva rebelión.

Lando volvió a agitar las manos. Se encontraba en buena forma física, pero llevaba bastante tiempo manteniéndose alejado del agua y sus músculos doloridos ya estaban empezando a pagar un precio muy alto a cambio de aquel repentino ejercicio con el que no estaban familiarizados.

¿Una nueva rebelión?

Por supuesto. -Nandreeson cogió otra mosca de la pared y la masticó con expresión pensativa-. Todos los gobiernos tienen que enfrentarse a la rebelión armada en algún momento de su existencia. Para tus amigos de Coruscant, la rebelión llegará bastante más temprano de lo acostumbrado.



-No hemos parado de luchar con los imperiales desde que el Imperio fue derrotado -dijo Lando-. No tardarán en cansarse.

-Estoy seguro de ello -dijo Nandreeson. Las llamas habían desaparecido, y el señor del crimen volvía a sonreír-. Pero yo estoy hablando de una rebelión, Calrissian..., y de una rebelión de origen interno. Supongo que no has olvidado cómo funcionan esa clase de cosas, ¿verdad? Te estoy hablando del mismo tipo de rebelión que tu amiga Leia Organa Solo dirigió cuando formaba parte del Senado Imperial..., una rebelión armada y decidida a triunfar que tiene el idealismo de su parte.

Lando redujo el ritmo de sus movimientos.

No hay ninguna razón para rebelarse -dijo-. La República es un buen gobierno, y trata bien a su gente.

¿De veras? -preguntó Nandreeson-. Quienes viven en el Pasillo temen que la Nueva República interfiera con el libre comercio, y le tienen verdadero pánico a su gobierno.

El Pasillo siempre ha odiado a todos los gobiernos, y les da igual que quien mande sea el Imperio o la Antigua República. Los contrabandistas odian las reglas -dijo Lando.

Y naturalmente-siguió diciendo Nandreeson como si no le hubiera oído-, también hay lugares como Alemania, un planeta que envió una petición de auxilio a tu Nueva República cuando sus gobernantes, los je'hars, iniciaron una matanza sistemática de todos los que se les oponían. La Nueva República nunca respondió a ese mensaje.

La Nueva República intenta no interferir con los gobiernos locales -dijo Lando.

¿Incluso cuando ese gobierno local está cometiendo un genocidio? Realmente, Calrissian... Teniendo en cuenta que estamos hablando de unos héroes, la verdad es que tu Nueva República no lo está haciendo nada bien.

¿Y quién eres tú para erigirte en juez de la Nueva República? -preguntó Lando-. No eres más que un...

Chorros de llamas se esparcieron por el agua a su alrededor, creando nubes de humo y vapores que subieron hacia el techo de la caverna. Lando tosió y se limpió la cara con una mano. Si no se le ocurría algo pronto, acabaría ahogándose en aquel estanque antes de que el día hubiera terminado.

Las llamas dejaron de brotar del hocico de Nandreeson, y el humo se fue disipando poco a poco.

Creo que deberías reflexionar muy seriamente sobre lo que vas a decir antes de decirlo -dijo Nandreeson-. Controlo tu vida, Calrissian.

Ya te he entendido, Nandreeson. Y ahora déjame salir de aquí y hagamos un trato.

Pues parece ser que no me he explicado con la suficiente claridad -dijo Nandreeson-. No voy a hacer ninguna clase de trato contigo. -Volvió a meterse en el agua y nadó hacia Lando, manteniéndose lo suficientemente alejado de él para que Lando no pudiera tratar de agarrarle, pero permaneciendo lo bastante cerca para que un nuevo chorro de llamas fruto de la irritación pudiera abrasar el rostro de Lando-. Cuando Jabba el Hutt murió, podría haberme convertido en el señor del crimen más influyente de toda la galaxia..., y de no ser por ti lo hubiera hecho, Calrissian.

Llevo muchos años manteniéndome lo más alejado posible de ti -dijo Lando.

Exactamente. Nandreeson es el señor del crimen más poderoso del Pasillo. Nandreeson es conocido en toda la galaxia. Pero Nandreeson no es omnipotente. Nandreeson puede ser vencido. Oh, vaya, pero si incluso alguien tan inepto como Lando Calrissian consiguió robarle una fortuna cuando Calrissian no era más que un muchacho... Si se pudo hacer una vez, puede volver a hacerse.

Las llamas ya empezaban a brotar nuevamente de las fosas nasales de Nandreeson cuando Lando inició Un retroceso muy, muy lento y cauteloso.

Matarme no cambiará eso -dijo.

Oh, pero sí que lo hará. Mis colegas difundirán la historia de tu muerte, de cómo sufriste y corno, al final, suplicaste mi compasión... Puede que incluso le hagamos ciertas cosas a tu cuerpo después de que hayas muerto -creo que los humanos encuentran muy desagradable todo lo relacionado con la profanación de los cadáveres, ¿verdad?-, y lo llevemos a Salto 1 para que todos puedan verlo. Y después, naturalmente, confiscaré todas tus propiedades y nadie se opondrá a ello. En vez de decir que se me puede robar impunemente y ser más listo que yo, todos dirán que Nandreeson sabe esperar el momento adecuado para vengarse..., y que sabe hacer que esa venganza sea muy, muy dulce.

Lando meneó la cabeza, consiguió que se le metiera un poco de agua en la boca y la escupió, faltando muy poco para que consiguiera acertar a Nandreeson con el chorro de líquido.

Si realmente quieres conseguir que la gente se olvide de estos últimos veinte años, entonces tendrás que matarme un centenar de veces.

Después torció el gesto. Ese tipo de contestaciones no eran la forma más adecuada de convencer a Nandreeson..., especialmente teniendo en cuenta que las llamas ya habían empezado a fluir por entre los dientes de Nandreeson.

Piensas que acabarás convenciéndome de que eres alguien realmente especial, ¿verdad, Calrissian? -murmuró Nandreeson mientras las llamas se iban esparciendo alrededor de su cara-. Piensas que sabré apreciar tu inteligencia, tu coraje y todas esas capacidades superiores de las que diste muestra al desafiarme. Piensas que saldrás con vida de aquí. Pero lo que debes saber es que he dedicado los últimos veinte años de mi vida a odiarte.

Una lengua de llamas se acercó tanto a Lando que tuvo que sumergirse para esquivarla. Los pulmones todavía le dolían de la última vez en que se había sumergido. Nandreeson no se había movido, y tampoco había vuelto a inflamar el agua. Lando se disponía a salir a la superficie cuando cayó en la cuenta de algo que había estado pasando por alto hasta aquel instante. Sus pulmones ya deberían haberse recuperado. Debería estar sintiendo un cierto cansancio debido al esfuerzo de mantenerse a flote, pero ya llevaba algún tiempo respirando regularmente y en realidad tendría que sentirse mucho menos cansado.

Salvo si aquella atmósfera contenía muy poco oxígeno, o si estaba contaminada por alguna sustancia desconocida, o si los glottalfibs estaban consumiendo el oxígeno. Teniendo en cuenta el efecto combinado del esfuerzo y aquel aire de pésima calidad, Lando no disponía de tanto tiempo como había creído en un principio.

Examinó el agua y sólo vio algas, partículas verdes y pies de glottalfibs remojándose en el estanque. No había ninguna escapatoria a menos que quisiera probar suerte con aquel agujero del que emergían las burbujas..., y Lando no estaba demasiado seguro de que pudiera aguantar el calor.

Volvió a la superficie y expulsó aquel agua repugnante por la nariz y la boca.

Esconderte debajo del agua no te servirá de nada -dijo Nandreeson-. Puedo alcanzarte con mucha más facilidad ahí abajo que aquí arriba.

Si vas a matarme, entonces hazlo de una vez y acabemos con esto -dijo Lando.

Si Nandreeson se decidía a actuar, su movimiento tal vez indicara a Lando por dónde podía escapar.

Te gustaría, ¿verdad? -replicó Nandreeson-. Pero morirás muy despacio, Calrissian, y yo disfrutaré cada uno de los momentos de tu agonía.

Pues si tienes algo planeado para mí será mejor que pongas manos a la obra, Nandreeson.

Cuanto más rápido le sacaran del agua y de aquella caverna, tanto mejor para él.

Si no te importa que utilice esos mismos términos tan curiosamente humanos que acabas de emplear, te diré que ya he puesto manos a la obra. -Nandreeson le estaba sonriendo, y sus labios escamosos habían retrocedido para revelar unos dientes puntiagudos ennegrecidos por el humo-. Vamos a ver durante cuánto tiempo eres capaz de sobrevivir en mi mundo, Calrissian. Los glottalfibs viven en el agua. Comemos en el agua, dormimos en el agua y nos apareamos en el agua. Pero tengo entendido que los humanos son incapaces de aguantar el agua.

Pues yo la aguanto estupendamente.

Pero el agua te matará si no tienes cuidado. ¿Durante cuánto tiempo serás capaz de seguir nadando, Calrissian? Sin comida, sin descanso, sin ayuda de ninguna clase... ¿Durante cuánto tiempo podrás aguantar?

Un terror que Lando nunca había conocido acababa de surgir dentro de él. No podía seguir nadando hasta el fin de los tiempos. Se ahogaría. -Puedo sobrevivir el tiempo suficiente -dijo.

Y por lo menos eso era verdad. Sobreviviría el tiempo suficiente para acabar con Nandreeson..., o moriría intentándolo.

## Veinticinco



Los guardias habían permitido que Cole bajara de la plataforma del prototipo del ala-X. A su vez, él les había convencido de que debían avisar al general Antilles. Eso no quería decir que Cole supiera qué iba a decir cuando llegara el general, desde luego. El androide de Skywalker permanecía inmóvil junto a la

terminal de ordenador, con zarcillos de humo brotando del compartimento redondo de su cabeza. Si los impactos de desintegrador eran tan serios como parecían, podían haber dañado la memoria del androide..., que a juzgar por lo que había dicho Skywalker era precisamente la parte del androide que más valoraba.

Ya hemos esperado más que suficiente -dijo el kloperiano-. Vamos a llevarlo al bloque de detención como haríamos con cualquier otro saboteador.

No.

La voz procedía del fondo de la sala. Los guardias se volvieron en esa dirección, y Cole les imitó. El general Antilles acababa de aparecer allí, con su uniforme de gala y sus oscuros cabellos impecablemente peinados. Sus dos guardias personales permanecían inmóviles junto a él. El general recorrió la sala con la mirada. Sus ojos se posaron en Cole durante un momento, escrutando y evaluando, y claramente sin reconocerle, y después se volvieron hacia el androide.

¿Esa unidad astromecánica de ahí es Erredós?

El guardia de Mon Calamari encogió sus flacos hombros. -¿Y bien? -preguntó el general Antilles. Los guardias miraron a Cole.

Cole recorrió con la mirada todos sus rostros hasta convencerse de que podía hablar.

Sí, señor -dijo después-. Luke Skywalker lo dejó aquí conmigo para que supervisara las reparaciones del ala-X.

El general Antilles puso una mano sobre la cúpula de Erredós y después permitió que sus dedos resbalaran lentamente sobre ella hasta dejar de tocarla, como si le apenara enormemente ver en qué estado había quedado Erredós.

Repara este pequeño androide y vuelve a dejarlo en condiciones de funcionar -le dijo al kloperiano.

Discúlpeme, señor, pero Erredós ha tenido algunas experiencias bastante desagradables con los kloperianos -dijo Cole- Me ha dicho que intentaron secuestrarlo hace unos días.

Los ojos del general se entrecerraron.

¿Quién le ha hecho esto a Erredós?

Yo -dijo el kloperiano-. Estaba intentando escapar.

¿Escapar? -preguntó el general.

Sorprendimos al androide y a este chico cuando estaban saboteando el prototipo del ala-X -dijo la guardia-. Pusieron un detonador en el ordenador.

¿Erredós hizo eso? -preguntó el general-. Me resulta muy difícil de creer. ¿Quién eres, hijo, y por qué has solicitado mi presencia aquí?

Cole tragó saliva.

Me llamo Cole Fardreamer, señor, y normalmente trabajo en los alas-X. Luke Skywalker me habló muy bien de usted, y cuando estos guardias entraron aquí... Bueno, pensé que por lo menos usted me escucharía.

¿Estabas saboteando el prototipo?

Cole meneó la cabeza.

Lo estaba inspeccionando. Erredós y yo encontramos una bomba en el ala-X del Maestro Jedi y después encontramos otra bomba en un segundo ala-X reacondicionado, así que pensé que quizá también hubiera bombas en los nuevos modelos y estaba tratando de averiguarlo cuando aparecieron los guardias. No han querido escucharme, señor.

El guardia de Mon Calamari fue hasta el ala-X y señaló el ordenador.

Si examina esto, señor, verá qué estaban tramando el joven y su androide. Hay una insignia imperial en la parte de atrás de este ordenador. Es una unidad de detonación.

El general Antilles se inclinó sobre el ala-X y examinó el ordenador. Cole no podía ver sus manos y no sabía si el general estaba moviendo algo que no hubiera debido tocar. El corazón del muchacho empezó a latir a toda velocidad.

Tenga cuidado, señor -dijo-. Cualquier movimiento equivocado podría hacer que estallara.

Gracias -dijo el general, pero siguió inclinado sobre el ala-X. Nadie dijo ni una palabra. Cole podía oír su propia respiración, y los suaves roces y crujidos que producía el general-. Este artefacto imperial está incorporado directamente al ordenador -añadió en cuanto hubo terminado su inspección.

Cole meneó la cabeza. Tenía la boca repentinamente seca.

No, señora. Erredós y yo descubrimos el sabotaje. -¿Erredós? ¿Y qué hacía Erredós contigo?

Erredós emitió un pitido seguido por un rápido trino electrónico. -Dice que el amo Luke le dejó aquí para que ayudara al amo Fardreamer en su trabajo -tradujo el androide de protocolo. -¿Te llamas Fardreamer? -preguntó la presidenta. -Sí, señora.

¿Y qué relación tienes con mi hermano? -Estaba reparando su ala-X.

Este no es su ala-X.

No, señora.

¿Y qué le ocurre al ala-X de Luke? -preguntó el general.

Cole tragó saliva. Tener que enfrentarse al general y a la presidenta de la Nueva República casi resultaba peor que verse apuntado por los desintegradores de los guardias.

Nada, señor. Estaba siendo reacondicionado de acuerdo con sus órdenes y entonces el Maestro Jedi Skywalker se presentó aquí, y se quejó de que habíamos estado alterando su ala-X. Dijo que era un caza muy especial y que no quería que fuese remodelado, y me preguntó si podía volver a dejarlo tal como estaba antes. Dejó aquí a Erredós para que me ayudara. Encontré el detonador mientras estaba sacando el ordenador. Los ordenadores ya vienen premontados y en una sola pieza de la fábrica, por lo que pensé que el detonador quizá no tenía como objetivo al Maestro Jedi, sino a los alas-X en general. Decidí echar un vistazo al ordenador de otro ala-X reacondicionado y encontré otro detonador. Después me pregunté si los nuevos modelos también habrían sido saboteados de la misma manera, y el único ala-X al que tenía acceso era el prototipo, por lo que vine aquí.

¿Es verdad todo eso, Erredós? -preguntó la presidenta sin volverse hacia el pequeño androide.

Erredós se bamboleó sobre sus ruedas. Intentó ir hacia ella, pero sus circuitos emitieron un gemido de protesta. Erredós dejó escapar un suave pitido.

Será mejor que respondas al ama Leia primero y te preocupes por tu salud después -dijo el androide de protocolo.

Erredós respondió con otro pitido seguido por una serie de trinos electrónicos, y después se bamboleó sobre sus ruedas como si intentara dar más énfasis a lo que acababa de decir.

Erredós confirma la historia del joven -dijo el androide de protocolo-. Teme que esos nuevos ordenadores formen parte de una conspiración para eliminar a los mejores pilotos de la flota, y sugiere que averigüemos quién ordenó que los alas-X fueran remodelados...

Yo lo ordené -dijo el general.

Oh, cielos -murmuró el androide de protocolo.

Por una vez Cetrespeó había estado totalmente acertado. Un leve rubor tiñó el rostro de la presidenta mientras se volvía hacia el general.

¿Qué has dicho, Wedge?

El general se encogió de hombros.

Bueno, no fui sólo yo -dijo-. Los altos mandos se reunieron porque teníamos algunas dificultades con los alas-X. No envejecen demasiado bien, así que nos estaban creando bastantes problemas mecánicos. El mercado de los componentes electrónicos había reducido sus precios, por lo que pensamos que podíamos reconstruir unos cuantos alas-X primero y comprar los que necesitáramos después.

No fui informada de esto -dijo la presidenta.

Redactamos un memorándum, Leia -dijo el general-. En realidad no puede considerarse que fuera un auténtico cambio de política.

Quizá no, pero tiene que haber salido bastante caro -dijo la presidenta-. La Nueva República no es rica.

Eso es lo que he estado intentando hacerte entender -dijo el general-. Los costes de este proyecto eran desusadamente bajos, y por eso le di mi apoyo. Pensé que nos beneficiaría, y no cabía duda de que protegería a los pilotos del peligro que supone sufrir todos esos fallos mecánicos que hemos estado padeciendo últimamente.

Los labios de la presidenta se fruncieron y sus ojos se entrecerraron. Estaba claro que no iba a discutir con él delante de los guardias. La presidenta se volvió hacia Cole.

¿Y crees que hay un detonador como el que has encontrado escondido en todos los alas-X?

Cole volvió a tragar saliva. Era realmente magnífica, aunque en un estilo totalmente distinto al de su hermano. Allí donde Luke Skywalker presentaba sus exigencias con una engañosa suavidad, la presidenta mostraba una cortante dureza. No había ni un solo átomo de blandura en Leia Organa Solo. Cole jamás habría sido capaz de discutir con ella tal como lo había hecho con su hermano.

El detonador está en los nuevos ordenadores, señora. Es el único sistema que hemos sustituido en todos los alas-X que hemos reacondicionado.

¿Y cómo es que no habías descubierto la existencia de ese detonador si te pasas el día entero tocando esos ordenadores?

Porque hasta ahora nunca había tenido ocasión de desmontar un ordenador.

Necesito que seas totalmente sincero conmigo, Wedge -dijo la presidenta-. ¿De quién surgió la idea de sustituir los ordenadores?

De mí -dijo el general.

Wedge... -La voz de la presidenta contenía un inconfundible tono de advertencia-. No tenemos tiempo para juegos. Necesito saberlo.

Leia... -El general le puso la mano en el brazo-. Fue idea mía, ¿entiendes? Fui yo quien descubrió los problemas que nos estaban creando los viejos alas-X. Lo del reacondicionamiento fue idea mía, e incluso fui yo

quien habló con el comprador de suministros militares. He llevado este asunto desde el principio hasta el final, Leia.

No puedo creer que dieras la orden de cometer un acto de sabotaje -dijo la presidenta.

No lo hice.

Las palabras del general parecieron quedar flotando en el aire. Los guardias miraron hacia otro lado. Sólo el androide de protocolo siguió observándoles, percibiéndolo todo con sus ojos dorados.

Cole se mordió el labio inferior. Tenía que hablar.

Disculpeme, señora, pero... Bueno, el general podría haber emitido la orden sin saber absolutamente nada sobre el sabotaje.

Lo sé -dijo la presidenta-. Los ordenadores ya llegan montados de la fábrica, ¿verdad?

Sí, señora -dijo Cole-, y además los montan de tal manera que tendrías que estar buscando el detonador para poder encontrarlo. Yo no lo habría encontrado si Luke Skywalker no se hubiera negado a que sustituyéramos su viejo ordenador por el nuevo modelo..., y ni siquiera entonces lo encontré. Fue Erredós quien lo encontró.

Los kloperianos se niegan a permitir que los androides astromecánicos entren en el hangar de mantenimiento, ama Leia -dijo el androide de protocolo.

Erredós emitió un estridente silbido.

La presidenta cerró los ojos durante un momento.

¿Cuánto tiempo llevamos haciendo esto? -preguntó después. -Bastante -dijo el general-. Puedo darte una respuesta exacta consultando los archivos.

La presidenta meneó la cabeza.

El ala-X de Luke fue traído hasta aquí durante ese período de tiempo -dijo después-. Luke lleva el tiempo suficiente en Coruscant para que podamos suponer que el cambio fue llevado a cabo después de su última reunión. Aun así, estamos hablando de mucho tiempo... ¿Cuántos alas-X cree que llevan instalado el nuevo sistema de ordenadores, señor Fardreamer?

La mayoría, señora -dijo Cole-. Me sorprendió ver un aparato tan antiguo como el del Maestro Jedi que aún no había sido modificado.

La mayoría... -murmuró la presidenta. Sus manos estaban tan tensas que los nudillos habían palidecido-. ¿Y qué hay de los nuevos alas-X? ¿Cuántos estamos utilizando actualmente?

Todos salvo un puñado, Leia -dijo el general.

Quiero que todos sean inspeccionados. Todos ellos, ¿entendido? También quiero que inspeccionen los alas-X reconstruidos.

No pensarás que hay una bomba escondida dentro de cada ala-X -dijo el general.

Eso es exactamente lo que pienso -dijo la presidenta-, y quiero que las extraigan.

Eso podría dejar inmovilizada a toda nuestra flota de alas-X durante bastante tiempo.

Prefiero verla inmovilizada antes que verla destruida—dijo la presidenta-. ¿Puede hacerlo, señor Fardreamer?

Sí, señora -dijo Cole, apresurándose a erguirse-. Pero creo que tendremos que enfrentarnos a otro problema todavía más grave.

La presidenta le contempló en silencio, con los ojos muy abiertos y el rostro totalmente inmóvil, mientras esperaba a que Cole se explicara.

No todos los alas-X están aquí. Un cierto número de aparatos se encuentran fuera del planeta.

La presidenta tragó saliva.

¿Cree que esos aparatos necesitan un detonador de control remoto?

Cole enseguida entendió adónde quería ir a parar. Si la bomba sólo podía ser activada mediante un detonador de control remoto, entonces los alas-X que estaban fuera de Coruscant probablemente no corrían ningún peligro.

No, señora. Ese detonador ha sido diseñado para estallar cuando se emita una determinada combinación de órdenes.

¿Y sabe cuál es esa combinación?

Cole meneó la cabeza.

Entonces todos los pilotos de los alas-X corren peligro -dijo la presidenta.

Ordenaré que todos los alas-X vuelvan inmediatamente a sus bases -dijo el general.

Asegúrese de que esa orden llega hasta el Maestro Jedi Skywalker -dijo Cole.

¿Y Luke...?

Esta vez el pánico resultó claramente evidente en la voz de la presidenta.

Sí, señora. El ala-X que se llevó es una réplica exacta de este prototipo..., ordenador incluido.

Oh, Luke -dijo la presidenta, y después alzó los ojos hacia el general-. Ni siquiera sé dónde está.

El general la rodeó con el brazo.

\* \* \*

Le encontraremos -dijo-. No tenemos otra elección.

Almania ocupaba casi toda la pantalla visora de Luke, llenándola con el gran disco blanco azulado de un planeta rodeado de nubes. Sus tres lunas eran más pequeñas que Almania, y de un color distinto. Dos de ellas contenían montones de verde mezclado con el azul.

Sus cartas astrográficas le habían dicho que las tres lunas albergaban vida y culturas bastante antiguas. Pydyr era la más famosa, tanto por su exclusividad como por su riqueza. Luke nunca había oído hablar de las otras dos -ni de Almania, en realidad- hasta que Brakiss las había mencionado durante su conversación.

Lo más extraño de todo era que Luke confiaba en la información que le había proporcionado Brakiss. Su antiguo estudiante todavía conservaba una hebra de bondad oculta en las profundidades de su ser. Brakiss había intentado destruirla, pero la hebra aún existía. Pero Luke temía que algún día Brakiss sería capaz de vencer definitivamente a esa bondad y que utilizaría todos sus considerables poderes en favor del mal. Lo único que podía hacer era prestarle toda la ayuda posible para que eso no llegara a ocurrir, y asegurarse de que Brakiss sabía que Luke siempre estaba allí para ayudarle. Permitir que sus estudiantes se fueran siempre era la parte más difícil de la enseñanza, pero Luke tenía que permitir que cometieran sus propios errores, que fueran ellos mismos y que eligieran sus propios caminos. Brakiss tenía que enfrentarse a muchos oscuros obstáculos surgidos de su pasado, y Luke esperaba que sería capaz de hacer la elección correcta en el futuro.

Pero salvo por lo que había dicho acerca de Almania, Brakiss había vuelto a perderse en el pasado de Luke. «Se supone que has de ir a Almania. Las respuestas que quieres encontrar están allí.» ¿Y qué le había dicho después? Ah, sí... «Deja la lucha a aquellos que son capaces de ser implacables, porque acabarán venciendo de todas maneras...»

Fuera quien fuese la persona que quería ver a Luke en Almania, se trataba de alguien tan implacable que tenía aterrorizado a Brakiss. Ni siquiera Luke era capaz de causar aquel terror a un nivel tan profundo. Una parte de Brakiss seguía queriendo y admirando a Luke, porque de lo contrario jamás le habría dirigido aquella advertencia.

Pero Brakiss no sólo ni quería ni admiraba a la persona que le pagaba para que llevara a Luke hasta Almania, sino que la temía.

Por sí solo eso ya bastaba para despertar el interés de Luke. Aquella advertencia le parecía todavía más curiosa e interesante.

Había dedicado todas las horas del viaje a buscar información sobre Almania, pero no había mucho que estudiar. Almania se encontraba al otro lado de la galaxia, y ni el Imperio ni la Nueva República le habían prestado demasiada atención. El Imperio había establecido contacto con Pydyr en una ocasión para pedirle que financiara sus campañas, pero Pydyr había respondido con un mensaje de neutralidad cautelosamente redactado. Normalmente ese tipo de respuesta habría bastado para despertar las iras del Emperador, pero

en esa ocasión no ocurrió así. Incluso con todas sus riquezas, Pydyr se encontraba demasiado lejos para que el Emperador se molestara en emprender alguna clase de acción.

Y mientras que Pydyr se consideraba neutral, Alemania se veía a sí misma como tenuemente unida a la Rebelión primero y a la Nueva República después. Los je'hars, que habían ejercido el liderazgo en Alemania durante la lucha contra el Imperio, habían enviado armas y fondos a varias bases rebeldes, la de Hoth entre ellas. Pero el liderazgo de los je'hars sufrió un brusco cambio poco después de que la Nueva República derrotara al Gran Almirante Thrawn, y las comunicaciones con Alemania quedaron totalmente interrumpidas. Otros informes hablaban de grandes masacres. Pero nadie había pedido ayuda hasta algún tiempo después, y para aquel entonces la Nueva República ya estaba muy ocupada con la amenaza yevethana. Alemania, ignorada en las mejores circunstancias, fue olvidada.

Pero había algo que Luke no entendía, y tenía que ver con el orden en que se habían producido los acontecimientos. Antes de que hubiera construido su refugio en las montañas Manarj, pero después de Calista, Luke había adiestrado a un gran número de estudiantes muy prometedores entre los que estaba Brakiss. Brakiss se había marchado durante esa época. Luke había pensado que Brakiss quizá tuviera alguna clase de relación con Alemania, pero no había podido encontrar ningún dato que los relacionase. Las historias de la madre de Brakiss tampoco contenían nada que pudiera relacionarlos y el Imperio no mantenía ninguna clase de presencia en Alemania, por lo que Brakiss no podía haber ido allí durante su etapa de servicio imperial.

¿O sí podía haberlo hecho?

Después de todo, Brakiss era un espía.

¿Tendría algo que ver Brakiss con el cambio producido en los je'hars? Brakiss había advertido a Luke de que estaba a punto de meterse en una trampa, y Brakiss formaba parte de aquella trampa. Pero ¿y la advertencia? ¿Formaba también parte de ella? Luke no había percibido ese nivel de engaño tan profundo en Brakiss.

Sólo había percibido miedo.

«Deja la lucha a aquellos que son capaces de ser implacables, porque acabarán venciendo de todas maneras...»

En el pasado no lo habían hecho. En el pasado, Luke había sido capaz de derrotarlos. De Vader a Palpatine, de Daala a Thrawn, de Waru a Nil Spaar, Luke y sus amigos se habían enfrentado a los que eran implacables y los habían derrotado. Yoda le había enseñado que la Fuerza encerraba un gran poder, un poder que surgía de la compasión y no del odio. Confiar únicamente en ese odio siempre había sido la gran debilidad de los implacables.

No vencerán -le murmuró Luke a Brakiss, deseando que se le hubiera ocurrido decir aquello en la fábrica de andróides-. Puedo garantizártelo.

Aunque Luke todavía no tenía demasiado claro a qué se estaba enfrentando, desde luego. Sólo contaba con el dolor recordado de aquel horrendo estallido, y con el recuerdo del miedo que había extendido por Coruscant y por toda la Nueva República.

A medida que se acercaba a Alemania, Luke fue experimentando una creciente sensación de frío. Comprobó la temperatura interior del ala-X. Era normal. El frío emanaba de su estómago, y se enroscaba alrededor de su corazón. No se parecía en nada a la explosión de frío helado que había caído sobre él cuando todas aquellas personas murieron.

Y sin embargo parecía la misma clase de frío.

El frío se fue extendiendo por su espalda y sus hombros. Se estaba aproximando a Pydyr. Luke abrió un canal de comunicaciones, esperando ser amenazado al instante por encontrarse tan cerca de un planeta privado.

Pero su sistema de comunicaciones no captó ninguna emisión. No había señales codificadas.

No había transmisiones locales.

No había nada.

Nada, absolutamente nada...

Y Luke tendría que haber estado captando algo.

Examinó el planeta que se extendía por debajo de él. Los edificios seguían allí, y captó varias lecturas de formas de vida. Pero sólo había unas diez lecturas.

Diez en toda la luna...

Cuando hubiera tenido que haber miles. Millones.

El frío le estrujó el corazón. Los gritos habían venido de allí. Venían de Pydyr.

Tendría que bajar a investigar. Almanía podía esperar un día.

Y entonces sintió los zarcillos de una presencia. Resultaba vagamente familiar, pero estaba demasiado lejos para que pudiera ser percibida con claridad. Además, parecía como si estuviera siendo filtrada por una atmósfera bastante densa. Luke ya la había percibido anteriormente.

En Telti.

Justo antes de ver a Brakiss.

Pero lo que estaba percibiendo no era la presencia de Brakiss. Luke estaba seguro de ello. Era otra persona, alguien igualmente familiar...

... y más poderoso, porque tenía que ser mucho más poderoso para que su presencia pudiera ser percibida a tanta distancia.

Pero la percepción estaba envuelta por un aura de malevolencia que no le resultaba familiar en nadie salvo por una excepción: Luke ya la había percibido alrededor de Palpatine.

Aunque la presencia que detectaba no era la de Palpatine. Era otra persona. Alguien a quien Luke había conocido...

Introdujo las coordenadas de Pydyr en el ordenador de navegación y el ala-X viró en redondo, alejándose de su curso normal y dirigiéndose hacia Pydyr. Las respuestas estarían allí.

Aquella sensación que resultaba familiar y desconocida al mismo tiempo se fue volviendo más intensa. El lado oscuro era muy poderoso en los alrededores de Almanía. Casi parecía como si todo el planeta estuviera envuelto en su sombra. Luke tenía la boca seca. Quizá sería mejor que volviera a Coruscant y consiguiese ayuda. De Leia, de Han, de cualquiera... Tratar de resolver aquel enigma por sí solo podía acabar resultando tan destructivo como difícil.

Pero Luke sabía que era capaz de enfrentarse al misterio de Pydyr. Con sólo diez formas de vida en todo el planeta, podía tener la seguridad de que no se encontraría con todas ellas a la vez. Averiguaría qué estaba ocurriendo en Pydyr, y tomaría una decisión basándose en lo que descubriese.

El ala-X entró en la atmósfera. Aquel lado de Pydyr estaba inundado de luz. Grandes edificios se alzaban debajo de Luke, con espaciosas avenidas extendiéndose entre ellos. Las avenidas eran lo suficientemente anchas para que se pudiera posar un ala-X en ellas.

Y estaban vacías.

Un extraño estremecimiento se deslizó por la espalda de Luke. Transfirió el control del caza del ordenador de navegación a sus controles e inició los procedimientos de descenso. Lo que iba a hacer sólo podía ser llevado a cabo por un piloto de carne y hueso, y ni siquiera los sistemas de guía automática podrían ayudarle en aquella situación.

Una luz parpadeó en la pantalla. Luke volvió los ojos hacia ella en el mismo instante en que desaparecía. Frunció el ceño y deseó estar a bordo de su viejo ala-X, y después volvió a concentrar su atención en el descenso. Tenía que llevar a cabo un tipo de maniobra de precisión que llevaba años sin ejecutar. Tiró de la palanca de control...

... y sintió que el ala-X se estremecía debajo de él.

Los edificios estaban muy cerca tanto a un lado como a otro. El ala-X volvió a temblar, y el ordenador dejó de funcionar de repente. Las pantallas se oscurecieron. Luke alargó la mano hacia el botón de eyección..., sólo para descubrir que no estaba donde hubiera debido estar.

Y tampoco había ningún sistema de eyección androide, naturalmente.

Estaba atrapado en la carlinga.

Extendió los brazos hacia los seguros. La abriría manualmente. No tenía otra elección. El suelo se aproximó a toda velocidad y giró locamente por debajo de él...

... y el ala-X estalló.

## Veintiséis



Esta vez le había tocado el turno a Leia de convocar una reunión del Consejo Interior prácticamente sin aviso previo. Había decidido celebrarla en el comedor de los embajadores. El problema surgido con los



alas-X tenía que ser abordado y resuelto lo más deprisa posible, y Leia había elegido la sala que se encontraba más cerca de los hangares.

Los pasillos de aquella zona siempre relucían, y las plantas ornamentales colocadas alrededor de las columnas estaban impecablemente atendidas. El comedor era utilizado con frecuencia para celebrar banquetes oficiales, y la entrada siempre debía ofrecer un aspecto lo más espectacular posible.

Leia odiaba toda aquella rígida magnificencia a pesar de que había ayudado a crearla.

Ella y Wedge acababan de llegar a la gran escalera curva que conducía hasta el comedor cuando un frío surgido de la nada la hizo estremecer. Leia notó que se le nublaba la vista y se tambaleó, y tuvo que agarrarse a la reluciente barandilla de caoba para evitar perder el equilibrio.

Un rostro se formó en el aire delante de ella. Era el mismo rostro que había visto antes de la explosión. El rostro le sonrió, y sus negros ojos vacíos ardieron con un brillante chispazo de diversión.

Leia... -murmuró en su oído una voz que no había oído nunca-. Leia...

Y un instante después Leia se derrumbó, y sus codos y sus rodillas chocaron con los cantos de los peldaños de mármol. Cayó al suelo, y el mármol desgarró sus ya maltrechos pantalones militares.

¡Leia! -exclamó Wedge, inclinándose sobre ella mientras sus fuertes manos le sostenían los hombros-. ¿Te encuentras bien?

Leia tenía tanto frío que le habían empezado a castañetear los dientes.

Hay que evacuar el edificio.

¿Qué?

Hay que evacuar el edificio -repitió Leia.

¿Basándonos en qué?

En esa cara. -Leia se irguió. Le temblaban las manos-. Tuve la misma visión antes de la explosión en la Sala del Senado.

Pero aquello había sido distinto. Entonces había oído los gritos de un millón de voces y había sentido un frío terrible. En esa ocasión Leia había percibido la destrucción que hizo que Luke viniera a Coruscant antes de que la bomba llegara a estallar.

De acuerdo -dijo Wedge-. Haré que...

No, espera. -Leia se pasó una mano por la cara. El dueño de aquella máscara esquelética quería que se dejara dominar por el pánico. Tenía que pensar. Tenía que olvidarse de sus emociones y pensar-. Estamos hablando de una reunión no programada, ¿verdad? Eso quiere decir que nadie puede saber que estamos aquí.

De todas maneras creo que deberíamos celebrar la reunión en otro sitio -dijo Wedge.

Leia meneó la cabeza. La sensación de aturdimiento y desorientación seguía estando presente, pero ya no era tan intensa. Utilizó el brazo de Wedge como ayuda para levantarse.

No. Esto es distinto. Esa cara... Me estaba advirtiendo de alguna otra cosa.

Y Leia estaba a punto de saber qué era esa otra cosa..., pero no lograba verla con claridad. Aun así, estaba segura de que acabaría comprendiendo de qué se trataba.

Celebremos la reunión -dijo.

De acuerdo. -Wedge parecía un poco perplejo, pero estaba claro que no iba a hacer más preguntas-. Pero por lo menos deja que llame a algunos guardias.

Leia volvió a menear la cabeza.

Ya aumentamos la vigilancia antes de la explosión en la Sala del Senado. Por lo que sabemos, esta visión puede tener alguna clase de relación con las tensiones emocionales. Antes de la reunión del Senado me sentía bastante tensa, Wedge.

Y ahora también, ¿eh?

Leia le sonrió.

Esos detonadores me tienen muy preocupada, Wedge. No sabemos quién los ha colocado ahí, pero sea quien sea no cabe duda de que ha encontrado otra manera de infiltrarse en mi hogar. Coruscant ya no está a salvo.

En realidad nunca lo estuvo, Leia.

Lo sé. Pero hasta hace poco podía atender mis obligaciones sin sentir que la amenaza de la muerte se encontraba suspendida sobre mi cabeza, y en cambio ahora todo se ha convertido en un nuevo motivo de preocupación. Las habitaciones de los niños, los pasillos, Han y el *Halcón*... Si han conseguido sabotear los alas-X, ¿qué otros actos de sabotaje pueden haber llevado a cabo? ¿Qué otros horrores vamos a descubrir, Wedge?

Me parece que la clave está en descubrir quién ha saboteado los alas-X.

Supongo que sí -dijo Leia mientras erguía los hombros-. Aunque creo que ya sé quién lo hizo...

Wedge no dijo nada. Le había dejado muy claro lo que pensaba cuando estaban en el hangar de mantenimiento. Wedge estaba de acuerdo con lo que había dicho uno de los guardias, y pensaba que el Imperio rara vez anunciaba su presencia de una manera tan conveniente.

Subieron por la escalera que llevaba al comedor, pero lo hicieron caminando en vez de corriendo. Los otros miembros del Consejo ya estaban dentro, pero todavía no se habían sentado. Leia pasó por delante de ellos sin decir nada. Fue hasta su sillón, se sentó en él y esperó hasta que los demás la imitaron.

Wedge se había colocado detrás de ella, visiblemente decidido a que su presencia le sirviera de apoyo y confirmación. Leia dio por iniciada la reunión.

Celebrar una reunión del Consejo en presencia de alguien que no forma parte de él constituye un proceder altamente irregular -dijo R'yet Coome.

El general Antilles se encuentra aquí a petición mía -dijo Leia-. Esta tarde hemos hecho un descubrimiento bastante inquietante.

Wedge abrió una pequeña bolsa que había traído consigo y dejó los detonadores encima de la mesa. C-Gosf los señaló con un movimiento de su delicada mano.

¿Qué son estos objetos?

Los encontramos en nuestros alas-X. Al parecer hay uno en cada aparato del escuadrón -dijo Leia.

Son detonadores -explicó Wedge.

Y llevan insignias imperiales -dijo Gno, que parecía estar perplejo. El rostro carmesí de Meido no cambió de color. Sus ojos se posaron en los detonadores durante unos momentos, y después sonrió a Leia. -Buen intento, presidenta.

El escalofrío que Leia había sentido antes volvió de repente. -¿Buen... intento?

Sí, buen intento -dijo Meido-. Acusamos al general Solo..., y de repente usted descubre otro artilugio que nos invita a apartar la mirada del general para volverla hacia el Imperio. Qué maravillosamente oportuno, ¿verdad?

¿Qué tienen que ver estos detonadores con la explosión que destruyó la Sala del Senado? -preguntó Wwebyls. Meido le fulminó con la mirada.

Todo, Wwebyls -dijo después-. La presidenta está intentando demostrarnos que su esposo no ha tenido nada que ver con los alas-X y de esa manera, y por implicación, debemos dar por supuesto que no tuvo nada que ver con el atentado.

Leia apretó los puños debajo de la mesa. Resultaba obvio que Meido estaba decidido a oponerse a ella dijera lo que dijese e hiciera lo que hiciese.

El general Antilles ya ha ordenado a los escuadrones que traigan los alas-X a Coruscant, pero no ha podido ponerse en contacto con algunos aparatos -dijo después-. Quiero enviar una señal de emergencia general a todos los planetas de la Nueva República para que podamos hacer volver a aquellos pilotos que corren peligro.

¿Qué activa esos detonadores? -preguntó Gno.

Todavía no lo sabemos -dijo Leia-. Estamos intentando averiguarlo.

¿Y hay un detonador escondido en cada ala-X?

Creemos que sí.

¡Oh, cielos! -exclamó Fey'lya-. Si hay un detonador en cada ala-X, ¿en qué otros lugares pueden haber sido instalados?

Buena pregunta -dijo Meido-. ¿Por qué no le pedimos a la presidenta que responda a ella?

Leia no puede saberlo -dijo C-Gosf.

Lo sabría si hubiera sido ella quien los ha colocado.

Ha ido demasiado lejos, senador -dijo Bel Iblis-. Le debe una disculpa a la presidenta.

Leia hizo callar a Bel con un gesto de la mano.

La verdad es que me gustaría saber por qué el senador Meido cree que de repente he decidido convertirme en una traidora a la República.

Su esposo, presidenta, y el atentado que se cometió en la Sala del Senado... Usted misma dijo que su esposo nunca haría nada sin contar con su aprobación previa.

¿De qué están acusando exactamente a Han? -preguntó Wedge en voz baja.

De traición -respondió ChoFi, recurriendo también al susurro.

¿¡A Han Solo!?! -Wedge había dejado de hablar en susurros-. Es la mayor estupidez que he oído en toda mi vida. Han Solo estaba arriesgando su vida por la Rebelión mientras que estos cobardes se escondían debajo de las alas del Imperio. Meido, no tiene ningún derecho a...

Eres un invitado, Wedge -dijo Leia sin inmutarse-. No tienes permiso para hablar.

No puedo creer que seas capaz de tolerar esta idiotez -dijo Wedge.

No todo el mundo cree que sea una idiotez -dijo Meido-. ¿Quién podría traicionar de una manera más efectiva a la Nueva República que uno de sus miembros de mayor confianza? Olvida que Palpatine era senador cuando acabó con la Antigua República.

Ninguno de nosotros ha olvidado eso -dijo Gno-. Pero este asunto es muy distinto.

¿Lo es?

Creo que está pecando por exceso de celo -le dijo Fey'lya a Meido-. Sé que está intentando demostrar que es digno de estar sentado en el asiento que ocupa dentro de este Consejo, pero atacar a la presidenta Organa Solo no es la manera más adecuada de conseguirlo. Ella y yo hemos tenido nuestras diferencias en el pasado... -y dirigió una sonrisa a Leia mientras decía aquello-, pero ni siquiera yo me atrevería a dudar de su honradez.

Porque nunca se ha visto en la obligación de hacerlo -dijo Meido-. Me alegra que haya convocado esta reunión, presidenta, porque yo estaba a punto de convocar una. Debe saber que hay un movimiento a favor de la falta de confianza en el Senado, y que pronto se celebrará una votación.

¿Qué es eso del movimiento a favor de la falta de confianza? -preguntó Wedge.

Significa que el gobierno dirá que ya no confía en el liderazgo de Leia -le explicó C-Gosf-. Si la votación se decanta a favor de la falta de confianza, Leia tendrá que dimitir. Los líderes del voto la obligarán a ello.

No pueden hacer eso -dijo Wedge-. Leia fue elegida por Mon Mothma para que la sucediera en el cargo.

Sí que pueden hacerlo -dijo Gno-. Elegida o no, Leia fue ratificada mediante una votación.

Todo estaba yendo demasiado deprisa para Leia. Los acontecimientos parecían sucederse vertiginosamente unos a otros en una loca espiral que no podía controlar. Era capaz de enfrentarse a las grandes amenazas que saltaban a la vista, pero las traiciones escondidas por todas partes, y que se ocultaban incluso bajo la forma de pequeños errores agazapados dentro de las máquinas, eran unos enemigos demasiado astutos para ella. Las uñas de sus dedos se le estaban hundiendo en la palma de la mano, y Leia estaba decidida a mantener una fachada de calma a pesar de que en realidad no podía estar más lejos de sentirse calmada. Recuperaría el control..., y el primer sitio en el que debía empezar a hacerlo era aquella sala.

Se volvió hacia Meido.

¿En qué se basa la petición de falta de confianza?

En los resultados preliminares de la investigación sobre el atentado -dijo Meido.

¿De veras? -preguntó Leia con voz gélida. Se obligó a mantener una postura lo más erguida y majestuosa posible a pesar de que lo único que deseaba en aquellos momentos era despedazar a Meido con sus propias manos-. ¿Y cómo ha llegado a disponer el Senado de esos resultados, teniendo en cuenta que formaban parte del orden del día de una reunión privada del Consejo Interior?

Un silencio tan absoluto como repentino se adueñó de la sala. -Yo... Ah... No lo sé, presidenta -dijo Meido por fin.

El color carmesí había empezado a desaparecer de su rostro. Leia había llegado a la conclusión de que le gustaba esa peculiaridad suya, porque siempre anunciaba claramente sus emociones.

¿No lo sabe? -preguntó-. ¿Y aun así el pleno del Senado votará basándose en hechos pertenecientes al orden del día de una sesión a puerta cerrada del Consejo Interior? Y además estamos hablando de una votación sobre la que yo no sabía absolutamente nada... ¿Cómo se ha enterado usted de todo esto?

Presidenta -dijo R'yet en voz baja y suave-. Meido, Wwebyls y yo acabamos de incorporarnos al Consejo Interior. No conocemos todas las reglas.

Ese argumento fue aceptado durante la última reunión, R'yet, pero esta vez no lo aceptaré -dijo Leia-. Ustedes conocen las reglas. Lo único que ocurre es que han decidido interpretarlas de una manera distinta, ¿verdad? Bien, pues no se saldrán con la suya. La Nueva República no es el Imperio. Aquí hacemos las cosas abiertamente allí donde todo el mundo puede verlas.

Salvo el sabotaje -murmuró Meido.

La presidenta Organa Solo no ha hecho nada de lo que tenga que arrepentirse -dijo Gno.

Y Han tampoco -dijo Leia.

Nuestras pruebas afirman lo contrario.

Sus pruebas podrían ser totalmente falsas y haber sido colocadas allí con el único propósito de que fueran encontradas por los investigadores. Dada la asombrosa desenvoltura con que han infringido las reglas del Senado, me parece perfectamente posible que sean capaces de mostrar la misma clase de desprecio hacia las leyes de Coruscant.

No tiene ningún derecho a emitir esa acusación, princesa -dijo Meido.

De la misma manera en que usted no tenía ningún derecho a revelar documentos privados pertenecientes a una reunión del Consejo Interior, senador.

Leia pasó por alto el que hubiera usado su título anterior, a pesar de que con ello Meido había querido recordar a los demás la arrogancia de que solía dar muestras la aristocracia..., aunque los nobles de *Alderaan* jamás habían podido ser acusados de comportarse con arrogancia.

Todas estas discusiones no nos llevarán a ninguna parte -dijo Fey'lya-. Tenemos varios problemas encima de la mesa: el sabotaje de los alas-X; el atentado contra el Senado; la votación de falta de confianza; y las indiscreciones cometidas por algunos miembros del Consejo. -Volvió el rostro hacia los nuevos miembros-. Propongo que los nuevos miembros sean expulsados inmediatamente del Consejo en el caso de que se produzcan más filtraciones.

Secundo la moción -dijo Gno.

Muy bien -dijo Leia-. Que quienes estén a favor de la moción lo indiquen diciendo «Sí».

Salvo los tres recién llegados, todos los miembros del Consejo respondieron con un coro de afirmaciones.

¿Quiénes están en contra de la moción? -preguntó Leia con dulzura.

Meido pronunció su no en un tono de voz muy bajo, al igual que lo hicieron R'yet Coome y Wwebys.

La moción queda aprobada. Cualquier nueva filtración de información que se produzca significará su expulsión inmediata de este organismo político. ¿Ha quedado entendido?

Oh, desde luego que sí -dijo Meido-. Le echa la culpa de todo lo ocurrido a nosotros, princesa, meramente porque tuvimos que vivir bajo el poder de sus antiguos enemigos. Ahora bastará con que alguien filtre cualquier clase de información para que dejemos de pertenecer a este Consejo. Qué solución tan oportuna para usted, ¿verdad? De la misma manera en que esos detonadores con el sello imperial han aparecido justo en el momento más conveniente... ¿Qué otras formas igualmente eficaces de eliminar los cambios producidos en el Senado va a encontrar en el futuro?

Está siendo terriblemente injusto con la presidenta -dijo C-Gosf.

¿De veras? -Las líneas blancas del rostro de Meido parecían a punto de estallar-. Supongo que en realidad no importa, porque cuando este augusto organismo político vuelva a reunirse, nuestra querida princesa ya no formará parte de él. Habrá tenido que dimitir, y su liderazgo se habrá convertido en un montón de ruinas. Pero eso supone pagar un precio muy pequeño a cambio de haber matado a sus colegas, princesa...

Yo no maté a mis colegas -dijo Leia. Estaba temblando, y tuvo que mantener las manos ocultas debajo de la mesa-. No puedo creer que me esté acusando de eso.

Y yo no puedo creer que usted considere que somos lo suficientemente estúpidos para llegar a pensar que es capaz de olvidar la profunda animadversión que sigue sintiendo hacia sus antiguos enemigos. ¿A cuántos soldados imperiales mató en Endor, princesa? ¿Cuántos burócratas de cuarta categoría murieron cuando estalló la Estrella de la Muerte?

No se trataba de personas inocentes -dijo Bel Iblis.

¿De veras? -replicó Meido-. Muchos de ellos se limitaban a hacer su trabajo.

Si su trabajo consistía en hacer funcionar una máquina mortífera, entonces merecían morir -dijo C-Gosf.

Espero que no crea en lo que acaba de decir -intervino Fey'lya-. Porque si realmente lo cree, entonces la lógica nos obliga a llegar a la conclusión de que todos los pilotos de caza deberían morir también. Los alas-X son aparatos de combate estelar. Fueron contruidos para eso, de la misma manera en que la Estrella de la Muerte fue contruida para destruir planetas. El que tanto un ala-X como una Estrella de la Muerte puedan ser utilizadas como medios de transporte es un hecho meramente accesorio.

Leia apenas podía respirar. Meneó la cabeza. La repentina oleada de discordia que se había adueñado de la sala le parecía tan inexplicablemente personal como si fuera ella quien la hubiese causado.

El senador Meido tiene su parte de razón -dijo-. Las cosas nunca son tan sencillas como parecen..., ni siquiera a la hora de acusar a otros miembros del Consejo de haber cometido un acto de sabotaje. Celebren su votación para solicitar la declaración de falta de confianza. Pueden dar un cariz político a prácticamente

cualquier cosa, por supuesto, pero yo seguiré manteniéndome fiel a mi pasado. He servido a esta República desde la batalla de Endor, y serví a la Rebelión contra el Emperador desde que cumplí los dieciocho años..., y he sabido servir tanto a una causa como a otra. Puede emplear todos los trucos políticos que quiera, Meido. Puede manipular las cosas entre bastidores. Puede destruir la unidad que ha distinguido a este organismo político desde el comienzo. Y aunque eso tal vez le proporcione un cierto poder personal, a la larga sólo puede acabar resultando terriblemente perjudicial para la Nueva República. Espero que lo entienda, y espero que incluya ese factor en lo que está haciendo.

Sé muy bien qué estoy haciendo -dijo Meido-. No quiero dañar a la Nueva República, sino ayudarla.

Pues en ese caso me temo que sus métodos dejan mucho que desear -dijo Leia.

Y los suyos también, princesa. Y los suyos también...

\* \* \*

La noche había caído sobre Coruscant. Las luces de las calles estaban encendidas, pero proyectaban una pálida claridad sobre los escombros que seguían esparcidos por todo el antiguo recinto de la Sala del Senado. Cetrespeó se detuvo en el límite de la zona restringida, pero Erredós siguió adelante, proyectando un círculo de luz a través de la penumbra con el foco de su cabeza.

No pienso ir más lejos -dijo Cetrespeó-. Ese haz desintegrador ha dañado tus circuitos, Erredós. Voy a informar de lo que estás haciendo a la princesa Leia.

Erredós respondió con una seca reprimenda electrónica.

Todo esto no es más que una tontería, Erredós. El amo Cole es un técnico muy eficiente, pero no es un reparador de androides. No puede saber si tus chips de memoria han sufrido algún daño. Necesitas que un verdadero profesional examine tus circuitos. Te estás comportando de una manera muy extraña.

Cetrespeó siguió inmóvil junto a las líneas que delimitaban la zona de acceso restringido. Erredós deslizó el haz de su foco sobre algunos escombros y siguió avanzando.

¡Erredós!

Erredós se limitó a soltar un estridente pitido.

Cetrespeó dio un respingo.

¡Condenado enano defectuoso! No tienes ningún derecho a insultarme, especialmente cuando yo sólo estoy pensando en tu bienestar. Erredós soltó tres pitidos.

Tú no piensas en los intereses de la República -replicó Cetrespeó-. ¡Eres incapaz de formar dos pensamientos coherentes seguidos!

Erredós desapareció en el interior del edificio en ruinas.

¡No puedes entrar ahí dentro! -gritó Cetrespeó-. ¡Ese sitio es peligroso! ¡El techo se derrumbará sobre ti!

Erredós respondió con un nuevo y agudo silbido que creó un sinfín de ecos.

¿Que has encontrado algo? -preguntó Cetrespeó-. ¿Cómo es posible que Erredós haya encontrado algo cuando los investigadores no encontraron nada? -Cruzó la línea y empezó a avanzar por entre los escombros-. ¡Ya voy, Erredós!

Erredós no respondió a su grito. Cetrespeó inclinó el cuerpo y tuvo que poner una mano dorada sobre los cascotes para no perder el equilibrio. -¡Espérame, Erredós!

Erredós soltó un nuevo silbido seguido por un pitido.

¡Voy lo más deprisa que puedo! -exclamó Cetrespeó-. Negrero... -añadió después en voz baja.

La puerta estaba medio bloqueada por un enorme montón de cascotes. La pequeña montaña estaba formada por trozos del techo, fragmentos de permacreto y trozos de cemento arrancados por la explosión. Una gran parte de ella estaba cubierta de sangre.

El pasillo lleno de escombros estaba iluminado por una tenue claridad. Piezas y secciones de androides -la mayoría pertenecientes a androides de protocolo- cubrían el suelo. Manos inmóviles asomaban de entre los cascotes. Cabezas calcinadas contemplaban la penumbra con expresión ensombrecida.

Erredós emitió un suave trino de advertencia.

Sí, te aseguro que ya estoy teniendo muchísimo cuidado con los cables -dijo Cetrespeó-. Aunque me cuesta bastante creer que sigan transportando energía, desde luego... Si vinieras aquí y alumbraras mi camino me harías un gran favor, Erredós.

Erredós soltó un estridente pitido.

No me estoy comportando de una manera irracional. Erredós emitió un segundo pitido.

Y no, no te estoy siguiendo. Te estoy vigilando, ¿entiendes? Supongo que alguien tiene que hacerlo, ¿no? Sufriste daños muy serios, y sigo sin estar demasiado seguro de que tus circuitos funcionen correctamente.

Erredós le administró una nueva reprimenda electrónica.

Me da igual lo que opines de mí. La mayoría de androides necesitarían tres días de trabajos de mantenimiento intensivos sólo para que les quitaran los restos de carbono de las planchas, y en cambio tú sales rodando a toda velocidad pasados sólo unos momentos murmurando no sé qué de que has descubierto la solución al enigma de la bomba. No entiendo qué relación puede haber entre el que te disparen con un desintegrador y el que descubras cualquier clase de solución a lo que sea.

Cetrespeó dobló la esquina. Erredós se había detenido junto al montón de escombros más cercano a la puerta de la Sala del Senado. La mayor parte de los restos ya habían sido sacados de allí, y sólo quedaban componentes electrónicos, fragmentos de metal y sistemas de comunicaciones medio destrozados. También había algunos trozos de muebles, desde los escritorios diseñados para los senadores que tenían muchos miembros hasta las columnas que utilizaban los representantes con cuerpos de ave, pasando por los traductores destinados a quienes no hablaban el básico.

Erredós había introducido su brazo en el centro del montón. Su sensor había emergido del compartimiento central, y emitía destellos mientras se movía de un lado a otro. El haz de su foco estaba dirigido hacia el montón de escombros que se alzaba delante de él.

Estoy seguro de que los investigadores ya examinaron todo esa chatarra, Erredós -dijo Cetrespeó-. Como de costumbre, estás convirtiendo un minúsculo grano de arena en una auténtica montaña. A veces me pregunto por qué el amo Luke sigue aguantando esta clase de comportamiento por tu parte. Te has vuelto demasiado excéntrico, Erredós.

Erredós emitió un seco pitido.

Por supuesto que no, Erredós. No quiero que el amo Luke te sustituya por un androide nuevo. Esos nuevos modelos no son más que una pandilla de presumidos.

Cetrespeó se detuvo junto al montón de cascotes que estaba examinando Erredós.

La pequeña unidad astromecánica dejó escapar un suave gemido.

¿Me estás diciendo que tenías razón? -preguntó Cetrespeó-. ¿Acerca de qué?

Erredós sacó su brazo de los cascotes. La garra de la punta sostenía un pequeño detonador del mismo tipo encontrado en el ala-X.

Tiene una señal de identificación imperial -dijo Cetrespeó-. Oh, cielos. Esto no le va a gustar nada al ama Leia.

Erredós soltó un pitido.

No, a mí tampoco me gusta nada. ¿Es que esos monstruos imperiales nunca nos dejarán vivir en paz?

Erredós no respondió. Dejó el detonador en el suelo y reanudó su investigación de los escombros.

Creía que ya habías encontrado lo que andabas buscando. Deberíamos irnos ahora mismo e informar a alguien de todo esto. -Cetrespeó fue hacia la puerta. Cuando se hubo internado en la oscuridad, giró sobre sus talones y vio que Erredós seguía hurgando entre los escombros-. Ya has hecho todo lo que podías hacer, Erredós. Tenemos que informar de todo esto al ama Leia.

Erredós respondió con un pitido tan prolongado como ensordecedor.

¿Qué quieres decir con eso de que no he entendido nada? Lo he entendido todo a la perfección.

Erredós emitió un breve trino electrónico.

Cetrespeó volvió a entrar en la sala. Un trocito de cemento se desprendió del techo y Cetrespeó se apresuró a esquivarlo.

Este sitio no es seguro -dijo después-. Ya es suficiente por hoy, Erredós.

Erredós soltó un pitido.

¿Que tiene que haber más? ¿A qué te refieres? El detonador es todo lo que... Oh. -Cetrespeó se apoyó en un montón de escombros, y un instante después se apartó de él de un salto cuando el montón se movió bajo su peso-. Me parece que ya lo comprendo. El detonador del ala-X operaba en sincronía con el ordenador, y tú necesitas averiguar a qué estaba conectado este detonador. Bueno, pues entonces hazte a un lado y déjame un poco de sitio para que pueda ayudarte... Vamos a echar un vistazo.

» Y espero que no acabemos saltando por los aires durante el proceso -añadió en voz baja.



Luke se envolvió la cabeza con los brazos mientras volaba por los aires. Fragmentos de metal llameante llovían por todas partes a su alrededor. Acababa de lograr abrir la carlinga del ala-X cuando la nave estalló. Si hubiese estado dentro de ella, probablemente se habría roto el cuello al chocar con el cristal blindado.

Su caída parecía no ir a terminar nunca. La piel le ardía allí donde los fragmentos de metal envueltos en llamas habían chocado con ella. Luke no podía controlar su caída. No había ningún sitio blando en el que aterrizar. Se preparó para soportar el impacto usando toda su capacidad de recurrir a la Fuerza, pero algo estaba interfiriendo sus poderes. Tenía la sensación de estar envuelto en algodón.

Y entonces por fin llegó al suelo, con las piernas por delante..., y oyó el terrible chasquido de los huesos de su tobillo izquierdo. Luke rodó sobre sí mismo y sintió la mordedura del pavimento en su espalda y sus brazos. Siguió rodando hasta que chocó con un edificio y se quedó inmóvil durante un momento, tan aturrido y conmocionado que no podía respirar.

La sección principal del ala-X había caído bastante cerca de él. Más partes llovieron a su alrededor, y chorros de chispas saltaron por los aires. Las cortinas del edificio que se alzaba detrás de él empezaron a arder. Una nube de humo brotó de las paredes de ladrillo y las ennegreció. Más fragmentos llameantes del ala-X habían quedado dispersos a lo largo de toda la calle de arenisca.

El humo estaba impregnado por un olor acre. El sudor empezó a chorrear por el rostro de Luke. Le dolía todo el cuerpo, y seguía teniendo grandes dificultades para respirar. Las chispas bailoteaban a su alrededor. Luke volvió la mirada hacia ellas, vio trocitos de tela entre las llamas y masculló una maldición.

Toda la parte de atrás de su traje de vuelo estaba ardiendo.

Se apresuró a pegar la espalda al suelo e intentó apagar las llamas rodando de un lado a otro mientras abría los cierres. Le temblaban las manos, y no podía moverse lo suficientemente deprisa. El calor que le lamía la espalda estaba acompañado por un dolor asombrosamente intenso. Los dedos de Luke siguieron luchando, luchando, luchando, y por fin consiguió quitarse el traje. Se lo bajó hasta la cintura y después se retorció y empezó a golpear la tela en llamas con su mano derecha artificial.

Las llamas se apagaron.

Luke cerró los ojos.

Había estado a punto de morir.

El chisporroteo de los pequeños incendios que ardían a su alrededor le mantuvo alerta. Un sordo retumbar resonó a lo lejos cuando una sección del ala-X se derrumbó.

Nadie había venido a contemplar la explosión. Nadie había venido a apagar el fuego.

Nadie había venido a ayudarlo.

Eso quería decir que sus lecturas no estaban equivocadas. Pydyr se hallaba prácticamente vacío.

Luke abrió los ojos e intentó evaluar los daños. Su tobillo izquierdo estaba roto y se había hinchado hasta alcanzar el doble de su tamaño. Después de la terrible experiencia que había vivido a bordo del Ojo de Palpatine, su pierna izquierda había quedado debilitada y se había vuelto bastante vulnerable a los excesos de presión. También sentía dolor en la rodilla, pero le pareció que sólo se trataba de una lesión simpática.

Estaba lleno de morados. Tenía tantos que no podía contarlos, y ni siquiera podía permitirse el lujo de sentirlos. Luke no quería ni pensar en la posibilidad de que hubiera sufrido heridas internas. Su mano izquierda estaba ligeramente quemada -debía de haber tocado las llamas con ella-, y la espalda le dolía tanto como si estuviera en carne viva. También tenía sed, lo cual era una mala señal.

Pero aunque la población de Pydyr hubiera desaparecido, sus edificios seguían allí. Luke probablemente podría encontrar agua.

Y quizá también podría encontrar un poco de ungüento contra las quemaduras o algo que aliviara el dolor de su espalda y su mano.

Seguía estando solo. Las llamas ardían bajo la extraña luz, y las chispas se arremolinaban para formar enjambres como si fueran insectos diminutos. Tenía que alejarse de allí. Las llamas se estaban extendiendo, y ya se habían comunicado al edificio contra el que había chocado.

Aquella soledad estaba empezando a resultar inquietante. Se llevó la mano al costado en busca de su espada de luz y la encontró, un poco recalentada pero intacta.

La piel artificial de su mano derecha se había consumido, y su desaparición había dejado al descubierto los mecanismos internos. Luke tensó la mano y se apoyó en los nudillos mientras se levantaba. La fuerza mecánica de su brazo le ayudaría por el momento. Necesitaría alguna clase de muleta, pero podía cojear hasta que tuviera tiempo de buscar algún objeto que pudiera cumplir esa función.

Se apoyó en el edificio más cercano y se fue alejando de las llamas en un lento cojear. Cada vez estaba más sediento. Luke se obligó a no prestar atención a la sed..., o por lo menos lo intentó.

El que no hubiera absolutamente nadie le había afectado todavía más que la caída. Luke supuso que una parte de su aturdimiento se debería a la conmoción, pero aun así aquel lugar estaba impregnado por una indefinible cualidad fantasmagórica que sólo había percibido unas cuantas veces con anterioridad. Aquella calle había sido trazada para albergar vida. Aquellos edificios habían sido construidos para acoger familias y contener risas, conversaciones y calor. La calle hubiera debido estar llena de voces, vendedores y gente que iba de un lado a otro. Luke hubiera tenido que estar oliendo los aromas de platos alienígenas, perfumes extraños e, incluso, toda una gama de basura totalmente nueva para él.

Pero el único olor que podía percibir era el del humo que brotaba de los restos de su ala-X, y los únicos sonidos que llegaban hasta sus oídos eran el crujir de las llamas y el siseo entrecortado de su respiración.

Se metió por una arcada y se apoyó en la columna. También había sido construida con ladrillos de barro cocido y adornada con aquellas piedras minúsculas. Luke apoyó la frente en ellas. Puntitos luminosos bailoteaban delante de sus ojos. No sabía cuáles eran los tratamientos médicos adecuados para las quemaduras. En el pasado siempre había podido disponer de Erredós para que le proporcionara información, y siempre había contado con el equipo médico de emergencia o, en los planetas habitados, con todo un contingente de personal médico.

Allí no tenía a nadie.

Salvo a sí mismo.

Incluso a bordo del Ojo de Palpatine había tenido a Calista.

Luke expulsó de su mente cualquier pensamiento relacionado con ella. No podía permitirse pensar en Calista..., y especialmente no en aquel momento.

Contuvo la respiración y entró en el edificio. El humo todavía no había llegado hasta allí, y el único olor acre procedía de sus ropas.

Luke se encontró en una entrada recubierta de baldosas marrones adornadas con complejas tallas. Los muros estaban llenos de frescos, y en la mayoría de ellos se veía a criaturas humanoides con rostros ovalados y ojos en forma de almendra, largos brazos ondulantes y pequeñas bocas que no parecían sonreír. Pero todas sus posturas y expresiones irradiaban alegría. El vestíbulo contenía unas cuantas sillas de madera. Las sillas estaban llenas de polvo.

En un cilindro colocado junto a la puerta había unos cuantos bastones de paseo. Luke cogió uno y se apoyó en él, agradeciendo el poder dejar de sostener una parte de su peso.

Tenía que encontrar alguna fuente de agua. Estaba empezando a marearse, y sentía un doloroso palpitar en la espalda. Dobló una esquina, moviéndose cautelosamente sobre las largas alfombras rojas que cubrían el suelo. De no ser por el polvo, la casa habría tenido un aspecto impecable. Aun así, parecía un lugar habitado y bien cuidado.

¿Qué había sido de aquellas criaturas?

Luke cruzó dos arcadas más y un par de habitaciones exquisitamente adornadas antes de descubrir una cocina. Se parecía a las cocinas que había visto en las casas de los ricos de Coruscant. Modernos sistemas domésticos relucían en las paredes. Los diales, teclados e interruptores habían sustituido a las toscas unidades de cocina que Luke utilizaba en Yavin 4. Todas las sartenes y ollas de aquella cocina tenían un propósito meramente decorativo. Pero había un reciclador de agua y una marmita de purificación al lado de la plataforma para cocinar. Luke fue tambaleándose hacia ellos, cogió un tazón de porcelana y conectó el reciclador.

El aparato emitió un gemido y después cobró vida con un suave zumbido. Un instante después Luke ya disponía de agua fresca y cristalina.

La bebió a toda prisa. Se acabó el tazón, y después volvió a llenarlo y lo llenó de nuevo en cuanto se lo hubo terminado por segunda vez. Nunca había bebido algo tan delicioso. El mareo se estaba desvaneciendo, y ya podía pensar con más claridad. Luke examinó el teclado. Si era como los de Coruscant, no contendría únicamente información relacionada con la cocina y podría decirle qué



provisiones había en la casa y proporcionarle una historia de la familia y una breve historia de Pydyr. También le daría acceso a resúmenes de las últimas noticias \_y a todo cuanto necesitara saber.

Luke se apoyó en la plataforma de cocinar y utilizó su mano derecha para activar el teclado. Su dedo había quedado reducido a un cilindro metálico del que colgaban unos cuantos fragmentos calcinados de piel sintética. Luke esperaba que el teclado no fuera del tipo que se activaba mediante las huellas dactilares o el examen de la retina.

La pantalla cobró vida.

NO FIGURAS EN NUESTROS ARCHIVOS, DESCONOCIDO.

Luke empezó a teclear.

ACABO DE LLEGAR. VUESTROS PROPIETARIOS HAN DESAPARECIDO.

Lo SABEMOS. TODO HA ESTADO MUY SILENCIOSO. PERO HEMOS RECIBIDO INSTRUCCIONES DE NO PROPORCIONAR INFORMACIÓN A LOS DESCONOCIDOS SALVO EN CASO DE QUE SE PRODUJERA UNA EMERGENCIA.

ESTO ES UNA EMERGENCIA, tecleó Luke. ESTOY HERIDO, Y PUEDE QUE ML ESTE MURIENDO. NECESITO ATENCIÓN MEDICA. ¿DISPONES DE ALGÚN EQUIPO MEDICO?

CONTAMOS CON UN ANDROIDE MEDICO.

Luke se sorprendió. No había visto ningún androide.

LOS ANDROIDES TAMBIÉN PARECEN HABER DESAPARECIDO, tecleó. ¿DISIPONÉIS DE INFORMACIÓN MÉDICA EN VUESTROS BANCOS DE DATOS?

POR SUPUESTO, DESCONOCIDO. Y TAMBIÉN HAY UN EQUIPO DE PRIMEROS AUXILIOS EN UN COMPARTIMENTO ENCIMA DEL TECLADO QUE ESTAS UTILIZANDO.

Luke buscó el equipo de primeros auxilios, lo encontró y cogió la crema antiquemaduras. Le habría encantado poder disponer de un androide, pero sabía que tendría que ser su propio médico. Se limpió las quemaduras, torciendo el gesto mientras lo hacía, y después aplicó la crema y un vendaje. Cuando hubo terminado, se entablilló el tobillo.

Después alzó la mirada hacia la pantalla y vio que le estaba mostrando un nuevo mensaje.

POR FAVOR, DESCONOCIDO... DI NOS ADONDE HAN IDO NUESTROS AMOS.

EL PLANETA ESTÁ VACÍO, tecleó Luke después de menear la cabeza.

La pantalla se desconectó a sí misma con un débil gemido, y durante un momento Luke tuvo la sensación de que volvía a estar junto a Erredós. Erredós habría mostrado una reacción similar. Si Luke muriera, Erredós experimentaría una terrible pérdida.

Qué curioso. El cambio había ocurrido tan deprisa que aquella familia no había tenido tiempo de informar a su ordenador doméstico. Luke se acordó del frío y de las voces. La Estrella de la Muerte destruía el planeta, pero aquella nueva arma dejaba intacto el planeta y destruía toda la vida.

O por lo menos toda la vida humanoide.

Volvió a sentir el tenue destello de una presencia, la misma presencia que había percibido cuando entró en el sistema de Almanía. La presencia le estaba observando.

-Muéstrate -dijo Luke.

Pero nadie respondió a su petición.

\* \* \*

Han posó el *Halcón* al final de la pista de descenso de Salto 1. Hizo que Chewbacca llevara a Seluss a la enfermería tal como estaba, y no prometió pagar los gastos médicos que pudiera ocasionar el que lo atendieran. Han esperaba que Chewie aprovecharía la ocasión para gastarse unos cuantos créditos en cuidados médicos propios. Todo aquel pelaje chamuscado le tenía un poco preocupado.

Han estaba suspendido cabeza abajo sobre el núcleo energético del *Halcón*. Las superficies de metal llenas de arañazos y abolladuras tenían aspecto de no haber sido tocadas por nadie, pero Han quería estar totalmente seguro de ello. Durante el trayecto de vuelta a Salto 1 había llevado a cabo un examen general del *Halcón* para asegurarse de que Seluss, los glottalfibs o Davis no les habían dejado ninguna sorpresa desagradable escondida en los sistemas. No pudo ver ningún rastro de sabotaje, pero eso no quería decir que todo estuviera en orden.

Han ardía en deseos de salir del Pasillo. Estar allí hacía que se sintiera todavía mas paranoico que de costumbre.

Necesitaba obtener alguna información sobre Davis y sobre los jawas, pero esperaría a que Chewie hubiera vuelto para iniciar la búsqueda. Han no quería volver a salir del *Halcón*. Sospechaba que tendrían que marcharse de allí a toda prisa. Nandreeson no era de los que se rendían fácilmente.

La escotilla emitió un siseo ahogado. Han cogió su desintegrador y salió del pozo de inspección que se extendía a lo largo del núcleo energético. Un instante después oyó cómo Chewie ladraba su nombre.

-¡Estoy aquí, Chewie!

Chewie rugió y Han dejó escapar un suspiro. Por una vez, y aunque sólo fuera por una vez, le hubiese gustado poder hacer lo que quería precisamente cuando quería hacerlo.

-Iré a las cavernas cuando haya acabado aquí -dijo. Chewie volvió a rugir.

-Maldito saco de huesos impaciente... -masculló Han mientras saltaba a través del agujero del pozo y llegaba a la parrilla del suelo-. ¡Ya voy!

Dobló la esquina para ver que Chewie ya había salido del *Halcón*. La escotilla todavía estaba abierta, y Han se apresuró a salir por ella.

Chewie estaba inmóvil al final de la rampa.

Podrías haberme esperado, ¿no? -gruñó Han.

Chewie se llevó un largo y peludo dedo a la boca y después señaló con él. Han siguió la dirección indicada por su gesto. Al otro lado del hangar había unos cuantos contrabandistas que parecían estar tan ocupados como los que habían visto en Salto 5. Han miró a Chewie y frunció el ceño, y después bajó de la rampa y avanzó cautelosamente por entre unos cuantos vehículos estacionados en el hangar.

Se escondió debajo del ala de un carguero gizeriano modificado. El metal estaba oxidado y lleno de agujeritos y grietas, y le proporcionaba una visión perfecta al mismo tiempo que evitaba que pudiera ser visto.

Zeen Afit abría la marcha, e iba cargado con un montón de circuitos y sistemas de ordenador. Azul le seguía con varias pantallas cautelosamente equilibradas sobre los brazos. Wynn se encontraba unos cuantos metros por detrás de ellos, con sus peludos brazos curvados alrededor de cuatro sillas cuyas bases estaban provistas de tuercas. Dos contrabandistas más, sullustanos ambos, transportaban los cojines sobre sus cabezas.

Estaban desmantelando una nave. En tiempos de Han, los contrabandistas jamás hacían tal cosa a menos que hubieran sido traicionados por el propietario de la nave, o a menos que el propietario hubiera muerto.

Pero había algo en aquella operación que había puesto bastante nervioso a Chewie, y Han no podía ver la nave desde su escondite. En cuanto la pequeña procesión hubo pasado por delante de él, Han salió de debajo del ala y se acercó un poco más.

La nave tenía un aspecto vagamente familiar. Era un yate espacial que había conocido días mejores. Sus flancos estaban bastante maltrechos, y su casco había quedado dañado por un descenso que debía de haberse llevado a cabo en condiciones bastante difíciles. El nombre había quedado medio borrado, pero aun así todavía podía leerse.

Han estaba contemplando el *Dama Suerte*

Lando había estado allí. En el Pasillo.

Y sólo había una razón por la que pudiera haber ido hasta allí. Han.

Pero Han había logrado escapar y no necesitaba su ayuda.

Lando nunca traicionaría deliberadamente a sus amigos contrabandistas. Y a pesar de su aparatosa fachada de dureza, todos los contrabandistas del Pasillo eran amigos de Lando..., o al menos eran tan amigos suyos como podía esperarse de unos tipos semejantes. Lo cual sólo dejaba una opción.

Lando había llegado solo...

... y Nandreeson le había estado esperando.

## Veintiocho



Femon se habría reído de él y le hubiera dicho que se estaba dejando asustar por su propia imaginación. A veces Kueller la echaba de menos. Femon había estado con él durante mucho tiempo. Todavía podía oír su voz dentro de su cabeza, reprendiéndole y dándole consejos.

La echaba de menos, pero no lamentaba haberla matado. Había cosas que sencillamente tenían que hacerse.

Kueller estaba inmóvil sobre el punto exacto del centro de control de Almanía en el que había muerto Femon. Había sustituido las máscaras de las paredes que Femon tanto amaba por otras, y había añadido algunas de su colección particular. Sus guardias permanecían inmóviles detrás de él, observándole en silencio. Quienes trabajaban para Kueller creían en él, pero en realidad bastaría con unos cuantos fanáticos para matarle. Kueller no quería verse obligado a estar en guardia continuamente, y por eso tenía a sus centinelas. Ellos le protegerían, y no cometerían errores.

Porque le tenían pánico.

Pero Luke Skywalker no le temía.

Kueller tiró del sillón retráctil, se sentó en él y estiró sus largas piernas por debajo de la consola. La pantalla que había ante él mostraba los restos del ala-X de Skywalker. El caza había caído cerca de algunas de las casas más valiosas de Pydyr, y además se trataba de casas cuyas riquezas todavía no habían sido saqueadas. Durante unos momentos Kueller había temido que perdería esas riquezas, pero después consideró que eso supondría pagar un precio muy pequeño a cambio de Skywalker.

Skywalker, herido, en Pydyr...

Perfecto.

Presionó un botón y se puso en contacto con uno de sus subsecretarios de comunicaciones.

-Quiero una conexión interestelar con Coruscant -dijo- Quiero hablar con la presidenta Leia Organa Solo. Dile que es acerca de su hermano, y luego haz que tenga que esperar.

-Sí, mi señor -dijo el subsecretario.

Su imagen se esfumó con un parpadeo luminoso y Kueller volvió la mirada hacia la casa en la que se había metido Skywalker. Femon le habría preguntado de qué tenía tanto miedo y le habría mirado con expresión despectiva, sin saber que el hombre de la espalda quemada que cojeaba había sobrevivido a la explosión de su nave.

Un hombre menos poderoso jamás habría sobrevivido.

Kueller esperaba que Skywalker fuera a Almanía. Su decisión de posarse en Pydyr había sido una sorpresa, al igual que la explosión. Kueller lo había visto todo en el monitor.

Y había percibido todo lo que ocurrió en lo más profundo de sus entrañas.

Por fin sabía que los detonadores funcionaban, pero no había esperado que Skywalker fuera a ejecutar la orden de destrucción por pura casualidad.

Kueller había bloqueado las repercusiones en la Fuerza lo mejor que había podido. Quería que la presidenta Organa Solo se diera cuenta de que algo iba mal, pero quería evitar que supiera en qué consistía exactamente. Kueller nunca hubiera podido ocultar la verdad a Skywalker, pero Organa Solo había descuidado su adiestramiento Jedi. La presidenta padecía severas deficiencias en muchas áreas importantes, y Kueller tenía intención de utilizarlas en provecho propio.

Y después de que hubiera hablado con ella, iría a por Skywalker. Aunque estaba herido y lo había perdido todo, aquel hombre seguiría siendo un oponente formidable.

Pero las heridas hacían posibles otras cosas. Las heridas habían debilitado a Skywalker, y también debilitarían su decisión y su confianza en sí mismo. Tal vez necesitara un poco de fortaleza rápida y fácil de obtener. Kueller tal vez pudiera triunfar allí donde el Emperador había fracasado.

Kueller tal vez podría conseguir que Luke Skywalker se volviera hacia el lado oscuro.

Y entonces los dos gobernarían juntos: Kueller como Emperador, y Luke como su Darth Vader.

Qué maravillosamente adecuado sería eso...

\* \* \*

Leia tenía la sensación de haber vuelto a Hoth y estar trabajando en la base rebelde. Ella y Wedge estaban sentados el uno al lado del otro, y los ordenadores que había ante ellos emitían un rápido zumbido de continua actividad. El almirante Ackbar estaba sentado en otra terminal, al igual que el resto de militares de alto rango. Estaban intentando localizar los alas-X restantes, aquellos que habían salido de

Coruscant después del reacondicionamiento. El almirante Ackbar había sugerido que podían dejar esa tarea en manos de oficiales de menor rango, pero Leia no quiso ni oír hablar de ello. Sabía que podía confiar en las personas presentes en la sala. Muchos de los oficiales de menor rango habían sido ascendidos recientemente, y Leia no sabía si podía confiar en ellos.

Había demasiadas vidas en juego, y Leia necesitaba estar segura de que todo se hacía correctamente.

Además, el trabajo le permitía concentrarse en algo que no fuera su ira hacia Meido. La votación de falta de confianza se celebraría al día siguiente, y el senador Gno quería que la presidencia hiciera campaña. Leia la haría, desde luego, pero su campaña se limitaría a un solo discurso pronunciado justo antes de que se iniciara la votación. Recordaba otras votaciones de falta de confianza de la Antigua República, y sabía que solían basarse en corazonadas y emociones muy primarias. Si conseguía que los senadores restantes confiaran en ella, ganaría la votación.

Pero de momento tenía que mantenerse ocupada..., a pesar de que el hacerlo no pareciera estarla ayudando tanto como de costumbre. La ira contra Meido ocultaba una profunda inquietud. El rostro esquelético que había visto en el pasillo volvía a aparecer una y otra vez en su mente, y cada vez que lo hacía Leia experimentaba un vago temor, como si Han o uno de sus hijos corrieran un grave peligro. Pero había establecido contacto con Anoth e Invierno le había asegurado que los niños estaban bien. En cuanto a Han, si le ocurría algo realmente serio Leia lo sabría al instante.

O por lo menos eso era lo que se había dicho a sí misma.

-Presidenta Organa Solo... -Un teniente acababa de inclinarse sobre su terminal. Parecía imposiblemente joven, y cuando se dirigió a ella le tembló un poco la voz. Leia aún no se había acostumbrado a que la gente se pusiera nerviosa ante ella meramente por ser quien era-. Hay un mensaje para usted. ¿Desea recibirlo en privado?

Leia recorrió la sala con la mirada. Estaba rodeada por sus mejores amigos, y confiaba plenamente en todas aquellas personas. Leia no tenía ningún secreto que ocultarles.

-Lo recibiré aquí.

-Haré que lo transmitan. Es un holograma codificado -dijo el teniente, y se fue.

Wedge levantó los ojos de sus controles y les miró con el ceño fruncido. -Un holograma codificado... -dijo-. No hemos visto muchos desde los días del Imperio.

Leia asintió mientras echaba su asiento hacia atrás. Había un área vacía en el suelo, justo entre las terminales. El holograma aparecería allí.

Y de repente el aire empezó a ondular, y después las ondulaciones se fueron extendiendo hasta que acabaron formando una especie de pared transparente.

-Viene de muy lejos -dijo el almirante Ackbar.

Leia mantuvo los ojos clavados en el centro de la zona de recepción.

Aquella extraña sensación de inquietud que la había estado acosando desde la reunión se iba intensificando.

Y las ondulaciones por fin se convirtieron en un rostro.

Leia dejó escapar un jadeo ahogado. Era el rostro esquelético de sus visiones. Sus ojos eran oscuros e insondables, y su boca era una delgada línea negra. Tenía las mejillas cóncavas, y su frente brillaba como si fuera de hueso. El rostro llenó el centro de la sala.

-Leia Organa Solo...

La boca se había movido al compás de las palabras. Aquella máscara no tenía nada que ver con la que había llevado Vader. Aquélla parecía real.

-Soy la presidenta Organa Solo -dijo Leia, poniéndose en pie e irguiéndose cuan alta era.

Hubo un corto silencio antes de que la máscara respondiera a sus palabras.

-Me llamo Kueller. Estoy seguro de que no has oído hablar de mí, pero sé que has percibido mi presencia.

Un escalofrío helado recorrió la espalda de Leia. ¿Cómo había podido saber eso?

-La percibiste cuando destruí a los habitantes de Pydyr en un solo instante sin utilizar nada tan tosco como una Estrella de la Muerte o un Destructor Estelar. Siempre he preferido las armas sencillas y elegantes. ¿No opinas lo mismo?

Leia alzó el mentón. No podía permitirse el lujo de mostrar miedo ante aquel loco, y tenía que parecer lo más majestuosa posible.

-¿Qué quieres de mí? -preguntó, utilizando el mismo tono gélido e impasible que había empleado con Meido.

La pausa anterior volvió a repetirse, y después la máscara le sonrió. -Tu atención, señora presidenta...

Leia estaba teniendo la aterradora sensación de que la máscara formaba parte de Kueller y, al mismo tiempo, que era algo totalmente independiente de él.

-Ya la tienes..., por el momento.

-Excelente.

El rostro de Kueller desapareció entre un parpadeo luminoso y fue sustituido por una ondulación del aire.

-¿Hemos perdido la transmisión? -preguntó Wedge. El almirante Ackbar meneó la cabeza.

-No. Kueller está haciendo alguna otra cosa. Es una función de la distancia, igual que los momentos de silencio que se producen antes de sus contestaciones... Esta transmisión necesita un cierto tiempo para llegar a su destino.

-Disponernos de comunicaciones instantáneas por toda la galaxia-dijo el teniente.

-No por toda ella -murmuró Wedge.

Una imagen onduló en el aire y fue adquiriendo nitidez poco a poco para mostrar una diminuta silueta caída en el suelo. Un pequeño edificio ardía junto a ella, y trozos de metal estaban ardiendo en la lejanía.

Leia se inclinó sobre el holograma. La figura era... Luke. Su traje de vuelo estaba hecho trizas. Su espalda se había convertido en una masa de carne quemada. Luke permanecía totalmente inmóvil.

Una oleada de terror e ira se extendió por todo su ser. Leia retrocedió tambaleándose, sintiendo un vago terror y, a través de él, percibió la presencia de Luke.

«¡Luke!», gritó con todo el poder de su mente. « Leeee....»

La voz mental de Luke se interrumpió de repente y fue sustituida por una risa gutural que Leia nunca había oído antes.

La imagen de Luke desapareció y la ondulante pared transparente volvió a aparecer ante ella..., y un instante después el rostro esquelético volvía a estar allí, con la risa muriendo en sus labios.

-Nada de juegos mentales, Leia Organa Solo. Tu hermano está vivo..., de momento.

-¿Qué le has hecho? -preguntó Leia.

La máscara sonrió. La imagen era tan grande que Leia tuvo la sensación de que podía caer dentro de su boca y desaparecer para siempre. -No le he hecho absolutamente nada. Su nave tuvo la amabilidad de autodestruirse.

-El ala-X -murmuró Wedge, y el almirante Ackbar se apresuró a hacerle callar con un rápido gesto de una de sus manos-aleta.

-Hubiese preferido que cayera un poco más cerca de mí, pero no lo hizo. Aun así, ahora se encuentra dentro de mis dominios y allí seguirá..., a menos que hagas dos cosas. En primer lugar, debes disolver tu débil e ineficaz gobierno. En segundo lugar, debes entregarme el poder.

-¿Y por qué iba a hacer eso?

-Porque mataré a tu hermano si no lo haces.

Leia sintió cómo un nuevo escalofrío todavía más helado que el anterior recorría todo su cuerpo.

-¿Piensas que voy a sacrificar millones de vidas para salvar una sola, por muy importante que pueda ser para mí?

-Te conozco muy bien, Leia. Tu hermano significa tanto para ti como tu esposo..., o como tus hijos. Si quisiera podría matarlos ahora mismo. ¿Te ayudaría a tomar una decisión el que lo hiciera?

Leia se obligó a tragar saliva. No permitiría que Kueller la intimidara con amenazas huecas. Pero debía tener mucho cuidado, porque siempre había una posibilidad de que aquel loco realmente pudiera hacer lo que decía.

-Estás muy lejos para emitir tales amenazas, Kueller. La sonrisa se hizo un poco más ancha.

-¿Me estás poniendo a prueba, Leia? Porque si es eso lo que estás haciendo, entonces tal vez debería advertirte de que nunca amenazo en vano.

-¿Qué es lo que quieres en realidad?

-Creo que tu gobierno dejó de ser efectivo hace años. Quiero que esta galaxia vuelva a ser gobernada por un poder realmente eficiente.

-¿Y tú eres el hombre adecuado para ello? -preguntó Leia. La sonrisa desapareció.

-Soy la persona adecuada para ello, Leia. Ya lo he hecho en mi mundo natal, y puedo hacerlo en cualquier otro lugar.

-Nunca había oído hablar de ti -dijo Leia-. ¿Cómo sé que eres capaz de llevar a cabo tales prodigios de sabiduría?

-Nadie había oído hablar del joven Luke Skywalker antes de que te rescatara de la Estrella de la Muerte, ni del impetuoso y valiente Han Solo antes de que se uniera a Skywalker y a Obi-Wan Kenobi. Antes de la Rebelión había planetas enteros que no habían oído hablar de ti, Leia. A veces las reputaciones necesitan un cierto tiempo para llegar a crecer.

-¿Y qué harás si me niego a entregarte la Nueva República? La sonrisa volvió a aparecer.

-Mataré a tu hermano. Y a tu esposo. Y a tus hijos.

Leia se llevó las manos a la espalda y utilizó un método de relajación Jedi para no perder el control de sus emociones. Después tendría tiempo de sobras para sentir terror e ira. De momento tenía que ser una verdadera líder, la mejor que la Nueva República hubiera conocido jamás..., y a veces eso significaba saber cuándo había que formular la pregunta correcta.

-¿Y si continuo negándome?

La máscara se inclinó, y una parte de la frente desapareció del campo holográfico. Leia había conseguido sorprender al misterioso Kueller.

-¿Serías capaz de hacerlo?

-Todavía no he tomado ninguna decisión -dijo Leia sin inmutarse-. Sólo quiero saber de qué opciones dispongo.

-Entonces destruiría a tus súbditos, Leia.

¿Y por qué ibas a querer hacer eso? -preguntó Leia-. Aun suponiendo que consiguieras hacerlo, te quedarías sin nadie a quien gobernar.

-Siempre hay más mundos. Las riquezas que obtendría de la Nueva República me permitirían encontrar esos mundos.

-No puedes matar a todos los súbditos de la Nueva República -dijo Wedge-. El Emperador intentó que todos le temieran, y necesitó años para ello. La sonrisa se hizo un poco más grande.

-Puedo matar a toda esa gente en un solo instante.

-Pero estamos hablando de centenares de mundos -dijo el almirante Ackbar-. No puede matar a tantos seres inteligentes al mismo tiempo.

-Ah, pero es que sí puedo hacerlo...

La máscara giró y contempló algo que había junto a ella, pero un instante después se encaró repentinamente con el almirante Ackbar. La boca dio una orden en un lenguaje desconocido para Leia.

Leia, no entendiendo a qué venía aquello, miró a Wedge. Wedge se encogió de hombros, y una oleada de terror envolvió a Leia en ese mismo instante. El terror venía acompañado por un intenso frío y voces que gritaban. Leia sintió una perplejidad y una incompreensión tan profundas que la desgarraron hasta lo más hondo de su ser. «No, otra vez no... -pensó, y el peso de aquellas terribles emociones hizo que se tambaleara-. ¡Basta!». Leia nunca llegó a saber si la última palabra había sido un pensamiento o un alarido. El frío se volvió todavía más intenso.

Y entonces las voces se esfumaron de repente.

Leia se encontró sentada en el suelo, con lágrimas que no se había dado cuenta de haber derramado deslizándose sobre sus mejillas. Sus amigos y el teniente la estaban mirando con los rostros llenos de asombro. Wedge la ayudó a levantarse.

-¿Qué ha pasado?

La máscara les estaba contemplando con una expresión triunfal. La negrura que se agazapaba detrás de sus ojos parecía haberse vuelto un poco más insondable. El poder que irradiaba era todavía más grande que antes.

Sensibilidad a la Fuerza... Kueller podía usar la Fuerza.

Y la utilizaba en nombre del lado oscuro.

La máscara sonrió en el mismo instante en que Leia comprendía todo aquello.

-Soy más fuerte de lo que tú jamás llegarás a serlo, Leia. Soy más poderoso de lo que nunca podrás llegar a soñar. -¿Qué le has hecho? -gritó Wedge.

-Estoy bien -dijo Leia, soltándole el brazo mientras hacía un tremendo esfuerzo de voluntad para impedir que le temblara la voz.

-No le he hecho nada. Me he limitado a ofreceros una demostración de mis poderes. La superpoblación puede llegar a ser un problema realmente terrible, ¿verdad? Acabo de librar a la galaxia del molesto peso de un millón de vidas..., eso como mínimo. Ahora los que quedamos disponemos de más espacio.

-¿Un millón de vidas? -murmuró Ackbar.

-Ésa ha sido mi segunda demostración. Supongo que no habrás olvidado lo que sentiste durante la primera, ¿verdad, Leia?

-¿Cómo puedes hacer algo semejante? -preguntó Leia-. Eran personas... Respiraban, estaban vivas...

-Bueno, la verdad es que la mayoría de ellas no respiraban -dijo Kueller-, o por lo menos no en la manera en que tú lo haces. Pero tanto da que usaran pulmones, agallas u orificios de ventilación, porque ahora el seguir respirando ya ha dejado de ser un problema para ellos. ¿Ves hasta qué punto me preocupo por el bienestar de la galaxia?

-No -dijo Leia.

-No voy a discutir sobre métodos contigo, Leia. Ya has escuchado mis exigencias. O accedes a ellas, o dentro de tres días mataré a tu hermano. -No puedes matar a Luke Skywalker -dijo Wedge.

-¿Por qué no puedo hacerlo? ¿Porque es un Maestro Jedi..., o porque es tu amigo?

Wedge no respondió.

La máscara esquelética volvió sus ojos vacíos hacia Leia.

-Dispones de tres días, Leia. Te doy ese tiempo porque te respeto.

-La cabeza se inclinó en un lento asentimiento-. Hasta entonces, Leia... Y la imagen desapareció.

Leia permitió que su cuerpo se fuera inclinando poco a poco hasta que acabó sentada en el suelo. Un millón de vidas. Un millón de vidas sacrificadas en una simple demostración destinada a convencerla...

Como la demostración del poderío de la Estrella de la Muerte que había llevado a cabo el Gran Moff Tarkin.

Tarkin le había arrebatado a su padre. Kueller estaba amenazando a su nueva familia.

No permitiría que se saliera con la suya. Han, Luke y sus hijos volverían a casa con ella..., y la Nueva República seguiría siendo suya. El único problema era que Leia todavía no sabía cómo lo iba a conseguir.

## Veintinueve



Luke acababa de comer algunas de las raciones enlatadas que todavía había en la casa. Estaba descansando, y recuperaba sus fuerzas en la medida de lo posible. La sensación de estar siendo observado había desaparecido por el momento, pero Luke sabía que volvería.

Y también sabía que tenía algo que ver con Alemania.

Después de haber descansado un rato más volvería a interrogar al ordenador doméstico. Luke albergaba la esperanza de que el ordenador supiera dónde había un tanque bacta o su equivalente pydyriano. Necesitaba utilizar cualquier medio que pudiera ayudarle a recuperarse más deprisa, y tenía que emplear algo más que los ejercicios Jedi. Luke sabía que iba a necesitar todas sus reservas de fortaleza.

En cuanto hubiera encontrado el tanque bacta, empezaría a buscar una nueva nave. Todavía no estaba muy seguro de si iría a Alemania o si volvería a Yavin 4 y esperaría allí hasta que se hubiera recuperado del todo. No sabía de cuánto tiempo disponía. Ni siquiera estaba seguro de qué andaba buscando, y eso le preocupaba y le ponía nervioso. Toda aquella situación estaba empezando a resultar realmente inquietante.

«¿Luke?»

Era Leia, intentando llegar hasta él desde muy lejos. Su mente estaba llena de preocupación.

«¿Leia?»

Pero la conexión se interrumpió de repente, haciéndose añicos como nunca había ocurrido con anterioridad. Luke ya no podía percibir la presencia de su hermana. Desplegó los sentidos de su mente y buscó aquella percepción tan familiar..., y Leia no estaba allí. Era como si alguien hubiera construido una muralla alrededor de la mente de Luke.

«¿Leia?»

No podía haber muerto, ¿verdad? La llamada mental que había intentado dirigirle estaba llena de preocupación, pero Luke había tenido la impresión de que esa preocupación no se debía a que Leia tuviera problemas, sino a que temía por él.

«¿Leia?»

Buscó la presencia de los niños y enseguida pudo percibir cómo se divertían discutiendo entre ellos en Anoth. Incluso logró captar una tenue sensación de la presencia de sus estudiantes en Yavin 4, pero no pudo captar ninguna emanación de Leia.

Ni de nadie que estuviera cerca de ella. Algo estaba bloqueando deliberadamente sus intentos de establecer contacto.

Luke suspiró. Otro enigma a investigar, otra pesada tarea que iría minando sus fuerzas. Se frotó los ojos y respiró hondo antes de volver a intentarlo. Se estaba inclinando hacia adelante en aquel asiento diseñado para un cuerpo bastante más pequeño que el suyo cuando la explosión cayó sobre él. La oleada invisible le empujó hacia atrás, y Luke dejó escapar un chillido de dolor cuando el suelo chocó con su piel herida. Pero aquel dolor no era nada en comparación con la gélida puñalada del dolor irresistible y abrumador que acababa de envolver todo su ser. Dolor, terror, la perplejidad y el aturdimiento de la traición... Todo aquello llegaba de repente hasta él, expresado en millares de voces mentales súbita e irrevocablemente reducidas al silencio.

El frío se fue adueñando de él..., y entonces se acordó de lo que le había dicho Anakin.

«Calentamos la habitación...»

Calor...

Luke envió oleadas de calor hacia aquel frío, obligándolo a retroceder mientras se encogía para tratar de huir del dolor, rodeándose la cabeza con los brazos para protegerse de la gelatina rosada, de los agujonazos, del terrible e insoportable dolor de la muerte.

Muerte.

Muerte.

El frío desapareció, dejando un residuo amargo en su boca. Luke alzó la cabeza, no muy seguro de durante cuánto tiempo había estado caído en el suelo.

Había vuelto a ocurrir. Otro planeta había sido destruido.

Hizo un nuevo intento de establecer contacto con Leia, pero no pudo percibir su presencia. Aquel bloqueo -duro, firme, poderoso- se lo impedía.

Se puso en pie, tembloroso y tambaleante. Tenía que encontrar un ordenador que estuviera conectado a las redes o algo que pudiera proporcionarle información. Aun así, Luke ya sabía que Coruscant no había sufrido ningún daño.

Aquel nuevo estallido había sido más profundamente helado y poderoso que el primero, y no venía de tan lejos.

Había venido de un lugar muy, muy cercano.

E incluso sabía dónde se hallaba la fuente de la destrucción.

Su origen estaba en Alemania, y en la presencia que le aguardaba allí.

\* \* \*

-¿Quién era esa criatura? -preguntó el almirante Ackbar. -No lo sé -dijo Leia.

Trató de alisar las arrugas de su mono militar mientras echaba hacia atrás un mechón de cabellos. Volvía a estar sentada en su terminal, enviando mensajes a Han, que no había respondido a ellos, y a los niños, que sí lo habían hecho. Invierno le dijo que ellos también habían percibido la explosión, y aquella vez había sabido cómo ayudarles a superar sus efectos. También le contó que Luke les había ayudado durante su viaje a Coruscant y que, a pesar de que se hallaban bastante afectados, los niños no quedaron tan aterrorizados como la primera vez.

Leia habló con ellos e intentó tranquilizarles diciéndoles que estaba bien, y después cortó la conexión.

-Esa máscara de la muerte me ha parecido familiar -dijo Wedge.

-Teníamos una colección entera en el Museo Nacional de *Alderaan* -dijo Leia-. Procede de los confines más lejanos de la galaxia.

-¿Cómo sabemos que es una máscara? -preguntó el teniente-. Su boca se movía como si fuera de carne y hueso.

-No lo sabemos -dijo Leia-. ¿Conocemos alguna especie que tenga ese aspecto, o que utilice máscaras para taparse la cara?

-En principio yo diría que no, pero tendría que comprobarlo para estar totalmente seguro -dijo el almirante Ackbar.



-Tenemos que comprobar muchas cosas -dijo Leia-. También debemos averiguar de dónde venía esa transmisión. -El mismo mechón de cabellos de antes había vuelto a caer sobre su cara. Leia lo apartó y vio que todavía le temblaban las manos-. También debemos averiguar quién ha muerto.

-Yo no sentí nada, Leia -dijo Wedge.

-Lo sé, Wedge. Sea quien sea, Kueller posee una cierta capacidad para usar la Fuerza. Kueller sabía que yo percibiría esas muertes, y ésa ha sido la demostración de la que estaba hablando.

-¿Y cómo sabemos que no ha enviado alguna clase de transmisión, algo que pudiera haberle hecho sentir lo mismo que si muchas personas hubieran muerto? -preguntó el almirante Ackbar.

-No podemos saberlo -replicó Leia-. Pero soy incapaz de imaginarme esa clase de talento -añadió, estremeciéndose a causa del frío que seguía adherido a su corazón.

-No ha habido ningún informe de que un planeta haya estallado -dijo el teniente-, y me refiero tanto a hace unos momentos como a antes de la explosión en la Sala del Senado.

-Kueller ha dicho que usaba un arma elegante -dijo Wedge mientras volvía a sentarse en su asiento-. Estamos buscando algo demasiado grande. Necesitamos saber cuáles son los planetas de los que llevamos algún tiempo sin saber nada o qué acontecimientos inusuales se han producido en el espacio cercano.

-Hemos recibido muchos informes de colisiones en la zona de descenso de los alrededores de Auyemesh -dijo Ackbar.

-Y no hemos obtenido respuesta de su unidad de control del tráfico -dijo Wedge con creciente excitación.

-Todos los intentos de establecer contacto con otras fuentes de emisión del planeta han fracasado -dijo el teniente.

-¿Dónde está Auyemesh? -preguntó Leia.

-Es un planeta muy pequeño de un sistema lejano -dijo Ackbar-. Se encuentra en el lado del sistema almaniano orientado hacia Coruscant.

-¿El sistema almaniano?

Leia siempre se irritaba cada vez que tenía que enfrentarse a la molesta realidad de que seguía ignorando muchas cosas sobre la galaxia. Creía conocer todos los lugares. ¿Se trataría de la misma Alemania de la que le había hablado Lando?

-Yo tampoco he oído hablar de ese planeta -dijo Wedge-, y eso que creía haber estado en todas partes.

-Queda todavía más lejos que los Mundos del Borde -dijo Ackbar-. La Antigua República estuvo a punto de aceptar su solicitud de adhesión, pero varios senadores se opusieron a ello porque decían que aquel sistema se encontraba demasiado lejos.

-Una gran distancia... -murmuró Leia-. Antes dijo que la transmisión venía de muy lejos, almirante.

Ackbar asintió.

-El sistema almaniano se encuentra lo suficientemente lejos para producir esa clase de demora. De hecho, el holograma codificado sería la forma de comunicación más conveniente dentro de tales distancias porque permite eliminar los rasgos más peculiares de una comunicación a larga distancia.

-Debido a que ese tipo de hologramas suelen ser más lentos que los mensajes regulares -dijo Wedge.

-Exactamente. Hay que ser un experto para saber percibir las diferencias que distinguen los problemas de codificación de los problemas de distancia.

-Bueno, eso nos proporciona algo parecido a una pista -dijo Leia.

-He consultado nuestra base de datos para averiguar si disponíamos de alguna información sobre ese tal Kueller, presidenta -dijo el teniente-. No he encontrado nada.

-Siga intentándolo -dijo Leia.

-Pruebe con todos los ficheros en vez de únicamente con los actualizados -dijo el almirante Ackbar.

-El ordenador ha identificado esos edificios que había alrededor de Luke, Leia -dijo Wedge en voz baja-. Son edificios pydyrianos. -¿Pydyrianos?

Wedge asintió.

-Pydyr también está en el sistema de Alemania.

-Acabamos de confirmarlo, Leia -dijo el almirante Ackbar-. La transmisión procedía de la misma Alemania.

-Alemania... -dijo Leia-. ¿Qué puede querer de nosotros alguien que se encuentra tan lejos?

-Creo que lo que quiere resulta obvio -dijo Wedge-. La pregunta a responder es si Kueller te conoce.

-Quizá usted le conozca -dijo Ackbar-. Quizá por eso oculta su rostro debajo de esa máscara.

-Eso suponiendo que la máscara realmente ocultara su rostro -dijo Leia.

Todavía no estaba demasiado convencida de que ésa fuera la respuesta. Siempre había tenido muy buena memoria para las voces, y no había reconocido la de Kueller. Normalmente el holograma codificado proporcionaba una representación muy fiel de todas las características físicas, la voz incluida.

-Tenemos algo sobre Kueller -dijo el teniente-, pero no le va a gustar.

-Dígamelo de todas maneras -replicó Leia.

-Hace centenares de años hubo un general del ejército almaniano llamado Kueller -dijo el teniente-. Primero se hizo con el poder en Alemania, y después se adueñó de todo el sector. Durante sus últimos años de vida fue un líder muy querido, y llegó a ser famoso por su compasión y su capacidad de tomar las decisiones más adecuadas en cada momento. Pero al principio, cuando estaba tratando de hacerse con el poder... Bueno, por aquel entonces Kueller fue uno de los seres más implacables de toda la historia de la galaxia. Era capaz de hacer cualquier cosa con tal de consolidar su poder.

-Así que ahora tenemos a un nuevo Kueller que se limita a invocar el recuerdo de su predecesor -dijo Wedge.

-Eso encaja con sus intenciones -dijo Ackbar-. Si es que realmente quiere adueñarse de la Nueva República, claro está... Nos ha informado de que actuará tan implacablemente como pueda, y después cree que podrá permitirse mostrar compasión y tomar las decisiones correctas.

-Tomar decisiones y ser implacable no son dos cosas incompatibles -dijo Leia-, pero la compasión nunca te permite ser verdaderamente implacable. ¿Hay alguna clase de relación entre todo eso y el Imperio?

-Por el momento todavía no he encontrado ninguna -dijo el teniente-. Alemania queda muy lejos, y el Emperador básicamente se limitó a ignorarla.

-Pero sería un buen escondite para los imperiales -dijo Ackbar-. Haré algunas investigaciones por mi cuenta.

-Ha habido informes de movimientos de soldados de las tropas de asalto en ese sector de la galaxia -dijo el teniente.

-¿Soldados de las tropas de asalto? -exclamó Leia-. ¿Es que nunca conseguiremos librarnos de ellos?

-Estamos recibiendo más informes de Auyemesh, Leia -dijo Ackbar-. Las naves que lograron bajar encontraron cadáveres por todas partes. Estaban proporcionando más detalles cuando todas las comunicaciones con el planeta quedaron cortadas de repente.

-¿Otra matanza? -preguntó Leia.

Ackbar meneó su enorme cabeza de anfibio.

-No. Es como si alguien hubiera querido que dispusiéramos únicamente de esa información y luego hubiese cortado el flujo de transmisiones.

-Debemos estar preparados para enfrentarnos a la posibilidad de que todo esto sea un simple engaño.

-¿No te parece que en ese caso estaríamos ante un engaño bastante elaborado, Wedge? -preguntó Leia-. No, no... Kueller es real y es una verdadera amenaza. He visto su cara antes. Ya lleva algún tiempo acosándome y apareciendo en mis pensamientos. Creo que está totalmente decidido a hacer lo que dice. Tenemos que averiguar todo lo que podamos sobre él.

Las emociones que había estado manteniendo a raya se agitaron repentinamente en su interior. Leia echó un vistazo a su pantalla para ver si había llegado alguna contestación de Han. Nada. Pero Han le había dicho que nadie podría ponerse en contacto con él mientras estuviera en el Pasillo.

El Pasillo se encontraba muy lejos del espacio almaniano. Leia esperaba que Han estuviera bien.

-¿Querrá ponerse en contacto con Mon Mothma y decirle que quiero verla en mis aposentos, almirante Ackbar? -preguntó después. Sus temblores se habían vuelto tan violentos que se sentía incapaz de usar los controles. Tenía que salir de allí, y tenía que hacerlo inmediatamente-. Les llamaré para saber si han logrado obtener más información después de haber hablado con ella.

-¿Se encuentra bien? -preguntó Ackbar.

Leia intentó sonreírle.

-Me parece que ninguno de nosotros volverá a sentirse bien hasta que hayamos hecho algo acerca de este loco.

-Lo haremos -dijo Ackbar con una seguridad absoluta.

Leia deseó poder sentirse tan segura como él. Kueller poseía una capacidad para emplear la Fuerza muy superior a la de todos los enemigos con los que se habían enfrentado durante los últimos años salvo Exar Kun, y en ese caso se trataba de un espíritu. Kueller estaba vivo. Estaba utilizando aquellas muertes para volver a llenar su pozo de odio. El lado oscuro devoraba a las personas desde el interior, pero mientras lo hacía también les proporcionaba un poder terrible.

Kueller parecía ser más poderoso que ella..., y más poderoso que Luke.

Luke... El eco de la voz mental de su hermano todavía reverberaba dentro de la mente de Leia. Todo parecía indicar que Luke se encontraba en Pydyr.

Y Leia le ayudaría aunque fuera lo último que hiciese en su vida.

## Treinta



Un montón de chips, filamentos quemados y fragmentos de metal se derrumbó encima de Cetrespeó. Su peso activó los sensores del pecho del androide de protocolo. Los sensores empezaron a parpadear, advirtiéndole de que podía sufrir serios daños si el peso no era apartado rápidamente.

-¿Erredós? -preguntó Cetrespeó, con la voz medio ahogada por la masa de restos.

No hubo ningún pitido de respuesta. Erredós ni siquiera se había enterado de que el montón de restos había caído encima de Cetrespeó. El pequeño androide astromecánico estaba emitiendo suaves trinos electrónicos al otro lado del pasillo mientras usaba todas sus extensiones para hurgar en un montón de escombros.

-¡Erredós! ¡Erredós, te estoy hablando!

Erredós respondió con un estridente silbido.

-¡Nada de dentro de un momento! ¡Ahora! ¿Es que no puedes ver que estoy atrapado?

Una puerta se abrió a un lado. La cúpula de Erredós se volvió en esa dirección.

-¡Date prisa, Erredós!

Al parecer Cetrespeó era incapaz de salir del montón de escombros sin ayuda.

Un kloperiano que llevaba un uniforme de guardia entró en la sala.

Y de repente los silbidos de Erredós se convirtieron en trinos llenos de servil sumisión. El kloperiano contempló el montón de escombros con el ceño fruncido.

-¡Erredós!

Erredós dejó escapar un gemido ahogado.

El kloperiano soltó un gruñido y empezó a apartar los escombros que cubrían a Cetrespeó. El androide de protocolo se apresuró a incorporarse. -Ya iba siendo hora de que...

Cetrespeó se calló en cuanto vio al kloperiano,

-¿Qué estáis haciendo aquí? -preguntó el kloperiano-. Habéis entrado en una zona de acceso restringido.

-Yo... Ah... Eh... Quedé atrapado -dijo Cetrespeó.

-Sí, ya lo he visto. Pero me refiero a antes de eso. ¿Cómo llegaste a quedar atrapado?

-Seguí a mi congénere.

Erredós soltó un pitido lleno de furia.

-Parecía haber descubierto algo en el interior -siguió diciendo Cetrespeó-. Cuando le pregunté de qué se trataba me dijo que había visto algo o alguien, así que pensé que sería mejor que fuéramos a investigar. Pero no hemos hecho nada malo, ¿verdad?

El kloperiano cruzó cuatro tentáculos sobre su pecho grisáceo. Después frunció el ceño, y el movimiento creó cien arrugas en su ya muy arrugado rostro.

-El acceso a esta zona ha sido restringido porque es muy peligrosa. Ni siquiera yo debería estar aquí. Los derrumbamientos podrían matar a un ser vivo. Pero dado que eres un androide, supongo que no habéis causado ningún daño demasiado grave..., a menos que yo acabe aplastado por vuestra culpa. Y ahora, largo de aquí.

-Será un placer, señor -dijo Cetrespeó-. Oh, sí, le aseguro que será todo un placer.

Acabó de salir de entre los escombros y empezó a avanzar por el pasillo.

-Vamos, Erredós.

Erredós respondió con otro silbido.

-Sea lo que sea tendrá que esperar -dijo Cetrespeó-. Ese kloperiano tan amable y educado nos ha dicho que nos fuéramos, y eso es exactamente lo que vamos a hacer. Se acabaron las heroicidades estúpidas. Deja que el amo Luke y el ama Leia se encarguen de toda la parte heroica, ¿entendido?

Erredós emitió una larga serie de pitidos y zumbidos.

-Sí, sí. Estoy de acuerdo contigo. Los androides también pueden llegar a ser héroes, pero no cuando están desobedeciendo a un kloperiano.

Erredós respondió con un seco trino electrónico.

-Te sugiero que reserves ese tipo de lenguaje para cuando volvamos a estar solos -murmuró Cetrespeó-. ¿Recuerdas lo que ocurrió durante tu último encuentro con un kloperiano?

-¿Va todo bien? -preguntó el kloperiano, dando un paso hacia ellos.

-Estupendamente, señor, estupendamente. Estoy intentando conseguir que esta unidad astromecánica me siga de una vez. Continúa insistiendo en que ahí dentro ocurre algo raro y que puede haber serios problemas.

-El único problema que tenemos es que este edificio no tardará en derrumbarse -dijo el kloperiano-, o por lo menos esta sección sí lo hará. No paro de repetírselo a todos esos investigadores cada vez que vienen por aquí, pero no me escuchan.

-¿Investigadores? -preguntó Cetrespeó-. ¿Estaban investigando la explosión?

-¿Acaso hay alguna otra cosa que investigar? -replicó el kloperiano-. Pero trabajan dentro de la sala a pesar de que toda la estructura se ha vuelto muy inestable. Incluso hay grietas en el techo. Cada vez que empiezo mi turno de vigilancia, llego aquí temiendo que me voy a encontrar con un montón de investigadores muertos porque el techo se ha derrumbado.

-¿Quiere decir que no han investigado el pasillo?

-Teniendo en cuenta el ritmo que llevan, nunca irán más allá de la puerta..., o por lo menos yo no viviré para verlo. Quizá tú sí vivas el tiempo suficiente para verlo, androide.

El kloperiano se rió, produciendo un sonido un tanto líquido y más bien desagradable.

Mientras hablaba les había ido siguiendo hasta la salida. El kloperiano cerró lo que quedaba de la puerta en cuanto estuvieron fuera.

-Será mejor que volváis con vuestros dueños antes de que denuncien vuestra desaparición -dijo después- Es el procedimiento estándar para los androides fugitivos.

-En Kloper quizá, pero no en Coruscant -dijo Cetrespeó.

-Hace mucho tiempo que no te actualizan los ficheros, ¿verdad, androide? Han declarado el toque de queda nocturno, y eso incluye a los androides. Este sitio ha cambiado mucho desde que estalló la bomba. Antes podías confiar en las personas, por lo menos en las que no habían tenido nada que ver con el Imperio... Pero eso se acabó, ¿entiendes? Atacar al gobierno de esa manera... Me alegra que ocurriera de día. Si hubiera llegado a pasar durante mi turno de guardia...

-Entonces no hubiera muerto nadie -dijo Cetrespeó.

Erredós emitió una serie de pitidos que sonaban curiosamente parecidos a una risita.

El kloperiano les contempló en silencio durante unos momentos mientras abría y cerraba sus enormes ojos de pez, y después descruzó dos de sus tentáculos.

-Pues la verdad es que tienes razón, androide. No se me había ocurrido considerarlo desde ese punto de vista... Supongo que por eso tú tienes circuitos lógicos y yo no. Me temo que he vuelto a dejarme llevar por el egoísmo. Mis esposas siempre me están acusando de eso.

-Estoy seguro de que lo hacen -dijo Cetrespeó-. Ah, y gracias por haberme rescatado. Mi compañero ni siquiera se había dado cuenta de que tenía problemas.

-Estaba demasiado ocupado recogiendo piezas sueltas -dijo el kloperiano-. No creas que no me he dado cuenta de lo que hacía, androide.

-Puede que yo no tenga circuitos lógicos, pero sé cuándo un androide trabaja para los contrabandistas. La próxima vez seré bastante más severo con vosotros, y supongo que ya sabes a qué me refiero.

-Pero es que nosotros no trabajamos para... -empezó a decir Cetrespeó, y Erredós se apresuró a interrumpirle con un estridente pitido. Cetrespeó le fulminó con la mirada y Erredós emitió un segundo pitido-. Realmente, Erredós...

-Me da igual para quién estéis trabajando -dijo el kloperiano-. Me limito a advertiros: no volváis por aquí, o por lo menos no durante mi turno.

-Oh, no se preocupe -dijo Cetrespeó-. No volveremos. Vamos, Erredós. -Puso la mano sobre la redonda cabeza de Erredós y lo empujó hacia adelante. Los dos androides cruzaron la línea que indicaba el comienzo de la zona restringida. El kloperiano les vio marchar desde la entrada-. No había oído hablar del toque de queda. ¿Y tú, Erredós?

Erredós emitió un pitido al que siguió un trino electrónico y una especie de bocinazo.

-A mí tampoco me gusta demasiado, pero creo que debemos volver a casa -dijo Cetrespeó.

Erredós hizo girar su cúpula de un lado a otro en su pequeña versión particular de una negativa. Después desplegó su brazo de servicio y le mostró a Cetrespeó la garra del extremo, que contenía cuatro detonadores más.

-¡Erredós! -chilló Cetrespeó, y se obligó a bajar la voz-. Si nos pillan llevando eso encima, puedes estar seguro de que tú y el amo Cole seréis acusados de sabotaje.

Erredós respondió con un pitido.

-Me da igual que sean más pequeños que los otros. Siguen siendo una prueba, ¿no?

Erredós dejó escapar un largo zumbido.

-Creo que es la mejor sugerencia que se te ha ocurrido en todo el día -dijo Cetrespeó-. Vamos a hablar con el ama Leia. Ella podrá ayudarnos. A11, y en el futuro intenta no interrumpirme cuando estoy a punto de utilizar su nombre para salir de algún apuro. Si hubiéramos mencionado al ama Leia durante nuestro primer encuentro con los kloperianos no nos habríamos metido en ese lío.

Erredós contestó con una seca maldición electrónica.

-Y no utilices ese tipo de lenguaje conmigo. La vejez te está volviendo realmente muy irascible, Erredós. Me atrevería a decir que ahora te comportas de una manera todavía más peculiar que cuando estabas en Tatooine.

Erredós emitió un pitido lleno de indignación.

-Sí, ya sé que estabas llevando a cabo una misión muy importante. Pero ahora no tienes ninguna misión, ¿verdad? Estás intentando fingir que sigues siendo terriblemente importante sólo porque te sientes inseguro. El amo Luke va a no te necesita para pilotar su ala-X.

Erredós respondió con otro pitido.

-No estamos seguros de que haya un detonador en cada ala-X -dijo Cetrespeó-. Estoy convencido de que el amo Luke también optará por modernizarse en cuanto vuelva. Dicen que los nuevos alas-X son mucho mejores que los modelos antiguos.

Erredós gimoteó.

Cetrespeó se detuvo.

-¿Qué quieres decir con eso de que si vuelve?

Erredós respondió con una breve explicación formada por pitidos y zumbidos.

-Oh -dijo Cetrespeó-. Comprendo. No había pensado en eso. Pero supongo que no creerás que el amo Luke puede haber decidido utilizar uno de los alas-X que han sido saboteados, ¿verdad? Él lo habría sabido enseguida, ¿no?

Erredós dejó escapar un suave gemido.

-Oh, cielos -dijo Cetrespeó-. Esto es mucho más grave de lo que me había imaginado en un principio.

\* \* \*

Según sus cálculos, Lando llevaba casi todo el día manteniéndose a flote, pero en realidad no tenía ninguna forma de medir el paso del tiempo. Sólo podía hacerse una idea por la frecuencia con que comía Nandreeson..., y Nandreeson no paraba de comer. El glottalfilb tan pronto engullía una mosca de miel aquí o un puñado de mosquitos allá como se tragaba un poquito de sustancia viscosa en calidad de aperitivo. Lando nunca había visto una comida tan repugnante. La estaba utilizando como cronómetro, y le servía para mantenerse ocupado.

Tenía que hacerlo. Mantenerse a flote resultaba agotador, pero no mantenía ocupada a la mente.

Su cerebro ya llevaba un buen rato totalmente concentrado en la supervivencia. Lando estaba seguro de ello porque su concentración había pasado de sus miembros a su estómago primero y a su desesperada necesidad de dormir después. Procuraba evitar el quedarse inmóvil en el agua porque temía dormirse, pero necesitaba descansar. Cuando flotaba sobre la espalda, se dedicaba a contar los murciélagos watumba del techo. Aquellas criaturas grisáceas no paraban de removerse, y le proporcionaban un auténtico desafío. Lando creía que había trescientos cincuenta, pero la relativamente escasa población de insectos de la caverna parecía desmentir esa cifra. Los murciélagos watumba comían algas y polvo de roca. Servían de anfitriones a varias especies de insectos parásitos alados, entre los que estaban los mosquitos parfue que formaban enjambres cerca del techo. Si hubiera trescientos cincuenta murciélagos watumba, la caverna estaría llena de negras nubes de mosquitos parfue.

Quizá Nandreeson se los había comido.

Lando tenía la extraña sensación de que sus brazos se habían agrandado. Le dolían las piernas, y le ardían los pulmones. También estaba hambriento. Por lo menos el agua, a pesar de tener un sabor repugnante, podía ser bebida. No contenía sal, que le hubiera envenenado, y tampoco contenía minerales que pudieran darle todavía más sed. El agua le mantendría con vida hasta que se le ocurriera algún plan.

Su mente estaba intentando recordar algo relacionado con los murciélagos watumba. Murciélagos watumba, glottalfibs, moscones de miel... Lando no conseguía recordar de qué se trataba, aunque sabía que estaba relacionado con todas esas cosas.

Pero acabaría recordándolo.

El estanque estaba vigilado por dos glottalfibs, como lo había estado desde que los reks arrojaron a Lando dentro de él. Nandreeson pasaba

una gran parte de su tiempo allí, pero se iba de vez en cuando para ocuparse de sus negocios. Lando pensaba que eso era una buena señal. Si Nandreeson realmente creyera que Lando iba a morir, atendería sus negocios delante de él. Pero Nandreeson tenía las dudas suficientes para ir a otra caverna..., y las dudas de Nandreeson reforzaban su convicción de que saldría con vida de aquel estanque.

Metió la cabeza debajo del agua. El calor también contribuía a adormecerle, por lo que de vez en cuando se daba un remojón para mantenerse despierto. Volver a la superficie siempre le enfriaba un poco. Lando empezó a flotar sobre la espalda mientras los glottalfibs vigilaban cada uno de sus movimientos.

Si Nandreeson tenía ciertas dudas, eso quería decir que su plan no era infalible. Había otra forma de salir del estanque aparte de los escalones tallados en la roca junto al sillón de Nandreeson..., o quizá Nandreeson creyera que Lando podía encontrar una forma de burlar la vigilancia de sus guardias y llegar a escapar. Quizá todos aquellos años de obsesión habían hecho que Nandreeson se convenciera a sí mismo de que Lando contaba con muchos más recursos de los que realmente poseía.

Lando no quería desilusionarle. Tendría que demostrar que era digno de los temores de Nandreeson y de todo el odio que había inspirado al señor del crimen durante aquellos años.

Si pudiera trazar algún plan...

Se estaba adormilando. Podía sentir cómo su cuerpo se iba hundiendo en el sueño. Lando rodó sobre sí mismo y se administró una buena salpicadura de líquido maloliente al hacerlo, pero apenas notó nada. El agotamiento estaba empezando a afectarle.

Lando era un hombre sano que se hallaba en muy buena forma física. Pero Nandreeson tenía razón en una cosa: los seres humanos no habían sido creados para pasar largos períodos de tiempo en el agua..., especialmente mente si no podían dormir y comer.

Lando acabaría perdiendo el conocimiento, se hundiría por debajo de la superficie del estanque y se ahogaría. No era un final demasiado espectacular y ni siquiera sería muy emocionante, pero aun así Nandreeson lo encontraría altamente satisfactorio.

Tenía que encontrar una solución pronto.

Porque de lo contrario moriría.

## Treinta y uno



Leia iba y venía nerviosamente de un lado a otro de su dormitorio. Seguía sin haber respuesta de Han. Ya llevaba un buen rato consultando su lista de mensajes pendientes a cada momento, pero sabía que no habría nada. Han todavía tenía que estar en el Pasillo de los Contrabandistas, y jamás ignoraría su mensaje a menos que no lo hubiera recibido.

Auyemesh se encontraba demasiado alejado para que Han pudiese haber estado ahí cuando Kueller mató a todos sus habitantes. O por lo menos eso esperaba Leia.

Han se pondría en contacto con ella en cuanto hubiera salido del Pasillo.

Leia había hablado muy en serio cuando le dijo todas aquellas cosas antes de que se fuera. A veces deseaba que pudieran ser una pareja normal con preocupaciones normales. Entonces sentarse a cenar con

sus hijos por la noche sería mera rutina y no lo inusual. Dormir junto a su esposo sería algo que ocurriría cada noche, y no sólo unas cuantas noches al mes.

Pero la idea de tener que renunciar a su forma de vivir la disgustaba tanto como a Han la de renunciar a la suya.

Salvo en momentos como aquél.

El ordenador de la sala emitió un suave campanileo.

-Mon Mothma ha venido a verla, ama Leia -dijo.

El ordenador habló con las inflexiones de Cetrespeó y la voz de Han. Leia no se había molestado en eliminar las manipulaciones de Anakin. Sin que supiera muy bien por qué, la absurda travesura cometida por el pequeño hacía que Leia se sintiera más cerca de su hijo.

-Déjala entrar -dijo.

Echó un nuevo vistazo a su lista de mensajes y vio que sólo había actualizaciones enviadas por el almirante Ackbar. Todas las comunicaciones con Auyemesh habían quedado interrumpidas. Nadie había conseguido establecer contacto con Pydyr, aunque el sistema de comunicaciones de Pydyr no estaba bloqueado. Los intentos de establecer contacto con Kueller en Almanía se habían encontrado con el silencio y una reproducción de su máscara esquelética.

-¿Leia? -Mon Mothma estaba en el umbral. Parecía haber envejecido, y los terribles dolores que había padecido cuando el embajador Furgan la envenenó habían dejado huellas indelebles en su rostro-. He venido lo más pronto posible.

Leia asintió, y durante un momento se sintió incapaz de hablar. De todos los amigos que tenía en Coruscant, sólo Mon Mothma podría entender el dilema al que se enfrentaba..., y a pesar de toda su sabiduría y sus grandes recursos, ni siquiera Mon Mothma podría comprender hasta qué punto la había afectado la destrucción de Auyemesh. Aquella terrible matanza había traído nuevamente a su memoria lo que había sentido cuando *Alderaan* fue destruido delante de sus ojos. Leia no había tenido tiempo para entregarse a esas emociones entonces, y tampoco lo tenía en aquel momento.

-¿Qué puedo hacer, niña?

Leia tragó saliva y se obligó a sonreír.

-De eso precisamente quería hablar contigo -dijo-. Necesito tu ayuda.

-Detendremos a ese loco antes de que ataque a tu familia -dijo Mon Mothma.

Leia tenía las manos frías y recubiertas de un sudor pegajoso, y se pasó las palmas por los pantalones para limpiárselas.

-Para empezar, quiero que escuches lo que tengo que decirte -dijo.

Mon Mothma asintió.

-Kueller se puso en contacto conmigo. No habló con el gobierno, sino directamente conmigo..., y me dijo que tiene prisionero a mi hermano.

-¿Hemos verificado sus afirmaciones? -preguntó Mon Mothma.

-Cuando habló por última vez con Yavin 4, Luke dijo que acababa de despegar de una pequeña luna llamada Telti. Dijo que iba hacia Almanía y que volvería a ponerse en contacto con ellos en cuanto hubiera llegado. Nadie ha vuelto a tener noticias suyas desde entonces.

Mon Mothma suspiró y dejó caer su elegante cuerpo en el sillón que había delante de la cómoda de Leia.

-Había albergado la esperanza de que Kueller estuviera intentando engañarnos.

-Quizá esté intentando, hacerlo -dijo Leia-. En vez de estar prisionero, Luke podría encontrarse muy cerca de él y suponer una amenaza para Kueller. Estamos demasiado lejos y no tenemos a nadie allí. No disponemos de ninguna forma de verificar sus afirmaciones.

Mon Mothma asintió.

-Tengo la impresión de que Kueller ha convertido todo esto en una especie de asunto personal -siguió diciendo Leia-. Si no se sale con la suya, Kueller destruirá a mi familia. Lo de amenazar a los súbditos de la Nueva República fue algo que se le ocurrió en el último momento.

-Ackbar me mostró una cinta de la transmisión holográfica -dijo Mon Mothma-, y estoy de acuerdo contigo.

Leia se sentó en el borde de la cama.

-Creo que Kueller ha recibido adiestramiento Jedi. Mon Mothma la miró, visiblemente sorprendida.

-¿Tienes alguna prueba de eso?

-Nada concreto -dijo Leia-. Pero ya se ha puesto en contacto conmigo anteriormente utilizando algunos de los métodos que Luke enseña a sus estudiantes. Ah, y también consiguió impedir que Luke y yo pudiéramos comunicarnos el uno con el otro.

-Un ysalamiri también sería capaz de ello -dijo Mon Mothma.

-Sí, al igual que alguien que conozca los secretos del lado oscuro. -Leia permitió que sus palabras quedaran suspendidas entre ellas durante un momento antes de seguir hablando-. Los archivos de Yavin 4 no contienen ningún dato sobre un estudiante de Alemania llamado Kueller. Pero Luke ha perdido a unos cuantos estudiantes. El adiestramiento Jedi es muy duro, y creo que cabe la posibilidad de que algunos de ellos se hayan vuelto hacia el lado oscuro.

-Sí, pero... ¿Por qué amenazarte?

Leia frunció el ceño. Tenía ciertas sospechas al respecto, pero resultaban difíciles de exponer con claridad.

-Luke y yo somos los Jedi más conocidos de la galaxia -dijo-. Luke ha conseguido que la orden de los Caballeros Jedi resurgiera de sus cenizas, y yo estoy educando nuevos Jedi. Luke ha demostrado una y otra vez que sus poderes son tan grandes que puede derrotar incluso a los mejores campeones del lado oscuro.

-Pero si Kueller os destruye, consigue dispersar a los Jedi y se convierte en el ser más poderoso de la galaxia.

-O eso es lo que piensa él que ocurrirá -dijo Leia.

-Parece una explicación bastante plausible.

-Sí. -Y Leia sonrió para sí misma-. Pero estoy bastante confusa, y puede que en realidad se trate de algo más simple. Kueller tal vez no entienda cómo funciona la Nueva República. Quizá piense que soy una autócrata y que mi palabra es ley, y en ese caso también podría pensar que amenazar a mi familia bastará para obligarme a hacer lo que quiere.

-No te conoce demasiado bien, ¿verdad? -dijo Mon Mothma en voz baja y suave-. Amenazar a tu familia siempre te ha hecho más fuerte.

Leia sintió un repentino escozor en los ojos y se los frotó. No quería simpatía..., o por lo menos todavía no. Más tarde, cuando tuviera tiempo para ello, quizá estaría dispuesta a aceptarla.

-En cualquier caso la solución es la misma -dijo, eligiendo no responder a las últimas palabras de Mon Mothma-. He de renunciar a la jefatura del Estado.

Mon Mothma juntó las manos sobre su regazo.

-No puedes hacer eso ahora, Leia. Mis fuentes en el Senado me han enviado algunos informes bastante inquietantes. A menos que hagas campaña, no conseguirás ganar la votación de falta de confianza. Quieren culpar a alguien de la explosión y les da igual quién sea ese alguien, así que acabarán culpando de lo ocurrido a Han..., lo cual quiere decir que te culparán a ti.

-He estado pensando en ello y no veo otra salida -dijo Leia. Se restregó las manos, una costumbre fruto del nerviosismo en la que no había recaído desde hacía años-. Si abandono la presidencia durante un tiempo... Bueno, entonces la votación queda anulada automáticamente, ¿verdad?

-Eh... Técnicamente hablando, la anulación sólo se producirá si presentas tu dimisión formal, Leia. Un abandono temporal del cargo permitiría que se celebrara la votación.

Leia asintió. Ya se lo había temido, pero no importaba. Lo único que le importaba en aquellos momentos era Luke y el proteger a sus hijos.

Y Han...

Por primera vez desde que se había convertido en líder de la Nueva República, Leia podría defender más eficazmente a su familia como ciudadana sin ningún cargo que como alta personalidad pública.

-Pues entonces dimitiré -dijo-. La votación no se celebrará, y Kueller ya no podrá utilizar a la Nueva República como excusa para atacar a mi familia.

-¿Y si en realidad su verdadero objetivo es la Nueva República? -preguntó Mon Mothma.

-Entonces lanzará nuevas amenazas y por fin sabremos qué es lo que quiere en realidad. Pero estoy casi segura de que no sabe gran cosa sobre los otros líderes de nuestro gobierno, y apostaría a que mi dimisión le dejará tan asustado que no sabrá qué hacer.

-Probablemente tengas razón.

Leia se lamió los labios y después se volvió hacia ella.

-Quiero que asumas la presidencia.

-Ya no ocupo ningún cargo público -dijo Mon Mothma.



-Tampoco lo ocupabas cuando creaste el Consejo Provisional -dijo Leia-. La única salida que tenemos prevista en una situación como ésta es la de celebrar elecciones, y acabamos de celebrar unas elecciones de emergencia. No necesitamos otras elecciones. Quiero que asumas la presidencia, Mon Mothma. Nadie se opondrá. Todos te respetan demasiado.

-Hace sólo unos cuantos días muchos habrían dicho exactamente lo mismo de ti.

Leia meneó la cabeza.

-La oposición a mi gobierno empezó a crecer cuando los imperiales fueron elegidos para el Senado. Por mucho que me duela, en realidad todo esto no me sorprende demasiado. Todo el mundo acaba perdiendo el poder más tarde o más temprano.

-Este nuevo Senado no tolerará ningún liderazgo que haya sido elegido de manera arbitraria.

-Probablemente no, pero tú puedes convencerles de que nos hallamos ante una auténtica crisis -dijo Leia-. Fija una fecha para las elecciones y di que sólo desempeñarás el cargo hasta entonces. Yo te entregaré las riendas del gobierno en una presentación formal registrada.

-¿Registrada, Leia? ¿Y por qué no celebrar una reunión especial mañana?

-Porque no tendré tiempo para ello -dijo Leia.

Mon Mothma inclinó su noble cabeza hacia un lado y la contempló en silencio durante unos momentos antes de hablar. -¿Qué estás planeando hacer, niña mía? Leia le sostuvo la mirada sin inmutarse. -Voy a reunirme con mi hermano.

\* \* \*

Salto 6 era como una gigantesca poza de barro burbujeante suspendida en el vacío en el centro del cinturón de asteroides. La parte superior producía un continuo rezumar de líquido viscoso que se iba esparciendo sobre la superficie, dejando un reguero de partículas en su trayectoria a través del espacio. Posar el *Halcón* allí habría sido imposible, pero Han no había utilizado el *Halcón*. En vez de usar su nave, había apelado a la conciencia de Esbelta Ana Azul (o a lo que quedaba de ella) y había conseguido que les permitiera emplear su vehículo de salto.

Los contrabandistas que pasaban mucho tiempo dentro del Pasillo construían naves que resultaban ideales para el cinturón de asteroides. Aquellas naves eran vehículos pequeños y esbeltos que no podían transportar mucha carga, pero que ayudaban a los contrabandistas a ir de un sitio a otro. Podían posarse sobre cualquier superficie, el barro incluido, y podían despegar en prácticamente cualquier circunstancia, incluso entre las continuas tormentas de rocas gíatorias que azotaban los alrededores de Salto 52.

La nave de Azul había sido especialmente modificada para adaptarla a sus necesidades personales. Su compartimiento de carga era más grande de lo habitual, y la sección de camarotes también era más espaciosa. Aun así, seguía pareciendo un deslizador de superficie en comparación con el *Halcón*. Chewie tenía que ir prácticamente doblado sólo para poder subir a bordo.

Todos iban bastante apretados. Han se había traído consigo a Zeen, el Chico, Wynni y Chewie. Azul había ido con ellos porque, según dijo, no quería dejar abandonado a Lando en manos de los malditos reks. Han había tenido que ponerse muy persuasivo con Zeen y el Chico (la persuasión había incluido desenfundar su desintegrador) para recordarles lo mucho que le debían a Lando. (La deuda incluía todo el mobiliario nuevo de sus compartimentos personales. Lando siempre tendría tiempo de devolver el *Dama Suerte* a su estado anterior cuando consiguiera volver de su cita con Nandreeson..., suponiendo que consiguiera volver de ella.) Wynni había venido porque Chewie formaba parte de la expedición. Chewbacca había protestado enérgicamente, pero Han le había advertido de que tendría que aguantarse. Rescatar a Lando estaba por encima de todo, y resolver el problema que suponía un romance no deseado quedaba en segundo lugar.

Aun así, mientras se veía apretujado contra la rugosa pared metálica del saltador de Azul, Han se preguntó si había tomado la decisión correcta. Apenas podía respirar a través de las dos capas de pelaje wookiee que había delante de él, y no podía ver nada porque la espalda de Wynni llenaba prácticamente todo su campo visual. Los camarotes, que ocupaban un espacio algo más reducido que la proa del *Halcón*, apestaban a humanos sudorosos y wookies nerviosos. El calor era intolerable.

Azul había posado el saltador sobre el pantano de barro con mucha delicadeza, aunque en realidad habría dado igual que lo hubiera dejado caer sobre él. Estaban tan apretujados que sólo una explosión

habría sido capaz de liberarles. Para empeorar todavía más la situación, Azul tuvo que estar forcejeando durante un buen rato antes de que pudiera abrir la puerta de la sección de tripulantes.

Zeen y el Chico salieron tambaleándose, pero Wynni estaba reteniendo a Chewbacca. El wookiee intentaba quitársela de encima.

-Quizá sería preferible que esperaras a tener un poco más de intimidad, Wynni -dijo Han en el tono más seco de que fue capaz.

El pelaje de Wynni se erizó al instante en la versión wookiee de un intenso sonrojo. Después se apresuró a soltar el brazo de Chewie y salió corriendo del camarote, moviéndose todo lo deprisa que podía llegar a hacerlo una wookiee que tenía que andar medio doblada.

Wynni le lanzó un rugido y Han se encogió de hombros.

-No estoy intentando poner obstáculos en el camino del amor, Wynni -dijo-. Pero Chewie ya tiene una compañera, y lo único que quiero es sacar a Lando de aquí mientras todavía está entero.

Wynni, no muy convencida, respondió con un gruñido quejumbroso que ponía en duda su sinceridad. Han la ignoró. Wynni y Lando nunca se habían llevado demasiado bien, pero la wookiee era una auténtica artista con el arco de energía, y los arcos de energía parecían surtir un efecto maravilloso sobre los glottalfigs.

Han ya había estado allí en una ocasión, durante un encuentro con Nandreeson que había hecho todo lo posible para olvidar. Aquello había ocurrido antes de la Rebelión, e incluso antes de que conociera a Chewie. Mientras él y Azul examinaban un mapa de Salto 6, Han enseguida comprendió que el asteroide no había cambiado en lo más mínimo.

Había túneles que llevaban hasta la guarida de Nandreeson, pero estarían vigilados. Aparte de esos túneles, la única manera de llegar hasta allí era a través de las pendientes de barro. Chewie ya había expresado con toda claridad su reluctancia a utilizar aquel acceso: el pelaje de los wookies quedaría recubierto de barro, y eso limitaría severamente sus movimientos cuando el barro se secara. Wynni había traído trajes especiales para los dos, pero no permitiría que Chewie se pusiera el suyo hasta que hubiera accedido a permitir que le ayudara a quitárselo después. Chewie se había vuelto hacia Han y le había lanzado una auténtica mirada de animalillo atrapado. Han había sonreído, y Chewie le había soltado un gruñido. Pero había acabado resignándose.

Después Han había prometido que ayudaría a Chewie a encontrar alguna forma de evitar que tuviera que cumplir con su parte del acuerdo, aunque todavía no estaba muy seguro de cómo se las arreglaría para conseguirlo.

Los wookies estaban poniéndose los trajes en el compartimiento de carga. Han deseó tener un traje para él. Fue hasta la puerta. El resto de la tripulación ya estaba allí, contemplando el agujero que conducía a la pendiente de barro. Masas de espeso fango caliente burbujaban alrededor de la abertura, y grandes chorros de vapor brotaban de toda la circunferencia.

-¿Y quieres que nos metamos ahí? -preguntó Zeen. -¿Prefieres enfrentarte a los reks? -preguntó Han a su vez. -Preferiría esperarte aquí.

-No tenemos ninguna garantía de que Calrissian haya sobrevivido -dijo el Chico.

-Lando ha conseguido que Nandreeson echara fuego por la boca durante años -dijo Han-, y estoy seguro de que ahora Nandreeson no se conformará con una muerte rápida y limpia.

-Han tiene razón -dijo Azul-. Lando no lleva tanto tiempo prisionero. Sigue vivo. Puede que se encuentre en bastante mal estado, pero podemos tener la seguridad de que sigue vivo.

-Si hacemos esto, nunca podremos volver a pisar el mismo suelo que Nandreeson -dijo Zeen.

-¿Y eso supone un problema para ti? -preguntó Han.

-No quiero que ese carnicero cubierto de escamas ponga precio a mi cabeza -dijo Zeen.

-Si decide poner precio a la cabeza de alguien será a la de nuestra querida Esbelta Ana Azul -dijo el Chico con afable dulzura-. Después de todo, es su nave la que nos ha traído hasta este barrizal.

-Muchas gracias -dijo Azul-. Eso significa que Han y yo vamos a bajar, y que será mejor para vosotros que nos acompañéis. Vuestra vida sería espantosamente triste sin mí.

-No cabe duda de que resultaría mucho menos interesante -dijo Zeen.

-Y probablemente mucho menos peligrosa -dijo el Chico.

Chewie lanzó un rugido de indignación desde el hangar de carga. Dos enormes manazas peludas se agarraron al reborde de la compuerta y tiraron de ella hasta hacer aparecer a Chewie. El wookiee parecía un bebé gigante envuelto en las ropas de presentación de la ceremonia del nombre que Leia había insistido en usar para los niños, con la única diferencia de que su atuendo era plateado y carecía de encajes. El pelaje

de Chewie estaba peinado hacia atrás y quedaba escondido por la capucha del traje. Los cordones elásticos que cerraban el traje por el cuello, las muñecas y los tobillos estaban tan apretados que Han sonrió.

-Si llenara de helio ese traje, ¿te convertirías en un globo wookie gigante? -preguntó.

Chewie rugió. La mera proximidad de Wynni bastaba para ponerle de muy mal humor, y las bromas de Han no ayudaban a mejorar su estado de ánimo.

-Estás realmente encantador, Chewbacca -dijo Azul-. Aunque...

Bueno, ¿no crees que se te ha ido un poco la mano?

Chewie volvió a gruñir y se llevó una mano a la capucha.

-No -dijo Han-. Me da igual cuáles sean las indignidades que debas soportar, pero no vas a quitarte esa cosa. Y ahora ponte la máscara, ¿de acuerdo?

Chewie meneó la cabeza.

-Ponte la máscara, Chewie. Supongo que quieres estar en condiciones de ver algo, ¿verdad?

Chewie gruñó.

Han alzó las manos en un gesto entre protector y de sumisión.

-De acuerdo, de acuerdo -dijo después-. No tienes por qué tomártelo tan a la tremenda. Es tu pelaje, y tienes derecho a decidir por tu cuenta.

-El arco de energía está envuelto, tal y como pediste -dijo Zeen, entregándole el arma-. También tengo el de Wynni. ¿Dónde está?

La wookie respondió con un gruñido desde abajo. Han reprimió una sonrisa. -¿Qué le has hecho, Chewie?

Chewie se encogió de hombros, cogió su arco de energía y se lo colgó del hombro. El arma estaba protegida, pero la tira había quedado sin envolver.

Azul pasó junto a él y echó un vistazo al hangar de carga.

-¡Chewbacca! -gritó un instante después-. Esto no tiene ninguna gracia. Desátala.

Chewie se volvió hacia Han y le lanzó una mirada llena de consternación.

-La necesitamos, amigo -dijo Han-. Lo siento.

Chewie presionó un botón medio oculto junto a la puerta del hangar.

El suelo empezó a subir lentamente, revelando un paquete rosado de hembra wookie que tenía la máscara facial vuelta hacia abajo, los brazos curvados alrededor del pecho en una parodia de abrazo y las muñecas atadas a la espalda. Las piernas de Wynni estaban cruzadas, y tenía los tobillos atados.

La wookie estaba maldiciendo enérgicamente, hinchando la máscara con cada exhalación de aire y empleando unos juramentos bastante más fuertes que los peores que Chewbacca hubiera llegado a utilizar jamás incluso en las peores circunstancias imaginables.

Azul se puso detrás de Wynni para desatarla.

-¡Espera! -exclamó Han.

Se inclinó sobre Wynni y le quitó la máscara. Los ojos azules de la wookie estaban entrecerrados, y un instante después empezó a maldecir a Han, sus antepasados, su esposa, sus hijos y su nave.

-Eh, ten más cuidado con lo que dices -la interrumpió Han-. Nadie habla de esa manera del *Halcón* delante de mí.

Wynni respondió con un gruñido gutural, y Azul la empujó.

-Si quieres salir de este lío será mejor que mantengas la boca cerrada.

-Promete que no intentarás hacerle nada a Chewie y te desataremos -dijo Han.

El hocico de Wynni permaneció firmemente cerrado. -Promételo -siseó Azul.

Wynni acabó asintiendo con la cabeza.

-Promete que no le harás nada a Wynni, Chewie -dijo Han. Chewbacca dejó escapar un prolongado aullido. -Promételo -repitió Han.

Chewie se cruzó de brazos, tensando la tela encima de sus hombros, y soltó un gruñido.

-Bien, todo arreglado -dijo Han-. Desátala, Azul.

Azul deshizo los nudos y los brazos de Wynni cayeron hacia el suelo. Sus peludas manos emergieron de las mangas..., y la wookie se lanzó sobre Chewbacca. Chewbacca retrocedió, y Wynni tropezó y cayó. Han y Azul lograron cogerla al vuelo antes de que llegara a chocar con el suelo.

Wynni pesaba bastante. Han se tambaleó debajo de su peso. La wookie rugía, gruñía y trataba de lanzar mordiscos al aire.

-Discúlpate, Chewie.

Chewbacca meneó la cabeza.

Wynni lanzó un zarpazo contra la pierna de Han, falló e hizo un nuevo intento.

-¡Discúlpate, maldita sea! Me va a matar.

Chewie gimió una disculpa.

Wynni se quedó quieta, y luego utilizó a Han y Azul como puntos de apoyo para incorporarse. Después soltó un gruñido, y Zeen se inclinó para desatarle los pies.

-Creo que deberíamos dejar a los wookies aquí -dijo el Chico. Chewie respondió con un seco chillido.

-Pues yo creo que eso sería muy mala idea -dijo Han mientras se estiraba. Wynni era fuerte, quizá incluso más que Chewie-. Creo que los dos deberíais resolver vuestras diferencias cuando volvamos a Salto 1, pero hasta entonces tendremos una tregua. ¿Ha quedado claro?

Chewie asintió y Wynni le fulminó con la mirada. Su capucha rosada había quedado torcida durante el forcejeo, y el pelaje le colgaba sobre los ojos. La wookie se lo apartó de un manotazo.

-¿Ha quedado claro, Wynni?

Wynni asintió.

-Estupendo -dijo Han-. Esperemos que esta pequeña diversión no haya dado tiempo a los reks de llegar hasta aquí.

-¿Crees que Nandreeson sabe que estamos aquí? -preguntó Zeen.

-¿Crees que alguien puede estornudar en este Salto sin que Nandreeson se entere? -preguntó Han a su vez.

-Tienes razón -dijo Zeen, entregándole su arco de energía a Wynni-. Bueno, vamos allá.

-Alguien tiene que estar al frente de esta operación de rescate -dijo Han.

j-Tú eres el único con experiencia militar, general -dijo Azul-. La jefatura es toda tuya.

Han se sintió considerablemente aliviado. Chewie y Wynni acababan de representar su peor pesadilla justo delante de él. Lo último que quería era que los dos wookies se sumergiesen en aquel barrizal para empezar a pelear entre ellos.

-De acuerdo -dijo-. Al fango, chicos y chicas.

-Siempre nos llevas a unos sitios muy interesantes -dijo Azul mientras se tapaba la nariz con una mano y saltaba por la puerta del vehículo.

Han vio cómo caía en el centro de la hoya de barro, se iba deslizando hacia abajo y acababa esfumándose, con su larga cabellera desapareciendo en último lugar.

-Mi gran sueño por fin se convierte en realidad -dijo Zeen-. Primero nos rebozamos en barro, y luego nos enfrentamos a Nandreeson. Y todo por Calrissian, que es el gran amor de mi vida... La próxima vez procura traer a tus amigos del gobierno, Solo.

Zeen saltó y aterrizó en el borde del agujero. Después perdió el equilibrio y resbaló, y acabó cayendo de espaldas por la abertura.

El Chico se disponía a ocupar su lugar en la puerta, pero Wynni le apartó de un empujón y saltó sin decir nada. La wookie aterrizó con tanta violencia que esparció una pequeña lluvia de barro sobre el vehículo, y Han recibió unas cuantas salpicaduras en la cara. El barro estaba más caliente de lo que esperaba, y desprendía un tenue olor a huevos podridos. Han se limpió la cara con el dorso del brazo.

-¿Quieres ser el siguiente, Chewie? -preguntó con dulzura.

Chewie respondió con un chillido quejumbroso.

-Yo seré el siguiente -dijo el Chico, saltando y desapareciendo por el agujero tan rápidamente como si se estuviera deslizando por un tobogán engrasado.

-No quiero quedar atrapado entre dos wookies, amigo, así que ahora te toca a ti -dijo Han.

Chewie gruñó.

Han meneó la cabeza.

-Yo saltaré el último, Chewie -insistió-. Es mejor así. Puedo enfrentarme a cualquier problema que llegue a surgir en la superficie. Si no consigo salir de ese barrizal, entonces vosotros podréis rescatar a Lando.

Chewie soltó un resoplido, se llevó una mano a la nariz y se la pellizcó con dos dedos peludos. Han no hubiera sabido explicar por qué, pero le pareció que el gesto no resultaba tan elegante como cuando se lo había visto hacer a Azul. El wookie cerró los ojos, dio un paso hacia adelante, perdió el equilibrio y cayó de bruces sobre el barro. La salpicadura dejó empapado a Han, e hizo que Chewie lanzara un rugido de sorpresa. El wookie se tambaleó, intentó levantarse y desapareció por el agujero.

Han se volvió a limpiar la cara, dejó los controles de la puerta en automático tal como le había enseñado a hacer Azul y saltó.

El barro estaba caliente y muy pegajoso. Han quedó recubierto al instante, pero eso no impidió que siguiera deslizándose por la pendiente. Había aire en el tubo -pantanoso, rancio y maloliente, pero aire al fin y al cabo- que Han podría continuar respirando mientras su boca y su nariz siguieran estando limpias. Han dio vueltas y más vueltas, adentrándose en la poza de barro con un movimiento curiosamente parecido al de un sacacorchos. La luz que había estado llegando hasta él desde arriba acabó desapareciendo, y Han se encontró sumido en la más completa oscuridad, rodeado de fango apestoso por todas partes mientras seguía resbalando hacia el fondo en un descenso cada vez más y más vertiginoso.

Quizá había cometido un error. Quizá aquellos tubos eran más largos de lo que creía. Quizá se estrechaban y todos sus amigos habían quedado atrapados en el centro del pasadizo, amontonados los unos encima de los otros, y se estaban asfixiando.

Han tuvo una horrible visión de Chewie y Wynn timer intercambiando puñetazos mientras se quedaban sin oxígeno, y matando a Zeen y al Chico durante el proceso. Azul, naturalmente, habría quedado aplastada casi en el primer instante.

Y un segundo después emergió del tubo entre una violenta erupción de barro, se precipitó a través de una atmósfera relativamente limpia y cayó, con la cara por delante, dentro del agua más sucia que había visto jamás. Han se hundió tan deprisa como si fuera un bote y alguien le hubiera agujereado el fondo, pero consiguió no cerrar los ojos. Los sedimentos se arremolinaron a su alrededor. Han vio sedimentos, algas..., y una larga cabellera negra.

Azul seguía sumergida porque su pie había quedado atrapado en un agujero. Tenía los ojos muy abiertos y las mejillas hinchadas por la presión del aire, pero todavía no se había dejado dominar por el pánico. Sus manos tiraban de las hebras de vegetación que se aferraban a su tobillo.

Han sacó la pequeña hoja vibratoria de su bota y se sumergió junto a ella, rozándole el brazo mientras descendía para tranquilizarla. Cortó las algas y hierbajos y después tiró de su pie. Azul dejó escapar un poco de aire que los dejó rodeados de burbujas..., y después sucumbió al pánico y utilizó la espalda de Han como punto de apoyo para impulsarse hacia la superficie.

La fuerza de su empujón hizo que el brazo de Han se viera lanzado hacia el agujero que había atrapado el pie de Azul. El calor le aguijoneó la piel, pero su brazo no había quedado atascado. Han logró liberarse y se impulsó hacia la superficie con un par de potentes patadas, sintiendo que le iban a estallar los pulmones de un momento a otro.

Se apresuró a tragar una gran bocanada de aire. Estaba caliente y húmedo, y le pareció delicioso. Pero por mucho que boqueara, Han no parecía capaz de tragar el aire suficiente. Aquella atmósfera era muy tenue.

-Un sitio precioso, Solo -dijo Zeen.

Se estaba manteniendo a flote junto al Chico, cuya calva cabeza había quedado recubierta de algas verdes.

-Sí -dijo el Chico-, pero tendrías que habernos advertido de que íbamos a nadar.

El aire del traje de Chewie le mantenía a flote. Al parecer el de Wynn timer había quedado agujereado, pero los dos wookies se habían quitado las capuchas.

Los wookies siempre parecen más pequeños cuando están mojados.

Han notó que sus labios empezaban a formar una sonrisa, pero Chewie enseguida se encargó de hacerla desaparecer con un gruñido.

-¿Dónde está Azul? -preguntó.

-Aquí, hijo de un gusano de basurero. -Azul se debatía furiosamente en el agua para mantenerse a flote. Si continuaba moviéndose tan deprisa no tardaría en perder todo el aire-. He estado a punto de morir ahí abajo.

-Ah, Azul... Estoy seguro de que eres capaz de salir de cualquier apuro.

-Y habría muerto por una auténtica estupidez, claro. -La contrabandista fue escupiendo agua mientras hablaba. Sus negros cabellos se agitaban alrededor de su rostro, y su meticuloso maquillaje había quedado totalmente destrozado. Parecía varios años más joven. Sólo sus dientes azules recordaban a la Esbelta Ana Azul de siempre-. No voy a sacar ni un solo crédito de esta excursión. Los matones de Nandreeson probablemente estarán desmantelando mi vehículo en este mismo instante. Ah, y además parece que no hay forma de salir de este hermoso estanque rocoso... ¿Te has dado cuenta de ello, Solo?

Han miró a su alrededor. El estanque llegaba hasta las paredes de la caverna, pero vio muchos rastros de la presencia de los glottalfibs. Las señales estaban por todas partes, e iban desde las algas hasta los nenúfares pasando por los mosquitos.

-Tiene que haber alguna forma de salir de aquí.

Han nadó hacia adelante, contorneó una pared rocosa y se encontró en una caverna todavía más grande. Había seis glottalfibs sentados sobre la cornisa de rocas que rodeaba el estanque, y otro glottalfib -Nandreeson- sumergido hasta la cintura en el agua.

Lando estaba en el centro del estanque, y su cabeza apenas si asomaba por encima del agua. Su rostro había adquirido un color grisáceo a causa del agotamiento, tenía sombras muy oscuras debajo de los ojos y se movía despacio y con visible dificultad. Aun así, consiguió arreglárselas para obsequiar a Han con su famosa e inimitable sonrisa Calrissian.

-Menudo rescate, Han -dijo.

-Nunca deberías criticar a la gente que te está haciendo un favor -dijo Han.

Chewie fue hacia ellos, seguido por Wynni. El olor a wookiee mojado era tan fuerte que se impuso a todos los demás olores.

-Ah, Solo -dijo Nandreeson-. Estaba dispuesto a renunciar a tu captura. Tenía a Calrissian, y me conformaba con eso. Pero dado que estás aquí...

Nandreeson movió una mano minúscula y los seis glottalfibs lanzaron otros tantos chorros de llamas hacia las aguas.

Han se sumergió y vio arder las algas sobre la superficie del agua. Aún no había conseguido normalizar su respiración. Al parecer Chewie no se había sumergido, y un instante después Han vio cómo apagaba las llamas con sus frenéticos chapoteos.

Han salió a la superficie.

-La próxima vez que quieras venir a visitarme quizá deberías avisar de antemano -dijo Lando-. Así podríamos prepararte una fiesta de bienvenida.

-Basta de sarcasmos, amigo -dijo Han-. Por suerte me enteré de que estabas aquí.

-Ah, ¿sí? -replicó Lando-. ¿Por suerte para quién?

-Para mí, por supuesto -dijo Nandreeson-. Ahora tengo en mis manos a Calrissian, mi vieja némesis, y a su amigo Han Solo. Matarte hará que mi nombre sea todavía más temido y respetado, Solo. El consorte de la princesa...

-Su esposo, maldición, su esposo -masculló Han.

-Ahora toda la galaxia sabrá de qué soy capaz.

-¿Qué está pasando aquí? -preguntó Han-. ¿Está jugando al hockey acuático y tú eres el disco?

-Te has aproximado bastante, chico, pero no se trata exactamente de eso -dijo Lando-. Nandreeson quiere ver cómo me ahogo.

-Oh, qué final tan bonito -dijo Han-. Quizá le falte un poco de sentido del drama, pero veo que lo compensa con una gran dosis de creatividad.

-No lo creas -dijo Lando-. Nandreeson es un glottalfib. Toda su vida gira alrededor del agua, por lo que resulta lógico que lo primero que le ha venido a la cabeza fuera el ahogarme.

-No tengo por qué perder el tiempo escuchando vuestras estupideces -dijo Nandreeson.

-Y además posee el encanto añadido de que no hay escapatoria posible -siguió diciendo Lando.

-Siempre hay alguna manera de escapar -dijo Han-. Veo que hay unos peldaños al lado de Nandreeson.

-Exacto -dijo Lando-, y si pudiéramos llegar hasta ellos nos permitirían escapar. Pero esos amiguitos suyos que echan fuego por la boca insisten en impedir que me acerque a los peldaños.

-Si te hubieras tomado la molestia de examinar el problema desde todos los ángulos posibles ya habrías encontrado una solución -dijo Han.

-¿Y tú sí la has encontrado, Solo? -Nandreeson se inclinó hacia adelante, removiendo el agua a su alrededor-. Acabas de llegar y crees que ya me conoces lo suficientemente bien para poder vencerme, ¿eh?

-No hay gran cosa que conocer, Nandreeson -replicó Han-. Eres codicioso y rapaz, y eres bastante estúpido. Si fueras la mitad de listo que Jabba el Hutt, a estas alturas ya controlarías todo el Pasillo.

-Y lo controlo -dijo Nandreeson.

Han meneó la cabeza.

-Ni lo sueñes. Si realmente fueras el amo y señor del Pasillo, ¿cómo podría habérmelas arreglado para reclutar un equipo?

-No has reclutado ningún equipo.

Zeen acababa de cogerle del brazo. Han se volvió hacia él y se encontró con el cañón del desintegrador de Zeen delante de su nariz. El Chico estaba apuntando a Chewie, y Wynni había empuñado su arco de energía y estaba preparada para utilizarlo.

-Oh, qué gran rescate -dijo Lando-. Es un rescate realmente magnífico, de veras. De hecho, es el mejor rescate que he tenido ocasión de presenciar en toda mi vida.

-Ya te advertí de que estabas abusando del sarcasmo -dijo Han mientras miraba a Chewie, que parecía sentirse tan perplejo y aturdido como él.

-¿Sabes una cosa, Solo? Tienes razón -dijo Nandreeson-. El método del ahogamiento es muy poco original, y ya estoy harto de ver cómo un miserable humano agoniza lentamente. Vamos a acelerar un poco las cosas.

Han levantó las manos.

-No te lo tomes así, Nandreeson. Te aseguro que...

Y después tuvo que sumergirse a toda prisa para esquivar los primeros disparos.

## Treinta y dos



Luke no consiguió encontrar un tanque bacta, pero había logrado encontrar algo mejor: una barra curativa pydyriana. Había olvidado que Pydyr era el sitio donde se inventó la barra curativa, que había sido usada durante mucho tiempo por toda la galaxia antes de la invención del tanque bacta y que algunos consideraban era mucho más eficiente que dicho tanque.

Encontró la suya en el piso de arriba de la casa que había elegido como refugio. La barra curativa era un delgado cilindro de color blanco. Cuando se la frotaba contra una superficie, dejaba un residuo blanco. El ordenador le había asegurado que el residuo poseía propiedades curativas. Lo que Luke estaba descubriendo mientras lo aplicaba cautelosamente sobre su espalda llena de heridas era que poseía propiedades anestésicas, ya que el dolor de las quemaduras casi había desaparecido del todo.

Si pudiera reparar su mano... Había quitado la mayor parte de la piel artificial, pero las partes móviles de metal le recordaban, de una manera un poco excesivamente dolorosa, el precio que había tenido que pagar para convertirse en un Jedi.

Ya casi había terminado de aplicar el residuo de la barra curativa cuando sintió una perturbación en la Fuerza. Una presencia familiar se encontraba cerca de él. Era la misma presencia que había percibido en Telti, la que le había obsesionado cuando entró en el espacio almaniano y que le había llevado desde Coruscant hasta allí, en aquel rincón desolado de la nada.

Y era uno de sus estudiantes. Luke ya estaba totalmente seguro de ello. Luke se enorgullecía de su capacidad de recordar a todos sus estudiantes, pero la identidad de aquél continuaba escapándosele. Si hubiera tenido que ser sincero consigo mismo, Luke habría tenido que confesar que se acordaba de todos los estudiantes que habían completado su adiestramiento. Los estudiantes que abandonaron la Academia Jedi se habían convertido en rostros y en un recuerdo, y Leia ya le había advertido de que algún día quedarían convertidos en un mero dato estadístico.

Luke dejó la barra curativa en un estante y volvió a ponerse la camisa. Su espada de luz no se había separado de él ni un solo instante. Se miró en el espejo y vio que su espalda estaba cubierta de residuo blanco. La sustancia parecía hervir. El ordenador le había informado de que debía descansar todo lo posible si quería que la barra curativa surtiera efecto. Luke esperaba que tendría ocasión de seguir sus instrucciones.

Bajó la escalera cojeando y moviéndose muy despacio. La caída le había dejado el cuerpo rígido y envarado, y sus músculos lanzaban silenciosos alaridos de dolor. Los creadores de neblina habían debilitado todo su organismo, y las quemaduras y la colisión le habían dejado todavía más debilitado. Luke pensó que podría considerarse muy afortunado si conservaba un diez por ciento de su fortaleza habitual.

«El tamaño no importa», le había dicho Yoda.

Luke esperaba que esa máxima también pudiera aplicarse a la fuerza física.

La presencia se había aproximado, y estaba impregnada por la negra aureola del lado oscuro. Luke podía sentir sus ondulaciones, y percibió un poder que no había captado en-ningún ser vivo desde su encuentro

con el Emperador. Estaba totalmente seguro de que nunca había tenido un estudiante tan poderoso. Fuera quien fuese aquella criatura, había adquirido su enorme poder después de abandonar la Academia Jedi.

Y era tan poderosa que un hombre como Brakiss, que había poseído un talento tan grande para el uso de la Fuerza que el Imperio se lo había llevado, siendo tan sólo un bebé, para adiestrarlo en los misterios del lado oscuro, le tenía pánico.

En una ocasión Leia le había preguntado qué sentía cuando se encontraba cerca de alguien que se había adentrado en las tinieblas del lado oscuro. Por aquel entonces Luke todavía era un joven Jedi y no había recibido el adiestramiento suficiente para comprender aquellas sensaciones. Sólo más tarde, y a medida que iba desarrollando sus poderes, había podido entenderlas..., y aun así descubrió que seguía siendo incapaz de explicar lo que sentía.

Pero por fin podía hacerlo.

Era como si un tornado hubiera surgido de la nada para acabar con un día muy hermoso, como si una ráfaga de aire helado hubiera empezado a soplar dentro de una habitación agradablemente caldeada..., o como si un ser amado acabara de morir.

Luke fue siguiendo el rastro de las sensaciones, y notó cómo se iban intensificando a medida que se aproximaba a su origen. Tensó los dedos alrededor de su bastón, salió cojeando de la casa a la claridad del sol pyrdiano, y se detuvo junto a la arcada.

Vio a un hombre inmóvil en el centro de la calle. Era más alto que Luke -muchas personas eran más altas que Luke-, y llevaba una larga capa negra, relucientes botas militares y una armadura corporal que recordaba un poco a las del Imperio. Sólo su rostro era distinto. Aquel hombre llevaba una máscara de la muerte de Hendanyn. Luke sólo las había visto en museos, y nunca encima de un rostro. La máscara se amoldaba a la piel. Los habitantes de Hendanyn empezaban a llevar la máscara cuando se aproximaban a la ancianidad, en parte para ocultar el envejecimiento y en parte para que fuera almacenando recuerdos antes de la muerte. La información acumulada en la máscara podía ser extraída después de la muerte. Las máscaras de Hendanyn que Luke había visto nunca habían sido utilizadas.

Aquella máscara se había amoldado al rostro del hombre. Los pómulos estaban muy marcados, los ojos eran dos charcos de negrura vacía y los labios formaban una delgada línea llena de tensa dureza. La máscara era blanca con realces negros, y las comisuras de sus ojos estaban adornadas con gemas minúsculas. Si la memoria de Luke no le engañaba, los chips que iban absorbiendo la personalidad del portador estaban ocultos detrás de las gemas.

-¿Sigues sin reconocerme, Maestro Skywalker?

La voz poseía una profundidad y una resonancia que no le resultaban familiares. Pero las inflexiones sí eran familiares. Estaba oyendo una voz de adulto, y Luke había llegado a conocer muy bien aquella voz cuando su dueño aún era joven y la voz todavía no había alcanzado todo su potencial.

-¿Dolph? -exclamó, intentando hablar con toda la convicción de que era capaz.

La boca de la máscara de la muerte se cerró. Luke percibió la sorpresa que se había adueñado del hombre que tenía delante. Dolph había estado totalmente seguro de que no sería reconocido.

-Eres más hábil de lo que creía -dijo Dolph, y su poderosa voz llenó la calle. Un viento reseco hizo que su capa ondulara detrás de él-. Ahora me llamo Kueller.

Todo dependía de lo que Luke hiciera durante los próximos momentos. Dolph había sido un estudiante de muchísimo talento que siempre había llevado una negra nube de oscuridad dentro de él. Aquella oscuridad no era inusual, desde luego. Todos los estudiantes de Luke habían tenido que enfrentarse a su parte tenebrosa. La mayoría habían salido vencedores de esa batalla, pero Dolph no había permanecido en la academia el tiempo suficiente para desarrollar el talento o rechazar a la oscuridad. Se había marchado la misma noche en que recibió una transmisión urgente enviada desde su hogar.

-Te fuiste antes de que pudiera expresarte mi condolencia por la muerte de tu familia -dijo Luke.

Dolph -Luke todavía no estaba dispuesto a pensar en él como Kueller-sonrió. La máscara de la muerte se movió con un realismo asombroso.

-Gracias, Maestro Skywalker -dijo.

Después la sonrisa se esfumó tan rápidamente como había aparecido. El efecto resultó impresionante. La máscara de la muerte parecía encerrar un terror tan primitivo como poderoso. La repentina pérdida de la sonrisa casi hizo que Luke diera un paso hacia atrás, y habría bastado para hacer retroceder a cualquier otro hombre.

-Pero tus condolencias son falsas y además llegan demasiado tarde -siguió diciendo Dolph-. Los je'hars asesinaron brutalmente a mi familia. Tardaron mucho tiempo en morir. Mis padres fueron empalados en el



puede que llevaba hasta el palacio de los je'hars, y después los dejaron allí para que el calor fuera pudriendo sus cuerpos. Tardaron una semana entera en morir... No me enteré de ello hasta más tarde, pero los je'hars dejaron los cuerpos allí para que los encontrara. Ah, te aseguro que es mejor que no sepas lo que se siente al ver los esqueletos quemados y los huesos medio partidos de las personas que te criaron, al contemplarlos mientras que de ellos brota un hedor que jamás debería llegar a surgir de ningún ser vivo... No sabes qué efecto tiene eso sobre un hombre.

El recuerdo del tío Owen y la tía Beru tal como los había visto por última vez acudió a la mente de Luke. Sus cuerpos estaban tan quemados que eran irreconocibles, y todavía humeaban. Lo único que le consoló durante los años siguientes fue que habían muerto el uno al lado del otro, tal como habían vivido.

-No -dijo Luke-. Supongo que no sé qué efecto tiene eso sobre un hombre.

Pero sí sabía cómo le había afectado a él. Le había obligado a crecer de golpe en un solo instante, y le había obligado a combatir el mal que había causado la muerte de su familia.

Eso no le había convertido en un monstruo. Luke comprendía el dolor de Dolph, pero no la forma en que había reaccionado ante él.

-Cuando volví a casa -siguió diciendo Dolph como si Luke no hubiera abierto la boca-, enterré a mi familia y juré que me vengaría de los je'hars. Me vengué de ellos sin tu ayuda, Skywalker, y ahora soy más fuerte.... Y llegaré a ser más fuerte que tú. -¿Tan importante es eso para ti? -preguntó Luke.

Se estaba apoyando en su bastón con más fuerza de lo que hubiera necesitado en realidad. Quería que Dolph pensara que se encontraba más débil de lo que realmente estaba.

-Por supuesto que sí -dijo Dolph-. Vuestro gobierno no encontró nada reprochable en las acciones de los je'hars. Tu hermana inició relaciones comerciales con ellos, y los trató como si fueran un gobierno legítimo en vez de los terroristas que eran. Fue necesario que yo viniera aquí y que actuara, primero por mi cuenta y luego junto con mi gente, para que los je'hars quedaran revelados como lo que eran en realidad.

-¿Y qué eran en realidad? -preguntó Luke.

-Monstruos -susurró Dolph-. Eran monstruos, Skywalker..., pero tú nunca podrás entender eso.

-No -dijo Luke-. No puedo entenderlo. -Dio unos cuantos pasos más hacia Dolph. La capa de Dolph aleteó bajo la caricia de la brisa, revelando la espada de luz que colgaba de su costado-. ¿Y qué diferencia hay entre los je'hars y tú, Dolph?

La boca de la máscara de la muerte se frunció de repente, haciendo que el rostro esquelético quedara casi rígido.

-¿Te divierten los acertijos, Skywalker? ¿O dices esas cosas únicamente para ganar tiempo?

-Te he hecho esa pregunta porque estoy sinceramente interesado en saber qué respuesta puedes darme -dijo Luke-. Has destruido a todos los seres vivos de este planeta. Sospecho que durante el tiempo que he estado aquí has destruido otro planeta. Los je'hars asesinaron a quienes no estaban de acuerdo con su política en Almania. Para mí un asesinato siempre es un asesinato, Dolph. ¿Y para ti?

La máscara de la muerte se estremeció, y durante un fugaz instante casi pareció estar separándose de la cara que ocultaba.

-Me llamo Kueller.

-Te llamas Dolph -dijo Luke-, y sólo hablaré con Dolph. El Dolph al que conocí era un muchacho maravilloso que sabía amar, un joven lleno de grandes dotes que tenía un vasto futuro por delante de él. Ésa es la persona con la que quiero hablar.

-Ese Dolph ha muerto -dijo Dolph-. Los je'hars asesinaron a Dolph cuando asesinaron a su familia.

-¿Y dejaron a Kueller en su lugar?

-Sí -murmuró Dolph.

-Pero tú no necesitas a Kueller -dijo Luke-. Kueller te ayudó a sobrevivir, pero ya no le necesitas. Ahora me tienes a mí. Ven conmigo, Dolph, y regresa a Yavin 4. Podemos curar las heridas invisibles que los je'hars le han infligido a tu corazón.

La máscara de la muerte permaneció totalmente inmóvil, aunque dos pupilas brillaron intensamente detrás de ella. Luke pudo ver sus reflejos, pero no su forma ni su color. El chispazo desapareció casi al instante.

-¿Puedes curar las heridas? -La voz de Dolph estaba llena de sarcasmo. Los ojos habían vuelto a desaparecer, y habían sido sustituidos por insondables estanques negros-. ¿Puedes resucitar a mi familia, Skywalker? Lo dudo. Ni siquiera los trucos de los Jedi pueden conseguir que los muertos vuelvan al mundo de los vivos.

-Tarde o temprano todos pasamos por la experiencia del dolor -dijo Luke-. Es el precio que pagamos a cambio de seguir viviendo. Lo que realmente importa es cómo nos enfrentamos al dolor.

-Yo me he enfrentado con él a mi manera y lo he superado -dijo Dolph-, y seguiré obrando tal como he hecho hasta ahora. Me aseguraré de que la galaxia nunca vea aparecer a unos nuevos je'hars.

-¿Y cómo planeas conseguirlo?

Dolph movió su mano enguantada en un gesto que abarcó cuanto le rodeaba.

-Los je'hars del universo desaparecerán junto con quienes les sirven..., y me estoy refiriendo a gentes como tu hermana y su gobierno.

-Leia no tuvo nada que ver con el que asesinaran a tu familia -protestó Luke.

-Exactamente -replicó Dolph, bajando todavía más la voz-. Y ella era una de las pocas personas que podían haber evitado que los asesinaran.

El odio que se había convertido en una llaga infectada dentro de él había alimentado al lado oscuro, y por eso no tenía nada de extraño que Dolph se hubiera vuelto tan fuerte con tal rapidez.

Luke se detuvo a un par de metros de Dolph.

-Brakiss dijo que querías que viniera aquí.

Dolph asintió y permitió que su brazo descendiera lentamente.

-Quiero darte una ocasión de elegir, Maestro Skywalker. Necesito tu poder. Únete a mí y juntos libraremos a este universo de las maldades de criaturas como los je'hars. Juntos podemos conseguir que la galaxia sea un lugar mejor.

-Me uniré a ti si renuncias al lado oscuro -dijo Luke.

Dolph se rió, produciendo un sonido gélidamente grave y envuelto en un sinfín de ecos.

-Hace mucho tiempo qué tendrías que haber comprendido la verdad, Skywalker. El lado oscuro no existe. Las reglas que has impuesto a la Fuerza te fueron impuestas a su vez por un anciano débil y asustado con el objetivo de impedir que llegaras a desarrollar todo tu potencial. Únete a mí, Skywalker, y podrás convertirte en aquello que tu destino siempre te ha tenido reservado..., y podrás llegar a ser el hombre más poderoso de la galaxia. La Fuerza siempre estará contigo y te guiará. La Fuerza te dará todo lo que desees.

-Ya lo ha hecho -dijo Luke.

-¿De veras? -preguntó Dolph con afable dulzura-. ¿De veras, Maestro Skywalker? Tu hermana tiene tres hijos y un esposo que la ama, pero tú no tienes a nadie a quien abrazar. Tienes compañeros, pero no familia. Enseñas trucos que aprendiste hace mucho tiempo, y recorres la galaxia en busca de nuevos desafíos. No tienes un hogar. ¿Es eso lo que quieres, Skywalker?

-Un poco de astucia y unas cuantas palabras pueden conseguir que cualquier vida parezca un infierno, Dolph -dijo Luke-. Me gusta mi vida. No creo que haya ninguna vida mejor, y no la cambiaría por ninguna otra.

-¿Ni siquiera para mejorarla?

-No a tu manera -dijo Luke.

-Bien, en ese caso... Que así sea.

La máscara se endureció y se convirtió en parte de Dolph. Luke pudo ver la transformación física, y comprendió que estaba viendo a Kueller, el hombre en el que se había convertido Dolph. Nunca podría volver a razonar con el muchacho que había conocido.

La mano de Kueller fue hacia su espada de luz, moviéndose muy despacio y sin apresurarse, y el siseo llenó la calle. La hoja de energía ardió con un brillante resplandor azulado.

-No quiero luchar contigo, Dolph -dijo Luke.

-No estarás luchando con Dolph -replicó Kueller, y lanzó su primer golpe contra Luke.

Luke empuñó su espada de luz con un solo y fluido movimiento y detuvo el mandoble de Kueller con su hoja. El entorchocar eléctrico de las espadas de luz llenó el aire y produjo chorros de chispas que se esparcieron a su alrededor. Cada movimiento hacía que la espalda de Luke fuera desgarrada por una nueva punzada de dolor, pero en vez de prestarle atención se concentró en su hoja de energía: paró, se defendió, bloqueó..., pero sin que nunca llegara a atacar de verdad. Luke esperaba hasta que Kueller hubiera quedado expuesto ante él antes de actuar.

Kueller le atacó primero por la izquierda y luego por la derecha, y después lanzó un tercer golpe dirigido contra su corazón. Pero Luke continuó deteniendo todos sus mandobles. Kueller le obligó a retroceder hacia la casa. Luke se tambaleó al apoyar el peso encima de su pierna herida, y se derrumbó sobre la rodilla. Un río de dolor subió velozmente a través de su muslo. Kueller dejó caer su espada de luz sobre el

hombro de Luke, pero Luke rodó sobre sí mismo para esquivar el golpe, sintiendo una nueva llamarada de dolor en la espalda cuando el polvo de la calle se introdujo en sus heridas.

Se levantó y le lanzó un mandoble a Kueller, logrando chamuscarle la capa. El zumbido de las espadas de luz parecía estar por todas partes. Chorros de sudor corrían por el rostro de Luke. Se estaba quedando sin fuerzas. Había tenido que soportar pruebas demasiado duras durante los últimos días, pero aun así se concentró en los movimientos de Kueller y vivió únicamente para ellos, deteniéndolos, preveyéndolos y logrando no perder terreno ante su enemigo.

Kueller lanzó una serie de cinco rápidos mandobles que obligaron a Luke a iniciar una nueva retirada. Luke detuvo un golpe tras otro, pero no pudo conservar el equilibrio. Ya no cabía duda de que se había roto el tobillo, y la articulación no podía soportar su peso. Kueller lanzó otra estocada dirigida contra su costado izquierdo. Luke giró sobre sí mismo para esquivar el golpe, y Kueller le lanzó una segunda estocada. El tobillo de Luke se dobló debajo de él, pero no llegó a caer. Kueller se lanzó sobre él y logró arrancarle la espada de luz de la mano con un terrible golpe.

Kueller colocó su hoja azulada debajo del mentón de Luke. Luke pudo sentir su calor, y olió el acre aroma eléctrico que emanaba de ella. -Debería matarte ahora -dijo Kueller.

Luke respiraba entrecortadamente, pero no sentía miedo. Podía hacer que la espada de luz viniera volando hacia él y reanudar la batalla, pero tenía la extraña impresión de que Kueller todavía no estaba preparado para matarle.

Sus ojos se encontraron con la mirada vacía y oscura de Kueller. -Matarme no te hará más fuerte. La máscara sonrió en una esquelética imitación de la muerte. -Te equivocas, Maestro Skywalker.

-No -dijo Luke-. Los Jedi no temen a la muerte y siempre le dan la bienvenida con los brazos abiertos.

-¿A quién le estás diciendo todo eso, Skywalker? ¿A mí... o a ti? -A ti, Dolph.

-¡No soy Dolph!

-Como quieras -dijo Luke.

Se estaba sosteniendo sobre el hueso roto, y su pierna había quedado totalmente insensible.

-Debería matarte ahora -dijo Kueller-, pero te necesito para atraer a tu hermana hasta aquí.

-No creo que quieras enfrentarte a los dos a la vez, Dolph.

Kueller chasqueó los dedos. Docenas de soldados de las tropas de asalto surgieron de los edificios cercanos y sus uniformes blancos destellaron bajo el sol.

-Llévadle a Alemania.

-Son muchos soldados para un solo hombre -dijo Luke con cierta diversión.

-Sé quién eres, Skywalker. -Kueller mantuvo la punta de su espada de luz cerca de la delicada piel que se extendía debajo del mentón de Luke-. Nunca te subestimaré.

Los soldados le rodearon. Luke se estaba preparando para escapar mediante un gran salto levitatorio cuando notó un repentino pinchazo en la nuca. Alzó la mano y se volvió, muy sorprendido, y vio a un soldado que empuñaba un diminuto compresor hipodérmico inmóvil detrás de él.

-Buenas noches, Maestro Skywalker -dijo Kueller mientras Luke caía al suelo.

\* \* \*

Leia ya casi había terminado de preparar el *Alderaan* para el despegue. La nave había sido diseñada especialmente para ella y tanto podía ser un medio de evasión cuando necesitaba huir de algo como un vehículo de emergencia cuando las circunstancias así lo exigían, como había ocurrido cuando Hethrir secuestró a sus hijos. El *Alderaan* no llevaba insignias ni señales de identificación, y su nombre sólo era conocido por unas cuantas personas. Se identificaba únicamente mediante su número, y en los archivos figuraba como propietaria una mujer llamada Lelila. En realidad Lelila era el mote con el que se conocía a Leia durante su infancia, y se podía considerar como una segunda identidad que le había resultado muy útil cuando tuvo que iniciar aquella desesperada búsqueda de sus hijos no hacía tanto tiempo.

También le resultaría muy útil en aquella misión de rescate de su hermano.

«¿Luke?», volvió a gritar con su mente pero, una vez más, no recibió ninguna respuesta.

El holograma le había mostrado a un Luke que parecía estar muy malherido. Quizá hubiera muerto. Quizá no había sobrevivido a la explosión de su ala-X.

Quizá, quizá, quizá... Leia no podía seguir viviendo bajo el peso de tantos quizás. Su hermano había sido dado por muerto en muchas ocasiones, y Leia había aprendido a creer que Luke podía sobrevivir incluso a

las circunstancias más imposibles. Leia había aprendido esa lección cuando ella y Lando encontraron a Luke suspendido cabeza abajo de un sensor meteorológico en la Ciudad de las Nubes.

Envío un último mensaje codificado por todos los canales de ordenador en un intento final de localizar a Erredós. Probablemente todavía estaba siendo reparado. Aquellos kloperianos casi lo habían destruido en dos ocasiones, y en uno de sus últimos actos oficiales Leia había ordenado que los kloperianos que trabajaban en los hangares de las naves fueran relevados de todos sus deberes hasta que pudiera tener la seguridad de que no eran culpables de haber cometido ningún sabotaje o acto de manipulación. Sospechaba de ellos debido a su conducta hacia los androides. Si los hubieran dejado en paz Leia los habría considerado meras víctimas inocentes, como a todos los demás.

Si Erredós no aparecía pronto se iría sola. El tiempo siempre era el factor más importante en una situación de aquellas características. Si Luke estaba vivo pero malherido, quizá no fuera capaz de defenderse a sí mismo. A veces sus poderes parecían mágicos a quienes le rodeaban, pero Leia sabía que por debajo de toda aquella apariencia de magia Luke era tan humano como cualquier otra persona.

E igual de vulnerable...

La muerte había acabado llevándose incluso a los más grandes Caballeros Jedi. Leia había visto morir a Obi-Wan, y había tenido que contemplar cómo el anciano alzaba su espada de luz y permitía que Vader le atravesara el cuerpo con su hoja de energía.

Aquella imagen la había acompañado durante todos los años transcurridos desde entonces..., porque mientras que Luke había llegado a considerar aquel momento como un signo del poder de Ben, Leia siempre lo había visto como un ejemplo de las limitaciones del poder.

Nunca había hablado con Obi-Wan Kenobi mientras estaba vivo. Leia sólo había hablado con él cuando ya se había convertido en una visión espectral, al igual que les había ocurrido a su verdadero padre y a Yoda.

Por aquel entonces Obi-Wan no le había parecido muy poderoso, y Leia sólo había visto en él a un guía, un maestro y muy poca cosa más.

Una llamada en la escotilla hizo que Leia se volviera hacia ella. Nadie sabía que estaba allí salvo Mon Mothma, y Mon Mothma nunca iría a verla al hangar. Erredós, si había recibido el mensaje de Leia, no llamaría a la escotilla.

Leia activó su pantalla exterior con un roce de los dedos y vio a Wedge inmóvil delante de la escotilla con su uniforme de general, los cabellos meticulosamente peinados hacia atrás y la gorra debajo del brazo. Wedge tenía un aspecto muy oficial.

Leia sintió que se le secaba la boca. Tener miedo de un amigo era una estupidez, pero de repente se sintió invadida por un temor tan inexplicable como intenso. No quería que Wedge le dijera que debía permanecer en Coruscant, y no quería que informara a nadie de que se había ido..., o por lo menos no tan pronto.

Aun así, no podía negarse a recibirle. Leia abrió la compuerta y le esperó en la cabina de control.

Wedge tuvo que agacharse para no chocar con el quicio de la puerta cuando entró.

-¿Leia? -murmuró-. Me envía Mon Mothma.

-Me iré digas lo que digas, Wedge -dijo Leia-. Luke tiene problemas y no consigo hablar con Han..., y cuando el Senado por fin decida celebrar una votación para enviarle ayuda, Luke ya habrá muerto. Wedge dejó su gorra sobre el asiento del copiloto.

-Lo sé, Leia. No hace falta que intentes justificar tus acciones ante mí.

Mon Mothma no me ha enviado para que tratara de impedir que te vayas.

Me ha enviado para que te acompañe.

Leia meneó la cabeza.

-Eso no será necesario, Wedge. Es mejor que vaya sola. Pero si consigues encontrar a Erredós, te agradecería que me lo enviaras.

-No lo entiendes, Leia -dijo Wedge-. Mon Mothma me envía a mí..., y a una flota.

Leia sintió que le fallaban las piernas y tuvo que apoyarse en los controles.

-¿Una flota? No puede hacer eso. Ese tipo de decisiones tienen que ser aprobadas por el pleno del Senado.

-Técnicamente sí -dijo Wedge-. Pero como muy bien sabes, siempre hay alguna forma de superar el obstáculo que suponen los tecnicismos.

-Pero Mon Mothma no se atreverá a hacer algo así. Los imperiales del Senado la crucificarían.

-Si actuamos deprisa los imperiales no tendrán tiempo de reaccionar -dijo Wedge-. La flota se habrá ido antes de que puedan hacer nada para impedirlo.

-Y después la expulsarán de la presidencia, ¿no? Wedge, esto es precisamente el tipo de reacción que quería evitar cuando le pedí que asumiera la jefatura del Estado.

-Confía en Mon Mothma, Leia. Consiguió unificar a varios grupos de rebeldes y convertirlos en un verdadero gobierno. Siempre ha tenido una faceta oculta de conspiradora astuta y retorcida.

Sus palabras dejaron un poco sorprendida a Leia.

-¿Cuál es su plan? -preguntó frunciendo el ceño.

-Su plan consiste en permitir que nos vayamos. Las naves ya están siendo preparadas para el despegue. Mon Mothma cree que debemos librarnos de Kueller lo más pronto posible..., y podremos hacerlo si contamos contigo para que nos dirijas, Leia.

-No veo nada de astuto y retorcido en todo eso.

-Si vencemos, tú te atribuirás todo el mérito. Eso hará que se olviden de la votación de falta de confianza en cuanto vuelvas, y te permitirá seguir ocupando la jefatura del Estado.

-¿Y si somos derrotados?

-Entonces Mon Mothma nos denunciará públicamente. Nos convertiremos en unos rebeldes que intentaron salvar a la Nueva República por su cuenta y que fracasaron. -Wedge se inclinó hacia ella-. Si fracasamos nuestras reputaciones dejarán de tener importancia, Leia -añadió, y no podía ser más sincero.

-Seguirán siendo muy importantes... para mis hijos -murmuró Leia.

-Tus hijos estarán protegidos. Mon Mothma sabe hasta qué punto son valiosos, y es una suerte que ahora no estén en Coruscant. Eso significa que Mon Mothma podrá manipular la información de la manera que le parezca más conveniente.

-Una flota... -dijo Leia, que estaba empezando a asimilar el plan. Con una flota tal vez tuviera una posibilidad de triunfar. Kueller esperaría que se rindiera a sus exigencias o que aguardase su próximo mensaje. Si la conocía tan bien como afirmaba, incluso podía llegar a adivinar que Leia intentaría rescatar a su hermano. Pero jamás se imaginaría una flota-. ¿Qué me dices de los alas-X?

-La mayoría de ellos todavía no pueden ser utilizados, pero hemos reconstruido unos cuantos. Vamos a confiar en un equipo básico formado por Cazadores de Cabezas, alas-A, alas-13 y alas-Y.

-Oyéndote hablar se diría que vamos a disponer de una gran flota -dijo Leia.

-Luke es importante.

Leia sonrió.

-Y Mon Mothma ha visto la grabación holográfica, y cree que Kueller supone una gran amenaza para la Nueva República -dijo después-. Olvidas que he luchado a su lado en muchas ocasiones, Wedge, y sé que nunca ha creído que el quedarse quieto sea una buena política. Mon Mothma es partidaria de luchar, y prefiere contar con la ventaja de la sorpresa.

-Pues entonces será mejor que empecemos a movernos -dijo Wedge-. ¿Quieres viajar a bordo del navío insignia?

Leia meneó la cabeza.

-Nunca he ostentado ningún mando militar, Wedge. Tendrás que ponerte al frente de la misión, y yo viajaré en el *Alderaan*. Quiero concentrarme en Luke. Tú puedes encargarte de recordarle a Kueller que acabamos derrotando al Imperio. Un miserable demagogo de cuarta categoría que reina sobre un planeta lejano no puede suponer ninguna amenaza para nosotros.

-Pero en realidad no crees que Kueller sea un miserable demagogo de cuarta categoría, ¿verdad? -preguntó Wedge.

-No. -Los labios de Leia se curvaron en una sonrisa llena de melancolía-. Creo que Kueller es una de las peores amenazas a las que nos hayamos enfrentado jamás.

## Treinta y tres



Una erupción de haces desintegradores hizo hervir el agua. Mientras Han se sumergía, Chewie intentaba quitarle el arco de energía a Wynn. Han no pudo ver si Chewie conseguía arrebatárselo. Siguió nadando hacia abajo, agarró a Zeen por las piernas y tiró de ellas.

Zeen reaccionó al instante lanzándole una feroz patada, pero Han no le soltó. Siguió tirando con todas sus fuerzas, y consiguió hundir a Zeen hasta dejarlo a su altura. El desintegrador de Zeen se fue hundiendo lentamente junto a ellos. Zeen agitó los brazos en un frenético intento de golpear a Han, pero Han se limitó a seguir sujetándole. Los pulmones le ardían a causa del esfuerzo, pero Zeen tenía la boca abierta cuando se había hundido bajo las aguas. El contrabandista no conseguiría permanecer sumergido tanto tiempo como Han.

El puño de Zeen entró en contacto con el mentón de Han, pero el agua suavizó el golpe. Han puso las manos sobre los hombros de Zeen y le empujó hacia abajo. Zeen intentó agarrar a Han, pero no lo consiguió. La inercia del agua y la atracción del agujero se combinaron para tirar de Zeen.

Han volvió a la superficie. Lando había inmovilizado al Chico mediante una presa de brazos y los dos se debatían violentamente, tan pronto debajo del agua como emergiendo a la superficie para toser y escupir. Los rayos láser hacían que el agua siseara y desprendiera vapores a su alrededor. Chewbacca estaba usando el arco de energía de Wynn para repeler el ataque de los glottalfibs. Uno de ellos yacía muerto sobre la cornisa, mientras que otro flotaba en el estanque con la cara sumergida y una mancha negra agrandándose lentamente alrededor de su cuerpo. Los otros glottalfibs lanzaban chorros de fuego contra el estanque, haciendo hervir las aguas. El calor era increíble. Han no sabía si su rostro estaba cubierto de agua estancada o de sudor.

Nandreeson estaba usando su desintegrador. Wynn había perdido el conocimiento, pero flotaba sobre la espalda en el agua viscosa con el hocico providencialmente dirigido hacia el techo.

Han arrancó el desintegrador de las manos del Chico, le asestó un puñetazo en la cara y lo empujó hacia abajo tal como había hecho con Zeen. Después agarró a Lando y tiró de él.

-Respira, amigo.

Lando ya estaba respirando tan deprisa como podía hacerlo, pero asintió y trató de mantenerse a flote. Han le alargó el desintegrador y sacó su arma de la bolsa que colgaba de su cintura. Un instante después ya estaba disparando contra los glottalfibs restantes, intentando seguir a flote mientras trataba de dirigir sus disparos hacia el centro de sus bocas.

Por el rabillo del ojo vio cómo Lando se mantenía a flote sobre la espalda, apuntaba su arma y disparaba contra el techo.

Han se volvió hacia él y se dispuso a gritarle que no desperdiciara sus disparos..., en el mismo instante en que un millón de murciélagos wutumba se lanzaban sobre ellos. Chewbacca rugió y se tapó la cabeza con las manos. Los murciélagos se precipitaron sobre el agua y la humareda, y se apresuraron a seguir las llamas.

Los glottalfibs emitieron un coro de bocinazos y trataron de ahuyentar a los murciélagos con sus diminutos brazos. El ataque ígneo cesó de repente. Nandreeson se sumergió, y Han ya iba a perseguirle cuando Lando le cogió del brazo.

-No lo hagas -dijo-. Quiere que nos sumerjamos para que le resulte más fácil matarnos.

Los murciélagos devoraban el fuego mientras avanzaban hacia los glottalfibs que aún seguían con vida. Los primeros murciélagos ya habían llegado hasta la cornisa, y se metieron en la boca de un glottalfib. Los bocinazos de pavor del alienígena se fueron volviendo cada vez más ensordecedores a medida que iba quedando recubierto de murciélagos, y después se interrumpieron súbitamente. El glottalfib cayó hacia atrás, aplastando algunos murciélagos con su mole. Los otros huyeron, dejando tras de sí un glottalfib que había quedado convertido en un cascarón grisáceo. Los tres glottalfibs supervivientes, que seguían emitiendo bocinazos llenos de terror, ya estaban huyendo por el túnel.

Han alargó el brazo hacia la espalda de Chewie y le empujó.

-Son murciélagos wutumba, niño grande. Comen algas, insectos y fuego, no wookies.

Chewie respondió con un maullido quejumbroso.

-Vamos -dijo Lando. Empezó a nadar hacia adelante, pero se detuvo tan de repente como si tuviera una cuerda alrededor del pie-. Esto no me gusta nada...

Y un instante después desapareció bajo las aguas.

-¡Nandreeson! -gritó Han.

Se sumergió y vio que Nandreeson había agarrado a Lando por el pie

y estaba contemplando cómo se debatía. Han logró agarrar la mano de Lando y tiró de ella, pero Lando no podía moverse. Han se llevó un dedo a los labios, le hizo señas de que se estuviera quieto y volvió a la superficie.

-Dame el arco de energía -dijo.

Chewie rugió.

-No hay tiempo para discusiones, Chewie. Nandreeson le matará.

Chewie soltó un gemido y después se sumergió, cargando el arco mientras surcaba las aguas. Han nadó hacia Lando y se colocó delante de él, deteniéndose a unos metros de Nandreeson y lanzando una patada al hocico del glottalfib.

Lando, que se estaba poniendo rojo, agitó las manos en una clara pantomima de la estrangulación. Han no le hizo ningún caso. Le lanzó una nueva patada a Nandreeson, y el glottalfib rugió. Cuando abrió la boca, una burbuja de energía se deslizó velozmente a través del agua y quedó alojada en el paladar de Nandreeson.

Un chorro de fuego brotó de su boca y fue extinguido al instante apenas entró en contacto con el agua. Nandreeson soltó a Lando, y Lando se apresuró a nadar hacia la superficie. Nandreeson emitió una serie de gorgoteos ahogados, se llevó las manos a la boca y se hundió en el barro.

Han decidió que ya llevaba demasiado tiempo debajo del agua. Tiró del traje de Chewie y los dos nadaron hacia la superficie. Lando ya estaba subiendo por el tramo de peldaños. Llegó a la cornisa, se apoyó en las rocas y cerró los ojos.

-Pensé que nunca volvería a poder sentarme.

-Todavía no hemos terminado -dijo Han, viéndose obligado a agarrarse a las rocas mientras subía debido a que los peldaños estaban muy resbaladizos.

-Desde luego que no -dijo Azul, que estaba inmóvil sobre la cornisa detrás de ellos y se agarraba a las rocas para no perder el equilibrio-. ¿Has pensado en cómo vamos a volver a mi vehículo?

Chewie le rugió.

Azul respondió a su rugido con un encogimiento de hombros.

-¿Estás intentando quedar bien con los dos bandos, Azul? -preguntó Han, lo que esencialmente equivalía a repetir la observación de Chewie empleando unos términos un poco más corteses.

Azul le obsequió con la sonrisa más encantadora de todo su repertorio.

-Pensé que la mejor manera de proteger mis intereses era esperar un rato hasta ver quién salía vencedor en esa pequeña escaramuza. ¿Crees que hice mal, Han?

-Creo que si realmente pudiéramos confiar en ti habrías luchado a nuestro lado, Azul.

-No esperes demasiado de la chica -dijo Lando, con la voz temblándole levemente a causa del agotamiento-. Por lo menos no disparó contra nosotros.

-¿Lo ves, Han? Lando es un hombre, pero entiende mi posición.

-Dejará de hacerlo en cuanto vea esos montones de piezas del *Dama Suerte* que hay esparcidos por todo tu vehículo.

Lando abrió los ojos y se irguió.

-¿Habéis desmantelado mi nave? Pásame el desintegrador, Han. Esta mujer merece morir.

Azul extendió las manos hacia ellos, sosteniendo su desintegrador entre el pulgar y el índice de la mano derecha.

-Creía que habías muerto. Nandreeson jamás te habría permitido vivir.

-Ah, mujer de poca fe... -dijo Lando.

-Tú habrías hecho lo mismo -replicó Azul.

-Me temo que te ha pillado, Lando -dijo Han.

-Antes quizá sí, pero lo que ocurrió en la Ciudad de las Nubes me ha convertido en un buen chico -dijo Lando.

-Te has convertido en un buen chico muy descuidado -dijo Han-. ¿Qué has venido a hacer aquí?

-Vine a rescatarte, amigo. Me enteré de que estabas teniendo problemas, y pensé que podría ayudarte.

-Ya tendremos tiempo de hablar de vuestras intimidades más tarde. Ahora sólo quiero saber cómo pensáis salir de estas cavernas -dijo Azul.

-¿Cómo has conseguido llegar hasta aquí? -preguntó Han.

-Trepando -dijo Azul-. Supongo que no has visto esos asideros que hay junto a la puerta de la caverna, ¿verdad?

Chewie soltó un rugido de asentimiento. Después fue chapoteando hasta los peldaños, se detuvo junto a Han y dejó escapar un largo y quejumbroso aullido.

-De acuerdo, de acuerdo -dijo Han-. Nos iremos ahora mismo.

-¿Cómo piensas salir de aquí? -preguntó Lando.

¿Por qué todo el mundo estaba tan convencido de que siempre tenía un plan salvador escondido en la manga? Han suspiró.

-Eh... Pensé que quizá sabrías donde está atracado el saltador favorito de Nandreeson.

-Me trajo hasta aquí a bordo de él, pero dejó a unos cuantos reks en el hangar para que lo vigilaran.

-A estas alturas ya deberían de haberse ido -dijo Azul-. Los murciélagos watumba les gustan tan poco como a los glottalfibs.

-Te equivocas, Azul -dijo Lando-. Los glottalfibs adoran a esos malditos murciélagos. Los murciélagos watumba sirven de anfitriones a media docena de las exquisiteces gastronómicas más apreciadas por los glottalfibs. Lo que no les gusta es que los murciélagos watumba se fijen en ellos.

Azul se echó a reír.

-Sí, tienes razón.

Chewie ya estaba yendo hacia el suelo de la caverna. El wookie se subió a una cornisa bastante ancha y se quitó el traje que le había dado Wynni, y después lo arrojó al estanque con una maldición wookie tan expresiva como extremadamente vulgar.

Azul miró a Wynni.

-Quizá deberíamos sacarla del agua.

Chewbacca añadió otra ruidosa muestra de irritación a la que acababa de proferir.

-Vamos a llevarla hasta la cornisa -dijo Han-. Por lo menos así tendrá una posibilidad de ofrecer resistencia cuando vuelvan los esbirros de Nandreeson.

Chewbacca soltó otra maldición y después cruzó la cornisa y utilizó un palo que encontró en el suelo para empujar a Wynni hasta el borde del estanque. El wookie estiró los brazos y sacó a Wynni del agua, gruñendo a causa del esfuerzo mientras lo hacía.

-Ha sido un gesto muy noble por tu parte, Chewie -dijo Han-. Pensé que tendría que acabar poniéndome duro. Chewbacca le gruñó.

-No sé si te acordarás, pero en una ocasión me dijiste que nunca hay que hacer enfadar a un wookie -murmuró Lando. -Cierto -dijo Han.

-Y en cambio tú pareces ignorar ese consejo con una cierta regularidad.

-Chewie contrajo una deuda conmigo hace mucho tiempo -dijo Han-. Si me matara todos sus congéneres considerarían que había faltado a su promesa.

-Ya me lo imagino, pero... Bueno, ¿crees que su sentido del honor también le impide arrancarte los brazos?

-Hasta el momento se lo ha impedido -dijo Han-, pero quizá sería mejor que no le diéramos ideas.

Chewbacca volvió a gruñir y después se apartó de Wynni. La wookie seguía estando inconsciente, pero Han pudo ver que su pecho cubierto de tela rosada subía y bajaba en un lento vaivén. Azul pasó por encima de ella con delicada cautela. A pesar de estar empapada de agua sucia, Azul seguía teniendo un aspecto tan atractivo como majestuoso. Incluso sus cabellos mojados parecían el resultado de un meticuloso plan urdido en la mejor peluquería de la galaxia.

Azul empuñaba su desintegrador y estaba usando la otra mano para que la guiara a lo largo de la pared de roca.

-¿Dónde está el saltador? -preguntó.

-Dos túneles más arriba -respondió Lando-. Yo iré delante.

A juzgar por su aspecto, Lando estaba tan agotado que no sería capaz de mover ni un músculo. Han nunca le había visto la piel tan gris. Pero Lando fue escalando las rocas como si se hubiera pasado todo el día tumbado. Al parecer la idea de la libertad le resultaba muy atractiva.

-¿Y qué pasa con los otros glottalfibs? -preguntó Han.

-No creo que tengamos que preocuparnos por ellos -respondió Lando. Han se reunió con él en el suelo de la caverna. Había docenas de glottalfibs caídos sobre las rocas o medio sumergidos en el estanque. La mayoría tenían los largos hocicos abiertos, y se podía ver el brillo blanquecino de los huesos en su interior.

-¿Y todo esto es obra de los murciélagos watumba? -preguntó

Han-. Me pregunto por qué los glottalfibs permitían que vivieran en la caverna.



-A veces tienes que correr ciertos riesgos si quieres disfrutar de una buena cena -dijo Lando.  
El humo, el olor a glottalfib muerto y el hedor de la vegetación putrefacta se combinaban para formar una pestilencia casi insoportable. Chewie gruñó.  
-Lo sé, lo sé -dijo Han-. Este sitio apesta.  
-Decir que este sitio apesta es quedarse bastante corto, Solo -refunfuñó Azul, que se había tapado la nariz con una mano-. No quiero estar aquí cuando esos bichos empiecen a pudrirse.  
Fueron avanzando por entre los cadáveres. La entrada de la caverna contigua también estaba llena de glottalfibs muertos y contenía cinco saltadores, pero no había ni un solo guardia.  
Azul sonrió.  
-Ah, los reks... Conocerlos es amarlos, ¿verdad? Sólo piensan en sí mismos.  
-Más o menos como tú, ¿eh, Azul? -dijo Han. Azul le dio una palmadita en el hombro.  
-Hago mi buena obra ocasional de vez en cuando, Solo. No tenía por qué traerte hasta aquí, ¿verdad?  
Han le apartó la mano.  
-Podrías haberte esforzado un poquito más para rescatarme, Azul. Te salvé la vida.  
-Favor por favor, Han. Pensé que a esas alturas ya estábamos en paz. Lando y Chewie estaban inspeccionando los vehículos.  
-Éste parece estar preparado para despegar -dijo Lando-. Suponiendo que sepas cómo desbloquear los controles, claro...  
-Siempre hay un código de acceso -dijo Azul-. Y tratándose de Nandreeson, el código debería ser obvio. Los apartó a un lado y examinó el pequeño monitor vocal.  
-No creerás que tiene un chip de reconocimiento de voz, ¿verdad?-preguntó Han.  
Azul se rió.  
-Cuando has oído hablar a un glottalfib ya los has oído hablar a todos-dijo, y golpeó suavemente el canto del monitor con las puntas de los dedos-. ¿Qué es lo que más le gusta a Nandreeson, Lando?  
-¿Por qué me lo preguntas a mí? -replicó Lando-. Hacía años que no veía a Nandreeson.  
-Pensaba que conocerías sus obsesiones -dijo Azul.  
-Ojalá -dijo Lando.  
-Muy bien. -Azul se apoyó en el quicio de la puerta-. Mata a Calrissian -dijo, consiguiendo una notable imitación de la voz nasal de un glottalfib.  
La puerta se abrió y Azul sonrió.  
-Bien, caballeros, volvamos a Salto 1 y averigüemos si han desmontado el *Halcón* durante nuestra ausencia.

\* \* \*

Cetrespeó y Erredós habían vuelto a los aposentos de la familia Solo para encontrarse con que Leia se había ido. El ordenador les informó de que Leia había presentado su dimisión y había dado órdenes de cerrar las habitaciones hasta que algún miembro de la familia volviera a la casa, y después expulsó a los androides.

Mon Mothma había sustituido al ama Leia en la jefatura del Estado y los androides estaban en su antecámara, junto con un numeroso grupo de secretarios de senadores, gente que había venido a felicitarla y buscadores de empleos. La antecámara estaba atestada. Cetrespeó se había apoyado en una pared junto a una escultura de metal que guardaba un sospechoso parecido con las entrañas de un androide, y Erredós se estaba meciendo de un lado a otro junto a él. Eran los únicos androides presentes salvo por el androide recepcionista, un modelo nuevo que se había negado tozudamente a prestar la más mínima atención a Cetrespeó. El androide iba colocando a los organismos vivos en los primeros lugares de su lista a medida que llegaban, y entre los visitantes había desde un guardia kloperiano (el mismo al que Leia había relevado de sus deberes, y del que Erredós se había escondido colocándose detrás de un ictitoniano) hasta un agee alado que había entrado volando en la sala porque no tenía nada mejor que hacer.

Cuando el kloperiano entró en los aposentos de Mon Mothma, Erredós empezó a mecerse de un lado a otro con repentina violencia.

-Cálmate, Erredós -dijo Cetrespeó-. Estoy seguro de que Mon Mothma nos recibirá. Sabe lo importantes que somos.

Erredós dejó escapar un estridente silbido y todas las conversaciones se interrumpieron de repente. Decenas de cabezas de muchas formas y colores se volvieron hacia los androides. Cetrespeó levantó las manos como si no hubiera ocurrido nada, y las conversaciones se reanudaron..., salvo en el caso del androide recepcionista, que siguió fulminando con la mirada a Cetrespeó como si éste acabara de cometer una grosera infracción de las normas de etiqueta palaciega.

-Me temo que esta vez has ido demasiado lejos -dijo Cetrespeó-. Tu falta de modales conseguirá que nos echen de aquí. Erredós respondió con un suave trino y volvió a mecarse de un lado a otro, deslizándose ruidosamente sus ruedas sobre las baldosas del suelo.

-Eso resulta un poquito melodramático incluso para ti -dijo Cetrespeó-. Nadie se va a morir sólo porque tengamos que hacer cola durante un rato.

Erredós emitió un nuevo silbido y el ictitoniano bajó la mirada hacia ellos.

-Tu pequeño amigo parece estar un tanto nervioso.

Cetrespeó asintió.

-Cree que hemos descubierto...

Erredós le interrumpió con un agudo pitido.

El ictitoniano se llevó las cuatro manos a las orejas. Algunos humanos se encogieron sobre sí mismos. El agee echó a volar y salió de la sala tan rápidamente como había llegado.

-Esto es intolerable -dijo el androide recepcionista, poniéndose en pie-. Ciertamente par de androides tendrá que salir de aquí ahora mismo.

-¿Ves lo que has hecho, Erredós? -siseó Cetrespeó-. Ahora tendré que convencer a ese recepcionista de que debe permitir que nos quedemos. No será una batalla fácil, teniendo en cuenta todos los epítetos que le has dedicado... Sea cual sea su diseño y su función, ya deberías saber que a ningún androide le gusta que le llamen traidor. Ese androide sólo está haciendo su trabajo..., y bastante bien, si se me permite decirlo.

Dejó a Erredós en el rincón y se abrió paso hasta el escritorio. El androide recepcionista seguía de pie, y había cruzado sus brazos color bronce delante del pecho.

-No hace falta que esperéis ni un segundo más -dijo-. La presidenta va a dedicar todo el día a los temas de máxima importancia.

-Se trata de un asunto muy importante, y... -empezó a decir Cetrespeó.

-Estoy seguro de que para ti es muy importante -le interrumpió el androide recepcionista-. Pero sea cual sea el problema, puede esperar.

-Me temo que no -dijo Cetrespeó-. Verá, mi congénere y yo hemos descubierto cuál fue la causa de la explosión que destruyó la Sala del Senado -añadió, bajando la voz-. íbamos a informar de ello a la presidenta Leia Organa Solo, pero ha dimitido. En consecuencia, hemos venido a hablar con su sucesora.

-Delirios de grandeza e ilusiones paranoicas, ¿eh? -exclamó el androide recepcionista-. Tendrían que haberos retirado del mercado hace una generación. Ya había oído comentar que los modelos de vuestra gama mostraban una cierta tendencia a la hipérbole, pero hasta ahora nunca lo había creído.

-¡Esto no es ninguna hipérbole! -dijo Cetrespeó, irguiéndose cuan alto era-. Es la pura y simple verdad, y deberías ser capaz de distinguir entre una cosa y otra.

-Si no te vas ahora mismo tendré que hacer que se te lleven por la fuerza -dijo el androide recepcionista.

-Ah, no -dijo Cetrespeó-. Tú no harás eso porque soy el androide personal de la presidenta Leia Organa Solo, y mi compañero pertenece a su hermano, el Maestro Jedi Luke Skywalker. Estamos muy por encima de tus insignificantes y mezquinos gambitos burocráticos. Atrévete a levantar aunque sólo sea un dedo contra nosotros y tendrás que enfrentarte a algunas de las personas más importantes de Coruscant.

-¿Tu compañero? -preguntó el androide recepcionista-. ¿Te refieres al androide astromecánico que estaba emitiendo esos sonidos tan groseros hace unos momentos?

-Sí -dijo Cetrespeó-. A veces se comporta de una manera un tanto excéntrica, pero es un héroe de varias batallas y es conocido en todo Coruscant.

-Bueno, pues entonces no deberías tener ningún problema para dar con él -dijo el androide recepcionista.

-¿Para... dar con él?

-Sí, porque se fue en cuanto le diste la espalda para venir a mi escritorio.

Cetrespeó giró sobre sus talones.

-¿Erredós? ¡Erredós!

La sala había vuelto a sumirse en el silencio, ya que todos los visitantes se habían dedicado a escuchar al androide recepcionista y a Cetrespeó. El trozo de pared junto a la escultura delante del que había estado Erredós se hallaba vacío. El ictitoniano señaló la puerta con su brazo izquierdo superior.

-Tiene razón -dijo-. Tu pequeño amigo salió de aquí como un rayo mientras estabais discutiendo. Vi que iba hacia el turboascensor de los pilotos.

-¿El turboascensor de los pilotos? -murmuró Cetrespeó-. Oh, cielos. Oh, cielos. -Dio un paso hacia adelante, se detuvo y se volvió hacia el androide recepcionista-. Espero que informarás a Mon Mothma de que hemos estado aquí. Si no lo haces, me aseguraré personalmente de que te degraden y de que tengas que pasar el resto de tu existencia trabajando como traductor para los compactadores de basura mecánicos.

Después salió a toda prisa de la sala llamando a gritos a Erredós. El pasillo estaba atestado por nuevas oleadas de visitantes que querían presentar sus peticiones y solicitudes a Mon Mothma. Al parecer el cambio producido en el liderazgo de la Nueva República había hecho que los oportunistas trataran de averiguar si Mon Mothma estaría dispuesta a ayudarles allí donde el ama Leia no había querido hacerlo. Cetrespeó pasó junto a varios humanos bastante jóvenes, un gوسفambling y un llewebum, y se detuvo delante del turboascensor de los pilotos.

El turboascensor era conocido con ese nombre porque llevaba directamente al astillero y los hangares de las naves. Los pilotos del Emperador habían tenido que estar disponibles en todo momento. Cualquier amenaza dirigida contra el Imperio bastaba para hacer que los pilotos entraran

en la cabina, descendieran varios kilómetros hasta llegar a sus naves y despegaran para defender Coruscant. La Nueva República había considerado que el turboascensor podía ser muy útil, y había conservado tanto la cabina como su nombre.

El turboascensor acababa de volver a aquel piso.

-Espera a que te encuentre, Erredós -murmuró Cetrespeó-. Ya estoy harto de ti, y voy a insistir en que necesitas pasar una larga temporada inmovilizado y con tus circuitos desactivados.

Las puertas del turboascensor se abrieron y Cetrespeó entró en la cabina. Pulsó el botón de descenso rápido y separó los pies para no perder el equilibrio en cuanto el ascensor se precipitó en el vacío. La cabina llegó al final del trayecto y las puertas volvieron a abrirse. Cetrespeó se asomó a echar un vistazo.

Las puertas del ala de los pilotos estaban abiertas, y el panel del sistema de bloqueo por ordenador había sido extraído y dejado en el suelo. Erredós debía de tener mucha prisa, ya que normalmente siempre volvía a dejar las cosas tal como las había encontrado. Un lejano zumbido de maquinaria hacía vibrar el otro extremo del ala.

Cetrespeó fue a toda prisa por el pasillo. Estaba desierto. Entró en el hangar, y vio que contenía varias docenas de alas-X en distintas fases de reparación. El caza del amo Luke estaba junto a las puertas espaciales, como si aguardara pacientemente su regreso.

Más allá había unas cuantas naves más que también estaban siendo reparadas..., y ni rastro de Erredós.

-Oh, cielos -dijo Cetrespeó-. Esto no me gusta nada.

Pasó por encima de cables de energía y piezas de ordenador, y un instante después vio un fugaz movimiento en la sala contigua. Erredós acababa de detenerse junto a un carguero ligero tan impecablemente reparado que parecía recién salido de la fábrica. Alguien se había tomado la molestia de limpiar el polvo espacial y los restos de carbono acumulados en sus flancos.

-¿Qué piensas hacer, Erredós?

Erredós respondió con un silbido.

-No puedes pilotar un carguero. Ya sabes que los androides no pueden pilotar naves espaciales, ¿verdad? Necesitamos ayuda, Erredós.

Erredós emitió un corto trino electrónico.

-No te están ignorando. ¡Tienes que ver a alguien que cuente con una cierta autoridad, Erredós!

Erredós respondió con otro silbido y Cetrespeó fue hacia el carguero.

-Vamos, Erredós... El que no pudieras hablar con Mon Mothma tan pronto como deseaste hacerlo no significa que no puedas esperar. Si hubieras tenido un poco de paciencia y hubieras esperado unos momentos más, yo habría conseguido que te recibiera.

Erredós soltó una retahíla de silbidos y pitidos.

-Por supuesto que dispones de tiempo. Siempre hay tiempo.

Erredós gimió.

-¡Oh, estoy seguro de que la situación no puede ser tan grave! Erredós respondió con una nueva oleada de trinos.

-Deja que hable con Mon Mothma -dijo Cetrespeó-. Estoy seguro de que ella enviará a alguien para que...

Erredós emitió una larga serie de zumbidos, chirridos y pitidos.

-¿Qué planeabas hacer, Erredós? ¿Esperar a que volviera el propietario, quizá? No tienes ni idea de qué clase de persona pilota este artefacto y...

Erredós le interrumpió con un pitido lleno de indignación.

-Muy bien -dijo Cetrespeó-. De acuerdo, no conozco tu plan. Pero creo que si seguimos la ruta oficial...

Erredós volvió a interrumpirle, pero esta vez el pequeño androide parecía casi feliz.

Cetrespeó oyó pasos detrás de ellos y se volvió.

Cole Fardreamer acababa de aparecer en el umbral y se estaba limpiando las manos con un trapo.

-Supongo que ese mensaje tan críptico que Luke Skywalker me dejó en el ordenador en realidad procedía de ti, Erredós..., dado que el Maestro Skywalker no está aquí para hablar conmigo.

Erredós emitió un breve pitido afirmativo.

-Se supone que no debes interferir con el funcionamiento normal del equipo, Erredós -le riñó Cetrespeó-. ¡Y además has utilizado los códigos del amo Luke!

Erredós volvió su cúpula hacia él y soltó un par de silbidos.

-Erredós quiere saber a quién pertenece ese carguero ligero -tradujo Cetrespeó-, aunque no tengo ni idea de por qué quiere saberlo. Francamente, amo Fardreamer, Erredós se ha estado comportando de una manera muy extraña desde que aquel kloperiano le disparó con su desintegrador.

-Erredós tiene buenos instintos -dijo Cole, entrando en el hangar-. El carguero fue robado y lo hemos confiscado. He estado reparándolo en mis ratos libres, y supongo que se podría decir que en realidad no pertenece a nadie. Creo que intentaremos venderlo.

Erredós emitió un estridente pitido y empezó a mecerse de un lado a otro.

-Erredós... -dijo Cetrespeó-. Discúlpeme, amo Fardreamer, pero me temo que sus circuitos no están funcionando correctamente. Cole sonrió.

-Me parece que será mejor que traduzcas lo que acaba de decir. Cetrespeó miró a Erredós, y Erredós dejó escapar un gemido quejumbroso.

-Oh, de acuerdo -dijo Cetrespeó-. Erredós cree que sabe quién puso la bomba en la Sala del Senado. Dice que si no vamos allí inmediatamente habrá otra explosión.

-¿Quiere que vayamos a la Sala del Senado?

-No -dijo Cetrespeó en un tono un tanto impaciente, como si le pareciese que Cole tardaba demasiado en entender las cosas-. Quiere que vayamos al sitio en el que fabricaron los detonadores.

Erredós emitió un trino claramente apremiante. -Quiere saber si usted puede ayudarnos, señor.

Cole Fardreamer se volvió hacia el carguero ligero y frunció el ceño. -No lo sé-dijo pasados unos momentos-, pero por lo menos puedo intentarlo.

## Treinta y cuatro



Leia transportaba a seis especialistas militares a bordo de su pequeña nave. Wedge había insistido en que debía llévarselos consigo por si era atacada, pero Leia sospechaba que en realidad estaban allí para vigilarla. Wedge y Mon Mothma no estaban demasiado seguros de qué iba a hacer, y querían evitar que cometiera alguna locura.

Leia nunca había permitido que nadie la detuviera antes.

Esta vez tampoco conseguirían detenerla.

Tchierly, el joven teniente, había insistido en pilotar la nave, pero Leia había rechazado su ofrecimiento. Necesitaba sentir que controlaba la situación. Aquella era su misión, por mucho que estuviera permitiendo que Wedge mandara la flota. Leia quería conocer el curso de acción y el plan a seguir, no apartarse de él.

A menos que llegara un momento en el que realmente quisiera hacerlo, por supuesto...

En cuanto viera Almanía sabría qué debía hacer.

Sus nuevos tripulantes habían ido a la cocina y discutían qué iban a cenar. La cabina de control estaba maravillosamente silenciosa, y eso le permitía pensar. El sillón del copiloto todavía conservaba la huella dejada por el cuerpo de Tchiery. El teniente era un farnym. Los farnyms eran famosos por su redondez y por la increíble fuerza física oculta detrás de aquella forma tan poco corriente. Tenían hocicos pequeños, un suave pelaje y grandes ojos anaranjados. Tchiery era un farnym típico. También desprendían un olor muy peculiar, una especie de mezcla de jengibre y madera de sándalo que perduraba en la cabina de control mucho tiempo después de que Tchiery hubiese salido de ella.

Los treinta navíos de la flota se habían desplegado en una formación de abanico detrás del *Alderaan*. Leia no tenía ni idea de cómo se las iba a arreglar Mon Mothma para justificar el que Wedge se hubiera llevado la mayor parte de las naves en condiciones de operar que había en el arsenal. Wedge y sus comandantes viajaban en tres de los navíos de mayores dimensiones, e iban acompañados por escuadrones de naves más pequeñas, la mayoría de las cuales eran alas-A y B. Leia había quedado asombrada al ver la cantidad de naves que Wedge y el almirante Ackbar habían conseguido reunir en unos instantes.

El almirante Ackbar había preferido permanecer en Coruscant. Ocultaría sus huellas lo mejor que pudiera, pero aun así Meido y su grupo seguramente se darían cuenta de que treinta naves habían abandonado Coruscant simultáneamente. Lo único que se les pasaría por alto sería la marcha del *Alderaan*, que podía pasar desapercibido gracias a su pequeñez y su falta de señales identificadoras. Leia contaba con ello, porque no quería que nadie supiese que formaba parte de aquella misión hasta que ya fuera demasiado tarde para poder hacer regresar a las naves.

Se recostó en el sillón de pilotaje, tomó un puñado de sus largos cabellos entre los dedos y los recogió con veloz destreza en una cola de caballo. Era la tercera que se hacía. No paraba de tirar del nudo, una costumbre fruto del nerviosismo que había adquirido durante la infancia y de la que creía haberse librado hacía ya mucho tiempo. Muchas costumbres fruto del nerviosismo habían vuelto a surgir de la nada desde que Kueller había destruido el segundo planeta. Leia sabía que cuando volviera tendría que enfrentarse a todas las emociones que se ocultaban debajo de aquellos hábitos.

Suponiendo que volviera...

No tenía ni idea de qué clase de arma estaba utilizando Kueller. Los planetas quedaban intactos, pero sus habitantes desaparecían. Eso quería decir que no estaba utilizando una Estrella de la Muerte o un Triturador de Soles. Kueller no empleaba una sola arma de gran tamaño que destruyese mediante un potente disparo. La flota no podría hacerla desaparecer con sus bombas porque no sabían sobre qué debían lanzarlas.

Tampoco podían bombardear Almanía hasta borrarla del mapa galáctico. Eso rebajaría a la Nueva República al nivel de iniquidad en el que se había movido el Imperio.

Leia no estaba segura de si Wedge había pensado en todos esos detalles. En cuanto hubieran llegado al espacio almaniano enviaría a su personal militar de regreso con un mensaje dirigido a la nave de Wedge, el Yavin. No habría ningún bombardeo a gran escala hasta que hubieran avistado el objetivo. Si el objetivo resultaba obvio, entonces Leia ni siquiera enviaría el mensaje. Pero en caso contrario, su tripulación se reuniría con Wedge y Leia desaparecería en la atmósfera de Almanía.

Para encontrar a Kueller por su cuenta y empleando sus propios medios.

Era la única solución, porque Leia todavía no estaba demasiado segura de si Kueller quería acabar con la Nueva República o con su familia. Kueller poseía una gran capacidad para el uso de la Fuerza, lo cual le convertía en un enemigo temible. Leia deseó por milésima vez haber escuchado a Luke y haber completado su adiestramiento Jedi. No podría mantener a raya a Kueller mediante trucos de negociadora, o por lo menos no durante mucho tiempo. Pero con la ayuda de Luke tal vez pudiera vencerle.

Un tirón de sus dedos deshizo la cola de caballo y los mechones se desparramaron sobre su espalda. Las estrellas no parecían haber cambiado en lo más mínimo. Almanía se encontraba increíblemente lejos incluso cuando utilizabas la hiperimpulsión, y el que Kueller hubiera sido capaz de considerar que aquel planeta formaba parte de la Nueva República resultaba sencillamente asombroso. Los planetas tan alejados normalmente preferían conservar su independencia. Almanía había logrado permanecer independiente ante el Imperio, y debería haber mantenido ese comportamiento bajo la Nueva República.

Pero había otro detalle que tampoco tenía sentido.

Había muchos detalles relacionados con Almanía que no tenían sentido, seguramente porque disponían de muy poca información sobre el planeta. Leia sospechaba que los je'hars habían decidido ponerse de parte de la Rebelión meramente para guardar las apariencias y para proteger su poder, y no debido a un

auténtico interés por combatir al Imperio o a un verdadero deseo de aliarse con los rebeldes. Por lo que Leia sabía, ni un solo almaniano se había unido a las fuerzas militares de ninguno de los dos bandos.

Pero alguien había dicho que varios años antes los almanianos enviaron un mensaje pidiendo ayuda al gobierno de Leia y que ese mensaje nunca había recibido respuesta. Quizá ésa fuera la razón por la que Kueller había decidido atacar a la Nueva República.

Quizá todo aquello no tuviera absolutamente nada que ver con su familia.

Preocupaciones, preocupaciones... Leia tenía un millar de cosas por las que preocuparse. No había podido localizar a Erredós antes de irse, y había contado con su ayuda. Tener al pequeño androide junto a ella a bordo del *Alderaan* habría sido muy agradable. Cetrespeó también podría haberle resultado útil, por lo menos como distracción. Pero tanto el androide de protocolo como la pequeña unidad astromecánica parecían haberse esfumado. Erredós había salido de la zona de mantenimiento poco después de entrar en ella, y Cetrespeó se había ido con él. Nadie había vuelto a verlos desde entonces.

De la misma manera en que nadie había tenido noticias de Han, que no había respondido a ninguno de sus mensajes. Leia había acabado viéndose obligada a dejar un mensaje en el que le decía que no podría ponerse en contacto con ella durante un tiempo, pero que ya le localizaría después. La flota tenía que mantener un estricto silencio de comunicaciones, pero eso la preocupaba. La misión que había llevado a Han al Pasillo de los Contrabandistas se estaba prolongando demasiado, y después de haber visto

aquel críptico mensaje que intentaba involucrar a Han en el atentado que destruyó la Sala del Senado, Leia había empezado a preguntarse si aquel retraso podía ser una mala noticia.

Tampoco había podido hablar con Lando. Lando, que había decidido arriesgar su vida por Han... Leia tenía que conformarse con la esperanza de que hubiera logrado encontrar a Han y de que los dos estuvieran bien y estuviesen intentando dar con la persona o personas que querían crearle tantos problemas a Han.

Y también estaba Luke, naturalmente. Leia había estado tratando de establecer contacto con él una y otra vez desde que había visto la grabación holográfica de Kueller. Salvo por aquella llamada quejumbrosa y llena de dolor, no había sabido nada de Luke. El silencio empezaba a resultar muy inquietante.

Pero de vez en cuando Leia experimentaba extrañas molestias y dolores. Su tobillo izquierdo había cedido súbitamente bajo su peso mientras terminaba las últimas comprobaciones en la cabina de control, y le había atravesado la pierna con una lanzada de intenso dolor. Pero al inspeccionárselo vio que estaba perfectamente. Poco después del despegue Leia se había recostado en el sillón de pilotaje..., y había lanzado un grito de dolor cuando mil agujas se hundieron en su espalda. La sensación volvió a desaparecer en cuestión de momentos, y no había ninguna señal visible de herida o lesión (o de que hubiera agujas incrustadas en el respaldo). En ambas ocasiones Leia había percibido un tenue hálito de la presencia de Luke antes de que el dolor se desvaneciera.

Su hermano seguía con vida. Leia estaba segura de ello, pero también sabía que estaba malherido y solo.

Tenía que llegar hasta él lo más pronto posible. Ya estaban forzando al máximo los motores del *Alderaan*, pero aun así a Leia le parecía que no iban lo bastante deprisa.

Tenía que encontrar a su hermano antes de que muriera..., o de que le ocurriese algo todavía peor.

\* \* \*

Luke despertó en una habitación sumida en la penumbra. Yacía sobre el estómago, y tenía la espalda terriblemente dolorida. Le palpitaba la cabeza y sentía un sabor muy desagadable en la boca. La inyección no tendría que haber surtido efecto, pero Luke estaba tan debilitado que no había podido resistirla. No le habían quedado energías suficientes para enfrentarse a Dolph/Kueller y mantenerse consciente frente al poder de la droga.

Y sus captores le habían llevado hasta allí.

«Allí» podía ser cualquier sitio, naturalmente.

Parpadeó. Incluso sus ojos parecían estar sucios y secos. Todavía se encontraba bastante deshidratado. Luke podía sentir los efectos de la falta de agua en cada movimiento y en cada doloroso latido de su cabeza, pero por lo menos el descanso le había devuelto una pequeña parte de sus fuerzas. Podía superar aquella debilidad, y comprendió que ya volvía a ser capaz de defenderse.

El camastro quedaba a pocos centímetros por encima del suelo. El suelo estaba cubierto de polvo y partículas de tierra que medio ocultaban una superficie de madera. Qué extraño.

La luz que conseguía filtrarse en el interior del recinto, y que daba su color marrón grisáceo a la habitación, procedía de una reja incrustada en el techo. Luke sospechó que la reja daba a otra habitación, ya que de lo contrario la claridad hubiera sido más intensa.

Se obligó a incorporarse muy despacio, y el movimiento bastó para que sintiera un tirón en la espalda que le recordó el origen de su dolor. Su ala-X ya no existía. Había estallado sobre Pydyr, y mientras estaba allí Luke no pudo entender qué había ocurrido.

Pero la comprensión había llegado repentinamente a él mientras dormía.

Alguien tenía que haber saboteado su ala-X en algún momento de su estancia en Telti. Brakiss no podía haberlo hecho porque había estado con Luke durante la mayor parte de ese tiempo..., pero un androide podía haberlo hecho, siguiendo órdenes de Brakiss.

Y si el ala-X hubiera estallado en Almania, tal como se había planeado, entonces Brakiss por fin habría conseguido librarse de Luke Skywalker y de Kueller, los dos hombres a los que más temía en el universo.

Luke se pasó la mano por la cara y notó unos suaves pinchazos. Bajó la mano y la examinó. Paja. Miró hacia abajo, y vio que el camastro estaba cubierto de paja.

Qué extraño.

Y tenía las manos libres.

Y sus pies tampoco estaban atados.

Pero su espada de luz había desaparecido.

Bien, bien... Eso quería decir que Kueller creía que no había forma de escapar de aquel sitio, pero su captor también parecía creer que Luke quizá podría haber encontrado alguna forma de utilizar su espada de luz si Kueller le hubiera permitido conservarla.

Lo cual significaba que Luke pronto dejaría de estar solo.

Se levantó despacio y con mucha cautela para que el palpitante que sentía en la cabeza no se convirtiera en un repentino mareo. Las tablillas con que se había envuelto el tobillo le permitían apoyar una parte de su peso en él. Luke inició un lento avance.

Enseguida vio que lo que había tomado por una habitación era más bien una serie de ellas. Los techos eran lo suficientemente altos para que no quisiera tratar de llegar hasta ellos con su pierna fracturada, y las paredes eran muy lisas. Pero había una entrada continua de aire fresco que traía consigo un tenue olor a carne cruda.

Bastó con que pensara en esa clase de alimento para que se le revolviera el estómago, pero Luke sabía que la comida tendría un gran valor para él, no tanto por su contenido en nutrientes sino por la humedad. Fue siguiendo el olor, y encontró más paja al otro extremo de la habitación en la que había despertado.

Mezclados con la paja había largos pelos blancos, y un débil olor a animales.

La habitación contigua estaba a oscuras, y allí el olor a carne era más fuerte y se mezclaba con aquel olor animal. Luke no estaba muy seguro de si le gustaría demasiado lo que iba a encontrar. Entrecerró los párpados, obligando a sus ojos a que se adaptaran a la oscuridad.

Nada.

La habitación estaba todavía más vacía que la primera, ya que sólo contenía un montón de paja sin camastro. El olor a carne cruda procedía de un rincón lleno de grandes cuencos vacíos, pero ya no había ni el más mínimo rastro de comida en ellos. Resultaba obvio que había sido consumida, y de ella sólo quedaba el olor.

Luke sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Estaba solo, pero no se sentía como si lo estuviera.

Y aquella sensación no le gustaba nada.

Volvió cojeando a su camastro y se sentó sobre él. No tenía forma alguna de saber cuánto tiempo había permanecido inconsciente, o dónde se encontraba exactamente. Su única esperanza estribaba en provocar una confrontación con uno de los guardias, salir vencedor de ella y escapar robando una de las naves de Dolph/Kueller.

Pero antes de que hiciera todo aquello, Luke quería descubrir cuál era la fuente del inquietante poder de Kueller. Tenía que estar cerca de Kueller. Fuera cual fuese, Kueller nunca permitiría que se encontrara demasiado lejos de él.

Una especie de tenue olisquear resonó en la habitación contigua. Luke alzó la mirada. Una enorme criatura blanca estaba sentada en el umbral, ocupando casi todo el espacio con su mole. Si la criatura se erguía sobre sus patas traseras quizá pudiera llegar hasta las rejas, pero estaba claro que no sentía el más mínimo deseo de hacerlo.

Los resoplidos prosiguieron..., y un instante después Luke comprendió que la criatura estaba husmeando el aire.

Y que estaba percibiendo su olor.

Luke no movió ni un músculo. La criatura podía ir y venir a su antojo,

y eso le preocupaba. Bien, así que ése era el destino que Kueller había planeado para él...

La criatura se puso a cuatro patas, pero incluso en esa postura tenía el doble de la altura de Luke. Chewbacca hubiese parecido diminuto al lado de aquel ser. El rostro era bastante pequeño (en comparación con su cuerpo), y sus rasgos más distintivos eran las orejas cortas y los ojos azules entrecerrados que parecían dos rendijas. Sus hombros eran muy anchos, y su espalda lisa. Su pelaje era de color blanco y perdía mechones a cada movimiento que hacía. Tenía una cola larga y delgada que Luke sospechó sería capaz de golpear con una fuerza realmente terrible.

Si no se movía quizá no le haría daño. La mayoría de criaturas huirían chillando apenas se enfrentaran a semejante monstruo, por lo que esperar a ver qué ocurría siempre era la reacción inicial más aconsejable.

El coloso se le acercó un poco más. Hilos de babas chorreaban de su boca y caían al suelo para formar enormes charcos alrededor de sus pies. Continuaba husmeando el aire, siguiendo el rastro de olor que Luke había ido dejando cuando fue hasta la puerta y volvió a la paja.

Luke intentó controlar su respiración para que produjera el mínimo ruido posible. Deseó poder volverse invisible, pero no sabía qué clase de visión hubiera tenido que enviar a la cosa que se alzaba delante de él para conseguirlo. Aún no sabía si poseía alguna clase de inteligencia.

La criatura fue siguiendo su olor desde la paja hasta el camastro y se detuvo delante de él sin dejar de husmear el aire. La saliva continuaba cayendo sobre sus pies y los iba recubriendo con un líquido caliente y viscoso. La criatura se había quedado totalmente inmóvil.

Y seguía husmeando el aire. Era asombrosamente grande. Si se pusiera de puntillas, Luke tal vez conseguiría llegar hasta aquel pecho de tonel. Por suerte su boca era pequeña, ya que de lo contrario Luke habría podido ser devorado de un solo bocado.

La criatura fue inclinándose para seguir el olor y acabó concentrando su atención en Luke. Después adelantó el hocico y le empujó suavemente con él. La fría carne cubrió a Luke desde la frente hasta el estómago. Luke consiguió resistir el impulso de apartarla y siguió inmóvil, obligándose a mantener la calma. La criatura le olisqueó concienzudamente, deteniéndose durante unos momentos en su espalda. Luke cerró los ojos. El líquido viscoso que brotaba del hocico de la criatura se fue deslizando a lo largo de sus brazos y empezó a acumularse alrededor de sus pies. Luke pensó que podía acabar ahogándose en los fluidos corporales de la criatura.

El coloso retrocedió. Luke dejó escapar un suspiro casi imperceptible. La criatura no había sido capaz de distinguir su cuerpo de la paja o del camastro. Si conseguía permanecer inmóvil unos momentos más, todavía lograría salir con vida de allí.

La criatura inclinó la cabeza hacia un lado y le contempló con sus ojillos relucientes. Luke permitió que su mirada se encontrara con la suya. Fue un grave error.

La criatura metió a Luke entre sus fauces con un solo y fluido movimiento y las cerró...

... con una brusquedad tan violenta y terrible que bastaría para aplastar cuanto hubiera entre ellas.

## Treinta y cinco



Las piernas de Luke desaparecieron dentro de la boca del thernbee. Kueller dio la espalda a la pantalla. Salvo por la presencia de su nuevo ayudante, Kueller estaba solo en la sala de control de Femon. Las máscaras relucientes le contemplaban desde la pared. Aquel sitio no le gustaba nada, quizá porque todavía podía sentir la presencia de Femon en él. Tendría que trasladar su centro de mando a algún otro lugar.

-Quiero que esté vigilado en todo momento.

Yanne, su nuevo ayudante, era un hombre alto y delgado cuyo rostro lleno de arrugas y sus cabellos grises indicaban que era bastantes años más viejo que Kueller.



-No creo que sea necesario -dijo, inclinándose hacia adelante.

Kueller había elegido a Yanne de entre todos los hombres y mujeres que le obedecían ciegamente porque Yanne tenía la rara virtud de ser capaz de expresar la opinión que se había formado en vez de la que Kueller deseaba escuchar. De momento, la novedad todavía no había perdido su atractivo inicial.

-Ahora ya sólo un milagro puede salvar a ese hombre, mi señor -siguió diciendo Yanne-. El thernbee jugará con él y le irá aplastando los huesos uno a uno, proporcionándole la ilusión ocasional de que podrá escapar pero sin permitir que llegue a hacerlo nunca.

-Ya sé cómo matan los thernbees -dijo Kueller. Había crecido rodeado de aquellas criaturas-. Quiero que ese guardia vaya allí ahora mismo.

-Es un desperdicio de efectivos -dijo Yanne.

Kueller asintió como si le hubiera oído.

-Tienes razón. Será mejor que enviemos a cuatro guardias para que vigilen las jaulas de los thernbees.

-¡Cuatro! No podéis estar hablando en serio, mi señor... Incluso si ese hombre lograra sobrevivir al thernbee, quedaría demasiado debilitado para poder causar ningún daño. Creo que haríamos mejor apostando a nuestra gente en las posiciones de combate. Han llegado informes de que...

-Ya he visto los informes -le interrumpió Kueller-. Estoy preparado para recibirlos como se merecen, pero tenemos a Luke Skywalker ahí abajo. Ordené que lo llevaran a la sala del thernbee únicamente porque necesito que siga vivo hasta que llegue su hermana. Pero mientras Luke Skywalker siga vivo, siempre existe el riesgo de que sea capaz de derrotar a su adversario. Debemos estar preparados para enfrentarnos a esa eventualidad.

-Skywalker ya estaba herido cuando lo encerramos ahí. Bastará con que el thernbee disfrute de unos minutos de diversión para que Skywalker muera.

-No será tan sencillo -dijo Kueller.

-Ningún hombre es tan poderoso -dijo Yanne.

Kueller se volvió hacia él, decidiendo que la sinceridad de Yanne había dejado de parecerle divertida. Kueller le miró fijamente hasta que el rostro de Yanne se volvió de un gris ceniciento.

-Salvo vos, mi señor...

Kueller sonrió con una sonrisa letal.

-Me parece que te conviene no olvidarlo, Yanne.

-Sí, mi señor.

-Cuatro guardias, ¿entendido? Skywalker debe estar vigilado en todo momento.

-Sí, mi señor. Me ocuparé de ello inmediatamente, mi señor.

Kueller se volvió nuevamente hacia la pantalla. Las fauces del thernbee seguían estando cerradas. Kueller no se movería de delante de la pantalla hasta que Skywalker volviera a aparecer en ella.

\* \* \*

Cole había necesitado unos momentos para convencer a Erredós de que debía esperar. El pequeño androide había insistido una y otra vez en que debían partir inmediatamente. Erredós quería utilizar el carguero ligero, y su plan no parecía gustar demasiado a Cetrespeó.

El problema estribaba en que Cole no estaba autorizado a usar aquella nave, y tampoco le parecía bien marcharse de Coruscant sin un permiso previo.

Prometió a Erredós que obtendría ese permiso y ayuda. Los dos androides no habían podido hablar con Mon Mothma. Cole quizá no podría conseguir que Mon Mothma accediera a recibirles, pero al menos sabía por dónde tenía que empezar.

Utilizó el ordenador de servicio de la sala de reparaciones del carguero ligero para ponerse en contacto con el general Antilles. Cole tuvo que pasar por seis sistemas distintos antes de obtener una respuesta.

-Lo siento, Fardreamer -dijo una voz levemente mecanizada-. El general Antilles no está recibiendo ninguna clase de comunicaciones por el momento.

Cole nunca se había encontrado ante una situación semejante.

-Me dijo que me pusiera en contacto con él si surgía cualquier problema urgente, y esto es muy urgente. De hecho, es más que urgente. Infórmele de que...

-No puedo hacerlo, Fardreamer. Urgente o no, el general Antilles ha bloqueado todos los canales salvo el de la lista de espera de mensajes pendientes.

La voz había empleado un tono bastante seco, y después cortó la conexión sin ninguna clase de despedida.

-Oh, cielos. Oh, cielos. Oh, cielos -dijo Cetrespeó.

Erredós emitió un estridente pitido y se balanceó de un lado a otro, golpeando ruidosamente el suelo con sus ruedas.

-Erredós dice que no disponemos de mucho tiempo.

-Estoy haciendo todo lo que puedo, Erredós -dijo Cole-. Supongo que no querrás ver cómo el Control de Tráfico Espacial nos detiene y nos acusa de haber robado la nave unos instantes después de que hayamos despegado, ¿verdad?

-El amo Cole tiene razón, Erredós -dijo Cetrespeó.

Cole les ignoró. Envío un mensaje a la presidenta Leia. El sistema automatizado respondió al instante y le informó de que la presidenta Leia Organa Solo había dimitido y de que todos sus mensajes estaban siendo derivados a Mon Mothma. Cuando Cole intentó ponerse en contacto con Mon Mothma, se encontró con el mismo muro que había detenido a Cetrespeó y Erredós. La nueva presidenta ya no tenía ni un solo momento libre en su agenda.

-No me dijiste que la presidenta Leia había dimitido -murmuró Cole.

-No nos enteramos hasta que intentamos hablar con ella. Todo ha cambiado muchísimo desde que encontramos esos detonadores... -Cetrespeó meneó la cabeza-. A veces pienso que no tendría que haber seguido a Erredós.

-¿Te refieres a cuando encontró esos detonadores?

-No -murmuró Cetrespeó-. Me refiero a cuando se metió en ese módulo de emergencia.

Cole no sabía de qué estaba hablando, y decidió no preguntárselo. No había forma de ponerse en contacto con Mon Mothma, por lo que acabó decidiendo probar suerte con el almirante Ackbar. La respuesta que recibió fue igualmente extraña. El secretario del almirante Ackbar informó a Cole de que el almirante estaba reunido, y le dijo que no tenía ni idea de cuándo respondería a sus mensajes..., suponiendo que lo hiciera alguna vez.

Cole mantuvo la cabeza inclinada durante un momento con la esperanza de que Cetrespeó pensaría que seguía estudiando el sistema de comunicaciones. Necesitaba concentrarse.

La presidenta Leia había dimitido.

El almirante Ackbar no aceptaba ninguna comunicación.

El general Antilles no aceptaba ninguna comunicación. Mon Mothma no aceptaba ninguna comunicación. Tenía que estar ocurriendo algo realmente serio.

La última vez que había hecho caso omiso de las advertencias de Erredós, Cole casi había conseguido que los mataran a todos..., por no mencionar a los valerosos pilotos que seguían surcando el espacio a bordo de alas-X que podían estallar debajo de ellos en cualquier momento. Erredós empezó a gimotear.

-Dice que no podemos esperar ni un segundo más -tradujo Cetrespeó-, y le recuerda que prometió ayudarlo. Personalmente, amo Fardreamer, yo no considero que deba hacer honor a esa promesa. Después de todo, ya ha hecho cuanto podía. Erredós es un poquitín excéntrico y...

-Y ha tenido razón cada vez que nos ha dicho que había algún problema -le interrumpió Cole, poniendo una mano sobre la cabeza cilíndrica de Erredós-. He intentado seguir la ruta oficial, así que supongo que ha llegado el momento de pasar a emplear los métodos no oficiales.

Erredós dejó escapar un chillido de alegría y echó a rodar hacia el carguero ligero.

-¿Conoces los códigos de la presidenta, Cetrespeó? -preguntó Cole.

-Son códigos privados y se cambian cada día, señor. ¿Por qué...? -¿Conoces los códigos de la presidenta?

-Por supuesto que sí -respondió Cetrespeó-, y también conozco los códigos de su esposo y de sus hijos.

-Sólo necesito el de la presidenta. Sin esos códigos no podremos salir de Coruscant.

-Oh. Pero me temo que no puedo hacer lo que me pide, señor. Ya estoy metido en un lío lo suficientemente grande sin necesidad de... Y además el ama Leia espera que no me mueva de Coruscant.

-La presidenta dimitió sin informarte de ello, Cetrespeó. Creo que te agradecería muchísimo que ayudaras a evitar otro atentado. La primera bomba estuvo a punto de matarla.

Cetrespeó inclinó su cabeza dorada como si estuviera intentando ver dentro de Cole.

-Creo que tiene razón, amo Fardreamer. -Ya me lo parecía -dijo Cole.

Erredós les dirigió un agudo pitido desde el interior del carguero. -Vamos -dijo Cole.

Cetrespeó subió a la rampa de abordaje y entró en el carguero.

-Me parece que no tardaré mucho en lamentar lo que estoy haciendo  
-dijo.

## Treinta y seis



Chewbacca había ido con Azul para hacerle de copiloto. Después de las experiencias que habían vivido en Salto 6, Han no estaba dispuesto a correr ni un solo riesgo más. Conocía a Azul desde hacía tanto tiempo como al Chico, y ni la mitad de bien que a él.

Por mucho que Han pudiera justificarlas, las traiciones seguían doliendo. Han se había sentado en la sección de respiradores de aire del vehículo de Nandreeson. Aquel saltador era más largo y esbelto que el de Azul, y contaba con un estanque en la cubierta inferior. Ni Han ni Lando querían volver a estar cerca de un depósito de aguas viscosas. Se habían instalado en el diminuto compartimiento situado cerca de la cúpula superior, el cual estaba lleno de viejos sillones mohosos (que Han sospechó procedían de estanques vaciados) y mesas recubiertas de hongos.

Lando estaba descansando junto a él. Su viejo amigo tenía los ojos cerrados. Su ropa, normalmente impoluta, mostraba las manchas dejadas por el agua sucia, y además Lando había perdido peso.

Han suspiró y llevó a cabo un repaso mental de lo ocurrido. Nada de cuanto hubiera podido hacer habría cambiado el curso que habían seguido los acontecimientos. El Chico y Zeen les habían acompañado con la única intención de traicionarles. No eran amigos suyos, y lo habían dejado muy claro desde el momento en que Han y Chewbacca llegaron al Pasillo. Quizá habían estado intentando advertirle de que debía irse.

Eso explicaba cómo se las habían arreglado los secuaces de Nandreeson para saber dónde podían encontrarle en Salto 5.

Chewbacca había dicho que creía que Wynni tal vez les habría ayudado si él no hubiera rechazado sus insinuaciones. Han no estaba tan seguro de ello.-La wookiee probablemente ya sabía que Chewie era ferozmente leal a su esposa, o quizá nunca le había perdonado el que Chewie la rechazara años antes. Con Wynni la situación siempre era compleja, porque nunca hacía lo que se esperaba de una wookiee.

Ni siquiera al final.

Han se preguntó qué tal le estarían yendo las cosas después de que se hubiera quedado sola en el cubil de Nandreeson.

Se alegraba de que al menos Wynni estuviera viva. Hubieran hecho lo que hubiesen hecho, las muertes de Zeen y el Chico siempre pesarían sobre su conciencia.

-No podías hacer nada -dijo Lando.

Había hablado con un hilo de voz que apenas lograba salir de su garganta, y su agotamiento resultaba evidente. Se había comido todas las provisiones para humanos que logró encontrar en el vehículo de Nandreeson, y había bebido agua tan ávidamente como si nunca hubiese estado atrapado en un estanque.

-¿Acerca de qué? -preguntó Han.

-¿Como que acerca de qué? -Lando abrió los ojos y se apoyó en los codos para erguirse. Su rostro ya no estaba tan grisáceo como antes-. Pues acerca del Chico y de Zeen. Nunca fueron amigos tuyos.

-Deja de tratar de conseguir que me sienta mejor -dijo Han.

-No estoy intentando conseguir que te sientas mejor. Sólo estoy intentando hacerte entender lo que ha ocurrido en realidad. -Lando apoyó la cabeza en el mamparo de acero-. Tú no habías nacido para vivir en el Pasillo, Han. Todos lo sabíamos. El Chico y Zeen... Bueno, intentaron corromperte desde el principio. Pensaron que podrían llegar a convertirte en uno de ellos, pero había algunos límites que tú no estabas dispuesto a cruzar. Supongo que por eso acabaron odiándote.

-Hice todo lo que quisieron que hiciera -dijo Han.

-No es verdad. El dinero nunca fue lo más importante para ti. Había toda una parte oculta de tu persona que siempre estabas tratando de esconder. Eso es lo que hizo que emprendieras esa loca odisea con Skywalker. Me ha hablado de ello, ¿sabes? Podrías haberte largado en cualquier momento y dejar que se las arreglara como pudiera, pero nunca lo hiciste.

-Eso fue una excepción.

-Eso era la regla. ¿Te acuerdas del esclavo wookiee que encontraste?

-Chewbacca no cuenta. Estás hablando de unas circunstancias muy inusuales.

-Sí -dijo Lando-, tan inusuales como todas las demás. No podían aguantarlo, Han. Cada vez que tragabas aire les demostrabas que llevaban una existencia horrible, repugnante y llena de odio.

Había una gran pasión en las palabras de Lando. Han se volvió hacia él. Lando le estaba mirando fijamente.

-¿Tú también me odiabas?

-No -dijo Lando-. Pero puedo asegurarte que hacías que me sintiera espantosamente avergonzado de mí mismo.

Se levantó del sillón y empezó a ir y venir por el compartimiento. Un instante después soltó un chillido, se dobló sobre sí mismo y se rodeó las pantorrillas con las manos. El rostro se le había vuelto a poner de color gris. Han se levantó y le ayudó a volver al sillón.

-¿Quién hubiera pensado que sólo el mantenerte a flote podía hacer que acabaras con los músculos de las piernas hechos puré?

-Cualquier persona que haya hecho un poco de ejercicio físico -respondió Han-. Deberías haberle pedido a Nandreeson que te dejara hacer un poco de precalentamiento antes de que te arrojara a ese estanque.

-Muy gracioso.

Han fue estirando lentamente la pierna de Lando mientras le daba masaje en los músculos.

-Tómalo con calma, viejo amigo. Estuviste a punto de morir en ese estanque.

-Tengo mucho aguante.

-Yo más bien diría que tienes muy poco cerebro. ¿Cómo demonios se te pudo ocurrir volver al Pasillo?

-Tenía que encontrarte, Han. -Lando estiró la otra pierna-. Ya puedes dejar de darme masaje.

-¿Por qué? ¿Qué puede tener tanta importancia como para que arriesgues tu vida?

-Alguien está intentando quitarte de enmedio, muchacho -dijo Lando en voz baja y suave-. Están intentando crear la impresión de que tuviste algo que ver con esa bomba que estalló en la Sala del Senado.

-¿A pesar de que Leia estaba ahí dentro? Cualquier persona que me conozca mínimamente sabe que yo nunca haría algo así.

Lando sonrió.

-Creo que el Chico y Zeen probablemente estarían de acuerdo con lo que acabas de decir. Pero la mayoría de los imperiales del Senado no te conocen, Han. Esa clase de conducta era perfectamente normal en los tiempos del Imperio.

-Harían falta unas pruebas muy sólidas para convencer a los senadores de que he sido capaz de hacer algo semejante. Lando meneó la cabeza.

-La solidez de las pruebas no es tan importante como el que se trate de la clase de pruebas adecuadas. Tienes suerte de que decidiera informar a Leia de todo esto sin perder ni un instante -dijo Lando, y le contó cómo había encontrado el Dama Apasionada y el mensaje que había descubierto en sus sistemas.

Han suspiró.

-Así que Jarril está muerto, ¿eh?

Lando asintió.

-Y no murió de una manera muy agradable.

-Me parece que cuando vino a verme ya temía que acabarían matándole. Creo que estaba convencido de que no le quedaba mucho tiempo. -Quizá formaba parte de la conspiración.

Han meneó la cabeza.

-Estaba demasiado asustado para poder formar parte de ella. Intentó pedir ayuda al estilo de los contrabandistas y me ofreció dinero, pero yo no quise aceptar su oferta..., y después me pidió ayuda directamente. -Quizá era lo que tenía que hacer para que el plan diera resultado. -Y quizá realmente necesitaba ayuda. Quizá sabía que iban a ir a por él. Está claro que le encontraron y le mataron en Coruscant. Jarril nunca habría enviado esos mensajes.

Lando meneó la cabeza.

-Jarril está muerto, y en realidad sus motivos carecen de importancia.

Lo que sí importa es que alguien quería involucrarte en el atentado. -¿Crees que los imperiales del Senado pusieron esa bomba para librarse de Leia?

-¿Y para matar a su propia gente de paso? No parece demasiado probable, ¿verdad, Han?

-Todas esas ventas de viejos equipos imperiales también parecen tener algo que ver con esto -dijo Han.

Lando cerró los ojos.

-¿Has oído hablar alguna vez de un planeta llamado Alemania? -No hasta que tú lo has mencionado -dijo Han.

-Yo tampoco había oído hablar de ese sitio -dijo Lando-. ¿No te parece un poco extraño?

-¿Extraño?

-Alguien ha hecho todo lo posible para conseguir que un sitio del que nunca hemos oído hablar permaneciera fuera del espectro visible. Cuando alguien hace todo lo posible para esconder algo, normalmente se trata de algo que necesitamos conocer.

-Exactamente -dijo Han-. Ese sitio, Alemania... Quizá debería ser nuestra próxima parada.

-Siempre que tengamos naves en las que viajar -dijo Lando. -Las tendremos -dijo Han-. Puedo prometértelo.

\* \* \*

Luke se deslizó por entre los dientes de la criatura y dirigió las piernas hacia su garganta justo cuando ésta cerraba las fauces. La boca de la criatura era muy grande, y su parte superior era totalmente lisa salvo por unas pequeñas protuberancias. Incluso con los dientes unidos, seguía habiendo espacio más que suficiente dentro de ella.

La única excepción a la regla general de la abundancia de espacio tenía lugar cerca de la lengua, que no paraba de empujar a Luke contra el paladar con una considerable violencia y parecía estar intentando lamerle. Cada vez que Luke se deslizaba garganta abajo, la lengua volvía a incrustarle contra el paladar. Luke estaba empezando a tener la impresión de que normalmente aquella criatura tragaba su comida entera.

Todo el interior de la boca estaba resbaladizo y pegajoso. No había nada a lo que agarrarse..., por lo que cuando la lengua volvió a lanzarle hacia el paladar Luke hundió sus dedos en aquella blanda carne.

La criatura chilló y le empujó con su lengua. Luke se soltó y las fauces se abrieron, y un instante después Luke se encontró volando por los aires. Chocó con las paredes metálicas y resbaló por ellas hasta caer al suelo, sufriendo un impacto tan violento que le dejó sin respiración.

La criatura se alzó sobre él con una expresión entre ofendida y quejumbrosa en su rostro gigantesco. Alargó las patas hacia él con las zarpas extendidas, y Luke no pudo apartarse. La criatura le dio la vuelta hasta dejarlo acostado sobre la espalda y volvió a olisquearle el cuerpo, como si no pudiera creer que algo tan pequeño fuera capaz de causarle tanto dolor.

Luke alzó las manos, las puso sobre el hocico de la criatura e intentó apartarla. La criatura bufó y resopló y después le pasó la lengua por encima en un rápido lametón, como si estuviera intentando averiguar qué sabor tenía. Todo el cuerpo de Luke olía igual que el interior de la boca de la criatura, y emanaba una potente combinación de olor a carne cruda, dientes sucios y saliva. Aquel rastro olfativo impediría que pudiese escapar.

La criatura retrocedió, le contempló sin moverse durante unos momentos y después le golpeó con tanta fuerza que Luke resbaló sobre el suelo de madera y chocó con la pared del otro extremo de la habitación. Astillas del tamaño de cuchillos sobresalían de sus brazos y su espalda. Luke todavía no había conseguido recuperar el aliento después del último choque con la pared, y aquel segundo impacto había sido igual de terrible. Estaba aturdido y empapado, y no podía moverse.

Pero tenía que hacerlo. Aquella cosa no podía derrotarle. Sería una manera horrible de morir para un Caballero Jedi. Luke se había enfrentado a los rancors y a los incursores tusken sin ayuda de nadie, y había salido vencedor de aquellos encuentros. Podía sobrevivir a cualquier cosa.

A cualquier cosa...

La criatura volvía a avanzar hacia él. Luke logró incorporarse y se sacó una de las astillas que se le habían clavado en el brazo. Cuando la criatura alzó una de sus enormes patas para volver a golpearle, Luke le hundió la astilla en la almohadilla que cubría la planta.

La criatura volvió a chillar y agitó frenéticamente la pata de un lado a otro. Un diluvio de pelos flotó a su alrededor durante unos momentos como una nevada surgida de la nada y fue cayendo lentamente al suelo. La criatura se sostuvo sobre tres patas y empezó a mordisquearse la base de la cuarta.

Luke decidió que no iba a quedarse allí para averiguar qué ocurría a continuación.

Echó a correr tan deprisa como se lo permitía su tobillo y dio un rodeo alrededor de la espalda de la criatura para ir hacia el camastro. No había ningún sitio donde esconderse. Los barrotes de la reja

quedaban demasiado arriba para su tobillo, y aunque el camastro le proporcionaba el único objeto debajo del que podía acostarse, también sería el primer sitio en el que le buscaría la criatura.

Luke fue cojeando hasta la habitación contigua para descubrir que su vacío parecía rechazarle con la misma falta de escondites de la otra habitación. Sus ojos necesitaron unos momentos para adaptarse a la oscuridad. En cuanto lo hicieron, Luke pudo ver que la sucesión de habitaciones continuaba hasta perderse en la lejanía. La criatura tenía que haber venido de aquella dirección, y tal vez hubiera más congéneres suyos en alguna de esas habitaciones.

Una sola criatura ya estaba demostrando ser un enemigo temible. Varias serían una auténtica pesadilla.

La criatura estaba gimoteando en la habitación contigua. Luke podía entender cómo se sentía. Aprovechó aquel respiro momentáneo para extraer las astillas restantes de su carne. Después las dejó junto a él como si fueran una colección de largos cuchillos, pues eran las únicas armas con que contaba contra la criatura.

Dejando aparte su mente, por supuesto.

La criatura no parecía querer hacerle daño. De hecho, el momento más peligroso había llegado cuando Luke la atacó. La criatura parecía estar tratando de entender qué era exactamente Luke.

Si Luke conseguía encontrar una forma de convencerla de que no era otra ración de comida, entonces tal vez tendría una oportunidad.

La pregunta era cómo hacerlo.

La criatura había dejado de gimotear, y estaba olisqueando el aire mientras iniciaba un lento avance hacia Luke. Debía de haber logrado sacarse la astilla de la pata. Luke esparció sus astillas a su alrededor. Sólo servirían para proporcionarle un poco de tiempo, pero eso era justo lo que necesitaba en aquellos momentos.

No iba a morir bajo las zarpas de aquella bestia peluda.

No le daría esa satisfacción a Kueller.

## Treinta y siete



Kueller estaba contemplando los cielos a través del observatorio. Había modificado la Gran Cúpula de los je'hars para convertirla en un Centro de Mando cuando estaba librando su guerra convencional contra los je'hars. Después de haber acabado con sus líderes, Kueller fue destruyendo sistemáticamente a los seguidores y contempló cómo perecían en las pantallas que le rodeaban. Esas mismas pantallas le estaban mostrando distintas lecturas del espacio. Las pantallas de la derecha amplificaban cien veces la misma oscuridad. Las pantallas de la izquierda mostraban una flota de naves que estaba abandonando el hiperespacio para entrar en el espacio almaniano.

Una docena de sus mejores especialistas estaban dispersos por la sala. Yanne permanecía inmóvil junto a él.

-Creo que deberíamos enviar a nuestra gente ahí arriba, mi señor. Son navíos de combate de la Nueva República, y podrían destruir Alemania.

-No lo harán -dijo Kueller.

-Aun así, creo que deberíamos obrar con la máxima cautela posible -dijo Yanne.

-¿Y permitir que sepan que los hemos visto?

-Están demasiado lejos. No se darán cuenta.

Kueller suspiró. Sus esbirros siempre se negaban a esperar el éxito, y su primera reacción siempre consistía en preocuparse por el fracaso. Kueller había descubierto que prepararse simultáneamente para el éxito y el fracaso era la mejor manera de asegurarse la victoria.

-Perfecto -dijo-. Envía tres Destruidores Estelares y los vehículos de apoyo correspondientes. Y una cosa más, Yanne...

-¿Sí, mi señor?

-Si fracasan, tú también habrás fracasado.

La piel grisácea de Yanne palideció, pero logró responderle sin que le temblara la voz.

-Sí, mi señor.

Después giró sobre sus talones y le murmuró la orden de Kueller a uno de los guardias. El guardia asintió, hizo entrechocar sus talones y salió de la sala.

La flota de la Nueva República todavía no era visible en el fragmento de cielo que se extendía sobre sus cabezas, y no llegaría a serlo salvo bajo la forma de restos calcinados flotando a la deriva en el espacio. Incluso entonces, lo único que vería sería algún que otro destello ocasional que lograra abrirse paso a través de la atmósfera.

Kueller se volvió hacia las pantallas de la izquierda y vio cómo una nave diminuta se separaba del resto de la flota.

-Bravo, presidenta -murmuró-. Pronto podrás hablar todo lo que quieras con tu maldito hermano.

-¿Decías algo, mi señor? -preguntó Yanne.

Kueller le ignoró. Se estaba concentrando no sólo en las imágenes que le rodeaban, sino también en sus sentimientos y emociones. El lado oscuro podía ser muy útil. Kueller sabía que la flota no estaba muy segura de qué iba a encontrar en Alemania.

Kueller sonrió.

No encontrarían nada. -Yanne.

-¿Sí, mi señor?

-Supongo que has estudiado mis planes, ¿no?

-Por supuesto, mi señor.

-Pues entonces puedes proceder a ejecutarlos... ahora.

Yanne se apresuró a obedecer su orden. Kueller se meció sobre los talones y acarició el control a distancia oculto debajo de su capa. Si Yanne no conseguía hacer lo que le había ordenado, Kueller se encargaría personalmente de ello. Cuando habló con la presidenta Leia Organa Solo,

Kueller había estado diciendo la verdad: prefería las armas elegantes y refinadas.

Y Leia Organa Solo no tardaría en descubrir hasta qué punto llegaba su elegancia y su refinamiento.

\* \* \*

Nadie se había llevado nada del *Halcón*, aunque las puertas entreabiertas y la cicatriz negra que atravesaba el sistema de seguridad diseñado personalmente por Han e instalado junto a los paneles de apoyo vital sugerían que alguien lo había intentado. El *Dama Suerte* no había sido tan afortunado. Casi todo su interior había desaparecido, y los ladrones habían llegado al extremo de llevarse aquellos equipos fijos que podían ser extraídos con relativa facilidad.

Decir que Lando se puso furioso sería, en opinión de Han, una forma bastante diplomática de describir su reacción.

Han se había quedado a bordo del *Dama Suerte* para reparar los sistemas motrices con los repuestos y piezas sueltas que pudo encontrar. La cabina de control ya volvía a estar en condiciones de operar, pero había perdido todo su elegante y sofisticado equipo opcional. Lando y Chewbacca estaban registrando Salto 1 en busca del resto del equipo y los androides que le habían robado a Lando. Han había insistido en que si no encontraban el material suficiente para reconstruir el *Dama Suerte* deberían irse antes de que terminara el día. Se sentía dominado por una especie de vaga premura que no conseguía entender del todo.

Azul se había ofrecido a ayudarlo, pero Han había rechazado su oferta. Azul había demostrado ser la más leal de todas sus viejas amistades, pero eso ya no significaba gran cosa. Quizá Lando tenía razón. Quizá todos le habían odiado, pero Han prefería no hurgar en aquellos viejos recuerdos. Hubo un tiempo en el que todos habían sido amigos, pero aquel tiempo se había esfumado. Por mucho que lo deseara, Han no podía volver al pasado.

Y en realidad ni siquiera estaba seguro de que lo deseara. El nostálgico anhelo de los buenos viejos tiempos que se adueñaba de él durante los momentos de tranquilidad hogareña en Coruscant parecía ser un mero deseo de revivir versiones de su pasado embellecidas por el paso del tiempo, y no tenía nada que ver con el auténtico deseo de volver a llevar esa clase de existencia.

Han acababa de reparar el hiperimpulsor cuando sintió que se le erizaba el vello de la nuca. Se llevó la mano izquierda al cuello y sintió cómo un estremecimiento recorría su columna vertebral. La sensación le puso extrañamente nervioso. Se parecía demasiado a las descripciones de las experiencias con la Fuerza

que había oído de labios de Luke y Leia, esas mismas percepciones que experimentaban sus hijos pero que Han nunca había conocido.

Había ocurrido algo, o estaba a punto de ocurrir o podía haber ocurrido. Han salió a cuatro patas del tubo de mantenimiento y entró en el pasillo saqueado del *Dama Suerte*.

Y un instante después una serie de truenos ahogados retumbó por todo el asteroide. El *Dama Suerte* se bamboleo violentamente y Han se encontró impulsado hacia el otro lado del pasillo. Hubo más explosiones, a las que siguieron unas cuantas más. Han se quedó totalmente inmóvil con los brazos encima de la cabeza, pero a bordo del *Dama Suerte* no ocurrió nada.

Nada en absoluto.

Era como el momento en que la Sala del Senado había estallado, cuando a su alrededor sólo había pánico y nadie había resultado herido en el casino.

Pero Leia sí había resultado herida.

Han se levantó de un salto.

-¡Chewie! -gritó-. ¡Lando!

No obtuvo respuesta, naturalmente. Han había estado solo a bordo del *Dama Suerte*. Cogió su desintegrador, salió por la escotilla y entró...

... en una escena de devastación.

El hangar de descenso estaba en ruinas. Parecía como si alguien hubiera dejado caer una serie de bombas desde una gran altura. Pero el hangar era una gigantesca caverna tallada en la roca, y el techo estaba intacto. Fuera lo que fuese lo que había sucedido, había ocurrido dentro de la caverna.

Pequeños incendios ardían junto a muchas de las naves. Un montón de metal destrozado por una explosión había quedado adherido a uno de los flancos del *Halcón*, pero no había ningún incendio ardiendo debajo de la nave. Tampoco había incendios alrededor del *Dama Suerte*.

Pero había contrabandistas por todas partes, yaciendo de bruces o sobre la espalda, y trozos de cuerpos esparcidos por doquier. Los flancos de varias naves mostraban brechas tan grandes como peñascos, pero aquellos agujeros habían sido producidos por ondas expansivas que se dirigían hacia el exterior. Han podía oír los gemidos y quejas de los supervivientes por encima del crujido y el chisporroteo de las llamas. Un humo negro y muy espeso había empezado a invadir el hangar, dificultando la respiración y disminuyendo considerablemente la visibilidad.

Han volvió a entrar en el *Dama Suerte* y cogió un respirador que, afortunadamente, había escapado al saqueo. No tenía forma alguna de saber con qué podía encontrarse en el resto del asteroide ni qué daños habría sufrido. Los asteroides nunca habían sido un sitio demasiado seguro ni siquiera en las mejores circunstancias, y aquello podía destruir todo el Pasillo.

Salió del *Dama Suerte* y empezó a llamar a gritos a Chewbacca y a Lando. No tenía ni idea de adónde habían ido. Querían recuperar lo robado, pero no le habían dicho a quién pensaban perseguir, aunque Han les dijo que había visto algunos artículos robados entre las posesiones del Chico y de Zeen. Probablemente habían iniciado la búsqueda yendo a sus compartimentos y luego se habían adentrado en el asteroide.

Han esperaba que no hubieran descendido hasta los niveles más profundos. Algunos de aquellos corredores eran bastante angostos, y habían sido tallados en la roca. Esa roca se volvería muy frágil ante explosiones como aquéllas.

Varias manos le agarraron por las piernas apenas hubo puesto los pies en el suelo. Gente a la que no conocía le llamaba a gritos. Han hizo varias paradas en su camino para apartar restos que mantenían atrapados a contrabandistas, y después los ayudó a alejarse de los incendios. La humareda se estaba volviendo tan espesa que resultaba imposible ver nada. Si quería salvar el *Halcón* y el *Dama Suerte*, tendría que empezar a combatir los incendios del hangar.

Pero eso significaba permitir que Lando y Chewie se las arreglaran como buenamente pudieran. No le costaba nada imaginarse a Chewie atrapado debajo de una roca y a Lando aplastado junto a él, pero Han sabía que tenía muy pocas probabilidades de encontrarlos. Aun así, debía intentarlo.

Fue avanzando por encima de los cascotes y los trozos de metal envueltos en llamas. Aquella devastación recordaba mucho a la que se había producido en Coruscant. La única diferencia estribaba en que entonces Han sólo había oído una explosión, mientras que allí había oído varias.

Los gritos se estaban volviendo más y más quejumbrosos y llenos de dolor a cada momento que transcurría. Han parecía ser una de las pocas personas ilesas en la zona. No podía pasar de largo junto a todos aquellos heridos y agonizantes. Tenía que ayudarles, y conformarse con la esperanza de que Lando y Chewie estuvieran recibiendo esa misma ayuda de manos de alguna otra persona.



Han tuvo que dar varios rodeos alrededor de montones de escombros envueltos en llamas para poder volver al *Halcón*. Subió por la rampa, cogió los extintores y salió de la nave esparciendo chorros de fluido extintor en todas direcciones. La espuma apagó los incendios más cercanos, dejando tras de sí fragmentos de metal calcinado y varios cuerpos igualmente ennegrecidos.

Han sufrió un acceso de náuseas, pero siguió manejando los extintores. Los incendios eran lo primero, porque si no los apagaba el oxígeno desaparecería, la humareda se volvería todavía más espesa y la gente moriría. O por lo menos eso era lo que se dijo a sí mismo -lo que tenía que decirse a sí mismo- mientras iba oyendo más y más voces que gritaban pidiendo ayuda.

Tentáculos, garras, dedos... Toda clase de criaturas estiraban sus miembros hacia él. Han casi se avergonzaba de estar ileso. Empezó a trabajar cada vez más deprisa, intentando extinguir el mayor número de incendios posible. La humareda se estaba disipando -o por lo menos la zona en la que Han estaba combatiendo los fuegos parecía no estar tan llena de humo como antes-, y cuando alzó la mirada vio que Azul estaba haciendo exactamente lo mismo que él, usando extintores sacados de su saltador muy cerca de Han.

Azul se encontraba tan cubierta de hollín y cenizas como Han, pero a diferencia de él tenía el cuerpo lleno de morados y le sangraban los brazos. La parte de atrás de su chaqueta estaba medio desgarrada, y Han pudo ver las quemaduras que cubrían su piel. Sus labios se movían incesantemente mientras combatía los incendios, y las lágrimas se deslizaban por su rostro.

Han nunca la había visto tan afectada por algo.

Dejó que Azul siguiera luchando con sus llamas y empezó a combatir otro grupo de pequeños incendios. Un navío sullustano estaba lanzando grandes chorros de fluido extintor por su proa, y los incendios fueron muriendo lentamente.

Dejando únicamente restos humeantes y cadáveres...

... y a los heridos, que avanzaban tambaleándose por entre la destrucción como cadáveres que aún no se hubieran dado cuenta de que estaban muertos.

Han se limpió el sudor de la cara con el dorso del brazo. Ya estaba agotado, y se sentía abrumado e impotente ante la magnitud de la tarea que supondría limpiar el Pasillo.

Y salvar todas las vidas posibles...

Se inclinó sobre un ssty que estaba hurgando en un montón de cascotes humeantes y tiró de su brazo. Dejando aparte unas cuantas zonas chamuscadas en su pelaje, el ssty parecía no haber sufrido ninguna herida. Estaba tan aturdido y perplejo como Han, pero se encontraba bien.

-Reúne a todos los androides médicos -dijo Han-. Organizaremos un centro de primeros auxilios en el *Dama Suerte*.

-¿Androides...? -El ssty volvió su pequeña cabeza hacia él. Sus ojos estaban rodeados por círculos rojizos-. Si se trataba de un chiste no ha tenido ninguna gracia, amigo.

El diminuto alienígena se quitó de encima la mano de Han con un brusco tirón y siguió excavando.

Han frunció el ceño.

-Vamos, vamos... Tenemos que ayudar a toda esa gente.

-No con androides -replicó el ssty.

-No te entiendo.

El ssty volvió a interrumpir su frenético cavar, suspiró y se limpió las garras en el pelaje.

-¿Dónde estabas cuando ocurrió esto?

-A bordo de mi nave.

El ssty asintió. Su pequeño rostro estaba muy sombrío, y sus ojos ribeteados de rojo estaban empezando a rezumar una sustancia azul de aspecto pegajoso.

-Por eso no te has enterado de que los androides hicieron todo esto -dijo, y le dio la espalda a Han para seguir cavando.

Han frunció el ceño e intentó imaginarse a los androides disparando armas y atacando a sus propietarios. Pero eso no tenía ningún sentido. No era posible. Han había luchado junto a androides con anterioridad, y sabía que aunque eran muy listos jamás se volvían contra sus dueños.

Nunca.

-¿Qué estás buscando? -preguntó.

-A mi compañera -dijo el ssty.

Han sintió que su corazón dejaba de latir durante un momento, y se acordó de cómo había visto a Leia entre los restos humeantes de la Sala del Senado destrozada por la explosión y del horrible presentimiento

que se había adueñado de él mientras corría hacia allí, aquella espantosa seguridad de que acababa de perder lo más importante de su vida. Después se inclinó sobre el metal recalentado sin vacilar, torciendo el gesto cuando sintió cómo le quemaba los dedos, y empezó a apartar aquellos trozos que el ssty no era lo suficientemente fuerte para arrojar a un lado.

-¿Fuimos atacados por los androides?

-Los androides... -dijo el ssty, y se le quebró la voz-. Los androides estallaron.

Todos aquellos chasquidos, todas aquellas explosiones... habían sido androides.

-¿Todos?

-Algunos. -El ssty cavaba cada vez más deprisa-. Los suficientes.

Han apartó un enorme trozo de metal. Debajo de él había otro ssty inmóvil, con las garras extendidas y los brazos estirados encima de la cabeza.

Y los ojos abiertos.

El ssty liberó a su compañera con un aullido de desesperación. La parte inferior del cuerpo estaba totalmente aplastada, y resultaba obvio que la diminuta alienígena había muerto.

-Lo siento -dijo Han.

Las palabras no podían servir de nada, y el ssty no las oyó. Sus aullidos se habían vuelto más estridentes y se mezclaban con los otros gritos, y la sustancia azulada había empezado a manchar su pelaje blanco. El ssty no paraba de apartar el pelaje de los ojos de su compañera muerta y se mecía lentamente de un lado a otro, como si aquel movimiento pudiera devolverle a la pareja que había perdido.

Han retrocedió, incapaz de seguir viendo el dolor de la pequeña criatura. Los androides habían estallado, y aquel recinto destrozado por las explosiones había adquirido un aspecto idéntico al de la Sala del Senado después del atentado.

Todos aquellos senadores con sus androides de protocolo, sus androides traductores, sus androides secretarios... Varias explosiones producidas en el mismo instante serían percibidas como una sola y gigantesca explosión.

Y no dejarían ninguna huella, porque los androides en los que habían estado escondidas las bombas quedarían destruidos junto con las mismas bombas.

Han fue hacia el *Halcón*, sintiéndose tan aturdido que todavía era incapaz de pensar con claridad. Se habían quedado sin androides médicos, por lo que tendrían que confiar en los escasos y no muy fiables profesionales de la medicina que pudiera haber en el Pasillo. Nadie vendría hasta allí para ayudarles. Nadie sería capaz de llegar hasta la entrada sin un mapa. Qué catástrofe...

-¡Han!

La voz era tranquilizadamente familiar. Lando y Chewbacca estaban inmóviles en la base de la rampa del *Halcón*. La camisa de Lando estaba chamuscada y Chewbacca había perdido casi todo el pelaje del pecho, pero los dos estaban bien.

Han nunca se había alegrado tanto de ver a nadie en toda su vida.

-Pensaba que habíais muerto -dijo.

-Nosotros pensábamos lo mismo de ti.

-¿Qué vamos a hacer?

Lando meneó la cabeza.

-Hay unos cuantos FX-7 viejos por aquí, pero ya están desbordados. Y casi todo el personal médico murió cuando sus nuevos androides médicos estallaron.

Chewbacca gruñó.

-Sí, Chewie, yo también lo he pensado -dijo Han-. Esto es exactamente lo que ocurrió en Coruscant, pero allí se las arreglaron de alguna manera inexplicable para limitar los efectos a un solo edificio. No entiendo por qué se les ha ocurrido elegir el Pasillo como nuevo objetivo.

-No lo hicieron -dijo Lando-. La mayoría de los androides del Pasillo son robados.

Han sintió un escalofrío.

-¿Quieres decir que este ataque iba dirigido contra otro blanco?

-Probablemente -dijo Lando.

Han no quería pensar en eso..., o por lo menos no de momento. Los gritos se habían ido volviendo más numerosos y estridentes a medida que se disipaba la humareda. Azul venía hacia el *Halcón* con el rostro lleno de lágrimas y un brillo vidrioso en los ojos. Parecía estar funcionando en piloto automático.

-Oye, creo que deberíamos improvisar una especie de centro médico a bordo del *Dama Suerte* -dijo Han-. Está casi vacío, así que hay montones de espacio, y siempre podemos sacar del Pasillo a los heridos más graves.

-¿Quién va a ayudar a unos contrabandistas? -preguntó Lando.

-Alguien lo hará -dijo Han-. Me aseguraré de que así sea, ¿entiendes? Creo que debemos coordinar esta operación con todas las naves que no han sufrido daños. El Pasillo no cuenta con los sistemas de emergencia necesarios para enfrentarse a esta clase de tragedia.

-Pero el *Dama Suerte*... -empezó a decir Lando.

-Tendrá que pasar una larga temporada en el dique seco de todas maneras, ¿no? -le interrumpió Han-. Estoy seguro de que la mayor parte del equipo robado ya no se encuentra en muy buen estado.

Lando asintió. Estaba tan cansado que parecía incapaz de sentir los efectos del agotamiento.

-Me ocuparé de prepararlo todo -dijo.

-Gracias -dijo Han, enviando un apremiante mensaje mental a Chewie para que se fuera con Lando mientras se volvía hacia Azul.

Azul había desaparecido.

Han tragó aire. No podía verla, y esperaba que no se hubiera derrumbado cuando no estaba mirando en esa dirección.

Y entonces la vio, sentada sobre un montón de cascotes con las piernas cruzadas y un cuerpo calcinado entre los brazos. Había dejado de llorar pero parecía paralizada por la pena y el dolor, como si alguien acabara de clavarle un cuchillo invisible en el centro del corazón.

Han fue hacia ella. Saber de dónde había salido la mayoría de aquellos restos le permitió reconocerlos sin demasiada dificultad: las largas grúas que formaban parte del sistema hidráulico de los elevadores de carga binarios, las conexiones para conectar ordenadores, las ruedas que habían pertenecido a las unidades R5... Los androides se habían hecho pedazos a sí mismos para destruir a sus amos.

Pero ¿cómo?

¿Y por qué?

Se detuvo junto a Azul. El cuerpo que sostenía en sus brazos era casi irreconocible. Le faltaba un brazo. Han no vio la cara hasta que se puso en cuclillas junto a ellos.

Davis...

Tenía los ojos abiertos, velados para siempre por una última expresión de horror y perplejidad. Han se inclinó sobre él y se los cerró.

Azul alzó la mirada hacia él. Su rostro todavía estaba lleno de lágrimas, pero le miró como si nunca fuese a volver a llorar.

-Esto no... No hubiera... Se suponía que todo debía ir de otra manera -dijo con una voz tan seca y falta de inflexiones como la de un androide.

Han sintió que un escalofrío helado le recorría la espalda. No estaba muy seguro de querer saber de qué estaba hablando, pero aun así tenía que averiguarlo.

-¿Qué es lo que debía ir de otra manera?

-Davis... -dijo Azul, y casi se le quebró la voz-. Se suponía que debías confiar en él. Se suponía que debía sacarte de aquí.

Han sintió una punzada de dolor en los muslos. No estaba acostumbrado a pasar tanto tiempo en cuclillas.

-¿Le conocías?

-Le amaba -respondió Azul con un hilo de voz-. No era cierto, ¿sabes? Me refiero a lo que dijo el Chico... Nunca he sido una contrabandista de corazones. Tengo un corazón. Tenía un corazón... -Azul inclinó la cabeza-. Estas cosas no..., no deberían ocurrirle a la gente.

-No -murmuró Han-. No deberían ocurrirle a nadie.

Quizá no la había entendido bien. Quizá eso era lo que Azul había querido decir cuando Han se inclinó sobre ella, que lo que acababa de suceder era una abominación indecible y que las personas que la habían concebido eran unos seres horribles.

-¿Qué ocurrió, Azul?

Azul meneó la cabeza.

-Los créditos, Han. No tienes ni idea de cómo esa clase de cantidades pueden llegar a cambiar a la gente...

El frío que se había infiltrado en las entrañas de Han pareció volverse más intenso. A juzgar por su expresión de dolor y agonía, Davis no parecía haber tenido una muerte demasiado agradable. Probablemente Azul también podía verlo en su cara.

-Cuéntame qué ocurrió -dijo Han.

-Se suponía que debías confiar en él. Tendría que haber sabido que ni siquiera tú podías ser tan ingenuo, pero... Bien, supongo que mi memoria me engañó, Han. Te recordaba como un hombre decente que siempre sabía salir entero de cualquier lío, pero había olvidado que eras un solitario.

Había olvidado que te gustaba hacer las cosas a tu manera.

-¿Y por qué se suponía que tenía que confiar en él, Azul?

-Porque así seguirías la pista del equipo. Se suponía que debías descubrir que alguien había encontrado una nueva forma de ganar muchos créditos y que seguirías el rastro hasta llegar al origen.

-¿Cuál es el origen? -Almania -murmuró Azul. Han retrocedió unos centímetros.

-¿Y Jarril formaba parte de todo esto?

-Fue utilizado en contra de su voluntad. Cuando Seluss descubrió que Jarril se había ido, decidimos que su desaparición podía sernos muy útil. Tú también nos habrías sido muy útil.

-¿De quién estás hablando, Azul?

Azul acarició la cabeza quemada de Davis. No le quedaba ni un solo pelo en el cuero cabelludo. Davis parecía vulnerable incluso estando muerto. -¿De quién estás hablando, Azul? -repitió Han. -Los créditos, Han. Tanto dinero... No puedes entenderlo. -Sí que lo entiendo -dijo Han-. De veras, Azul. Lo entiendo.

Y lo entendía, desde luego. El dinero hacía que algunas personas enloquecieran. Hacía que se olvidaran de las cosas realmente importantes y las convertía en criaturas sin corazón. Por mucho que Azul protestara y gimiera, Han no podía creerla. Azul no tenía corazón, porque de lo contrario nunca hubiera podido tomar parte en aquello.

-Se llama Kueller. Quiere matar a tu esposa.

-¿Leia?

Azul asintió.

-Y a su hermano. Han meneó la cabeza.

-Pero ¿por qué?

-Porque odia a la Nueva República. Cree que es más perjudicial que beneficiosa.

-¿Y Kueller ha hecho todo esto?

La ira impregnó la voz de Han antes de que pudiera evitarlo.

Azul se quedó totalmente inmóvil, con la mano suspendida en el aire a mitad de una caricia. Después cerró los ojos.

-¿Azul?

-Se suponía que tenía que ser un arma limpia, Han. No se suponía que fuera a causar semejante carnicería.

-Y tú sabías que esto iba a ocurrir, ¿verdad? Azul meneó la cabeza.

-No soy tan estúpida. Vamos, Han... ¿Crees que permitiría que le ocurriera algo semejante a mis amigos? ¿A Davis?

Han apretó los puños. Sentía un deseo casi irresistible de gritar y golpear algo, lo que fuese, pero tenía que mantener la calma.

-¿Y qué quiere hacer exactamente con Leia?

-Quiere que ella y Skywalker desaparezcan. Quiere ser el único dueño y señor de la Fuerza en la galaxia. Quiere gobernar todos los planetas.

-Quiere ser Emperador, ¿eh?

Azul meneó la cabeza.

-Kueller es bueno, Han.

-Dicen que hubo un tiempo en el que Palpatine también lo era -replicó Han.

Después se levantó, sintiéndose incapaz de permanecer junto a ella ni un solo instante más.

-Él no es como Palpatine, Han.

Han meneó la cabeza.

-Creíste que yo era de una manera y te equivocaste, Azul. ¿Por qué no puedes haber cometido el mismo error con Kueller? No sabes ver nada más allá de los créditos.

-Te salvé la vida -dijo Azul-. Y Davis... Él también te salvó la vida. -Porque me necesitabais para atraer a Leia hacia la trampa que acabaría con ella. Eso no cuenta, Azul.

-Han, por favor...

Han meneó la cabeza y dio un paso hacia atrás, pero se detuvo de repente al darse cuenta de que todavía tenía que hacerle una pregunta más.

-Has dicho que se suponía que esto no debía ocurrir, ¿verdad? ¿Qué es lo que ha salido mal?

-Me olvidé de..., de los androides robados -murmuró Azul.

-¿Robados? ¿Dónde los robaron?

-En todas partes. Ya sabes que los contrabandistas siempre están robando androides.

-Pero esos androides, los que estallaron... ¿Dónde los robaron?

Azul alzó la mirada hacia él y le contempló en silencio durante unos momentos. Su expresión parecía estar diciéndole que Han ya debería haberlo entendido, que debería haberlo sabido desde el principio. Han temía saberlo, pero aun así esperó a que hablara.

-En Coruscant -murmuró Azul-. Los robaron en Coruscant.

## Treinta y ocho



La flota seguía avanzando. Kueller la contemplaba en sus pantallas sin decir nada. La sala estaba tenuemente iluminada, y la única claridad surgía de las pantallas y de las lámparas encendidas en los puestos de control. La cúpula mostraba el silencioso cielo nocturno. Resultaba difícil creer que Kueller se alzaría con la victoria sin ninguna dificultad en la batalla que iba a librarse allí arriba dentro de unos momentos.

Yanne había dado la orden. Kueller había visto cómo los números de serie desfilaban a toda velocidad por su control remoto.

Y ya había transcurrido demasiado tiempo.

Al principio Kueller se preguntó si la flota seguía avanzando por pura inercia. Pero después, cuando la oleada de frío y muerte que hubiera debido caer sobre él no llegó a materializarse, comprendió que no había ocurrido nada.

-¿Diste la orden, Yanne? -le preguntó a su ayudante, creyendo necesario llevar a cabo una comprobación. -Sí, mi señor.

Y la oleada llegó por fin, aterradoramente fría y débil, como si viniera de muy lejos. Se fue prolongando de una manera muy extraña: primero hubo unas cuantas muertes, luego hubo unas cuantas más y, finalmente, algunas muertes más. Kueller alzó los brazos y sintió cómo el poder se agitaba dentro de él, pero no había ninguna satisfacción en ello. No sabía cómo había podido llegar a ocurrir o por qué, pero los androides que había diseñado especialmente para la flota de Coruscant se encontraban en otro lugar.

Fue bajando los brazos poco a poco. Yanne le estaba observando sin tratar de disimular la curiosidad que sentía, como si no le hubiera visto nunca antes. Kueller sintió la casi irresistible tentación de alzar su cuerpo viejo y arrugado por los aires y romperle el cuello como señal de su poder. Pero sabía que no conseguiría nada con ello.

Los navíos seguían aproximándose. Había demasiados. Si permitía que se acercaran demasiado, acabarían destruyendo Almania.

-He desplegado nuestras naves -dijo Yanne.

-Excelente -dijo Kueller, ignorando el tono casi triunfal de Yanne. Aquel hombrecillo quería que Kueller fuese derrotado, pero Kueller no sería derrotado-. Quiero que lo primero que vean sea los navíos de combate imperiales. Quiero que piensen que todavía están luchando contra el Imperio.

-¿Y no creéis que eso puede proporcionarles una cierta ventaja psicológica, mi señor?

Kueller sonrió.

-En realidad eso les coloca en una situación de desventaja psicológica, Yanne. El Imperio se convierte en el enemigo que nunca muere, y si se enfrentan al Imperio utilizarán estrategias que nunca utilizarían con nosotros.

-¿Y eso nos beneficia?

-Mantener oculta la verdadera naturaleza de nuestro ataque sólo puede beneficiarnos, Yanne. -Kueller se inclinó hacia adelante-. Dirigiré la batalla desde aquí. Quiero averiguar qué ha ido mal, y quiero saber por qué nuestra arma no ha surtido efecto.

-Confíabais demasiado en esa arma -dijo Yanne. Kueller meneó la cabeza.

-Los androides estallaron, Yanne, pero estallaron en otro lugar. Quiero que me informes de en qué sitio se han producido los daños y de qué ha ocurrido a bordo de los navíos de esa flota.

Yanne le contempló en silencio durante unos momentos mientras Kueller le fulminaba con la mirada.

-Sí, mi señor -dijo por fin.

La insolencia de Yanne estaba empezando a molestarle. Yanne era un hombre competente que estaba a punto de dar sus primeros pasos por el camino que había llevado a la muerte a Femon. Pero Yanne le había servido muy bien, por lo que merecía recibir una advertencia.

Una advertencia simbólica...

Kueller alzó una mano y tensó los dedos hasta formar un puño.

Yanne se llevó una mano a la garganta. Se estaba asfixiando, con la lengua fuera de la boca y los ojos desorbitados.

Kueller fue relajando los dedos.

Yanne cayó de rodillas y permaneció inmóvil en esa postura, jadeando y tosiendo.

-Debes recordar que soy más poderoso que tú, amigo mío, y que siempre lo seré.

-Nunca he... olvidado eso..., mi... señor.

-Tu comportamiento me está indicando lo contrario. Valoro tu opinión y tus ideas, por lo que deberías asegurarte de que no haces nada que me obligue a perder tus valiosos consejos.

-Sí..., mi señor. -Yanne se fue incorporando lentamente. Su cuello se había cubierto de morados allí donde se había posado la mano imaginaria de Kueller-. Haré... cuanto pueda... para evitaros esa... pérdida.

-Excelente. -Kueller le dio la espalda-. Lleva a cabo mis órdenes.

-Sí, mi señor.

Kueller sintió el peso impalpable de la mirada de Yanne durante unos momentos más antes de que saliera de la sala. Cuando Yanne se hubo marchado, Kueller llamó a una centinela con un gesto de la mano.

La mujer inclinó la cabeza ante él, visiblemente asustada.

-¿Sí, mi señor?

-Tráeme a Gant.

-Sí, mi señor.

La centinela hizo entrechocar sus talones y desapareció.

Gant no poseía los talentos de Yanne, y ni siquiera se le podía comparar con Femon. Kueller no disponía de nadie cuyas capacidades fueran ni remotamente comparables a las que había poseído Femon. Pero Gant podía llegar a ser su próximo consejero, por lo que sería mejor que iniciara inmediatamente su adiestramiento. Kueller tenía el presentimiento de que Yanne no seguiría mucho tiempo a su lado.

\* \* \*

Aquella vez el frío fue tan intenso como si alguien estuviera dejando caer un diluvio de cubitos de hielo sobre ella. Leia alargó una mano temblorosa para conectar el sistema de pilotaje automático del *Alderaan*, asombrándose al ver que era capaz de hacer aquello mientras percibía la presencia invisible de la muerte que la rodeaba por todas partes. Aquella oleada no era tan potente como las anteriores pero duró más tiempo, lo cual hizo que resultara todavía más aterradora. No pudo localizar su origen, pero las sensaciones eran las mismas: perplejidad repentina causada por una traición tan incomprensible como inesperada a la que seguía un estallido de miedo..., y luego nada salvo una colosal marea de frío.

Leia tensó los músculos en una reacción instintiva y se preparó para soportar la visión del rostro de Kueller pero, sorprendentemente, esta vez la máscara no apareció ante ella. Lo que percibió fue la presencia de Luke.

Las sensaciones no eran muy intensas y parecían limitarse a un dolor muy agudo mezclado con una vaga impresión de grandes esfuerzos, pero aun así no cabía duda alguna de que procedían de su hermano. Luke estaba vivo.

Estaba vivo...

Leia intentó establecer contacto con él. «¿Luke...?»

Y no obtuvo respuesta. Pero en vez de entristecerla y abatirla, aquello le dio nuevas fuerzas. Por lo menos no había chocado con la impenetrable muralla blanca que había detenido todos sus intentos anteriores.

Luke estaba vivo.

Leia tragó saliva. Estaban entrando en el sector almaniano, y la flota no tardaría en aparecer en las pantallas de los equipos de rastreo de que dispusiera Kueller. Leia no tendría mucho tiempo para tomar una decisión, y debería actuar lo más deprisa posible.

Seguía estando sola en la cabina de control. Había mantenido al personal militar alejado de ella mediante la promesa de que les permitiría que la ayudasen en cuanto empezara la batalla. A esas alturas Leia ya hubiera tenido que sentirse cansada, pero estaba experimentando una especie de extraño júbilo. Ya lo había experimentado varias veces a lo largo de su vida, y la sensación siempre le había resultado muy agradable. Lo había sentido por primera vez el día en que conoció a Han. Después de la horrible experiencia con el androide interrogador, después de haber visto cómo *Alderaan* quedaba hecho añicos y de haberlo perdido todo, Leia nunca hubiera tenido que ser capaz de correr por todos aquellos pasillos, abrirse paso hasta llegar a aquel depósito para la basura y usar su desintegrador para subir a bordo del *Halcón*. Pero lo había hecho.

Han decía que Leia podía hacer todas esas cosas gracias a las reservas de fortaleza invisibles que permanecían ocultas en lo más profundo de su ser, pero se trataba de algo más que eso. Ocurriera lo que ocurriese, Leia nunca se rendiría. Vencería y correría riesgos de la misma manera en que lo hacía Han. Lo había demostrado cuando envió la flota a Koornacht el año anterior.

Tendría que volver a hacerlo.

Pero esta vez iba a arriesgar su propia vida..., y la de Luke.

Leia esperaba que podría ponerse en contacto con él antes de llegar a Alemania. Su plan dependía de que supiera dónde estaba Luke.

Y entonces, como si el sistema de comunicaciones hubiera captado sus pensamientos, la luz indicadora del canal de mensajes privados se encendió en la consola delante de ella. El mensaje había llegado por el canal que utilizaba para hablar con Luke, un canal particular en el que habían confiado desde que Leia pudo disponer del *Alderaan*.

Bloqueó la conexión con el resto de altavoces de la nave y después ordenó al sistema que le mostrara el mensaje y volvió la mirada hacia la pantalla.

MENSAJE PERSONAL CODIFICADO, leyó en ella.

Leia tecleó el código de aceptación. El *Alderaan* ya sabía quién era, por lo que no había necesidad de llevar a cabo un examen de retinas. El ordenador se saltó todos los preliminares y pasó directamente al mensaje.

ESTÁ EN BINARIO. ¿DESEA QUE LO TRADUZCA?

Luke nunca le había enviado un mensaje en binario, pero Leia no sabía a qué circunstancias se estaba enfrentando su hermano en aquellos momentos. Usar el binario tal vez fuese la forma más segura y rápida de ponerse en contacto con ella de que disponía.

LOS NUEVOS MODELOS DE ANDROIDES SON MUY PELIGROSOS. HAY QUE DESCONECTAR TODOS LOS ANDROIDES PARA NO CORRER RIESGOS. REPITO. LOS NUEVOS MODELOS DE ANDROIDES SON MUY PELIGROSOS. HAY QUE DESCONECTAR TODOS LOS ANDROIDES PARA NO CORRER RIESGOS.

No había ninguna firma. Pero el mensaje siguió desfilando por la pantalla, repitiéndose una y otra vez.

Leia lo estudió en silencio. Aquello no tenía sentido. Si Luke realmente se había metido en la clase de lío en el que Leia creía que estaba metido, entonces no habría enviado un mensaje semejante..., a menos que se tratara de otro código.

O a menos que lo que estaba leyendo fuese pura y simplemente la verdad.

Se estremeció y abrió el canal de comunicaciones con la cocina.

-Tenga la bondad de venir a la cabina de control, teniente Tchiery.

El teniente respondió al instante y cortó la conexión. Unos segundos después Tchiery apareció en la entrada de la cabina y cruzó el umbral, teniendo que hacer unas cuantas maniobras para conseguir que su redonda silueta pasara por una puerta que había sido diseñada pensando en los humanos.

Leia le enseñó el mensaje, le explicó las circunstancias y solicitó su opinión.

El teniente la miró y después volvió los ojos hacia la pantalla.

-Este mensaje explica muchas cosas, presidenta -dijo-. Esos detonadores que encontramos en los alas-X podrían formar parte del mismo plan.

Leia asintió. Ya había pensado en eso.

-¿Qué importancia tienen los androides de la flota para el éxito de la misión?

-Son bastante importantes -dijo Tchiery-, pero podemos llegar a prescindir de ellos si es realmente necesario hacerlo. No estamos utilizando muchos alas-X, y todavía confiamos en los seres vivos para la mayor parte de las rutinas de a bordo.

-Entonces quiero que usted y su equipo transmitan este mensaje a la flota.

-Dejaré a un par de oficiales a bordo de la nave.

-No -dijo Leia, esperando que su negativa no pareciese demasiado apresurada-. No podemos enviar mensajes. He recibido esta transmisión gracias al código particular que mi hermano y yo hemos desarrollado. Si deja a dos oficiales aquí y si el mensaje es realmente importante y ocurre alguna catástrofe, siempre lo lamentaremos. Nos encontramos lo suficientemente cerca de la flota para que puedan entregarles el mensaje y volver enseguida, y no estaré sola durante mucho rato.

-He recibido órdenes de cuidar de usted, señora.

Leia, que ya lo sospechaba, sonrió.

-Me temo que siempre he sabido cuidar de mí misma, teniente. Voy a alterar sus órdenes. No podemos perder el tiempo discutiendo, porque voy a iniciar la maniobra de ataque con una de las naves más cercanas dentro de unos momentos.

-Sí, señora.

El teniente inclinó la cabeza, cogió la copia impresa del mensaje que acababa de escupir la ranura lectora del sistema y salió de la cabina de control.

Leia dejó escapar un prolongado suspiro y apoyó la cabeza en el respaldo del sillón de pilotaje. Unos instantes más y se quedaría sola a bordo. Dejaría el asunto de los androides en manos de Wedge, y confiaría en que él sabría qué decisión tomar.

Y Wedge tomaría esa decisión después de que Leia hubiera partido hacia Almanía. Sola.

## Treinta y nueve



La agonía extrañamente prolongada surgida de un sistema lejano le había dejado sin energías. Luke respondió enviando calor, tal como había hecho antes, pero el esfuerzo se había cobrado un alto precio.

Se apoyó en la pared y contempló el círculo de astillas. La criatura seguía resoplando y olisqueando el aire en la otra habitación. Su presencia era una amenaza constante, pero de momento parecía haber decidido dejarle en paz.

Casi como si supiera que Luke estaba padeciendo terribles sufrimientos... Estaba cansado y mareado y todavía le dolía la espalda, aunque el dolor se había calmado un poco. Su tobillo se había vuelto totalmente insensible a menos que apoyara su peso en él, y al hacerlo sólo sentía una terrible punzada de dolor. Las tablillas eran lo único que le permitía mantenerse en pie. Necesitaba agua. Unas quemaduras tan graves como las que había sufrido irían erosionando incesantemente sus ya escasas reservas de energía hasta que se hubieran curado.

Kueller quería acabar con él y con Leia.

Y si Luke no hacía algo al respecto, Kueller se saldría con la suya.

Lo cual significaba que tenía que salir de allí.

La criatura volvió a olisquear el aire. Luke no acababa de entender su comportamiento. Resultaba obvio que había comido unos momentos antes de que Luke fuera introducido en su jaula. ¿Estaría allí meramente para impedir que escapara..., o habían decidido que Luke iba a ser su próximo almuerzo?

La criatura asomó la cabeza por la esquina. Su enorme rostro estaba fruncido en una expresión entre perpleja e interrogativa. Extendió una pata hacia él y varios goterones de sangre cayeron al suelo. Aun así, la criatura no parecía estar furiosa.



Pero tampoco había parecido estarlo cuando trató de engullir a Luke. Quizá sólo era una enorme y alegre máquina de comer.

La criatura emitió un suave maullido y extendió la pata herida hacia él. Luke alzó una astilla y la criatura se la quitó de la mano con un potente golpe que derribó a Luke. Cayó sobre la espalda, y el dolor le arrancó un grito. Luke dejó de rodar por el suelo e intentó levantarse. La criatura había venido corriendo hacia él. Después bajó la mirada hacia Luke, y su rostro se fue aproximando más y más.

Luke se había quedado sin armas.

La criatura abrió la boca.

Luke se agachó para tratar de esquivar sus fauces.

\* \* \*

Erredós llevó a Cole y Cetrespeó hasta una pequeña luna. Según el ordenador de navegación de Cole, Telti había sido una fábrica de androides y zona de reacondicionamiento desde los tiempos de la Antigua República. Telti se unió al Imperio ya bastante avanzada la existencia de éste, cuando Palpatine amenazó con destruir la luna si Telti se negaba a inclinarse ante su poder. Telti continuó vendiendo androides a cualquier comprador que dispusiera de los créditos suficientes para pagarlos, y la fábrica había seguido manteniendo una política de cuidadosa neutralidad a pesar de esa amenaza imperial. Después de la Tregua de Bakura, Telti había enviado una petición de ingreso que fue aceptada por la Nueva República, y desde aquel entonces había sido un miembro tan callado como estable.

Todo eso -y el hecho de que iba a presentarse en Telti siguiendo la corazonada de un androide y viajando a bordo de un carguero que podía considerarse robado- hacía que Cole no las tuviera todas consigo. Erredós, en cambio, parecía estar muy tranquilo. Estaba en la sala, pero un rato antes había estado en la cabina de control. No había emitido ningún sonido durante el vuelo, pero se había conectado al ordenador en cuanto la nave se hubo alejado de Coruscant. Cole sospechaba que Erredós había estado enviando más mensajes y, de hecho, había visto cómo el pequeño androide enviaba un mensaje a la presidenta Leia utilizando los códigos de Luke Skywalker. Cole no estaba muy seguro de a qué otros destinatarios podía haber estado enviando mensajes, pero confiaba en que Erredós sabía qué estaba haciendo.

Los mensajes ayudarían, ya que en realidad Cole no quería tener que hacer todo aquello por su cuenta.

Cuando la nave entró en órbita alrededor de Telti, Cole solicitó permiso para descender.

No obtuvo respuesta.

-Quizá sólo utilizan equipo mecanizado, señor -dijo Cetrespeó. El androide de protocolo ocupaba el segundo asiento, el que se encontraba inmediatamente detrás del asiento del piloto y que había sido diseñado para pasajeros. El gran inconveniente de ese reparto de asientos era que la voz de Cetrespeó sonaba directamente en el oído de Cole cada vez que hablaba-. No tendría nada de raro. Vaya, pero si la fábrica de Tala 9 no permitía la entrada a ningún ser vivo... Trataban de obstaculizar cualquier tipo de participación de seres vivos utilizando únicamente lenguajes androides para los códigos de descenso. Pero naturalmente luego tuvieron que abandonar esa práctica cuando dos naves chocaron a mediados de su órbita porque sus sistemas no habían sido diseñados para...

Cole dejó de prestar atención al incesante parloteo de Cetrespeó y volvió a enviar el mensaje.

-... y algún tiempo después en Casfield 6 descubrieron que el uso de lenguajes androides en los códigos de descenso producía averías en los ordenadores de a bordo cuando seis naves, todas ellas construidas por...

Y volvió a enviarlo.

-... estallaron en la pista de lanzamiento. Tengo entendido que eso supuso un duro golpe para los offenianos. Acababan de iniciar sus primeros viajes espaciales...

Y volvió a enviarlo.

-... cuando su reina, que tenía seis mil años de edad y era mantenida con vida mediante...

-Exponga los motivos de su presencia aquí, carguero.

La voz mecanizada que acababa de surgir de la rejilla del sistema de comunicaciones carecía de la amplia gama vocal de Cetrespeó.

-Es un nuevo modelo de androide de navegación, señor. Reconozco ese timbre.

Cole había estado haciendo tales esfuerzos para ignorar al androide de protocolo que necesitó un momento para asimilar lo que le acababa de decir Cetrespeó.

-Exponga los motivos de su presencia aquí, carguero -repitió la voz mecanizada.

-Soy... Eh... Me llamo Cole Fardreamer, y tengo asuntos que tratar con su encargado.

-¿Personales o de ventas?

-¿Cómo ha dicho?

-¿Ha venido por un asunto personal o desea hablar con un representante del departamento de ventas?

Cole no se había esperado aquella última pregunta.

-Se trata de un asunto personal -dijo.

La voz mecanizada le proporcionó las coordenadas del punto de descenso. Cole se aseguró de que el ordenador las introducía en el sistema de pilotaje sin cometer ningún error y un instante después sintió cómo el carguero se bamboleaba levemente al iniciar su nueva trayectoria. -Esto es muy interesante -dijo Cetrespeó-. Supongo que cuentan con su propio departamento de ventas. Algunos androides son muy hábiles a la hora de hacer negocios, pero la inmensa mayoría carecen de la sofisticación necesaria para llegar a lo que los seres vivos llaman «el trato».

Cole estaba examinando la superficie de Telti.

-¿El trato?

-Bueno..., sí -dijo Cetrespeó-. Los androides no saben mentir, y todo el concepto humano de obtener beneficios no tiene el más mínimo interés para nosotros. No hay androides contrabandistas, o por lo menos yo nunca he oído hablar de un androide que se dedicara al contrabando.

Toda la luna estaba cubierta de edificios, y los cimientos de éstos se adentraban en el subsuelo para crear niveles subterráneos. Las coordenadas de descenso que le había proporcionado la voz correspondían a un punto situado cerca de otra pista más pequeña. Debían de querer que descendiera en una pista oficial.

-Cuando vivía en Tatooine -dijo Cole, sin estar realmente interesado en la conversación pero deseando mantener ocupado a Cetrespeó-, oí decir que Jabba el Hutt utilizaba androides.

-Ayudar es una cuestión totalmente distinta. Un androide debe servir a su amo, y ésa es su función primaria. Vaya, pero si yo mismo trabajé para Jabba el Hutt durante un periodo de tiempo muy corto... Desempeñé funciones de traductor para él. Y si me permite decirlo, amo Cole, la verdad es que era un trabajo agotador y muy desagradable. Cuando me acuerdo de las cosas que llegaba a decir aquel hutt...

Cole dirigió el morro del carguero hacia la pista de descenso. Los edificios eran tan enormes como le había parecido en un principio, y había androides esparcidos por toda la superficie.

... mientras que Erredós servía bebidas. Fue una experiencia terriblemente humillante. De hecho, no estoy seguro de que Erredós haya conseguido superarla...

El carguero se posó en las coordenadas proporcionadas por la voz. Una cúpula se alzó sobre ellos y engulló a la nave. Varios letreros luminosos que mostraban mensajes escritos en distintas lenguas empezaron a parpadear alrededor de Cole.

LOS ANDROIDES PERSONALES DEBEN PERMANECER A BORDO DE LAS NAVES.

SE ENCUENTRA EN UNA FÁBRICA QUE MANTIENE UN NIVEL DE ACTIVIDAD REGULAR Y CONTINUADO. No SALGA DE LOS CAMINOS INDICADOS.

ESPERE JUNTO A SU VEHÍCULO. UN REPRESENTANTE DE LA FÁBRICA SE PONDRÍA EN CONTACTO CON USTED.

LAS NAVES SERÁN EXAMINADAS ANTES DEL DESPEGUE.

EL ROBO ES UN DELITO INTERGALÁCTICO QUE SE CASTIGA CON LA MUERTE.

Aquel último mensaje estaba precedido por una insignia imperial. Al parecer los administradores de la fábrica de Telti no habían creído necesario eliminarlo.

La cúpula acabó de cerrarse sobre ellos con un suave chasquido y una luz empezó a parpadear en los paneles de control laterales. Una escotilla trasera acababa de abrirse.

-¡Erredós! -exclamó Cetrespeó de repente-. ¡Debe detenerle, amo Cole!

Cole meneó la cabeza.

-Erredós nos ha traído hasta aquí, ¿no? Tienes que confiar en él, Cetrespeó.

-¡Pero los letreros! Oh, estoy seguro de que lo desactivarán.

Cetrespeó quizá tuviera algo de razón al preocuparse. Cole abrió la puerta de carga.

-No si los distraemos -dijo, saliendo de la cabina de control y yendo hacia la puerta mientras Cetrespeó se apresuraba a seguirle-. Ve a buscar a Erredós y asegúrate de que no le ocurre nada -murmuró Cole.

-Pero los letreros me prohíben de manera muy estricta salir de esta nave.

-Por eso quiero que te vayas ahora mismo. Si alguien intenta detenerte, intenta convencerlos de que trabajas en la fábrica. Si eso no da resultado, diles que te obligué a salir de la nave y que crees que quiero dejarte abandonado aquí.

-No pensará hacer eso, ¿verdad? Ya sé que acaban de lanzar al mercado un nuevo modelo de androide de protocolo, pero el ama Leia...

-No puedo abandonarte por la sencilla razón de que no eres de mi propiedad, Cetrespeó. Y ahora vete de una vez.

-Sí, señor.

Cetrespeó se alejó por el camino en la dirección que Cole le había señalado. Cole le siguió con la mirada durante un momento mientras se preguntaba cómo se las arreglaba un androide para parecer tan ofendido sin suspirar, resoplar o utilizar ninguna de las reacciones humanas habitualmente asociadas con esa emoción.

Después acarició las culatas de sus desintegradores y examinó la zona. Había carteles por todas partes. La cúpula transparente permitía ver el cielo. Había pasarelas a lo largo de un lado del camino, y puertas que llegaban hasta tan arriba como podía ver. Probablemente también habría alarmas por todas partes, y seguramente alguien le estaría vigilando. Cole esperaba que Cetrespeó fuera capaz de actuar tan astutamente como pregonaba, porque no tardaría en ser detenido por alguien.

Una pequeña puerta se abrió cerca del carguero y un hombre fue hacia Cole. Llevaba una capa y estaba envuelto por aquella misma especie de aureola indefinible que había percibido en Skywalker..., aunque en su caso la aureola contenía una vaga sospecha de oscuridad. Cole no hubiera podido decir en qué consistía si alguien le hubiera interrogado al respecto, pero sabía que estaba ahí.

El hombre era alto, esbelto y muy rubio. También era asombrosamente apuesto, un hecho que dejó bastante sorprendido a Cole. Casi nunca prestaba atención al atractivo personal ni en los hombres ni en las mujeres, pero de repente se dio cuenta de que eso era exactamente lo que había hecho por dos veces durante la última semana, primero con la presidenta Organa Solo y en este momento con aquel hombre.

Tenía que haber algo más en él de lo que resultaba obvio a primera vista.

-Hola -dijo el hombre en un tono de voz muy afable y lleno de cordialidad-. Me llamo Brakiss, y dirijo esta fábrica -añadió, ofreciéndole la mano mientras se aproximaba.

Cole la aceptó, aunque tuvo que reprimir un estremecimiento mientras se la estrechaba.

-Yo me llamo Cole Fardreamer.

Brakiss le examinó tan atentamente como Cole le había examinado a él.

-La gente que viaja en un carguero ligero no suele estar interesada en los androides -dijo después-. ¿Es usted un comprador o un vendedor, Fardreamer?

-Ni una cosa ni otra -replicó Cole. Estaba empezando a sentirse extrañamente aturdido, como si su mente estuviera funcionando más lentamente de lo habitual. Deseaba confiar en aquel hombre y sólo quería sentir aprecio hacia él, y de hecho se sentía como si siempre le hubiera conocido..., pero por debajo de aquellas emociones había una capa de desconfianza tan intensa que casi le revolvía el estómago-. He descubierto la existencia de un problema que me preocupa, y he pensado que usted tal vez podría ayudarme a resolverlo.

-¿Un problema, Fardreamer? ¿Ha adquirido alguno de nuestros androides?

-No exactamente -dijo Cole.

Miró a su alrededor. La pista de descenso, que había estado vacía hacía tan sólo unos momentos, estaba llena de docenas de androides. La mayoría eran modelos que Cole asociaba con el Imperio: androides asesinos de negras planchas; androides de sondeo; androides de combate con sus poderosos brazos y su imprevisible falta de autocontrol... Cole se recordó a sí mismo que se encontraba en una fábrica de androides y que Brakiss probablemente quería demostrarle hasta qué punto dominaba la situación. Cole esperaba oír en cualquier segundo cómo la voz escandalizada de Cetrespeó se alzaba en un grito de protesta, pero hasta el momento no había oído nada.

-Me estaba preguntando si podríamos hablar en privado -dijo. -Normalmente nadie se siente molesto por la presencia de mis androides -dijo Brakiss.

-Bueno, pues dentro de unos momentos comprenderá cuáles son los motivos de mi preocupación -dijo Cole-. ¿Podríamos hablar a solas, por favor?

Brakiss movió una mano y los androides se esfumaron tan silenciosamente como habían aparecido.

-De acuerdo -dijo.

-Supongo que dispondrán de holocámaras de vigilancia -dijo Cole.

Brakiss estaba teniendo que hacer visibles esfuerzos para seguir sonriendo.

-Tenemos vigilantes por todas partes, señor Fardreamer. Sea cual sea el sitio al que le lleve, siempre habrá alguien que nos estará observando.

Es tanto por mi seguridad como por la suya.

Cole hubiese querido mirar por encima del hombro para averiguar si podía ver a Cetrespeó, pero no lo hizo. Se limitó a poner una mano sobre el flanco del carguero y se inclinó sobre Brakiss hasta quedar lo más cerca posible de él.

-Alguien está sabotando sus androides -murmuró.

Brakiss parpadeó y dio un paso hacia atrás antes de lograr recuperar el control de sí mismo.

-¿Qué está diciendo?

Cole asintió y extendió la otra mano, en la que había varios detonadores minúsculos.

-Encontramos estos artefactos en los androides enviados a Coruscant, y hemos seguido la pista de esos androides hasta esta fábrica.

-¿Qué son?

Brakiss parecía más tranquilo, como si nada pudiera hacerle perder la calma. Cole no supo cómo interpretar su reacción inicial. ¿Había fingido no estar enterado de la existencia de los detonadores, o realmente la ignoraba?

-Son detonadores -dijo-. Cuando reciben la orden, acción o código adecuados, hacen que los androides estallen.

-¿Hacen que los androides estallen?

Brakiss se llevó una mano a la cara. Dentro de un nivel de emociones superficial Cole podía creer sin demasiada dificultad que Brakiss estaba muy afectado, pero también podía percibir ira, o algo muy parecido a la ira, oculto debajo de aquella emoción.

Y además estaba volviendo a percibir la misma oscuridad de antes, aquellas tinieblas impalpables cuyo origen no podía localizar con exactitud.

-Me temo que sí -dijo Cole-. Alguno de sus trabajadores podría estar sabotando...

-Sólo uso androides -le interrumpió Brakiss-. No pueden hacer ningún daño a sus amos o a sí mismos.

Cole sintió que se le secaba la boca. Seguía sin haber ni rastro de Cetrespeó o Erredós. Quizá habían logrado huir. Quizá los servicios de seguridad de aquella fábrica no fuesen tan eficientes como parecían.

-Estos detonadores fueron encontrados dentro de los androides -dijo.

-Comprendo -murmuró Brakiss, frunciendo el ceño-. Las necesidades de nuestros clientes varían considerablemente de un caso a otro. ¿Sabe si esos androides fueron enviados directamente a Coruscant?

-No -dijo Cole, sintiendo un tenue alivio. Brakiss parecía creerle-. Lo único que sé es que los androides salieron de esta fábrica. Brakiss asintió.

-¿Y ha venido directamente hasta aquí? -Tan pronto como he podido.

-¿Y por qué no se han puesto en contacto conmigo hasta ahora? Buena pregunta. Cole habría deseado tener una buena respuesta para ella.

-Nosotros... Eh... Bueno, pensé que...

-¿Que podría hacerme chantaje? -La sonrisa de Brakiss se había convertido en una delgada línea de tensión-. Creo que no podrá salirse con la suya, Fardreamer. Yo controlo Telti, y me parece que ha cometido un grave error. De hecho, hubiese tenido que elegir otro sitio para que mantuviéramos esta conversación.

-No estaba pensando en el chantaje.

-Por supuesto que no -replicó con repentina afabilidad Brakiss, que podía resultar irresistiblemente encantador cuando lo deseaba-. Todo ha sido una mera casualidad, ¿verdad? Ha venido hasta aquí a bordo de un carguero registrado a nombre de otra persona y sin haber recibido ninguna clase de órdenes o instrucciones del gobierno de la Nueva República, y debo decirle que todo esto me parece francamente sospechoso.

-El gobierno me ha enviado porque esperaban que usted se avendría a colaborar con nosotros -dijo Cole-. Deseamos llevar este asunto con la máxima discreción posible. Hay androides por todas partes, y la población se alarmaría muchísimo si supiera que los androides son peligrosos.

-Desde luego que sí, señor Fardreamer. -Brakiss cruzó las manos detrás de la espalda. El movimiento apartó la capa de sus caderas, revelando una espada de luz idéntica a la que colgaba de la cintura de Luke Skywalker-. ¿Sabe que es un mentiroso muy poco convincente? Tal vez quiera decirme por qué se ha traído consigo una unidad R2 anticuada y un viejo androide de protocolo.

Cole no sabía mentir demasiado bien. Nunca había querido llegar a dominar el arte de la mentira, y hasta aquel momento tampoco había tenido ninguna necesidad de mentir.

-Viajan conmigo -dijo.

-Comprendo -dijo Brakiss-. Sus androides viajan con usted, y usted les ha dicho que salieran de la nave y que se dedicaran a vagabundear por ahí. ¿Es que no sabe leer? -preguntó, señalando el letrero que advertía de que LOS ANDROIDES PERSONALES DEBEN PERMANECER A BORDO DE LAS NAVES.

-Cuando lo vi ya se habían ido -dijo Cole-. No les pasará nada, ¿verdad?

-No puedo garantizarlo -dijo Brakiss-. Estamos en una fábrica, y los androides suelen venir aquí para ser reparados o reacondicionados.

Quizá acaben desmontados, o puede que sean sometidos a un borrado de memoria.

-Estoy seguro de que usted puede evitar que les ocurra nada malo -dijo Cole, aunque en realidad ya no estaba seguro de nada.

-Desde luego que sí -dijo Brakiss-. Bastaría con que me dijera quién le ha enviado y por qué.

-Ya se lo he dicho -replicó Cole.

Brakiss sonrió. El encanto había desaparecido de repente, y la nueva sonrisa estaba impregnada de crueldad.

-Quizá quiera hacer un segundo intento.

Cole se disponía a responder cuando miró a su alrededor. Los androides habían vuelto. Pero aquellos androides eran distintos a los que había visto antes. Aquéllos eran androides asesinos modificados. Sus rostros de obsidiana carecían de ojos visibles. Sus brazos eran desintegradores, y más armas letales aparecían en el centro de sus pechos.

-¿Qué clase de androides son éstos? -preguntó Cole.

-Son mi ejército personal -dijo Brakiss-. No vacilaré en usarlos..., a menos que me diga por qué Skywalker le ha enviado hasta aquí.

-¿Skywalker?

-Ese androide de protocolo pertenece a su hermana. El androide astromecánico pertenece a Skywalker. Si valora en algo su vida, me dirá qué ha planeado hacer Skywalker.

-Nada -dijo Cole, y no mentía-. He venido solo.

Brakiss inclinó la cabeza hacia un lado como si estuviera escuchando todas las cosas que Cole no había dicho.

-Cruzar la galaxia en solitario puede resultar muy peligroso, Fardreamer.

Cole consiguió sonreír.

-Estoy empezando a darme cuenta de ello -dijo.

## Cuarenta



Los androides solían venir de sitios como aquél, por lo que Erredós no empezó a volver su cúpula de un lado a otro mientras inspeccionaba los alrededores desde la escotilla del carguero. Resultaba obvio que nada de cuanto estaba viendo le sorprendía demasiado.

Abrió la escotilla posterior y salió por ella. Apenas estuvo en el suelo empezó a hacer girar su cúpula de un lado a otro como si estuviera buscando algo.

Erredós alzó su sensor de vídeo y examinó la zona. Después su cúpula se volvió hacia el área astromecánica, que se encontraba a unos ochenta metros a su izquierda. El pequeño androide avanzó por el camino de cemento. Estaba claro que todo aquel lugar había sido diseñado pensando en los androides.

Acababa de llegar al final del camino cuando se encontró con Nuevepeó. Brakiss había enviado a Nuevepeó para que interceptara a Erredós unos momentos antes de ir a recibir a Cole.

-Tú no eres uno de nuestros androides, ¿verdad? -preguntó Nuevepeó.

Erredós no respondió.

-Bien, pues realmente deberías ir a algún otro sitio para que te reacondicionaran. Estoy seguro de que podrían haber llevado a cabo todas las modificaciones necesarias sin que tuvieras que llegar a salir de Coruscant.

Erredós se alejó a toda velocidad. La puerta del edificio astromecánico estaba cerrada. El sensor de vídeo de Erredós buscó otras entradas.

El edificio astromecánico parecía no estar siendo excesivamente utilizado en aquellos momentos, lo cual resultaba bastante lógico teniendo en cuenta que la modernización de los alas-X y de otros modelos de naves permitía que éstas pudieran surcar el espacio sin necesidad de llevar un androide astromecánico a bordo. Pero las unidades astromecánicas podían ser empleadas para otros usos aparte de los relacionados con la navegación espacial. Las unidades mejoradas tenían que ser fabricadas en algún lugar de aquellas instalaciones.

Erredós se desvió hacia la izquierda y fue avanzando por el camino. Nuevepeó se apresuró a seguirle.

-¡Los androides de modelos anticuados no pueden entrar en esta zona! -gritó Nuevepeó-. Debes detenerte inmediatamente.

Erredós siguió adelante. La pendiente incrementó todavía más su velocidad. Estaba rodando ligeramente más deprisa de lo habitual. El androide de protocolo no podía ir tan rápido.

-Mi amo me ha dado instrucciones muy precisas y debes detenerte ahora mismo -dijo Nuevepeó en un tono ya claramente lleno de alarma.

El camino se bifurcó, y esta vez Erredós eligió el ramal de la derecha. La desviación llevaba a una puerta abierta. Erredós se metió por ella, usó sus frenos y se detuvo.

Nuevepeó seguía gritando.

-¡La zona de remodelación está en la superficie! -Repitió la frase varias veces y después bajó repentinamente la voz, como si estuviera hablando consigo mismo-. Condenadas unidades R2... Nunca hacen caso de los modelos superiores.

Erredós se inclinó sobre la pared y usó un haz luminoso muy delgado para examinarla en busca de un ordenador. El ordenador de la pared consistía meramente en un panel. Quienquiera que hubiese diseñado aquella luna había estado pensando en los androides desde el primer momento.

Erredós no podía conectarse al ordenador.

La seca voz del androide de protocolo descendió hasta él.

-Vi cómo desaparecía por este camino -estaba diciendo Nuevepeó-. Creo que debemos organizar una operación de búsqueda. Resulta obvio que no está actuando de una manera racional.

Erredós utilizó un pequeño foco para examinar la sala y vio que casi todo lo que contenía era chatarra, desde equipo averiado hasta montones de filamentos oxidados. Había una puerta abierta al otro extremo. Erredós fue hacia la puerta. La voz de Nuevepeó cada vez sonaba más lejana.

Erredós se adentró en las profundidades de la fábrica de androides de Telti, solo y sin la ayuda de nadie, para poner rumbo hacia lo desconocido.

\* \* \*

Leia no había necesitado demasiado tiempo para llegar a Almanía. Había estado orbitando el planeta durante un rato antes de volver a percibir la presencia de Luke. Después descubrió una zona de atraque cerca del sitio del que procedían aquellas sensaciones. La pista era perfecta para el *Alderaan*: tenía el tamaño y la estructura ideales, e incluso las restricciones de peso encajaban a la perfección. Leia posó su nave sobre ella sin ninguna clase de problemas.

Después se quedó inmóvil en la oscuridad y esperó a que algo empezara a ir mal. Estaba tan nerviosa que no se sentía capaz de confiar en sus percepciones.

Tenía la vaga impresión de que todo el planeta encerraba una indefinible amenaza, y le parecía como si todo estuviera sutilmente vuelto del revés. Había estado experimentando esa sensación desde que entró en la atmósfera, deslizándose sin ser detectada por debajo de sus sensores.

Eso la había preocupado un poco. ¿Estaban enviando naves contra su flota y no vigilaban sus propios cielos? Parecía justo la clase de truco que hubiera podido emplear Vader, como si les estuvieran tendiendo alguna trampa muy sofisticada. Mientras hacía descender el *Alderaan*, Leia se había mantenido en un continuo estado de alerta para detectar la presencia de naves-aguja o cualquier otro tipo de interceptor que pudiera ocultarse detrás de las nubes para lanzar un súbito ataque.

Y no había visto ni una sola nave.

De la misma manera en que aquella zona de ataque también estaba desierta.

El planeta parecía hallarse totalmente desierto, y eso era lo que más la había estado inquietando.

Una vez examinado con mayor atención, incluso el hangar de ataque ofrecía un aspecto de abandono claramente visible, como si nadie hubiera puesto los pies en él desde hacía mucho tiempo. Las baldosas se estaban desprendiendo de la pared y el *Alderaan* había levantado una nube de polvo cuando se posó sobre la pista. Nadie estaba vigilando las puertas o los cielos. Si Leia hubiera entrado volando en un edificio, nadie la habría prevenido.

Teniendo en cuenta que se trataba de un planeta que acababa de declarar la guerra a la Nueva República, todo aquello parecía decididamente extraño.

A menos que Kueller estuviera utilizando los mismos trucos que habían empleado los rebeldes durante su lucha contra el Imperio. Haz lo inesperado. Hagas lo que hagas, siempre debes pillar desprevenido a tu adversario.

Eso significaría que Kueller se hallaba en inferioridad numérica. Los contingentes reducidos siempre utilizaban las tácticas de guerrilla porque eso les proporcionaba una cierta ventaja sobre el enemigo.

De repente deseó poder ponerse en contacto con Wedge. Si supiera que Kueller contaba con muy pocos recursos, Wedge elegiría otra manera de atacar. Pero si pensaba que Kueller disponía de muchas naves, entonces tal vez intentaría recurrir a la estrategia, y podía empezar a guiarse por todos los planes de combate que los militares de Coruscant habían ido desarrollando a lo largo de los años.

No podía captar ninguna presencia cercana. Leia cogió su espada de luz y su desintegrador, y activó las alarmas internas del *Alderaan*. También conectó el sistema de autodestrucción por si se daba el caso de que alguna persona no autorizada conseguía vencer a las alarmas. Luke y Wedge eran las únicas personas de los alrededores que podrían usar la nave.

Y después salió del *Alderaan*.

El aire olía a polvo y a moho, y cada movimiento de Leia creaba pequeñas nubes de polvo. El equipo estaba oxidado, y los paneles de los ordenadores colgaban de las paredes. Aquel hangar no sólo estaba abandonado, sino que había sido concienzudamente asesinado. Alguien se había asegurado de que nunca más volvería a ser utilizado.

Leia fue hacia las puertas. Estaban abiertas, y enseguida vio que habían quedado inmovilizadas en esa posición. Las huellas diminutas visibles en el polvo indicaban que algunos animales habían empezado a utilizar la zona de ataque, pero probablemente no se trataba del tipo de seres para los que había sido diseñada. Leia salió del hangar, dio unos cuantos pasos bajo la cada vez más tenue claridad solar y vio docenas de edificios, todos ellos en un estado de ruina más o menos avanzado.

Parecía como si nadie hubiera vivido en *Almania* desde hacía mucho, mucho tiempo.

Y sin embargo podía percibir la presencia de Luke. Su hermano parecía estar mucho más cerca, y Leia también podía percibir otras presencias. Parecían estar muy lejos, y no podía saber cuántas había.

Tendría que ir siguiendo el rastro invisible de sus percepciones para encontrar a su hermano, y...

Alguien la estaba observando.

La sensación había sido tan repentina y sorprendente como si acabara de ver a alguien cruzando la calle a la carrera, y Leia giró sobre sus talones. Pero estaba sola. No pudo ver a nadie, no pudo oír a nadie y no pudo percibir la presencia de nadie. Nada había cambiado..., salvo aquel repentino erizarse del vello de su nuca y aquel extraño cosquilleo que se había deslizado sobre su piel. Leia bajó la mano para que estuviera más cerca de su desintegrador, permitiendo que sus reflejos se encargaran de llevar a cabo aquel viejo movimiento fruto de la práctica y del nerviosismo.

El hangar estaba lleno de sombras, pero todas permanecían absolutamente inmóviles. Leia no oyó ninguna respiración, y no vio ningún destello en la oscuridad.

Estaba sola.

Y alguien la estaba observando.

¿Un sistema de vigilancia automatizada? Pero todo parecía estar medio en ruinas: los caminos llenos de grietas que se extendían alrededor de las puertas, los cristales hechos añicos... Algo terrible había ocurrido en aquel lugar, y Leia no sabía qué era. Pero sí sabía que aquella catástrofe desconocida tenía que haber eliminado cualquier forma de vigilancia estándar.

Leia respiró hondo. No quería alejarse del *Alderaan*, pero sabía que tenía que hacerlo. La extraña sensación que acababa de percibir quizá procediera de Luke.

O quizá procedía de Kueller.

Probablemente había venido de Kueller. Kueller quería que Leia fuese a Alemania. Le había mostrado a Luke, y no había parado de enviarle mensajes desde el primer momento..., y Leia había conseguido llegar hasta allí con demasiada facilidad.

Eso quizá fuese lo que más la inquietaba de todo lo que estaba ocurriendo. Alguien tendría que haberse dado cuenta de su llegada. Alguien tendría que haber impedido que pudiera posarse en Alemania. Alguien tendría que haber venido a capturarla.

Pero no le quedaba otra elección. Leia tenía que seguir adelante. En cuanto estuvieran juntos, ella y Luke serían más fuertes que Kueller. Tenía que recordar eso.

La clave consistía en encontrar a Luke, naturalmente. Antes de que Kueller le matara...

## Cuarenta y uno



Wedge estaba inmóvil en el centro del puesto de mando del Yavin con las manos detrás de la espalda y las piernas separadas. Su puesto de mando se encontraba encima de una pequeña protuberancia protegida por una barandilla. Los últimos modelos de cruceros estelares que estaban surgiendo de los astilleros de Mon Calamari eran mucho más sofisticados que aquellos a bordo de los que había iniciado su carrera militar. Los nuevos cruceros habían sido contruidos partiendo de cero, a diferencia de aquellos primeros modelos en los que se habían limitado a rediseñar los yates de recreo. Las nuevas naves estaban dotadas de centros de mando circulares que aprovechaban todo el espacio disponible. El centro de mando era una burbuja transparente situada en el centro de la nave y atravesada por varias pasarelas de delgadísimos filamentos que formaban una parrilla de diamantes y que le proporcionaban una visión imperfecta del área superior e inferior.

Los nuevos modelos habían sido diseñados por sus congéneres, pero el almirante Ackbar se había mostrado rotundamente en contra de ellos porque consideraba que permitían que el enemigo localizara el centro de mando con mucha más facilidad. Wedge, en cambio, los encontraba magníficos. Los nuevos cruceros estelares le permitían volver a experimentar las sensaciones de sus tiempos de piloto de caza, cuando sólo se hallaba separado de la inmensidad del espacio por una delgada capa de metal.

También le proporcionaban una perspectiva soberbia y le permitían recordar que en las batallas espaciales, a diferencia de lo que ocurría en las batallas de superficie, los ataques podían llegar desde cualquier dirección. Una nave espacial podía ser atacada desde arriba, desde abajo, desde atrás y desde los lados, y por desgracia muchos comandantes olvidaban esa terrible realidad en cuanto llevaban algunos años alejados del sillón de pilotaje de un caza.

Y ya había transcurrido demasiado tiempo desde la última vez en que Wedge sólo tenía que responder ante sí mismo de las decisiones que adoptara.

A veces echaba de menos aquellos días.

-Una flota de naves acaba de despegar de la superficie del planeta, general -dijo el teniente del nivel inferior.

-Manténgame informado -dijo Wedge.

-Creo que deberíamos reactivar a los androides, señor -dijo Sela. Sela, una mujer delgada y nerviosa que tenía una puntería soberbia y había demostrado ser una ayudante realmente inapreciable en Coruscant, era su lugarteniente. A pesar de sus grandes cualidades, Sela aún tenía que demostrar su valía en una situación de combate.

-Podemos luchar sin ellos -dijo Wedge.

-Si el general me permite decirlo, el hecho de no poder contar con ellos hará que nuestros servicios de apoyo tengan que enfrentarse a bastantes dificultades suplementarias.

Wedge asintió.

-Pero la presidenta Organa Solo se ha tomado bastantes molestias para informarnos de lo que ocurre con los androides. Creo que deberíamos respetar su elección.

-La presidenta Organa Solo no manda la flota -dijo Sela.



Wedge discutió consigo mismo si debía reprocharle aquella infracción de la etiqueta militar o pasarla por alto, y acabó optando por no ser demasiado duro con ella.

-La presidenta Organa Solo ha mandado a más soldados en situaciones de combate de los que usted ha visto jamás durante toda su vida, Sela. Los años me han enseñado a prestar atención a sus sugerencias.

Sela suspiró. Su reacción dejaba muy claro que había captado la suave reprimenda.

-Sí, señor.

-Aun así, mayor, si consiguiera encontrar una forma de duplicar los servicios que iban a prestarnos los androides sin necesidad de reactivarlos o apartar de puestos esenciales a nuestro personal... Bueno, en ese caso le quedaría muy agradecido.

Sela sonrió y asintió.

-Sí, señor.

Después giró sobre sus talones y se fue a toda prisa por la pasarela, como si hubiera estado deseando recibir aquella orden desde el primer momento.

-Esas naves se están acercando con una gran rapidez, señor -dijo Ginbotham desde el nivel inferior.

Ginbotham era un hig, una esbelta criatura azulada famosa por la habilidad con que sabía pilotar cualquier clase de nave.

-¿Qué quiere decir exactamente con eso? -preguntó Wedge. -Que son más veloces que cualquiera de nuestras naves, señor.

-Me resultan familiares, señor -dijo Ean, un mon calamariano-. Creo que son naves imperiales.

-¿Qué? -exclamó Wedge-. ¿Cómo es posible?

-Me baso en su diseño, señor. Son Destruidores Estelares de la clase Victoria, y todas las modificaciones que he detectado encajan con el estilo imperial.

-¿Cuántos hay? -preguntó Wedge, al que todo aquello no le estaba gustando nada. Ya se había enfrentado a destructores de la clase Victoria con anterioridad. Aquellas naves tenían sus debilidades, pero resultaba bastante difícil explotarlas-. ¿Con cuántos enemigos vamos a tener que enfrentarnos?

-Llevo contados tres, señor -dijo Ean-, junto con todo un contingente de apoyo de cazas TIE. Aunque hay algo raro en esos cazas...

-Averigüe qué es exactamente -dijo Wedge-. Informe a Sela de que vamos a necesitar los alas-A, y que deben desplegarse por el espacio lo más pronto posible.

Respiró hondo. No era lo que esperaba, desde luego. Una flota más o menos improvisada compuesta por varias naves anticuadas de distintos modelos o incluso quizá una fuerza de apoyo planetaria eran opciones que entraban en sus cálculos, pero Destruidores Estelares y en un número tan elevado... No, eso era algo totalmente inesperado.

Kueller contaba con personal militar bien adiestrado capaz de manejar algunas de las naves más poderosas de la galaxia. ¿Cómo había conseguido llegar a acumular tales recursos en tan poco tiempo?

¿Y por qué seguía pareciéndole que había algo indefiniblemente erróneo en toda aquella situación?

Wedge no disponía del tiempo necesario para tratar de encontrar una respuesta a esas preguntas. Se dispuso a dar las instrucciones necesarias para que la flota adoptara el plan de batalla 2-B..., y durante un momento sintió la tentación de retrasar esa orden. Algo iba mal. No sabía qué era, pero estaba seguro de ello.

-Comunique a Sela que debe volver inmediatamente al centro de mando y póngame en contacto con el general Ceousa -dijo.

-¿Vamos a romper el silencio de comunicaciones, señor? -preguntó Ean.

Wedge asintió. Tenía que saber si los instrumentos de Ceousa mostraban al mismo escuadrón dirigiéndose hacia ellos y averiguar si Kueller se las había arreglado de alguna manera misteriosa para manipular el equipo sensor de la flota. Tanto Leia como el mensaje que le había remitido a través de sus oficiales parecían sugerir que Kueller había logrado sabotear los androides. Quizá también era capaz de controlar sus sistemas sensores.

Aun así, Wedge tenía que prepararse para una batalla a gran escala.

Y por primera vez en años, estaba bastante nervioso.

Wedge siempre había odiado las sorpresas.

\* \* \*

Todos los efectivos militares de que disponía, que ascendían a varios millares de hombres entre soldados y personal de superficie, estaban surcando el espacio a una velocidad vertiginosa. Kueller nunca había esperado tener que llegar a usarlos.

Pero estaba preparado. A pesar de lo que le había dicho a Yanne, disponía de planes para enfrentarse a cualquier contingencia posible. Eso no impedía que estuviera un poco sorprendido ante el fracaso de su arma. Los objetivos que hubiera debido aniquilar seguían con vida, y otras personas habían muerto en su lugar. Los androides no habían sido enviados al lugar adecuado.

Brakiss pagaría muy caro aquel error.

Pero eso tendría que esperar, porque de momento Kueller debía concentrarse en la batalla.

La proximidad de Leia Organa Solo creaba un nuevo factor de distracción. Kueller había captado su presencia en cuanto su nave entró en la atmósfera, pero no había vuelto a observarla desde entonces. No resultaría difícil de localizar. Sus poderes Jedi indicaban su situación con tanta claridad como si la estuvieran apuntando con el haz luminoso de un potente reflector.

Ya tendría tiempo de ocuparse de ella después de haber derrotado a su flota.

Kueller casi deseó que Leia Organa Solo estuviera en una de aquellas naves.

Casi...

Pero conocía muy bien los riesgos que eso hubiera supuesto, y lo último que necesitaba en aquellos momentos era tener que enfrentarse a nuevos riesgos. Estaba a punto de alcanzar sus objetivos, y no podía permitirse el lujo de bajar la guardia.

Fuera cual fuese el desenlace de la batalla que se iba a librar en el espacio, tendría mucha menos importancia que el que consiguiera derrotar a Skywalker y a su hermana. En cuanto hubieran desaparecido, la galaxia sería suya. Bastaría con un solo instante para que todas las amenazas que pesaban sobre él desaparecieran de una vez.

Siempre que Brakiss no hubiera vuelto a traicionarle, naturalmente...

-El comandante Bur desea saber si dirigiréis la batalla desde aquí, mi señor -dijo Gant, su nuevo asesor y consejero.

Kueller sonrió. Sus esbirros nunca sabían qué iba a hacer en un momento dado.

-Dile al comandante Bur que confío plenamente en sus capacidades militares..., y que observaré todo lo que ocurra a través de las pantallas.

-Sí, mi señor -dijo Gant.

Aquella advertencia era más que suficiente. Todos sabían que Kueller no perdonaba el fracaso. Si llegaba a percibir aunque sólo fuera la más mínima sombra de debilidad o temor en su comandante favorito, ese comandante moriría. Kueller nunca dirigiría una flota en el sentido tradicional de la palabra, y siempre había pensado que los líderes que perdían el tiempo con trivialidades del tipo de quién eliminaba a quién acababan perdiendo las batallas. Pero haría cuanto pudiese desde la superficie de Almanía. Lo único que le importaba era que la batalla siguiese el curso que había previsto para ella.

Y le daba igual quién sobreviviera, con tal de que ni un solo enviado de la Nueva República llegara a poner los pies en Almanía.

Salvo Leia Organa Solo, naturalmente...

## Cuarenta y dos



Han estaba loco de preocupación por Leia. Más bombas en Coruscant... Leia quizá estuviera uerta. Por lo que sabía, todo el planeta podía estar ardiendo.

Esperaba que Leia hubiera conseguido poner a salvo a los niños.

Retrocedió un par de pasos y se alejó de Azul, de otra persona que había resultado ser muy distinta a como creía y que en realidad nunca había sido su amiga, y la dejó a solas con el cuerpo de Davis. Los gritos y los alaridos de dolor seguían resonando a su alrededor. Lando estaba activando los sistemas del *Dama Suerte*, ya que Han había conseguido reparar los circuitos suficientes para permitirle utilizar los alimentadores energéticos.

Chewbacca estaba junto a él. Han no podía saber qué parte de la conversación había oído.

-Hemos de salir de aquí -dijo-. Esas explosiones habían sido calculadas para destruir Coruscant.

Chewbacca gimió.

-Pero no podemos dejar abandonadas a todas estas personas en semejante situación, ¿verdad?

El cerebro de Han estaba funcionando más deprisa que su boca. Quería salir de allí y abandonar el Pasillo de una vez para poder ponerse en contacto con Coruscant y averiguar si alguien había sobrevivido.

Y por encima de todo, Han tenía que averiguar si Leia había sobrevivido.

Le temblaban las manos. Sólo podía ver a su bella esposa, con su traje blanco ennegrecido y lleno de desgarrones, la cabellera cayéndole alrededor de las orejas, la nariz sangrando y el cuerpo doblado por el terrible esfuerzo de sostener a un senador que pesaba tres veces lo que ella. Eso era lo que le había visto hacer a Leia después del atentado en la Sala del Senado. Si Han no la hubiera sacado de allí, Leia tal vez habría acabado derrumbándose.

Y Han no estaba allí para rescatarla en aquel momento...

Chewbacca le estaba hablando. Han no había oído nada aparte de su último gimoteo.

-Ya lo sé, amigo, ya lo sé -dijo, tratando de ganar tiempo--. Esta gente nos necesita. Averigua cuántas naves pueden volar y de qué poder de rescate disponemos. Después activaremos los sistemas del *Halcón*. Quiero estar entre las primeras naves que salgan del Pasillo. Entonces por fin podremos enterarnos de qué ha ocurrido en Coruscant.

Chewie soltó un gemido ahogado.

Han asintió.

-También averiguaremos cuál es la situación en Kashyyyk. Estoy seguro de que tu familia se encuentra perfectamente. Allí nunca ha habido muchos androides, por lo menos que yo recuerde.

Chewie gruñó para indicar que estaba de acuerdo con él y después se alejó por entre la humareda para averiguar de cuántas naves podían disponer. Han respiró hondo, agradeciendo llevar puesta la máscara. El humo ya no era tan espeso, pero todavía tardaría un buen rato en llegar a disiparse del todo. Los filtros que limpiaban y purificaban la atmósfera de Salto 1 nunca habían sido demasiado eficientes, y Han se preguntó cuántos heridos morirían únicamente debido a haber inhalado aquel humo.

Algunos contrabandistas con experiencia médica se estaban abriendo paso por entre los cascotes e iban formando distintos grupos con los supervivientes. Han sabía qué estaban haciendo, aunque lo deploraba. Estaban separando a los que tenían alguna probabilidad de sobrevivir a las próximas horas de quienes no podrían hacerlo. Sus recursos médicos eran muy limitados, por lo que los heridos que tenían algunas probabilidades de sobrevivir serían los primeros en recibir tratamiento. Los morados y pequeños cortes tendrían que esperar, naturalmente, pero los procedimientos médicos de más alto riesgo también tendrían que esperar. Salvar varias vidas siempre resultaría preferible a perder esas vidas y a la persona que estaba siendo operada porque alguien no había sabido utilizar eficientemente el poco tiempo de que disponían.

Tiempo... Aquello podía estar ocurriendo en todas partes. De hecho, podía estar ocurriendo en Coruscant en aquel mismísimo instante.

Leia...

Han echó a andar por entre los montones de cascotes, resistiendo el impulso de empuñar su desintegrador y matar a Azul de un disparo. Eso sólo serviría para proporcionar un nuevo combustible a su ira. Aquella clase de venganza sólo serviría para empeorar todavía más la situación.

Pero haría que se sintiera un poco menos impotente.

Porque sabía que aquella escena de devastación se estaría repitiendo por todo el Pasillo a pesar de los esfuerzos de los equipos médicos y de los otros supervivientes. Salto 1 disponía de androides, pero los Saltos 2, 3, 5 y 72 también. Han estaba dispuesto a apostar todos los créditos que llevaba encima a que incluso el asteroide de Nandreeson, Salto 6, también disponía de unos cuantos androides. Aun así no había que olvidar que Nandreeson ya no existía, por lo que allí la pérdida de vidas quizá hubiera sido mínima.

Subió por la rampa y entró en el *Halcón*. Una vez dentro quitó los asientos desmontables para obtener el máximo espacio libre y fue llenando las pequeñas zonas de almacenamiento con todos los objetos que no eran imprescindibles. Eso tendría que permitirle poder transportar a un grupo de heridos bastante numeroso.

Bajó corriendo por la rampa. La humareda ya casi se había disipado del todo. Recorrió la devastación con la mirada y vio que Lando estaba subiendo camillas con heridos al *Dama Suerte*. Chewie estaba hablando con los sullustanos que habían apagado los últimos incendios, y todos asentían con la cabeza mientras hablaban.

Han se detuvo junto a uno de los pocos especialistas médicos de que disponían.

-Puedo sacar de aquí a unos cuantos heridos graves -dijo-. Vamos a subirlos a mi nave.

El rostro del médico estaba cubierto de sangre y hollín. No paraba de limpiarse las manos con las franjas antisépticas de su equipo médico, pero incluso Han podía ver que eso no le estaba sirviendo de mucho. El médico también tenía varios pares de guantes, y se los iba cambiando cada vez que se disponía a atender a un nuevo paciente.

-Ni siquiera sé por dónde empezar... -dijo.

Han sintió que se le revolvía el estómago. El médico perdería a otro herido por cada uno que salvara. Hicieran lo que hicieran, la muerte acabaría saliéndose con la suya. Tenían que enfrentarse a un tipo de elecciones que nadie debería tener que hacer jamás.

Chewbacca acababa de volver. El wookiee tuvo que usar toda la potencia de sus pulmones para que sus gruñidos pudieran ser oídos por encima de los gritos de los heridos.

-¿Quince naves? Es mejor de lo que me esperaba -dijo Han-. ¿Por qué no haces que empiecen a subir heridos al *Halcón*? Quiero formar parte de la primera oleada de naves que salga de aquí.

Chewie emitió un gruñido de asentimiento y fue corriendo hacia el médico, y entre los dos empezaron a examinar a los supervivientes para decidir cuáles debían ser trasladados.

Han continuó avanzando por entre los escombros. A medida que el humo se iba disipando, pudo ver cada vez más y más trozos de cuerpos esparcidos por entre las rocas y los fragmentos de metal que todavía estaban muy calientes: dedos, alas, una cabeza separada del cuerpo... El hedor de la carne quemada hizo que ya su bastante afectado estómago amenazara con expulsar todo lo que contenía. Pero esta vez Han fue estrechando las manos que se alargaban hacia él cuando pasaba junto a los heridos.

-Te sacaremos de aquí -repetía una y otra vez con la esperanza de que esa promesa permitiría seguir viviendo a los heridos hasta que algunos de ellos consiguieran recuperarse..., porque a veces un poco de esperanza podía llegar a hacer milagros.

Cuando por fin logró llegar al *Dama Suerte*, vio que Lando estaba subiendo a bordo a un ruuriano. El pelaje de aspecto lanoso del alienígena estaba chamuscado, y las delicadas antenas que brotaban de su rostro habían sido casi totalmente consumidas por las llamas. Su diminuta boca no paraba de abrirse y cerrarse, y aquel movimiento incesante era la única señal de que todavía estaba vivo.

-Necesitaremos varios días sólo para encontrar a todo el mundo, Han -dijo Lando, inclinándose bajo el peso del herido mientras subía por la rampa.

El *Dama Suerte* había quedado reducido a una pálida sombra de sí mismo. Seluss estaba haciendo las últimas reparaciones en los sistemas de ordenadores.

Han contempló al sullustano con el ceño fruncido.

-¿Crees que puedes confiar en él?

-Quizá no, pero me da igual -replicó Lando-. Me ayudará a sacar a los heridos de esta roca, y eso es lo único que importa.

Han asintió. Ya había heridos acostados por todas partes. El *Dama Suerte* había dejado de parecer un yate de recreo para convertirse en un navío-hospital de los tiempos de la Rebelión. Los gemidos y gritos de dolor eran casi insoportables. Sstys sin pelo, oodocs sin pinchos, humanos sin brazos... La proximidad de los heridos hacía que la devastación pareciera mucho más personal.

-Voy a sacar de aquí a unos cuantos heridos. Azul me ha dicho que los androides que estallaron hubieran tenido que ser enviados a Coruscant.

-¿Azul? -Lando acostó al ruuriano encima de una litera junto a un rodiano que había perdido los dos ojos-. Pero yo pensaba que...

-Azul estaba trabajando para alguien llamado Kueller que opera desde Almanía. Kueller quiere matar a Leia.

-Almanía... -Lando se incorporó y se llevó una mano a los riñones, apretándoselos como si le dolieran-. Así que todo parece girar alrededor de Almanía, ¿verdad?

Han asintió.

-Supongo que le he servido de cebo.

-Si los androides tenían que ser enviados a Coruscant... -Lando no llegó a completar la frase. Sus labios se curvaron en una tenue sonrisa-. Voy a decirte qué haremos, viejo amigo: yo me encargaré de llevarme a los heridos que estén más graves, y tú irás a hacer lo que tengas que hacer.

Han le apretó suavemente el hombro en un silencioso gesto de agradecimiento.

-Eres un buen amigo, Lando. Ya lo sabía, pero este viaje al Pasillo me lo ha confirmado una vez más.

-Me he reformado, Han -murmuró Lando-. Hubo un tiempo en el que no era mucho mejor que Azul.  
Han meneó la cabeza.  
-Tú nunca habrías tomado parte en esto, Lando. Azul sabía qué ocurriría cuando esos androides estallaran. Lando torció el gesto.  
-Karrde dijo que las cosas habían cambiado mucho por aquí. No me extraña que nunca haya querido volver al Pasillo.  
-Desde luego. -Han empezó a bajar por la rampa y se detuvo después de haber dado un par de pasos-. Gracias -dijo.  
Lando intentó sonreír, pero no lo consiguió.  
-Tú lo tienes todo, amigo..., y te envidio por eso.  
-Algún día tú también conseguirás encontrar lo que andas buscando,  
Lando -murmuró Han.  
-Algún día... Sí, supongo que sí -dijo Lando, y se volvió hacia el ruuriano para tratar de colocarlo en una posición que le permitiera estar más cómodo.  
Han bajó corriendo por la rampa. Esperaba seguir teniéndolo todo. Perder a Leia y a los niños era una amenaza constante que parecía ensombrecer cada momento de su vida, y no quería ni pensar en ella. Sabía qué haría si mataban a su familia..., y sabía que no sería nada agradable de ver.  
Si le ocurría algo a Leia y a los niños, nadie volvería a poder decir jamás que Han Solo era un buen hombre.

\* \* \*

La criatura le lamió.  
Luke se protegió la cabeza con los brazos mientras aquella lengua increíblemente lisa y suave se deslizaba sobre él una vez, y otra, y otra más. La pestilencia era espantosa, pero la sensación resultaba curiosamente agradable. El terrible dolor de su espalda parecía estar calmándose poco a poco.  
Y Luke empezó a tener la sensación de que acababan de envolverle en una gruesa manta.  
Había leído historias sobre aquel tipo de cosas, y sabía que había ciertas criaturas cuya saliva contenía una sustancia anestésica para que la víctima no sintiera ningún dolor mientras moría. Aun así, Luke siempre había pensado que el anestésico también erosionaría su deseo de vivir..., y no era así. De hecho, casi le parecía como si estuviera recuperando las fuerzas.  
Pero no podía moverse. La lengua pesaba mucho, y le mantenía inmovilizado.  
Y entonces una imagen fue apareciendo dentro de su mente. Luke vio a un Luke diminuto que se encogía sobre el suelo y que empuñaba un arma, y vio la sangre y sintió el dolor que le traspasaba la mano..., no, la pata. Percibió la confusión -¿por qué aquellas criaturas siempre le estaban haciendo daño?- y la terrible y profunda soledad, y la desesperada nostalgia del frescor de los bosques y el agua y la luz del sol.  
La luz del sol...  
Aquella criatura... El thernbee echaba de menos la luz del sol.  
El thernbee tenía poderes psíquicos. Aquella criatura tenía poderes psíquicos, y acababa de utilizarlos para establecer contacto con la mente de Luke.  
-Eh... -dijo Luke, con la voz ahogada por la enorme lengua-. Necesito respirar.  
La lengua se apartó inmediatamente. Luke percibió la punzada de miedo que atravesó la mente de la enorme criatura y la tenue esperanza de que no volvería a ser atacada. Después respiró hondo y extendió la mano hacia ella.  
-Mi mano está vacía -dijo-. ¿Lo ves?  
La criatura ladeó la cabeza. No le entendía.  
Luke formó una imagen dentro de su mente: la imagen mostraba cómo rompía las largas astillas de madera sobre su rodilla y arrojaba los fragmentos lejos de él. Después se imaginó a sí mismo sacando la astilla de la pata del thernbee y curando la herida.  
«Lo siento mucho -le dijo con la mente-. Creía que ibas a hacerme daño.»  
El thernbee empezó a enviarle imágenes que le mostraron cómo era atacado por seres minúsculos que le mordían y le golpeaban, y que no paraban de gritar mientras agitaban palos y le amenazaban con llamas. El thernbee los apartaba con sus enormes patas, y los seres minúsculos acababan muriendo. Sus comidas

llegaban de una manera tan irregular que a veces tenía que comerse a los muertos, algo que le producía una vaga repugnancia sólo de pensarlo. Lo que había comido le revolvía el estómago. Al estar encerrado había tenido que masticar su comida, lo cual le parecía todavía más repugnante. Los thernbees podían comer carne, pero preferían la vegetación y unas criaturas pequeñas y muy escurridizas que recordaban un poco a las serpientes. Los dientes de los thernbees habían sido hechos para partir las ramas y arrancar las hojas, y para introducir a las criaturas escurridizas dentro de su boca. Los thernbees preferían engullir una gran comida y pasar varias semanas sin volver a comer. Pero en aquel lugar había tenido que conformarse con bocados insignificantes.

Su cuerpo era tres veces más pequeño de lo que hubiera debido ser.

El thernbee se estaba muriendo de hambre.

Muy lentamente.

Solo en la oscuridad.

Luke se estremeció. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba allí la criatura, pero dedujo que debía de haber sido bastante. Se levantó y fue hacia ella, y después señaló los barrotes de la reja del techo. Luke se imaginó al thernbee desprendiendo la reja del techo con un empujón de sus patas.

El thernbee se incorporó sobre sus patas traseras y estiró su largo cuerpo. La reja quedaba un metro más arriba de la máxima altura que podía alcanzar con sus patas.

Después el thernbee le mostró todos sus intentos de huir, cómo había intentado llegar hasta los guardias y cómo había tratado de saltar o de utilizar trozos de madera. Nada de todo aquello había conseguido aflojar la reja.

«Yo podría hacer saltar por los aires esa reja», pensó Luke.

El thernbee volvió a lanzarle una mirada entre perpleja e interrogativa. Sus ojos eran redondos y azules e inmensamente dulces, y su nariz era de un delicado color rosado. Sus dientes terminaban en los bordes romos típicos de los animales vegetarianos.

Luke se preguntó cómo había podido llegar a pensar que aquella pobre criatura era peligrosa.

Se imaginó encaramado a las patas del thernbee, deslizándose a través de los barrotes de la reja y liberando al thernbee.

La criatura se sentó sobre sus cuartos traseros y lanzó una rápida mirada a la reja, y después miró a Luke y le envió una imagen de Luke pasando por entre los barrotes de la reja y desapareciendo para siempre.

Ya había ocurrido antes. La criatura le mostró a varios humanos que habían hecho exactamente lo mismo en cada ocasión. Las imágenes venían acompañadas por una enorme tristeza, y una considerable reluctancia a volver a confiar en un humano.

Luke reflexionó durante unos momentos. Después permitió que sus recuerdos se fueran infiltrando en las imágenes, y se mostró a sí mismo ejercitándose con Yoda, ayudando a los jawas a bordo del Ojo de Palpatine y hablando con Anakin, Jacen y Jaina en el centro médico. Mostró ejemplos de cómo entrenaba a estudiantes de distintas especies, y todo cuanto pudo de la filosofía Jedi. Estar limitado a las imágenes hacía que todo pareciese un poco ridículo, pero al parecer Luke logró transmitir el mensaje que pretendía enviar.

El thernbee extendió su pata izquierda, la que no estaba herida.

Luke se subió a ella sin vacilar y empezó a trepar. No podía descargar el más mínimo peso sobre su tobillo izquierdo y tenía que hacer casi todo el esfuerzo mediante sus brazos, por lo que la ascensión resultó bastante difícil. Luke llegó al final de la enorme almohadilla y rodeó la garra con los brazos. La garra era casi tan larga como su pierna, y Luke tuvo que estirar los brazos cuanto pudo para no perder el equilibrio. El thernbee se mantuvo inmóvil sobre sus patas traseras, estiró su largo cuerpo y trató de llegar lo más cerca posible de la reja. Luke se incorporó, apoyándose cautelosamente en la garra, y consiguió llegar hasta los barrotes. Después tiró de ellos y se deslizó a través de la reja.

El aire de aquel piso olía mejor y parecía más puro. El corredor era bastante ancho y estaba muy limpio. Las paredes estaban hechas de una sustancia que Luke nunca había visto anteriormente: era grisácea y recordaba un poco al papel, y estaba embellecida por una delicada trama de pequeños dibujos. Luke no disponía de tiempo para examinarlos. Se inclinó sobre la reja y miró hacia abajo.

El thernbee volvía a estar sentado sobre sus cuartos traseros y sus ojos relucían en la oscuridad. Luke le envió una imagen del piso superior. Después examinó los alrededores de la reja para averiguar si podía desprenderla de las piedras.

-Tienes que tirar de la palanca -dijo una voz detrás de él-. Está justo ahí, a tu izquierda.

Luke se volvió en esa dirección. Una palanca surgía de las baldosas del suelo cerca de la pared.

Alrededor de la palanca había cuatro guardias que le apuntaban con sus desintegradores. Llevaban uniformes de las tropas de asalto. El guardia que acababa de hablar se había quitado la máscara, y señaló el otro extremo de la sala con una inclinación de la cabeza.

Luke se volvió y vio que había siete guardias más apuntándole desde el otro lado.

Una desesperación tan intensa que casi le hizo perder el equilibrio invadió todo su ser. La sensación procedía del thernbee. Luke quería enviarle una imagen para advertirle de que no debía dejarse dominar por el abatimiento, pero no sabía cómo hacerlo y además tampoco disponía del tiempo necesario para concentrarse.

-¿Qué te hace pensar que quiero usar la palanca? -preguntó.

El soldado de las tropas de asalto se encogió de hombros.

-Liberar al thernbee crearía un caos muy considerable.

Tenía razón, desde luego. Luke deseó haber pensado en ello apenas vio la palanca. Podría haber llegado hasta ella de un salto y la situación

habría cambiado al instante. Pero no se le había ocurrido que podía usar la palanca, y eso quería decir que tendría que vencer a los guardias sin la ayuda del thernbee.

-Supongo que vuelvo a ser vuestro prisionero -dijo-. ¿Qué planeáis hacer conmigo?

Nadie le respondió. Luke les sonrió.

-¿Os habéis enfrentado alguna vez a un Maestro Jedi?

Los guardias le miraron, perplejos. Luke utilizó su pie sano para saltar al otro lado de la reja y golpear la palanca con su tobillo fracturado, obligándola a retroceder sin hacer caso del dolor. Mientras lo hacía, utilizó todo el poder de su voluntad para atraer los desintegradores hacia él. Un viento terrible surgió de la nada y arrancó las armas de las manos de los guardias, lanzándolas por los aires e impulsándolas hacia Luke. El esfuerzo le había dejado agotado, Luke se preguntó si a Vader le habría ocurrido lo mismo cuando utilizó ese truco en la Ciudad de las Nubes.

Y entonces la reja se abrió con un ruidoso chasquido metálico, estando a punto de derribar a dos de los guardias. Los desintegradores resbalaron por el suelo y acabaron deteniéndose alrededor de los pies de Luke. Los guardias se agarraban a las paredes, el suelo e incluso a los cantos de la reja para evitar ser arrastrados por el vendaval que Luke acababa de crear.

Luke se inclinó para recoger los desintegradores en el mismo instante en que algo enorme, peludo y blanco se deslizaba a través de su campo visual. El thernbee había salido de su celda mediante un ágil salto. Luke permitió que el vendaval se fuera disipando. Los guardias huyeron aullando apenas fueron capaces de volver a poner los pies en el suelo.

Luke se volvió hacia el thernbee y le sonrió. Los ojos de la criatura chispearon en la penumbra.

-Esta vez los hemos pillado por sorpresa -dijo. Recogió los once desintegradores y empezó a buscar formas de sujetar algunos de ellos a sus ropas-. Pero presiento que a partir de ahora las cosas no van a ser tan fáciles.

## Cuarenta y tres



Los cazas TIE fueron los primeros en llegar, desplegándose en vertiginosas pasadas con su característico zumbido..., o por lo menos así era como Wedge se imaginaba que estaría ocurriendo.

Estaba inmóvil en el centro de mando y contemplaba a los cazas TIE en los monitores de tres sistemas de ordenadores tácticos distintos. Si examinaba el espacio a su alrededor podía ver puntitos que probablemente eran los Destruidores Estelares, pero no podía ver a los cazas. Wedge no podría verlos a menos que estuvieran prácticamente encima de él.

Oh, cómo echaba de menos el combate.

-El Escuadrón Azul acaba de establecer contacto con los cazas TIE, señor -dijo Ginbotham.

-Oigamos las transmisiones -dijo Wedge.

Los crujidos y siseos causados por la escasa potencia de los sistemas de comunicaciones de los alas-A surgieron de la nada y se extendieron por

todo el centro de mando.

-Recibido, Azul Cinco.

-... enviando más cazas. ¡No puedo creer que dispongan de tantas naves!

-Mantenga la formación, Azul Diez.

Wedge tenía los puños apretados y no apartaba los ojos de la pantalla.

Quería empuñar la palanca de control y dar la orden de atacar a los cazas

TIE, pero tenía que limitarse a coordinar la acción..., y no había nada en todo el universo que odiara más.

-Vigila tu espalda, Verde Ocho.

-Lo veo.

-Avanza hasta tres coma uno, Verde Ocho. Yo me ocuparé de él. -Recibido.

-Lo tengo. Voy a... Estática.

El puntito que indicaba la posición de Verde Seis en la pantalla acababa de desaparecer. De repente había docenas de cazas TIE esparcidos por toda aquella zona.

-Van a acabar con ellos -dijo Sela-. Necesitamos refuerzos. -Todavía no -dijo Wedge-. No sabemos de cuántas naves disponen.

-No pueden tener muchas. Por todo lo que sabemos, el Imperio nunca llegó a tener demasiadas naves en reserva.

El comentario de Sela le molestó. Las voces seguían sonando a su alrededor.

-... perdido el contacto táctico, Líder Amarillo. Vuelvo a la base. -Recibido, Amarillo Dos.

-Líder Verde, capto a ocho cazas TIE más en el vector cinco coma tres. -Los veo...

Dos puntitos que representaban a un par de cazas TIE desaparecieron del mapa de Wedge, y tres de los puntos luminosos que representaban a sus cazas se desvanecieron un instante después. Wedge frunció el ceño.

-... debajo de ti, Azul Ocho. Voy a por él.

-Es demasiado tarde...

La voz desapareció entre un grito que terminó en otro estallido de estática.

-... vector uno coma ocho. Cuento seis más recién lanzados. -Recibido, Líder Azul.

-¡Lo tengo! ¡Lo tengo! Voy a...

Más puntos desaparecieron de la pantalla. Wedge intentó concentrarse en las formaciones que mostraba. Lo que estaba viendo en ella era el despliegue del típico escuadrón de cazas de combate imperial, con todos los cazas TIE formando un dibujo muy familiar..., y que Wedge no había vuelto a ver desde la batalla de la Estrella de la Muerte.

«Destruí a los habitantes de Pydyr utilizando un arma mucho más elegante y sofisticada que una Estrella de la Muerte o un Destructor Estelar... »

Seis puntitos más desaparecieron bruscamente de la pantalla cuando los grupos de ataque de Wedge cayeron sobre una formación de cazas TIE.

-... me dirijo hacia la zona de lanzamiento. Cubridme las espaldas...

Y Wedge había visto los anuncios de la chatarra imperial que ofrecían montones de armamento en venta, fuera cual fuese su estado, y que eran adquiridos a cambio de grandes sumas de dinero.

-... todo el Grupo Verde. Acabad con tantos cazas TIE como podáis. Tenernos que concentrarnos en esos Destruyores...

«Prefiero las armas elegantes y sencillas. ¿No opina lo mismo que yo.'»

¿Y qué haría Wedge si dispusiera de un arma elegante y sencilla y estuviera esperando el momento más adecuado para utilizarla?

Lo que haría sería lanzar un ataque con todas sus fuerzas para distraer al enemigo que se estaba aproximando a ella.

-Cambio de planes -dijo, dando la espalda a la consola-. Quiero que toda la flota se dirija hacia el planeta.

-Pero señor... -empezó a decir Sela, y su tono de voz dejaba muy claro que temía que Wedge se hubiera vuelto loco.

-Nuestro oponente está usando todos sus efectivos convencionales y confía en que esa temible arma letal suya acabará con nosotros. Esos cazas y esos Destruyores Estelares no son más que una trampa. Informe al general Ceousa de que sus grupos de combate deben evitar la confrontación directa con el enemigo, y



dígale que debe dirigirse hacia Almanía dando un rodeo por arriba o por los lados. Kueller no dispone del poderío militar necesario para enfrentarse a una maniobra de flanqueo. Quiero que el resto de las naves se lancen sobre sus fuerzas y que acaben con ellas.

-Pero si esto no es más que un atisbo de su verdadera potencia de fuego sería un auténtico suicidio, señor.

Wedge se encogió de hombros. La misión había empezado a parecerse a un suicidio desde el primer instante. De momento sólo se trataba de un suicidio político, pero tal como estaban las cosas quizá sería mejor que llegaran hasta el final.

\* \* \*

Los androides iban hacia Cole. Cetrespeó contempló su rápido avance. Eran androides asesinos de un modelo modernizado que poseía cañones láser en el pecho. Cuando los androides hubieran acabado con él, no quedaría nada de Cole. Pero Cetrespeó no podía hacer nada. Estaba demasiado lejos.

Y además tenía sus propios problemas.

El túnel en el que se hallaba llevaba a un departamento de circuitos. Un letrero advertía de que cualquier androide no identificado que fuera encontrado en aquella zona sería desmontado al instante.

-Mira, un androide de protocolo. -La voz nasal pertenecía a un androide gladiador-. Y de un modelo muy antiguo.

-No deberías usar ese tono tan despectivo conmigo -empezó a decir Cetrespeó mientras se volvía hacia la voz..., y se calló apenas vio a su propietario.

Aquel androide acababa de salir de la cadena de montaje. Era de un rojo tan resplandeciente como si hubiera sido construido con un millar de monedas rojas, y sus ojos ardían con un oscuro resplandor en su rostro anguloso y de contornos afilados.

-¿Y por qué no, montón de chatarra pasada de moda?

-Porque... Eh... Porque yo... -Cetrespeó volvió la cabeza de un lado a otro-. Porque domino con fluidez más de seis millones de formas de comunicación.

-Y apuesto a que ni una sola de ellas podría convencerme de que te permita seguir entero -dijo el androide gladiador en un tono casi alegre. -Ah... Disculpame -dijo Cetrespeó-. Eres un androide gladiador, ¿verdad?

-¿Acaso importa? Sea lo que sea, sigo siendo capaz de arrancarte los miembros en un tiempo récord.

-No lo dudo -dijo Cetrespeó-. Aunque me pregunto por qué ibas a querer hacer algo semejante. Sólo soy un androide de protocolo, y no veo qué interés puedo tener para ti.

-Muchísimo -replicó el androide gladiador-. Has entrado aquí sin autorización, y yo siempre destruyo a los androides que no tienen autorización para entrar aquí.

-Oh, cielos -murmuró Cetrespeó-. ¿Y qué razón puedes tener para querer hacer eso?

-¿Y qué razón puedes tener tú para querer aprender seis millones de formas de comunicación?

-Bueno, si eres un androide gladiador entonces supongo que debes practicar las artes de los gladiadores -dijo Cetrespeó, volviendo la cabeza de un lado a otro en busca de una salida.

-Lo siento, antigualla. Puede que iniciara mi vida como androide gladiador, pero ahora formo parte de la guardia de elite de Telti. Nos llaman el Terror Rojo.

-¿Os llaman...? -logró decir Cetrespeó antes de que se le quebrara la voz.

-A mí y a los otros androides, los que están terminados. Todos saben que si se portan mal acabarán teniendo que vérselas con el Terror Rojo. Les arrancamos los miembros uno por uno y luego les borramos sus memorias, y después esparcimos sus piezas por toda la luna para que no puedan reconstruirlos.

Había una puerta al final del pasillo, pero estaba cerrada. Alguien había escrito la palabra SALIDA en varios lenguajes androides encima de ella. Otros dos androides rojos se unieron al primero.

-¿Y cuántos androides forman esa guardia del Terror Rojo de la que me has hablado? -preguntó Cetrespeó.

-Somos quinientos y estamos repartidos por toda la luna -dijo el primer androide-. Pero hoy es tu día de suerte, porque sólo hay cincuenta guardias en los alrededores de este edificio. Ya he enviado la señal de llamada.

-¿Y todos esos androides van a venir a por mí? -Las manos de Cetrespeó aletearon nerviosamente-. Oh, no creo que un simple androide de protocolo requiera tanta atención.

-Quizá no..., si estás solo. Pero si tienes algunos amigos cerca, entonces tal vez necesitaremos a toda la fuerza. No tendrás amigos escondidos por ahí, ¿verdad?

-¡Desde luego que no! -se apresuró a exclamar Cetrespeó-. No tengo amigos. He... He venido solo. Se podría decir que estoy aquí para..., para visitar mi lugar de origen. ¿No sabías que los androides de protocolo deben hacer esa peregrinación cada cien años?

Tres androides rojos más se unieron al primero.

-Nunca había oído hablar de esas peregrinaciones -dijo el primer androide.

-Yo tampoco -dijo uno de los recién llegados.

-Quizá sea porque sólo los androides cuyas memorias nunca han sido borradas llevan a cabo esa peregrinación. De hecho, la he ido posponiendo durante años por una cosa o por otra y probablemente ya llevo demasiado tiempo atascado en el mismo estado mental... En realidad ya va siendo hora de que me vaya. Si me decís dónde están los baños de aceite, me marcharé y dejaré de molestaros.

Cetrespeó dio un paso hacia la salida. Dos androides rojos más se interpusieron en su camino.

-No tan deprisa, antigualla -dijo el androide que le había detenido-. Eres el primer androide de protocolo que vemos por aquí.

-¿Cuántos androides conoces que nunca hayan sido sometidos a un borrado de memoria? -preguntó Cetrespeó-. Hace años estuvieron a punto de someterme a esa terrible operación en la Ciudad de las Nubes, pero un amigo mío logró sacarme del montón de chatarra en el que estaba atrapado. Si no me hubiera encontrado ahora no estaría aquí, pero estoy aquí y...

-¿Todos los androides de protocolo hablan tanto? -le preguntó un androide rojo a otro.

-Oh, no -respondió Cetrespeó-. Es un pequeño defecto de mi modelo. Veréis, la verdad es que esperaba que podríamos encontrar una solución a este pequeño problema sin necesidad de que me borrarais la memoria... Os aseguro que no podéis imaginar lo que se siente al tener intactos todos tus recuerdos. Si me permitís que sea sincero, debo deciros que es realmente maravilloso, pero hay momentos en los que también puede suponer una pesada carga. Vaya, pero si todavía me acuerdo de la primera vez en que vi un androide gladiador... Debió de ser en Coruscant. Eso fue antes de la Rebelión, naturalmente...

-Vamos a borrarle la memoria -dijo uno de los nuevos androides.

-No -dijo el primer androide-. Ha conseguido despertar mi curiosidad, y me gustaría saber cómo se las arregla un androide para evitar que le borren la memoria.

-He tenido mucha suerte -dijo Cetrespeó-. Mi amo es una persona muy comprensiva que cree que cada androide es único y que tiene derecho a conservar su identidad.

-Está mintiendo -dijo uno de los androides.

-Tal vez sí y tal vez no -dijo otro.

-Mi amo sabe valorar mis cualidades, y nunca permitirá que nadie me haga daño.

-¿Tu amo es el tipo del carguero? -preguntó el primer androide.

-Oh, no -dijo Cetrespeó-. El joven del carguero y yo prácticamente acabamos de conocernos. Mi amo es... Bueno, en realidad tengo varios amos. Normalmente trabajo para la presidenta Leia Organa Solo en Coruscant, pero ocasionalmente también trabajo para el Maestro Jedi Luke Skywalker.

-¿Y qué haces viajando con otro humano?

-Quería que le acompañara debido a mi gran dominio de los lenguajes y le persuadí de que hiciera una parada aquí. He de terminar mi peregrinación.

Cetrespeó había conseguido dar unos cuantos pasos hacia la puerta. Los androides que se encontraban más cerca de ella se habían separado un poco, y todos le estaban observando con gran atención. Los androides odiaban y temían los borrados de memoria, y el hecho de que Cetrespeó nunca hubiera sido sometido a esa operación les parecía tan sorprendente como incomprensible.

-Oh, claro -dijo el primer androide-. Y el humano te hizo caso, ¿verdad?

-El amo Fardreamer es un humano realmente muy peculiar, y yo diría que en ese aspecto incluso se parece bastante al amo Skywalker. -Skywalker... -dijo uno de los androides-. ¿No es el que estuvo aquí antes? Quizá fuera el humano al que no pudimos tocar. Otro androide hizo callar al primero.

-¿El amo Skywalker ha estado aquí? -preguntó Cetrespeó.

-Creía que sabrías dónde estaba tu amo -dijo el primer androide.

-Bueno, en realidad el amo Skywalker no siempre es mi amo. Me parecía que ya os lo había explicado.

-Nos has dado muchas explicaciones -dijo el primer androide-, pero no nos has explicado qué estás haciendo aquí.

-También os lo he explicado -dijo Cetrespeó-. Quizá no lo recuerdes, pero os he dicho que había decidido recuperar mis orígenes y volver al primer sitio que conocí.

-Y tu historia quizá habría dado resultado si esta factoría hubiera fabricado androides de protocolo hace cien años. Pero no empezamos a fabricar androides de protocolo hasta después de la derrota del Imperio. Cuando la Nueva República se hizo con el poder, el Amo pensó que necesitarían androides un poco más inteligentes y amplió la gama de modelos.

Cetrespeó dio otro paso hacia la puerta. Los androides que habían permanecido inmóviles detrás de él estrecharon filas e hicieron desaparecer el hueco que habían creado.

El primer androide se le acercó un poco más, y sus rojos compañeros imitaron su gesto.

-Me estaba preguntando si los androides de protocolo tienen que volver a aprender esos seis millones de formas de comunicación si se los somete a un borrado de memoria -dijo.

-Por supuesto que no -dijo Cetrespeó-. Ese tipo de información está incorporada de manera permanente a los circuitos, y... -Y entonces Cetrespeó comprendió adónde quería ir a parar el androide-. ¡Espera! ¡Espera! Estoy seguro de que no será necesario que me borreís la memoria. No sabes quién soy. No puedes tocarme. Supongo que no querrás provocar un incidente intergaláctico, ¿verdad? Mi ama...

-Pronto te habrás olvidado de ella -le interrumpió el primer androide-. Nunca te han sometido a un borrado de memoria, así que permíteme que te explique qué sentirás cuando despiertes. Verás el mundo con nuevos ojos y todo te parecerá maravilloso. Seguirás teniendo tus seis millones de lenguajes, y además tendrás todo un nuevo futuro. ¿No te parece que será muy agradable?

-No -dijo Cetrespeó mientras el Terror Rojo avanzaba hacia él-. Creo que no va a ser nada agradable.

## Cuarenta y cuatro



Cuando Leia entró en el túnel, la sensación de estar siendo observada se desvaneció de repente..., al igual que su confianza en sí misma. Se sintió como si hubiera quedado repentinamente sumergida en la más absoluta oscuridad mental.

El túnel empezaba junto a un edificio de grandes dimensiones, una torre de piedra que se hallaba en bastante mal estado de conservación. Muchas piedras se habían desprendido de los lados, con lo que la torre había adquirido el curioso aspecto de una dentadura mellada. Casi parecía como si hubiera sido golpeada por una mano gigante. No se encontraba demasiado lejos de la zona de atraque, pero Leia nunca habría conseguido localizarla por sí sola.

Alguien había estado introduciendo imágenes en su mente.

No eran exactamente mapas y tampoco eran descripciones precisas del aspecto que tenían las cosas actualmente, sino de qué apariencia habían tenido en un pasado no muy lejano. La torre carecía de agujeros y las calles estaban llenas de paseantes y de vehículos mecanizados, y había flores por todas partes. Pero ya no había ni paseantes ni vehículos ni flores. Sólo había un silencio ominoso, y una terrible destrucción.

Las imágenes la habían tranquilizado un poco. Leia había intentado inspeccionar sus emociones y sentimientos. Sabía que aquellas comunicaciones no procedían de Kueller, porque siempre había visto su máscara cada vez que le había enviado una transmisión mental. Leia esperaba que la transmisión procediera de Luke. De no ser así, estaba preparada para enfrentarse a cualquier cosa.

Disponía de su desintegrador y su espada de luz, y se sentía llena de decisión. Sólo se había sentido tan decidida a triunfar unas cuantas veces en toda su vida: cuando se enfrentó a la Estrella de la Muerte; cuando ayudó a los noghris; y cuando Hethrir secuestró a sus hijos.

Podía sentir la proximidad de Luke. Su hermano estaba bastante cerca y un poco por debajo de ella. El túnel avanzaba en la dirección correcta.

Pero Leia no sabía por qué las imágenes habían desaparecido de repente.

Fue descendiendo poco a poco. El túnel había sido tallado en la roca, y estaba impregnado por un tenue olor a moho. Llevaba mucho tiempo sin ser utilizado. Era más grande de lo que Leia había esperado a juzgar por las imágenes que acababa de recibir. Sin saber muy bien por qué, Leia se había imaginado que

el túnel sería tan angosto que tendría que arrastrarse por él con el cuerpo pegado a las paredes. No había sido así. El túnel era tan ancho que habría podido contener una sala.

Los asideros y las protuberancias de metal oxidado que cubrían una pared cumplían una función similar a la de una escalerilla. Leia casi tenía la sensación de estar bajando por un pozo. Pero si había que creer en las imágenes, aquel conducto no era un pozo sino una antigua ruta de huida para los constructores de la torre. Leia acabaría llegando a una gran sala.

El descenso pareció durar una eternidad, y Leia se alegró de haberse mantenido en buena forma física. Sus brazos y sus piernas estaban empezando a acusar el cansancio producido por aquellos movimientos tan repetitivos. Cada uno de sus gestos producía un sinfín de ecos que resonaban en el espacioso recinto del túnel, y la oscuridad se iba intensificando a medida que se alejaba de la superficie.

Leia desplegó sus sentidos mentales con la esperanza de poder recibir más imágenes, pero la negrura también seguía presente allí.

Entonces percibió la presencia de Luke justo debajo de ella, y un instante después fue bombardeada por un diluvio de imágenes:

*Criaturas blancas, blancas, blancas que corren bajo la luz del sol, envueltas en los destellos cegadores que la claridad arranca a su pela je.*

*Rosas. Olor a rosas por todas partes, y hojas verdes, y comida resbaladiza, comida de verdad. Y agua, y cielo.*

Y las imágenes estaban acompañadas por una sensación de alegría tan intensa que los dedos de Leia estuvieron a punto de perder su presa sobre los peldaños.

Las transmisiones no procedían de Luke, sino de otra mente. La presencia de Luke era como una nota constante por debajo de la alegría.

Leia esperaba que su hermano estuviera bien, y también esperaba no haber cometido un terrible error al venir hasta allí. Llegó al final del túnel y se encontró en una pequeña cornisa debajo de la cual había una especie de trampilla de madera. La puerta estaba provista de un asa de metal oxidado. Leia tiró de ella, y la puerta gimió.

Y después se abrió con un chasquido.

Leia vio debajo de ella un gigantesco rostro blanco con un hocico rosado, una enorme boca rosada y ojos azules tan grandes como dos charcos. La boca de la criatura se abrió y Leia se pegó a la piedra, bajando la mano hacia su desintegrador mientras retrocedía.

-No pasa nada. -La voz pertenecía a Luke-. Es amigo mío. Creo que se alegra de verte.

Leia contempló a la criatura con el ceño fruncido. Era totalmente blanca desde la cabeza hasta los pies, como los seres que había visto correr bajo los rayos del sol. La sensación de alegría había procedido de ella.

-¿Por qué no le dices que se aparte un poco para que pueda reunirme con vosotros?

-Necesitaré unos momentos para hacérselo entender.

La criatura volvió la cabeza y después se hizo a un lado con un movimiento sorprendentemente delicado..., suponiendo que las acciones de un ser tan inmenso pudieran ser calificadas de delicadas.

Leia se agarró a la cornisa y salió del túnel. Se encontró suspendida en un pasillo lleno de desintegradores en el que había una enorme reja abierta y rastros de lucha bastante recientes. Luke estaba sentado encima de los barrotes de hierro de la reja. Su compañero llenaba todo el pasillo a unos metros de distancia.

Leia se dejó caer al suelo, asegurándose de que aterrizaba junto a la reja y no en aquel agujero que prometía una caída aparentemente interminable.

-¿Qué sitio es éste? -preguntó.

-Bueno, a juzgar por lo que he podido averiguar es una especie de mazmorra -dijo Luke-. El thernbee ha pasado mucho tiempo encerrado en ella.

Leia miró a la criatura. Su gigantesca cola ondulaba lentamente de un lado a otro, produciendo un suave chasquido cada vez que golpeaba la pared.

-Tú me enviaste el mapa, ¿verdad? -le preguntó.

-El thernbee no habla -dijo Luke-. Ni siquiera estoy seguro de que entienda el lenguaje hablado, pero posee considerables poderes psíquicos.

-Y en el fondo es un buen chico, ¿no? -dijo Leia mientras iba hacia Luke.

-Oh, sí. A veces incluso se muestra demasiado amistoso.

Luke se quedó donde estaba y fue siguiendo su avance con la mirada, manteniendo una inmovilidad

nada propia de él que -junto con el extraño color verdoso de su piel- fue interpretada por Leia como una señal de que no se encontraba demasiado bien. Sus ropas estaban ennegrecidas y llenas de desgarrones y tenía las puntas de los cabellos un poco chamuscadas, y la piel de su mano artificial había desaparecido por completo. Se había entablillado el tobillo izquierdo. Mientras avanzaba sobre los barrotes de la reja, Leia vio que la parte de atrás de su camisa también había desaparecido..., junto con casi toda la piel de aquella zona. La espalda de Luke se había convertido en una masa de llagas rezumantes cubiertas de pus.

-¿Qué te ocurrió? -le preguntó.

-Mi ala-X estalló -dijo Luke.

Empuñaba un desintegrador en una mano, y llevaba varios desintegradores más colgando de la cintura. El thernbee les observaba mientras meneaba lentamente la cola de un lado a otro.

Leia sintió que su corazón se saltaba un latido. -Detonadores imperiales -murmuró. Luke meneó la cabeza.

-No creo que se tratara de eso.

-Los he visto, Luke. Hay detonadores imperiales escondidos en los sistemas de ordenadores.

Luke suspiró. Leia se inclinó sobre él, no sabiendo qué hacer. Nunca le había visto de aquella manera, herido, exhausto y titubeante.

-El *Alderaan* está muy cerca de aquí.

-Lo sé -dijo Luke-, y estoy seguro de que Kueller también lo sabe.

Ojalá no... -siguió diciendo, y se interrumpió de repente.

-Ya sé que hubieses preferido que no viniera, pero ahora ya estoy aquí. Hemos de sacarte de este sitio.

-Quiere matarnos -dijo Luke-. Piensa que si nos mata podrá ser el próximo Emperador.

Leia sonrió.

-Ya no formo parte del Consejo. Nada de cuanto pueda hacernos Kueller le permitirá influir sobre el Consejo.

-Esto no tiene nada que ver con el Consejo, sino con nuestras capacidades Jedi -dijo Luke-. Kueller está convencido de que debe derrotarnos. -¿Y por qué no ha intentado matarte? -Porque me necesitaba para atraerte hasta este lugar. Leia se volvió hacia el thernbee. La criatura les estaba observando. -¿Estás seguro de que puedes confiar en esa cosa?

Luke irguió la cabeza.

-Oh, lo había olvidado... -dijo.

Cerró los ojos, y un fruncimiento de intensa concentración llenó de arrugas toda su frente. Leia descubrió que aquel silencio repentino no le gustaba nada. Cogió unos cuantos desintegradores y se los sujetó a la ropa lo mejor que pudo. Luke acabó abriendo los ojos.

El thernbee se había incorporado. Había dejado de menear la cola y se estaba moviendo muy despacio, como si se sintiera confuso. Parecía un cachorrito gigante que ardiera en deseos de complacer a su dueño y no supiera qué había de hacer para conseguirlo.

-¡Vete a casa! -dijo Luke, y agitó la mano ante él-. Vamos, vamos... Vete, por favor.

Dos descomunales zancadas del thernbee bastaron para que la criatura se plantara junto a él. Luke alzó las manos por encima de su cabeza mientras el thernbee le lamía. Leia chilló, y el thernbee retrocedió.

-Todo va bien, Leia -dijo Luke, volviéndose hacia ella. Después miró al thernbee, le sonrió y le dio unas palmaditas en el hocico-. Vete a casa -murmuró.

La criatura saltó al agujero y echó a correr por el pasillo, dejando tras de sí una estela blanca formada por centenares de pelos. -Vayamos al *Alderaan* -dijo Luke.

Sus ropas estaban goteando saliva.

-¿No deberíamos limpiarte un poco antes? Luke meneó la cabeza.

-La saliva del thernbee posee ciertas propiedades anestésicas. Sé que no me ha curado, pero me da nuevas fuerzas.

-Ahí arriba hay una escalera muy larga -dijo Leia-. ¿Crees que podrás subir por ella?

-Haré cualquier cosa con tal de salir de aquí -dijo Luke.

-No entiendo nada, Luke -murmuró Leia-. Si Kueller quiere acabar con nosotros, ¿por qué todo está resultando tan fácil?

-Para ti quizá haya resultado fácil -replicó Luke-, pero yo nunca habría conseguido todos esos desintegradores sin la ayuda del thernbee. Kueller había apostado una docena de guardias en esa reja. Creo que esto no es más que un respiro momentáneo mientras vuelven con refuerzos, así que será mejor que le saquemos todo el provecho posible mientras podamos hacerlo.

Se incorporó, moviéndose muy despacio y con visible dificultad, y Leia pudo ver el dolor en su rostro a pesar de lo que le había dicho sobre las propiedades anestésicas de la saliva del thernbee. Luke recogió el último desintegrador y lo ató a los restos de su camisa. Después fue cojeando hasta el espacio que se extendía debajo del túnel, miró hacia arriba y respiró hondo, Leia meneó la cabeza. Luke nunca podría salvar esa distancia de un salto.

Y entonces Luke cerró los ojos, levantó su pierna lesionada y saltó. Se posó grácilmente sobre la cornisa y se aferró rápidamente al peldaño, utilizando los músculos de sus brazos para no perder el equilibrio. Luke estiró la pierna lesionada y subió unos cuantos peldaños.

Leia volvió a fruncir el ceño. Nunca había conseguido llegar a dominar aquel truco. El agujero que se abría debajo de ellos parecía todavía más profundo.

-Luke... -dijo.

-Ya lo has hecho antes, Leia.

-Pues ahora no puedo hacerlo -dijo Leia.

Luke bajó los peldaños que había subido y le ofreció la mano. -Salta y yo te cogeré.

-Tu espalda no lo aguantará -dijo Leia.

-Siempre lo aguantará mejor que el esfuerzo que supondría tener que subirme hasta aquí. -Luke la miró fijamente, y de repente volvió a ser su fuerte e invencible hermano-. Vamos, Leia... Sólo necesitas tener un poco de fe en ti misma.

Cuando se trataba de recurrir a sus talentos Jedi, Leia siempre confiaba muy poco en sí misma. Sus capacidades psíquicas sólo funcionaban de manera intermitente en el mejor de los casos, y nunca había tenido ocasión de someterse al adiestramiento adecuado.

-Leia...

Luke había hablado con voz firme y tranquila, pero Leia pudo percibir una sombra de desesperada premura en su forma de pronunciar su nombre. El viejo Luke, el muchacho al que había conocido cuando huía de Darth Vader, la habría llamado a gritos. El Maestro Jedi conocía el valor de la calma, pero la impaciencia seguía existiendo por debajo de aquel conocimiento.

Leia cerró los ojos. En vez de imaginarse la cornisa, pensó en el agujero que se abría debajo de ella..., y un instante después comprendió que eso bastaría para lanzarla a la más profunda oscuridad imaginable. Respiró hondo, expulsó de su mente todos los pensamientos de fracaso y temor y trató de visualizar la superficie, con sus peñascos medio desmoronados y su gran torre. Un instante después oyó crujidos procedentes del pasillo, y luego oyó voces. Alguien se estaba aproximando.

-¡Leia!

Leia se agazapó y saltó, abriendo los ojos mientras volaba por los aires. Pasó junto a Luke dando vueltas como una peonza lanzada al vacío, rebasó la boca del túnel por más de un metro de distancia y empezó a caer.

-¡Agárrate! -estaba gritando Luke. Otras voces envueltas en ecos llegaron hasta ellos desde abajo-. ¡Agárrate!

Leia aún no había dejado de dar vueltas, y eso le permitió ir hacia las paredes. Alargó la mano hacia un peldaño, falló su objetivo y golpeó varios peldaños más con la palma hasta que por fin consiguió agarrarse.

El brusco tirón sufrido por su brazo hizo que Leia sintiera una aguda punzada de dolor que recorrió todo su cuerpo, y un instante después su caída se interrumpió de una manera tan brusca que sintió una nueva punzada de dolor en la columna vertebral y el cuello. Luke estaba subiendo hacia ella, trepando como un wookiee y moviéndose muy deprisa a pesar del dolor que debía de estar sintiendo.

-Hay soldados de las tropas de asalto en el pasillo -dijo-. Hemos de salir de aquí antes de que se les ocurra subir.

-Verán que la trampilla está abierta.

-Sí, pero tal vez no sepan adónde conduce -dijo Luke-. No creo que este sitio fuera construido por Kueller.

-Me parece que tienes razón.

Leia puso la otra mano sobre el siguiente peldaño y empezó a subir lo más deprisa posible. Se sentía

aturdida y un poco asustada, pero también estaba experimentando un extraño júbilo. Lo había conseguido. Había utilizado la Fuerza para que la ayudara a aumentar su fortaleza física, exactamente de la forma en que Luke siempre le había dicho que era capaz de hacerlo.

Las voces se estaban volviendo más nítidas, pero Leia ya casi había llegado al final de la escalera. Podía ver luz delante de ella.

-Eh, Leia... -El susurro de Luke resonó con una extraña potencia en el vacío del túnel-. Buen trabajo.

Un elogio de Luke significaba mucho para ella. -Gracias -dijo.

Miró por encima de su hombro. Luke se había puesto muy pálido, pero iba a conseguirlo. Su espalda parecía estar en carne viva, y tenía que dolerle mucho. Luke vio que le estaba mirando y sonrió. Después se llevó un dedo a los labios.

Leia asintió y continuó subiendo. La luz se estaba debilitando al final del túnel -debía de estar anocheciendo-, pero siguió adelante. Sabía que podía encontrar el *Alderaan* incluso entre las tinieblas, pero no quería verse obligada a hacerlo.

La sensación de júbilo se estaba disipando. El thernbee ya tenía que estar muy lejos. Los temores por lo que pudiera haber sido de la pobre criatura habían cedido su sitio a una intensa preocupación por Luke, y a la preocupación todavía más grande que le inspiraba el hecho de que Kueller todavía no hubiese hecho acto de presencia. Si creía que ella y Luke suponían una amenaza tan grande para él, tendría que haberse lanzado sobre cualquier ocasión de acabar con los dos al mismo tiempo.

Pero no lo había hecho.

Leia llegó al final de la escalera, salió del túnel y examinó los alrededores. El aire se había enfriado un poco, y el día ya estaba declinando hacia el crepúsculo. Nada había cambiado en las proximidades de la torre. Las calles, los edificios... Todo estaba desierto.

Leia se dio la vuelta y se inclinó sobre la boca del túnel para ayudar a Luke a salir de él.

Aquella ausencia de vida estaba empezando a parecerle vagamente inquietante.

Se acordó de las palabras de Kueller.

«Prefiero las armas elegantes y sencillas...»

¿Armas que resultaban difíciles de ver, quizá?

Agarró la mano derecha de Luke y tiró de ella hasta sacar a su hermano del túnel.

Bien, no tardaría en saberlo...

\* \* \*

Erredós había ido siguiendo un laberinto de pasillos y había pasado por delante de una docena de paneles de ordenador protegidos. El número de paneles se había cuadruplicado. Se estaba aproximando al centro de mando.

Aquel pasillo estaba más limpio que los demás. No había ni un solo androide a la vista. Un letrero medio borrado que colgaba del techo prevenía de la existencia de algo llamado Terror.

Erredós dejó escapar un suave gemido.

Los paneles de ordenador de aquel pasillo estaban colocados más abajo, y los circuitos de protección eran menos sofisticados. El suelo ya no contaba con caminos especiales para los androides provistos de orugas, y resultaba obvio que aquella superficie totalmente lisa había sido diseñada para pies humanos o para apéndices que imitaran la forma de los pies humanos.

Ya estaba muy cerca de su meta.

Erredós dio un poco más de potencia a sus ruedas. Mientras lo hacía, las paredes se llenaron de hologramas móviles que mostraban una escena que estaba teniendo lugar en algún nivel inferior. Erredós no se detuvo a examinarlos, pero la información quedó instantáneamente almacenada en sus sistemas. Había visto un carguero y al amo Fardreamer hablando con Brakiss, un antiguo estudiante del amo Luke, junto a él.

Los sensores electrónicos altamente sofisticados de Erredós captaron un suave zumbido delante de él. Después oyó otro, al que siguió otro más. Los sonidos se encontraban a unos ocho metros de distancia, pero se estaban aproximando rápidamente.

Se apresuró a meterse en un pequeño armario lateral. Pero cuando la puerta del armario se cerró detrás de él, el suelo cayó varios niveles en un súbito descenso tan veloz como el picado de un caza espacial. Los delicados sistemas de equilibrio de Erredós no pudieron compensar la brusquedad del movimiento, y el

pequeño androide se inclinó sobre dos de sus ruedas y su cúpula chocó contra la pared. Estaba atrapado.

Un instante después el armario llegó al final de su pozo con un impacto tan potente que Erredós se vio bruscamente inclinado hacia la dirección opuesta. Bajó su tercera rueda y logró conservar el equilibrio a pesar de que la cabeza le estaba dando vueltas de la forma más literal imaginable.

Sus sensores captaron la proximidad de una pared oscura, una pared oscura, una pared oscura y una puerta. Pared oscura, pared oscura, pared oscura, puerta. Pared oscura, pared oscura, pared oscura, puerta. Erredós fue recuperando gradualmente el control de su cabeza y descubrió que ésta había quedado encarada hacia la puerta justo en el instante en que la puerta se abría.

Y revelaba una gran sala llena de unidades R2, R5 y todas las otras series de androides astromecánicos, desde la R1 hasta la R7. Los androides se apoyaban los unos en los otros. Algunas cabezas se volvieron hacia Erredós nada más abrirse la puerta del armario-ascensor. Los ojos electrónicos de otros androides emitieron fugaces destellos. Unos cuantos dejaron escapar suaves gemidos, y un cilindro crujió al fondo de la sala.

El suelo catapultó a Erredós hacia la puerta, y el pequeño androide emitió un estridente alarido electrónico mientras salía disparado hacia el otro extremo del recinto. Erredós pasó volando por encima de centenares -no, de millares- de androides astromecánicos antes de precipitarse sobre un montón de unidades R5.

Erredós les pidió disculpas con un pitido apesadumbrado, pero las unidades no le respondieron. Seguían estando activadas, pero parecían incapaces de reaccionar a los estímulos exteriores.

Erredós volvió su cúpula de un lado a otro y dejó escapar un silbido lleno de temerosa sorpresa.

La estancia medía un mínimo de un kilómetro de longitud..., y cada centímetro de ella estaba repleto de androides astromecánicos.

Ese depósito de chatarra al que iban a parar los androides anticuados del que siempre le estaba hablando Cetrespeó realmente existía..., y Erredós se encontraba atrapado en él.

Quizá para siempre.

## Cuarenta y cinco



Han tenía las palmas de las manos mojadas. Nunca se había sentido tan incómodo pilotando el *Halcón*. Tenía que ir con muchísimo cuidado, porque la mayoría de sus agonizantes y heridos no llevaban arneses de seguridad. Cualquier maniobra que se saliera de lo habitual agravaría todavía más sus ya considerables padecimientos.

Chewie parecía sentirse tan preocupado y a disgusto como él, y toda la cabina de control olía a wookiee nervioso. La puerta estaba abierta, y a través de ella Han podía oír los gemidos de los heridos. A pesar de las protestas, se habían llevado consigo a un androide médico del Pasillo y a un médico humano. Eso quería decir que únicamente disponían de dos expertos para atender a casi cien pasajeros. El *Halcón* sólo podía transportar cómodamente a ocho pasajeros, pero Han había reconvertido rápidamente las zonas de carga, los módulos de emergencia y los compartimentos secretos para acomodar a los heridos. Tardaron una eternidad en subirlos a bordo del *Halcón*, y cuando echó un vistazo a la escena de destrucción desde la escotilla de la nave Han enseguida vio que el cargamento de heridos que se llevaban apenas parecía haber hecho mella en el espantoso total de bajas.

Harían falta días, y quizá incluso semanas, para extraer a todas las víctimas de entre los escombros de Salto 1, y eso sin contar lo que ocurriría en los otros asteroides.

Chewbacca gruñó.

-Ya las veo -dijo Han, y esquivó un grupo de rocas tan grandes como deslizadores de superficie.

Desde que salió del Pasillo, Han había estado abriéndose paso por entre los restos que rodeaban al cinturón de asteroides. Normalmente colocaba el *Halcón* de lado o vuelto del revés para salir de aquella zona, pero esta vez tenía que volar como si pilotara un navío glottalfib que estuviera medio lleno de agua. Cada vez que alguien gritaba en el compartimento de atrás, Han saltaba como si acabara de recibir un disparo de desintegrador.



Ya casi habían salido del Pasillo, y en cuanto estuvieran fuera de él Han tendría que hacer dos cosas: tendría que encontrar un planeta que estuviera dispuesto a aceptar a todos aquellos heridos, y tendría que averiguar cómo estaba Leia.

Chewbacca se inclinó sobre la cabeza de Han e hizo algunos ajustes en los controles de navegación suspendidos del techo. El *Halcón* se inclinó hacia un lado en un viraje peligrosamente pronunciado y los ecos de los chirridos y crujidos metálicos resonaron por los compartimentos traseros..., seguidos por gritos de dolor.

-Lo siento, lo siento -masculló Han.

Estaba empezando a entender por qué había decidido convertirse en un contrabandista. Dedicarse al contrabando resultaba mucho más fácil que llevar a cabo rescates médicos de emergencia.

El *Halcón* por fin logró salir del cinturón de asteroides. -Envía una señal de emergencia, Chewie -dijo Han.

Después abrió sus canales de comunicaciones para averiguar qué mensajes tenía acumulados. Alguien había tenido que informarle de qué tal le estaban yendo las cosas a Leia.

Acababa de hacer aparecer los mensajes en la pantalla cuando Chewie soltó un gruñido ahogado. El wookiee se había puesto en contacto con Wrea, uno de los planetas más próximos al cinturón de asteroides. Wrea había respondido a su señal de emergencia.

Han identificó al *Halcón* antes de empezar a hablar.

-Soy Han Solo, esposo de Leia Organa Solo, presidenta de la Nueva República. Tengo la nave llena de heridos, y algunos de ellos se están muriendo. ¿Disponen de los recursos médicos necesarios para atenderlos?

-Nuestros sistemas ya han captado su presencia, presidente Solo. Su nave ha salido del Pasillo de los Contrabandistas.

Han no intentó sacarles de su error, y no les aclaró que no ocupaba ningún cargo público.

-Así es -dijo-. Había ido allí en una misión de investigación cuando el Pasillo fue atacado.

-¿Está siendo perseguido por los atacantes?

Los wreanos siempre reaccionaban con gran suspicacia ante cualquier señal de violencia.

-Fue un ataque a larga distancia -dijo Han-. Sus androides estallaron.

-¿Que sus androides estallaron? ¿Todos sus androides?

-No, sólo los que habían robado más recientemente -dijo Han, decidiendo que la verdad podía ser su mejor arma-. Hay ciertas sospechas de que esos androides tenían que ser enviados a Coruscant.

-¿Puede responder de la honradez de sus pasajeros? -preguntó el wreano.

Chewbacca miró a Han, y Han se tragó las palabras llenas de furia que estaban a punto de surgir de sus labios. Enfadarse no serviría de nada.

-Sí -dijo.

Y en aquel momento podía hacerlo, desde luego. Ninguno de los contrabandistas que viajaban a bordo de su nave se hallaba en condiciones de robar nada.

-Aceptamos a sus heridos basándonos en su palabra, presidente Solo.

Vamos a poner en estado de alerta a nuestras instalaciones médicas. Prepárese para recibir las coordenadas.

Chewbacca introdujo las coordenadas en el ordenador de navegación y dirigió la proa del *Halcón* hacia Wrea mediante una cautelosa maniobra. Han se levantó de su sillón, fue hacia la puerta y se apoyó en el marco con las dos manos.

La escena de devastación que se extendía ante él era tan grave como la que había visto en el Pasillo. Quizá fuese incluso peor, porque al estar dentro de la nave Han podía ver hasta dónde llegaban los daños sufridos por los individuos. Cuerpos quemados, miembros perdidos, rostros sin facciones... Las imágenes de la esperanza perdida y las vidas alteradas para siempre le rodeaban por todas partes.

-Acabo de hablar con Wrea y me han dicho que nos ayudarán en lo que puedan.

Los gritos de los heridos hicieron que sus palabras pareciesen espantosamente huecas y desprovistas de significado. Han no podía saber cuántos le habían oído y cuántos de los que le habían oído eran capaces de entender lo que acababa de decir. Giró sobre sus talones y volvió a entrar en la cabina de control, sintiéndose más abatido e impotente que nunca.

Se dejó caer sobre el sillón de pilotaje, dirigió un lento vaivén de la cabeza a Chewie y echó un vistazo a los mensajes de su lista de espera. Había varios de Leia, pero ninguno de ellos era reciente. El mensaje más reciente que había recibido procedía de Anoth, y había sido enviado unos momentos antes de que

salieran del Pasillo.

Han hizo que el sistema se lo mostrara en la modalidad holográfica.

El mensaje había sido enviado por Anakin. La habitación estaba sumida en la penumbra detrás de él, y el pequeño se hallaba inclinado sobre la consola. Estaba claro que el resto de la casa dormía, y que Anakin estaba enviando aquel mensaje sin permiso.

-¿Papá? -susurró-. Ha ocurrido algo terrible, y no puedo hablar ni con mamá ni con el tío Luke.

Que su hijo hubiera pensado en recurrir a su tío antes que a él hizo que Han sintiera una fugaz punzada de dolor. Pero los niños siempre reaccionaban de aquella manera en todos los asuntos relacionados con la Fuerza. Sabían que Han no podía serles de ninguna ayuda en esa área.

-Invierno dice que si hubiera ocurrido algo malo ya lo sabríamos, pero... No paro de soñar con un hombre muerto, papá. Estoy seguro de que van a volver a ocurrir cosas muy malas. Sé que van a ocurrir cosas terribles, papá...

Anakin lanzó una rápida mirada por encima de su pequeño hombro como si acabara de oír un ruido, y después se pegó todavía más a la consola. -Lláname cuando recibas este mensaje, papá. Hazlo, por favor. La imagen de Anakin se esfumó con un último parpadeo luminoso. Chewbacca dejó escapar un suave gruñido. Han miró a su viejo amigo, y vio que Chewie le estaba observando con los ojos entrecerrados por la preocupación.

-Tienes razón -dijo-. ¿Qué clase de padre soy? Ni siquiera se me había ocurrido pensar que podían haberse llevado androides de Coruscant cuando fueron a Anoth.

Chewie volvió a gruñir.

Han asintió. Chewie tenía razón, desde luego. El mensaje había sido enviado después de que la destrucción se hubiera enseñoreado del Pasillo. Los niños, que nunca había pensado pudieran correr peligro alguno hasta que Chewbacca había mencionado esa posibilidad, estaban a salvo. No les había ocurrido nada.

Pero... Pero Anakin estaba seguro de que había ocurrido «algo horrible». ¿Habría percibido la devastación del Pasillo..., o algo todavía peor?

La explosión en la Sala del Senado había afectado de una manera terrible a sus hijos. Luke le había explicado hasta qué punto se hallaban trastornados, porque en aquellos momentos Han estaba demasiado preocupado por Leia para que fuese capaz de verlo con sus propios ojos.

Chewie dejó escapar un estridente aullido.

-Sí, le llamaré -dijo Han-. Pero antes quiero enterarme de qué está ocurriendo en Coruscant. No puedo consolar a Anakin hasta que no sepa si...

Han se interrumpió antes de que tuviera tiempo de pronunciar el nombre de Leia. No podía permitirse el lujo de dar nada por sentado acerca de Coruscant. El hecho de que los androides tuvieran que ser enviados al centro del gobierno de la Nueva República no significaba que también hubieran estallado allí.

Pero había muchas probabilidades de que así hubiera sido.

Se volvió hacia la consola y sintonizó el canal oficial de Coruscant empleado por Leia. El rostro de Mon Mothma apareció casi al instante en la pequeña pantalla.

-¡Han! -exclamó-. Estábamos a punto de darte por perdido.

Han se miró las manos y vio que le estaban temblando. Chewie dejó escapar un suave gimoteo.

-Quería hablar con Leia, Mon Mothma. Mon Mothma asintió.

-Entonces parece ser que no has recibido sus mensajes, ¿verdad? Leia no está aquí.

-¿Que no está ahí? -Han sintió que se le secaba la boca-. ¿Se encuentra bien?

-Que yo sepa, sí --dijo Mon Mothma-. Acabamos de enterarnos de que ella y Wedge han partido hacia Almanía con una flota.

-¿Almania? -Aquellos misteriosos mensajes habían venido de allí, y el hombre del que le había hablado Azul vivía en Almanía. Kueller parecía estar en todas partes-. ¿Por qué?

-El gobernante de Almanía ha amenazado a la Nueva República en general y a Leia en particular. Tiene prisionero a Luke.

-¿Luke? -La voz de Azul resonó en los oídos de Han. Kueller quería matar a Luke y a Leia-. ¿Y Leia ha ido a rescatarlo?

-Hasta que consiguió que Wedge la acompañara, todo lo que Leia hiciera o dejara de hacer era asunto suyo -dijo Mon Mothma con su calma habitual-. Leia había..., había presentado su dimisión.

-¿Leia presentó su dimisión?

Cada noticia suponía un golpe más terrible que la anterior. ¿Cuánto tiempo había estado fuera? Leia

vivía para la Nueva República, y jamás se le pasaría por la cabeza la idea de dimitir.

Mon Mothma asintió.

-Cree que Kueller, el gobernante de Alemania, puede usar la Fuerza. Leia está convencida de que todas esas amenazas contra la Nueva República no son más que un pretexto, y que en realidad Kueller sólo quiere acabar con ella y con su familia. Quizá tenga razón. ¿Quieres que te transmita el mensaje enviado por Kueller?

-Sí -dijo Han.

Mon Mothma se disponía a cortar la conexión cuando Chewie volvió a gemir.

-Oh, claro -dijo Han. El hecho de que no pudiera recordar sus temores iniciales indicaba hasta qué punto llegaba su preocupación-. ¿Va todo bien en Coruscant, Mon Mothma?

-La partida de Leia ha creado una gran conmoción entre los imperiales del Consejo. Quieren que seas juzgado por traición, Han, porque hay algunas pruebas que te relacionan con la explosión que destruyó la Sala del Senado, y los procesadores de la basura acaban de declararse en huelga debido a no sé que confusión en sus tres últimas nóminas. -Mon Mothma sonrió-. En resumen, que yo diría que todo va como de costumbre.

Han ni siquiera quería pensar en esas acusaciones de traición. Probablemente tuvieran algo que ver con los mensajes de los que le había hablado Lando.

-¿Hay alguna novedad relacionada con los androides?

Mon Mothma frunció el ceño.

-Pues ahora que hablas de ello, el caso es que Luke nos envió un mensaje bastante extraño. Debió de enviarlo antes de que fuese capturado o quizá inmediatamente después, dado que estaba en código. Nos advertía de que debíamos desactivar todos los androides de los nuevos modelos. Confiaba en la fuente de la advertencia, y así lo hice. Eso ha generado todo un nuevo nivel de quejas. Tendrías que oír...

-Desactivaste los androides.

Han cerró los ojos y dejó que la oleada de alivio se fuera extendiendo por todo su ser. Si Luke no les hubiera advertido, todo Coruscant se encontraría en el mismo estado de devastación en el que se hallaba el Pasillo.

-Sí -dijo Mon Mothma-. ¿Se trata de algo importante? Te lo pregunto porque estaba pensando en reactivarlos. Tengo que enfrentarme a tantas crisis que ya no dispongo de tiempo para hacer frente a este otro problema.

-No lo hagas -dijo Han.

Chewie había empezado a gruñir al mismo tiempo, diciendo exactamente lo mismo en wookiee.

-El *Halcón* está lleno de contrabandistas gravemente heridos -se apresuró a explicar Han-. Los androides que habían robado de Coruscant estallaron. De hecho, Chewie te enviará las firmas de identificación de varias naves de contrabandistas. Necesitarán ayuda para localizar los centros médicos.

Los rasgos de Mon Mothma, que normalmente siempre estaban tranquilos e impassibles, se habían puesto repentinamente tan pálidos como los de un cadáver.

-¿Los androides del Pasillo estallaron? Pero entonces... ¿Piensas que eso es lo que ocurrió en la Sala del Senado?

-Creo que sí -dijo Han.

Mon Mothma respiró hondo, haciendo un obvio esfuerzo para recuperar la compostura.

-Bien, en ese caso supongo que no los reactivaremos hasta que hayamos averiguado cuál es la fuente del problema. Gracias, Han.

-Me encantaría poder responderte diciendo que ha sido un placer, pero esos cientos de colegas muertos y malheridos han conseguido robarle toda su posible alegría al momento.

Mon Mothma asintió. Lo entendía, y quizá mejor de lo que la mayoría de personas hubieran podido entenderlo.

-Leia opina que la amenaza que supone Alemania es de naturaleza personal, Han -dijo.

-Ya me lo imaginaba. Gracias, Mon Mothma.

-Te envío la transmisión de Kueller -dijo Mon Mothma, y cortó la conexión.

Han se volvió hacia Chewie. La boca de Chewbacca se había convertido en una delgada línea llena de tensión, y sus labios estaban tan apretados como podían llegar a estarlo los labios de un wookiee. Se estaban aproximando a Wrea. El planeta ya había aparecido al otro lado del panel de transpáncero de su cabina de control, y era claramente visible bajo la forma de una gran bola blancoazulada que tendría el tamaño del puño de Han.

Chewie le dijo que se encargaría de pilotar el *Halcón* durante el descenso. Han se lo agradeció, y le alegró ver que todavía podían llegar a entenderse sin necesidad de palabras.

Después se puso en contacto con Anoth, esperando poder hablar con Anakin. Pero fue Invierno quien apareció ante él.

Han no quería que su altamente creativo hijo pequeño tuviera problemas con su aya, por lo que sonrió con todo el entusiasmo de que fue capaz.

-Tienes muy buen aspecto, Invierno -dijo.

-No hace falta que intente utilizar su innegable atractivo personal conmigo, general Solo -dijo Invierno-. Ya he informado a Anakin de que ninguna comunicación no autorizada volverá a salir de Anoth.

Han reprimió un escalofrío. La disciplina de Invierno, aunque firme, nunca tenía que recurrir a la dureza o el exceso. Aun así, incluso él daba un salto cada vez que Invierno emitía alguno de sus ultimátums.

-Pero, y que esto quede estrictamente entre nosotros, la verdad es que los niños lo han pasado realmente muy mal -siguió diciendo Invierno-. Les di permiso para que establecieran contacto con su madre, pero ha partido en alguna clase de misión secreta. Tampoco parece haber forma de contactar con su tío Luke.

-¿Quieres decir que se trata de algo relacionado con la Fuerza?

Invierno asintió.

-Todos han tenido la misma experiencia, al igual que les ocurrió antes de la explosión en la Sala del Senado. Y Anakin afirma haber visto una y otra vez a un muerto.

-Déjame hablar con él -dijo Han.

-Como desee, general Solo.

La voz de Invierno no contenía la desaprobación que parecían sugerir sus palabras. Era una mujer muy sabia, y probablemente supiera cumplir mejor las funciones de progenitora con respecto a sus hijos que Han o Leia. Después de todo, Invierno siempre estaba con ellos. Han no tenía ningún motivo de queja respecto al acuerdo..., dejando aparte el que cada día experimentase unas cuantas punzadas de culpabilidad por no pasar todo el tiempo que debiera con sus hijos.

El pequeño rostro de Anakin apareció en la pantalla. Su parecido con Luke siempre asombraba a Han, como también le asombraban aquellos ojos azules que contenían más inteligencia de la que jamás hubiera visto en los de ningún otro humano o alienígena.

-Invierno ya me ha dicho que no habría tenido que enviarte ese mensaje.

Han sonrió, esperando que la sonrisa le hubiera salido realmente tranquilizadora.

-No se trata de eso, Anakin -le dijo-. Siempre puedes hablar conmigo, pero antes de hacerlo tienes que decírselo a Invierno.

Su hijo asintió. Parecía muy abatido. Ni siquiera las peores reprimendas de Invierno habían provocado tales efectos.

-¿Qué ocurre? -preguntó Han-. ¿Qué es lo que te ha asustado tanto?

-No puedo encontrar a mamá -dijo Anakin-. Pero Jacen y Jaina dicen que está bien, porque si le hubiera ocurrido algo ya lo sabríamos.

-Y está bien ---dijo Han-. Se ha tenido que ir de viaje, ¿entiendes? No tardará en volver.

Anakin se frotó el ojo izquierdo con el puño. Resultaba obvio que no había estado durmiendo mucho últimamente.

-Ya lo sé -dijo después-. Ha ido a ver al muerto. Han miró a Chewie, quien se encogió de hombros.

-Aparece en mis sueños y me dice que nos matará a todos. No puede matarnos, ¿verdad, papá?

-No -dijo Han, sintiendo una ira tan abrasadora que a duras penas si pudo reprimirla-. Nadie puede haceros nada mientras estéis en Anoth.

-Pero una vez unos hombres malos vinieron aquí -dijo Anakin.

Han no lo había olvidado. Invierno y un androide niñera le habían salvado la vida al pequeño Anakin, y Han se sorprendió de que Anakin todavía lo recordara. Pero después de todo, en realidad nada de lo que pudiera hacer Anakin hubiera debido sorprenderle.

-Invierno te salvó. Está allí para eso, hijo.

-Ojalá estuvieras aquí.

-A mí también me gustaría estar ahí, hijo.

Entonces Jacen y Jaina entraron en el encuadre y exigieron que les dedicara un poco de su tiempo. Han les regaló los pocos minutos de que disponía hasta que Chewie gruñó una advertencia. Han alzó la mirada, y vio que Wrea ya llenaba todo el panel de transpariacero.

-Llamad a Invierno y decidle que quiero hablar con ella -dijo.

Los niños protestaron pero salieron del encuadre salvo Anakin, que se dedicó a observar desde un lado. Han nunca le había visto tan serio.

-¿Tienes algún androide por ahí, Invierno? -preguntó Han.

-Seguimos las instrucciones del Maestro Skywalker y los desactivamos.

-Pues que sigan así -dijo Han-. Y nada de jugar con los androides, Anakin. ¿Me has entendido?

Anakin asintió sin la más mínima protesta. Aquel comportamiento resultaba totalmente impropio en él.

-¿Papá? -murmuró un momento después.

Invierno se hizo a un lado. Al parecer estaba tan preocupada por Anakin como Han.

-¿Qué quieres, pequeño Jedi?

-El hombre muerto dice que matará a mamá.

Han sintió que la ira volvía a agitarse en su interior, pero logró sonreír. -Ese condenado muerto no tiene ningún derecho a presentarse en tus sueños para soltarte un montón de mentiras. Voy a reunirme con tu madre ahora mismo, y te aseguro que no le pasará nada.

-La primera vez casi la mató -dijo Anakin con un hilo de voz.

Han estuvo a punto de dar un brinco en el asiento. La Sala del Senado, los androides, los mensajes... Todo parecía tener su origen en Kueller.

-Puede que eso sea lo que él cree -dijo-, pero tu mamá es una de las personas más valientes y con más recursos que conozco. Le dio un buen susto, de acuerdo, y nos lo dio a todos nosotros..., pero decir que «casi la mató» es llevar las cosas un poco demasiado lejos.

-Pero le hizo daño.

-Sí -dijo Han-. Le hizo daño, desde luego. Ese «muerto» tuyo no es un tipo muy agradable. Pero no tardaremos en sacarle de su escondite y haremos que deje de aparecer en tus sueños.

-¿Lo prometes, papá?

-Lo prometo, Anakin -dijo Han-. Cuídate mucho, ¿de acuerdo? Y obedece a Invierno.

Anakin asintió.

-Te quiero, papá.

Han miró a Chewie. El wookiee mantenía la mirada fija en los controles, como si no estuviera escuchando su conversación.

-Yo también te quiero, pequeño -dijo. Era todo lo que se sentía capaz de decir delante de Chewie-. Pronto nos veremos.

Y después cortó la conexión.

Chewie dejó escapar un murmullo ahogado y Han echó un vistazo a las lecturas. Ya casi habían llegado..., y justo a tiempo, porque los sonidos impregnados de dolor que llegaban desde la parte de atrás de la nave se estaban debilitando a cada momento que pasaba. Han no quería ni pensar en cuántos de sus pasajeros habrían muerto ya.

Kueller era tan despiadado que quería acabar incluso con sus hijos, o por lo menos eso era lo que debía temer Han. Estaba dando por supuesto que el hombre muerto que aparecía en los sueños de Anakin era Kueller, ya que no parecía haber ninguna otra explicación mínimamente plausible.

Fuera quien fuese, Kueller podía usar la Fuerza. Y ya había capturado a Luke, lo cual significaba que poseía una gran capacidad para el uso de la Fuerza.

Igual que Vader...

Han apretó los puños. Nunca había sido un rival digno de Vader, y siempre había salido dolorosamente derrotado de cada uno de sus encuentros. Había momentos en los que las capacidades que poseían Luke, Leia y los niños le parecían cosa de magia.

Pero en algunas ocasiones la magia podía ser utilizada contra sus dueños.

-Intenta ponerte en contacto con Mara Jade, Chewie. Lando me ha dicho que estaba con Talon Karrde. Diles que necesitamos su ayuda.

Chewie emitió un gruñido interrogativo.

Han le sonrió.

-¿Que si tengo un plan? Por supuesto que tengo un plan. ¿Acaso recuerdas alguna ocasión en que no lo tuviera?

\* \* \*

Erredós había sufrido algunas abolladuras, pero no había padecido ningún daño realmente serio. Algunas de las unidades R5 esparcidas a su alrededor habían quedado seriamente dañadas debido a la caída. Faros rotos, conexiones hechas añicos y paneles de control destruidos figuraban entre las averías más visibles. Erredós sospechaba que había daños mucho más serios que no podía ver.

Al llegar había emitido varios pitidos de interrogación, pero no recibió ninguna respuesta. Un rato después la unidad R5 más cercana a él había dejado escapar un suave gemido. Ese sonido inició la conversación. Los pitidos y zumbidos que no tardaron en llenar la sala alcanzaron una potencia situada muy por encima del nivel de tolerancia humano. Algunos de aquellos androides llevaban años sin hablar entre ellos. Resultaba obvio que la sala existía desde hacía muchísimo tiempo.

Erredós fue soltando pitidos y trinos electrónicos, respondió a preguntas y formuló unas cuantas. Los androides escucharon y después respondieron con largas series de zumbidos y chirridos. Toda la sala había adquirido la atmósfera casi febril de una reunión política. Más y más androides se iban irguiendo poco a poco. Algunas unidades se quitaban el polvo entre sí mientras que otras extendían brazos, abrían los paneles de sus vecinos y extraían los detonadores, arrojándolos al suelo en cuanto los habían sacado. El crujir de los detonadores hechos pedazos no tardó en resonar de forma claramente audible por encima de la algarabía electrónica.

Y después los androides se fueron apartando poco a poco para dejar pasar a Erredós. Mientras avanzaba lentamente a través de sus filas, unos cuantos modelos R2 se dirigieron hacia él. Eran del mismo modelo y año de fabricación que Erredós. Las unidades estaban tan nerviosas que no paraban de mecerse sobre sus ruedas. Varias unidades R2 empezaron a imitar sus movimientos.

Los androides más antiguos se fueron incorporando y reiniciaron sus sistemas a medida que iban apareciendo más y más detonadores. Un R5 se unió al bamboleo, y fue imitado por un R1. Unos instantes después la mayoría de los androides de modelos más antiguos se estaban meciendo y emitían estridentes zumbidos mientras los detonadores restantes eran extraídos de las unidades astromecánicas de fabricación más reciente.

Erredós fue hacia la salida y silbó una invitación a los demás. Una unidad R5 se conectó al panel de ordenador instalado junto a la salida, y la puerta fue retrocediendo lentamente a lo largo de sus guías.

El pasillo estaba muy oscuro.

Y entonces otro sonido se elevó por encima de los pitidos y zumbidos. Era el sonido de muchas ruedas que giraban a gran velocidad. Erredós volvió su cúpula en esa dirección. Todas las unidades R2 de su generación habían empezado a seguirle. Unas cuantas unidades R5 se habían unido al desfile, así como algunos R6.

Erredós llegó a la puerta y cruzó el umbral. Un ruidoso coro de silbidos brotó de la sala y formó el equivalente androide a un grito de júbilo. Erredós se unió a él..., y un instante después se detuvo cuando las luces del pasillo se encendieron de repente.

Diez androides rojos cuyas siluetas metálicas extrañamente coloreadas relucían bajo la luz artificial acababan de aparecer ante él. Tenían cañones láser sobresaliendo de sus pechos, desintegradores en vez de dedos y ojos opacos cuya capacidad intelectual no parecía estar muy por encima de la de un elevador de carga binario.

Los otros androides retrocedieron lentamente, y Erredós se enfrentó al Terror Rojo en solitario.

## Cuarenta y seis



El *Halcón Milenario* surgió del hiperespacio a muy poca distancia del *Karrde Salvaje*. Han ejecutó un rápido viraje para no chocar con la nave de Talon Karrde, sintiéndose infinitamente aliviado al saber que ya no llevaba pasajeros heridos a bordo. Aun así Chewbacca dejó escapar un ruidoso chorro de juramentos wookies altamente creativos, y utilizó términos de una naturaleza muy descriptiva en los que Han no quiso ni pensar.

Después se inclinó sobre la consola de comunicaciones y la activó con un dedo.

-¿Qué demonios crees que estás haciendo?

Estaba demasiado enfurecido para perder el tiempo con un saludo preliminar. Karrde había cometido un descuido imperdonable. Y Han estaba harto de descuidos.

-Bonita forma de recibir a un tipo al que le acabas de pedir que te eche una mano -respondió la voz ronca y grave de Karrde.

-Cuando se proporcionan unas coordenadas de cita, el procedimiento normal consiste en interponer un poco de distancia entre las dos naves -replicó Han-. Podríamos haber muerto todos.

-La situación ha empeorado mucho por aquí -dijo Karrde-. Vuestra flota está recibiendo un serio castigo, y no pienso quedarme mucho rato.

Chewie conectó los sensores de largo alcance y la pantalla de combate. Si miraba a través del panel de transpariacero de la cabina de control Han sólo podía ver al *Karrde Salvaje*, pero la pantalla de combate enseguida le mostró las flotas. Las naves parecían estar muy cerca las unas de las otras,

y los dos bandos resultaban casi indistinguibles. Al parecer tanto Kueller como Leia disponían de efectivos bastante numerosos.

Y al parecer todo estaba yendo bastante mal.

La sensación de urgencia que Han había estado experimentando desde que salió del Pasillo se volvió tres veces más intensa.

-¿Dispones de todo lo que necesitas? -preguntó.

-Espero que tengas créditos suficientes para pagar mis servicios -dijo Karrde.

-¿Sabes una cosa, Karrde? Creo que, aunque sólo fuera por una vez, deberías ofrecerte a trabajar gratis.

Karrde sonrió.

-Nunca llegaría a verme recompensado tan espléndidamente como lo fuiste tú, Han.

-Lo creas o no, Karrde, jamás hice nada pensando en una recompensa.

-Lo creo, Solo. Y de vez en cuando yo también trabajo gratis. Mara está fuera con tus ysalamiris, así que ya puedes empezar a darme las gracias.

Han no había esperado que Karrde capitulara tan deprisa, y enseguida se sintió lleno de suspicacia.

-Sí... Eh... Muchas gracias -dijo, y le hizo una seña a Chewie-. Déjala entrar.

Chewbacca ya se había levantado de su sillón de pilotaje. Han se volvió nuevamente hacia Karrde.

-¿Vas a permitir que Mara nos acompañe?

-No la necesito, y parece sentir cierto interés por lo que le pueda ocurrir a Skywalker. Me ha dicho que tal vez pueda seros útil.

-¿Conoce a Kueller?

-Lo dudo. -El vornskr amaestrado de Karrde acercó su rostro a la pantalla. Los diminutos alienígenas eran horribles incluso vistos desde lejos-. Creo que se trata de algo bastante más personal. Mara ha estado teniendo una especie de visiones. Piensa que ha conseguido ocultármelo, pero enseguida me di cuenta de que le ocurría algo raro. -Así que Kueller también quiere acabar con ella, ¿eh? Karrde asintió.

-Estoy empezando a pensar que la frase «Que la Fuerza te acompañe» es una maldición.

-Espero que no sea así -dijo Han-. La Fuerza ya lleva años acompañándome. Mi familia come, duerme y respira Fuerza.

-Supongo que ya sabes qué efecto producen los ysalamiris sobre quienes pueden utilizar la Fuerza, ¿no?

Han sonrió.

-Por eso me hacen falta. Gracias, Talon.

-Oh, de nada -dijo Karrde-. Y no le digas a nadie que te he hecho este favor sin cobrar nada a cambio, Han. Hablo en serio, ¿de acuerdo? La compuerta exterior se cerró con un chasquido metálico y Han pudo oír la voz de Mara en el pasillo. Salió de la cabina de control, cruzó la sala de descanso y fue a la compuerta superior.

La esbelta silueta de bailarina de Mara jade avanzó rápidamente hacia él por el pasillo, y sus verdes ojos chispearon cuando metió el depósito de sustancias nutrientes que contenía a los ysalamiris en las manos de Han.

-Mantén alejadas de mí a esas cosas -dijo.

Mara nunca le había caído demasiado bien. Siempre había sido una mujer seca y cortante, pero no de la forma curiosamente agradable en que era capaz de llegar a serlo Leia. Han nunca podría olvidar que Mara Jade había sido el arma secreta y la confidente del Emperador Palpatine, y que había desempeñado las terribles funciones de Mano del Emperador. Luke afirmaba que el odio había sido implantado en ella de manera artificial y que en realidad Mara nunca había creído en el Imperio, pero el mundo de Han no contenía tantas zonas grises como el de Luke. Mara jade había trabajado para el Imperio, y en

consecuencia Han nunca sería capaz de confiar plenamente en ella.

-Si no querías estar cerca de estos bichos tal vez tendrías que haberte ido con Karrde -dijo.

Mara meneó la cabeza y después se llevó una delgada mano a la frente. Los ysalamiris afectaban a sus sentidos de la Fuerza. Han había oído hablar de aquello, pero nunca había llegado a verlo con sus propios ojos. Todo lo que sabía al respecto se reducía a las descripciones que le había hecho Luke.

-He estado teniendo visiones de Luke envuelto en llamas en una calle de piedra arenisca...

La voz grave y sensual de Mara hizo que Han sintiera que un escalofrío le recorría la columna vertebral.

-¿Puedes ver el futuro? -preguntó.

-No lo creo -respondió Mara.

-Mete a los ysalamiris en la bodega de carga, Chewie -dijo Han-. Espero que te bastará con esa distancia, Mara. Esta nave no es muy grande.

-Tendrá que bastarme -dijo Mara.

Chewbacca cogió el depósito y desapareció por el pasillo que llevaba a la parte posterior del *Halcón*.

Mara tragó saliva. Tenía muy mal color. Luke decía que los ysalamiris alejaban la Fuerza de ellos y que creaban una burbuja dentro de la que no existía la Fuerza. También decía que estar cerca de un ysalamiri era como volverse ciego y sordo de repente. Han consideraba que los ysalamiris eran una forma de imponer la igualdad de oportunidades. Mientras estuviera dentro de aquella burbuja, un Caballero Jedi no tendría más poderes que una persona normal.

Mara se apoyó en la pared.

-¿Sabes cuántas personas han muerto durante las últimas semanas, Solo?

-Las suficientes -respondió Han, pensando en el Pasillo.

-Más que suficientes -dijo Mara-. Demasiadas... Kueller está usando esas muertes para acumular más poder. Está absorbiendo el lado oscuro igual que un androide conectado a una toma de alimentación podría absorber energía. Si las cosas continúan como hasta ahora... Bueno, en ese caso Kueller puede acabar volviéndose invencible.

-Supongo que no creerás lo que estás diciendo, ¿verdad? -murmuró Han.

Mara alzó la cabeza. Han tuvo que admitir que sus luminosos ojos verdes y su cabellera rojiza la convertían en una belleza realmente impresionante. No cabía duda de que Mara Jade era una mujer a la que había que respetar, y que podía llegar a ser una enemiga terrible.

-No había percibido un poder semejante desde los primeros tiempos de Palpatine. Si todo continúa como hasta ahora, Han, Kueller llegará a ser más fuerte de lo que jamás lo fue el Emperador..., y tardará todavía menos tiempo que él en acumular esa clase de poder.

-Así que en realidad no estás aquí por Luke.

Mara tragó saliva.

-Quizá ya sea demasiado tarde para Luke. Estoy aquí por el resto de nosotros.

-¿Y entonces por qué se ha ido Karrde?

-Pensaba quedarse... hasta que vio la clase de batalla que se está librando en los alrededores de Almanía -dijo Mara.

-¿Qué está pasando?

-Tres Destruidores Estelares de la clase Victoria contra la flota de la Nueva República. Cuando salimos del hiperespacio vimos estallar a uno de los cruceros estelares de Mon Calamarj. La Nueva República está perdiendo esta batalla, Han. Todos morirán ahí fuera, y eso dará todavía más poder a Kueller.

Su voz sonaba un poco más firme. Chewie debía de haber llevado los ysalamiris lo suficientemente lejos para que Mara sólo pudiera sentir su presencia de una forma periférica.

-Kueller no puede ser omnipotente -dijo Han-. Si lo fuese ya nos habríamos enterado.

-Luke sabía que Kueller suponía una gran amenaza -dijo Mara-. Mis fuentes me han informado de que Kueller era uno de sus estudiantes.

Luke le dejó escapar.

-Luke nunca deja «escapar» a nadie. Sus estudiantes pueden irse en cuanto quieran.

-Bueno, pues mis fuentes afirman que Kueller odia a todo lo que tenga que ver con los Jedi desde que se fue de la Academia Jedi. Esas visiones de Luke que he estado teniendo parecen respaldar su afirmación.

Han no quería pensar en su amigo muriendo en la soledad de un planeta extraño. La voz de Anakin volvió a resonar en su mente. «No puedo hablar ni con mamá ni con el tío Luke ...»

-Eso lo aclara todo -dijo-. ¿Dónde está Kueller? ¿Se encuentra a bordo de uno de esos Destruidores Estelares?



Mara meneó la cabeza.

-No lo creo, o al menos no me lo parece a juzgar por lo que oímos a bordo del *Karrde Salvaje*. Los fragmentos de transmisiones que captó Karrde parecen indicar que Kueller está en algún lugar de la superficie de Alemania.

Muy propio del Emperador, desde luego... Siempre presente, pero siempre oculto entre bastidores.

-¿Te importaría verificarlo, Mara?

-¿Qué vas a hacer?

-Voy a poner fin a todo esto.

-¿Tú solo? Kueller derrotó a Luke, Han. Han sonrió.

-Eso no me preocupa.

-El exceso de confianza puede matar a un hombre.

-Exactamente, y cuento con que éste sea uno de esos casos -dijo Han.

Mara le contempló en silencio durante unos momentos.

-Realmente crees en todos esos cuentos de viejas, ¿verdad? -dijo por fin-. Estás realmente convencido de que la mejor forma de derrotar a un enemigo muy poderoso es convertirte en su igual.

-Los ysalamiris no me convertirán en su igual, Mara -dijo Han-. Sólo me proporcionarán una ventaja.

Mara meneó la cabeza.

-Si recibió el adiestramiento Jedi, Kueller tiene que ser físicamente muy poderoso. Aguantar ese tipo de pruebas exige tener mucha resistencia.

-Lo sé -dijo Han-. Pero acabo de ver lo mal que te sentías cuando estabas bajo la influencia de esas criaturas. Luke describió la experiencia diciendo que era como estar ciego y sordo. Un hombre que ha perdido el poder se siente obsesionado por su pérdida, y eso me proporcionará una ventaja momentánea.

-Asegúrate de aprovecharla al máximo -murmuró Mara-, porque sólo dispondrás de un momento...

\* \* \*

Las naves que estallaban en el espacio hicieron que Kueller se acordara del pasado. Estaba ganando aquella batalla, pero a pesar de que ya había destruido un crucero estelar y la mayor parte de los escuadrones de alas-A se sentía como si hubiera fracasado.

La guerra permitía que la gente sintiera temor. Les daba tiempo para maldecir a su líder. Los supervivientes solían echar la culpa de lo ocurrido no a su incompetencia, sino a los deseos de la persona que los había enviado al combate.

Kueller había albergado la esperanza de que podría evitar todo aquello. Sus Destructores Estelares tendrían que haber sido usados meramente para exhibir su poderío, y no para combatir..., pero aun así las tripulaciones se portaban mejor de lo que había esperado y le estaban prestando un excelente servicio.

Si no fuera por aquella extraña inquietud indefinible, aquella vaga impresión de que había algún detalle que se le escapaba...

Otro ala-A estalló en varias pantallas esparcidas por la sala. Un puntito desapareció en la imagen táctica. El grito de un hombre quedó cortado bruscamente en los altavoces del techo. Kueller se preguntó si la Nueva República sabía que habían logrado sintonizar sus comunicaciones.

Y después también se preguntó si eso les importaría en el caso de que lo supieran.

Yanne estaba gritando órdenes al equipo táctico desplegado ante él. Las voces resonaban por todo el centro de mando. Algunas eran las voces digitalizadas de los pilotos de los cazas TIE y otras, menos audibles, pertenecían a los pilotos de los alas-A.

Y había dos nuevos contactos en la pantalla táctica, casi fuera del espacio almaniano.

-¿Qué son esos puntos?

-Recién llegados, mi señor -respondió Gant-. La primera nave apareció, estuvo a punto de unirse al combate y después viró de repente y empezó a alejarse. La otra nave apareció cuando la primera estaba volviendo a su punto de lanzamiento hiperespacial, y faltó muy poco para que chocaran.

-Quiero que sean identificadas.

-Sí, mi señor.

Kueller alzó la mirada hacia la cúpula que se extendía sobre su cabeza. Salvo por el gran fogonazo que había aparecido en el cielo unos momentos después de que el crucero estelar calamariano estallase, no había visto ninguna evidencia de la batalla. Si los habitantes de Alemania todavía estuvieran vivos, no

habrían visto ninguna batalla en los cielos.

Si todavía estuvieran vivos...

Kueller sonrió. Poseía su riqueza, y a ella había que añadir las riquezas de Pydyr y Auyemesh. No tardaría en utilizar el poder que había acumulado para hacerse con el control de toda la galaxia.

Sus cazas TIE estaban avanzando hacia el siguiente crucero estelar en una formación de y invertida. ¿Cómo era posible que la Nueva República todavía no hubiera comprendido que Kueller conocía los diagramas y planos de sus naves? Lo mejor de todo, naturalmente, era que ese conocimiento incluía la forma más fácil de destruirlas. Kueller había seguido con mucha atención todas las lecciones del Maestro Skywalker y se las había aprendido de memoria.

Skywalker...

Eso era lo que estaba sintiendo. Skywalker se había puesto en movimiento. Kueller se apartó del grupo de técnicos mientras Vek iba hacia él.

-Hemos identificado las naves, mi señor.

-Ahora no, Vek -dijo Kueller, alejándose todavía más.

-Pero mi señor... Yanne dijo que debíais saber que esas naves son el *Halcón Milenario* y el *Karrde Salvaje*.

Sus palabras hicieron que Kueller concentrara su atención en el joven inmóvil delante de él. Vek tenía el rostro un poco regordete y los ojos de un castaño rojizo, y su piel todavía estaba cubierta de acné. Era uno de los escasos supervivientes meticulosamente seleccionados de la venganza contra Almanía llevada a cabo por Kueller, uno de los mil que habían conseguido escapar a la matanza..., y Kueller se dio cuenta de que ya no se acordaba de por qué le había permitido seguir con vida.

-¿La nave de Han Solo?

-Sí, mi señor.

Kueller sonrió. El muchacho dio un paso hacia atrás.

-Excelente, excelente... Esbelta Ana Azul ha hecho su trabajo, aunque haya sido con un poco de retraso. Dobla su cuenta de crédito tal como prometí.

El muchacho le miró como si no entendiera de qué estaba hablando.

-Sí, mi señor.

Han Solo ya estaba a su alcance. En realidad Kueller ya no le necesitaba porque Organa Solo por fin había puesto los pies en su planeta, pero eso no significaba que fuera a rechazar aquel regalo del destino. Han Solo era un vigoroso defensor de la familia y los amigos, y en cuanto hubiera acabado con el cuñado de Solo y con su esposa, Kueller se ocuparía de los hijos de Solo. Librarse de ellos resultaría mucho más fácil en cuanto Han Solo hubiera desaparecido.

-¡Yanne! -gritó.

Yanne levantó la mirada de su puesto al lado de la imagen táctica. -¿Sí, mi señor?

-Tenemos un par de invitados en el perímetro exterior de nuestro sector del espacio. Envía un destructor a esa zona para que acabe con ellos. -Hemos conseguido atrapar a la flota de la Nueva República en un movimiento de pinza perfecto, mi señor. Si apartamos alguna nave de la formación corremos el riesgo de que se nos escapen. Kueller se encogió de hombros.

-Haz lo que te parezca más adecuado, pero no permitas que esas dos naves se vayan. Quiero que sean destruidas.

Yanne frunció el ceño.

-Sí, mi señor.

-Y una cosa más, Yanne...

-¿Sí, mi señor?

-Quedas a cargo de todo esto hasta mi regreso. -Kueller sonrió-. Y no olvides que no soporto los fracasos.

Yanne se llevó una mano a la garganta.

-No es probable que lo olvide, mi señor.

-Excelente.

Kueller salió del centro de mando. Estar dentro de él había acabado fatigándole. Aquella extraña sensación de fracaso le siguió al salir. Yanne había descubierto el origen de las sensaciones que Kueller había experimentado después de dar las órdenes. Los androides habían sido destruidos en el Pasillo de los Contrabandistas..., pero únicamente los androides robados. Los androides de procedencia regular seguían intactos, lo cual quería decir que alguien había encontrado los detonadores y los había desactivado.

¿Brakiss?

Kueller meneó la cabeza. No podía ser cosa de Brakiss, ya que en ese caso hubiera percibido su traición. No, no... La traición tenía que proceder de una fuente cuya existencia no había sospechado, y que ni siquiera sabía que existiera. Alguien debía de haber descubierto los detonadores ocultos en los androides de Coruscant.

Tendría que haber pensado en ello.

Pero daba igual. El gobierno de Coruscant sólo se preocupaba de sí mismo, y jamás se les ocurriría advertir a los gobernantes locales de todos los sectores. Y tampoco había que olvidar que Brakiss había equipado con detonadores a todos los nuevos modelos de androides, y que ya llevaba casi dos años haciéndolo. Eso bastaría para llenar de terror todos los corazones de la galaxia.

Y Kueller no tardaría en sembrar el pánico, pero antes empezaría asegurándose de que disponía de todo el poder que iba a necesitar.

Ya iba siendo hora de que se ocupara de Skywalker y su hermana.

Kueller había percibido la perturbación que hizo temblar la Fuerza cuando Organa Solo se posó en el planeta. Su monitor privado le había mostrado cómo la nave descendía cerca de las torres, y había captado el valeroso intento de hacer huir a sus guardias llevado a cabo por Skywalker. Kueller había dado la orden de que no se enviaran refuerzos.

Quería ocuparse personalmente de ellos.

La torre no quedaba muy lejos de allí.

Con Skywalker debilitado y Organa Solo falta del adiestramiento necesario, Kueller dispondría de una ventaja considerable.

Empuñó su espada de luz con la mano derecha. La ventaja no garantizaba la victoria, por supuesto, y eso quería decir que necesitaría el respaldo de su arma.

Skywalker y Organa Solo no saldrían con vida de Alemania.

## Cuarenta y siete



Mientras Brakiss y sus androides llevaban a Cole hacia las profundidades de la fábrica, la descripción llena de furia que su madre había hecho de él se repitió una y otra vez dentro de la cabeza del joven igual que un mantra: impetuoso, tozudo, impulsivo... La madre de Cole le había dirigido aquellas palabras cuando quiso ir a la Academia Jedi, cuando fue a trabajar en Cabeza de Ancla y cuando se marchó de Tatooine. También le había dicho que sus deseos de ser un héroe acabarían trayéndole serios problemas algún día.

Tenía razón.

A pesar de que las palabras de su madre resonaban una y otra vez como una especie de música de fondo dentro de su cerebro, la parte consciente de su mente estaba examinando las escasas posibilidades de que disponía. Brakiss le estaba apuntando con su desintegrador. Los androides asesinos también habían sacado su armamento, y si miraba hacia adelante podía ver varios viejos androides gladiadores imperiales.

Cole estaba totalmente solo aparte de un androide de protocolo más bien asustadizo y una pequeña unidad R2 llena de recursos, y por el momento ninguno de sus dos acompañantes se encontraba allí para poder ayudarle.

A esas alturas siempre cabía la posibilidad de que Mon Mothma o el almirante Ackbar supieran dónde estaba, naturalmente, pero tampoco había ninguna garantía de que fueran a mover un dedo para salvarle.

Impetuoso, tozudo, impulsivo...

Ya puestos, su madre también hubiera podido añadir «estúpido» a la lista. Cole tenía tanta fe en Erredós que había conseguido convencerse a sí mismo de que el pequeño androide sería capaz de hacerse con el control de la situación.

Y había cometido un grave error.

Su fe en sí mismo tampoco le había permitido pensar en la [posibilidad de](#) que todo le saliera mal. Cole

pensaba que un héroe sólo necesitaba estar del lado del bien para alzarse con la victoria.

El suelo iba descendiendo en una suave pendiente, y todos los letreros habían desaparecido. Las paredes no habían sido pulidas, y los paneles luminosos instalados en el techo quedaban totalmente a la vista. Cole nunca se había encontrado con unos paneles luminosos tan aparatosamente visibles, y enseguida se dio cuenta de que impregnaban cuanto le rodeaba con una áspera desnudez que parecía reflejar sus emociones.

Brakiss estaba enterado de la existencia de los detonadores, naturalmente, ya que era él quien los había instalado en los androides. Además parecía poseer la misma clase de carisma que tenía Leia Organa Solo, algo que Cole estaba empezando a entender surgía de la Fuerza.

Estaba permitiendo que lo alejaran cada vez más del carguero, pero no veía otra elección. Tenía que dar tiempo a Erredós para que hiciera lo que creía que podía hacer allí, fuera lo que fuese.

Acabaron llegando a una gran puerta de acero. Brakiss tecleó un código y la puerta se abrió con un suave siseo. Cole intentó retroceder, pero Brakiss le puso la mano en la espalda y le empujó.

La habitación era muy grande y olía a ozono y a metal recalentado. Chorros de chispas volaban por los aires mientras los androides aullaban. Relámpagos y descargas eléctricas bailotearon en el vacío, seguidos por más gritos de voces artificiales. Habían entrado en una sala de torturas para androides. Cole había oído hablar de ellas, pero nunca había creído que existieran.

Hacía falta tener una mente particularmente sádica para descubrir formas realmente efectivas de torturar a criaturas incapaces de sentir dolor.

Pero Cole sí podía sentir dolor.

-Te traemos un humano para que veas qué puedes hacer con él, Eva -dijo Brakiss-. Quiero saber por qué ha venido aquí, así que no le mates.

-Pues entonces encárgate personalmente de él -replicó el androide con una voz tan femenina que resultaba casi hipnótica-. Los objetivos fáciles de alcanzar me aburren.

-Hacerle daño es fácil. Mantenerlo con vida ya es más difícil, e impedir que se vuelva loco será todavía más difícil. Confío en que tu astuta mente sabrá encontrar una forma de conseguirlo.

El androide fue hacia Cole moviéndose lentamente sobre sus delgadas piernas. Después inclinó la cabeza hacia un lado y examinó su cara. Sus ojos eran ranuras doradas, y sus planchas olían a impactos de desintegrador.

-Soy Eva -Nuevedénuevedos. He dirigido las operaciones relacionadas con los ciborgs y todos los programas de readiestramiento desde que mi prototipo, Eva-Nuevedénueve, fue adquirido por un señor del crimen de Tatooine. Se ha dicho que soy dos veces más implacable que él. Esto es una advertencia, y te lo cuento porque he pensado que tal vez quieras confesar lo que sea que mi amo quiere que confieses antes de que empiece a descubrir dónde se encuentran los límites del dolor humano.

Cole no pudo reprimir un estremecimiento. Pero hasta el momento no había visto a ninguna unidad R2, y tampoco veía a Cetrespeó.

-Ya le he explicado a tu amo por qué estoy aquí. -Miró a Brakiss, cuyos ojos ardían con una luz tan cruel como la que brillaba en los ojos del androide-. Encontré algunos detonadores escondidos dentro de unos androides que habían sido fabricados en estas instalaciones, y pensé que tu amo quizá quisiera ser informado de ello.

-Un altruista -dijo secamente Brakiss-. Que además, y porque le conviene hacerlo, se olvida de que envió a sus androides a los niveles inferiores de mi fábrica.

Eva alzó sus manos en forma de garra y se las frotó.

-Preferiría trabajar sobre los androides.

Por lo menos eso confirmaba que hasta el momento todavía no habían conseguido capturar a Erredós o a Cetrespeó. -No vi los letreros -dijo Cole.

-Esta historia que insistes en repetir tiene considerables limitaciones, Fardreamer -dijo Brakiss, que estaba solo en el umbral. Los androides asesinos se habían quedado en el pasillo-. Dime qué utilidad puedes tener para Skywalker y tal vez te deje marchar.

Cole se encogió de hombros.

-Sólo soy su mecánico.

-¿Un hombre que puede dedicarse a surcar el espacio por su cuenta en compañía de algunos de los androides más importantes de la galaxia... sólo es su mecánico? En ese caso Skywalker debe de tener mucha confianza en sus sirvientes.

Un androide de cuerpo cuadrado y cabeza cilíndrica estaba viendo cómo sus pies eran calentados y remodelados. El alarido del androide era un silbido estridente interrumpido ocasionalmente por pitidos

muy agudos. Un ruidoso chapoteo acompañado por las súplicas de una voz mecánica que había perdido toda su capacidad de modulación llegó hasta ellos desde una habitación contigua.

-No -dijo Cole-. Sólo espera que poseamos una cierta capacidad de iniciativa.

-Comprendo -dijo Brakiss-. ¿Y nadie más podía venir hasta aquí? ¿Nadie más podía haberme enviado un mensaje?

-Me pareció que se trataba de un asunto bastante delicado -dijo Cole-. No quería que toda la galaxia se enterase de que los androides podían ser muy peligrosos.

-No, claro -dijo Brakiss.

Su mano empujó a Cole hacia Eva, y las garras del androide le sujetaron los brazos con tanta fuerza que le cortaron la circulación. -No lo olvides, Eva -dijo Brakiss-. Lo quiero vivo y cuerdo.

-No lo olvidaré -dijo Eva.

Los androides asesinos habían desaparecido. Aquel lugar tenía que resultar aterrador incluso para unos androides.

Cole sólo tendría una oportunidad.

-¿Sabes que tus garras están ejerciendo una presión realmente deliciosa sobre mis centros del placer? -murmuró con la voz enronquecida por un falso tono de satisfacción.

La cabeza de Eva se volvió hacia él.

-¡No! -gritó Brakiss.

Pero ya era tarde, porque la sorpresa había hecho que el androide aflojara su presa.

Cole se liberó los brazos y echó a correr hacia la puerta. Apartó a Brakiss de un empujón, y le arrancó el desintegrador de la mano.

Los androides asesinos se habían esfumado como si jamás hubieran existido. Si consiguiera recordar...

Un haz de electricidad se enroscó alrededor de Cole y esparció una sensación de terrible cosquilleo por todo su ser. El cuerpo de Cole tembló espasmódicamente, debatiéndose y bamboleándose, y su garganta se puso tan tensa que le dejó sin respiración. Los ojos estaban a punto de salir despedidos de sus órbitas, y no podía respirar, y...

... no...

... podía...

... respirar... y entonces la descarga eléctrica se disipó de repente. Cole cayó al suelo y empezó a oscilar de un lado a otro tan flácidamente como si fuera un pez recién sacado del agua, deseando parar pero siendo totalmente incapaz de hacerlo. Sus músculos por fin dejaron de vibrar y Cole se quedó inmóvil, tan impotente como si todo su cuerpo se hubiera derretido de repente.

Una patada de Brakiss le dio la vuelta hasta dejarlo de cara al techo. No había nadie cerca de él. Eva seguía dentro de la cámara de tortura, y continuaba en la misma posición en que la había visto antes. Cole no vio ningún equipo aturridor ni nada que pudiera haber causado aquella experiencia tan profundamente desagradable.

-No vuelvas a tratar de engañarme, muchacho -dijo Brakiss-. No me costaría nada torturarte yo mismo, pero no puedo perder el tiempo contigo.

-¿Tú... hiciste... eso? --preguntó Cole, aunque su boca paralizada convirtió las palabras en una especie de gemido inarticulado.

-Tu amigo Skywalker no aprueba esta forma de utilizar la Fuerza, pero yo encuentro que resulta muy útil. Ahora coopera conmigo, Fardreamer, y te dejaré marchar.

-No puedo... -dijo Cole, oyendo cómo sus labios transformaban su negativa en un vago gimoteo.

Ni siquiera podía hablar. Ni siquiera podía defenderse.

-Bien, pues de momento te dejaré en manos de Eva. Si cambias de parecer respecto a tu historia, bastará con que se lo digas y Eva se pondrá en contacto conmigo.

Pasó por encima de Cole y se alejó pasillo abajo. El cuerpo de Cole seguía siendo recorrido por temblores casi imperceptibles. Era totalmente incapaz de controlar sus músculos. Eva pasó por encima de él, se inclinó y le rodeó los tobillos con una de sus garras. Cole ni siquiera pudo tratar de darle una patada.

Eva le metió en la cámara de torturas arrastrándole por las piernas. Después alzó en vilo a Cole como si no pesara nada y colocó su cuerpo encima de una plancha metálica de forma curva que estaba provista de extrañas protuberancias. El metal se inclinó ligeramente debajo de Cole. Encima de él había docenas de taladros, sierras y soldadores. Cole reconoció todos aquellos instrumentos, y además sabía que la mayoría de ellos habían sido diseñados para reparar equipos metálicos.

Eva pareció sonreír mientras se inclinaba sobre él.

-Ésta es tu última oportunidad, humano.

Pero la boca de Cole seguía negándose a funcionar. No habría podido confesar ni aunque hubiese querido hacerlo.

\* \* \*

Luke descansó unos momentos junto a Leia. Cualquier otro hombre ya habría muerto, y Leia estaba asombrada de que su hermano aún fuera capaz de mantenerse en pie.

-Tenemos que salir de aquí -dijo.

-Ya lo sé -murmuró Luke.

Pero parecía estar esperando algo. Leia esperaba que ese algo no fuera Kueller.

Deslizó un brazo alrededor de la cintura de Luke, asegurándose de que evitaba tocar las heridas de su espalda, y le ayudó a levantarse. Después pasó el brazo de Luke por encima de su hombro, descargando al tobillo fracturado de su peso, y los dos empezaron a caminar hacia el hangar...

... en el mismo instante en que un doble campanilleo muy familiar advertía a Leia de que el sistema de autodestrucción del *Alderaan* acababa de quedar activado.

-Tenemos problemas -susurró.

Luke extrajo nuevas energías de alguna reserva invisible y se levantó sin su ayuda. Después empuñó dos desintegradores, y Leia le imitó y se internó en las sombras que envolvían a su nave.

Oyó tres rápidos campanilleos. La nave estallaría cuando la secuencia llegara a las cinco notas. Leia tenía la boca reseca. El *Alderaan* era su única forma de salir de aquel planeta desierto.

Examinó el interior del hangar y no vio a nadie. Unas pisadas se confundían con las suyas al lado del *Alderaan*. No había muchas pisadas, quizá sólo media docena o como mucho unas cuantas más. La señal negruzca de un impacto de desintegrador junto a la escotilla le indicó qué había ocurrido.

¿Dónde podían estar los intrusos?

-¿Ves a alguien, Luke?

Luke meneó la cabeza. Parecía vagamente distraído, como si estuviera oyendo una música lejana. Leia ya había visto aquella expresión antes en el rostro de su hermano cuando perdió la mano debajo de la Ciudad de las Nubes. Nunca había sabido si indicaba que estaba sufriendo un gran dolor o que estaba escuchando alguna voz sobrenatural que hablaba dentro de su cabeza.

Aquella vez Luke había estado percibiendo la presencia de Vader.

¿Qué presencia estaba percibiendo en aquel momento? ¿La de Kueller, quizá?

El *Alderaan* emitió cuatro campanilleos más. Si Leia no actuaba inmediatamente, ya no podría hacerlo nunca. O salvaba su nave, o se salvaba a sí misma.

Entró corriendo en el hangar con un desintegrador en cada mano y se precipitó sobre el *Alderaan*. Su nave examinó sus huellas dactilares, su pauta retiniana y su voz mientras Leia recitaba el código interno. La puerta se abrió en el mismo instante en que el altavoz empezaba a emitir la secuencia de cinco campanilleos...

... y la secuencia se interrumpió de repente.

El corazón de Leia estaba latiendo tan deprisa como si fuera a estallar de un momento a otro. Nadie había disparado contra ella. Fuera quien fuese el causante de la activación del sistema antintrusos del *Alderaan*, se había limitado a disparar contra la nave y se había ido en cuanto los mecanismos automáticos iniciaron la secuencia de autodestrucción.

Leia abrió el panel de control interior contiguo a la puerta, desactivó el sistema de autodestrucción y asomó la cabeza por el hueco de la escotilla.

-¡Luke! -gritó.

Pero su hermano no respondió a su grito. Leia no pudo verle entre las sombras que llenaban el hangar.

-¡Luke! ¡Salgamos de aquí!

Seguía sin haber respuesta. ¿Se habría desmayado?

Tendría que volver a por él.

Estaba cruzando el umbral cuando oyó el silbido de una espada de luz. Leia se llevó las manos al cinturón. Ella iba armada con su espada de luz, pero Luke parecía haber perdido la suya en algún sitio.

El corazón le empezó a latir más deprisa. Sólo había otra persona capaz de utilizar la Fuerza en toda Alemania.

## Cuarenta y ocho



El mensaje de Leia decía que iría a Almanía en el *Alderaan*, y después había añadido una corta nota sobre Wedge y la flota. Pero por mucho que se esforzara, Han descubrió que no había forma de localizar el *Alderaan* entre el enjambre de navíos que estaban librando un encarnizado combate no muy por debajo de él. No quería ni pensar en todos los restos que flotaban a su alrededor.

Estaba sentado en la cabina de control con Chewbacca junto a él y Mara Jade ocupando el asiento posterior. Mara todavía estaba muy pálida. No se había recuperado del todo, y les había dicho que los ysalamiris continuaban afectando a sus sentidos de la Fuerza a pesar de que se encontraban todo lo lejos de ella que podían llegar a estar.

Han pensó que eso era una buena noticia.

-Ponte en contacto con alguien de la flota de la Nueva República, Chewie -dijo-. Necesito saber dónde está Leia.

-Cuando llegamos su nave no estaba allí -dijo Mara.

Chewbacca activó el relé de comunicaciones sin prestar ninguna atención a Mara. Han se mantenía cerca del *Karrde Salvaje*. Talon seguía sin haber entrado en el hiperespacio. Algo parecía retenerle allí.

-Creía que Karrde quería salvar su pellejo.

Mara sonrió.

-Me parece que sigue estando interesado en el mío -fue su más bien enigmática respuesta.

-Estupendo -dijo Han.

Chewie les informó de que nadie había visto a Leia desde el comienzo de la batalla.

-Ya me lo imaginaba -dijo Han. Se alejó del *Karrde Salvaje* y fue hacia Almanía-. Examina la superficie, Chewie. El *Alderaan* tiene una firma de identificación inconfundible, y si Leia está allí la encontraremos.

Las peludas manazas de Chewie se movieron velozmente sobre la consola. Mara se recostó en su asiento.

-Kueller te matará antes de que puedas poner los pies en ese planeta.

-Lo dudo, cariño -dijo Han-. Kueller lleva mucho tiempo intentando atraerme a ese lugar.

Mara no tenía nada que replicar a eso. Chewbacca siguió examinando la superficie y Han inició un vector de aproximación que llevaría al *Halcón* por encima de la batalla.

Vista desde arriba, la situación parecía bastante seria. Los Destruidores Estelares habían sufrido muchos daños, pero seguían luchando. Había demasiados cazas TIE y ningún ala-X, sólo alas-A y alas-B. Uno de los navíos de combate de la Nueva República ya había sido destruido, y sólo quedaban dos.

-No pierdas el tiempo pensando, Solo -dijo Mara-. O vas a salvar a tu esposa, o salvas a la flota.

Han ya sabía a qué dura elección se enfrentaba, pero verla con tanta claridad delante de sus ojos hizo que se sintiera terriblemente impotente. Un instante después algo que se movía muy deprisa entró en la periferia de su campo visual.

-Caza TIE en dos-cero-nueve -dijo Han-. Toma los controles, Chewie. Voy a los cañones.

-Te acompaño -dijo Mara.

Han subió a la torreta superior mientras Mara se instalaba en la torreta inferior, se puso los auriculares y se sentó delante de los controles del cañón láser. Enjambres de estrellas y cazas giraban locamente a su alrededor.

-¿Estás en tu puesto, Mara?

-Preparada.

-De acuerdo -dijo Han-. Abre bien los ojos.

El caza TIE pasó por encima de ellos sin dejar de disparar ni un solo instante. Han hizo girar su sillón, apuntó el cañón y disparó. Las andanadas láser lanzadas por Mara desde abajo brillaron con un resplandor rojizo sobre la negrura del espacio.

El caza estalló con un cegador destello blanco.

-¡Lo pillé! -gritó Mara.

Dos cazas TIE más aparecieron a estribor de la torreta artillera de Han. Un instante después tres cazas más pasaron como una exhalación sobre su cabeza mientras otros tres pasaban por debajo de él. Dos cazas más aparecieron a babor.

-¡Chewie! -gritó Han mientras el cañón escupía llamas láser en todas direcciones.

El wookie era un piloto demasiado experimentado para dejarse atrapar en aquella clase de trampa. El *Halcón* siguió avanzando a lo largo del mismo vector, y después se inclinó súbitamente hasta quedar de lado y se deslizó por entre los cazas.

Los cazas TIE, acostumbrados a disparar contra los blancos más diminutos que ofrecían los alas-A, necesitaron unos momentos para recuperarse de la sorpresa.

-Traza un círculo, Chewie -dijo Han.

Chewbacca ejecutó una parábola perfecta. Han y Mara apuntaron sus cañones y dispararon contra los dos cazas TIE que se aproximaban en direcciones opuestas. Los dos estallaron mientras cinco cazas más acudían en su ayuda.

-¡Hay muchísimos! -exclamó Mara.

-No cabe duda de que Kueller se ha gastado una auténtica fortuna -dijo Han-. Ni siquiera el Imperio llegó a desplegar tantos cazas TIE en una sola batalla.

Chewbacca lanzó un estridente aullido. Más cazas TIE venían hacia ellos.

-¿Qué ha dicho? -gritó Mara.

-Ha dicho que estamos consiguiendo apartar a unos cuantos cazas de la batalla. Ese amiguito tuyo tan feo que te visita en tus pesadillas debe de saber que estamos aquí.

El sudor goteaba por el rostro de Han y los hombros empezaban a dolerle a causa del esfuerzo que suponía mover el cañón. Estaba haciendo tantos giros y contorsiones en su asiento que no tenía ni idea de cuál era su posición con respecto a la cabina de control, aunque suponía que daba igual.

-Creí haberte oído decir que te quería vivo. -¡Y así era!

Han estaba disparando contra cinco cazas TIE. Logró darle a uno, y el caza se alejó dando tumbos por el espacio. Otro caza pasó por encima de ellos, disparando mientras sobrevolaba al *Halcón*. La mayoría de los disparos rebotaron en los escudos deflectores.

Un tercer caza disparó una andanada láser. Los haces dieron en el blanco, y algo estalló dentro del *Halcón*.

-¿Chewie? -gritó Han.

Chewbacca respondió con un seco gruñido. Al parecer acababan de perder un escudo deflector.

-¡Eso ha sido algo más serio que un escudo, Chewie!

Chewie volvió a gruñir. Ya casi había conseguido reparar el escudo, pero no tenía tiempo de seguir hablando. Fue Mara quien acabó informándole de lo ocurrido.

-Eso que habéis oído era mi cañón -dijo-. ¿Estás bien?

-Si llamas estar bien a haber adquirido unas cuantas quemaduras de tercer grado, supongo que estoy bien -dijo Mara-. Mis manos sobrevivirán.

-Entonces sube a la cabina de control y ayuda a Chewie -dijo Han, no muy seguro de si Mara se estaba inventando lo de las quemaduras o si realmente estaba herida-. Vamos a tener que pasar justo por encima de uno de esos Destruidores Estelares. Esperemos que no nos vea.

-La esperanza puede ser muy peligrosa, Solo.

Han no le respondió. Sus brazos estaban haciendo vibrar todo su cuerpo mientras continuaba disparando. Los cazas TIE habían formado un auténtico enjambre alrededor del *Halcón*, pero sus disparos seguían rebotando en los escudos deflectores. Chewie debía de haberlos reparado.

O quizá no.

Otro haz láser dio en el blanco. El *Halcón* giró locamente en el espacio. Chewbacca estaba chillando y Mara estaba soltando maldiciones, y Han se encontró repentinamente cabeza abajo con respecto a su posición anterior. Sólo el arnés de seguridad le había salvado de salir despedido del asiento.

-¿Qué daños hemos sufrido, Chewie?

Chewbacca respondió con un prolongado aullido.

-¡Ya sé que no ha sido culpa tuya! Me conformo con que me informes de los daños, ¿de acuerdo?

-Hemos perdido los tubos lanzacohetes -dijo Mara, encargándose nuevamente de responderle-. Y será mejor que le des las gracias a Chewie por tener tan buenos reflejos. Lanzó los cohetes justo cuando nos



dieron.

-Oh, estupendo -dijo Han-. Se supone que debo agradecerle que haya arrojado al espacio la mitad de nuestro armamento, ¿verdad? -Pero siguió disparando, y logró darle a un caza TIE que estalló y cuyos restos salieron despedidos en todas direcciones-. Haz que ese maldito escudo vuelva a funcionar.

El *Halcón* se enderezó y siguió avanzando hacia el Destructor Estelar.

-Olvidate de ese último plan, Chewie -dijo Han-. Límitate a ir hacia el planeta.

Chewbacca respondió con un seco gruñido.

-Oye, en el espacio no hay líneas rectas -replicó Han-. Si realmente tienes que hacerlo puedes pasar por encima, por debajo o alrededor de él. Me da igual que lo tengas justo enfrente.

Chewie volvió a gruñir.

-No pueden habernos pillado con un rayo tractor, Chewie -dijo Han, deseando con todas sus fuerzas que lo que acababa de oír no fuera verdad-. Echa otro vistazo a tus instrumentos.

-Parece como si no quisieran permitir que pongamos los pies en Almania, Han -dijo Mara.

Han se quitó el sudor de la cara con el dorso de un brazo. Ya podía ver el hangar abierto en el flanco del Destructor Estelar. El rayo tractor aspiraría su nave hacia las profundidades del hangar, donde tendrían que enfrentarse con un montón de soldados de las tropas de asalto y nadie sabía qué otras cosas más.

Si pudiera reunirse con Leia...

En una ocasión Luke había emprendido una acción particularmente arriesgada contra un Destructor Estelar usando su ala-X. Había lanzado torpedos protónicos contra el rayo de tracción, y los torpedos habían estallado en las entrañas del Destructor Estelar y lo habían hecho pedazos.

Pero el *Halcón* ya no poseía esa clase de potencia de fuego.

El cañón láser no podría causar daños lo suficientemente serios, pero tal vez podría confundirlos durante un momento. Quizá pudiera romper la presa del rayo tractor e impedir que persiguieran al *Halcón*. Eso tal vez le diera la oportunidad de llegar hasta Almania y hasta Leia que necesitaba.

Chewbacca estaba gritando desde abajo.

-De una en una, Chewie. Sólo tenemos que prestar atención a esa otra nave si nos dispara.

O por lo menos Han esperaba que así fuera. El navío que Chewie había visto acercarse por detrás tal vez supusiera una amenaza todavía mayor.

-¿No tienes más armas a bordo de este trasto? -gritó Mara.

Han hizo girar su asiento y disparó varias ráfagas contra dos cazas TIE que estaban pasando por delante de él.

-Nuestro armamento ha quedado reducido a un cañón láser y un montón de desintegradores. ¿Quieres abrir la compuerta superior y empezar a disparar un desintegrador desde allí? Estoy seguro de que Chewie puede olvidarse de los controles el tiempo suficiente para buscar un cable y sujetarte a la escotilla con él.

Chewbacca soltó un gruñido.

-No hace falta que te pongas sarcástico conmigo, Solo -dijo Mara-. Sólo estaba intentando ser útil.

-Pues entonces trata de localizar la nave de Leia. No pienso ir a Almania si Leia no está ahí.

Han dirigió el cañón hacia arriba -o por lo menos lo dirigió hacia la parte del espacio que se había convertido en su arriba-, con lo que su asiento le dejó acostado sobre la espalda. Se concentró en un caza TIE y disparó, disparó y disparó hasta que el caza quedó convertido en un montón de restos humeantes.

-¿Cuánto falta para que lleguemos al Destructor Estelar? -gritó Han.

-¡Ya casi hemos llegado! -respondió Mara, también a gritos.

Chewie empezó a gruñir la cuenta atrás para aquel disparo que no serviría de nada. El disparo de Han carecería del milagroso poder explosivo de aquel con el que Luke había destruido la Estrella de la Muerte. Como mucho, la andanada de Han dejaría hechos añicos unos cuantos paneles de transpariacero, haría que unos cuantos oficiales salieran despedidos de sus sillones y ennegrecería un par de mamparos.

Pero aun así Han quería hacer las cosas lo mejor posible, por lo que recurrió al ordenador de puntería. Fue tecleando las coordenadas con la mano derecha mientras seguía disparando contra los cazas TIE con la izquierda. Los cazas estaban por todas partes, flanqueando al *Halcón* y rodeándolo en una continua amenaza. Ya se encontraban muy cerca del Destructor Estelar, y los pilotos de los cazas probablemente creían que el *Halcón* nunca conseguiría salir entero de allí.

Chewbacca anunció el final de la cuenta atrás con un seco gruñido.

Han mantenía los ojos clavados en el ordenador de puntería.

-¡No conseguirás darle! -gritó Mara.

Han estaba tan concentrado en lo que tenía que hacer que no le prestó ninguna atención. Las líneas del

ordenador convergieron en un punto y Han hizo que el cañón emitiera un chorro de fuego. Después apartó el ordenador de puntería con un rápido empujón. La andanada láser avanzó a lo largo del rayo tractor y entró en el hangar. Un instante después algo estalló con la potencia suficiente para que el Destructor Estelar temblara de forma claramente visible.

-Es todo lo que podemos hacer-dijo Han-. Vamos a aprovechar su sorpresa y...

Y entonces el Destructor Estelar estalló y quedó convertido en un millar de fragmentos metálicos. Las chispas y los destellos salieron despedidos en todas direcciones, y un diluvio de restos cayó sobre el *Halcón*.

-¡Sácanos de aquí, Chewie!

Los cazas TIE también estaban intentando escapar del campo de restos. Han salió de la torreta artillera y fue corriendo a la cabina de control, lanzando un grito de victoria que se prolongó durante todo el corto trayecto.

-Siento desilusionarte, Solo, pero tendrás que compartir la medalla con otro tirador -dijo Mara mientras señalaba el yate espacial que estaba pasando por encima de sus cabezas-. ¡Será mejor que le des las gracias!

Han dejó caer la mano sobre la consola.

-¡Karrde! ¡Creía que habías decidido largarte!

-¿Y perderme una buena pelea? Ni lo sueñes. -La voz de Karrde surgió de los altavoces entre un estallido de estática-. Ve al planeta. Os cubriré.

-No es una oferta que Karrde esté dispuesto a hacer cada día -dijo Mara.

-Y no tendrá que hacerla dos veces. -Han se dejó caer en el sillón de pilotaje-. ¿Todavía no has localizado a Leia?

-No -dijo Mara-. Tendremos que confiar en mis presentimientos.

-Creía que los ysalamiris estaban interfiriendo tus sentidos de la Fuerza.

Mara se encogió de hombros.

-Esperemos que no sean capaces de interferirlos al cien por cien.

\* \* \*

¡iiiiiooooo-piiiiiiip!

El primer androide le había visto.

-¡Erredós! -gritó Cetrespeó-. ¿Eres tú, Erredós?

El androide gladiador le sacudió violentamente. -Te he dicho que te calles.

-Y lo haría si creyera que sigue teniendo el control de la situación, señor, pero me parece que se ha metido en un buen lío.

El androide gladiador volvió la cabeza hacia la dirección de la que había venido aquel extraño sonido. Sus esbirros, los que habían ido a investigar, estaban siendo aplastados contra la pared con sus armas todavía atrapadas dentro de sus estómagos mientras centenares de unidades astromecánicas pasaban rodando junto a ellos a toda velocidad.

-¡Erredós! -gritó Cetrespeó.

-Pide refuerzos -le dijo el androide gladiador al androide que estaba más cerca de él-. Y que se den prisa en venir. Los demás... ¡Disparad!

Los cañones láser entraron en acción, y los haces de energía reverberaron por todo el pasillo. Estridentes alaridos mecánicos llenaron el aire. Espesas nubes de humo surgieron de la nada cuando los componentes empezaron a arder. Pero los androides astromecánicos siguieron avanzando.

-¡Erredós! -gritó Cetrespeó. La repentina humareda le impedía ver a la pequeña unidad astromecánica-. ¿Dónde estás, Erredós?

-Una palabra más y utilizaré este interferidor de circuitos -dijo el androide gladiador.

Cetrespeó ya se había hartado de escuchar amenazas.

-¡No, no lo harás! -dijo, y se liberó de su presa y se echó hacia atrás mientras el androide gladiador disparaba el interferidor de circuitos.

La descarga cayó sobre el otro androide gladiador que sujetaba a C trespeó. El androide gritó y su cuerpo metálico quedó envuelto en un estallido de verdosa luz de neón, brillando entre la repentina oscuridad como un faro. El brazo derecho de Cetrespeó había quedado libre. Cetrespeó logró liberar su

brazo izquierdo mediante un brusco tirón y desapareció entre la humareda.

Los disparos rebotaron a su alrededor. Los androides gladiadores parecían haberse convertido en torres de fuego que ardían entre la humareda. Cetrespeó empujó a varios desde atrás, haciendo que perdieran el equilibrio y se desplomaran hacia adelante.

-¡Erredós! -siguió gritando mientras iba hacia el lugar en el que había visto por última vez a los androides astromecánicos-. ¡Erredós! ¡iiiiiooooo-piiiiiiip!

El silbido procedía de su izquierda, y venía de un pasillo idéntico al que acababa de recorrer. Podía ser una trampa, o podía ser Erredós.

Cetrespeó entró corriendo en el pasillo con los brazos levantados. Los androides gladiadores seguían disparando entre una humareda que parecía horriblemente antinatural. Sus haces desintegradores estarían causando muchas bajas entre los androides astromecánicos, pero aun así nunca hubiera tenido que haber tanto humo.

A menos que...

A menos que algo estuviera ardiendo.

-Oh, cielos -murmuró Cetrespeó-. Oh, cielos. Me gustaría que alguien me explicara por qué todas las situaciones complicadas siempre tienen que acabar volviéndose todavía más complicadas...

¡iiiiiooooo-piiiiiiip!

Cetrespeó llegó al final del pasillo y vio que Erredós le estaba esperando. El pequeño androide empezó a emitir pitidos y a mecarse sobre sus ruedas en cuanto le vio. Su brazo terminado en una garra surgió de las planchas y tiró de Cetrespeó, atrayéndolo hacia él mientras la puerta se cerraba con un golpe seco a sus espaldas.

El humo se disipó al instante. En realidad nunca había sido humo, sino centenares de androides astromecánicos que estaban emitiendo alguna clase de sustancia química que se convertía en neblina al entrar en contacto con el aire.

-Te he estado buscando, Erredós -dijo Cetrespeó-. El amo Cole quería que no nos separásemos. No tendrías que irte sin avisar. Eso no es...

Erredós le interrumpió con un estridente bocinazo, giró en redondo y empezó a avanzar por el pasillo siguiendo a la multitud de androides astromecánicos.

-No puedes irte -dijo Cetrespeó-. Van a matar al amo Cole.

Erredós se detuvo y emitió un zumbido interrogativo.

-¿Como que por qué? Pues porque tenía que tratar de protegerte mientras tú te dedicabas a husmear por ahí. Ya sabes que había montones de letreros advirtiéndote de que los androides no debían salir de las naves, ¿verdad? El amo Cole creía que tenías un plan. Me dijo que debía reunirme contigo porque esperaba que eso serviría de algo. Ahora me doy cuenta de que no podíamos estar más equivocados.

Erredós emitió un trino electrónico claramente despectivo y reanudó su avance.

Cetrespeó le siguió.

-¿Desagradecido? ¿Desagradecido? ¿Cómo te atreves a llamarme desagradecido?

Erredós soltó un par de pitidos, pero no se detuvo. Los otros androides astromecánicos rodaban velozmente por delante de él, deslizándose sobre el suelo como un banco de peces mecánicos en un mar de cemento.

-No creo que el amo Cole pueda esperar, Erredós. Me atrevería a decir que está metido en un lío muy serio. Si no vas a ayudarlo, yo lo haré.

Cetrespeó giró sobre un talón y echó a andar por un pasillo lateral.

Erredós le llamó con un silbido, pero esta vez no se trataba del sonido amistoso de antes sino de una orden. Cetrespeó no le hizo ningún caso.

Y entonces Erredós emitió una larga serie de zumbidos y bocinazos, y Cetrespeó se detuvo.

-Oh, claro -dijo, y las palabras iban más dirigidas a sí mismo que a Erredós-. La verdad es que no quiero tener que volver a enfrentarme con el Terror Rojo.

Cetrespeó se apresuró a volver al pasillo original. Erredós y sus amigos astromecánicos ya estaban bastante lejos. Cetrespeó miró por encima de su hombro. De momento no había ni rastro del Terror Rojo, pero no había forma de saber si los androides asesinos serían capaces de abrirse paso a través de aquella puerta.

-¡Esperadme! -gritó-. ¡Es-pe-rad-me!

## Cuarenta y nueve



Luke retrocedió lentamente ante la espada de luz de Kueller. Por el momento Kueller no parecía dispuesto a usarla para matar y se limitaba a mantenerla extendida ante él, amenazándole mientras su negra capa aleteaba impulsada por el viento. Kueller estaba muy delgado -casi demasiado-, y esa extrema delgadez era el único indicio físico del comienzo de la desintegración causada por el lado oscuro que Luke podía ver en él.

Estaba anocheciendo. La luz, que había parecido tan brillante cuando Luke salió del túnel, empezaba a parecerle tenue e impregnada de sombras. La hoja de energía de la espada de luz de Kueller era la única fuente de claridad realmente intensa.

Luke apenas disponía de espacio para retroceder. Si iba demasiado lejos, chocaría con la pared de la torre de la que había escapado. Pero de repente una imagen mental tan nítida que casi parecía un holograma invadió su cerebro.

Alrededor de la torre había una especie de angosto callejón que llevaba a la puerta principal de la estructura. La puerta se había desprendido de su marco, y en el hueco había...

Kueller hizo girar su hoja en un potente mandoble dirigido contra Luke, y el ataque hizo añicos la imagen mental. Luke saltó a un lado. No estaba seguro de si debía tratar de coger sus desintegradores. Con eso sólo conseguiría proporcionar un blanco mejor a Kueller, y después de todo los desintegradores no servían de nada contra una espada de luz.

-Ríndete, Skywalker -dijo Kueller-. No eres lo bastante fuerte para derrotarme. Esta vez te mataré, y después mataré a tu hermana.

¡Leia! Leia tenía su propia espada de luz. Luke extendió la mano y Kueller dejó caer su hoja de energía sobre ella. Luke esquivó el golpe mientras la espada de luz de Leia surcaba los aires hacia él y se posaba entre sus dedos.

Luke conectó el arma sin perder un solo instante, y el reconfortante zumbido de la hoja de energía llenó de ecos la penumbra que se iba volviendo cada vez más negra a su alrededor.

-Ah -dijo Kueller-. Así que has decidido luchar conmigo, ¿verdad? Ten mucho cuidado, Maestro Skywalker. Si te dejas llevar por las emociones equivocadas puedes acabar uniéndote a mi bando.

-Me he enfrentado a enemigos mucho más fuertes que tú, Kueller -dijo Luke, sintiendo que la espada de luz parecía haberse vuelto extrañamente pesada en su mano-. Y los he derrotado...

-Ya hace muchos años de eso, Skywalker. Te has ablandado.

Kueller le lanzó un mandoble. Luke lo detuvo, y el entorchocar eléctrico de las hojas de energía retumbó en el aire de la noche.

Un instante después Kueller giró sobre sus talones y detuvo varios haces desintegradores con su espada de luz. Leia asomó la cabeza por el hueco de las puertas del hangar.

-Olvídate de él, Kueller. ¡Es a mí a quien quieres! -gritó.

La máscara de la muerte de Kueller brillaba como si estuviera iluminada por una claridad interior. El resplandor hizo que su sonrisa resultara todavía más siniestra de lo habitual.

-En realidad lo que quiero es acabar con toda vuestra familia, presidenta. Una vez que todos hayan muerto ya no quedará ningún auténtico Jedi.

Luke se acercó unos centímetros más. Su espada de luz seguía emitiendo su peculiar zumbido. Quería que Kueller luchara con él, y no con Leia. Su hermana todavía no estaba preparada para enfrentarse a un adversario tan poderoso.

-Pero ahora ya hay docenas de Jedi, Kueller.

-Pero no son Maestros Jedi, Skywalker.

-Hay más de los que te imaginas -dijo Luke, pensando en Calista y sabiendo que podía llegar a ser una oponente formidable incluso si no podía utilizar la Fuerza.

Kueller se volvió hacia Luke y Leia volvió a disparar. Kueller desvió los haces desintegradores sin ni siquiera mirarla. Los disparos se esparcieron inofensivamente en todas direcciones..., y un instante después el desintegrador de Leia fue arrancado de entre sus dedos, subió hacia el cielo y estalló a un par de metros por encima de su cabeza.

-Vuelve a utilizar otra de esas armas, mi querida presidenta, y te estallará en la mano.

-Te gustan las explosiones, ¿verdad, Kueller? -replicó Leia.

Luke reprimió una sonrisa. Su hermana estaba intentando distraer a Kueller para que Luke pudiera atacar. Pero las cosas no eran tan sencillas. Kueller había conseguido que Luke quedara sumido en una considerable confusión emocional. Ya no estaba seguro de si se limitaba a defenderse o de si quería acabar con Kueller por puro deseo de venganza o por odio. Si se trataba de eso último, el que atacara a Kueller sólo serviría para hacerle más fuerte.

Y de todas maneras Kueller parecía haber adquirido nuevas fuerzas, lo cual tendía a confirmar las teorías de Luke.

-Sólo las pequeñas, presidenta -dijo Kueller, sin separar su hoja de energía de la de Luke-. Las grandes siempre destruyen la riqueza.

Leia salió del hangar. Estaba desarmada.

-Quizá puedas matarnos, Kueller, pero no conseguirás acabar con los demás -dijo-. Los explosivos que escondiste en los androides nunca llegarán a estallar. Hemos desactivado todos los androides.

-¿De veras? -replicó Kueller en un tono claramente burlón. Luke podía sentir la presión física que Kueller había empezado a introducir en la hoja de energía. Estaban librando una batalla de voluntades, y el poderío de cada contrincante mantenía las hojas unidas entre una neblina luminosa-. ¿Has conseguido informar a todos los planetas desarrollados del peligro que encierran los androides, presidenta? Porque de no ser así, una sola orden todavía puede darme el poder suficiente para vencerlos a todos...

Un escalofrío recorrió a Luke desde la cabeza hasta los pies. Todas aquellas vidas, todos aquellos miles de millones de vidas... Para Kueller no tenían más significado que un hálito de aire, un aumento repentino de la adrenalina o un bocado de comida. Un profundo río de ira abrasadora fluyó a través de Luke. Él había creado a aquel monstruo. Era Luke, mediante su arrogancia, quien había proporcionado a Kueller todas las herramientas que necesitaba para destruir a toda la galaxia. Si no hubiera enseñado a sus estudiantes todo lo que sabía sobre el lado oscuro, si no les hubiera advertido repetidamente y con todo detalle sobre los peligros que encerraba el camino rápido y fácil, Kueller hubiera seguido siendo Dolph y nunca hubiese llegado a convertirse en aquel ser odioso y repugnante que llevaba con tanto orgullo una máscara de la muerte y comerciaba con las vidas igual que un contrabandista podría hacerlo con las mercancías robadas.

Kueller se volvió hacia Luke y sonrió. Su espada de luz quedó repentinamente libre del bloqueo y hendió el aire con un silbido muy cerca de Luke. Luke saltó a un lado, sintiendo cómo un estremecimiento de dolor descendía por su columna vertebral y se deslizaba a lo largo de sus brazos.

Kueller se había vuelto repentinamente más fuerte.

-¡Kueller! -gritó Leia.

Había empuñado otro desintegrador. Kueller volvió su atención hacia ella y Luke adelantó la espada de luz en una veloz estocada dirigida hacia el costado de su enemigo, abriendo una herida ensangrentada en él antes de que Kueller pudiera apartarse.

Y qué fácil había resultado derramar aquella sangre... La espada de luz se había movido con una precisión y una seguridad que Luke nunca había experimentado anteriormente.

El desintegrador de Leia estaba empezando a ponerse rojo. Leia lo arrojó a un lado antes de que estallara y rodó por el suelo en dirección opuesta.

Kueller se había vuelto nuevamente hacia Luke para atacar, detener su respuesta y volver a atacar, y sus espadas de luz se enfrentaron en una batalla tan ensordecedora y llena de chispazos como la que Luke había librado con Vader. El aliento de Kueller siseaba al surgir de la máscara, pero aquel tenue silbido todavía estaba muy lejos de poder igualar la respiración estentórea de Vader que intentaba imitar.

Pero ya recordaba al jadear codicioso del Emperador.

Luke se tambaleó bajo el nuevo ataque de Kueller, y a duras penas si consiguió esquivarlo. El tobillo fracturado se doblaba constantemente debajo de su pierna, pero Luke se obligó a apoyar el peso del cuerpo encima de él. Habían entrado en el callejón que Luke había contemplado durante aquel extraño momento de visión inexplicable. El suelo estaba lleno de guijarros y pequeñas rocas, y la única fuente de claridad era la tenue luz que entraba por las aberturas de los dos extremos. Luke ya no podía ver a Leia.

«¡Utiliza tus sentimientos agresivos, muchacho! Deja que el odio fluya por todo tu ser...»

Kueller volvió a atacar, y su mandoble hizo pedazos una roca. Era mucho más fuerte que antes, y su fortaleza parecía estar incrementándose a cada momento que pasaba. Los brazos de Luke estaban empezando a acusar el terrible esfuerzo que suponía mantener a raya el poder de la hoja de Kueller.

Y entonces Kueller se echó a reír con una carcajada gorgoteante que Luke ya había oído antes. Era la risa del Emperador, la carcajada mecánica y muerta de un esclavo del lado oscuro que extraía su sustento del odio, la ira y el miedo.

Luke le estaba dando nuevas fuerzas. Su respuesta emocional -su odio, el aborrecimiento de sí mismo que le inspiraba haber creado aquella cosa, aquel estudiante que se había convertido en una criatura horrenda- daba nuevas fuerzas al monstruo.

Kueller lanzó su hoja de energía contra el arma de Luke y el impacto creó un diluvio de chispas que iluminó todo el callejón a su alrededor. Luke detuvo el golpe. Después detuvo otro golpe, y otro más. Estaba atrapado en un círculo de ira y odio. Si luchaba, Kueller adquiriría nuevas fuerzas..., y si atacaba, Kueller se volvía todavía más fuerte.

Luke lanzó una rápida mirada hacia la boca del callejón.

Leía no era visible por parte alguna.

Luke se había quedado a solas con el terrible ser que había creado, el estudiante rebelde que sería para él lo que Vader había sido para Ben...

Vader.

Ben.

Luke sonrió, y de repente supo qué debía hacer para escapar de aquella trampa mortal.

\* \* \*

Wedge siguió con la mirada al *Halcón* mientras la nave de Han desaparecía sobre Almanía. El yate espacial, que había sido identificado como el *Karrde Salvaje*, se había unido a la batalla y estaba disparando todos sus cañones láser en ayuda de la Nueva República. Wedge no estaba muy seguro de a quién pertenecía aquel yate, y dadas las circunstancias le daba igual. Estaba perdiendo aquella batalla, y necesitaba toda la ayuda de que pudiera llegar a disponer.

Su nave había sufrido graves daños. Había incendios en varias cubiertas, pero el centro de mando seguía estando razonablemente intacto.

No disponían de más alas-A o B que desplegar, y los cazas TIE parecían haberse multiplicado. El navío del general Ceousa parecía haber perdido todos sus sistemas de armamento y flotaba a la deriva en el espacio.

El Tatooine había estallado. Los gritos de agonía habían sido espantosos.

Wedge ya había tenido que enfrentarse a una potencia de fuego superior en otras ocasiones, pero nunca había tenido que luchar contra aquella feroz decisión y aquél deseo de vencer a toda costa. Casi parecía como si a los soldados de Kueller no les importara vivir o morir con tal de que acabaran obteniendo la victoria. Wedge no tenía ni idea de qué clase de criatura podía provocar semejante respuesta. Ni siquiera Thrawn, Daala o el Emperador habían sido capaces de suscitar una devoción tan ciega e irracional. De hecho, parecía como si las naves estuvieran siendo pilotadas por androides.

Wedge volvió la mirada hacia el androide inclinado sobre la consola. El extraño mensaje de Luke les había advertido de que debían desactivar todos los androides.

-¡Quiero que ese androide sea desmontado ahora mismo, Sela!

-Pero señor... ¡No podemos prescindir del personal que necesitaríamos para cubrir sus funciones!

-Podemos prescindir de todos esos hombres, y de más si hace falta.

El secreto estaba escondido dentro de los androides, y Wedge lo encontraría mientras luchaba.

Los cazas TIE trazaban círculos en torno al *Karrde Salvaje* como moscas que revolotearan sobre un trozo de carne podrida. El *Karrde* estaba disparando contra ellos y hacía estallar un caza detrás de otro, pero el ataque no cesaba. Los Destruidores Estelares estaban avanzando hacia la nave del general Ceousa.

Si Wedge fuera un androide, seguiría un plan de batalla fijado de antemano y no se detendría ante nada hasta haber alcanzado su objetivo. No habría ni creatividad ni desviación alguna del plan, y tampoco habría la más mínima preocupación por las posibles pérdidas.

Y entonces Wedge comprendió que había cometido un grave error. Había estado siguiendo ciegamente un plan de batalla cuando todo le estallaba en la cara.

-Quiero que dispare contra el *Karrde Salvaje*, Ginbotham.

-Disculpe, señor, pero... -empezó a decir éste, mirándole como si no estuviera muy seguro de haber entendido correctamente cuál era su orden.

-Dispare contra el *Karrde Salvaje*. Quiero que falle, pero también quiero que deje bien claro que sus disparos iban dirigidos contra ese yate espacial. Después ejecute un viraje de ciento ochenta grados y haga exactamente lo mismo con el Calamarí, el navío del general Ceousa.

-¿Quiere que dispare contra nuestras naves, señor?

-Sí, soldado. Quiero que dispare contra nuestras naves -dijo Wedge.

Después se agarró a la barandilla, deseando tener poderes telepáticos para así transmitir lo que acababa de comprender a los otros comandantes. Pero no podía hacerlo, por lo que tendrían que limitarse a responder a sus acciones.

El primer disparo surgió de las baterías y pasó por debajo del blanco, casi rozando al *Karrde Salvaje* y al caza TIE que se encontraba bajo su popa. -Siga disparando -dijo Wedge.

Haces de energía rojiza surcaron la negrura del espacio. Los disparos no alcanzaron ni al *Karrde Salvaje* ni a los cazas TIE, pero fallaron por muy poco.

-Estamos recibiendo un mensaje del *Karrde Salvaje*, señor.

-Vamos a oírlo -dijo Wedge, tensando los músculos porque ya sabía lo que iba a escuchar.

-¿Qué estáis haciendo? ¡Estoy intentando ayudaros, malditos estúpidos!

La voz pertenecía a un hombre que parecía estar muy, muy enfadado.

-¿Debo responder, señor?

Wedge se apartó de los controles de comunicaciones. -Dispare contra la nave del general Ceousa.

-¿Qué? ¿Se ha vuelto loco, señor?

Wedge se volvió hacia el oficial que había tenido la osadía de enfrentarse con él.

-Mi salud mental no es asunto de su incumbencia. Soy su comandante, y debe obedecer mis órdenes.

-Pero señor... Las nuevas reglas establecidas por el almirante Ackbar dejan muy claro que...

-Que puede obligarme a renunciar al mando si consigue demostrar que no me encuentro en condiciones de continuar ejerciéndolo. Esas reglas también dejan muy claro que el mero hecho de que un comandante dé ordenes con las que usted no está de acuerdo no significa que ese coman-

dante no se encuentre en condiciones de ejercer el mando. Dispare, o haré que sea relevado de su puesto.

El híg se volvió hacia la pantalla y las nuevas andanadas surcaron el espacio en dirección al crucero estelar, volviendo a fallar por muy poco tal como había ocurrido antes. Un caza TIE recibió un impacto de rebote, perdió el control y salió despedido por el espacio en una vertiginosa trayectoria que lo alejó del Tatooine:.

-¿Wedge? ¿Wedge? -preguntó la voz del general Ceousa por el comunicador-. ¿Sigues ahí, Wedge?

-Sigo aquí, general.

-Estás disparando contra el Calamari.

-Lo siento, general. Me limito a cumplir con mi deber.

-¿Te encuentras bien, Wedge?

-Vuelva a disparar, soldado, y esta vez dirija las andanadas contra las dos naves.

Wedge había juntado las manos detrás de la espalda y estaba intentando ocultar el júbilo que sentía. Su truco estaba dando resultado. Los cazas TIE habían dejado de disparar contra el *Karrde Salvaje* y el Calamari. Lo que más le preocupaba en aquellos momentos era lo que pudiesen hacer los Destruidores Estelares.

Los haces de energía se esparcieron en todas direcciones, alcanzando a dos cazas TIE y rebotando en los escudos deflectores del *Karrde Salvaje*. -Le ordené que no le diera a las naves -dijo Wedge.

-Lo siento, señor -dijo Ginbotham-. Los disparos de precisión son para las alas-A, no para un navío de nuestras características.

-Fallar un blanco tan grande como una luna no debería resultar de demasiado difícil, Ginbotham.

-Sí, señor. -Vuelva a disparar.

-¡Wedge! -La voz de Ceousa volvió a surgir del sistema de comunicaciones-. ¡Wedge!

-Estoy aquí, general. Lo siento, pero la presidenta Organa Solo me puso al frente de esta misión.

-Ya lo sé, Wedge, pero estás disparando contra nuestros hombres.

-¿De veras, general? ¿Realmente cree que estoy disparando contra nuestros hombres?

Wedge se pasó una mano por la garganta para indicar al oficial de sistemas que quería que cortara todas las comunicaciones. Era la única pista que estaba dispuesto a proporcionar a Ceousa. O el general confiaba en él, o no lo hacía. Daba igual, porque los próximos instantes lo decidirían todo.

Los Destruidores Estelares se estaban acercando.

-Los tengo a tiro, señor -dijo Ginbotham.

-He centrado las miras de puntería en los Destruidores Estelares, señor -anunció el controlador de baterías-. Si me permitiera...

-No, soldado. Quiero que vuelva a disparar contra el *Karrde Salvaje* y el *Calamari*.

-Señor...

-Y esta vez quiero que cuando falle se las arregle para destruir un caza TIE mediante uno de los rebotes. Me está empezando a parecer que vuelven a tener ganas de luchar.

-Sí, señor.

Ginbotham se encontraba lo suficientemente confuso para no poder seguir discutiendo con Wedge. Las andanadas surgieron de las baterías.

Wedge siguió sus trayectorias con las manos tensas detrás de la espalda.

El primer disparo acertó a un TIE en el panel solar, rebotó y alcanzó a otro caza. El *Karrde Salvaje* describió un brusco viraje y fue hacia el *Calamari*.

Los Destruidores Estelares habían iniciado un vector de aproximación hacia la nave de Wedge. Los cazas TIE seguían persiguiendo al *Karrde Salvaje* y al *Calamari*.

-Nunca podremos vencer a dos Destruidores Estelares sin ayuda -dijo Sela.

-Lo sé muy bien -dijo Wedge, esperando que no tuvieran que llegar a intentarlo.

## Cincuenta



Almania parecía estar totalmente desierta. Han salió del *Halcón* empuñando el desintegrador en una mano y sosteniendo a los ysalamiris en la otra. No soportaba a aquellas cosas. Le recordaban a las serpientes de la hierba corellianas, pero además los ysalamiris eran grandes, peludos y tenían garras.

Nadie le había hablado de las garras.

Y además pesaban muchísimo. Sus jaulas-depósitos de nutrición, que estaban formadas por varios marcos de cañerías que alimentaban a las criaturas y les permitían sobrevivir, todavía pesaban más. Mara se había mantenido a una prudente distancia. Tanto Han como Chewie habían accedido a permitir que se quedara muy rezagada, y que estuviera lo suficientemente lejos para no verse atrapada por la burbuja anti-Fuerza de los ysalamiris.

Pero Han hubiese preferido tenerla cerca de ellos. Tendría que haber comprendido que no podía confiar en su capacidad para usar la Fuerza después de que hubiera estado tan cerca de los ysalamiris, y empezaba a resultar obvio que Mara se había equivocado. Leia no podía estar cerca. Aquel lugar estaba abandonado.

El *Halcón* había descendido en una gran plaza. Han se encontraba rodeado de torres, la mayoría de ellas parcialmente destruidas. Había escombros por todas partes. Pero no había cadáveres, y eso ya era algo.

Un instante después oyó un ruido de rocas que caían detrás de él. Han y Chewbacca se volvieron al mismo tiempo. La brusquedad del movimiento hizo que las jaulas de los ysalamiris se bambolearan de un lado a otro, y Han estuvo a punto de perder el equilibrio.

La puerta principal de la torre acababa de ser derribada, y el marco había quedado desprendido de las piedras que lo rodeaban. Algo muy blanco y de aspecto vagamente fantasmal acababa de aparecer en el hueco de la puerta.

-Estupendo -dijo Han-. Sencillamente estupendo... No sólo no consigue encontrar a Leia sino que además nos ha llevado hasta un fantasma.

Chewbacca dejó escapar un suave gruñido. Han entrecerró los ojos. Chewie tenía razón. Aquello no era un fantasma. Había algo vivo ahí dentro. Han desenfundó su desintegrador y avanzó.

Y entonces una mujer chilló a lo lejos.

Han levantó la cabeza y sintió que el corazón le daba un vuelco. Aquel grito no había surgido de la garganta de Mara Jade, sino de la de Leia.

-¡Vamos al callejón, Chewie! Ya tendremos tiempo de ocuparnos de esa cosa más tarde.

Han giró sobre sus talones y echó a correr hacia el callejón mientras una voz masculina respondía al grito de Leia. Tanto el desconocido como Leia se encontraban demasiado lejos para que se les pudiera entender.



Chewie gruñó detrás de él, y el gruñido fue seguido por un tremendo golpe sordo. Han miró por encima de su hombro. Chewie estaba en el suelo, y una gigantesca criatura peluda mantenía una pata encima de su espalda. La criatura estaba usando su otra pata para sostener en alto la jaula de los ysalamiris e intentaba aspirar a sus ocupantes a través de las cañerías como si fuesen un plato de fideos. Cuando ese sistema no dio resultado, la criatura se tragó a los ysalamiris con jaula incluida.

Han soltó una maldición y apuntó al coloso con su desintegrador. Chewie estaba gritando, y Han necesitó unos momentos para entender que el wookie le estaba diciendo que no disparase.

Han decidió no hacer caso de las advertencias de su compañero. La garganta de la criatura se hinchó y se fue cubriendo de bultos a medida que la jaula de los ysalamiris iba bajando por su gáznate. Después la criatura miró a Han. Sus ojos rojizos brillaron en cuanto vieron el depósito de nutrición que Han sostenía en su mano.

-Oh, no. Ni lo sueñes, chico -dijo Han.

Intentó esconder la jaula detrás de su espalda. Chewie seguía chillando y aullando, pero la criatura le había quitado la pata de encima.

Han disparó su desintegrador, pero la criatura saltó sobre él justo mientras apretaba el gatillo y logró rozarle con sus enormes patas. Han cayó sobre la espalda y el impacto le arrancó la jaula de la mano. Volvió a alzar su desintegrador, pero ya era demasiado tarde. La criatura ya se había metido la jaula en la boca. Un veloz vaivén de sus mandíbulas bastó para que la jaula saliera despedida hacia el fondo de su garganta..., y la criatura se la tragó.

La sangre que brotaba de un pequeño corte empezó a deslizarse por el hombro de Han y manchó su camisa. La criatura inclinó aquella cabeza tan grande como un granero hasta dejarla encima de la herida y una enorme lengua recubierta de pelos sueltos surgió de entre sus fauces. Han reptó hacia atrás para alejarse de ella, moviéndose a cuatro patas al mismo tiempo que intentaba incorporarse.

Chewie ya se estaba levantando, pero no había empuñado su arco de energía.

Leia volvió a gritar al final del callejón.

-No puedes comerme -le dijo Han a la gigantesca y peluda criatura blanca-. Esa mujer que está gritando es mi esposa, y acabas de tragarte mi plan.

Chewie dejó escapar un aullido quejumbroso.

-No voy a disparar -dijo Han, y se levantó.

La criatura se había quedado inmóvil. Chewie la saludó con un gesto de la mano mientras pasaba corriendo junto a ella. Después Han se puso al lado de Chewie y los dos echaron a correr hacia el callejón.

La criatura no les persiguió.

-¿Te importaría explicarme por qué de repente has empezado a tratar con tanta amabilidad a una bola de pelos gigante? No será alguno de tus primos, ¿verdad?

Chewie emitió el gemido que siempre precedía a su alarido de irritación.

-De acuerdo, de acuerdo. Disculpa, chico -dijo Han-. Me puse un poquito nervioso cuando esa cosa se comió a los bichos con los que contaba para rescatar a mi esposa.

Chewbacca no dijo nada, y se limitó a mantenerse junto a Han mientras corrían por el callejón.

Han estaba empezando a sentir un agudo dolor en el hombro, y la atmósfera de aquel planeta era un poco más tenue de la que estaba acostumbrado a respirar en Coruscant. Tropezó con una roca, pero logró recuperar el equilibrio un instante después. Había guijarros y peñascos esparcidos por todo el callejón.

No había vuelto a oír gritar a Leia.

Algo muy grande estaba haciendo ruido detrás de ellos. Han volvió a mirar por encima de su hombro y vio cómo aquella criatura gigantesca intentaba entrar en el callejón, fracasaba y se daba la vuelta, pareciendo muy triste y abatida.

-Estupendo -murmuró-. Ahora se siente dolida porque está tan gorda que no cabe en el callejón.

Chewie le soltó un gruñido de advertencia y Han torció el gesto. ¿Cómo era posible que Chewbacca y aquella cosa se hubieran hecho amigos tan deprisa?

Ya casi habían llegado al final del callejón cuando Leia volvió a gritar. Esta vez se encontraban lo suficientemente cerca de ella para que Han pudiera entender lo que decía.

Estaba gritando el nombre de su hermano.

Y lo hacía en un tono de voz que Han nunca había oído anteriormente, pero cuyo significado entendía muy bien.

Aquel grito le estaba diciendo que llegaban demasiado tarde.



Leia no podía usar las manos, y Kueller había dejado de escucharla. Estaba demasiado ocupado mirando a Luke.

Kueller no apartaba los ojos de Luke, que parecía haber sido poseído por alguna fuerza diabólica.

Luke, que siempre le había advertido de que no debía dejarse dominar por la ira, se estaba dejando dominar por la furia que ardía en su interior.

Y Kueller sonreía. Parecía estar volviéndose más alto y robusto, y el aura de poder que palpitaba alrededor de su cuerpo era tan intensa que hacía que pareciese invencible.

Y entonces una nueva expresión apareció en el rostro de Luke. La expresión resultaba familiar, pero no le pertenecía. Leia ya la había visto antes.

El día en que le conoció, hacía tantos años...

Había visto aquella expresión la única vez en que vio a Obi-Wan Kenobi antes de su muerte. Obi-Wan había estado luchando con Darth Vader, y de repente había sonreído y había alzado su espada de luz...

... y Vader lo había partido por la mitad. La hoja de energía de la espada de luz de Obi-Wan se extinguió al instante, y la empuñadura giró por los aires durante unos momentos antes de caer sobre los pliegues humeantes de su capa repentinamente vacía.

Luke le había dicho que Obi-Wan creía que aquel momento le había vuelto más fuerte, pero en realidad sólo había servido para convertirle en un cadáver.

Un cadáver...

Leia dio unos cuantos pasos tambaleantes. Ya estaba demasiado oscuro para que Luke pudiera verla. Kueller titubeó mientras Luke alzaba lentamente la hoja de energía de su espada de luz y la dirigía hacia su rostro.

Tal como había hecho Obi-Wan.

Kueller sonrió.

Tal como debía de haber sonreído Vader.

-¡Luuuuuuuuuuke! -gritó Leia mientras Kueller alzaba su espada de luz y se preparaba para dejarla caer sobre su hermano.

## Cincuenta y uno



Los Destruidores Estelares conti

nuaban avanzando hacia el Yavin. El *Karrde Salvaje* disparó contra ellos, al igual que el *Calamari*, pero los haces desintegradores disparados por las dos naves rebotaron en los escudos deflectores sin causar ningún daño.

-Vienen directamente hacia nosotros, señor -dijo Ean.

Wedge estaba contemplando su aproximación con las manos crispadas a la espalda. Se estaba jugando muchas vidas basándose en una corazonada..., pero si hubiera seguido las pautas de ataque normales, a esas alturas tanto él como toda su tripulación llevarían mucho rato muertos. Aún había bastantes cosas que ignoraba, pero estaba totalmente seguro de aquello.

-Si se acercan demasiado no podremos usar las baterías, señor -dijo Sela-. Nuestro armamento de corto alcance no posee la clase de potencia necesaria para...

-Ya lo sé -la interrumpió Wedge-. Quiero que vuelvan a disparar contra el *Calamari*.

No quería disparar contra el *Karrde Salvaje* porque temía que el contrabandista decidiera dejar de ayudarles.

Una nueva andanada de haces desintegradores pareció perderse en el espacio después de haber pasado rozando al *Calamari*, y los cazas TIE más próximos se unieron al ataque. El *Calamari* se bamboleó cuando los haces de energía chocaron con sus deflectores. Todo había ocurrido tan deprisa que Wedge ni siquiera podía estar seguro de que sus disparos hubieran fallado el blanco tal como pretendía.

-Están a punto de entrar en el radio de acción de nuestro armamento de corto alcance, señor -dijo el controlador de baterías-. Si vamos a disparar...

-No vamos a disparar -dijo Wedge.

Tenía las manos heladas. El silencio que se había adueñado del centro de mando era tan absoluto que resultaba aterrador. Incluso Karrde había dejado de maldecirles. Las otras naves probablemente pensaban que había muerto.

Los gigantescos cascos de los Destruidores Estelares ya ocupaban toda la curvatura de la cúpula que se extendía sobre sus cabezas. Sus quillas estaban surcadas por viejas cicatrices de impactos desintegradores, y sus líneas blancas se hallaban salpicadas de manchas de óxido.

-Creo que nuestros cazas de corto alcance... -empezó a decir el controlador de baterías.

-No, Ean -le interrumpió Wedge-. Quiero que vaya ahora mismo a los módulos artilleros superiores, y quiero dotaciones completas en cada puesto y que todas estén preparadas para usar los cañones en cuanto yo lo ordene.

-Podríamos reactivar a los androides, señor.

-No. Vamos a lanzar una sola andanada lo más precisa posible, ¿entendido? Que todos los pilotos de alas-A o veteranos de alas-X disponibles vayan a esas baterías.

Wedge también hubiera tenido que estar ahí, pero dada la situación no podía confiar en sus primeros oficiales. Ya se encontraban demasiado cerca del motín. Si los dejaba solos en el centro de mando, podían hacer fracasar su plan.

-Están encima de nosotros, señor. Si disparan ahora, ni siquiera nuestros escudos aguantarán.

El oficial que había hablado estaba temblando.

-No dispararán -dijo Wedge-. Infórmenme en cuanto las dotaciones artilleras hayan terminado de ocupar sus puestos.

Los Destruidores Estelares parecían inmensos tanto en las pantallas como vistos a través de las cúpulas. Los cazas TIE habían reanudado su temible ofensiva contra el *Karrde Salvaje* y el Calamarí. Las dos naves estaban devolviendo todo el fuego que recibían, y eliminaban a los cazas TIE tan deprisa como podían. Los alas-13 supervivientes también estaban atacando a los cazas TIE, pero los TIE disponían de un armamento bastante más poderoso. La carnicería seguía siendo terrible.

-Los Destruidores Estelares nos están flanqueando, señor -dijo Sela.

-¿Van a disparar? -preguntó Wedge.

-No, señor. -Sela parecía perpleja-. Lo que quiero decir es que... Bueno, que se están colocando a nuestros flancos tal como haría una de nuestras naves.

Y entonces Wedge sonrió. Su corazonada no le había engañado. Aquellas naves estaban pilotadas por androides. Las acciones de Wedge resultaban totalmente ilógicas en un comandante de la Nueva República, por lo que los androides habían dado por supuesto que era uno de los suyos.

Ya sólo necesitaba que aquella inesperada racha de buena suerte se prolongara durante unos momentos más.

-¿Están los artilleros en sus puestos? -preguntó.

-Sí, señor.

Wedge corrió hasta la consola de artillería y cargó el mapa de objetivos en la pantalla.

-Van a utilizar estos diagramas y tendrán que dar justo en el punto que he marcado -dijo-. Tienen que disparar justo ahí, y no en ningún otro sitio. ¿Lo han entendido?

-Justo en ese punto?

-Sólo tendrán una oportunidad. Si no la aprovechan y le dan a los escudos... Bueno, entonces esas naves concentrarán toda la potencia de fuego de sus baterías sobre nosotros. -Wedge se incorporó. El corazón le latía muy deprisa-. En cuanto disparen, quiero disponer inmediatamente de canales de comunicación abiertos con el Calamarí y el *Karrde Salvaje*. También quiero que avancemos a una velocidad de dos punto seis tres en cuanto dé la orden. ¿Ha quedado claro?

-Sí, señor.

-Excelente.

Wedge miró hacia arriba. La quilla del Destructor Estelar ocupaba todo su campo visual.

Todo o nada en una sola jugada..., y basándose en algo tan poco fiable como una corazonada.

Wedge respiró hondo y se preparó para dar la orden decisiva.

-¡Fuego! -gritó



Luke alzó su espada de luz con el corazón latiéndole a toda velocidad. Se estaba sumergiendo en la Fuerza, y volvía al sitio al que había ido cuando tuvo que enfrentarse con Exar Kun. Estaría fuera de su cuerpo, pero quedaría protegido dentro de la Fuerza. Luke iba a hacer exactamente lo mismo que había hecho Ben durante su batalla con Darth Vader.

Y volvería de aquel lugar siendo todavía más fuerte que antes, y entonces podría guiar a Leia para que derrotara a Kueller.

La espada de luz de Luke había subido lentamente hasta formar un ángulo de treinta grados con su mentón cuando de repente sintió que acababa de quedar envuelto por la suave presión de una manta invisible. Todavía podía ver a través de sus ojos, pero sus otros sentidos parecían haber dejado de funcionar súbitamente. Ya no podía percibir la presencia de Leia, y ni siquiera podía sentir la proximidad de Kueller.

Su hoja de energía siguió subiendo y la de Kueller retrocedió en el arco que formaría un golpe mortal, pero Luke no podía salir de su cuerpo. Había perdido todo contacto con la Fuerza. Sin ella estaba ciego y era incapaz de sentir nada..., y la Fuerza había desaparecido.

Y sin ella, Luke moriría.

La hoja de energía de Kueller empezó a descender y Luke se apartó de su trayectoria con un par de pasos cojeantes, pero sólo consiguió que su espalda chocara con la pared de la torre. Kueller había conseguido acorralarle. Ya no tenía escapatoria.

Luke estaba atrapado..., tanto por dentro como por fuera.

## Cincuenta y dos



Era como tratar de avanzar a través del barro. La fluida agilidad mortífera que Kueller había adquirido gracias a su arduo entrenamiento con la espada de luz acababa de desaparecer como si jamás hubiera existido. La terrible fortaleza que había fluido por todo su ser desde que aniquiló a los je'hars también desapareció de repente.

Ya no podía percibir la ira de Skywalker o el miedo de su hermana.

Y ni siquiera podía percibir la existencia de aquella sorprendente perturbación que acababa de aparecer en la Fuerza y que había captado hacía tan sólo unos momentos.

Skywalker retrocedió ante él y Kueller bajó su espada de luz en un salvaje mandoble. La hoja de energía chocó con la pared de piedra detrás de Skywalker, y el impacto creó un diluvio de chispas e hizo que Kueller sintiera una dolorosa sacudida en el brazo. Kueller se tambaleó y estuvo a punto de caer de lado.

No sabía qué clase de truco estaba utilizando Skywalker en contra de él, pero de repente su mente parecía haber perdido la capacidad de pensar con claridad. Era como si le hubieran sumergido en el océano. Todos los poderes ocultos dentro de su ser en los que tanto confiaba habían desaparecido.

Y entonces Kueller vio una expresión similar en el rostro de Skywalker. Su antiguo maestro parecía perplejo y aturdido. Skywalker no estaba manejando su espada de luz tal como hubiera debido hacerlo.

Si aquello no era obra de Skywalker, ¿entonces quién...?

Kueller giró sobre sus talones y estuvo a punto de lanzar un grito de sorpresa cuando vio las dos siluetas que acababan de aparecer en la entrada del callejón. La oscuridad del crepúsculo le impedía distinguir las con claridad, y cuando intentó utilizar la Fuerza descubrió que no podía percibir su presencia. ¿Serían las causantes de todo aquello? ¿Quiénes eran? ¿Qué le estaban haciendo?

Skywalker alzó su espada de luz con tanta dificultad como si pesara diez veces más de lo habitual. La espada de luz de Kueller también parecía haberse vuelto inmensamente pesada de repente.

Nunca lo conseguiría. De alguna manera inexplicable, Skywalker y sus amigos habían vuelto a hacer fracasar sus planes.

Un torrente de ira abrasó las entrañas de Kueller, pero no le dio nuevas fuerzas. Un rugido de rabia y

frustración dirigido contra todos sus enemigos surgió de sus labios, y Skywalker se echó a reír.

Se echó a reír...

Kueller acababa de perder todas las ventajas que había conseguido adquirir.

Dejó que su espada de luz cayera al suelo. No todo estaba perdido. Su manga había estado repleta de trucos, y todavía le quedaba uno por emplear.

\* \* \*

El *Yavin* se colocó en posición vertical y empezó a alejarse de los Destruidores Estelares.

-¡Ceousa! ¡Karrde! -gritó Wedge por todos los canales de comunicaciones abiertos-. ¡Disparad contra los Destruidores Estelares!

Los cazas TIE venían hacia ellos. Los Destruidores Estelares no habían parecido sufrir ningún daño cuando las baterías de la flota de la Nueva República abrieron fuego contra ellos. Todo aquel subterfugio tal vez no hubiera servido de nada..., y en ese caso Wedge perdería todas sus naves.

Y un instante después una súbita serie de explosiones hizo vibrar el *Yavin*.

-¿Qué daños hemos sufrido? -preguntó Wedge, volviéndose hacia su tripulación.

-Ninguno, señor -respondió Sela.

-No hemos sido nosotros -dijo Ginbotham-. ¡Eso ha sido un Destructor Estelar!

Wedge se puso en pie y se volvió hacia la pantalla táctica. El Destructor Estelar que había estado inmóvil encima del *Yavin* se había convertido en una manchita de luz de la que surgían restos llameantes. Algunos fragmentos chocaron con lo que quedaba del *Tatooine*, y el impacto hizo que el infortunado navío de combate se alejara todavía más de la batalla.

-Quiero hablar con Karrde -dijo Wedge.

-No es necesario, señor -dijo Sela-. El yate espacial está usando todo su armamento contra los cazas TIE que lo tenían rodeado.

Los alas-A y B también estaban atacando a los TIE, y parecían llevar la iniciativa. Las escuadrillas se desplegaron a una velocidad vertiginosa y persiguieron a los cazas TIE hasta expulsarlos de aquella sección del espacio.

Pero el otro Destructor Estelar no se había movido. Acababa de encender sus luces de posición, y se estaba preparando para avanzar.

-Maldición... -murmuró Wedge. Ya había dado todas las órdenes necesarias, y a partir de aquel momento la nave tendría que luchar por sí sola-. Océpese de las comunicaciones, Sela.

Wedge se abrió paso por entre los androides derrumbados y los compartimentos humeantes hasta llegar al puesto artillero. Sabía que podía hacer pedazos a aquel Destructor Estelar sin la ayuda de un ordenador táctico, y se dijo que tendría que haber estado sentado en aquel sillón desde el primer momento.

Se dejó caer sobre el sillón, se puso el casco y el arnés de seguridad y alargó las manos hacia los controles del cañón láser. Sus tripulantes gritaban a su alrededor. Los estallidos de estática que brotaban de los canales de comunicaciones retumbaban en sus auriculares, pero Wedge no les prestó ninguna atención.

Tenía que disparar aquel cañón..., y tenía que dar en el blanco.

Si el Destructor Estelar se aproximaba demasiado, destruiría al *Yavin*. Los cruceros estelares eran más vulnerables que los Destruidores Estelares porque tenían más puntos débiles y más áreas delicadas..., y en su caso y después de una batalla tan prolongada, también tenían unos escudos deflectores más débiles. El hecho de haber tenido que enfrentarse a naves tripuladas por androides había hecho que la batalla también fuese mucho más dura. Los androides tenían una puntería excelente, y eso explicaba por qué el *Tatooine* había sido destruido tan deprisa.

El Calamari apareció en la pantalla de Wedge. Parecía estar avanzando para atacar al Destructor Estelar, pero llegaría demasiado tarde. El enemigo había empezado a disparar, y todas las andanadas estaban cayendo sobre sus escudos. Los impactos hacían vibrar el *Yavin* con tanta violencia que Wedge se alegró de haberse puesto el arnés de seguridad.

-Iniciando maniobras de evasión -dijo Sela-. Que toda la tripulación se prepare para...

Wedge se quitó los auriculares. No quería tener que pensar en las responsabilidades del mando. También apartó a un lado su ordenador de puntería. A diferencia de Luke, Wedge no contaba con la Fuerza pero disponía de otra cosa igualmente importante. Wedge tenía fe en sus propias capacidades, y además se encontraba lo suficientemente cerca de aquel Destructor Estelar para poder ver con toda claridad su

objetivo, algo que rara vez ocurría en el espacio.

Las andanadas de energía rojiza parecían chorros de sangre que surgieran de la base del Destructor. Todos los haces estaban cayendo sobre los escudos. Wedge podía ver la pauta que dibujaban, y sabía qué estaban haciendo. Las baterías estaban disparando de tal manera que iban estrechando un margen cada vez más reducido, acercándose más y más y más hasta que llegara el momento en el que todos los disparos convergerían sobre el punto más vulnerable del Yavin para formar un solo y colosal disparo...

... que caería sobre el punto más débil de los escudos.

Sólo harían falta unos cuantos segundos.

Wedge aferró los controles del cañón láser. Todavía no había hecho ni un solo disparo, y empezaba a sentirse como si sólo fuera a tener ocasión de disparar una vez.

Las andanadas del Destructor Estelar se estaban aproximando unas a otras. Algunos tripulantes habían empezado a gritar en los puestos artilleros. El Yavin no podría seguir aguantando aquel castigo durante mucho tiempo, pero la base del Destructor Estelar se encontraba en una posición peligrosamente vulnerable. Wedge mantuvo el cañón dirigido hacia el punto más débil del navío enemigo.

El Destructor Estelar ya estaba encima de él y ocupaba todo su campo visual. Las manos de Wedge sudaban sobre las empuñaduras del cañón. Siguió moviendo el arma, esperando, esperando, esperando...

Y un instante después el enemigo estuvo en posición. Wedge tensó los brazos, apretó los gatillos gemelos y vio cómo el arma emitía el único disparo que tendría ocasión de efectuar.

El haz de energía atravesó el vacío por entre el Destructor Estelar y el Yavin como si fuera un lápiz imposiblemente esbelto y largo y dibujó una línea roja sobre las cicatrices que cubrían la superficie blanca del Destructor. Durante un momento pareció que el disparo iba a rebotar en los escudos y que empezaría a ir y venir por entre las dos naves como una bola atrapada en un pasadizo.

Pero no fue así. El disparo dio justo en el punto débil, que empezó a brillar con un intenso resplandor rojizo. Wedge se apresuró a coger su casco.

-¡Abajo! ¡Abajo! ¡Abajo! -gritó por el micrófono.

El resplandor rojizo se fue extendiendo, y su progresión no tardó en verse acompañada por el tenue chasquido de la primera explosión. El Yavin empezó a descender a toda velocidad. Wedge hizo girar su sillón para poder ver lo que ocurría.

Y entonces el Destructor Estelar estalló en una erupción de blanco, rojo y amarillo que se fue desplegando sobre la negrura del espacio. Era como una flor que se abre, un rayo que se expande, un gran incendio que empieza y termina en un abrir y cerrar de ojos. El espectáculo era tan hermoso como terrible.

Pero no se había perdido ninguna vida.

Wedge dejó escapar el suspiro de alivio que llevaba mucho tiempo conteniendo. Cada vez se oían más gritos procedentes de los compartimentos vecinos. Lo más probable era que hubiesen sufrido muchos daños, y todavía tenían que acabar con los cazas TIE.

Pero lo peor ya había pasado.

Wedge había conseguido ganar aquella batalla..., pero no pudo evitar preguntarse qué curso estaría siguiendo la guerra.

## Cincuenta y tres



Al parecer Erredós había tenido ocasión de ver un mapa estructural de aquella luna, porque estaba guiando a los androides con algún tipo de propósito en mente. Los corredores iban subiendo poco a poco. El sonido de las ruedas era ensordecedor. Un androide astromecánico sólo tenía unas cuantas ruedas, pero centenares de ellos rodando al unísono producían un estrépito terrible.

Más y más androides se unían al grupo inicial a cada momento. Algunos mostraban las cicatrices dejadas por los haces desintegradores, otros habían sufrido abolladuras en sus superficies cromadas y había algunos que incluso estaban a punto de perder alguna pieza o componente medio suelto. Venían de los pasillos laterales y cada vez que aparecían, algún androide astromecánico interrogaba a los recién llegados sobre el Terror Rojo. Los androides gladiadores rojos no habían sido vistos por ninguno de ellos.

salvo por una vieja unidad astromecánica que ya estaba anticuada durante las Guerras Clónicas. Aquella unidad afirmó que había visto androides rojos intercambiando disparos entre una nube de humo, y que un número cada vez más elevado de androides rojos se estaba dirigiendo hacia aquella zona.

El androide astromecánico que había obtenido aquella información dejó escapar un trino de alegría electrónica y la fue transmitiendo a los otros androides. El cortejo de androides astromecánicos no tardó en quedar convencido de que los integrantes del Terror Rojo se estaban destruyendo entre sí.

Una ondulación de pitidos recorrió el contingente de androides astromecánicos con la lenta majestuosidad de una ola que se deslizara sobre el océano de Mon Calamarj. Algo les preocupaba. Cetrespeó no tardó en poder ver el motivo de su preocupación. Habían llegado a un sitio lleno de enormes letreros escritos en más de treinta lenguajes que advertían a todos los androides no autorizados de que no se acercaran si no querían acabar siendo sometidos al borrado de memorias.

El corredor estaba iluminado por un potente foco, y la claridad se intensificaba considerablemente más allá de aquel punto. La pared estaba recubierta de espejos.

Erredós hizo caso omiso de los letreros, dio un rodeo alrededor del haz luminoso y siguió avanzando bajo la intensa claridad. Sus superficies cromadas relucían. Con sus ruedas dirigidas hacia adelante y su pequeño cuerpo azul-y-plata inclinado en un ángulo casi desafiante, el pequeño androide nunca había ofrecido un aspecto tan decidido y seguro de sí mismo.

Los androides astromecánicos siguieron a Erredós, y el cortejo se dividió alrededor del punto iluminado por el foco para fluir a su alrededor como una corriente de agua que pasa alrededor de una roca. Las sirenas de advertencia empezaron a sonar y Cetrespeó, que ocupaba el último lugar del cortejo, miró hacia atrás. Si el Terror Rojo no se había autodestruido, no tardaría en hacer acto de presencia..., y entonces Cetrespeó sería su primer objetivo.

Ese pensamiento hizo que Cetrespeó empezara a abrirse paso a través del mar de pequeños androides.

-Disculpa -decía mientras los apartaba-. Perdón. Disculpa. Lo siento. Disculpa...

Los androides se iban separando para dejarle pasar. Cetrespeó consiguió llegar hasta las filas centrales, pero aún tenía que recorrer una considerable distancia para llegar hasta Erredós. Podía ver a Erredós muy por delante de él, con su brazo mecánico extendido mientras intentaba abrir una puerta cerrada.

-Oh, cielos -dijo Cetrespeó, e intensificó sus esfuerzos para avanzar.

Dio un rodeo alrededor del punto iluminado por el haz luminoso y siguió abriéndose paso por entre los maltrechos androides astromecánicos que seguían a Erredós como un ejército de heridos que siguiera a un líder enloquecido.

Cetrespeó acababa de llegar a la primera fila de androides cuando la puerta se abrió y Erredós cruzó el umbral con un pitido de triunfo. Cetrespeó se apresuró a seguirle.

Y se detuvo.

Miles de piezas y componentes de androides colgaban del techo. No eran partes que fueran a ser utilizadas en el montaje de nuevos androides, sino piezas usadas. Cetrespeó estaba viendo los restos de todos los androides que habían recorrido ese mismo camino con anterioridad y habían muerto. Varias cabezas doradas colgaban de las vigas, y también había unas cuantas cúpulas cilíndricas de androides astromecánicos.

-Quizá sería mejor que no siguiéramos adelante, Erredós -dijo Cetrespeó con voz un poco temblorosa-. Estoy seguro de que encontraremos al amo Cole, y no me cabe duda de que él tendrá preparado un auténtico plan de acción concienzudamente meditado. No puedes hacer esto tú solo.

-Desde luego que no.

Un hombre acababa de aparecer delante de los espejos. La penumbra que reinaba en la sala había impedido que Cetrespeó pudiera verlo hasta aquel momento.

Varios androides astromecánicos se detuvieron en el umbral detrás de Cetrespeó. Erredós siguió adelante, y fue avanzando hacia un enorme sistema de ordenadores.

-No te acerques, Erredós -dijo el hombre.

Habían conseguido encontrar a Brakiss, pero el amo Cole no estaba con él.

-¡Oh, cielos! -exclamó Cetrespeó-. Haz lo que te está diciendo, Erredós.

Erredós emitió un rápido pitido.

Unos cuantos androides astromecánicos respondieron con un coro de pitidos, advirtiéndole de que no debía seguir avanzando.

Brakiss empuñaba un interferidor de circuitos.

-Deténte, Erredós. Me encantaría poder dejar intactos tus circuitos porque estoy seguro de que podrías

proporcionarme un montón de información altamente interesante, pero no vacilaré en usar este aparato.

-¡Haz lo que dice, Erredós! -gritó Cetrespeó.

Erredós dejó escapar un quejumbroso gemido.

-Siempre he pensado que eras un androide astromecánico muy tozudo -dijo Brakiss.

Apuntó a Erredós con el interferidor..., y después volvió el cuerpo hacia un lado antes de disparar.

Un androide astromecánico quedó envuelto en una esfera de luz plateada, emitió quince pitidos distintos en quince tonos diferentes y después se calló de repente, totalmente muerto y desactivado. Cetrespeó ya había tenido ocasión de contemplar los terribles efectos de la descarga del interferidor, y sabía que ni una eternidad de reparaciones bastaría para conseguir que el androide astromecánico volviera a la vida. Sus microprocesadores tendrían que ser limpiados, y cualquier personalidad que el androide hubiera podido poseer había desaparecido por completo.

Erredós había dejado de moverse y su cúpula giraba lentamente de un lado a otro.

Brakiss, que por fin había conseguido atraer su atención, sonrió y apuntó a Cetrespeó con el interferidor.

-Vuelve a crearme problemas y tu amigo dorado perderá la memoria -dijo.

Cetrespeó intentó mantenerse lo más erguido posible. El suplicar no serviría de nada. Se había quedado solo ante el peligro.

Erredós soltó un melancólico pitido lleno de tristeza.

Cetrespeó se rodeó la cabeza con los brazos y esperó la llegada de un destino peor que la muerte.

\* \* \*

Kueller deslizó la mano por entre los pliegues de su túnica, extrajo de ellos el control remoto que Brakiss le había entregado hacía ya tanto tiempo y desactivó todas las protecciones con el pulgar. Cada uno de los androides fabricados por Brakiss durante los dos últimos años estallarían en cuanto Kueller tecleara su código de identificación.

Skywalker empuñó su espada de luz con las dos manos y le lanzó un mandoble.

Kueller lo esquivó, maldiciendo la repentina lentitud de reflejos de su cuerpo. Sólo necesitaba un momento para introducir la secuencia de reconocimiento. Alzó el control remoto hasta colocarlo delante de su ojo y presionó la tecla de la función sensora, y un haz de luz surgió del control y cayó sobre su ojo para identificar la estructura de la retina.

-¡Tiene una nueva arma, Luke! -gritó Leia.

Pero Skywalker no dijo nada. Se estaba moviendo tan despacio como Kueller, avanzando con una terrible lentitud mientras empuñaba su espada de luz como si estuviera hecha de acero en vez de luz.

La luz sensora del control remoto se apagó y un diminuto panel se levantó para revelar el teclado numérico. Una sola secuencia de cinco números bastaría para activar todos los sistemas. Brakiss le había dicho que destruirlos a todos sería muy sencillo. El problema estaba en las unidades más pequeñas. Kueller tenía que especificar los números, pero eso no resultaría muy difícil de hacer.

Kueller salió de la luz mientras pulsaba el primer botón. Leia estaba gritando.

Skywalker seguía avanzando.

Ni Skywalker ni su hermana podrían llegar hasta él a tiempo de detenerle.

Kueller pulsó el segundo botón y después pulsó el tercero, luchando con aquel molesto mareo que se negaba a desaparecer. Leia alzó la mano.

Una criatura blanca apareció detrás de Luke.

Kueller pulsó el cuarto botón, y a continuación pulsó el quinto.

El control remoto emitió un suave pitido para indicar que aceptaba la secuencia de números introducida en él..., y transmitió las órdenes a toda la galaxia.

## Cincuenta y cuatro





Erredós emitió un nuevo pitido, y esta vez el sonido fue bastante más imperioso que la anterior.

-Nooooooooooooo -dijo Cetrespeó, que seguía tapándose los ojos.

Un prolongado estrépito hizo que por fin bajara las manos. Los androides astromecánicos estaban atravesando el espejo, y los fragmentos de cristal llovían sobre Brakiss. El interferidor de circuitos había caído al suelo, y Brakiss gritaba y se quitaba astillas de cristal de los cabellos. Los androides convergieron sobre él, y Brakiss giró sobre sus talones sin vacilar ni un instante y huyó a la carrera por una puerta lateral. Los androides le siguieron mientras los alaridos de Brakiss resonaban por el pasillo.

Erredós soltó un silbido lleno de satisfacción, fue hacia el ordenador y se conectó.

Cetrespeó dio un rodeo para no tener que pasar cerca del androide astromecánico que había sido fulminado por la descarga del interferidor y se detuvo al lado de Erredós.

-¿Qué estás haciendo? -preguntó mientras contemplaba los veloces giros de la conexión de Erredós. La pequeña unidad astromecánica respondió con una rápida serie de trinos.

-¿Cómo puedes desactivar tantos detonadores desde tan lejos? -preguntó Cetrespeó-. Delirios de grandeza, eso es lo que te ocurre. Sufres delirios de grandeza, Erredós. Tenemos que salir de aquí antes de que Brakiss vuelva, y tenemos que encontrar al amo Cole y además...

Erredós le hizo callar con una seca reprimenda electrónica.

Cetrespeó siguió observándole en silencio.

Y entonces Erredós dejó escapar un estridente chillido.

-¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?

Erredós respondió con otro chillido y Cetrespeó empezó a manotear frenéticamente.

-¿Qué quieres decir con eso de que están siendo activados? Todos los androides de las nuevas gamas de modelos estallarán! Nunca saldremos de aquí, y sufriremos mil muertes a cuál más horrible. ¡Cuando alguien por fin venga a buscarnos, no encontrarán ni la más insignificante de nuestras piezas!

Erredós soltó un agudo silbido al que siguió una rápida serie de órdenes. -¿Qué panel? ¿Cómo puedo pulsar un botón de control si ni siquiera sé en qué panel está?

Pero a pesar de sus protestas Cetrespeó fue corriendo hasta el panel del ordenador y empezó a buscar el diminuto botón que acababa de describir Erredós.

Erredós emitió una estridente respuesta formada por silbidos mientras Cetrespeó localizaba el botón. Erredós transmitiría el código de desactivación, pero Cetrespeó tendría que activar la frecuencia de emergencia. La frecuencia interceptaría cualquier otro mensaje -o eso esperaban-, y evitaría que las explosiones tuvieran lugar.

La conexión circular de Erredós dejó de girar. El pequeño androide astromecánico sacó el brazo de la toma y dejó escapar un seco pitido. « ¡Ya!»

Cetrespeó dejó caer un dedo dorado sobre el botón y lo presionó una vez, y otra, y otra más.

No ocurrió nada.

Erredós había vuelto su cúpula hacia una pantalla. Cetrespeó miró hacia arriba.

Erredós empezó a mecarse de un lado a otro y después lanzó un estridente pitido de victoria.

-¿Lo hemos conseguido? -preguntó Cetrespeó.

Erredós le respondió con un alegre trino de felicidad.

-¡Oh, realmente lo hemos conseguido! -Cetrespeó rodeó a su pequeño amigo con un brazo-. ¡Estamos salvados! ¡Oh, Erredós, eres un genio!

Erredós emitió unos cuantos silbidos llenos de modestia.

-Bueno, yo también soy un genio -admitió Cetrespeó-. Después de todo, no debemos olvidar que te he ayudado. Te escuché y te hice caso, y tú nunca podrías haberlo hecho todo solo. Después de todo, si el amo Cole y yo no hubiéramos venido aquí... -Cetrespeó se interrumpió de repente-. Oh, cielos. ¡El amo Cole! ¡Ha desaparecido! Tenemos que encontrar al amo Cole antes de que le ocurra algo horrible, Erredós.

Erredós dejó escapar un suave gemido.

-Oh, cielos -dijo Cetrespeó-. Supongo que quieres decir que ya le ha ocurrido algo horrible.

\* \* \*

Leia ya no podía percibir la presencia de Luke. Era como si la personalidad de su hermano hubiera desaparecido por completo a pesar de que

todavía podía verle, inmóvil delante de la torre bajo la creciente oscuridad del crepúsculo. El thernbee

apareció detrás de él, y su enorme rostro se volvió hacia Kueller para lanzarle una mirada entre perpleja e interrogativa. Leia tampoco podía percibir la presencia de Kueller.

Pero estaba percibiendo otra presencia muy cerca de ella..., y se trataba de alguien que le importaba más que la misma vida. Leia se volvió y vio a Han inmóvil en la boca del callejón, con el desintegrador en la mano y el rostro oculto por las sombras. Chewbacca estaba detrás de Han. Leia quería ir corriendo hacia él, pero no podía hacerlo. Todavía no.

Porque a Luke le estaba ocurriendo algo muy extraño.

Al principio había pensado que su hermano iba a morir de la misma manera en que había muerto Obi-Wan, pero no se trataba de eso. Kueller no había dejado caer su hoja de energía sobre él, sino que había retrocedido y había extraído un pequeño artefacto de entre los pliegues de su capa. El aparato estaba llevando a cabo alguna clase de sondeo de su rostro.

Y un extraño presentimiento la llenó de terror.

-¡Luke! -gritó.

Pero Luke parecía estar ignorándola. Estaba tratando de sostener su espada de luz.

Y estaba dejando escapar su gran oportunidad. Kueller iba a hacer algo horrible, y luego huiría.

El haz luminoso dejó de examinar el rostro de Kueller.

Leia alzó la mano y usó la Fuerza para atraer el desintegrador de Han. El arma salió despedida de la mano de Han y surcó velozmente el aire hacia Leia.

El thernbee la había visto, y empezó a menear la cola. El gigantesco animal cambió de dirección y fue hacia ella.

El desintegrador giró por los aires. Leia estaba perdiendo su presa mental sobre la culata. Necesitaba aquella arma, y tiró de ella con creciente desesperación. El desintegrador chocó con su mano en el mismo instante en que una manta invisible caía sobre su mente. Leia retrocedió tambaleándose, pero se recuperó y alzó el desintegrador.

Kueller seguía sosteniendo el aparato delante de su rostro. La luz que brotaba de él permitió que Leia viera cómo los dedos de Kueller se movían sobre el teclado.

No podía percibir a Kueller a través de la Fuerza, pero Leia no necesitaba la Fuerza para saber qué estaba haciendo. Kueller se lo había explicado cuando Leia llegó a Alemania, y le había dicho que el que algunos androides hubieran sido desactivados no importaba en lo más mínimo... ..porque seguía habiendo muchos androides que no habían sido desactivados.

Aquellas oleadas de frío helado...

La explosión de la bomba...

Las risas de sus hijos...

Leia alzó el desintegrador, cerró un ojo y dirigió el cañón del arma hacia Kueller. Kueller no la veía, y ni siquiera podía percibir su presencia.

Pero Luke sí podía verla.

-¡Leia! -gritó.

Kueller giró sobre sus talones y Leia no titubeó. El haz desintegrador surgió del arma y voló hacia la cabeza de Kueller.

Kueller alzó una mano para detenerlo, pero el gesto no sirvió de nada. El haz desintegrador dio en el blanco y Kueller cayó hacia atrás.

-¡Leia! -volvió a gritar Luke.

El thernbee iba hacia ella, un gigantesco fantasma peludo que se deslizaba entre la oscuridad.

Kueller se incorporó y Leia volvió a disparar contra él. Kueller cayó, y el control remoto se le escurrió de entre los dedos. Leia cruzó el suelo embaldosado, sintiendo cómo aquella extraña pesadez se intensificaba a cada momento que pasaba.

-¡Leia!

Luke ya estaba junto a ella, y un instante después le quitó el desintegrador de entre los dedos. Leia podía sentir su preocupación. ¿Cuáles habían sido los verdaderos motivos que la habían impulsado a disparar contra Kueller? ¿El odio y la ira, quizá? Probablemente. ¿Significaba eso que acabaría sucumbiendo al poder del lado oscuro?

Leia no lo sabía.

Ya no podía sentir la Fuerza.

Pero quizá el que no pudiera sentirla careciese de importancia después de todo.

Se detuvo junto a Kueller. Parecía más pequeño, quizá porque tenía los brazos inmóviles encima de la

cabeza. Luke alargó el brazo hacia ella, pero Leia se apartó antes de que pudiera llegar a tocarla y se inclinó sobre Kueller. Después deslizó los dedos por debajo de la máscara y se la arrancó de la cara.

Kueller era un muchacho, y sus facciones apenas estaban empezando a mostrar los signos de consunción que habían sido tan visibles en Palpatine al final de su existencia. Sus ojos oscuros estaban abiertos y desprovistos de vida y su boca se hallaba flácidamente entreabierta, pero sus rasgos todavía conservaban la redondez de la juventud y poseían una especie de encanto regordete que hubiera debido irradiar alegría en vez de odio.

No tenía nada de sorprendente que hubiera utilizado la máscara. Aquel rostro jamás habría podido aterrorizar a nadie.

-No era más que un niño -murmuró Leia.

Luke se puso en cuclillas junto a ella y le quitó la máscara de la mano.

-No, Leia -murmuró-. Kueller ya había perdido su infancia antes de ir a Yavin 4. Sabía muy bien qué estaba haciendo y en qué se había convertido.

Después dejó la máscara sobre el pecho destrozado de Kueller, se incorporó y ayudó a levantarse a Leia. El thernbee se había detenido junto a ellos, con su enorme lengua asomando de las fauces.

-¡Ahí está esa maldita cosa! -gritó Han detrás de ellos-. Si no se hubiera comido mis ysalamiris quizá habría podido ayudarlos.

-Ah, conque ése es el origen de todas estas sensaciones tan extrañas... -Luke se llevó una mano a la cara y dejó escapar una temblorosa carcajada-. Nos has ayudado, viejo amigo. Esperemos que el thernbee empiece a digerir los ysalamiris pronto.

-Pues me parece que tardará bastante en digerirlos -dijo Han-. También se tragó las jaulas.

-El thernbee ha comido cosas todavía más extrañas durante los últimos días -dijo Luke.

Leia descubrió que no le importaba en lo más mínimo lo que le pudiera ocurrir al thernbee. Lanzó una última mirada al hombre que había amenazado las vidas de toda su familia y después giró sobre sus talones. Han la estaba observando en silencio.

-Te quiero, princesa -dijo en voz baja y suave.

Leia se lanzó a sus brazos y lo estrechó contra su pecho.

-Lo sé -murmuró-. Lo sé, Han...

## Cincuenta y cinco



Erredós había desactivado a todos los androides de la fábrica salvo a aquellos en los que no se había instalado el chip detonador. Al parecer sólo las unidades astromecánicas y Cetrespeó carecían de él. Las unidades astromecánicas habían perseguido a Brakiss hasta su nave, y la habían visto despegar con rumbo desconocido.

El ordenador no contenía ninguna pista sobre el posible paradero del amo Cole, por lo que Cetrespeó y Erredós tuvieron que registrar las instalaciones. Acabaron encontrando al amo Cole en una sala de torturas para androides tan horrible que, comparada con ella, la que había en el palacio de Jabba hubiese parecido un suntuoso salón de masajes con aceite. El amo Cole había sido atado a una plataforma metálica, y se encontraba medio inconsciente.

Erredós decidió que el amo Cole no se hallaba en condiciones de pilotar el carguero, por lo que Cetrespeó empezó a enviar mensajes solicitando un medio de transporte a todas las personas que se le pasaron por los circuitos.

Consiguió hablar con Lando Calrissian, que se echó a reír y le dijo que el *Dama Suerte* se estaba convirtiendo en un navío de pasajeros. Después prometió ir allí lo más pronto posible para recogerles.

Cetrespeó esperó junto al amo Cole. Erredós había insistido en que debía liberar a los androides que estaban siendo torturados, y los envió a una zona de reparaciones con la esperanza de que allí podrían ayudarse los unos a los otros. Después se dedicó a ir y venir por toda la sala, desactivando el horrible equipo que contenía. Ya había extraído todos los instrumentos de tortura del cuerpo de Eva-

Nuevedénuevedos.

Y entonces la mano del amo Cole se movió. Cetrespeó se inclinó sobre él, y su gesto fue recompensado cuando los párpados del amo Cole se

estremecieron. El amo Cole abrió los ojos, vio a Cetrespeó y... empezó a aullar.

Erredós soltó un rápido pitido de respuesta y se apresuró a reunirse con Cetrespeó.

Cetrespeó retrocedió un par de pasos.

-Lo lamento muchísimo, señor -dijo mientras se alejaba del amo Cole-. Sólo soy yo... Cetrespeó, a su servicio.

El grito del amo Cole se extinguió de repente, y el joven se llevó una mano a la cara. Erredós intentó consolarle con un pitido lleno de simpatía.

-Seguimos en este lugar horrible.

-Sólo por unos momentos, señor -dijo Cetrespeó-. Erredós ha encontrado un medio de transporte.

-¿Y Brakiss? -preguntó el amo Cole.

-Se fue, señor. Los androides astromecánicos se lanzaron sobre él y tuvo que huir. Después de que yo...

Erredós le interrumpió con un seco silbido.

-Eh... Después de que Erredós y yo consiguiéramos derrotar al Terror Rojo.

-¿El Terror...?

-Es una larga historia, señor, pero le aseguro que es realmente fascinante. Verá, después de que me separase de usted para...

-Más tarde, Cetrespeó. -El amo Cole se apoyó en los codos, logró incorporarse y volvió la mirada hacia Erredós-. ¿Hiciste todo eso que debías hacer?

Erredós respondió con un silbido de afirmación.

-Y mucho más, señor -dijo Cetrespeó-. Desactivó todos los detonadores. Parece ser que Brakiss los había diseñado de tal manera que todos podían ser controlados desde un solo sensor remoto, aunque no acabo de entender por qué obró de una manera tan inusual. Erredós me ha asegurado que es costumbre entre los fabricantes de androides. Eso permite que los modelos defectuosos sean desactivados incluso en aquellas zonas a las que resulta difícil acceder y en las que...

-¿Es que nadie puede conseguir que se calle de una vez? -murmuró el amo Cole mientras empezaba a levantarse de la plataforma metálica con un gemido ahogado.

-Me parece que sería preferible que siguiera acostado, señor.

-Y a mí me parece que quiero salir de aquí inmediatamente. ¿Dónde está el carguero?

-En el mismo sitio en el que lo dejamos, señor. Pero usted no está en condiciones de pilotarlo. El amo Calrissian no tardará en llegar y nos llevará de vuelta a Coruscant.

Cetrespeó dio un paso hacia el amo Cole para ayudarlo a levantarse, pero el joven rechazó su ofrecimiento con un gesto de la mano.

-¿Le hicieron mucho daño, señor?

El amo Cole le fulminó con la mirada.

-Digamos que no se conformaron con hacerme cosquillas. Cetrespeó asintió.

-Bien, señor, pues creo que le convendría no olvidar dos cosas: la primera es que Erredós y yo le rescatamos y la segunda, y espero que perdone mi posible impertinencia, es que no hay dos androides iguales. Sé que muchos organismos biológicos tienden a olvidar esa gran verdad, pero Erredós y yo somos individuos y podremos seguir siéndolo siempre que nadie nos someta a un borrado de memoria.

El amo Cole sonrió.

-Ya lo sabía, Cetrespeó. Es sólo que... Bueno, la verdad es que acababa de recobrar el conocimiento y que me diste un buen susto. Y en cuanto a lo demás, de momento todavía estoy bastante dolorido y prefiero que nadie me toque. Estoy seguro de que se me pasará. -Bajó la mirada hacia Erredós, que permanecía inmóvil junto a él-. Me habéis enseñado que nunca debo subestimar a un androide. He cometido el mismo error que todo el resto de la galaxia y no he sabido apreciarlos en lo que valéis, pero os aseguro que nunca volveré a hacerlo.

Erredós dejó escapar un alegre pitido.

-¿Qué ha dicho? -preguntó el amo Cole.

-Que le parece que ya está usted recuperado. -La mano de Cetrespeó se apoyó sobre la cúpula de Erredós y produjo un ruidoso tañido metálico-. Mis capacidades negociadoras y la aguda inteligencia de Erredós se han impuesto a todas las dificultades, y ahora ya no tendremos que preocuparnos por nada.

El amo Cole sonrió.

-Me parece que tienes razón, Cetrespeó. Sí, me parece que tienes muchísima razón...

\* \* \*

Mon Mothma acompañó a Leia hasta el salón de baile imperial rediseñado. Leia se había puesto uno de sus habituales trajes blancos, pero había prescindido de las trenzas enroscadas alrededor de sus orejas y llevaba el cabello suelto. Han le había sonreído antes de que saliera de sus aposentos, y había conseguido arrancarle la promesa de que volvería más pronto de lo habitual. Los niños tenían que regresar al día siguiente, y Han quería aprovechar al máximo las horas que podía pasar a solas con ella.

Leia también quería aprovecharlas al máximo.

-Sigo sin entender cómo conseguiste convencerles de que ya no era necesario que presentaran la petición de falta de confianza -dijo Leia.

Mon Mothma sonrió.

-No fui yo quien les convenció, Leia, sino tú. Aunque Wedge, Han y Luke también te ayudaron un poco, naturalmente... Si no hubieras derrotado a Kueller, habrías vuelto aquí para encontrarte con la tempestad política más terrible de toda tu existencia. Pero cuando quedó claro que Han

no había tenido nada que ver con el atentado y que habíais sido vosotros quienes conseguisteis descubrir al culpable y acabar con él, Meido y sus seguidores se vieron obligados a apoyarte.

Leia juntó las manos detrás de la espalda.

-Pero tienes que haber hecho algo. Cuando volví ya habías conseguido que Meido dejara de formar parte del Consejo Interior.

Mon Mothma se encogió de hombros.

-Tengo muchos años de experiencia en el trato con quienes no opinan lo mismo que yo, Leia. Tendrás que aprender a colaborar con un grupo que ha dejado de ser homogéneo. El Senado del futuro no siempre será capaz de adoptar decisiones por unanimidad, y deberás aprender a usar las coaliciones.

-¿Tendré que formar coaliciones con los imperiales? -preguntó Leia sin poder reprimir un estremecimiento.

-¿Con los ex imperiales que en realidad no tuvieron nada que ver con el Imperio? -replicó Mon Mothma-. Sí, desde luego. No siempre puedes culpar de su pasado a la gente. Tú deberías saberlo mejor que nadie, presidenta Organa Solo -añadió, poniendo un énfasis casi imperceptible en la última palabra.

Mon Mothma tenía razón, desde luego. El pasado de Han era como mínimo un poco oscuro, y sin embargo todos estaban dispuestos a otorgarle honores de héroe por sus esfuerzos para salvar a los heridos en el Pasillo de los Contrabandistas. Lando también iba a recibir el mismo tratamiento. Lando ya le había preguntado a Leia si los honores iban acompañados por alguna clase de compensación financiera, y había fruncido el ceño cuando Leia le dijo que esa gratitud no traía consigo ninguna recompensa monetaria. Al ver su reacción Leia había prometido pagar, de su propio bolsillo si llegaba a ser necesario, las reparaciones y el reequipamiento del *Dama Suerte*. Era lo mínimo que podía hacer, ya que Lando había salvado centenares de vidas.

-¿Se sabe algo de Chewbacca? -preguntó Mon Mothma.

Leia asintió.

--Chewbacca y el Alderaan tendrían que llegar en cualquier momento. Tardó un poco en localizar a la manada de thernbees salvajes. Al parecer los je'hars habían reducido considerablemente su número a lo largo de una serie de terribles cacerías, y los thernbees se habían alejado de sus territorios habituales. Pero Chewie consiguió devolverles a nuestro thernbee.

-A juzgar por lo que he oído decir de él, debe de ser una criatura encantadora.

-Era demasiado grande y entrometido para poder ser encantador -replicó Leia-. ¡Y tardó dos días en digerir a los ysalamiris! Mara, Luke y yo tuvimos que permanecer a bordo del *Halcón* jugando partidas holográficas mientras que Han y Chewie discutían entre ellos para decidir quién tenía que reparar las averías.

-Y al final tuvieron que repararlas, ¿no?

Leia sonrió.

-Lo hicieron..., después de que Mara amenazara con usarlos como blancos de tiro.

Mon Mothma se rió. Se habían detenido delante de la puerta de la sala de baile, y Mon Mothma puso la mano sobre el brazo de Leia.

-Como quizá ya te hayas imaginado, algunos senadores están diciendo que Cetrespeó y Erredós deberían ser desactivados por haber mostrado tanta capacidad de iniciativa. También quieren adoptar algún tipo de acción contra Cole Fardreamer. El robo del carguero los ha puesto muy nerviosos. Intentarán que ese asunto figure como primer punto a discutir en el orden del día.

Leia volvió la mirada hacia las puertas cerradas. La última vez que entró en la Cámara del Senado llevando aquella clase de traje, se sentía muy preocupada por los enfrentamientos mezquinos que estaban sembrando la discordia entre los senadores. La explosión había surgido de la nada y se había cobrado muchas vidas, y había hecho que todas aquellas preocupaciones pareciesen repentinamente triviales.

Kueller... Su rostro de muchacho seguiría obsesionándola durante mucho más tiempo que su máscara de la muerte.

Y lo que había hecho todavía tardaría más en borrarse de la memoria de Leia.

Había matado a tantos seres inteligentes sin una sola vacilación, y habían tenido que esforzarse tanto para derrotarlo... Como jefe de Estado, Leia haría cuanto estuviese en sus manos para asegurarse de que ningún otro monstruo como Kueller fuese creado durante su mandato.

Y lo primero que debía hacer era asegurarse de que los políticos oportunistas no distorsionaban la verdad.

-No conseguirán desactivar a los androides -dijo-. Erredós y Cetrespeó son unos héroes. Tengo ciertas ideas sobre algunos cambios que deberían ser introducidos en las leyes concernientes a los androides. Y tampoco le pondrán ni un solo dedo encima a Cole Fardreamer, porque ese joven descubrió que los nuevos alas-X habían sido saboteados y que presentan serios defectos. Fue él quien sugirió que volvámos a utilizar los viejos modelos. Me ocuparé de todo esto. Ah, y además he de construir unos cuantos puentes...

-Me parece que vas a tener un día muy ocupado -dijo Mon Mothma. -Pues tendré que escaparme dejando algunas cosas pendientes -dijo Leia-. Luke va a ser sometido a su último tratamiento en el tanque bacta esta tarde, y quiero estar allí cuando despierte. Después me iré a casa. Han me ha prometido que tendrá la cena preparada en cuanto llegue. -Y nada de niños hasta mañana -dijo Mon Mothma. Leia sonrió.

-Hay que saber sacar el máximo partido posible de cada situación -dijo.

-Y tú siempre has sabido hacerlo, Leia -dijo Mon Mothma.

El momento se había vuelto repentinamente demasiado serio para Leia.

-Todo un nuevo capítulo de la historia de la Nueva República nos espera ahí dentro -dijo, deslizando un brazo alrededor de la cintura de Mon Mothma.

-Sí -dijo Mon Mothma-. Y lo primero que debemos hacer es formalizar mi dimisión y hacer que recuperes tu puesto.

-¿Crees que aprobarán mi regreso? -preguntó Leia.

-Te aseguro que nadie se opondrá -dijo Mon Mothma.

Leia extendió una mano y Mon Mothma la imitó, y entre las dos abrieron la puerta de la sala provisional del Senado. Leia ya estaba planeando su discurso. Sería distinto al que había planeado pronunciar hacía tanto tiempo, porque esta vez hablaría de la unidad y del respeto.

Fijaría las pautas que iban a regir la nueva legislatura del Senado...

... y esta vez se aseguraría de que fuesen las pautas correctas.

**FIN**